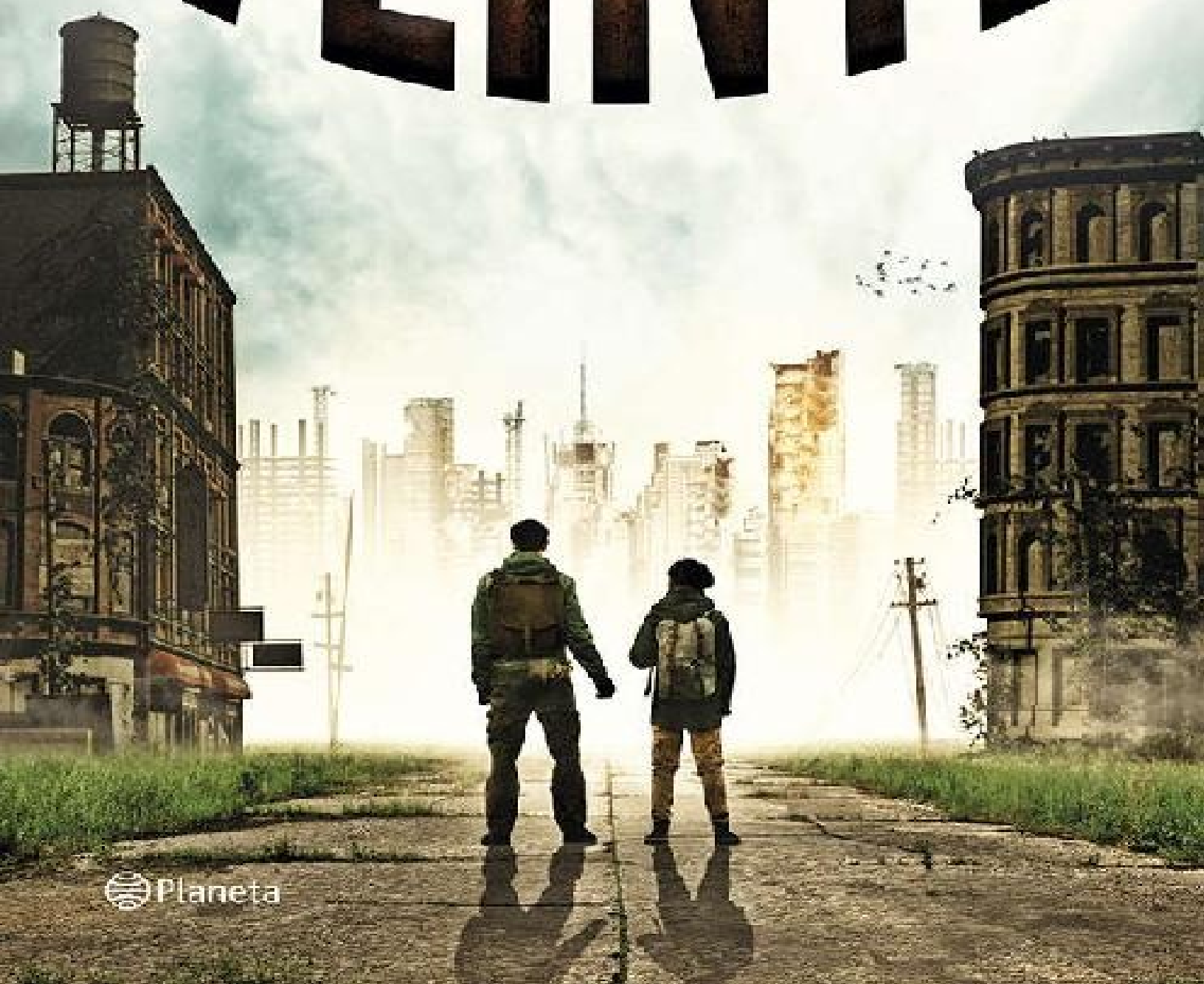


MANEL LOUREIRO

VEINTE



ÍNDICE

[Sinopsis](#)
[Dedicatoria](#)
[Citas](#)
[Mapa de la ciudad](#)
[Mapa del bosque](#)

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)

[LA PLAGA](#)

[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)

[LA LANZA](#)

[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)

[EL CAMINO](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[EL ENCUENTRO](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[ARCADIA](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[CODA](#)

[Nota del autor](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Nadie sabe qué está sucediendo. La mayor parte de la humanidad se ha suicidado en pocas semanas, sin ningún motivo aparente ni conexión entre sí, mientras el mundo colapsa en medio de un caos creciente. Entre los escasos supervivientes se encuentra Andrea, una chica de diecisiete años con recuerdos borrosos y un gran secreto que ni ella misma conoce.

Cuando, años después, un desastre parecido amenaza con repetirse, Andrea y un grupo de jóvenes comienzan una crucial odisea para descubrir, a través de la ruinas de lo que un día fue la humanidad, la solución a algo que nunca debería haber ocurrido.

Pero esta vez, el número 20 puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

*Este es para Manel, Roi y María.
Ellos son los auténticos Veintes, porque el futuro les pertenece*

«Día de la ira, aquel día
en que los siglos
se reduzcan a cenizas;
como testigos
el rey David y la Sibila.
¡Cuánto terror habrá en el futuro
cuando el juez haya de venir
a juzgar todo estrictamente!»

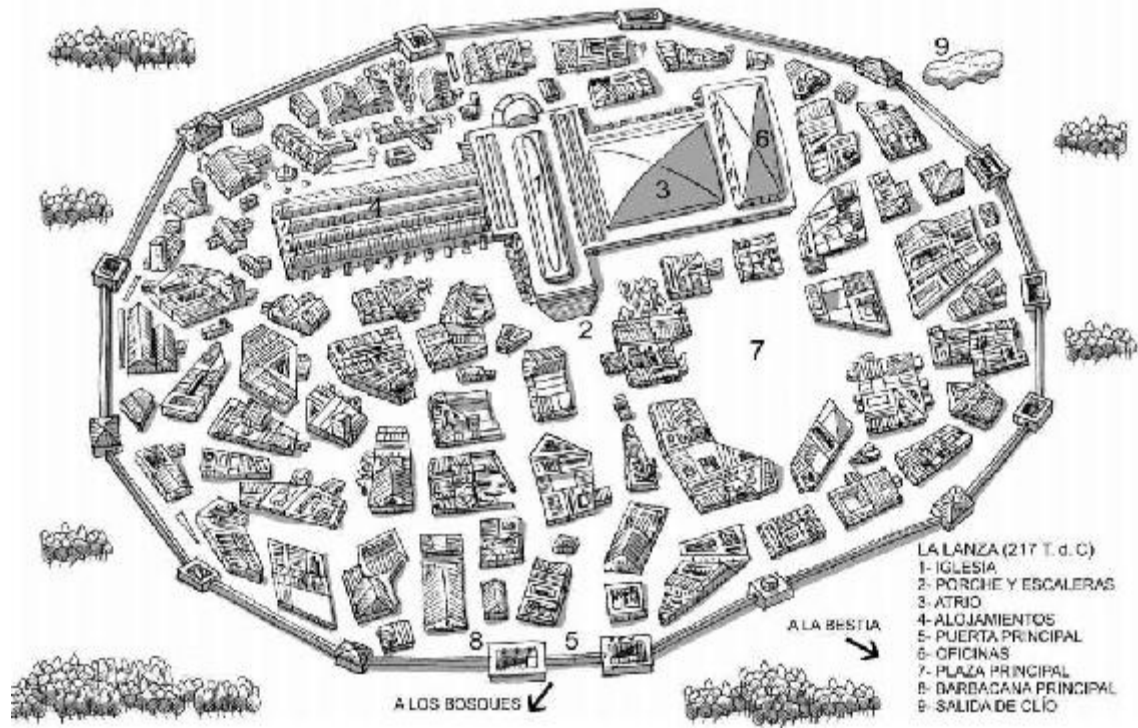
TOMÁS DE CELANO (c. 1250)

Los vicios humanos son agentes activos y eficaces de despoblación. Son la vanguardia del gran ejército de destrucción y muchas veces ellos solos terminan esta horrible tarea. Pero si fracasan en su labor exterminadora, son las enfermedades, las epidemias y la peste quienes avanzan en terrorífica formación segando miles y aun decenas de miles de vidas humanas.

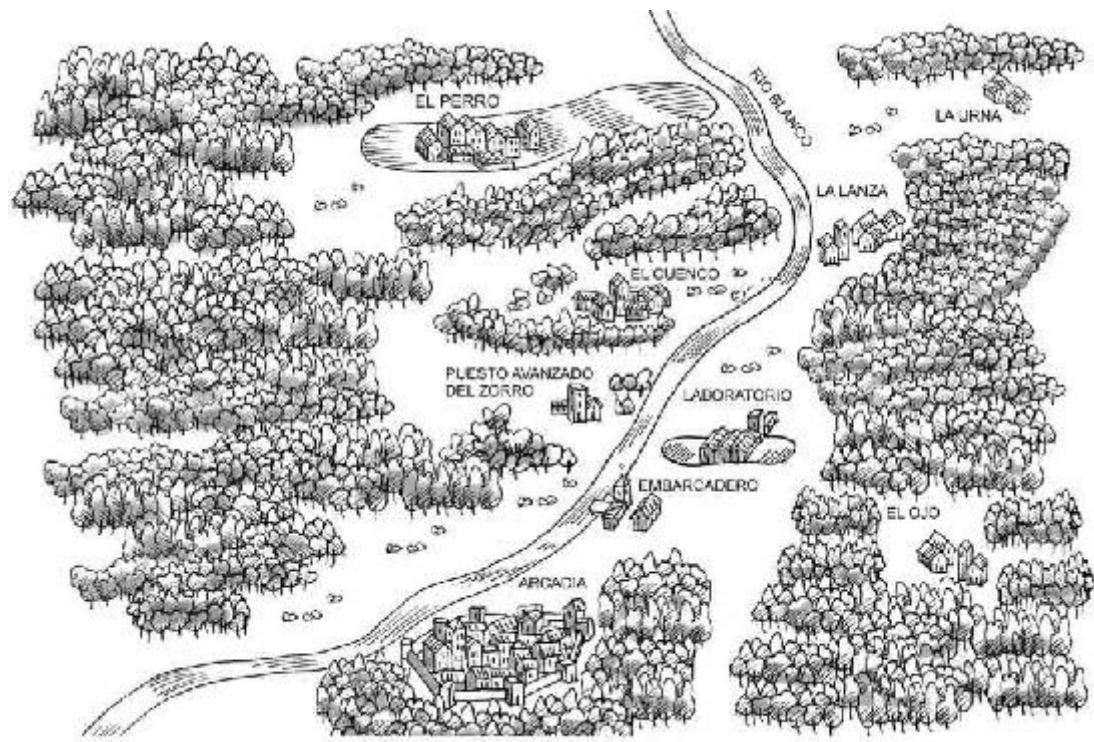
THOMAS MALTHUS

Al final, uno necesita más valor para vivir que para suicidarse.

ALBERT CAMUS



- LA LANZA (217 T.d.C.)
- 1- IGLESIA
 - 2- PORCHE Y ESCALERAS
 - 3- ATRIO
 - 4- ALOJAMIENTOS
 - 5- PUERTA PRINCIPAL
 - 6- OFICINAS
 - 7- PLAZA PRINCIPAL
 - 8- BARBACANA PRINCIPAL
 - 9- SALIDA DE CLIO



LA PLAGA

Todo sucedió cinco días antes de Navidad. Nadie parece tener claro dónde comenzó realmente el fenómeno, aunque eso ya es lo de menos. Porque fue rápido, abrupto.

Salvaje.

No podía ser de otra manera.

Lo de aquel hombre podía haber pasado en cualquier otro sitio. De hecho, con toda seguridad estaba ocurriendo algo por el estilo en otros muchos lugares del mundo a la vez, sin que nadie supiese que estaba representando un drama parecido y simultáneo al que estaba teniendo lugar allí.

Era una tranquila calle residencial, de casas unifamiliares a un lado y chalés adosados al otro, con sus jardines cubiertos de escarcha crujiente como azúcar glaseado. Las guirnaldas luminosas brillaban con una fuerza extraña sobre las aceras vacías, recién despejadas de nieve. Días antes los servicios municipales habían pasado por la calle, justo después de una nevada copiosa, y habían colocado un par de arcos de luces navideñas en cada esquina de la urbanización, en un estallido de luces rojas, verdes y blancas que habían dejado a los niños boquiabiertos, de la manera en la que solo se puede emocionar un pequeño.

De aquel momento ya hacía dos semanas. Ahora, en medio de aquella noche heladora, las luces brillaban sin piedad contra la negrura de fondo, compitiendo con los adornos que cada uno de los vecinos había colocado en las fachadas de sus casas. Un abigarrado conjunto de estrellas, figuras de Santa Claus y rosarios de bombillas dotaba a las aceras de un resplandor indefinido.

Fue entonces cuando empezaron a pasar cosas.

Al principio solo fue el rumor de un vehículo que se acercaba a toda velocidad. El motor gritaba de forma aguda, demasiado revolucionado, como si el conductor llevase una velocidad alta con la marcha incorrecta engranada. El ruido del coche se fue amplificando hasta que un par de gatos que revolvían cerca de un cubo de basura levantaron la cabeza alarmados. Un instante después, cuando los faros del vehículo irrumpieron en la calle, los animales salieron corriendo, asustados, intuyendo que algo no iba demasiado bien.

Era un coche pequeño, un Smart de un color blanco desvaído que casi no se adivinaba debajo de la capa de mugre que lo cubría desde el capó hasta la luna trasera. Avanzaba por el centro de la calzada dando bandazos de un lado a otro, en medio de un concierto de chirridos de neumáticos y gemidos de amortiguador. La figura del conductor apenas se adivinaba detrás del parabrisas, pero era seguro que se las veía y se las deseaba para controlar el vehículo. Un

enorme rasponazo en el lado derecho demostraba a las claras que en algún instante se había golpeado con fuerza contra algo, pero había seguido en marcha, sin detenerse ni un segundo.

El cochecito dio el enésimo bandazo y se acercó peligrosamente al reborde de una de las aceras. El conductor se dio cuenta en el último momento e hizo un esfuerzo desesperado para girar el volante en la dirección opuesta, pero ya era demasiado tarde. La fuerza centrífuga llevó al pequeño turismo contra el arcén a demasiada velocidad y la rueda delantera izquierda impactó contra el bordillo de cemento con tanta fuerza que el neumático reventó con un estallido sordo y los trozos saltaron en todas direcciones.

Fue entonces cuando la física y la falta de pericia empezaron a jugar en contra del conductor, que giraba con desesperación un volante que ya no dirigía nada. El Smart se inclinó sobre las dos ruedas del mismo lado y dio la sensación de quedarse congelado en aquella postura imposible. Apenas una décima de segundo más tarde, la enorme inercia acumulada lo lanzó por los aires, y tras volar un par de metros aterrizó con un estruendo estremecedor de cristales rotos y hierros retorcidos. El coche, transformado en una bola de acero y plástico sin control, dio cuatro vueltas de campana hasta que por fin se detuvo con un chirrido rasposo en el centro de la calzada.

Y de repente, el silencio.

No habían pasado más de treinta segundos desde que el vehículo había entrado en la calle hasta que se había quedado detenido boca abajo en medio del asfalto. Apenas medio minuto de locura, ruido y caos que había dejado un reguero de trozos de plástico, aceite, fluidos y cristales en treinta metros de calzada. El pequeño Smart, arrugado como si una mano gigante lo hubiese apretado con furia, se balanceaba sobre su techo, envuelto en un mar de crujidos y ruidos extraños, a medida que su motor se apagaba finalmente y sus ruedas dejaban de girar de forma agónica.

Durante un instante no pareció suceder nada. Entonces se oyó un gemido de dolor y la mano de un hombre apareció por el hueco que un minuto antes era la ventanilla del conductor. La mano forcejeó unos segundos con el tirador antes de que su dueño se diese cuenta de que el marco de la puerta estaba tan deformado que sería imposible abrirla de nuevo sin ayuda de los bomberos. El hombre finalmente suspiró y soltó el cinturón de seguridad que le mantenía sujeto al asiento. Al hacerlo se desplomó contra el techo con un gruñido, pero así al menos tenía espacio suficiente para retorcerse y salir de los restos arrugados del coche.

Entre resoplidos y jadeos consiguió al fin arrastrarse fuera de las ruinas del pequeño Smart. Sangraba en abundancia por una brecha en la frente, una de sus

manos colgaba en un ángulo extraño y tenía la espalda picada por docenas de heridas producidas por diminutos cristales que se le habían clavado al salir del vehículo y de las que comenzaba a manar sangre, dándole cierto aspecto de Cristo flagelado.

Era un hombre corpulento, de unos cincuenta años, vestido con un traje arrugado y desgarrado en varias partes a causa del impacto. Se palpó el cuerpo como si todavía no se creyese la enorme suerte de estar vivo y casi de una pieza después de un choque tan aparatoso. Murmurando algo para sí, dio varias vueltas y se agachó para meter de nuevo la cabeza dentro del Smart. Con un suspiro de satisfacción agarró unas gafas y se las puso. Uno de los cristales se había astillado y la montura había vivido momentos mejores, pero todavía eran funcionales.

El hombre bizqueó un par de veces tras sus gafas rotas antes de enfocar la mirada en el coche destrozado y a continuación hacia la oscuridad del extremo de la calle por la que había llegado, con una expresión de ansiedad pintada en los ojos. Fuera lo que fuese de lo que huía, resultaba lo bastante amenazador como para mantenerle alerta y aterrado incluso después de un accidente que casi le había costado la vida.

Entonces su mirada vagó por primera vez por el apacible entorno que le rodeaba y de golpe la ansiedad de su mirada fue sustituida por otra expresión muy distinta.

Una expresión de desconcierto.

Porque, pese a la brutalidad del accidente y el enorme estruendo que había provocado el Smart al volcar y arrastrarse por la calzada, ni una sola persona se había asomado a la calle para ver qué sucedía. Las luces de las ventanas seguían brillando con fuerza y de algún lugar se filtraba el sonido de un televisor a un volumen demasiado alto, pero nadie parecía haberse dado cuenta de lo que había pasado.

Como si allí no quedase nadie.

O, peor aún, como si a nadie le importase lo que sucediese fuera del confort de su hogar. Incluso aunque eso implicase la muerte de alguien.

El hombre tragó saliva y se arrebujó en su chaqueta destrozada al sentir un escalofrío. Al recordar algo de golpe, rebuscó en uno de sus bolsillos hasta sacar un teléfono móvil, que estaba milagrosamente intacto pese a la violencia del accidente. El hombre marcó un número y esperó con paciencia mientras oteaba con ansiedad en todas direcciones, incapaz de comprender qué era lo que sucedía. Lo normal hubiese sido que a esas alturas las aceras estuviesen llenas de mirones y alguien hubiese avisado a la Policía y a los bomberos, pero la calle continuaba desierta.

El teléfono continuaba obstinadamente en silencio.

Con un gruñido de impotencia el hombre marcó varios números, siempre con el mismo resultado. El teléfono solo daba un extraño silencio mecánico, un crujido en la línea con ocasionales chirridos de contacto, pero nada más. Ni siquiera el familiar mensaje pregrabado de las operadoras indicando que no había sido posible realizar la conexión. Nada.

Algo sonó en medio de la oscuridad, justo desde la dirección por la que había llegado. Era difícil definir de qué se trataba, apenas por encima de un leve crujido (*¿O era un susurro?*). Fuera lo que fuese, resultó demasiado para el hombre en aquel instante. Una última mirada de aprensión hacia el lado más oscuro de la calle le dio fuerzas suficientes para empezar a caminar.

Los cristales rotos chirriaron bajo sus zapatos mientras se acercaba a la casa más próxima. El impacto del accidente había sido tan violento que un trozo de la defensa de plástico del Smart había salido volando hasta aterrizar en el jardín delantero del coqueto chalé adosado. El hombre lo esquivó con cuidado al pasar a su lado. El frío de la noche formaba nubes de vaho delante de su cara y la mezcla de frío y adrenalina después del accidente le hacían temblar de manera incontrolada. En un gesto reflejo, se alisó el pelo desordenado antes de apretar el timbre.

Un zumbido eléctrico sonó al otro lado de la puerta, pero nadie contestó a su llamada. Esperó diez segundos antes de presionar de nuevo el botón, ahora con más insistencia. El ruido del fondo de la calle no se había repetido, pero en la mente del conductor las sombras resultaban cada vez más incómodas. Además..., ¿era idea suya o las últimas farolas de la calle se habían apagado? Entrecerró los ojos y por un instante le dio la sensación de que allí al fondo, en lo más profundo de la oscuridad, algo se movía. No, no podía ser.

Apretó de nuevo el timbre, al tiempo que golpeaba con el puño la puerta, en un gesto de frustración. Al hacerlo dejó una mancha de sangre y aceite de motor sobre la delicada pintura blanca, pero ni siquiera se dio cuenta. El terror empezaba a reptar dentro de él, enroscándose en su alma.

—¡Hola! ¡Abran la puerta, por favor! ¡Abran! —Dudó por un momento y añadió con voz balbuceante—: He tenido un accidente y...

Su voz se apagó cuando por fin comprendió que nadie iba a abrir aquella puerta. Empezaba a sentirse aterido en medio de aquella gélida noche de diciembre. Un leve rumor a su derecha le hizo girar la cabeza. Sobre un parterre de primulas algo mustias por el frío se derramaba la luz de un enorme ventanal. Contra una de las hojas de cristal golpeaban de forma rítmica las botas de plástico de un pequeño Santa Claus que alguien había pegado a la ventana con unas ventosas. El muñeco, colgado de una escalera de terciopelo, tenía una

expresión cómica que parecía atravesar con su mirada perdida al hombre mientras sus piernecitas se sacudían empujadas por una corriente de aire invisible.

Es el sistema de calefacción, adivinó el hombre, y de pronto la idea de estar dentro de la casa, seguro, caliente, en una estancia iluminada y confortable, se le hizo absolutamente imprescindible.

Cojeando un poco —una de sus rodillas había adquirido el tamaño de un pomelo sin que él se hubiese dado cuenta— atravesó los parterres de flores de invierno dejando un rastro de hojas arrancadas y terrones revueltos. Toda su atención estaba puesta en aquella ventana y el paraíso que intuía al otro lado. Tras un par de resbalones consiguió encaramarse al bordillo de madera que recorría todo el contorno de la casa y se aupó hasta que su cara quedó a la altura del cristal.

Un gemido ahogado se escapó de su garganta mientras un puño de hielo le atenzaba las tripas.

La ventana daba a un salón amplio y agradable lleno de muebles de aspecto caro y bonitos cuadros de arte abstracto colgados de las paredes. En una de ellas, una enorme pantalla de setenta y cinco pulgadas retransmitía uno de esos programas especiales de Navidad. Incluso desde donde estaba, el hombre podía sentir las vibraciones de la música trepidando sobre el cristal mientras un grupo pop daba saltos sobre un escenario. Cerca del televisor, al otro lado de una enorme mesa preparada para la cena, se veía un abeto algo torcido que amenazaba con caerse. El motivo de que aquel árbol estuviese inclinado era el cuerpo derrumbado a sus pies, una niña de unos siete u ocho años, desmadejada sobre los paquetes de regalo como si quisiera abrazarlos a todos a la vez.

El efecto sería enternecedor si no fuese por la sangre que empapaba su pelo rubio y se iba extendiendo en un charco bajo su cuerpecito. El brillo intermitente de las luces del árbol le daba a su rostro pálido una sensación de movimiento que hizo que al hombre se le revolviere el estómago. Pero lo de la otra esquina de la sala era mucho peor. Tres personas estaban sentadas a la mesa, ajenas al hecho de que estaban siendo observadas desde el exterior.

Ajenas a eso y a cualquier otra cosa, por supuesto, porque estaban muertas.

Tenían toda la pinta de ser una familia completa. Una hija adolescente, posiblemente la hermana de la niña tumbada debajo del árbol, contemplaba la eternidad con la boca en forma de O atrapada en un último gesto de asombro. En medio de su frente, el agujero feo de un disparo, muy parecido al de su padre sentado a su lado, solo que el disparo de este, más impreciso, había hecho tal destrozo que era difícil describir su rostro. Al otro lado de la mesa, una mujer de mediana edad yacía desmadejada sobre una silla. En la mano aún sostenía la

pistola con la que había disparado a sangre fría al resto de la familia y a sus pies brillaban los casquillos vacíos. La última bala, para ella, se había abierto camino por su cabeza hasta acabar incrustada en uno de los bonitos cuadros abstractos.

El hombre tragó saliva y se dejó caer de la ventana. De repente ya no sentía frío, sustituido por un calor desasosegante e inquieto.

Tropezando con los arriates de flores se dirigió hacia la siguiente casa. Cuando estaba a pocos metros pudo ver que la puerta principal estaba entreabierta y sintió que la energía de la esperanza volvía a prender en él. Subió los escalones jadeante y cuando estuvo delante de la puerta vaciló, durante un segundo, antes de empujarla.

—¿Hola? —gritó desde el zaguán de entrada, ordenado y con un bonito jarrón lleno de peonías sobre un aparador—. ¿Hay alguien en casa?

Un silencio espeso y profundo fue todo lo que obtuvo como respuesta. Tan solo se oía el murmullo apagado de un televisor donde pasaban una vieja película de los años cuarenta. El hombre dio un par de pasos vacilantes por el zaguán, sintiéndose como un intruso. Finalmente se armó de valor y cruzó la puerta que daba al salón.

Había un piano en un lado de la sala y, desplomado sobre el teclado, el cuerpo de una mujer joven y morena. En la mano aún sujetaba una botella de lejía y parte del contenido se había derramado sobre su ropa y sobre la alfombra, dejando una mancha descolorida. Sin embargo, incluso desde donde estaba, el hombre pudo ver que la joven se debía de haber bebido la mayor parte del líquido cáustico. La boca, abierta en un rictus de sufrimiento, estaba llena de quemaduras y no hacía falta ser un genio para comprender que había tenido una agonía lenta y terriblemente dolorosa.

Dio un par de pasos, apagó el televisor y la casa quedó en un repentino silencio. Se dejó caer en un sofá, incapaz de pensar con claridad. Las manos le temblaban de manera incontrolable y sentía cómo el pánico se abría paso en su cabeza como un incendio forestal en un campo seco de matojos. Un crujido leve le sacó de su ensimismamiento. Había algo (o alguien) en el piso superior. El hombre se secó las lágrimas con el dorso de la mano y comenzó a subir las escaleras de forma pesada. Toda la urgencia que había tenido antes del accidente, huyendo de *aquello*, se había evaporado sin que se hubiese dado cuenta. En su lugar, una sensación de miedo bloqueante había ido tomando el control de manera sibilina, difusa, como si se escurriera entre los dedos cada vez que quería pensar en ello con detenimiento y se escondiese con astucia entre sus pensamientos conscientes.

De todos modos en aquel instante su concentración estaba puesta en lo que pudiese haber en el piso de arriba. Al llegar al rellano vio que había varias

habitaciones alineadas a lo largo de un pasillo y avanzó con cautela, pasando por delante de ellas y asomando apenas la cabeza en cada una antes de continuar, pero todas estaban vacías. Al final del corredor había una puerta cerrada. El crujido que había oído antes se repitió, esta vez con más fuerza. El hombre se detuvo por un momento, dubitativo. Quizá si se hubiese visto desde fuera se habría gritado a sí mismo que saliese corriendo de allí, pero no podía hacerlo y además estaba él solo, o eso creía. Con una indiferencia espesa que le nublaba las ideas abrió la puerta de un tirón.

En el techo, colgado de una viga ornamentada que cruzaba la habitación, pendía el cuerpo de un anciano ahorcado con una sábana. Su lengua, morada e hinchada, asomaba de la boca en un gesto final de burla que no cuadraba con la expresión de espanto absoluto en sus ojos. Como la mayoría de los suicidas, había hecho mal el nudo y, en vez de desnucarse de inmediato, la tela se había cerrado sobre su garganta de forma que se había asfixiado de manera lenta y atroz. Sin embargo, no había el menor rastro en sus manos de que hubiese luchado por liberarse, pese a que su instinto de supervivencia tendría que haberle obligado a ello.

El hombre se fijó en todos esos detalles de manera ausente, amortiguada la consciencia por una nube espesa que cada vez resultaba más difícil de traspasar. Antes de salir de la habitación miró por la ventana y pudo ver las casas del otro lado de la calle, iluminadas y llenas de calor. No le sorprendió ver que en la segunda planta del chalé de enfrente las cortinas chorreaban algo que solo podía ser sangre y que dos viviendas más allá había un par de sombras tendidas sobre el césped, en un abrazo extraño y algo macabro. Todo aquel tranquilo y confortable barrio guardaba silencio. El silencio propio de un lugar donde, aparte de él, no quedaba nadie vivo.

Cerró la puerta con delicadeza y bajó las escaleras de forma pesada. Se derrumbó en el sofá, sin ser consciente de que llevaba un buen rato llorando. El intenso olor a lejía le provocó un ataque de tos repentino que le dobló por la mitad y le tuvo un buen rato tosiendo hasta que consiguió recuperar el control. Se pasó el dorso de la mano sobre los labios y solo entonces se dio cuenta de que estaba manchado de sangre. El sabor salobre le inundaba la boca y escupió en el suelo con repugnancia. Era evidente que algo no iba bien, pero no podía pensar con claridad. Además, estaba tan cansado... ¿Y dónde estaba su camisa?, ¿dónde su chaqueta? En algún punto se había desnudado de cintura para arriba, pero no era capaz de recordar cuándo lo había hecho. Frunciendo el ceño, pensó que tenía mucha sed. En un gesto automático estiró la mano hacia el cuerpo de la mujer del piano y le arrebató la botella de lejía de entre los dedos tibios. El cuerpo aún no se había enfriado, le dio tiempo a pensar. Quizá si hubiese llegado

un rato antes...

Daba igual. Estiró la otra mano hasta encontrar el mando a distancia y encendió el televisor. Zapeó entre varios canales —algunos no se veían, pero ni siquiera reparó en eso— hasta encontrar el especial navideño de la primera casa en la que había entrado. Un coro de niños cantaba el *Adeste Fideles* con voz angelical mientras el esforzado director daba la espalda a la cámara. Seguramente aquel programa se había grabado con semanas de antelación, pero al hombre le daba igual. El sonido de otras voces humanas le reconfortaba y le hacía más fácil aquel momento. Aquel maravilloso momento. Por fin lo entendía todo. Por fin era capaz de verlo. Como aquella mujer. Como todos los vecinos de aquella calle. Qué pena no haber llegado unas horas antes.

Le dio un largo sorbo a la botella de lejía y sintió cómo de inmediato el ácido le quemaba las paredes de la garganta. Su glotis se cerró de manera espasmódica, pero él se obligó a dar un nuevo y largo trago, y después otro más hasta que la media botella que tenía en las manos acabó casi entera en su estómago. El coro le arrullaba y con sus últimas fuerzas subió el volumen del televisor al máximo mientras apuraba el contenido de la botella.

Al final, el dolor le hizo retorcerse sobre sí mismo y un aullido escapó de su garganta quemada. Trató de enfocar la visión, pero era cada vez más borrosa y un incendio atroz se desataba sin control en su interior. Se desplomó en el suelo y empezó a agitarse sobre la alfombra mientras por dentro el ácido le devoraba lentamente y un bramido de motores comenzaba a escucharse en la lejanía.

Y en medio de los estertores, su boca ensangrentada sonreía satisfecha.

El rugido de los motores del convoy se oía a varios kilómetros de distancia en la quietud antinatural de la noche. El primer camión militar abría la marcha proyectando una luz fría y temblorosa sobre la calzada. Uno de sus faros estaba rajado y parpadeaba de cuando en cuando, y en la defensa había rastros de pintura, ramas, maleza y otras manchas de oscuro origen. Lo seguían otros dos vehículos similares, que circulaban muy pegados y sin la menor vacilación.

Al principio de la jornada habían sido muchos más, pero a lo largo del camino habían ido perdiendo unidades a un ritmo aterrador, por distintas causas. De entrada, la mayoría no había acudido a los puntos de encuentro, lo que había transformado aquella estudiada operación en una especie de maniobra improvisada que se parecía cada vez más a un «sálvese quien pueda».

De hecho, era un simple teniente nervioso quien estaba al mando de aquella columna, mientras se retorció de angustia y se preguntaba dónde diablos se habían metido sus superiores. Iba sentado en la cabina del primer camión, fumando compulsivamente un cigarrillo detrás de otro, mientras que al volante un soldado no mucho más tranquilo que él observaba la calzada con los ojos de un búho y toda su atención puesta en el camino. De vez en cuando, el teniente le colocaba el cigarrillo en los labios al conductor y este daba una larga calada sin apartar la vista del asfalto. La amarga experiencia de aquel día les había enseñado que en apenas un segundo las cosas se podían complicar de manera extraordinaria.

El convoy giró en una curva y entró en el iluminado y coqueto barrio residencial. Las luces navideñas y las guirnaldas brillaban inclementes sobre el asfalto y le daban a la calle un aire de comfortable normalidad casi irreal. Tan solo un pequeño Smart volcado en medio de la calzada parecía fuera de lugar.

—El trasto aquel nos corta el paso, mi teniente. —El conductor indicó lo obvio con un gesto de cabeza, sin aminorar la marcha. Sus ojos barrían los costados de la calle, en el gesto avezado de quien se espera una sorpresa potencial.

—Embístelo —gruñó el teniente—, pero despacio. No podemos permitirnos perder otro camión.

El conductor asintió y redujo una marcha para moderar un poco la velocidad del vehículo. Con un topetazo de la defensa, el pequeño Smart giró sobre sí mismo como una peonza y salió proyectado hacia el jardín de la casa más cercana hasta quedar incrustado en un bancal de flores pisoteado. Con un acelerón seco, el camión pegó un bote hacia delante y se alejó del lugar del

accidente pisando cristales, seguido de los otros dos vehículos pesados.

Y el teniente que iba al mando habría jurado que por un momento, mientras se alejaban, se podía oír un coro de niños cantando en alguna parte.

Casi como una coincidencia macabra, a medida que el último camión se alejaba de aquella calle las luces comenzaron a parpadear. Primero se fueron apagando las farolas del alumbrado público y de golpe, como si alguien hubiese tirado de un cable, todas las luces se apagaron al fallar el suministro eléctrico.

Y nadie, en ninguno de los vehículos, podía saber que en el suelo de una de aquellas casas agonizaba un hombre al que tan solo cinco minutos de diferencia podrían haber salvado. Si tan solo hubiesen pasado por allí un poco antes, quizá todo habría sido distinto. Quién sabe. Solo a uno de los pasajeros, una joven muchacha, le pareció entrever una sombra que se movía al otro lado de una ventana, pero ya era demasiado tarde.

La chica se había agarrado con fuerza al banco corrido de la parte trasera del camión cuando este embistió algo. Un segundo después había notado un acelerón seco y para no caer al suelo se había visto obligada a apretar su cuerpo contra el tipo sentado junto a ella. El impacto había despertado algunas quejas, pocas, dentro de la atestada caja del camión, donde se hacinaban unas veinte personas. Eran todas ellas civiles menos un par de soldados de gesto adusto que sujetaban sus rifles de asalto con más nervios que convicción. Ya nadie tenía ganas ni fuerzas para quejarse después de un largo día lleno de cosas demasiado espantosas. Muchos tenían la mirada perdida, concentrados en sus pensamientos, pero ella no. Ella miraba por la parte trasera del vehículo, con los ojos ávidos y abiertos de par en par. Respiraba el aire impregnado de humo de gasoil como si fuese la fragancia más deliciosa del mundo y se sentía excitada, aunque no conocía ni a una sola de las personas que iban con ella en aquel transporte y todo le decía que tendría que estar aterrorizada. Pero no era así.

Resultaba difícil calcular su edad, pues era una de esas mujeres bendecidas por la genética con un rostro atemporal. Tendría unos dieciséis o diecisiete años a lo sumo, aunque la ropa que llevaba puesta, demasiado holgada e impersonal, le daba un aspecto más frágil y añorado. Aquella no era su ropa, naturalmente, pero era preferible a ir desnuda, sobre todo con aquel frío helador, así que lo aceptaba sin más. No recordaba quién le había dado aquellas prendas ni cuándo se las había puesto, pero eran abrigadas y cómodas y en aquel momento era todo lo que contaba.

Era alta y muy delgada. Su pelo castaño y con largas ondas le caía a los lados de la cara tapando unos rasgos delicados y una piel blanca, propia de alguien a quien no le ha dado mucho el sol durante una temporada. Tenía unos ojos verdosos grandes e inquisitivos que parpadeaban muy despacio, sobre todo

cuando veía algo que le llamaba la atención.

—Empiezo a estar harto —rezongó el hombre mayor sentado junto a ella—. Llevamos horas metidos aquí y juraría que no hacemos más que avanzar en círculos.

Mayor quizá era una palabra excesiva para describirlo, pues no podía tener mucho más de cincuenta años, pero aun así era la persona de más edad de los tres vehículos. El hombre paseó su mirada por todos los presentes buscando a alguien que se sumase a su protesta, pero todo lo que obtuvo fueron miradas apáticas o directamente ojos que le esquivaban.

—Silencio —masculló uno de los dos soldados por toda respuesta. Su voz sonaba firme, aunque no desagradable. Era evidente por su lenguaje corporal que él se sentía tan incómodo como el resto metido en aquel camión bamboleante.

—Por lo menos podrían decirnos adónde vamos —replicó el otro. Su traje caro estaba arrugado y llevaba el cuello de la camisa abierto hasta el segundo botón, un aspecto algo desaliñado para alguien cuyos zapatos seguramente eran más caros que la ropa del resto de los pasajeros.

—Pronto llegaremos —contestó el segundo soldado tras un instante de silencio, antes de añadir con tono dubitativo—: Espero.

Por un segundo nadie dijo nada más en la cabina. Al cabo de un rato se oyó el sollozo apagado de una mujer en el otro lado. En medio de las sombras que inundaban el vehículo, la chica no pudo ver quién era, pero recordaba su aspecto. Joven, de unos treinta años, embarazada. Le había sonreído al principio del día, cuando subió al camión. Después las sonrisas se habían vuelto un artículo cada vez más escaso, hasta desaparecer por completo.

—Nos van a matar. —Su voz sonaba como un disco rayado—. Nos van a matar, nos van a matar, nos van a...

—Nos han salvado el pescuezo —se escuchó otra voz malhumorada desde el fondo de la caja del camión—. Si no fuese por ellos, estaríamos muertos ahora mismo, o algo peor.

—¡Le dispararon a mi marido! —gritó la mujer con la voz rota de dolor—. ¡Lo mataron delante de mis ojos! ¡Era un hombre bueno que no había hecho...!

—No había hecho, pero lo iba a hacer —le cortó un tercero—. Como todos. Le han hecho un favor, así que cierra la puta boca de una vez y no nos vuelvas locos.

La mujer se atragantó en un largo sollozo y comenzó a hipar desconsolada. La chica del pelo ondulado la observó durante un momento y se levantó entre los bamboleos del camión para sentarse a su lado. En el camino pisó unos cuantos pies y oyó un par de gruñidos de protesta, pero los ignoró. Finalmente se sentó al lado de la mujer desconsolada y le apretó la mano en un gesto de calor humano.

—Todo va a ir bien —le susurró a la embarazada—. Vamos a ir a un sitio mucho más seguro. Todo está arreglado.

La otra meneó la cabeza sin dejar de sollozar, pero no respondió.

—¿Cómo te llamas? —insistió la chica haciendo caso omiso al silencio de la mujer—. Yo me llamo Andrea. Andrea Wellestein. Es fácil de acordarse porque es un apellido raro. ¿Y tú?

La mujer levantó la mirada con un brillo apático y no contestó, pero apretó con fuerza la mano de la chica y por primera vez hizo un amago de sonrisa. Un rictus amargo y forzado, pero una sonrisa, al fin y al cabo.

—Tengo miedo, Andrea.

—Y yo también tengo miedo —replicó la joven, aunque al instante frunció el ceño pensándoselo mejor—. Mejor dicho, tengo ganas de que llegemos de una vez.

—¿Que llegemos adónde?

—No lo sé. —Andrea se encogió de hombros con un gesto travieso—. Él dijo algo sobre un sitio seguro y tranquilo, pero no me contó mucho más.

—¿Él? —Ahora la mujer la miró extrañada—. ¿Quién?

—¡Silencio! —bramó uno de los soldados golpeando con la culata de su rifle en el suelo del camión—. ¡Todo el mundo en silencio de una vez!

Andrea apretó más fuerte la mano de la otra y ambas guardaron silencio, como el resto del abigarrado pasaje.

El camión continuó su marcha durante horas. Tras abandonar la ciudad estuvieron circulando un buen rato por una autopista extrañamente vacía. De vez en cuando se cruzaban con coches abandonados en las cunetas o algún accidente de tráfico, pero en ningún caso se pararon a ayudar. El convoy seguía avanzando en medio de la noche, inmisericorde, como si tuviese que cumplir un horario. Más tarde tomaron una tortuosa carretera secundaria, y finalmente se desviaron por una comarcal bacheada y llena de curvas que discurría entre árboles de follaje espeso y húmedo. En todo el camino no se cruzaron con una sola persona ni un solo vehículo en dirección contraria. Daba la sensación de que eran los últimos habitantes de la Tierra. Quizá lo fuesen.

Andrea se había quedado medio adormecida sobre el hombro de la embarazada cuando el convoy se detuvo de golpe, en medio de un estrépito de frenos y gritos. Fuera ya empezaba a clarear y la luz vacilante de la madrugada dejaba adivinar la sombra de un bosque a lo lejos y un amplio campo abierto entre ellos.

Bajaron del camión con los miembros entumecidos y ateridos. Cuando Andrea se volvió contempló por primera vez su nuevo destino. Una larga valla corría hasta perderse en la penumbra justo delante de los camiones. Era una

empalizada levantada con gruesas vigas de acero unidas entre ellas por placas remachadas. Los costurones de las soldaduras estaban al aire, revelando una construcción poco delicada pero eficaz. La joven sospechaba que ni siquiera un camión a toda velocidad podría tumbar aquella barrera, que por otra parte tenía pinta de haber sido levantada hacía poco tiempo. Al otro lado de la empalizada se intuía una colina y sobre ella una enorme estructura de piedra de aspecto antiguo, con varias ventanas iluminadas.

—Vengan por aquí, por favor. —Un soldado de aspecto cansado les hizo un seña.

El grupo de civiles, apretado como un rebaño de ovejas, se acercó tiritando a una mesa donde un par de oficiales bebían café de un termo. A su lado estaba el joven teniente que había conducido el convoy hasta allí señalando algo en un mapa extendido.

—Después vinimos por aquí —decía—. Tuvimos que desviarnos en la salida 72 de la autopista tras recorrer cuatro kilómetros en sentido inverso. No se podía seguir...

—¿Y el resto de su compañía? —le interrumpió el más bajo de sus interlocutores. Tenía galones de comandante en los hombros y un gesto preocupado en la cara—. ¿Cuándo llega?

Por toda respuesta, el teniente negó con la cabeza de forma poco marcial. Un silencio amargo se extendió entre el grupo.

—Ya veo —dijo por fin su superior—. ¿Cuántos tenemos con nosotros, capitán?

—Ciento dieciséis. Más los que haya sido capaz de traer el teniente.

—Son cincuenta y ocho civiles en total, treinta y dos mujeres y veintiséis hombres —se sumó el teniente mientras sacaba un papel doblado del bolsillo de su guerrera y lo dejaba sobre la mesa—. Aparte de mis once hombres y yo.

—Tendrá que llegar con eso —gruñó el comandante mientras miraba su reloj—. No va a venir nadie más. Según el plan, hace quince minutos que deberían haber volado el puente. Si todavía hay alguien de camino, lo siento por ellos. Ya no podrán cruzar.

El capitán que estaba a su lado dio un trago a su café y carraspeó.

—Aún tenemos que revisar este grupo, mi comandante —dijo con voz apagada—. Hay que comprobar que todos son... aptos.

Los tres hombres guardaron silencio durante un espacio de seis latidos. Se diría que no tenían ganas de continuar.

—Por supuesto —contestó el comandante al cabo de un momento mientras suspiraba—. Ocúpese.

El capitán asintió con gesto contrito y saludó. A continuación se acercó

hacia el aterido grupo de civiles.

Andrea vio cómo el hombre de uniforme se aproximaba hacia ellos. Por el camino hizo un gesto a un grupo de soldados que le siguieron con mirada pétrea. De pronto el ambiente había cambiado por completo y se había llenado de una electricidad tensa. Todo el mundo parecía alerta.

—¡Todos en fila, con los brazos a la vista! ¡Fuera chaquetas, mangas remangadas, antebrazos al aire!

El grupo se quedó paralizado durante un momento, respirando temor. Poco a poco fueron obedeciendo, y hombres, mujeres y niños expusieron sus brazos a la creciente luz de la mañana. Unos cuantos, sin embargo, se resistían paralizados.

—Tú —gruñó un soldado mientras se acercaba a una mujer con la blusa cerrada hasta las muñecas—. Déjame ver tus brazos.

—No le hables así a mi mujer. —Un hombre joven y prematuramente calvo se interpuso con voz firme pero con el miedo rielando en sus ojos—. No somos soldados, somos civiles y tenemos derechos. ¡Quiero hablar con la persona al mando de esto!

—Mira, amigo, es mejor que tu mujer me enseñe los brazos si quiere que todo acabe bien —contestó el soldado—. Y tú también, si sabes lo que te conviene.

—¡Yo no tengo que enseñarle nada a nadie! —gritó el calvo perdiendo la paciencia—. ¡Conozco mis derechos, soy abogado! ¡Exijo que...! *Uurghh...*

El hombre se dobló sobre sí mismo cuando el soldado le dio un culatazo brutal en el estómago. Comenzó a boquear como un pez fuera del agua mientras un hilillo de saliva se le descolgaba del labio inferior. Su esposa estalló en chillidos histéricos, pero otro soldado la abofeteó sin contemplaciones. El resto del grupo de civiles, acobardado, los observaba atónito.

Uno de los militares subió a la fuerza una de las mangas de la mujer, y después la otra. La piel estaba tersa y suave, sin ningún tipo de señal.

—A esta no la han pinchado —gruñó el hombre.

—Y al gilipollas del marido tampoco —añadió un compañero que había estado revisando los brazos del hombre calvo, que aún boqueaba en el suelo.

—¿Hay alguno más? —El capitán al mando empezaba a impacientarse.

El sol ya asomaba por el horizonte y todo el mundo tenía prisa por acabar con aquello cuanto antes. Las miradas de desconfianza hacia el bosque se multiplicaban por momentos.

Apartaron a otras cuatro personas del grupo: dos hombres, la embarazada que había estado hablando con Andrea y una niña de no más de siete años. La niña se aferraba al pantalón de uno de los hombres con una expresión

atemorizada en el rostro.

—Solo estos, mi capitán —contestó un soldado—. El resto tiene la marca.

—¿La niña también?... ¡Joder! —El capitán se frotó los ojos con expresión cansada—. Bueno, ya sabe lo que hay que hacer.

El cabo le miró vacilante mientras tragaba saliva.

—¿Yo, señor?

—Sí, claro. —Su superior le observó fijamente durante un segundo, y con paso firme se situó a apenas un palmo del hombre a la vez que le colocaba una mano amable en el hombro—. Es una orden directa, cabo.

Hubo un instante que se quedó congelado en el aire mientras los dos se miraban. Por fin, el más joven asintió con gesto de fatalidad y tras saludar se dio la vuelta. Intercambió unas palabras con los soldados, cogieron al pequeño grupo de seleccionados y se encaminaron hacia un bosquecillo situado a pocos metros.

—La niña y la mujer son cosa mía —murmuró el cabo—. Encargaos de los otros.

El resto del grupo de civiles apartó la vista casi de inmediato, con una mezcla de horror y alivio dibujada en los rostros. Nadie podría culparlos. Estaban cansados, perdidos, aterrados y al límite de sus fuerzas. Conducidos por otro pelotón de soldados, comenzaron a caminar hacia la valla envueltos en un silencio culpable. *Mejor ellos que nosotros*, parecían pensar. A lo lejos, uno de los hombres que se llevaban gritaba algo, pero sus palabras ya eran ininteligibles. Andrea se dio la vuelta, con los ojos como platos, demasiado atónita como para poder retener las palabras.

—¿Adónde los llevan? —murmuró—. ¿Los van a...?

—No mires. —El hombre mayor del traje elegante la sujetó por los hombros con delicadeza y le obligó a girar la vista—. Dame la mano y no mires. No mires atrás.

Andrea sujetó de forma mecánica la mano que él le tendía con ternura y siguió caminando. Sin embargo, a los pocos metros giró la cabeza, una vez más, incapaz de no ser testigo de aquel momento. El primer grupo de soldados que escoltaba a los civiles seleccionados ya se había internado en el bosquecillo. Al cabo de unos segundos se oyeron una serie de detonaciones secas y después, el silencio. Una mujer del grupo gritó, pero alguien la hizo callar. Los ojos de Andrea vagaron por la claridad creciente y vio la figura del cabo, solitaria, recortada contra la luz del amanecer. El militar sostenía su pistola y apuntaba hacia una zanja en el suelo. De repente disparó cuatro veces, en rápida sucesión, y tras observar el fondo de la zanja se dio media vuelta pensativo.

—Esto es criminal. La barbarie más criminal e inhumana —oyó junto a ella, y al volverse descubrió que los ojos del hombre trajeado estaban llenos de

lágrimas.

Tuvo el impulso inmediato de abrir la boca para decirle algo, pero se contuvo. No tendría ningún sentido que le contase a aquel hombre que justo cuando aquel cabo estaba disparando en la zanja le había parecido ver cómo, a lo lejos, una mujer embarazada apoyada en una niña se perdían entre las sombras de la madrugada, rumbo al bosque. No era prudente. Nada era demasiado prudente en aquellas circunstancias.

El grupo llegó a un enorme portalón donde, antes de hacerlos pasar al otro lado, un par de oficiales médicos fotografiaban a los civiles uno por uno y rellenaban unas fichas de papel con sus datos. Mientras esperaban su turno, Andrea vio pasar al cabo a unos metros, con expresión hermética, y trató de adivinar en su rostro lo que había sucedido un minuto antes, pero el militar siguió de largo sin prestarle atención. No tuvo demasiado tiempo de pensar porque ya era su turno.

Un hombre sentado delante de una mesa le pidió todos sus datos. Rellenó con ellos una cartulina y le dijo que la sujetase debajo de su rostro. La colocaron delante de un panel blanco y le sacaron una rápida serie de fotografías. Cada destello de flash le obligaba a entrecerrar los ojos y le hacía sentirse desnuda e indefensa.

Al acabar Andrea, fue el turno del trajeado.

—¿Nombre y edad? —preguntó el soldado de la mesa.

—Alphonse Vernet, cincuenta y cinco años, ciudadano francés —respondió el caballero con voz firme.

—Eso último ya no importa demasiado —replicó el militar con tono amargo mientras señalaba a Andrea—. ¿Es su hija?

Vernet dudó tan solo una fracción de segundo antes de asentir. Su mirada y la de Andrea se cruzaron por un instante y ambos aceptaron tácitamente la mentira. Más tarde, cuando pensase por qué lo había hecho, Andrea no podría encontrar una explicación sencilla. Quizá fuese el gesto tierno de tratar de protegerla, o que su presencia mitigaba la sensación de soledad de ambos. Fuera lo que fuese, el hombre tomó la decisión de mentir de forma descarada con la velocidad de un rayo.

—Es mi hijastra, lleva el apellido de mi segunda mujer —aclaró el francés—. Su padre ya no...

—No me interesa —le cortó el oficial—. No la pierda de vista cuando suban hacia el monasterio. Ahora pasen y sigan el camino, por favor.

Alphonse asintió y cogió de nuevo la mano de Andrea, que de repente ya se sentía menos intimidada. Fuera aquello lo que fuese, por lo menos ya tenía un amigo. Un aliado. Eso era mejor que nada.

Cuando cruzaban la puerta, alzó la mirada. Sobre ellos, meciéndose con la brisa de la mañana, pendía de dos cadenas un cartel de metal estampado. Escrito en él, ponía en enormes letras rojas:

**CENTRO DE AGRUPAMIENTO SANITARIO
NÚMERO 15
LA LANZA**

Y al lado de las letras, el emblema del regimiento que les había tomado bajo su control: un centauro que sujetaba entre las manos una gigantesca lanza y amenazaba con arrojársela a cualquiera que osase ponerse a tiro.

Andrea miró hacia la lanza y sonrió. Porque por primera vez en las últimas aterradoras y confusas setenta y dos horas, empezaba a sentir que todo podía salir bien.

No tenía ni la menor idea de lo que le esperaba.

URGENTE

AVISO DE EVACUACIÓN

Capitanía General de la Región Militar Norte

Se informa a todos los civiles residentes de las áreas marcadas en VERDE en el plano adjunto que MAÑANA a las 07:00 horas se procederá a SU EVACUACIÓN INMEDIATA. Para ello deberán acudir a la hora indicada a las zonas marcadas en AZUL en el mapa y seguir las instrucciones de evacuación del personal militar habilitado para tal efecto. Esta evacuación es OBLIGATORIA y ha sido adoptada en el marco del Estado de Sitio, al amparo del Decreto 25/2018 y de la Ley Orgánica 4/1981 que regula los estados de Alarma, Excepción y Sitio.

Cada persona evacuada DEBERÁ llevar consigo:

- •Su documentación en regla, DNI, pasaporte o carné de conducir.
- •Un documento que acredite su residencia en la zona indicada en VERDE, tal como un recibo a su nombre, certificado de residencia o prueba concluyente al respecto.
- •Los medicamentos que le resulten imprescindibles en caso de estar sometido a algún tratamiento crónico, pauta médica, alimentos de bebé y para intolerantes alimentarios o equivalente. Las Autoridades NO PUEDEN garantizar el suministro de artículos como antidepresivos, insulina y similares. Cada persona evacuada deberá llevar cantidad suficiente para su autosuministro durante 30 días.
- •Ropa de abrigo, calzado cómodo y resistente y una manta.

Cada persona evacuada PODRÁ llevar consigo:

- •Una maleta de dimensiones 56 x 45 x 25 cm como máximo y con un peso que no puede exceder los 10 kg.
- •Otros medicamentos, productos no perecederos, dinero y joyas.

NINGUNA persona evacuada PODRÁ llevar consigo, bajo ninguna circunstancia:

- •Armas de fuego o armas blancas cuya hoja supere los 6 cm.
- •Ordenadores, tablets, teléfonos móviles o cualquier otro dispositivo electrónico.
- •Animales domésticos.
- •Sillas plegables, carritos o cualquier otro dispositivo infantil voluminoso.

TODAS LAS PERSONAS EVACUADAS DEBERÁN SOMETERSE DE FORMA OBLIGATORIA A LA VACUNACIÓN POR PARTE DEL PERSONAL MÉDICO SANITARIO MILITAR PRESENTE EN LAS ZONAS DE EVACUACIÓN.

Quien incumpla cualquiera de estas normas o, de alguna otra manera, obstaculice, ralentice o impida el normal proceso de evacuación podrá ser objeto del uso de fuego letal por parte del personal militar autorizado.

Quien no residiendo en las áreas de evacuación indicadas en VERDE intente acceder a las zonas de encuentro y evacuación AZULES será objeto de fuego letal por parte del personal militar autorizado.

Quien se niegue o resista al proceso obligatorio de vacunación forzosa será objeto del uso de fuerza letal por parte del personal militar autorizado.

El Capitán General de la Región Militar Norte

LA LANZA

Año 201 T. d. C. (Tiempo después del Colapso)

«Eres el testigo perfecto. La mezcla de inocencia
y maldad correcta...»

Andrea se despertó aquella mañana sobresaltada y con el recuerdo aún fresco de la pesadilla. Era un sueño recurrente, que le asaltaba una y otra vez, pero del que apenas retenía trozos dispersos y que siempre terminaba con aquella frase resonando en ecos prolongados. Como casi todos los días desde hacía un tiempo lo primero que pensó fue que lo más fácil sería ir hasta la Valla y lanzarse contra ella. Eso si no la cazaba antes la decadencia. Sería la mejor manera de acabar con el hastío, pero al mismo tiempo sabía que le faltaba valor para hacerlo. A lo largo de los últimos cincuenta años apenas dos personas habían reunido el coraje suficiente para acabar con todo, y ambos estaban mucho más cansados que ella. Cansados y perdidos. Y además no sabían todo lo que ella sabía.

O al menos eso pensaba.

Se estiró en su estrecho camastro, mientras las palabras de su sueño aún le retumbaban en la cabeza, y por fin se decidió a levantarse. El suelo de piedra de aquel cuarto estaba frío aunque tiempo atrás había conseguido un par de alfombras para disimularlo un tanto. Una de ellas estaba raída y parcheada, y la otra era una primorosa obra de arte confeccionada a base del pelo suave de animales de la zona que había logrado por buen precio en uno de los dos colmados de Suministros, gracias a que le tenían cierto miedo reverencial. No solía abusar de ello, pero tampoco se esforzaba demasiado en disipar las supersticiones y los rumores que la rodeaban. Sabía perfectamente que casi todas las cosas que decían de ella eran insensateces, pero algunas no, y era mejor así.

Más de dos siglos de vida le habían enseñado que a veces era necesario tener una baza oculta. El «as en la manga», se decía ella recordando aquellos tiempos lejanos en que aún disfrutaba con los juegos de mesa.

Se aseó en el aguamanil y se peinó delante del espejo rajado. Se recogió el pelo castaño en una coleta trenzada, de forma que dejaba a la vista su frente tersa y salpicada de pecas. Sus ojos verdes le devolvieron la mirada desde el otro lado, sin apenas rastros de marcas de expresión, más allá de una pequeña cicatriz casi invisible en una mejilla, producto de la explosión de una batería defectuosa hacía ya casi ochenta años, en torno al año 120 del Tiempo después del Colapso. Se frotó con fuerza los dientes con un dedo, usando la pasta de ceniza y sosa que guardaba en un bote de metal, y se sonrió a sí misma por un instante para ver el efecto. Si algo echaba de menos eran los cepillos de dientes y la seda dental, pero hacía por lo menos veinticinco años desde que alguna partida de saqueo

había conseguido traer algo así.

Finalmente se vistió con unos pantalones remendados tantas veces que solo conservaban un tercio de su tejido original y una sudadera gris cuyas letras se habían borrado mucho tiempo atrás. Se calzó unas botas que apenas le quedaban un par de números grandes y se evaluó en conjunto.

Estaba bastante satisfecha del resultado. Por un instante su mirada se desvió hacia una vieja foto enganchada en el marco del espejo. El papel, quebradizo y amarillento, la mostraba a ella en aquella lejana noche de su llegada a La Lanza dos siglos antes, con expresión asustada y sujetando debajo de la barbilla un cartel con sus datos. De no ser por la minúscula cicatriz y porque su corte de pelo era algo diferente, nadie podría haber jurado que aquella instantánea no la habían sacado el día anterior. Era fácil olvidarse del paso del tiempo cuando el tiempo no pasaba por ti.

Salió del cuarto al pasillo. El largo corredor de piedra se empezaba a llenar de ruidos conforme los habitantes de aquel ala del monasterio iban despertándose. A Andrea le gustaba levantarse antes de que el edificio comenzase a zumbar con la actividad de sus residentes, para poder disfrutar de uno de los escasos momentos de soledad que ofrecía La Lanza.

No dejaba de ser irónico, pensó mientras bajaba las escaleras hacia el comedor, que en un mundo enorme y vacío, con apenas unos miles de habitantes en total, la intimidad fuese algo tan esquivo, y eso que ella tenía el privilegio de disponer de una habitación para ella sola por su peculiar condición.

El comedor era el antiguo refectorio del monasterio, cuyo aspecto había cambiado muy poco desde que lo levantaron en la Edad Media. La única diferencia apreciable era la iluminación eléctrica, instalada a principios del siglo xx y que había sustituido a las lámparas de aceite y velas empleadas por los monjes medievales. A Andrea aquel lugar le resultaba deprimente en invierno, cuando el olor de humedad, comida recién hecha y sudor se mezclaba con el humo que salía de la enorme chimenea situada al fondo de la sala, que siempre mostraba un fuego crepitante. Al lado de aquella chimenea estaba Arcadius, el jefe del Servicio de Cocinas, un hombre enjuto con una barba blanca y una nariz grande y protuberante. Se movía entre sus ayudantes con celeridad mientras los organizaba para el turno de desayuno que tenía que empezar en pocos minutos.

—Buenos días, Anciana. —Arcadius la saludó de forma solemne cuando la vio aparecer de golpe al lado de la enorme mesa donde se apilaban los platos, una mezcolanza de vajillas de distintos orígenes, calidades y materiales—. Ha madrugado hoy.

—Como siempre, Arcadius. —Andrea le dedicó una sonrisa apagada—. Y por favor, no me trates con tanta formalidad. Nos conocemos desde que eras un

niño.

—Es la manera correcta de hacerlo, Ancia... Andrea. —Arcadius le dio un pescozón a uno de sus ayudantes, que haraganeaba cerca de ellos tratando de escuchar la conversación sin excesivo disimulo—. Es imprescindible mantener las Normas. «Las Normas son lo único...»

—«... son lo único que nos mantiene lejos de la barbarie» —le interrumpió Andrea—. Ya lo sé, Arcadius. Sé perfectamente todo eso, conozco todas esas puñeteras Normas de memoria. Yo estaba aquí cuando se redactaron.

—No trataba de decir lo contrario.

—Ya lo sé. —Andrea le acarició el brazo en un gesto cómplice y le dedicó una sonrisa reconfortante—. ¿Qué tenemos hoy de desayuno?

—No nos queda leche. —El rostro de Arcadius reflejó contrariedad—. Por lo visto, entre la Guardería y la Fábrica se han quedado con todos los excedentes, pero puedo ofrecerle unas gachas y algunas piezas de fruta. Quizá incluso, si le apetece un huevo, podría...

—No será necesario —le interrumpió—. Con las gachas y la fruta será suficiente, gracias. Por cierto, ¿has visto a Héctor?

—Ya ha salido hacia la escuela —contestó el cocinero—. Ha sido el primero en bajar hoy. No duerme mucho.

—Nunca duerme mucho —contestó Andrea con un tono preocupado en la voz—. Y últimamente menos.

—Los viejos nunca descansan demasiado por las noches —contestó el cocinero despreocupadamente, pero solo obtuvo por respuesta una mirada vidriosa de Andrea antes de alejarse hacia los bancos corridos del comedor.

Al cabo de un rato la joven estaba sentada en la esquina de una mesa dando buena cuenta de unas gachas grumosas de aspecto y sabor poco apetecible, aunque lo cierto era que Andrea siempre tenía apetito. Nadie pasaba hambre en La Lanza, por supuesto, pero el régimen era de lo más monótono, exceptuando los días de fiesta y alguna ocasión especial, como cuando una partida de búsqueda tenía suerte y volvía cargada de botín desde el exterior. Estaba claro que aquel no era uno de esos días y la joven se dispuso a desayunar en silencio.

Mientras tanto el recinto se había ido llenando poco a poco a medida que los habitantes del monasterio iban acudiendo a desayunar. En el comedor se servían las comidas diarias para los mil y pico habitantes de La Lanza, no solo para quienes vivían en el viejo edificio medieval de lo alto de la colina, sino también para todos los que residían en el poblado que había ido creciendo a su alrededor con el paso de los años. Eso generaba algunos momentos puntuales de aglomeración en la sala, y precisamente por ese motivo a Andrea le gustaba llegar antes que nadie. Buscaba tranquilidad y costaba encontrarla entre tanta

gente, aun cuando a su alrededor todos los asientos permanecían libres. De manera inconsciente, los habitantes del poblado la evitaban, como hacían con el resto de Ancianos, a los que trataban con una mezcla de reverencia y temor. En el caso de Andrea, con su aspecto juvenil y menudo, ese aislamiento era aún más acusado. Nadie quería sentarse con alguien que había visto pasar doscientos inviernos y no tenía una sola arruga en el rostro. Les recordaba demasiado su propia mortalidad.

Cuando estaba a punto de terminarse su desayuno le sorprendió una sombra que se proyectaba sobre su plato.

—¿Está libre este sitio? —preguntó una voz a su espalda—. Parece más tranquilo que el resto de la sala.

Andrea sonrió y respondió sin girar la cabeza.

—Si no te da miedo que me desayune tu alma, claro que sí, Albert.

—Si no lo has hecho hasta ahora, no creo que lo vayas a hacer —replicó risueño el aludido—. Además, ya casi has acabado, así que no creo que tengas hambre.

Andrea le miró y su propia sonrisa se ensanchó un poco. El joven rodeó la mesa para sentarse frente a ella y le dedicó un gesto cómplice. Era alto, delgado y todavía un poco desgarbado, pero de hombros anchos. Tenía el pelo negro revuelto e indomable en su flequillo, que amenazaba con caer sobre la frente cada dos por tres. Un par de ojos oscuros destacaban vivaces en un rostro bronceado por el sol y con una sombra de barba. Sus manos, grandes y de dedos largos y finos, sostenían la bandeja del desayuno con una delicadeza inesperada. A sus diecisiete años, Albert empezaba a apuntar las maneras del hombre que algún día sería, pero aún era un adolescente inquieto que a veces parecía inseguro con sus propias dimensiones y no sabía muy bien dónde colocar los brazos.

—Yo no soy un paleta crédulo, como todos esos granjeros. —Albert hizo un gesto con la cuchara hacia la mesa de al lado, donde un grupo de personas los observaban con indisimulada curiosidad. Cuando Andrea miró en la misma dirección uno de ellos hizo un gesto contra el mal de ojo, pero ella lo ignoró—. Sé que no comes niños crudos ni le robas el alma a la gente.

—Eso es porque eres un cabeza de chorlito temerario —le picó.

—Puede ser —contestó el joven con la mirada puesta en el plato—. O puede que yo sea capaz de ver a la persona maravillosa que se esconde detrás de esa pose de sacerdotisa dura. Una persona que me gusta.

Andrea fingió que no le había escuchado, mientras el joven enrojecía ante su propio atrevimiento.

—¿Qué plan tienes para hoy? —le preguntó ella tratando de cambiar de

tercio—. ¿Otra vez guardia en la Valla?

—Oh, no, hoy no. —Albert levantó la mirada aliviado por el nuevo tema de conversación—. Hoy voy a bajar con mi padre hasta el molino. Los de Mecánica tienen que detener las palas para hacer unas reparaciones y el viejo piensa que es una oportunidad fantástica para que vea cómo funciona. A mí me parece una pérdida de tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Andrea extrañada.

—Porque eso es algo que corresponde a Mecánica, no a Seguridad —contestó displicente—. Yo no llevo un mono azul ni tengo las uñas llenas de grasa, ni me vuelvo loco estudiando todos esos diagramas. Mi sitio está en lo alto de la Valla, no retorcido dentro de una tubería y remendando algo que nadie sabe muy bien cómo funciona.

—Saber cómo funcionan las cosas no te puede hacer ningún daño —apuntó Andrea con voz suave—. Y si no fuese por la gente de Mecánica y Mantenimiento, toda La Lanza se habría caído a pedazos hace muchos años, incluida tu preciosa Valla. No deberías despreciarlos así.

—No los desprecio, es que... —El joven detuvo la cuchara a medio camino de la boca, buscando las palabras exactas—. No creo que yo esté hecho para un trabajo de ese tipo, eso es todo. En realidad, me gustaría pedir el traslado a Suministros, para poder salir y explorar. Quiero ver el mundo, Andrea.

—No hay demasiado que ver ahí fuera, Albert —contestó ella—. Y además, es extremadamente peligroso.

—Yo no tengo miedo —masculló desafiante.

—No he dicho eso. —Meneó la cabeza paciente—. Además, sabes que un traslado no es tan sencillo. Las Normas son claras al respecto. Las profesiones deben pasar de padres a hijos. Es la manera más segura de que los aprendices comprendan todo el saber y la experiencia que acumulan sus maestros.

—Pero ha habido antecedentes —replicó raudamente Albert—. El abuelo de Thomas estaba en Cocinas y Alimentación y su padre está ahora en Intendencia. Y Judith, esa chica tan rara, antes estaba en Administración y ahora está conmigo en Seguridad.

—Esos cambios solo se hacen en casos excepcionales o si hay motivos de peso, y de momento contigo no los hay. —Estiró la mano sobre la mesa y apretó con dulzura la de él—. Debes tener paciencia, y aprender todo lo que puedas, incluso algo tan aburrido como descubrir cómo funciona la turbina de la presa. Solo si haces eso, podrás tener posibilidades de cambiar de grupo.

Albert refunfuñó en silencio pero no dijo nada. Entendía perfectamente lo que le decía la muchacha (*Aunque en realidad no es una muchacha, idiota, tiene doscientos putos años, oyó como susurraba su propia voz en su cabeza*) y sabía

que tenía razón.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó.

—Tengo que ir a clasificar un montón de documentos en la biblioteca —contestó Andrea con gesto aburrido—. La última partida de Suministros volvió ayer con dos mochilas llenas de libros en bastante buen estado y necesitan que uno de los Ancianos les eche un ojo. Puede que haya algo de utilidad, pero me temo que la mayor parte serán novelas baratas. No sabrían distinguir un libro útil ni aunque saltase del suelo y les mordiese en la nariz.

—Quizá podríamos vernos más tarde —contestó Albert con un tono de esperanza en la voz—. Podríamos ir hasta los establos. Me han dicho que ha nacido un potro esta mañana.

—Quizá sí —contestó Andrea, sin comprometerse demasiado—. Pero, si no quieres que te pongan un turno doble como castigo, deberías salir corriendo ahora mismo. Se te hace tarde.

Como subrayando sus palabras, en aquel preciso momento la campana situada en la espadaña del monasterio retumbó una vez con un *gong* profundo. Albert dio un respingo y se levantó de un salto.

—¡Nos vemos luego, comeniños! —se despidió de ella con una sonrisa.

—Hasta luego, botarate —le respondió ella sonriendo a su vez, mientras le arrojaba un pedazo de pan duro.

El chico abrió la boca, como si fuese a añadir algo más, pero al final se dio la vuelta y se alejó a la carrera, atravesando la nave en largas zancadas elásticas.

Andrea le observó con una expresión pensativa en el rostro antes de concentrarse de nuevo en su desayuno. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que le gustaba al muchacho. Y también sabía que al otro lado de aquel sentimiento solo habría dolor a raudales para los dos si sus sentimientos hacia él fuesen otros y ella se aventurase un paso más allá. Albert le caía muy bien, pero no sabía cómo manejar aquella situación. Aunque su aspecto físico era el de una chica de diecisiete años, un océano de tiempo los separaba; décadas de experiencias, recuerdos y sensaciones. Un cóctel complicado de explicar. Una mezcla que incluso a ella le resultaba difícil entender. Como a todos.

Con la siguiente cucharada del puré de gachas engulló también una bola de angustia y pena que se amontonaron sobre la inmensa pila que ya atesoraba su corazón. Quizá algún día, cuando Héctor ya no estuviese a su lado y se encontrase sola de nuevo, reuniría por fin el valor suficiente para ir hasta la Valla y acabar con todo.

Quizá.

Mientras tanto, Albert salió al exterior y la claridad inusual de aquella mañana fría de invierno le golpeó en los ojos. Uno de sus amigos tenía unas

gafas de sol casi intactas heredadas de su abuelo y él siempre las había contemplado con envidia. Claro que su amigo estaba en Suministros y esos siempre tenían los trastos más maravillosos que se reservaban como botín de sus viajes.

Aunque no todos los de Suministros vuelven siempre, se obligó a recordarse.

Bajó las gastadas escaleras del monasterio a saltos y llegó a la explanada que le acercaba al pueblo. A su espalda se alzaba la enorme edificación, construida, según los Ancianos, muchos siglos antes del Colapso por hombres de otra época. A Albert le resultaba imposible creer que la mano del hombre hubiese levantado un edificio tan majestuoso y sabía que muchos campesinos sostenían que era obra de gigantes y magos que existieron en la antigüedad. El ala donde estaban los dormitorios y la biblioteca se extendía a su derecha y al otro lado estaba la fachada principal, decorada con figuras talladas en piedra y un enorme rosetón de vidrio al que le faltaban varias piezas. Sobre la majestuosa puerta de entrada hubo en su día una cruz, pero ya no estaba, como ninguna de las tallas que habían adornado los altares del interior, desaparecidas mucho tiempo atrás, después de que transformasen el edificio en un montón de estancias con diversos usos. Ni siquiera en la antigua iglesia se rendía ya culto al Dios de antaño; en toda La Lanza apenas unas pocas familias seguían la tradición antigua, y esas normalmente no se relacionaban con el resto.

Albert bajó el camino de la colina y se adentró en el poblado. La mayoría de las casas estaban construidas con una mezcla de materiales que a una persona del Tiempo de Antes le habría arrancado una mirada de asombro e incredulidad. Coquetas viviendas de madera y techo de paja se alternaban con antiguos contenedores de metal en los que se habían practicado puertas y ventanas. Incluso un viejo camión —a esas alturas casi nadie recordaba de dónde había salido— yacía sobre sus neumáticos podridos y enterrado hasta los ejes, transformado ahora en un gallinero.

El muchacho disfrutaba de los días luminosos de invierno. Le gustaba ver a la gente abrigada, recién levantada y con las mejillas sonrosadas por el aire limpio, dirigiéndose a sus quehaceres. Giró en la callejuela que le llevaba hacia la base de la Valla, pero en ese momento un grito le detuvo.

—¡Albert! ¡Albert!

El joven se dio la vuelta y vio a su primo Clío, que corría hacia él, atolondrado como siempre. No recordaba ni una sola ocasión en la que Clío no diese la sensación de estar a punto de tropezar con sus propios pies, y sin embargo era una de las personas más habilidosas y delicadas que conocía. El pequeño Clío tenía un don: era capaz de destripar casi cualquier artefacto mecánico del Tiempo de Antes, por muchos años que llevase parado y averiado,

y devolverlo a la vida. Era algo casi sobrenatural.

Aun así, era un talento desperdiciado, porque Clío estaba en Agricultura. Su destino marcado era trabajar en los campos de cultivo de La Lanza, como su padre y su abuela. Albert contuvo la sensación de amargura que le invadió la garganta. Su primo era demasiado inocente y buena persona como para que le contaminase con aquellos pensamientos.

—¿Qué sucede, Clío?

El chico se detuvo al lado de Albert, sudoroso. Aunque eran parientes, el parecido físico era mínimo. Con doce años, Clío era bajo y menudo y su pelo era de un rubio pajizo que brillaba como el oro cuando le daba el sol. Tenía dos enormes y penetrantes ojos oscuros que contemplaban siempre todo con curiosidad. Vestía una indescriptible mezcla de ropa sacada de los almacenes de Intendencia, pantalones de piel de ciervo cosidos en la Fábrica y una chaqueta de lana del Tiempo de Antes cuyo color original era una incógnita. Jadeaba apoyado en sus rodillas, incapaz de decir una sola palabra. Saltaba a la vista que había hecho una larga carrera, así que Albert no le presionó y esperó pacientemente a que recuperase la respiración.

—¿Qué pasa, Clío? —preguntó de nuevo cuando el color volvió a las mejillas del muchacho—. ¿Has visto a un fantasma de los bosques, o algo así? ¿Te ha atacado una oveja?

Clío negó con la cabeza.

—No es eso —contestó con voz entrecortada—. Tienes que venir conmigo, alguien de Seguridad tiene que venir conmigo. Rápido.

—¿Por qué? —replicó Albert repentinamente alarmado.

Su primo estiró el brazo y señaló hacia el exterior, a través de la puerta principal abierta.

—Algo va muy mal —jadeó—. En el campo de cerca del bosque.

—¿Qué ha ocurrido?

—Son los pájaros, Albert. Algo les pasa a los pájaros.

MÚLTIPLES HERIDOS EN UN ALTERCADO EN LA PLAZA MAYOR

**El agresor, un sin techo de 58 años, se arrancó uno de sus ojos
y acuchilló a varias personas antes de ser detenido.**

MADRID (Agencias). Un mendigo protagonizó ayer un violento altercado en una de las plazas más emblemáticas de la capital que acabó con seis lesionados, uno de ellos el propio agresor.

A. A., de 58 años, se autolesionó repetidas veces con un cuchillo, llegando a eviscerarse uno de

los ojos y a continuación agredió con esa misma arma a cuatro transeúntes que circulaban por la zona, dos de ellos turistas de visita en la capital.

En el lugar de los hechos se personaron una unidad medicalizada así como varias patrullas de la Policía Local, que tuvieron que reducir al hombre para proceder a su detención. En el transcurso de esta, uno de los policías resultó asimismo herido con cortes en una mano que no revistieron gravedad.

Según declaraciones de diversos hosteleros de la plaza, el hombre, de nacionalidad húngara, es un mendigo habitual de la zona, aunque nunca había mostrado signos de violencia hasta el día de ayer. «Suele dormir debajo de uno de los arcos y nunca se metía con nadie —declaró un camarero de una de las terrazas de la turística plaza—. De vez en cuando nos pedía el pan duro que nos quedaba del servicio anterior para dárselo de comer a las palomas. No sé qué ha podido pasar.»

Los heridos fueron dados de alta a lo largo de la tarde de ayer después de ser atendidos de diversos cortes y abrasiones en el Hospital Universitario, excepto uno de ellos, que permanece ingresado con pronóstico reservado. El agresor, por su parte, dio positivo en el control de alcoholemia y permanece internado en ese mismo hospital a la espera de pasar a disposición judicial.

El prado estaba cubierto de aves muertas.

Pequeños montones de plumas repartidos de forma aleatoria cada pocos pasos, apenas distinguibles entre la maleza y los restos tronchados del maíz, pero que se hacían visibles en cuanto tropezabas con el primero. Albert caminó un par de metros por el prado, sintiendo cómo crujía la escarcha bajo sus botas y el frío viento de la mañana le mordía la nuca descubierta. Contuvo un escalofrío mientras trataba de asimilar la escena.

—Son cuervos —murmuró Piero, uno de los auxiliares de Seguridad.

Piero se estaba formando, como él, y técnicamente era su igual, pero Albert le llevaba dos años y casi una cabeza de diferencia y además era hijo del jefe de Seguridad, así que de manera casi inconsciente Piero y el resto de los muchachos que había reunido a la carrera mientras ganduleaban en la puerta se habían puesto bajo sus órdenes.

—No solo hay cuervos —murmuró Clío—. Aquello de allí son palomas torcaces.

—Y eso parecen gorriones —asintió Albert ausente, mientras pasaba al lado de un remolino de plumas grises que estaba siendo devorado de forma ansiosa por un ejército de hormigas—. Este de aquí lleva muerto al menos un día. — Señaló el cuerpo de un ave a la que los insectos ya estaban dejando con los huesos al aire.

—Pero estos parecen haber caído hace poco, mira. —Clío señaló hacia la bandada de patos que estaba desplomada sobre la parte central del prado.

A primera vista parecía que estaban distribuidos de forma aleatoria, pero tras un segundo vistazo resultaba evidente que aún mantenían la formación de vuelo, incluso al estrellarse en tierra.

—Cayeron todos a la vez —murmuró Albert mientras giraba una de las aves con un palo de manera cautelosa—. El líder está allí y el resto siguen repartidos como si...

—¿Cómo es posible que se caiga una bandada de pájaros de golpe? —preguntó uno de los chicos.

—¿Un rayo, quizá? —aventuró Clío.

—No ha habido una tormenta en semanas —musitó su primo con gesto preocupado—. Además, eso podría explicar los que han caído hoy, pero de ninguna forma explica cómo es que llevan muriéndose desde hace días.

—Tienen sangre en el pico —musitó Piero—. Todos ellos.

Albert se fijó en el detalle. Era cierto: todos los pájaros parecían tener

manchas de sangre en torno a sus picos y a su pecho, como si justo antes de morir hubiesen sumergido la cabeza en un bote lleno de tinta roja.

No, se corrigió a sí mismo al instante. Aquella sangre había salido *desde dentro* de ellos. La imagen perturbadora de un pájaro expectorando sangre y cayendo fulminado del cielo le cruzó la mente por un instante. Se estiró y miró a su alrededor. La media docena de muchachos que se había llevado consigo estaban dispersados por el campo, buscando pájaros muertos con la excitación de un lebel. Un par de ellos incluso se lanzaban una bola de plumas entre risas cristalinas.

—¡Dejad eso inmediatamente! —gritó Albert—. ¡Que nadie toque nada! Creo que estos pájaros estaban enfermos.

—¿De qué?

—Ni idea, Clío. Supongo que se lo tendremos que preguntar a los del Servicio de Medicina.

—Anna no sabe un carajo de medicina —gruñó Piero—. Y no creo que sepa mucho más de animales. Estoy seguro de que los del Servicio de Ganadería nos serán de mucha más ayuda.

Albert se encogió de hombros mientras se volvía en dirección a La Lanza. Los primeros campesinos ya salían por las puertas y una mujer con el uniforme rojo del Servicio de Comunicaciones partía al galope con uno de los dos caballos de servicio del poblado.

—Ya veremos —contestó—. Lo primero es contarles esto a mi padre y al Consejo. Ellos tomarán la decisión. Y ahora démonos prisa o no llegaremos a la formación.

Los chicos apuraron el paso. Todos ellos, cuatro chicos y dos chicas, vestían con orgullo indisimulado el mono verde que los distinguía como miembros del Servicio de Seguridad y Defensa. Aún llevaban el brazalete blanco que los identificaba como aprendices, pero era algo que en los próximos años se resolvería. Algún día ellos tendrían sus propios aprendices, a los que les transmitirían todos sus conocimientos, heredados de antes del Colapso. Era un sistema sencillo y que funcionaba... más o menos. Albert había oído refunfuñar en más de una ocasión a los Ancianos y a los miembros del Consejo sobre la degradación paulatina de los conocimientos. La *teoría del teléfono estropeado*, la llamaban, aunque Albert no tenía ni la menor idea de lo que podía ser un teléfono y quién podría haberlo estropeado. En La Lanza aún estaban en uso muchos artilugios de los viejos tiempos, aunque el número de aparatos que habían dejado de funcionar a lo largo de las décadas era enorme, desde los camiones que se pudrían junto a la valla hasta los extraños y enormes platos parabólicos cubiertos de musgo negro colocados en el techo del monasterio,

cuyo uso original casi nadie podía adivinar.

Clío jadeaba al lado de Albert con una expresión apagada. Los agricultores y campesinos eran los únicos habitantes de La Lanza que no llevaban ningún tipo de uniforme, aunque constituían el grueso de la población. Albert intuía que Clío soñaba con poder vestir el verde de Seguridad o incluso el color negro de Suministros, con sus múltiples bolsillos y su cinturón pesado de donde colgaban el machete y la daga, pero ambos sabían que aquello no era posible. Clío no solo era hijo de agricultores, sino que además era asmático. Jamás saldría de los campos y nunca se alejaría más que un par de kilómetros de la seguridad de la muralla de La Lanza, como la inmensa mayoría de sus habitantes.

O al menos no debería.

Ya casi habían llegado al pie de la Valla, la estructura más grande de toda La Lanza, si se exceptuaba el enorme monasterio. La muralla había ido creciendo y transformándose con el paso de los años, en sucesivas ampliaciones a medida que la población de La Lanza aumentaba. La parte más antigua era un elegante diseño de vigas de acero enterradas en el suelo, unidas con placas remachadas entre ellas. Tenía el aspecto sobrio y uniformado de las cosas construidas antes del Colapso, que quedaba un poco deslucido por la ampliación que había crecido justo encima de ella y sobre la que corría el paseo de guardia y las casamatas de vigilancia.

La empalizada culebreaba por la colina y desbordaba el recinto original de la primitiva cerca de acero. Allí donde el diseño inicial no llegaba, los integrantes del Servicio de Ingeniería de La Lanza habían ideado un inteligente sistema para colocar otra valla de alambre y madera por delante de la empalizada de metal. Esta nueva alambrada estaba cubierta con kilómetros de hilo de cobre que antaño había estado colgado en postes de teléfono. El resultado era un enorme espacio de cerca de tres hectáreas alrededor del monasterio, envuelto en una recia y alta muralla de metal de cinco metros, y por delante de ella, a unos tres metros, una pequeña verja forrada con cobre... por la que corrían varios miles de voltios de electricidad.

Ese era el punto fuerte de la defensa de La Lanza y del que sus habitantes se sentían tan orgullosos. Que Albert supiese, era el único asentamiento humano que disponía de un medio tan avanzado de protección y gracias al cual habían estado a salvo durante tanto tiempo. Aunque el joven no entendía muy bien cómo funcionaba, sabía que estaba ahí, y decían que era lo único que podía mantener a los Hostiles fuera del recinto..., y eso era lo que importaba.

Habían pasado muchos años, varias generaciones, de hecho, desde el último asalto serio a La Lanza, pero el temor aún estaba grabado a fuego en el espíritu de todos sus habitantes. Aunque no los pudiesen ver, Albert estaba seguro de

que, en aquel preciso instante, desde la linde del espeso bosque alguien los estaba acechando. Ese pensamiento se le coló en la mente y le provocó un breve escalofrío. Sintió la tentación de mirar por encima del hombro, pero se abstuvo, porque justo en ese momento la figura de su padre se dibujó en el amplio portalón de entrada.

Richard frisaba los cuarenta años y, aunque su barba aún se mantenía negra, las sienes de su cabellera revuelta empezaban a cubrirse de canas a gran velocidad. Tenía una mirada penetrante y profunda, apoyada en unos ojos oscuros que parecían taladrar a su interlocutor. Era alto, delgado, de esos tipos fibrosos a los que parece imposible pegarles un gramo de grasa y con el movimiento inquieto de las personas que siempre sienten que tienen algo pendiente que hacer.

—Albert, ¿dónde carajo andabas? Ya deberíamos estar a medio camino del molino y aún seguimos aquí mientras... —Se interrumpió de golpe y señaló algo en la pernera del joven—. ¿Eso es sangre?

Albert miró confundido adonde señalaba su padre. Unas diminutas salpicaduras habían aterrizado en su pernera derecha, un poco por encima de su bota, seguramente al pisar alguno de los innumerables pájaros muertos del prado. A cualquier otro le hubiese pasado desapercibida aquella mancha, pero no a Richard. Al jefe de Seguridad de La Lanza no se le escapaba nada.

—Supongo que sí, padre. —El muchacho se irguió y por un instante, bajo el arco de la entrada, dos versiones de la misma persona, una joven y otra más mayor, se miraron a los ojos sin ser conscientes del enorme parecido que compartían.

Albert le contó una versión detallada de lo que habían encontrado fuera. Richard le interrumpía de vez en cuando, haciendo preguntas concretas y precisas, sobre detalles en apariencia banales pero que a medida que la conversación avanzaba se volvían importantes. Padre e hijo mantenían un tono calmado y profesional, heredado de sus antecesores y aprendido de ellos. Aunque ninguno de los dos lo supiese, cualquier oficial de policía del siglo XXI podría haber reconocido sin mucho esfuerzo aquellas pautas de interrogatorio.

—Es algo curioso —musitó por fin Richard.

—¿Deberíamos informar al Consejo, padre?

—No creo que sea necesario por ahora —contestó él tras reflexionar un momento—. Al fin y al cabo son solo unos pájaros muertos. Quizá haya sido una descarga eléctrica, o han bebido en un pozo envenenado o vete tú a saber qué. Estaremos más alerta y lo incluiremos en el aviso de guardia.

Albert asintió mientras a su espalda su primo se retorció, no demasiado convencido.

—¡Clío! —Richard le miró sorprendido—. Pero ¿qué narices haces todavía aquí? ¿No deberías estar ya con tu cuadrilla de trabajo?

—Sí, tío, digo no, señor, o sea, sí, señor. —El chico se puso de color grana mientras farfullaba—. Ya me iba.

Richard miró con expresión cariñosa a su sobrino y le revolvió el pelo rebelde con un gesto desenfadado.

—Corre, ve —dijo—. No llegues tarde por mi culpa. Y no te metas en líos.

—Yo nunca me meto en líos, son ellos los que me buscan a mí —contestó el muchacho con una sonrisa torcida antes de darse la vuelta y salir al trote, envuelto en el estruendoso entrechocar de todos los cachivaches inclasificables que guardaba en su zurrón de piel de conejo. Era un fanático del Tiempo de Antes y cada trozo de material inservible que encontraba en los campos pasaba a formar parte de su colección.

—Se muere por estar con nosotros, padre —musitó Albert—. Sería mucho más feliz aquí que en los campos.

—Lo sé —suspiró Richard—. Pero eso no es algo que esté en nuestras manos. Y ahora, vámonos. Nos esperan en el generador.

Richard hizo un gesto y el pequeño grupo de aprendices de Seguridad que remoloneaban cerca de la puerta se les unió. Cada uno de ellos tenía su propio maestro, padres o madres a los que sustituirían algún día, pero en aquella ocasión estaban todos bajo el control del jefe Richard. La Valla no podía quedar desatendida de ninguna manera y no había suficientes personas dentro de La Lanza como para cubrir vacantes inesperadas.

El grupo echó a andar por el camino que llevaba hasta el río. Era una caminata breve, de apenas un par de kilómetros, pero para los muchachos, en aquella mañana fría de invierno y bajo el débil sol de noviembre, se antojaba una excursión en toda regla. Todo el trayecto discurría por la Zona Abierta, un espacio despejado de varios kilómetros de ancho que se extendía alrededor de La Lanza en forma de pastos y huertas cultivadas. Justo en el borde de los campos comenzaba el bosque, una interminable sucesión de kilómetros y kilómetros de vegetación densa e impenetrable, cruzada apenas por unos cuantos caminos de los viejos tiempos. Todos conocían de sobra las historias de los restos del Tiempo de Antes que yacían salpicando los bosques aquí y allá. Incluso había historias de las grandes ciudades, sitios enormes de acero y cemento, ocultos en alguna parte.

Había gente que las había visitado, claro. Pero eran pocos, y la mayoría — por no decir casi todos— no había vuelto.

Las ciudades eran una trampa mortal. Un sitio donde ir a morir.

Una zona prohibida.

Pero mientras avanzaban por la grava crujiente del camino que llevaba a la presa, nada de esto estaba en la mente del alborotado grupo de muchachos que caminaban unos pasos por delante de Richard. Cada vez que emprendía una jornada de formación con los chicos, se sentía invariablemente el hombre más anciano del mundo, lo que no dejaba de ser irónico cuando tras las vallas de La Lanza había casi media docena de personas que superaban los doscientos años.

No era tan solo por la diferencia de edad, ni porque aquel grupo de chicos y chicas le observasen como si fuese un dinosaurio. Era el contraste entre el descaro adolescente que da la juventud y el poso de cinismo que regala la experiencia, que se manifestaba de golpe, de una manera muy dolorosa.

Si alguien le hubiese preguntado a Richard si era un hombre feliz, seguramente no habría sabido qué contestar sin tener que pensarlo antes un buen rato. Por una parte estaba su trabajo. Formar parte del Servicio de Seguridad en La Lanza le parecía un auténtico privilegio, y cada día que pasaba desempeñando su trabajo se sentía feliz de poder hacer lo que le gustaba, que era cuidar de *su* gente. Con el instinto contumaz del perro pastor, Richard había llegado a desarrollar un sentido de propiedad sobre los habitantes de La Lanza, a los que consideraba las ovejas de su particular rebaño, mientras que los demás miembros de su servicio eran los otros pastores. Por supuesto, jamás se atrevería a manifestar una idea así ante los miembros del Consejo, pero para él esa sensación resultaba muy reconfortante. Y por supuesto, cada día pasado sin incidentes, una pequeña victoria.

Pero por otra parte su vida personal tenía más sombras que luces, aunque Richard se guardaba muy bien de dejarlas a la vista. Su relación con la madre de Albert apenas existía desde que ella se fue a vivir a El Ojo, uno de los cuatro poblados cercanos a La Lanza; desde entonces los rumores sobre su situación sentimental formaban parte del cotilleo diario e inevitable en una agrupación humana tan pequeña. Su recuerdo a un tiempo le dolía y le era indiferente. A veces el olvido es la mejor medicina para poder seguir respirando.

Un grito le sacó de sus pensamientos. Uno de los jóvenes del grupo que caminaba unos metros por delante señalaba algo en el camino. En un gesto inconsciente su mano bajó hasta la vieja pistola que colgaba en su cintura. Dentro de La Lanza el personal de Seguridad tan solo iba armado con porras, pero para circular por la Zona Abierta se había llevado algo más contundente, siguiendo la máxima de que nunca se era demasiado prudente.

Se relajó enseguida. El chico señalaba hacia una estructura baja y oscura, situada al lado del río, junto a la cual un furioso torrente de agua saltaba lanzando gotas en todas direcciones y envolviendo la ribera en una difusa niebla atomizada de líquido.

Habían llegado al molino. El reino privado de Louis. El corazón y el arma secreta de La Lanza.



Paciente: Adam Almaszcy

Núm. Historial: 556844

1/11/2018

Paciente varón de 58 años de edad, de nacionalidad húngara, con diagnóstico previo de cirrosis hepática y carcinoma colorrectal estadio II en tto QT. Ingresó por Servicio de Urgencias tras ser detenido en vía pública y derivado a este Centro tras examen preliminar del SVB del SAMUR desplazado al efecto. En el momento de su detención el paciente se habría autolesionado en varias ocasiones y se habría extraído el globo ocular izquierdo con un objeto punzante. A continuación habría comenzado a agredir con ese mismo objeto punzante a las personas presentes en la plaza sin mediar aviso o provocación previa. Cinco lesionados leves, también ingresados en el Servicio de Urgencia, y un lesionado grave, en quirófano.

Exploración: Presenta cuadro de desorientación, agresividad, delirios y autolesiones. Traumatismo ocular con evisceración del globo ocular izquierdo. Abrasiones y cortes en cara interior de los antebrazos, cuello y rostro. Equimosis redondeada de más de 1 cm en cuello. Tumefacción en pómulo derecho. El paciente manifiesta dolor aparentemente al abrir la boca, pero no se puede confirmar por su alto grado de desorientación. Se aprecia crepitación en la articulación temporomandibular derecha. Se realiza analítica y se solicita detección de tóxicos.

Cuadro clínico general: El paciente presenta un evidente deterioro físico derivado de las patologías anteriores y del entorno vital habitual en el que se mueve. (Sin domicilio conocido, indigente, con un cuadro diagnosticado de alcoholismo y reiteradas visitas a centros de auxilio social.)

Analítica: Hemoglobina: 9 – Leucocitos 7.000 – Plaquetas 276.000 – Neutrófilos 3.810

GOT: 48 GammaGT:112.

Tóxicos: Alcohol en sangre: 1.3 g/l. No se encuentran restos apreciables de otros tóxicos.

Tratamiento: Se realizan curas de cortes y abrasiones, así como de la evisceración ocular. Aloperidol 1-3 mg 3 veces/día, aumentar hasta 10-20 mg 3 veces/día en función de la respuesta, para calmar el estado de paranoia y confusión del paciente. Se procede a su internamiento en el Ala de Psiquiatría a la espera de posterior evaluación.

Fdo. Dr. A. Martín
Jefe del Servicio de Psiquiatría

El molino —o la Bestia, como lo llamaba la mayoría de la gente que trabajaba allí— era uno de los lugares más apartados y a la vez más sorprendentes de toda La Lanza y desde hacía más de veinticinco años el reino privado de Louis, el jefe de Mecánica y Mantenimiento. El edificio bajo y achaparrado, de gruesas paredes de piedra y cubierto con enormes lajas de pizarra, era frío, oscuro y húmedo, un destino poco atractivo sobre todo en invierno, pero el lugar perfecto para pasar el día si no te gustaba demasiado el contacto con otras personas.

Visto desde fuera parecía una enorme nave de piedra y pizarra derrumbada sobre una de las orillas del río. La construcción y todo su entorno estaban permanentemente envueltos en una nube de agua vaporizada que salía proyectada de la cascada que rugía a su costado izquierdo y le daba un cierto aspecto fantasmagórico. El salto de agua, de unos diez metros de altura, tenía incrustado en su centro un largo tubo de acero oscuro, que deslucía el conjunto como un diente podrido en una sonrisa perfecta. Aquel tubo conducía un enorme chorro de agua hasta el interior del molino, y desde allí caía con fuerza sobre las palas de acero gastadas de la turbina, antes de salir por los aliviaderos instalados varios metros cauce abajo.

El grupo se detuvo cerca ya del edificio, justo donde el sendero se veía rodeado de grupos de helechos y enormes piedras cubiertas de musgo verde.

El visitante no avisado que hubiese seguido adelante habría acabado por tropezar con el fino hilo de acero que cruzaba la senda y que rodeaba toda la estructura. Aquel hilo era la primera línea de defensa del molino, ya que cualquier tensión sobre él dispararía la alarma del centro de guardia. A pocos metros, una segunda alambrada zumbaba de forma ominosa, recorrida por miles de voltios de electricidad. Aquí y allá, los restos chamuscados de pequeños animales junto al cerco dejaban claro que tocar aquel entramado de alambre y metal no era en absoluto una buena idea.

Para rematar, la única puerta del molino era una mole de acero remachado encastrada en un muro de piedra de un par de metros de grosor. Situada en ángulo sobre un pequeño puente de madera que cruzaba un canal de agua de tres metros de ancho, apenas dejaba espacio suficiente junto a ella para que un adulto estuviese de pie, haciendo extremadamente difícil emplear un ariete o algo similar. En conjunto, era una extraña mezcla de medidas defensivas medievales y del siglo XXI que los sucesivos responsables del edificio habían ido mejorando con los años hasta convertir el complejo en un sitio inexpugnable.

El grupo de Richard, Albert y el resto de los muchachos aguardó con

paciencia hasta que con un crujido la enorme puerta se abrió y asomó una mujer vestida con el mono verde de Seguridad, que les hizo un gesto amistoso. Uno de los muchachos del grupo, de rasgos muy similares a la mujer, levantó el brazo de forma instintiva al reconocer a su madre, pero lo bajó enseguida al sentir el rumor de risas nerviosas del resto de los adolescentes.

Richard meneó la cabeza con media sonrisa y les hizo la seña para que continuasen avanzando. Con un chasquido, el sector de la cerca eléctrica donde estaba la puerta cesó de zumbar y la cruzaron.

—Hola, Rita. ¿Cómo va el turno?

—Hola, jefe —respondió ella con un remedo de saludo—. Aburrido y ruidoso, como siempre. Sin novedad.

Richard asintió. El molino era, con diferencia, el sitio más ensordecedor de toda La Lanza y probablemente de todo el mundo en aquel momento. La mayoría de los actuales habitantes del planeta no había escuchado nunca nada más ruidoso que el silbido furioso del viento o la explosión ocasional de algún olvidado e inestable explosivo con más de doscientos años de antigüedad, así que entrar en aquella nave suponía un bautismo sorprendente para sus visitantes la primera vez que llegaban allí.

El rostro asombrado de su grupo de alumnos no dejaba lugar a dudas. Algunos se tapaban los oídos con las manos, pero los demás estaban demasiado asombrados como para eso y se limitaban a mirar boquiabiertos a su alrededor.

La mayor parte de la inmensa nave de piedra, brillantemente iluminada por un grupo de focos halógenos, la ocupaba una enorme bestia de acero azul y blanco de casi cuarenta metros de longitud. A su alrededor pululaban tres o cuatro operarios ataviados con el mono color azul de Mantenimiento, ocupados en sus actividades arcanas en torno a la Bestia. Uno de ellos destacaba por encima del resto, un hombre de unos sesenta años, de casi dos metros de altura y con la corpulencia de un búfalo. Su pelo gris solo ocupaba la parte posterior de su cabeza y se descolgaba en pequeños rizos apretados, dejando a la vista una calva reluciente y manchada de grasa. Un bigote espeso cubría su labio superior y en aquel instante bramaba algo para hacerse oír por encima del ruido ensordecedor de la maquinaria. Al ver a los recién llegados se acercó hasta ellos con un paso sorprendentemente rápido.

—Hola, jefe Richard —dijo mientras le extendía una mano donde faltaba parte del dedo anular—. Bienvenidos al molino.

Era un dicho común en el Servicio de Mecánica y Mantenimiento: «Si no te falta un dedo es que no lo estás haciendo bien». Manipular maquinaria con más de dos siglos de antigüedad y muchas veces sin ningún tipo de manual de funcionamiento suponía numerosas lesiones. Los de Mantenimiento lo tenían

como un blasón y un motivo de orgullo y paseaban sus cicatrices de forma ostentosa.

—Hola, jefe Louis —contestó Richard con media sonrisa—. Me alegro de verte.

—¿Están listos tus chicos? —preguntó a gritos Louis—. Estamos a punto de hacerlo.

Richard asintió con un guiño y llevó a los muchachos junto a la enorme maquinaria, justo donde el ruido se hacía insoportable. Desde donde estaban podía sentir la enorme vibración que la Bestia transmitía a todo el edificio. El jefe Louis se subió a un montante e hizo un gesto seco con el cuello hacia los tres operarios que estaban cerca de una pared cubierta de diales, palancas y botones. Estos comenzaron una secuencia de movimientos y de repente el enorme rugido empezó a perder intensidad. Las vibraciones se volvieron más tenues a medida que los álabes de la turbina iban bajando su velocidad, y en pocos minutos el aullido de la Bestia se transformó en un ronroneo hasta que, finalmente, se detuvo. El único ruido que se oía dentro del molino era el rumor del agua al circular libre por las conducciones sepultadas bajo sus pies y los comentarios quedos del grupo de Mantenimiento mientras hacía el chequeo de control. Comparado con el estruendo de poco antes, era tan silencioso como el interior de una tumba.

—¡Bienvenidos al molino! —gritó el jefe Louis. Años trabajando al lado de maquinaria ruidosa habían hecho que le resultase difícil hablar en un tono de voz normal—. A mí ya me conocéis, y esto que tengo a mi espalda es el corazón que permite vivir a La Lanza. Os presento a la Bestia.

Un rumor recorrió el grupo. No era habitual que los habitantes del poblado tuviesen acceso al molino, sobre el que corrían todo tipo de historias fantásticas, especialmente entre los más jóvenes. Se podía sentir la excitación flotando en el ambiente.

—Lo que tenemos aquí es una turbina Ossberger de libre desviación, de admisión radial y parcial —comenzó a recitar con el entusiasmo de un enamorado hablando de su amada—. Un flujo variable de metros cúbicos de agua la mantiene en movimiento constante. El distribuidor le imprime al chorro de agua una sección rectangular, y este circula por la corona de paletas del rodete en forma de cilindro, primero desde fuera hacia dentro y, a continuación, tras haber pasado por el interior del rodete, desde dentro hacia fuera. La entrada del agua propulsora se gobierna por medio de dos palas directrices perfiladas de fuerza compensada. Las palas directrices dividen y dirigen la corriente de agua haciendo que esta llegue al rodete sin efecto de golpe, con independencia de la abertura de entrada.

El grupo le miró con expresión vacía. Louis estaba seguro de que la mayoría no había entendido nada de lo que había dicho, pero en parte lo hacía a propósito. Trataba de hacerles sentir la enorme complejidad de aquel gigantesco aparato y la destreza de su gente, que lo manejaba. La rivalidad entre los distintos servicios estaba a la orden del día en La Lanza.

—¿Y para qué vale, además de hacer mucho ruido? —preguntó con voz tímida uno de los muchachos de Richard.

Louis negó con la cabeza y puso los ojos en blanco, pese a que no era la primera vez que tenía que responder esa pregunta. Lo que hacían en el molino era casi magia negra para los habitantes de La Lanza, y conseguir que lo entendiesen resultaba complicado al principio.

—La Bestia genera electricidad —dijo con voz calmada—, un flujo constante de ocho mil kilovatios por hora que permite que La Lanza sea el mejor sitio para vivir en todo el mundo. No solo consigue que tengamos luz por la noche o que en invierno nos podamos calentar con radiadores, a diferencia de los pobres diablos de El Cuenco o El Ojo, que tienen que calentarse con leña y alumbrarse con aceite rancio y mierda de vaca.

Un murmullo de risas surgió del grupo. El orgullo de pertenecer a un sitio privilegiado les recorría como la electricidad que generaba la turbina.

—Además de eso, la Bestia permite que las cercas electrificadas que rodean La Lanza sean un obstáculo insalvable para cualquier intruso. —Hizo una pausa y escupió hacia un lado—. Especialmente para los Hostiles.

Algunos muchachos se removieron incómodos y un par de ellos hicieron un gesto contra el mal de ojo, pero la mayoría ni se inmutó. Hacía más de setenta años que no se veía ni la más mínima presencia de los Hostiles en el entorno de La Lanza y eso implicaba que para varias generaciones empezaran a ser cosa del pasado, algo folclórico y fantástico. Richard estaba seguro de que aquellos muchachos ni siquiera terminaban de creerse que hubiese nadie allí fuera, pero guardaron silencio de forma respetuosa.

—En resumidas cuentas: la Bestia es el arma más poderosa con la que contáis —bramó Louis mientras daba un par de poderosas palmadas sobre el montante—. Olvidaos de vuestras porras y espadas, de vuestras dagas e incluso de las armas de fuego. Esto es lo que nos mantiene a salvo.

Uno de los chicos, el que había reconocido a su madre, levantó el brazo. Louis asintió y le permitió hablar.

—¿Por qué lo habéis parado si es tan importante?

—La Bestia es fuerte pero delicada —contestó el jefe de Mecánica y Mantenimiento—. Ya es toda una veterana de doscientos años. Si no parásemos cada par de semanas para revisarla, se podría producir una avería catastrófica, y

nadie quiere eso.

—Y si se detiene cada dos semanas, ¿cómo es que nunca ha faltado electricidad en La Lanza? —preguntó una chica de aspecto inteligente de la primera fila—. ¿Cómo es que esas luces del techo siguen funcionando?

Louis sonrió, como si esperase aquella pregunta.

—Para responderos a esa cuestión, y al resto de preguntas, permitidme que os deje con mi aprendiz, mi propia hija —dijo mientras se apeaba del montante—. Tenemos que desmontar un álabe de la turbina y no puedo perder más tiempo con vosotros. Eva se encargará del resto de la visita.

Con un gesto de respeto hacia Richard, el enorme corpachón de Louis se encaminó hacia el fondo de la nave mientras los muchachos se agitaban susurrando entre ellos. El murmullo se fue apagando hasta convertirse en un silencio incómodo, porque hasta los más inquietos del grupo de adolescentes dejaron de cotorrear al ver quién se acercaba. Eva era una joven de aspecto grácil como un pájaro y de huesos largos y delicados. Su rostro estaba marcado por unos pómulos altos, intensos ojos verdes grisáceos, listos e inquisitivos, y una ondulante melena castaña que se derramaba por su espalda como un río de café. Era de ese tipo de jóvenes que se saben atractivas desde que entran en la pubertad, pero no dejan que esa sensación se transforme en afectación, sino que la realzan con autocontrol y simpatía y consiguen de inmediato la atención de quienes las rodean.

Y además, estaba el pequeño detalle de que era la única persona en La Lanza que iba en silla de ruedas.

La doctora que había atendido su parto diecisiete años antes se había referido a lo que había sucedido como «sufrimiento fetal». Sin duda era algo que dos siglos antes, en un quirófano rodeado de médicos, pediatras y enfermeras, se podría haber evitado con facilidad. Pero cuando Eva nació lo hizo como casi todos los niños de La Lanza, en la enfermería situada en la segunda planta del monasterio, con la única presencia del doctor del poblado y sus dos aprendices. Y la noche que Eva nació se conocía en La Lanza como la Noche Oscura, cuando la tormenta más potente que recordaban los Ancianos sacudió el poblado como un niño furioso arrojando en plena rabieta sus juguetes contra el suelo. Más de cincuenta personas habían muerto o resultado heridas aquel día, la mitad del ala este del monasterio había perdido su tejado y hubo que reconstruir La Lanza casi desde cero. Y fue entonces cuando Eva vio la luz, un bebé paralizado de cintura para abajo en un entorno tremendamente hostil para todos aquellos que no estaban preparados.

Algo que se habría visto como una dificultad grave pero salvable en el Tiempo de Antes era un reto casi mortal en el mundo posterior al Colapso. Eva

no tuvo su primera silla de ruedas de verdad hasta los seis años, cuando una expedición de Suministros volvió con un artefacto plegable y oxidado en la espalda de uno de los portadores. Todos eran conscientes de que cada kilo de suministros que llegaba a La Lanza resultaba increíblemente precioso, ya que el coste en vidas humanas de cada expedición hacía de ellas un asunto peligroso y prohibitivo. De ahí que la llegada de aquella silla hubiera sido motivo de lágrimas de alegría por parte de Eva y de un sentido agradecimiento de Louis a los tiznados, agotados y tambaleantes hombres y mujeres de Suministros que se habían plantado en la puerta de su casa con aquel chisme sacado del pasado.

Él dedicó las siguientes semanas a reparar con mimo la silla de ruedas, cambiando los tejidos podridos, limpiando el óxido y repintando los cromados y engrasando los ejes. Cuando por fin la tuvo lista, Eva vio llorar por primera vez al hombretón que era su padre, algo que muy poca gente podía afirmar haber visto. Demasiado pequeña para interpretar ese llanto en aquel instante, solo más tarde supo entenderlo: con aquella silla, Eva tendría al menos una oportunidad. De otra manera, incapaz de moverse, habría sido una carga, quizá demasiado pesada para un lugar tan frágil como La Lanza. Con la silla, todo cambiaba.

Y era precisamente sobre esa silla como se acercaba al grupo de silenciosos muchachos al lado de la Bestia. Todos conocían la existencia de Eva, aunque pocos la habían visto. Aun con la silla, resultaba difícil moverse en un entorno tan poco adaptado como La Lanza, por no hablar de los campos exteriores. Como la mayoría de sus paisanos, Eva jamás se había alejado más allá de unos pocos kilómetros del monasterio en toda su vida. Con el paso de los años se había ido recluyendo dentro del edificio del molino, hasta que finalmente había dejado de salir. Allí, en aquel entorno cubierto y controlado, se sentía a salvo y feliz, rodeada de una maquinaria a la que conocía casi mejor que nadie. En el siglo XXI probablemente le habrían diagnosticado agorafobia, pero no quedaba un solo psiquiatra vivo desde hacía dos siglos y aquellas clasificaciones habían dejado de tener sentido mucho tiempo atrás.

Eva simplemente sabía que era feliz dentro de aquellos muros y que se sentía más cercana a la Bestia que a cualquier persona, excepto a su padre. Por eso miraba al grupo de aprendices con el ceño fruncido y una mirada de hastío en sus sorprendentes ojos.

—La Bestia solo es una parte del sistema. —Así, sin un saludo ni nada parecido a un gesto amistoso, comenzó a hablar—. Es el corazón, pero además están sus pulmones y su cerebro.

Había aprendido que la forma más sencilla de que la tomasen en serio y no le dedicasen miradas conmiserativas era tomar la iniciativa y mostrar aplomo. Frente a un grupo de chicos de su edad que se le podían subir a las barbas,

enseñaba su lado más glacial.

—Justo debajo de la escalera de entrada al monasterio, en La Lanza, hay docenas de acumuladores de energía, las células de baterías que recogen el exceso de electricidad de la Bestia y que la almacenan hasta que hace falta, como ahora. Esos son los pulmones. Cada vez que hay una interrupción en la turbina, las células surten de energía a toda La Lanza hasta que se recupera el fluido.

Una mano se levantó vacilante. Era una chica de aspecto fuerte y piel sonrosada, con pinta de no dejar que nadie pensase por ella.

—¿Cómo llega la electricidad a La Lanza? Estamos como a dos kilómetros.

—Hay un cable de alta tensión enterrado, metido dentro de un tubo de cemento —replicó Eva—. Antes iba a través de un tendido aéreo, pero era mucho más frágil y fácil de interrumpir. De hecho, los Hostiles lo lograron en algún momento, hace algo más de un siglo. Evidentemente, con los acumuladores de energía no les valió de nada.

—¿Cuánto tiempo puede durar la energía de esas baterías? —preguntó de nuevo la chica—. Quiero decir..., ¿cuánto podría aguantar la Valla antes de quedarse sin electricidad en los... *aculumadores*?

—Acumuladores —la corrigió Eva con media sonrisa—. Y podrían suministrar electricidad a toda La Lanza durante cuarenta y ocho horas, tiempo más que suficiente para recuperar cualquier avería que tuviese la Bestia. No hay nada de lo que preocuparse en ese sentido.

Richard apretó los labios al oír aquello. Como jefe de Seguridad sabía de sobra que eso no era del todo cierto. Los acumuladores eran viejos, muy viejos, instalados por los fundadores de La Lanza en los días caóticos del Colapso, doscientos años atrás. Tras dos siglos de uso las baterías que componían el sistema habían pasado de lejos la vida útil que sus diseñadores, todos ellos ya muertos, habían previsto para ellas. Richard había estado en una ocasión en el sótano situado bajo el atrio y recordaba perfectamente el olor seco y algo ácido de aquellos pasillos, rodeados de estanterías en las que pesadas baterías cuadradas almacenaban energía. Lo que más le había llamado la atención era el enorme número de baterías desconectadas, sus células de energía muertas, rotas o agotadas muchas décadas atrás. Aquel era uno de los secretos de seguridad más ocultos de La Lanza y solo los miembros del Consejo, el jefe de Seguridad y los técnicos de Mantenimiento lo sabían.

Sintió que la mirada penetrante de Eva se posaba sobre él. La joven parpadeó muy despacio, un par de veces, como si adivinase lo que estaba pasando por la cabeza de Richard en aquel momento. El hombre sintió un escalofrío. Aquella muchacha le ponía más nervioso de lo que debería.

—Has hablado del corazón y de los pulmones —tartamudeó uno de los chicos, un tipo grande que miraba a Eva con los ojos muy abiertos—, ¿cuál es el cerebro?

Fue el turno de Eva para sonreír. Una expresión tan extraña en ella y que sin embargo iluminó su rostro como un estallido de fuegos artificiales.

—El cerebro somos los hombres y mujeres de Mantenimiento —paladeó las palabras al decirlo—. De la misma manera que vosotros sois el músculo, o uno de ellos.

La velada pulla caló enseguida entre los chicos, que rumiaron inquietos, excepto el muchacho grandote que había hecho la pregunta, que continuaba sin despegar los ojos de Eva. Richard decidió intervenir antes de que alguien dijese algo inapropiado.

—Bien, ahora que ya conocéis cómo funciona la Bestia, os habréis dado cuenta de por qué es el único lugar fuera de La Lanza donde Seguridad tiene un destacamento —comenzó a decir Richard mirando a sus pupilos—. Ahora vamos a subir a los puestos de...

De repente, las luces halógenas que iluminaban la amplia sala titilaron un instante. Fue un leve bajón de fluido, apenas unos segundos, pero suficiente como para interrumpir su discurso y provocar un cruce de miradas entre Eva y Louis, situado al fondo de la sala.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Albert. Sabía que no debía interrumpir a su padre, pero la curiosidad le consumía.

—Una oscilación de electricidad —contestó Eva con voz queda mientras se impulsaba hacia una de las mesas de control.

El chico grandote hizo el ademán de acercarse a la silla para empujarla, pero la joven lo apartó de un manotazo.

—¿Una oscilación? —Albert estaba confuso—. ¿Por qué?

—Una de las líneas de baterías debe de haber fallado y ha entrado el sistema de soporte. —Esa fue toda su réplica mientras sus dedos recorrían un teclado en el que las letras estaban totalmente borradas. Aun así, la muchacha parecía saber dónde poner los dedos con seguridad.

—¿Por qué ha fallado la línea?

Eva no contestó, absorta en la pantalla gastada. Su padre se inclinó sobre ella y ambos contemplaron durante un rato lo que para el resto no era más que un jeroglífico indescifrable. Finalmente Louis se irguió con gesto preocupado.

—Un pico de consumo de varios miles de voltios —gruñó.

—¿Alguien ha encendido todas las luces de golpe? —El intento de broma de uno de los muchachos se perdió en el aire, ahogado por la mirada dura del jefe de Mecánica y Mantenimiento.

—Nada de eso —replicó—. Es por la Valla.

—¿La Valla?

—Una descarga de alta potencia. Algo ha impactado contra ella.

Andrea canturreaba ensimismada mientras avanzaba por los caminos embarrados de La Lanza. Cantaba una canción pop que había sido muy popular siglos atrás y posiblemente no quedasen en el mundo más de tres o cuatro personas que la recordasen. Una de las cosas que más asombro le producía era descubrir la indiferencia absoluta que le provocaba la música de los siglos XX y XXI a las generaciones más jóvenes de La Lanza. Con el paso de los años habían ido generando su propio gusto musical, acorde con los instrumentos y el mundo que les había tocado vivir, y que a Andrea (y a los pocos que recordaban la música de antes del Colapso) en general le sonaba a algo a medio camino entre una jiga medieval y una canción de campamento.

La música *antigua*, como la llamaban, con sus *riffs* de guitarra y sus sintetizadores eléctricos, solo conseguía bostezos indisimulados y miradas vidriosas, en la mayoría de los casos. Posiblemente fuese una brecha cultural, que a medida que pasaban las décadas se iba haciendo más enorme y devoradora.

Una nueva ola de desesperación, profunda y negra, se levantó en su cabeza al pensar en aquello, pero la dominó con rapidez. Había aprendido a hacerlo por propia salud mental. Como los demás Ancianos supervivientes a aquellas alturas, había visto lo que pasaba cuando uno se paraba a pensar demasiado en las cosas que cambiaban y en las que no, en vivir en un mundo cambiante siendo inmune al cambio, transformándose de forma lenta en un fósil viviente. No, no tenía demasiado sentido.

El camino de barro, pisoteado por decenas de personas, crujía bajo la helada de la mañana. Andrea prefería aquel clima al que habría en unos meses, en plena canícula, cuando el calor del estío secaba los caminos interiores de La Lanza y el polvo se elevaba en oleadas pesadas que solo remitían cuando el Consejo accedía a regar las calles para hacerlas más habitables.

Después de veinte décadas, Andrea sabía que La Lanza era un sitio formidable para vivir dadas las circunstancias. Mientras otras luces de la humanidad se habían ido apagando lentamente a lo largo de los años hasta desaparecer, La Lanza había crecido, fuerte y estable, siempre protegida por los gruesos muros electrificados, y con sus cerca de un millar de habitantes era posiblemente una de las ciudades más pobladas de la Tierra, si es que se le podía denominar así.

Para los estándares de antes del Colapso, incluso el término *poblado* o *villorrio* habría sido excesivo para aquella abigarrada masa de cabañas, casas de

madera y adobe y construcciones variopintas que se apiñaban al pie del monasterio, tras la protección de la Valla. Y sin embargo, allí palpitaba uno de los últimos grandes núcleos de lo que un día fue la orgullosa raza humana. Viéndolo así, un poco de barro en las botas en invierno no era una gran molestia a cambio de ser uno de los supervivientes.

Un coro de voces infantiles la alcanzó cuando llegó a la cima de la colina que dominaba la parte sur de La Lanza. El terreno que se extendía dentro de la muralla tenía siete colinas de distinta altura. En su momento, uno de los fundadores había pensado en bautizar las lomas con los nombres de las siete colinas clásicas de Roma, así que, a efectos oficiales del Consejo, aquella colina se denominaba Aventino. Lo cierto es que, aparte del papeleo, nadie llamaba así a la colina, que era conocida por todos los habitantes de La Lanza con el menos pomposo nombre de La Teta. El edificio de la escuela, al que se acercaba Andrea en aquel momento, destacaba sobre la cima redondeada y despejada como un pezón gigantesco, y la sorna había acabado imponiendo su peso sobre la denominación oficial.

La escuela era uno de los recintos más imponentes y seguros fuera del propio monasterio. Se había edificado casi al principio del Tiempo después del Colapso, utilizando los mejores materiales disponibles (mucho más abundantes en aquella época). Tenía recias paredes de piedra y ladrillo, un tejado con las mismas tejas pesadas y rojas que el monasterio y ventanas de cristal auténtico. Era fresco y ventilado en verano y cálido en invierno, cuando la enorme estufa de leña del aula principal funcionaba a todo fuelle.

Andrea abrió la puerta de la cerca que rodeaba el edificio y saludó con la cabeza a una de las maestras de los niños más pequeños, que pastoreaba a media docena de críos de no más de tres años. Los niños perseguían alborozados a un gato naranja bastante gordo bajo la mirada atenta de su profesora, una joven morena, espigada y de rostro inteligente.

—Hola, Mar —saludó Andrea—. ¿Está Héctor?

Mar le devolvió el saludo con una sonrisa deslumbrante mientras señalaba con la cabeza hacia el interior del edificio y a continuación le dio la espalda para perseguir a un pequeño aventurero que comenzaba a trepar la valla con determinación infantil.

Andrea entró en la escuela sacudiendo la cabeza con una sonrisa. Había visto pasar por aquel patio a varias generaciones de niños, los había visto crecer y a muchos de ellos los había visto morir. Recordaba incluso a aquella profesora cuando solo era una niña larguirucha, y ahora se encargaba de cuidar a la siguiente generación. La única que no cambiaba era ella, como los demás Ancianos. Atrapada para siempre en un momento, en sus diecisiete años eternos,

como un mosquito capturado en una gota de ámbar y ajeno al vértigo del tiempo.
Atrapada.

Nada más cerrar la puerta principal sintió la bofetada de calor que irradiaban los tubos de hierro llenos de agua que recorrían las paredes conectando los radiadores. La escuela era uno de los pocos edificios de La Lanza desvinculado de la red eléctrica, por algún motivo que se perdía en la noche de los tiempos, pero que era respetado con celo religioso por el Consejo. De fondo se oía la voz suave y modulada de Héctor recitando algo, una voz *de color tabaco*, como alguien la había denominado en alguna ocasión, y que en Andrea siempre provocaba un escalofrío en la espalda.

Abrió la puerta con cuidado y vio la clase. Un grupo de unos cuarenta niños entre los cinco y los once años se sentaban en semicírculo en el suelo, sobre cojines, en torno a un atril sobre el que había un cómodo butacón de cuero muy gastado. Sentado en él estaba Héctor mirando a sus alumnos —o algo parecido— con sus ojos glaucos.

Las manchas de la edad salpicaban sus manos, el cuello y el rostro. Llevaba el pelo cuidadosamente despeinado, como había hecho a lo largo de sus cerca de ochenta años de vida, y vestía el mono azul y blanco de Educación y Enseñanza con un estilo elegante. Como gesto coqueto llevaba un pañuelo de seda enrollado en el cuello que le protegía la garganta y le daba el aspecto de un cruce entre un piloto fuera de servicio y un dandi de los años veinte. Sus rasgos, pese a la edad, estaban aún marcados y las arrugas no hacían más que resaltar una nariz poderosa, unos labios firmes y un rostro todavía anguloso. Solo su mirada, escondida detrás de la nube de unas cataratas, desentonaba en el aspecto imponente del anciano.

—... y por eso los primeros cincuenta años después del Colapso se conocen como los Años Oscuros —recitaba en aquel momento—. Pese a que por entonces la cantidad de recursos que había dejado la gente del Tiempo de Antes era considerablemente mayor que ahora, nuestros antepasados de aquellos años no fueron capaces de gestionarlos bien. Y eso casi acaba con nosotros.

—¿Por qué no pudieron gestionarlo bien? —preguntó una niña con voz tímida.

Ese era el estilo de enseñanza de Héctor, que fomentaba que los pequeños formularan sus preguntas en voz alta para desarrollar su autoestima y confianza. Hasta pocos años antes habría dado las clases de primavera paseando por las calles de La Lanza (su propia Escuela peripatética, como solía decir con guasa), pero desde que había perdido la visión no le quedaba más remedio que sentarse en el sillón y dejar que sus alumnos lo rodearan.

—Porque por entonces muchos de los habitantes de La Lanza habían vivido

también antes del Colapso —contestó Héctor con su voz suave—. Eran hijos de otro mundo, uno que ya se había muerto aunque ellos aún no lo sabían. Durante los primeros treinta años, la vida en La Lanza consistió simplemente en esperar. Esperar a que el Colapso acabase, esperar a que llegase el Ejército, esperar a que el mundo empezase a funcionar de nuevo, esperar a que un convoy de la Cruz Roja viniese a rescatarlos a todos. Pero esperaron en vano. El mundo había cambiado, y solo cuando los nacidos después del Colapso comenzaron a superar en número a los nacidos antes de él, fueron conscientes de algo tan fundamental. Pero ya era tarde para recuperar el tiempo perdido.

—¿Por qué?

—Porque mientras esperaban no se habían parado a pensar que tendríamos que hacer de La Lanza nuestro lugar de residencia a largo plazo. Nadie planificó lo suficiente, nadie se preocupó de consolidar las reservas de productos irremplazables a medida que estos se agotaban, nadie se preocupó de almacenar el conocimiento insustituible de los que desaparecían. Os pondré un ejemplo sencillo.

Con un gesto teatral, Héctor sacó de detrás del sillón lo que parecía un pequeño ladrillo de plástico negro con unas letras blancas desvaídas en un lateral. Lo sostuvo en alto durante un buen rato para que todos los críos lo pudiesen ver con detalle y después lo dejó caer en su regazo con gesto cansado.

—Esto es un disco duro externo —dijo mientras un murmullo se extendía por la sala. Andrea, desde el fondo, le observaba divertida—. Aunque no puedo veros, sé que estáis poniendo cara de no entender nada. En el Tiempo de Antes esta era una de las formas habituales de almacenar la información: libros, sonido, imágenes, incluso algo llamado *películas*, que no eran más que imágenes en movimiento y con sonido en las que se veían cosas increíbles. Cientos, miles de ellas podían llegar a caber en uno solo de estos dispositivos. En la cámara de la biblioteca del monasterio hay muchos como este, todos llenos de información. Podéis ir a verlos cuando queráis si le pedís permiso a Anteo.

Una docena de susurros emocionados se cruzaron en el grupo de alumnos. Héctor aguardó pacientemente, con el rostro tranquilo del que ya sabe con antelación el efecto que tendrán sus palabras.

—¿Podemos... podemos ver una de esas películas, maestro? —preguntó uno de los chicos mayores con voz entre vacilante y excitada por la emoción.

—No, Dragan —replicó Héctor con calma—. No podéis. Nadie puede. Y ese es el problema. Los habitantes de las primeras generaciones de La Lanza no pensaban a largo plazo. Para ellos su estancia en este lugar era algo temporal, un sitio seguro donde pasar una crisis hasta que el mundo retomase su senda natural. Por ello mantuvieron durante mucho tiempo sus antiguas costumbres,

sin darse cuenta de que aquel camino solo conducía a un enorme problema, que se manifestaría muchos años después.

—¿Qué problema, maestro?

—Fueron dos, mejor dicho. El primero es que esta tecnología era maravillosa, pero muy frágil. —Dio una palmada al disco duro que sostenía sobre las rodillas—. No estaba diseñada para funcionar durante décadas sin mantenimiento ni cuidados. *Obsolescencia programada*, lo llamaban. —Al instante varios de los más pequeños trataron de repetir, sin ningún éxito, una expresión tan misteriosa como extraña—. Casi todos los artefactos tecnológicos estaban diseñados para fallar después de un cierto tiempo de uso. Por eso, conforme iban pasando los años, los distintos aparatos tecnológicos que habíamos heredado de nuestros antepasados comenzaron a fallar, uno detrás de otro, y sin que tuviésemos forma de repararlos. Los que hoy funcionan en La Lanza son apenas una centésima parte de los que llegó a haber en los Años Oscuros.

—¡Eso no tiene ningún sentido! —rezongó uno de los chicos de la primera fila. Su ausencia de mono le delataba como un miembro del Servicio General, un campesino—. Si yo fabrico un azadón, quiero que sea lo más resistente posible y que me dure para siempre. Construir algo para que se rompa es... es... es una idiotez, maestro.

—Eso es correcto, Andrei —contestó Héctor con media sonrisa—. Pero sin embargo, y por sorprendente que te parezca, no era correcto para la mentalidad del Tiempo de Antes. Es muy largo y complicado de explicar, incluso a mí me cuesta entenderlo. Pero, si quieres quedarte después de clase, puedo intentar que lo comprendas.

—¿Cuál era el otro problema? —la voz de la niña sonaba tímida.

—¿Perdón?

—Dijo que había dos problemas, maestro. Uno es que los aparatos fueron dejando de funcionar. ¿Cuál era el otro?

—Ah, sí —Héctor asintió—. El otro problema es que nadie se preocupó de almacenar en un soporte distinto al de estos trastos inútiles los conocimientos de quienes iban muriendo. Cada vez que alguien de Antes moría, una parte enorme de saber se desvanecía para siempre. Cuando se dieron cuenta, comenzaron a guardarlo en vídeos y grabaciones, sin advertir que después de cien años no seríamos capaces de acceder a ninguno de esos registros.

Un silencio pesado se extendió por el aula, a medida que los alumnos iban asimilando, cada uno a su ritmo, la auténtica magnitud del problema.

—Tenemos el equivalente a millones de libros repletos de conocimiento en forma de datos digitales dentro de la biblioteca del monasterio, pero hoy apenas

podemos acceder a un puñado de ellos. La mayoría no funcionan, y no tenemos ni la menor idea de cómo extraer o interpretar la información de otros. Los que sabían cómo hacerlo murieron hace décadas y no dejaron en ninguna parte un manual de instrucciones. Lo cierto es que apenas tenemos seis mil libros de verdad, de papel y tinta, y muchos de ellos no se encuentran en buenas condiciones. Por un breve espacio de tiempo estuvimos a punto de perder todo nuestro conocimiento y es probable que eso hubiera supuesto nuestra muerte o algo peor. Pero nos salvamos.

—¿Cómo?

—Gracias a lo que pasó durante el Año de los Tres Consejos. Entonces se establecieron las Normas y el sistema de Servicios que tenemos hoy en día, por el cual cada rama del conocimiento le pertenece a un grupo que debe desarrollar esa actividad y transmitírsela con total fidelidad a la siguiente generación. Por eso algunos de vosotros lleváis esa ropa que os identifica y por eso el principal objetivo de vuestros padres es transmitir los conocimientos suficientes para que estos no se vuelvan a perder jamás. También pasaron otras cosas entonces, pero...

Se detuvo por un instante mirando a ninguna parte en particular, y una mueca divertida le cruzó el rostro.

—... pero quizá sea más interesante que os lo cuente alguien que estuvo allí y lo vivió. —Hizo un gesto amplio y elegante con el brazo señalando hacia el fondo de la clase—. Anciana Andrea, ¿le importaría venir aquí y compartir algo de su precioso tiempo con mis alumnos? Les estaba explicando el Año de los Tres Consejos y creo que usted tuvo un papel importante en aquellos días.

Todas las cabezas se giraron de golpe y Andrea sintió que toda la sangre del cuerpo se le arremolinaba en el rostro. Nunca le había gustado ser el centro de atención y menos cuando el motivo de esa atención era su naturaleza tan especial. Sin embargo, la sonrisa socarrona del viejo maestro la animó a recoger el guante que le habían lanzado, mientras se preguntaba cómo había adivinado que estaba allí. Se apartó del fondo de la sala, ligeramente en penumbra, y dejó que la luz de las lámparas de aceite que iluminaban la escuela le bañase el rostro. Algunos de los chicos se dieron codazos entre ellos y de forma inevitable los más mayores enderezaron un poco la espalda y trataron de parecer entre indiferentes e interesantes. Si algo había aprendido Andrea en los últimos siglos era a interpretar el lenguaje no verbal del ser humano y sabía que en aquel momento tenía toda su atención.

—Fue un año muy intenso —comenzó mientras avanzaba entre los alumnos hasta sentarse en el escalón donde se apoyaba la silla del maestro—. Se produjo un enorme ataque de los Hostiles, nos quedamos sin agua y por primera vez

varias expediciones consecutivas desaparecieron sin dejar rastro. La crisis fue enorme y no me da vergüenza decir que estuvimos al borde de la muerte por inanición y enfermedad.

Andrea se recogió el pelo en una coleta y continuó, después de mirar de reojo a Héctor. El anciano la escuchaba con atención, hierático pero relajado a la vez.

—Fue entonces cuando comprendimos que el viejo mundo había muerto. Todo lo conocido se había ido para no volver y las antiguas costumbres y trucos ya no eran válidos en el nuevo escenario. —Acarició la mano de una niña pequeña sentada a su lado, que la observaba con los ojos abiertos de par en par—. El país a cuya bandera llevábamos saludando cincuenta años como autómatas había dejado de existir hacía mucho tiempo sin que nadie se hubiese dado cuenta y ninguna de sus normas, reglas o cadenas de mando tenía ningún sentido. Por supuesto, la transición no fue fácil y por eso en un solo año hubo tres Consejos. Y por eso desde entonces todos los Ancianos de La Lanza, como yo, forman parte del Consejo como miembros permanentes, para aportar nuestra experiencia y evitar que algo así vuelva a suceder.

—Por hoy ya es suficiente historia —interrumpió Héctor de forma brusca—. Los mayores tenéis clase de Matemáticas en diez minutos y los pequeños deben salir al patio. Así que ¡vamos!

Dio un par de palmadas y de repente la sala se transformó en una algarabía de murmullos, risas y gritos. Los chicos comenzaron a salir en tromba, no sin antes despedirse uno por uno de su maestro, con una mezcla de respeto y afecto. Cuando el último de ellos cerró la puerta a su espalda, el silencio que se hizo dentro del aula fue total.

Andrea se desperezó con parsimonia, haciendo crujir la espalda como un gato satisfecho. Luego se levantó para apoyarse en el brazo de la butaca de cuero.

—¿Cómo sabías que estaba al fondo? —preguntó mientras se soltaba el pelo de nuevo.

—Pude olerte, Calcetines —contestó Héctor con una sonrisa, usando el mote cariñoso que solía emplear con ella—. Eres la única en todo este pueblo que huele así, a azahar, rosas y a algo más que no sé lo que es.

Andrea acarició con delicadeza la mejilla de Héctor mientras se acomodaba a su lado en el butacón. Los ojos ciegos se giraron hacia la joven, coronando una sonrisa tierna.

—Nunca te contaré cuál es el último ingrediente —susurró ella—. Lo que me sorprende es que seas capaz de reconocerlo a tanta distancia.

Héctor suspiró y pasó su brazo alrededor de las caderas de Andrea. A

continuación la acercó hasta él y la besó con ternura en el cabello.

—Tengo ochenta y tres años y llevo oliendo este perfume a diario desde hace más de sesenta. —La voz aterciopelada del hombre dejó escapar una nota de emoción—. Y no hay día que no desee volver a hacerlo, por mucho tiempo que pase. Todos los días.

Andrea se acurrucó en los brazos del hombre, sujetó su barbilla y le besó lentamente y de forma delicada en la boca. Él le devolvió el beso con suavidad.

—Te quiero, Héctor —susurró Andrea—. Todos los días.

—Y yo te amo, Calcetines —replicó el anciano con la complicidad de los amantes que se conocen desde hace mucho tiempo—. Todos los días.

Ambos guardaron silencio durante un buen rato. Cualquiera que entrase en aquel momento habría pensado al verlos que eran un abuelo con su nieta adolescente en el regazo, algo que quedaría desmentido de inmediato por el modo en que estaban entrelazados. Finalmente, Héctor carraspeó y se incorporó un poco.

—Andrea —dijo tras hacer una larga pausa—, creo que deberíamos dejar de hacer esto.

—¿Dejar de hacer qué, Héctor?

—Esto. —La soltó y se colocó el pañuelo del cuello—. Estar así, juntos. La gente murmura que...

—¡Me da igual lo que murmure la gente! —explotó Andrea súbitamente furiosa—. ¡No saben nada!

—Andrea... —Héctor trató de apaciguarla en vano.

—¡Nadie me puede impedir que esté al lado del hombre al que amo! —Se detuvo un instante y añadió con voz más tranquila—: Del hombre al que amo desde hace sesenta y dos años.

—Del hombre al que has visto convertirse en un anciano —añadió Héctor suavemente mientras cogía las manos de la joven entre las suyas.

—Del hombre del que me enamoré cuando solo era un muchachito idiota que empezaba en el Servicio de Educación y Enseñanza —replicó Andrea con una sonrisa trémula—. Del hombre al que vi madurar, el tipo de barba negra y mirada penetrante que enamoraba a todas las chicas a su paso.

—Ese hombre ya no existe, amor. —La voz de Héctor se quebró un poco—. Solo queda este viejo.

—Ese hombre existe y lo tengo a mi lado. Héctor, el día que me enamoré de ti supe también que tarde o temprano tendría que olvidarte. Supe que llegaría un día en el que tú no... —La joven vaciló—. Me has dado sesenta años de amor perfecto, pero cada día de ese amor esconde un cuchillo afilado. Algún día, cuando no estés, todos esos cuchillos se me clavarán de golpe y entonces yo

también moriré.

—No digas eso, Calcetines. Tú no morirás. No debes hacerlo.

—No quiero hablar de eso. —La joven Anciana se estremeció, asediada por sentimientos opuestos.

—Pues entonces bésame otra vez.

Andrea entrelazó los brazos alrededor del cuello de Héctor y le besó de nuevo, esta vez en forma de un beso largo y apasionado. Cuando por fin le soltó, ambos jadeaban.

—Tú estás igual de guapa que entonces. —Las manos de él se deslizaron por el rostro de Andrea recorriendo con las yemas de los dedos cada hoyuelo, cada pestaña y cada rasgo de la joven—. Nunca cambias.

Andrea guardó silencio, mientras las últimas palabras de su amado quedaban flotando en el aire, como una bola incómoda entre ambos. El hombre de ochenta años y la chica de doscientos diecisiete que no envejecía. Casi tres veces más vieja que él, atrapada para toda la eternidad en el cuerpo de una adolescente.

—Héctor —dijo finalmente—, cuando me besaste por primera vez, hace sesenta años, los dos sabíamos que esto llegaría, que este momento llegaría. Los dos sabíamos que tú envejecerías y yo no. Lo que siento por ti no ha cambiado en absoluto por mucho que cambie tu aspecto. Te sigo amando, aún más que el primer día.

—Y yo a ti —dijo él con media sonrisa—. Pero has de reconocer que ya no estoy tan en forma como entonces.

Ella le dio una palmada en la pierna riendo.

—Creo que ahora mismo estás mucho más guapo —dijo—. De hecho, pienso que...

Sus palabras se vieron interrumpidas de golpe por un sonido ululante que subía y bajaba, en una cadencia tal que crispaba los nervios a medida que aumentaba de volumen. El ruido salía de uno de los megáfonos instalados cerca de la escuela al que enseguida se fueron sumando otros desperdigados por toda La Lanza, inundando el poblado con su aullido aterrador.

—¿Qué sucede? —preguntó Héctor girando su cabeza ciega en todas direcciones—. ¿Qué pasa?

—Es la alerta de incursión —replicó Andrea poniéndose en pie de un salto—. Algo o alguien ha intentado cruzar la Valla y se ha llevado una buena descarga.

—¿Los Hostiles? ¿Han vuelto?

—Aún no lo sé. —Andrea se inclinó sobre Héctor y le dio un rápido beso de despedida antes de salir a toda prisa—. Pero, por el bien de todos, espero que

no, o tenemos un problema.



Grabación de audio del equipo médico del Hospital Broadmoor. Centro Psiquiátrico de Alta Seguridad

Berkshire (Reino Unido)

Fecha y autor: Desconocidos

El análisis clínico de los pacientes derivados en las últimas semanas supone un desafío de primer orden para dictaminar con precisión cuál es la patología que les afecta. El último informe del CDP de Atlanta sugiere que no se trata de casos aislados, como se pensaba de forma errónea hasta hace unas semanas, y de hecho la Organización Mundial de la Salud así lo reconoce en su último informe. En cierta medida es probable que podamos estar hablando de una pandemia mundial, lo cual es sumamente sorprendente ya que sería la primera vez que una enfermedad mental adquiere esta calificación.

El rastreo epidemiológico sugiere que el paciente cero puede haber sido un ciudadano húngaro que residía en España, Adam Almaszcy, un vagabundo de cincuenta y ocho años. Y decimos «puede» porque del análisis detallado de los eventos se concluye la posibilidad de que haya otros brotes similares, de las mismas características y circunstancias, de forma simultánea en Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Brasil, Rusia y China, aunque este fue el primero en ser plenamente documentado.

La evolución de los casos es, en todo término, similar. Los pacientes cero, de edad, entorno sociolaboral y características totalmente dispares, ingresan en los servicios de urgencia aquejados de un cuadro de alucinaciones, agresividad, autolesiones e incapacidad de percibir la realidad que los rodea. Presentan delirios narcisistas relacionados con su propio físico y, en un lapso no superior a veinticuatro horas, derivan en un cuadro de ansiedad aguda, manía persecutoria, paranoia y agresividad extrema. Pese a las medidas adoptadas para evitarlo, en todos los casos los sujetos terminan por quitarse la vida de formas inusuales y dolorosas.

La propagación de su patología clínica resulta sorprendente y su mecanismo todavía no ha sido bien identificado. En Italia, solo cuarenta y ocho horas después del ingreso hospitalario de su paciente cero, se documentaron otros seis casos similares entre el personal médico que le atendió. En Estados Unidos fue aún más llamativo, ya que su paciente cero, un predicador de Luisiana, estuvo en contacto con más de doscientos miembros de su congregación antes de que empezase a manifestar los primeros síntomas. Al cabo de seis días, ciento ochenta y nueve de estas personas habían cometido suicidio, en el 90 % de los casos con actos de violencia contra terceros antes de la autolisis.

Ahora mismo es difícil precisar el número de afectados, dada la rápida expansión de la pandemia y las complicaciones derivadas de su identificación, pero en todo caso es seguro que ya está presente en todos los países del globo. Pese a las medidas de cuarentena adoptadas, existen motivos para creer que en algunas naciones con pocos recursos financieros y sistemas sanitarios frágiles del Tercer Mundo se están produciendo los primeros casos de implosión social.

Sea como fuere, la teoría adelantada por el Centro para la Prevención de Enfermedades de Atlanta es que posiblemente se trate de una mutación de un prion identificado como el X695.

La multiplicación de la infectividad de este prion es un proceso exponencial que implica obligatoriamente la conversión postraducciona de PrPC o de un precursor en un conformero distinto, PrPSc. El nivel de expresión de PrPC es directamente proporcional a la velocidad de formación de PrPSc y, por tanto, inversamente proporcional a la longitud del tiempo de incubación. El proceso de propagación del X695 se inicia con la interacción de la PrPSc exógena con PrPC o con una forma parcialmente desnatu...

(A partir de aquí la grabación está corrupta y es inaudible.)

Cuando Andrea llegó hasta la Valla, una pequeña multitud ya se había concentrado en la zona. Gente vestida con monos verdes, azules, rojos, amarillos o con las ropas sencillas del Servicio General se arremolinaba cerca del punto en donde confluían con expresión tensa los miembros del Servicio de Seguridad. Un sargento barbotaba órdenes mientras dos de sus hombres trataban de mantener a los curiosos alejados de los accesos a la parte superior de la Valla.

Andrea frunció el ceño al ver a la muchedumbre. Aquello no debería ser así. Se suponía que, en caso de alarma, cada uno de los miembros de un servicio debía acudir a su puesto y estar preparado para atender la posible emergencia, mientras que los del Servicio General debían refugiarse en los sótanos del monasterio. Si todo se hacía según lo planeado, La Lanza tendría que funcionar como un buque de combate en plena alarma.

Era evidente que nada iba así. Las puertas del recinto aún estaban abiertas mientras los últimos rezagados del Servicio General —en su mayoría campesinos con sus azadones y carros, junto con un par de pescadores despistados— entraban arrastrando sus bártulos. El camino hasta el monasterio estaba colapsado de gente que iba en varias direcciones, mientras que aquí y allá se veían corrillos que levantaban la mirada hacia los altavoces que por fin habían dejado de desgranar la alarma. La sensación de desorden era absoluta.

Un ruido chirriante atrajo la atención de Andrea hacia lo alto de la torre más cercana. Dos miembros de Seguridad trataban de colocar una enorme ballesta en posición, pero con la precipitación uno de ellos había deslizado su mano debajo del soporte inferior sin darse cuenta. Cuando su compañero dejó caer el peso de la ballesta sobre el montante, atrapó la mano del otro, que crujió como una rama seca, arrancándole un alarido de dolor. La ballesta resbaló de su posición y cayó contra la parte inferior de la muralla, rebotando contra ella varias veces hasta estrellarse con estrépito en el suelo. Varias piezas enormes salieron disparadas hacia la multitud, que se dispersó como una bandada de gallinas asustadas.

Andrea divisó un par de monos blancos del Servicio Sanitario entre el gentío observando con expresión aledada el desastre. Se acercó hacia ellos con el semblante encrespado.

—¿A qué estáis esperando? —les espetó—. Subid a ayudar a ese hombre. ¡Está herido!

Aquello pareció arrancarlos de su parálisis y se dirigieron hacia la escalera que daba acceso a la ronda superior de la Valla. Por el camino tropezaron con una docena de personas que corrían como asteroides sin rumbo en el pequeño

espacio que quedaba cerca del acceso. Andrea bufó desesperada y deseó tener un reloj para calcular el tiempo que había pasado desde que sonó la sirena. No tenía manera de saberlo a ciencia cierta, pero a ojo debían de haber transcurrido cerca de diez minutos y la situación aún era caótica.

Justo en ese momento un grupo ataviado con las ropas verdes del Servicio de Seguridad se acercó a toda prisa por el carril central que llevaba hasta aquella parte del muro de ronda. Eran más de veinte miembros, aunque el ojo experto de Andrea pudo ver que, menos Richard —cuya cara era una mezcla de ira e incredulidad—, todos llevaban el brazalete blanco que los identificaba como aprendices.

El grupo se detuvo a su lado jadeando y congestionado. Andrea recordó que aquella misma mañana Albert le había dicho que los aprendices estarían en el molino con el jefe. Si habían salido corriendo desde allí cuando sonaron las alarmas, habían hecho el recorrido realmente rápido. Un par de muchachos se desplomaron en el suelo, agotados, mientras por el camino aún seguían llegando a goteo las últimas unidades de aquel grupo deslavazado. Albert respiraba como si quisiera beberse todo el aire de La Lanza, pero era uno de los más enteros. Su padre no se había detenido y ya subía los escalones de la torre de dos en dos, como si no hubiese hecho casi dos kilómetros a toda velocidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Andrea al joven.

—Sí, solo necesitaba un poco de aire. —Le apoyó una mano en el hombro y le hizo un gesto hacia la torre—. Vamos allá.

Antes de subir por las escaleras, Albert ladró una serie de instrucciones secas a su grupo, que se apresuró a poner orden entre los que se arremolinaban en la base de la muralla. En pocos segundos, de la manera eficaz que es fruto del entrenamiento, empezaron a canalizar a la gente en la dirección correcta. Como si de pronto hubiesen entendido que todos tenían un sitio adonde ir, la multitud por fin comenzó a disgregarse, la mayoría rumbo a la seguridad del monasterio y el resto hacia los puestos que tenían asignados.

Mientras subía las empinadas escaleras, Andrea se fijó en que Albert mantenía un ojo fijo en el interior y el otro estaba puesto en lo alto de la Valla. El cuerpo atlético del muchacho se marcaba bajo la tela tensa de su mono en cada zancada, dejando adivinar un torso fibroso y musculado por el trabajo diario. Cuando llegaron a la parte superior, era Andrea quien jadeaba, pero él parecía haberse recuperado del esfuerzo de la carrera anterior.

Él tiene diecisiete años de verdad y tú eres una momia —se dijo Andrea—. *Demasiado vieja para esta mierda.*

—¿Estás bien? —le devolvió Albert la pregunta con sorna nada más llegar arriba.

Andrea estaba segura de que, de no tratarse de una emergencia, el muchacho estaría sonriendo con deleite.

—Solo... necesito... —comenzó a decir ella con voz asmática, pero por fin desistió y le hizo un gesto imperioso con la mano—. Vete... de una vez..., hombre.

Albert se alejó a la carrera y ella aprovechó aquel momento para apoyarse sobre el borde superior de la Valla y echar un vistazo hacia el horizonte.

Los campos abiertos que rodeaban La Lanza se extendían unos seis kilómetros en todas las direcciones. Por supuesto el terreno no era totalmente llano, y las pequeñas colinas solo permitían tener visión directa de unos dos kilómetros en línea recta desde las murallas, a excepción de un pequeño sector desde el que se podía ver la linde de los bosques. El sector que estaba observando Andrea en aquel preciso instante.

El bosque se veía oscuro y amenazador comparado con el campo abierto y labrado de La Lanza. Ella misma había sido testigo de cómo la naturaleza había ido reclamando su sitio a lo largo de los últimos dos siglos y sintió un escalofrío al mirar la densa masa forestal. Había sido un proceso tan sutil que había tardado décadas en darse cuenta. Después del Colapso, y libres por fin de la presión humana, los ecosistemas habían iniciado un proceso expansivo vigoroso. Las poblaciones de fauna salvaje habían sufrido una serie de explosiones demográficas y caídas durante las primeras décadas, a medida que se iban adaptando a las nuevas condiciones, pero finalmente habían tomado la senda de la recuperación con paso lento pero inexorable.

Lo mismo había sucedido con los bosques. Poco a poco habían ido engullendo todo rastro de construcción humana, de la misma manera que la marea va devorando los castillos de arena que los niños hacen en la playa. Primero fueron las carreteras, más tarde los pequeños puntos aislados y al final la vegetación empezó a devorar incluso las ciudades. Tras más de dos siglos sin mantenimiento, las construcciones humanas se desmoronaban lentamente, sacudidas por el paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas. La carretera por la que en un tiempo lejano llegó Andrea a La Lanza se había transformado en un ancho camino de tierra pisoteada, bajo el que de vez en cuando despuntaba un parche aislado de asfalto cuarteado; décadas de uso intensivo lo habían reducido a eso. Tampoco se veía ya rastro de la zanja hacia la que disparaban los soldados, como si se hubiese ido deslizando bosque adentro. Por un instante, Andrea casi creyó oír de nuevo aquellos cuatro disparos, y luego...

Negó con la cabeza. Lo que pudiese haber más allá, una vez que se internaba en el bosque, era algo que solo los hombres y mujeres de Suministros conocían exactamente, y no eran muy dados a la charla, teniendo en cuenta la

naturaleza peligrosa de su oficio. En todo caso, no era difícil de adivinar para alguien con la experiencia vital de Andrea. Restos arruinados y peligrosos de un mundo que ya no existía, la presencia vaga e inquietante de los Hostiles y un recordatorio constante: las ciudades significaban la muerte segura.

Sin embargo, por mucho que mirase en todas direcciones no podía divisar nada que pareciese amenazador. Solo campos en barbecho y alguna liebre ocasional que brincaba en las esquinas. Un pequeño bosque de manzanos de aspecto triste montaba guardia cerca del lado abrigado de una colina, y los aperos abandonados por algunos agricultores en su huida hasta el refugio de la muralla completaban el aspecto desolado de la escena.

—¿Qué ha pasado aquí? —murmuró para sí mientras se estremecía bajo el viento frío—. ¿Y la amenaza?

Richard se acercó abriéndose paso entre sus hombres. Andrea era la única Anciana subida en el parapeto y por tanto la persona de mayor rango presente en la zona. Si el hombre estaba molesto por el caos que había presenciado minutos antes, lo disimulaba muy bien, excepto por el brillo ardiente de sus ojos. Cualquiera que le conociese sabía que Richard estaba furioso, y nada bueno les esperaba a los que habían provocado su ira. Se avecinaban unas cuantas maniobras extras y muchas horas de entrenamiento adicional, y algunos de los presentes ya tragaban saliva.

—Anciana Andrea —saludó al llegar a su lado, con un simple asentimiento de cabeza. Solo los de Suministros seguían saludando con el gesto de llevarse la mano a la sien, algo heredado de sus lejanos antepasados militares.

—Jefe Richard —respondió Andrea—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Ha pasado lo que llevo años vaticinando ante el Consejo —masculló Richard entre dientes—. Pocos hombres, mucho perímetro e insuficiente tiempo de entrenamiento. Anciana, este desastre demuestra que tengo razón. No estamos preparados para...

—No me refiero a eso. —Andrea cortó las quejas que en gran medida compartía. Pero ella solo era una voz más en el Consejo, una minoritaria—. Me refiero a lo que ha disparado la alarma.

—Ah, eso. —Richard señaló con gesto sombrío a un sector de la alambrada exterior—. Ahí lo tiene.

Andrea miró hacia la alambrada externa. Los gruesos hilos de cobre estaban entrelazados trazando sinuosos laberintos geométricos que apenas dejaban espacio libre entre ellos y tenían por objeto evitar que cualquier cuerpo, por delgado que fuese, pudiese cruzar la alambrada electrificada sin entrar en contacto con el metal. Cada pocos metros, un poste de hormigón rematado por aislantes de cerámica en la parte superior se levantaba como un vigía, rodeado de

más alambre y sólidas vigas de acero afiladas firmemente clavadas en tierra y orientadas hacia fuera como un erizo. El propósito de toda la estructura era convertirse en algo que no pudiese ser tumbado ni superado y que supusiese una muerte agónica para cualquiera que osara aventurarse sin permiso en La Lanza.

El punto hacia donde señalaba Richard estaba a apenas quince metros de ellos en línea recta. Entre los alambres de cobre colgaban varias bolas ennegrecidas y churruscadas por la intensa descarga. Tardó un rato en darse cuenta de qué era lo que estaba contemplando.

—¿Son pájaros? —preguntó incrédula.

—Una bandada de gansos —contestó Richard secándose el sudor de la frente—. Y no pequeños, además.

—¿Cómo es posible? Quiero decir..., ¿se posaron en la alambrada o...?

Richard señaló hacia la doble vuelta de alambre de espino y la concertina que remataba la alambrada:

—Ningún pájaro en su sano juicio se posaría ahí, salvo que quisiera quedar atrapado o rajado en filetes.

—Entonces, ¿qué es lo que...?

—La han embestido —fue la crítica respuesta del jefe de Seguridad—. La bandada entera en formación. Se han lanzado contra la Valla como si pretendiesen atravesarla.

Ambos guardaron silencio durante unos largos segundos. Finalmente lo rompió Andrea.

—Los pájaros no embisten cosas, jefe —recalcó lo evidente—. No entiendo cómo...

—Yo tampoco —fue la seca respuesta de Richard—. Puede que tenga relación con el incidente de los pájaros de esta mañana.

—¿Otro incidente? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Él se lo explicará mejor que yo, Anciana. —Richard le hizo una seña a su hijo para que se acercara a ellos—. Fue uno de los que lo descubrieron.

—Cuéntamelo todo, Albert. —Andrea miró a su amigo con ojos penetrantes—. Y no te guardes el más mínimo detalle.

Albert empezó a explicar lo que había visto aquella misma mañana en el campo lejano, desde el momento en que Clío le había alertado hasta que volvieron a La Lanza. Su manera de expresarse era clara y concisa, obviando los detalles innecesarios y centrándose en los datos importantes. Mientras le escuchaba, Richard no pudo evitar sentir una cálida sensación de orgullo. Su hijo se estaba transformando en la clase de líder que algún día podría sustituirle, pero se abstuvo de dejar que la emoción se trasladase a su rostro.

—Dos incidentes con pájaros en tan pocas horas es definitivamente algo

importante —murmuró Andrea más para sí que para los dos hombres.

—Lamento no haber informado antes al Consejo, Andr... Anciana. —El rostro de Albert enrojeció un poco—. No pensé que fuese importante. Es culpa mía.

—Lo has hecho bien, hijo. —Richard le puso una mano en el hombro—. Pero creo que deberíamos contárselo al Consejo ahora mismo.

—Estoy de acuerdo —contestó Andrea—. Venid conmigo los dos. Seguramente los encontraremos reunidos en el claustro del monasterio.

Si es que alguien en este maldito pueblo se digna a seguir las normas de emergencia, estuvo a punto de añadir, pero se mordió la lengua. No era el momento ni el lugar. Aún no.

—¿Yo también voy? —preguntó Albert sorprendido.

—Por supuesto que vienes. Y manda buscar también a tu primo Clío. Vosotros encontrasteis a esos puñeteros pájaros muertos, al fin y al cabo.

El muchacho asintió y se encaminó hacia la escalera seguido del jefe y de Andrea.

Si tan solo se hubiesen quedado unos segundos más en la Valla y hubiesen mirado en dirección al monasterio, habrían visto algo sorprendente. Algo que en teoría no podía pasar y que habría preocupado profundamente tanto a Andrea como al jefe Richard.

Pero cuando sucedió, los tres se encontraban ya bajando las escaleras y el resto de los miembros de Seguridad que se hallaba en el parapeto estaba muy concentrado observando los cuerpos achicharrados de los pájaros, que desprendían un desagradable olor a quemado.

Por eso nadie se fijó en la pequeña figura que pareció materializarse al lado del muro exterior del monasterio y que tras una temerosa mirada en todas direcciones echó a correr hacia los bosques.

Hacia lo desconocido.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que Clío era un buen muchacho. Y todo el mundo coincidía asimismo en que el chico tenía una capacidad innata para meterse en líos.

Desde que tenía uso de razón se había acostumbrado a sermones, broncas y castigos cada vez que su inquietud le llevaba a hacer algo que en teoría no debería haber hecho. No es que fuese un rebelde sin causa ni nada por el estilo. Simplemente, cuando tropezaba con algo que despertaba su curiosidad insaciable empezaba a sentir un hormigueo en los dedos que le obligaba a dejar lo que estuviese haciendo para desentrañar lo que fuera que se cruzase en su camino.

No importaba lo que fuese. Con cinco años había llevado al borde del desmayo a su madre cuando le descubrieron correteando por el tejado del monasterio rumbo a un nido de cigüeñas. Con ocho, había desmontado por completo un viejo motor de camión para descubrir cómo funcionaba, y había fracasado estrepitosamente cuando trató de montarlo de nuevo y descubrió que le sobraban la mitad de las piezas. Con nueve, el viejo Héctor ya sabía que aquel muchacho nervioso que era incapaz de mantenerse quieto se quedaría al final de la clase para bombardearle a preguntas.

Por eso el peor día de la breve vida de Clío había sido cuando, con diez años, sus padres le sentaron en la mesa de su casa y le explicaron con paciencia que su destino era estar en el Servicio General. Que al igual que su padre, y el padre de su padre y el resto de sus antepasados, su misión dentro del complejo engranaje de La Lanza era producir comida, cuidar del ganado y hacer crecer los campos. Hasta ese momento no había dedicado ni un minuto de su tiempo a pensar qué le tenía deparado el destino. Mientras el resto de sus compañeros se centraba poco a poco en prepararse para sus respectivos servicios, su mente siempre se encontraba en un estado de sobreexcitación buscando nuevos desafíos que resolver.

Si hubiese nacido antes del Colapso, algún médico le habría diagnosticado un trastorno de déficit de atención y con algo de suerte quizá habría caído en que el muchacho era un auténtico superdotado. Pero tales distinciones ya no tenían cabida en La Lanza y el sistema implacable, diseñado para garantizar la frágil supervivencia del grupo, había establecido que debía ser campesino. Fin de la discusión.

Por supuesto, Clío no se había resignado. Con un fervor inusitado había intentado de todas las maneras cambiar las cartas que tenía y conseguir nuevo destino en alguno de los servicios que más le motivaban. Sus ansias de

conocimiento le hacían suspirar por el mono gris del Servicio de Archivos y Bibliotecas, pero al mismo tiempo deseaba con pasión vestir el negro del Servicio de Suministros. Cada vez que se imaginaba las cosas increíbles que tenía que haber ahí fuera, en la inmensidad de los bosques, su mente se inflamaba. Se veía a sí mismo formando parte de una de esas expediciones de hombres y mujeres delgados y silenciosos que salían una vez al mes de La Lanza con las mochilas vacías y los valiosos caballos y volvían al cabo de unas semanas, macilentos, agotados, con la ropa destrozada pero cargados de preciosos objetos del Tiempo de Antes, indispensables para que la vida en La Lanza continuase funcionando. El hecho de que no siempre volviesen todos era algo que su mente se limitaba a pasar por alto. Como todos los jóvenes, estaba totalmente convencido de que, si algo malo tenía que suceder, no le pasaría a él. En sus sueños se veía volviendo al poblado al volante de uno de esos monstruosos vehículos de los tiempos antiguos, que por algún motivo milagroso seguía funcionando después de dos siglos y que él, Clío, arrojando peligros increíbles, conseguía arrebatar a los Hostiles.

Sin embargo, el tiempo pasaba y desde hacía dos años Clío se partía la espalda todos los días en los campos, inmerso en un trabajo duro aunque no agotador. Ni siquiera era un buen agricultor. Su mente siempre estaba a kilómetros de allí y en más de una ocasión había olvidado cerrar un riego o, llevado por la emoción, había pisoteado los brotes tiernos de maíz persiguiendo a un conejo o a un zorro. La gente le veía y suspiraba, meneando la cabeza, pero nadie podía hacer nada. A todos los efectos, Clío se sentía atrapado en su propia vida y envidiaba el destino de su primo Albert y de su tío Richard.

Por supuesto, formar parte del Servicio General tenía su lado bueno. El trabajo era lo bastante tranquilo para que de vez en cuando el chico se pudiese alejar del grupo en el que estaba y le permitía vagabundear en sus búsquedas de tesoros. En ocasiones, cavando, salían a la luz restos del pasado remoto que los demás apartaban a un lado sin prestarles mayor atención. Para Clío, aquellas piezas eran más valiosas que el oro.

Después del sonido de las alarmas, se había dirigido al monasterio con su cuadrilla, cerca de sus padres y entre un grupo parlanchín de agricultores. El invierno era una época tranquila y llevaban toda la mañana dedicados a atar las viñas, que tendrían que empezar a reventar de frutos en primavera. Mientras entraban en el cavernoso sótano del monasterio, buscando una mesa donde servirse una jarra de cerveza y unos trozos de pan, Clío decidió que aquello sería demasiado aburrido. Un plan mucho mejor comenzó a formarse en su mente.

Se sentó en una esquina de una mesa y escuchó durante un rato la cháchara intrascendente de los campesinos, que hacían cábalas sobre el motivo de la

alarma. Cuando un par de camareras del Servicio de Cocinas ataviadas con sus monos naranjas sirvieron la comida, la atención del grupo se desvió y Clío, tras meterse dos bollos de pan caliente en el bolsillo y coger una jarra de cerveza que estaba apoyada sobre la mesa, abandonó el sótano con sigilo. Nadie le echaría de menos en un buen rato.

Subió por las gastadas escaleras de piedra y giró a la derecha por un largo pasillo. El monasterio era frío como una nevera en invierno y el joven se arrebujó en su chaquetón de lana, mirando con cuidado en las esquinas antes de seguir su avance. No le sería fácil explicar qué hacía allí si se tropezaba con algún uniforme violeta de Administración o, los dioses no lo quisieran, con uno de los Ancianos.

Caminando con la prudencia de un gato, el muchacho fue pasando por delante de puertas y pasillos que algún olvidado constructor medieval había trazado mil años atrás. Cuando llegó a la altura del claustro se puso a cuatro patas para recorrer el perímetro y ocultarse a la vista de un grupo del Consejo que charlaba con aspecto serio junto a la fuente del centro del patio. Era complicado arrastrarse y sostener la jarra de cerveza al mismo tiempo sin que se derramase el líquido, pero Clío la sujetaba con cuidado y hacía breves pausas de vez en cuando. Finalmente, llegó a unas escaleras que descendían y suspiró aliviado.

Aquel camino conducía al reino de Anteo, el bibliotecario jefe del Servicio de Archivos y Bibliotecas, y solo el viejo y algunos ayudantes bajaban hasta allí. En aquel lugar le conocían y le toleraban, así que por fin se relajó un poco mientras descendía los escalones.

Anteo era tan viejo que algunos muchachos sostenían que tenía la edad de los Ancianos, aunque era del todo imposible. Su fama se debía a dos cosas: su perenne mal humor y la pasión irrefrenable que tenía por acaparar libros y documentos en la biblioteca. Normalmente Anteo no pondría ninguna pega para que Clío vagabundease por allí, pero su estado de ánimo con respecto a las visitas siempre era cambiante y no convenía arriesgarse demasiado.

Tras alcanzar el rellano inferior, Clío hizo un par de giros hasta llegar a una puerta de madera alumbrada por una barra fluorescente que parpadeaba entre chasquidos. Había muchas más barras como aquellas en el pasillo, pero todas estaban casi siempre apagadas, no por falta de electricidad, sino porque las bombillas eran uno de los elementos más preciosos de La Lanza: frágiles, difíciles de conseguir y complicadas de llevar a la seguridad del recinto sin que se hiciesen mil pedazos en el camino, solo se utilizaban cuando era imprescindible.

Llamó suavemente a la puerta y esperó con paciencia hasta que alguien

abrió desde el otro lado. Un aprendiz del Servicio de Bibliotecas, con unas gafas remendadas con cinta coronando su larga nariz, le miró de arriba abajo durante un buen rato, con la misma expresión de desagrado que pondría si un perro se hubiese cagado en el umbral.

—¡Tú otra vez! —bufó—. ¡Ya sabes que no puedes estar aquí!

—Hay una alarma y todo el mundo está en el interior del monasterio, por seguridad. —Clío se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa deslumbrante mientras se colaba por el hueco de la puerta con un gesto hábil y evitaba por un pelo el brazo del aprendiz que pretendía sujetarlo por el cuello de la chaqueta—. He venido a charlar un rato con Alphonse.

El rostro del aprendiz enrojeció de ira y una vena se le hinchó en el cuello.

—Pero ¿tú qué te crees? Si te pillan aquí, me la cargo. Sal inmediatamente o...

El joven se interrumpió al observar el bollo de pan y la jarra de cerveza que Clío hizo aparecer en sus manos como por arte de magia. Se las tendió con gesto amistoso, sin dejar de sonreír.

—Está recién hecho —dijo—. Y la cerveza aún está fría.

El aprendiz de bibliotecario refunfuñó, pero cogió lo que le brindaba Clío de todos modos.

—Yo no te he visto —masculló—. Y si te pilla Anteo, te la cargas tú solo, ¿estamos? Hoy anda de un humor de perros.

—Claro que sí —contestó Clío de forma despreocupada—. ¿Dónde está Alphonse?

—En la sala del fondo, como siempre. —Señaló hacia un rincón oscuro del pasillo con la jarra de cerveza—. Pero no sé qué demonios pretendes al hablar con él. Ese viejo está mal de la cabeza.

Clío hizo caso omiso del comentario y emprendió el camino entre estanterías atestadas de libros y resmas de viejos documentos amarillentos. Le encantaba el olor a papel viejo y tinta que se respiraba en aquel lugar, seco y ligeramente picante. A Clío aquel olor le evocaba ideas de aventuras y saber. Era un lector voraz, y siempre que el viejo Anteo estaba de humor, le birlaba un libro o dos con su consentimiento, y los leía hasta aprendérselos casi de memoria antes de devolverlos.

Anteo era muy majo, pensaba Clío, pero ni la mitad de interesante que Alphonse. Era el único Anciano que no formaba parte del Consejo y al que apenas nadie, fuera de los bibliotecarios, veía muy a menudo desde hacía casi cuarenta años.

¿El motivo? Simple y llanamente, Alphonse se había vuelto loco.

Aquello no era tan extraño. Entre los Ancianos, el proceso que había

sufrido Alphonse se llamaba *la decadencia* y era una de las pocas cosas que inspiraba auténtico pavor entre los jefes de La Lanza y de los otros asentamientos. El cerebro humano, incluso para quienes no envejecían, no estaba preparado para acumular siglos de experiencia. Llegaba un momento para algunos de ellos en el que la mera acumulación de días, el ver nacer, crecer y morir a generaciones y la falta de nuevos alicientes se volvía demasiado insoportable. Sus mentes empezaban a derrapar por vericuetos cada vez más intrincados hasta que llegaban a un punto donde ya no tenían vuelta atrás.

La decadencia había diezmando las filas de los Ancianos un siglo atrás, dejando apenas a un puñado con vida y solo a cuatro en La Lanza, cinco si se contaba a Alphonse. Se suponía que los que quedaban eran los más fuertes, aquellos a los que el paso del tiempo ya no les afectaba. Se sentían a salvo de aquel mal y por eso la súbita degeneración de Alphonse cuarenta años atrás los había llenado de temor, porque les había demostrado que ni siquiera ellos estaban libres de seguir su camino algún día.

Clío entró en la habitación y contempló a su único ocupante. Si Andrea hubiese estado allí con él, le podría haber dicho que el aspecto de Alphonse era casi el mismo que tenía cuando, doscientos años atrás, la había sujetado por la mano y se había hecho pasar por su padre para entrar en La Lanza. El francés — si es que eso aún significaba algo— seguía siendo un hombre de aspecto elegante, aunque su barba ahora era bastante más larga de lo aconsejable. Estaba sentado en un sillón en la esquina de la sala, alumbrado con una lámpara de flexo, y pasaba lentamente las páginas de un viejo libro de fotografías con la mirada perdida.

Clío carraspeó, pero el otro no dio muestras de reparar en su presencia. El muchacho se acercó al Anciano y le apoyó una mano con suavidad en el hombro. Solo entonces Alphonse levantó la mirada y contempló durante un rato a su visitante, sin decir nada. Por todo gesto de reconocimiento, sonrió con afecto y después volvió a concentrarse en el libro que tenía en su regazo.

—Hola, Alphonse —murmuró Clío mientras sacaba del bolsillo el otro bollo de pan, aún caliente—. Deberías comer algo.

El Anciano pareció ignorar al principio el regalo de Clío, pero al cabo de un rato comenzó a arrancar trocitos de pan, a los que daba vueltas entre los dedos nudosos hasta transformarlos en una bola y después se los llevaba a la boca. Comía con parsimonia y durante unos segundos Clío se quedó fascinado con la manera en la que el Anciano se alimentaba. Con un suspiro se acercó a uno de los armarios y, tras sacar una llave que llevaba en torno al cuello, lo abrió.

Aquel era su Segundo Gran Secreto: su cueva de los tesoros. Dentro de aquel armario olvidado y polvoriento del fondo del archivo, medio sepultado

entre un montón de informes que nadie había leído en más de dos siglos, almacenaba todos aquellos objetos preciosos que había ido recolectando a lo largo de los años. Algunos los había encontrado él mientras exploraba los campos, como la colección de chapas de botella y latas de comida aplastadas por el óxido. Otros eran restos de las incursiones de incontables expediciones de Suministros de La Lanza a lo largo de décadas, trastos que el Servicio de Administración había considerado totalmente inútiles para la supervivencia del complejo y que habían acabado arrumbados en el fondo del almacén, como reliquias de un naufragio extraño.

Clío apartó varios objetos hasta sacar una bola del tamaño de una cabeza que tenía un cordel en un extremo. Tiempo atrás aquella bola cubierta de espejos habría estado colgada del techo de una discoteca, pero el muchacho la observaba con la curiosidad de quien tropieza con un artefacto alienígena. Sin la menor ceremonia se acercó a Alphonse sujetando la bola por el extremo de la cuerda y con la otra mano giró el flexo hasta que la luz incidió sobre la superficie acristalada.

La sala se llenó de luces caleidoscópicas a medida que Clío hacía girar la bola, fascinado con las manchas que correteaban y se perseguían por las paredes. Por un instante, hasta Alphonse se quedó atrapado con la danza de luces, sin perder la sonrisa beatífica del rostro.

—Sé que algún día averiguaré qué eres —dijo Clío para sí mirando la bola—. Y para qué servías.

Al cabo de un rato devolvió la bola al fondo del armario y sacó otro objeto, un pesado escudo de plexiglás con la palabra POLICÍA escrita sobre él en letras azules. Lo levantó con esfuerzo y lo colocó ante él, intentando poner la expresión más fiera posible.

—Esto era el escudo de un guerrero, ¿verdad, Alphonse? —Movié el escudo a un lado y a otro mientras cortaba el aire con una espada imaginaria—. Un guerrero llamado Policia, tan fiero que escribió su nombre en su escudo para aterrorizar a sus enemigos, ¿a que sí?

Por toda respuesta, Alphonse le dedicó una sonrisa suave y afectuosa. Clío sabía que el Anciano hablaba rara vez y cuando lo hacía siempre era en forma de frases enigmáticas, pero nunca perdía la esperanza.

Al cabo de un momento dejó el escudo apoyado en el suelo y sacó uno de sus artilugios más preciados del fondo del armario: el muñeco de plástico de un humanoide de largas orejas, ojos saltones y morro alargado, con pies y manos extrañamente desproporcionados. En su espalda tenía un cordel, y con un brillo de diversión anticipada en los ojos, Clío le dio un suave tirón.

«Gungans no morir sin luchar. Nosa guerreros, nosa tenemos un gran

ejército.»

A Clío se le escapó una carcajada divertida al escuchar el sonido grabado que salía de las tripas del muñeco.

—¿Había guerreros así en el Tiempo de Antes, Alphonse? —preguntó—. ¿Eran muy poderosos?

El Anciano ensanchó su sonrisa, ya atrapado por la verborrea del muchacho, pero continuó en silencio.

—Me gustaría desmontarlo para saber de dónde sale la voz, pero tengo miedo de romperlo. Algún día me ayudarás, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, devolvió el muñeco a su sitio. Ya se había divertido lo suficiente. Tenía cosas importantes que hacer allí.

Del fajo de papeles que estaban en lo alto del armario apartó un enorme pliego lleno de colores. El papel era viejo, ajado y polvoriento y estaba roto en varios sitios, así que Clío lo desplegó con sumo cuidado sobre la mesa, procurando tirar de las esquinas lo menos posible. Alphonse le observaba con una mirada divertida y al joven le pareció observar una chispa de interés en el fondo de sus ojos.

—Esto es un mapa —dijo Clío—. Lo sé porque se lo oí decir una vez a Anteo cuando los estaba guardando.

Alisó el papel en un borde y un trozo de aquella esquina se desprendió. Clío observó el destrozo con expresión culpable y se guardó el pedazo en el bolsillo.

—Luego lo arreglo. Sé que al viejo Anteo no le importa que se lo haya tomado prestado. —Frunció el ceño y se corrigió a sí mismo—: Bueno, creo que no le importará. Mira, esto de aquí es La Lanza, ¿a que sí?

Señaló un punto sobre el plano y Alphonse se inclinó para observar lo que indicaba el muchacho. Observó durante un largo rato y finalmente asintió con lentitud.

Clío sintió que el corazón le galopaba a toda velocidad.

—Genial, si esto es La Lanza, entonces esto de aquí es el camino que sale hacia los bosques y esto de aquí... —Su dedo señaló hacia un dibujo diminuto que estaba en un pequeño desvío—. Esto ¿qué es, Alphonse?

El Anciano observó el símbolo durante un momento interminable. Por un instante Clío tuvo la certeza de que el viejo se había vuelto a hundir en el mundo interior al que le había llevado la decadencia y que ya no le prestaba atención, pero Alphonse apoyó un dedo huesudo sobre el mapa con delicadeza, justo en el punto que le indicaba el muchacho.

—Estación de servicio. —Al cabo de un rato volvió a repetir, como asombrado del tono profundo y lleno de matices de su voz—: Estación de servicio.

La emoción de Clío comenzó a desbocarse. Aquel lugar estaba a apenas tres o cuatro kilómetros en línea recta desde la linde del bosque. No era un camino demasiado largo y estaba lo bastante alejado del camino principal —creía él— como para que hubiese pasado inadvertido. La idea de que seguramente otros habían consultado aquel mapa infinidad de veces a lo largo de los años ni se le pasó por la cabeza.

Hundió la mano en su bolsillo y sacó un papel arrugado que desdobló. Era una vieja página de una revista, en la que se veía a dos niños sonrientes en una playa sosteniendo cada uno un helado de vistosos colores. Los niños de la foto desvaída miraban hacia el espectador sujetando sus helados como quien muestra un trofeo de guerra.

—Helados, Alphonse —dijo con la voz temblando de excitación—. Hielo de colores de sabores increíbles. ¿Recuerdas esto?

—Helados... —murmuró el Anciano, que se pasó la lengua sobre los labios reseco.

—Eso es, helados. —Su índice golpeó de manera frenética la foto—. Y se guardaban en una de estas cajas blancas enormes, ¿verdad? ¿Crees que puede haber una de estas en esa... estación de servicio?

—Las mareas del tiempo son inescrutables —replicó Alphonse repentinamente serio—. Los vaivenes del destino son un misterio reservado a Dios. No sabemos cómo funciona el mundo hasta que intentamos desentrañar sus enigmas.

De repente el Anciano pareció perder todo interés por lo que le mostraba Clío, le dedicó una última sonrisa y volvió a sumergirse en su libro después de recolocar la luz del flexo.

Clío asintió en la penumbra mientras contemplaba al viejo de forma pensativa. Con cuidado, volvió a doblar la hoja de la revista y la enterró en su zurrón. A continuación hizo lo mismo con el plano, que siguió el mismo camino.

—Eso es, helados —dijo en voz alta—. Y estoy seguro de que ese sitio está lleno de ellos. Si están congelados, no se pueden haber estropeado. He visto cómo los del Servicio de Cocinas entierran las cosas en hielo del pozo de nieve y se conservan perfectamente. Tienen que estar allí.

Se apartó de la mesa y cerró con cuidado el armario de sus tesoros. Entonces se volvió una vez más hacia Alphonse, que seguía absorto en su libro.

—Si traigo una mochila llena de helados, el Consejo entenderá que soy un explorador y que mi sitio está en Suministros. No me podrán negar el traslado, ¿a que no? —Su voz estaba cada vez más excitada—. Nadie ha traído nunca helados a La Lanza. ¡Seré el primero en conseguirlo!

En su cabeza, la decisión ya estaba tomada. Se acercó con cautela a la

puerta, comprobó que ningún miembro del Servicio de Archivos y Bibliotecas andaba cerca y volvió junto al armario, a punto de desvelar su Mejor y Gran Secreto.

Había dado con él de casualidad, una vez que había trepado sobre el armario de su Segundo Gran Secreto para comprobar que no hubiese ningún papel perdido encima de él que se le hubiese pasado por alto. Casi se había caído y temblaba de pensar en lo que le habría pasado de derribar aquella antigualla de madera. Lo cierto es que cuando estaba agazapado sobre el armario había sentido una débil corriente de aire acariciando sus mejillas, una corriente que parecía salir de detrás del enorme mueble.

Como aquel primer día, Clío empujó un lado del armario, que se deslizó sobre el suelo de piedra con un sonido sordo y rasposo. Cada poco rato miraba hacia la puerta, temiendo que alguien hubiese oído el ruido, pero todo seguía en calma. Con un último empujón deslizó el ropero por completo y dejó a la vista el túnel.

Era un pasillo de piedra labrada, con anillas cada pocos metros para colocar candiles de aceite. Sin duda alguna había sido construido cuando se pusieron los cimientos del monasterio, en un tiempo ya casi olvidado. El joven no tenía manera de saberlo, pero mil años antes aquel acceso había sido usado por los monjes para hacer rodar hacia las bodegas los barriles de vino que se sacaban a orear en otoño, antes de la vendimia. En desuso durante muchos siglos, alguien tiempo atrás había plantado aquel enorme armario delante, sin que ni siquiera los primeros pobladores de La Lanza, en los momentos iniciales tras el Colapso, tuviesen la menor idea de que estaba allí.

Y él lo había descubierto y desde entonces tenía su salida privada de La Lanza.

El aire que escapaba del túnel estaba frío y cargado de humedad, pero también de un olor a tierra y musgo no del todo molesto. Clío sacó de su interminable zurrón una lámpara de aceite (un artículo totalmente prohibido en la biblioteca y que le habría costado un serio problema en caso de ser descubierto) y se internó en el pasadizo. Justo cuando estaba a punto de mover de nuevo el armario a su posición original, se detuvo por un segundo y contempló al viejo caballero. Alphonse seguía sentado en su sillón, pero ya no miraba al libro de fotografías, sino que contemplaba al muchacho con un brillo interesado en los ojos.

—Cuida de todo esto mientras no estoy, ¿vale? —le dijo al Anciano—. Volveré antes de que se ponga el sol, te lo prometo. Si Anteo pregunta por mí, dile que..., eeehh..., no le digas nada. Mejor.

Cerró la boca, consciente de que estaba divagando solo para calmar su

propio nerviosismo. Inspiró dos veces con fuerza y colocó de nuevo el armario en su sitio con un crujido de la madera. Al poco rato Alphonse oyó cómo el muchacho se alejaba por el corredor oculto tras el mueble hacia el exterior. Durante un momento, se hizo un silencio espeso en la sala, hasta que por fin el Anciano respiró con fuerza.

—No es buena idea ir solo —murmuró para sí mientras sacudía la cabeza—. Nunca.

Volvió a centrar su atención en el libro, su mente ya muy lejos del inquieto muchacho que se alejaba hacia la espesura.

Héctor siempre decía, con su punzante sentido del humor, que estar en el Consejo de La Lanza era el tipo de privilegio que solo una vez que lo disfrutabas descubrías que era casi un castigo. El Consejo estaba compuesto por dos grupos: los cuatro Ancianos que aún vivían en el monasterio —cinco hasta la baja de Alphonse—, los jefes de Seguridad y de Administración, que eran miembros permanentes, y otras cinco personas, elegidas por votación cada cuatro años entre los habitantes de La Lanza. El sistema estaba pensado para que siempre hubiese más ciudadanos corrientes que Ancianos, pero por regla general los dos jefes que se sentaban en las reuniones tendían a alinearse con el colectivo de Ancianos, por lo que estos casi siempre mandaban en las decisiones que se tomaban en aquellas reuniones.

Andrea odiaba profundamente las reuniones del Consejo. Cada vez que asistía a una, le asaltaba una sensación de ahogo insoportable. Parte de la culpa la tenían las pesadas paredes de piedra y el techo bajo de aquella sala, que en otros tiempos fue la sala capitular del monasterio, donde se reunían los monjes y el abad. Ahora era la sede del poder ejecutivo, legislativo y judicial de La Lanza, el lugar donde el Consejo se reunía para tomar sus decisiones. Además, detrás de la pequeña puerta que se abría al fondo, había una habitación donde colgaban de una percha un par de viejas togas negras que los jueces se ponían para celebrar una vista en los raros casos en los que había que impartir justicia. Alguien, años atrás, se había molestado en llevar hasta allí parte de la sillería del coro, un delicado trabajo medieval de madera taraceada que, si bien era espectacularmente bonito, resultaba incómodo. Y a Andrea tampoco terminaba de hacerle gracia que un coro de ángeles y santos de mirada infinita la escrutase cada vez que una reunión se prolongaba durante horas.

Cuando llegó, observó que casi todos los asientos estaban ya ocupados, a excepción de los sitios de los otros tres Ancianos. Sentados cerca de ella estaban Richard, como jefe de Seguridad, y Cronos, el jefe de Administración, embutido en el uniforme violeta que destacaba su palidez cadavérica. Enjuto y chupado, el administrador jefe tenía la nariz enterrada entre papeles, incapaz de no aprovechar un minuto libre en la jornada, y a Andrea le desagradaba profundamente, aun cuando no supiese muy bien cuál era el motivo. En la bancada de enfrente estaban los cinco cargos electos, expectantes. Su líder era Sethlas, el herrero, un hombre grandullón y con las manos cubiertas de cicatrices, que ni siquiera se había sacado su mandilón de cuero para asistir a la reunión. En medio, de pie ante el estrado principal, el joven Albert se removía

inquieto.

Andrea se acercó hasta él y le puso una mano en el hombro.

—¿Nervioso? —dijo.

—Bastante. Es mi primera vez ante el Consejo.

—No es nada del otro mundo —replicó ella tratando de tranquilizarle—. Solo un montón de gente que se cree muy importante, hablando todo el rato. No tienes nada de qué preocuparte.

—No he podido encontrar a Clío por ninguna parte —contestó Albert cambiando su peso de un pie a otro—. Es como si se hubiese esfumado.

Había estado buscándole después de acompañar a Andrea y a Richard a hablar con otros consejeros en el claustro aquella mañana. De eso hacía ya horas y aún no había ni rastro. Si no estuviese tan nervioso por tener que hablar ante el Consejo, estaría preocupado.

—Típico de tu primo —suspiró Andrea—. Lo vas a hacer estupendamente, ya verás.

La puerta se abrió y ambos se volvieron. En vez de los Ancianos que faltaban, dos figuras femeninas vestidas de blanco se recortaron en la puerta.

—¿Qué hacen ellas aquí? —preguntó Albert con asombro.

—No tengo ni idea —replicó Andrea mientras hacía un gesto a las recién llegadas—. Pero pronto nos vamos a enterar. Anna, Erika, venid aquí, por favor.

Las dos mujeres se acercaron. Anna, la mayor, tenía veinticuatro años y la expresión agobiada de alguien que tiene como misión detener un maremoto y tan solo cuenta con un cubo y una pala para hacerlo. Alta y delgada, su piel oscura y sus ojos profundamente marrones denotaban una ascendencia latina, heredada de su madre. Tenía unos labios carnosos y sensuales que mordía de manera inconsciente cuando estaba nerviosa, lo que resultaba perturbador para algunos hombres.

A su lado, su hermana Erika, de quince años, parecía una pequeña copia de Anna, con los mismos rasgos pero menos voluptuosa y más llena de ángulos. La joven abrió mucho los ojos al entrar, y al ver a Albert le dedicó una sonrisa luminosa al tiempo que enrojecía de forma notable.

—Hola, Albert —murmuró con voz tímida y algo ronca.

—¿Qué tal, Eri?

—Bien..., creo. ¿Qué te ha pasado ahí? —La muchacha se atusó el pelo de forma nerviosa y señaló un arañazo que el joven tenía en el antebrazo.

—¿Esto? —Albert frunció el ceño antes de contestar—: No es nada. Me lo habré hecho en la Valla o algo así. No tiene importancia.

—Quizá..., quiero decir..., a lo mejor sería buena idea que te pasases por la enfermería para echarle un vistazo. —Erika enrojeció aún más—. Yo podría

mirarlo, si quieres, claro.

—En serio, no es necesario —replicó Albert, más preocupado por lo que tenía que exponer ante el Consejo que otra cosa—. Pero cuando encuentre a Clío podrías recetarle algo para que no se haga invisible. Siempre desaparece en el peor momento.

—A Clío. —La voz de Erika sonó apagada mientras evitaba mirar al muchacho—. Por supuesto. Claro.

Andrea observó el intercambio de palabras con una leve sonrisa en los labios y un pozo de experiencia vieja asomando por sus ojos.

—Eres un zoquete, chaval —murmuró al oído de Albert mientras le pellizcaba en la base de la espalda.

Él se volvió con cara de no entender nada, pero Andrea ya no le prestaba atención. Se había dado la vuelta y en aquel momento saludaba a la hermana mayor de Erika, la joven doctora de La Lanza, que resoplaba con impaciencia en medio de la sala capitular.

—Anciana, no sé por qué motivo nos han llamado. Tengo docenas de cosas que hacer y Erika tendría que estar aprendiendo farmacología básica en vez de perder el tiempo aquí.

—Tampoco lo sé yo, Anna —contestó Andrea—. Solo el trío de carcamales tiene la respuesta.

Anna rio al escuchar el mote burlón que Andrea había usado para referirse al grupo de los otros tres Ancianos, que eran quienes en realidad llevaban las riendas de La Lanza. Resultaba algo raro verla sonreír, y Andrea pensó que era una pena que no lo hiciese más a menudo.

La historia de las dos hermanas era trágica y un síntoma de cómo las cosas habían ido degenerando en el poblado. Sus padres habían sido durante años los dos médicos titulares del Servicio Sanitario de La Lanza: él, un cirujano experto, y ella, una doctora con un afinado instinto y una sensibilidad excepcional con los pacientes.

Una mañana, más de diez años atrás, el padre de Anna y Erika había salido hacia los bosques para reponer parte de su botiquín. A base de ensayo y error, los sucesivos médicos de La Lanza habían ido sustituyendo las menudas reservas de medicamentos por productos de origen natural que elaboraban ellos mismos. Tendría que haberle acompañado alguien de Seguridad, como de costumbre, pero por algún motivo ese día nadie lo hizo, y no se volvió a saber de él. La madre de las chicas jamás fue capaz de superar aquel golpe y seis años atrás apareció una mañana en su bañera, con las muñecas abiertas y una nota de despedida a su lado.

A la tragedia de su muerte se añadió un problema inesperado: Anna acababa

de empezar su período de aprendizaje con ella, para convertirse algún día en la doctora de La Lanza y jefa del Servicio de Sanidad, y la súbita muerte de su madre y mentora dejó su proceso de formación a la mitad, siendo generosos. Lo cierto es que la abrumada joven se encontró de la noche a la mañana con una hermana adolescente a su cargo, una enfermería llena de pacientes y unos conocimientos de medicina todavía precarios, con apenas dieciocho años.

Su coraje le había ayudado a superar la prueba. Todos los días se sometía a jornadas agotadoras en las que atendía el hospital por el día y dedicaba parte de la noche a estudiar los libros de Medicina que sus padres habían dejado, junto con el ingente archivo de sus predecesores. Aunque su experiencia, seis años después, ya era notable y había aumentado sus conocimientos, Anna estaba convencida de que era mucho más lo que ignoraba que lo que sabía. En una decisión extraordinaria había tomado a su hermana pequeña como aprendiz, pese a que era demasiado joven para aquel puesto, y Erika a sus quince años ya llevaba un par de ellos trabajando codo con codo con ella en el hospital.

La puerta del fondo de la sala se abrió de par en par y los tres Ancianos que faltaban entraron por fin. Simon, el líder del Consejo, encabezaba el grupo flanqueado por Moses y Victoria. Se sentaron en el alto sitio y se hizo el silencio en la sala capitular.

—Andrea, ocupa tu sitio, por favor. —La voz de Moses era falsamente cordial.

Ella puso los ojos en blanco y caminó hasta su puesto, al lado de los otros Ancianos. Andrea era la más «joven» (Simon y Moses andaban por la cincuentena aparente y Victoria parecía rondar los cuarenta años) y la trataban con condescendencia, pese a que tenía casi la misma edad real que ellos. Andrea daba por hecho que treinta años arriba o abajo no deberían suponer diferencia cuando pasabas de los dos siglos de vida, pero estaba claro que para sus compañeros del Consejo no era así.

—Declaro abierta la sesión —dijo sencillamente Simon mientras golpeaba con su maza de madera—. Jefe Richard, infórmanos, por favor.

Richard se puso en pie y desgranó de forma ordenada los sucesos del día, incluido el descubrimiento de los pájaros muertos en los campos que había hecho Albert aquella misma mañana. De vez en cuando se volvía hacia su hijo, que permanecía en el estrado del centro de la sala, para que este explicase con más detalle algún punto o para que confirmara lo que acababa de decir. A Andrea no se le escapaba el enorme parecido entre padre e hijo ni tampoco la forma en la que Erika devoraba con los ojos al muchacho.

Amor adolescente, el mejor y el peor del mundo —pensó para sí con una sonrisa—. *Surge incluso en las situaciones más insospechadas y nada puede*

ponerle freno.

—Doctora Anna, por favor. —La voz melosa de Victoria la sacó de sus pensamientos—. ¿Podrías darnos tu opinión? Con lo que has oído aquí, ¿qué crees que podría estar sucediéndoles a los pájaros?

—Bueno... —Anna se mordió el labio—. Lo cierto es que solo puedo hacer conjeturas. Podría ser algún tipo de episodio vírico. Los pájaros son reservorios naturales de muchos patógenos.

—¿Qué tipo de patógenos? —Simon se inclinó hacia delante. El jefe del Consejo recordaba a un gran halcón lanzándose sobre un polluelo indefenso, algo que a Andrea le pareció una analogía tenebrosa, dado el asunto que trataban.

—No tengo manera de saberlo sin hacer un análisis de alguno de los pájaros muertos, incluidos los de la Valla —contestó Anna con firmeza—. Además, yo soy médico, no veterinaria. Quizá deberían preguntarle a la gente de los establos.

Moses bufó exasperado mientras hacía un gesto despectivo con la mano.

—Los de los establos son casi tan bestias como los animales que cuidan —masculló—. Apenas saben lo justo de caballos y estoy seguro de que los únicos pájaros que conocen están en su cabeza.

Nadie rio la broma y por un momento se hizo un silencio espeso en la sala, que finalmente cortó el herrero Sethlas.

—Lo único que queremos saber, doctora —dijo con voz amable—, es si esto supone algún riesgo para la salud. No quiero pillar unas malditas fiebres porque un puñetero pájaro se cague en mi herrería, no sé si me entiende.

—Le entiendo perfectamente —Anna titubeó al hablar—. Pero es que mientras no sepa si...

La joven se detuvo cuando la puerta principal se abrió con un golpe. Todas las cabezas se giraron intrigadas, pues las deliberaciones del Consejo no podían ser interrumpidas jamás, salvo que se tratase de causa de fuerza mayor o de algo extraordinario que requería su atención. Andrea cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que fuese lo segundo.

Un guardia del Servicio de Seguridad se detuvo en el umbral titubeante. Estaba enrojecido y sudoroso y respiraba como el fuelle de una fragua, lo que delataba que había venido corriendo a toda velocidad desde la muralla. Sin embargo, se mantenía allí de pie, demasiado cohibido por la presencia del Consejo en pleno mirando hacia él.

—¡No te quedes ahí plantado como un pasmarote, hombre! —rugió Richard—. Pasa y cuéntanos qué sucede.

Ante la orden de su jefe, el hombre entró como si le hubiesen dado una patada en el trasero. Se acercó al centro de la sala y saludó con gesto nervioso a

la presidencia del Consejo.

—Consejeros, lamento interrumpirlos, pero me han mandado desde la torre de la puerta. El capitán de guardia ha considerado que era...

—Ya, ya. —Simon hizo un aspaviento con las manos—. Al grano. ¿De qué se trata?

—Hay tres jinetes en la puerta, señor —dijo el guardia—. Y solicitan refugio.

El otro extremo del túnel de la biblioteca terminaba en una pesada tapa de hierro que estaba encajada en un raíl oxidado. En visitas anteriores, Clío se había preocupado de engrasar a conciencia el mecanismo de forma que no chirriase al moverlo. Tuvo que utilizar hasta la última brizna de su fuerza para mover la tapa, que poco a poco se fue deslizando hasta dejar a la vista un óvalo de luz de tamaño suficiente como para poder salir.

La tapa estaba envuelta en el exterior por una densa mata de zarzas que conocía muy bien. Todos los veranos tenía que recoger sus moras para hacer conservas, en un trabajo lento y tedioso que detestaba. La densa vegetación ocultaba el acceso y lo había mantenido a salvo de miradas indiscretas durante décadas, lo cual convenía a los intereses de Clío, pero a cambio el muchacho tuvo que arrastrarse de forma penosa durante un buen trecho hasta que consiguió salir lleno de arañazos. Al alcanzar el exterior, levantó la mirada hacia la torre más cercana, unos metros por detrás, y la valla electrificada, que zumbaba ominosamente a apenas unos cuantos palmos a su espalda. No parecía haber nadie en la torre en aquel momento y Clío se preguntó el motivo.

Al girar la cabeza tragó saliva y contuvo una maldición. Unos cincuenta metros a su izquierda todo un sector de la Valla parecía estar rebosante de gente que contemplaba algo enganchado en la alambrada y hacía aspavientos. Durante un momento distinguió la silueta familiar de su tío y de su primo Albert, que conversaban de forma vehemente con una mujer que estaba de espaldas. ¿Era la Anciana Andrea? Contuvo la respiración, inmóvil como un conejo ante un depredador, hasta que vio que todos parecían muy concentrados en lo que fuera que estaban mirando —no era él, eso parecía seguro—, y se arriesgó a salir a toda velocidad.

Los primeros metros fueron aterradores. El corazón le latía tan fuerte que parecía que se le iba a salir por la boca y esperaba que en cualquier momento alguien gritara para darle el alto. En su imaginación desbocada, ya se veía atravesado por una de las flechas de las ballestas, muerto antes de tocar el suelo. Sin embargo, nadie le vio y en un par de minutos alcanzó la seguridad del otro lado de la colina cercana, fuera de la vista de los vigilantes en la empalizada.

Se detuvo para recuperar la respiración, eufórico. No era la primera vez que utilizaba la salida, pero sí era la primera en la que se disponía a hacer una incursión de verdad. Hasta aquel instante la había usado para hacer breves exploraciones de los campos cuando caía el sol y las puertas se cerraban. La emoción de ser el único que estaba fuera de La Lanza en aquellos breves

instantes siempre le había resultado embriagadora, pero jamás se había atrevido a pasar de las lindes más lejanas de los campos de cultivo.

Aquella ocasión era diferente. La alarma había sido una bendición, porque había despejado los campos de la multitud de trabajadores que normalmente estaría hormigueando por la zona. Quizá no volviese a presentarse una oportunidad así en mucho tiempo. Si había calculado bien el tiempo, podría estar de vuelta antes de que se pusiese el sol. Era su oportunidad.

Caminó con paso ligero hasta llegar a los primeros árboles del bosque, una densa masa de robles que se mecía suavemente bajo el viento del mediodía. Cuando llegó al primer tronco cubierto de musgo, se detuvo.

—Es la primera vez que llego hasta la linde del bosque —murmuró para sí entre sorprendido y aterrado.

Jamás había salido en toda su vida de la confortable y segura zona despejada en torno a La Lanza, y tan solo se encontraba a unos cinco kilómetros de la muralla en línea recta. A partir de aquel punto, todo era una incógnita.

Armándose de valor, se internó en la espesura. Los primeros metros fueron fáciles, ya que el bosque no era muy denso en las proximidades del pueblo. Aquella zona la visitaban habitualmente grupos de leñadores y el espacio entre los árboles era amplio y el suelo estaba cubierto de ramas secas abandonadas y tocones mustios. A medida que se iba alejando, los árboles eran cada vez más altos y el espacio entre ellos más estrecho.

Al cabo de quince minutos, Clío se las veía y se las deseaba para abrirse camino, siguiendo veredas abiertas por los animales salvajes. No se oía el más mínimo ruido a su alrededor y desde donde estaba le resultaba imposible divisar ya la familiar superficie cultivada de los campos. Continuó batallando entre la maleza durante unos minutos, orientándose por la luz del sol que se filtraba de vez en cuando entre las copas de los árboles hasta que finalmente consiguió llegar a una zona abierta cubierta de restos grisáceos de asfalto antiguo.

Dejó escapar un suspiro de satisfacción. Atravesando en diagonal la parte exterior del bosque había conseguido llegar hasta el camino principal sin cruzarse con nadie. Cuando sus pies tocaron la superficie cuarteada de asfalto y tierra, se sintió más seguro. Sacó el mapa del bolsillo y lo desplegó con cuidado.

—Solo tengo que caminar hacia el este durante unos cuatro kilómetros. — Hablar en voz alta le permitía combatir el temor que le inspiraba la densa atmósfera del bosque—. Después, si nada se tuerce, tendría que encontrar el desvío a la derecha, caminar dos kilómetros más y habré llegado. Está chupado.

Plegó de nuevo el mapa y echó a andar. El camino estaba en bastante buen estado, aunque décadas de poco uso habían hecho que el bosque engullese tramos enteros. En algunos puntos la carretera estaba prácticamente intacta y en

otros su anchura se reducía al espacio justo para que pasasen dos personas hombro con hombro. Grandes trozos de asfalto se levantaban como dientes podridos, allí donde las raíces y el agua lo habían cuarteado, y Clío tenía que llevar mucho cuidado de dónde apoyaba los pies.

No había el menor rastro de presencia humana. En el caso de que se cruzase con una patrulla o con un grupo de viajeros, su plan consistía en echarse a un lado y ocultarse en la maleza hasta que hubiesen pasado de largo. En cuanto a los Hostiles, Clío los consideraba un cuento de viejas, una historia que los Ancianos utilizaban para amedrentar al resto de los habitantes del poblado. Le preocupaba más cruzarse con una manada de lobos, a los que a veces oía aullar en las noches de invierno, que cualquier intervención humana.

Caminó a buen paso durante más de una hora hasta que tropezó con una parte del camino ligeramente más amplia. Un par de señales corroídas por el óxido se mantenían en pie de milagro a un costado de la calzada. Si alguna vez habían puesto algo en ellas, la pintura había desaparecido mucho tiempo atrás, pero a Clío no le hacía falta más para saber que había llegado al cruce que aparecía en el mapa.

Se internó en el bosque a su derecha y durante cincuenta metros se fue moviendo en amplios arcos, buscando con atención en el suelo cualquier signo del antiguo desvío. Al cabo de media hora sus esfuerzos se vieron recompensados cuando sus pies tropezaron con el familiar tacto gastado del asfalto, casi invisible bajo el denso manto de humus y hojas acumulados durante dos siglos. Una vez que adivinó la dirección correcta, caminó más ligero. El sol ya estaba mucho más bajo en el horizonte, pasado el mediodía, y en invierno sería de noche a eso de las seis. No le quedaba demasiado tiempo.

Más que verlo, tropezó con él. Era un enorme poste de metal que se levantaba como un árbol inmenso en medio del bosque. Una hiedra se había enredado en torno a él de tal manera que casi lo hacía invisible, pero la parte superior estaba libre de vegetación y arrancó del chico una expresión de asombro. A sus pies, grandes pedazos de plástico, descoloridos y casi deshechos por la acción del sol, se quebraban como cáscaras de huevo cuando los pisó Clío. En lo alto, cubierto a medias por una gruesa capa de musgo, había un gran cartel con un símbolo que no reconoció, pero debajo había unas letras que sí podía leer.

—«Sin plomo 95, Sin plomo 98, Diésel, Diésel Econosequé» —murmuró mientras descifraba con los ojos entrecerrados las palabras que tenían un montón de números al lado—. ¡Seguro que eran los nombres de los que vivían aquí! ¡He llegado!

Avanzó un par de pasos y al apartar una densa mata de helechos tuvo que contener un grito de alegría. Frente a él se abría una amplia explanada de

cemento que había resistido asombrosamente bien el paso del tiempo. Estaba cubierta de restos de vegetación, pero no tenía grietas y era uno de los sitios más lisos y amplios que Clío había visto jamás. Aquí y allá los esqueletos oxidados de viejos vehículos yacían como monstruos muertos, pero no les dedicó demasiada atención, ya que eran poco más que polvo y hierro corroído.

Al fondo había algo que le atraía mucho más. Un enorme voladizo, más alto que cualquier edificio de La Lanza a excepción del monasterio, cubría una pequeña isleta donde se erguían amenazadores una serie de extraños artefactos, con mangueras negras colgadas a su lado y pantallas de cristal sucio. Clío los identificó de inmediato con el símbolo que había visto en el mapa.

—Estación de servicio, te encontré —murmuró triunfal mientras se acercaba.

Avanzó hasta uno de los extraños artefactos y agarró una de las mangueras. Al tirar del surtidor de metal todavía brillante que estaba colgado, la manguera de goma se deshizo como si fuera arena, dejando un reguero de trozos de caucho cuarteado en el suelo. Un extraño olor dulzón y metálico flotó por un instante en el aire y Clío se detuvo, extasiado, al reconocer el aroma de la gasolina. Nunca la había olido antes, por supuesto, pero estaba seguro, por lo que había leído, de que tenía que ser algo así.

Caminó sobre una capa de cristales rotos hasta el edificio que se levantaba justo detrás: una pequeña nave en penumbra cuya puerta estaba abierta de par en par, invitadora y amenazante a la vez. Sin pensar demasiado en lo que podría encontrarse dentro, Clío traspasó el umbral.

Sintió una punzada de desilusión en cuanto sus ojos se acostumbraron a la luz mortecina que reinaba en el interior. Todos los anaqueles repartidos por la estancia estaban vacíos y tumbados en el suelo o apoyados unos contra otros como amigos borrachos tras una noche de juerga. Comprendió que en algún momento a lo largo de los siglos alguna partida de Suministros había pasado por allí y se había llevado todo lo que podía ser útil, dejando solo estanterías vacías a su paso. Maldijo en voz baja mientras daba un par de pasos vacilantes, dejando atrás un expositor con un enorme cartel que ponía «Prensa» encima. El expositor estaba lleno de una masa deforme de papel que se había mojado innumerables veces a lo largo de los años y se había quedado reducida a una pasta gris y mohosa. El mostrador del fondo estaba arrasado y parte del falso techo se había desprendido dejando a la vista un laberinto de cables pelados de aspecto peligroso.

De repente, su mirada se iluminó. Justo detrás de un anaquel metálico casi devorado por el tiempo y el óxido adivinó una nevera blanca con el mismo logo que el anuncio que llevaba en el bolsillo. *Quizá, puede que quizá...* Su corazón

latía a toda velocidad cuando saltó por encima del mostrador y llegó junto a la nevera. Respiró hondo y levantó la tapa de un tirón. Un olor mohoso le golpeó la nariz y le hizo arrugar el gesto. El arcón estaba lleno de cajas reseca de cartón y docenas de envoltorios que un día lejano habían contenido helados. Un cerco oscuro en las paredes interiores de la nevera indicaba el nivel que había alcanzado la mezcla líquida cuando los productos se habían derretido y más tarde evaporado con el paso de los años.

Sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Llevado por la esperanza, se inclinó sobre el borde del arcón y metió medio cuerpo dentro, para rebuscar en el fondo, entre los restos aplastados de la mercancía.

Y entonces alguien le agarró.

Una mano fría como el hielo se cerró sobre su tobillo y dio un fuerte tirón. Clío se sobresaltó y levantó la cabeza tan rápido que se golpeó contra la tapa del arcón y por un momento vio una constelación de estrellitas bailando ante sus ojos. La mano que le sujetaba el tobillo dio otro fuerte tirón y por primera vez el sabor frío del pánico reptó por su garganta.

Trató de librarse de una patada, pero habían hecho presa firme en su tobillo. Oyó un ruido rasposo al tiempo que notaba que unas uñas —¿o eran garras?— se clavaban en su carne. Desequilibrado, cayó al suelo en un remolino de papeles, restos de material y polvo que le hizo lagrimear los ojos. Lanzó una patada a ciegas y se vio recompensado por un gemido de dolor cuando su bota impactó contra algo blando. La mano le soltó y Clío reptó sobre su espalda, como un cangrejo, hasta separarse un par de metros de *aquello*.

La luz era cada vez más mortecina en el interior de la tienda y solo podía vislumbrar el bulto que se movía en su dirección, a apenas un par de metros. Con manos temblorosas, metió la mano en su zurrón y sacó su pequeña navaja. Después de desplegarla la sostuvo delante de él, como una espada, y en ese momento se dio cuenta de lo miserablemente ridícula que era.

—¡No te muevas! —graznó—. ¡Te abriré en canal!

El bulto del suelo emitió un gemido quedo y prolongado de dolor. Se arrastró un par de palmos hacia Clío hasta que, agotado, se derrumbó.

El chico se mantuvo inmóvil durante más de un minuto, tumbado en el suelo de la tienda, cada vez más oscura, sin atreverse a mover ni una pestaña. Sentía la sangre zumbando en sus oídos y su respiración agitada, y por debajo de eso le pareció oír algo más. Algo que salía de aquel bulto informe. Su respiración.

Clío podía ser un imprudente y un soñador, pero en modo alguno era un cobarde. Sin dejar de temblar se incorporó y dio un par de pasos cautos hasta llegar junto al bulto del suelo. Entonces su sorpresa fue mayúscula.

Era un hombre de unos cuarenta años, vestido con ropa de viaje y tumbado boca abajo. Su cabeza calva estaba perlada de sudor y tenía rastros de sangre sobre una oreja y en las manos, estiradas como garras hacia delante. El muchacho le dio un leve toque en un costado con la puntera de su bota y el hombre emitió un gemido.

—No... no me mates. Por favor...

Clío se inclinó sobre el hombre y con esfuerzo le dio la vuelta. Sintió náuseas cuando vio la fea herida en su estómago, de la que asomaba la punta rota del mango de un cuchillo. Tenía que causarle un dolor espantoso y gritó cuando el muchacho lo giró.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Clío levantando la cabeza de forma nerviosa al ver el cuchillo en la herida. De repente la vieja estación de servicio parecía muy amenazadora—. ¿Quién te ha hecho esto?

Por toda respuesta el hombre emitió un alarido de dolor y sujetó con fuerza la pernera de Clío.

—No te preocupes. —El chico empezó a pensar a toda velocidad—. Estamos cerca de La Lanza. Iré a buscar ayuda y vendremos a...

—¿Cuántos...? —De la boca del hombre surgieron unas burbujas de sangre—. ¿Cuántos... años... tienes?

Clío parpadeó, convencido de que no había oído bien. El hombre estaba a las puertas de la muerte, apenas podía enfocar la vista en medio de la penumbra de aquel lugar, y le preguntaba por su edad.

—¿Qué?

—¿Cuántos años... tienes?

—¿Qué? —repitió Clío incrédulo—. Tengo doce, pero no sé qué...

—Estás a salvo —gorgoteó el hombre con expresión tensa—. Pero... tienes que... correr.

—¿Correr? ¿Por qué?

—Se... se... —El hombre hipó y un chorro de sangre de color rojo brillante salpicó su pechera—. Se acerca. —La cabeza del viajero se deslizó hacia el suelo, súbitamente laxa, y puso los ojos en blanco. Su pecho dejó de moverse y Clío tardó un instante en comprender que había muerto.

—Pero si ni siquiera sé cómo te llamas... —susurró en la oscuridad hablando con nadie.

Con delicadeza, bajó los párpados del cadáver, cuyo rostro aún conservaba la expresión de dolor y miedo. Clío se incorporó aterrorizado. Nada estaba saliendo como había previsto. Estaba a solas, con un cadáver, en medio de los bosques, haciendo algo estrictamente prohibido por las Normas de La Lanza, el sol se estaba poniendo y nadie tenía la menor idea de que estaba allí.

De pronto se dio cuenta de que se había metido en un lío muy gordo.

El hombre había dejado un rastro de sangre en el suelo. Con la fascinación del ratón ante la mirada de la serpiente, Clío fue siguiéndolo hasta el exterior. Bajo la luz crepuscular podía ver el trayecto que había hecho el viajero entre los árboles hasta llegar al edificio de la estación de servicio. Las ramas rotas indicaban que al principio había caminado a trompicones, pero llegado un momento no había podido más y había acabado su recorrido a rastras por el suelo.

Siguiendo el ruido que hacía yo mientras buscaba los helados —pensó Clío con un escalofrío—. O escapando de quien sea que le haya hecho esto.

Sabía que lo más sensato era salir de allí como alma que lleva el diablo, pero el lado inquieto de su cabeza necesitaba descubrir qué había al otro lado de aquellas ramas rotas. Un vistazo breve, nada más. Una ojeada al asaltante.

Quizá hayan sido los Hostiles.

El pensamiento le paralizó por un segundo. Pero no, los Hostiles no existían, eso lo sabía todo el mundo.

Dio unos cuantos pasos vacilantes hasta llegar a la altura de las ramas rotas y le bastó con asomar la cabeza para sentir una arcada y vomitar todo lo que había comido aquel día.

Al otro lado de la vegetación se abría un claro en el que estaban aparcadas tres carretas de madera, del tipo que los viajeros solían usar para desplazarse de una población a otra. Las carretas estaban colocadas en círculo, como si las hubiesen preparado para pasar la noche e improvisar una pequeña línea defensiva. En el centro del claro, los restos apagados y fríos de una hoguera señalaban el lugar donde habían encendido fuego para pasar la noche, pero a partir de ese punto el resto de la escena era un caos de una violencia y un salvajismo como Clío no había visto en su vida.

Desde donde estaba podía divisar al menos diez cuerpos, todos cubiertos de sangre. Una mujer yacía colgada del pescante de una carreta, con la garganta abierta de par en par y el pelo apelmazado por su propia sangre reseca. En la mano aún sostenía una navaja de afeitar. Justo a su lado asomaba el pie de un niño pequeño, cuyo cuerpo estaba oculto en el interior de la carreta. Era una imagen tan espeluznante que Clío desvió la mirada y al hacerlo descubrió más alejado de la hoguera el cuerpo asaeteado de otra mujer, joven y con aspecto fornido. Tenía flechas clavadas en la espalda, en el pecho, y una más le atravesaba el ojo izquierdo. La explosión del globo ocular había dejado un rastro pastoso en sus mejillas que recordaba al glaseado de una tarta. Su boca estaba abierta en una expresión de sorpresa, como si no se pudiese creer que estaba muerta.

A su lado yacía un hombre con el torso desnudo y descalzo. Una lanza le atravesaba el pecho, con manchas resacas de sangre en el asta. Si los ojos de Clío no le engañaban, el hombre se había arrojado sobre la punta y había ido tirando de su propio cuerpo sobre el astil hasta que la punta asomó por su espalda.

El resto de los cadáveres presentaba un aspecto parecido. Al lado de un caldero volcado, Clío vio lo que no podía ser otra cosa que una pierna amputada, pero no había el menor rastro de su propietario. Todo el suelo estaba cubierto de manchas marronáceas y reinaba un olor dulzón y pesado en el aire. El frío del invierno y los principios del *rigor mortis* les daban un aspecto rígido y extraño a los cuerpos, que recordaban a estatuas caídas.

Clío sintió que otra arcada le ascendía por la garganta. Tenía que salir de allí cuanto antes. Se dio la vuelta y echó a correr en dirección a La Lanza, bajo la luz cada vez más tenue y con el corazón encogido por el horror. Su ropa se enganchaba en las zarzas del camino, pero él ni siquiera se daba cuenta. Al saltar sobre un tronco apolillado cayó y el contenido de su zurrón se desparramó por el suelo como un puñado de canicas. De forma frenética recogió las cosas que estaban más cerca y se levantó de un salto para continuar su huida.

En una esquina, enganchado entre dos piedras, el recorte de revista con los dos niños sonrientes de los helados se quedó aleteando bajo la brisa.



Memorándum informativo entregado al doctor Timothy Mullen, MD, MPH. Director del Centro para la Prevención de Enfermedades. Atlanta.

URGENTE /// CONFIDENCIAL

Asunto: Prion X695

De: U. S. Army Medical Research Institute of Infectious Diseases (USAMRIID)

Para: Director del CDP-Atlanta

No se han producido avances significativos en las cuarenta y ocho horas transcurridas desde nuestra última comunicación. En estos momentos todos los laboratorios de nivel BSL-4, incluidos aquellos del sector privado y militarizados hace una semana por orden presidencial, están trabajando en el análisis de los datos de la pandemia, y generando la información suficiente como para contemplar como viable una ventana de vacunación en un plazo de seis meses.

No es necesario decir que este plazo es del todo insatisfactorio, dada la rápida propagación de la enfermedad. **Desde que fueron detectados los primeros casos en Europa han pasado tan solo doce días** y en estos momentos la mutación del X695 ya está presente en todas las naciones de la Tierra (a falta de datos fiables de Corea del Norte y Tuvalu, aunque es presumible que también lo esté en estos dos países).

Las dificultades iniciales para determinar el vector de propagación siguen vigentes. Es obvio que se transmite por vía aérea y por contacto corporal (sangre, sudor, semen, saliva...), pero todavía no

hemos sido capaces de localizar el reservorio original donde se ha producido la mutación ni tampoco hemos identificado el causante de esta.

Sin querer pecar de alarmistas, creemos que este es el desafío de salud pública y seguridad nacional más grande al que nos hemos enfrentado jamás. El corto plazo de incubación, unido a los efectos devastadores de la enfermedad y a su carácter aparentemente aleatorio, hace que sea extremadamente difícil tomar medidas efectivas para evitar su propagación, más allá de las medidas de cuarentena y aislamiento decretadas y que han sido replicadas en todas las naciones aliadas.

Lo que sabemos hasta el momento es que los efectos directos de la mutación provocan una serie de alucinaciones en los pacientes que los llevan a actuar de forma tan imprudente y antinatural que los conducen a terminar con su propia vida. En muchas ocasiones, antes del episodio de autólisis, los pacientes en su delirio alucinatorio se convierten en una amenaza para los que los rodean, llegando a agredirlos en la mayoría de los casos.

Según los cálculos más conservadores hechos hasta la fecha, y en función de los datos recabados hasta ahora por el Servicio Central de Inteligencia, la estimación más aproximada es que **en las últimas dos semanas unos cuatro mil millones de personas en todo el mundo han acabado con su propia vida de una u otra manera**, mientras que se pueden contar por cientos de millones las víctimas colaterales, bien por acción directa o indirecta derivada de la muerte de los primeros.

El proceso exacto del funcionamiento del prion aún es desconocido, pero por su etiología parece inhibir en el cerebro las relaciones sinápticas relacionadas directamente con el sentido de la conservación y de la supervivencia. De alguna manera, los pacientes afectados carecen de todo instinto o deseo de vivir y terminan con su vida en un plazo máximo de dos semanas, utilizando para ello los medios que tengan a mano, por inconvenientes o dolorosos que estos sean. Cualquier persona que se encuentre cerca en el momento final de la crisis paranoide corre el riesgo severo de sufrir lesiones en el paroxismo final antes de la autólisis del afectado.

Por todo ello, la recomendación de este Instituto al CDP es que se proceda de inmediato al aislamiento y cuarentena del personal médico involucrado en el desarrollo de medidas contra la propagación de la enfermedad para su propia protección y que se vuelquen TODOS los recursos del CDP en la investigación y desarrollo de una vacuna contra este evento.

La propia existencia de la humanidad puede estar en juego en estos momentos.

Fdo. Col. Dra. Caroline Temper, MD, MPH. USAMRIID

Cuando llegaron a la puerta principal, una pequeña multitud ya los iba siguiendo a corta distancia. La mayor parte de la población llevaba todo el día encerrada dentro de las defensas de La Lanza y los rumores cada vez más audaces y disparatados se cruzaban, como suele ser habitual en estos casos. Ver al Consejo en pleno cruzar la plaza central rumbo a la puerta principal era un reclamo demasiado potente como para que la mayoría de los ociosos lo dejase pasar.

Richard suspiró aliviado cuando divisaron la puerta principal. Aunque había una muchedumbre dando vueltas por la zona, el capitán a cargo del sector había tenido el buen juicio de impedir el acceso a la muralla y mantener una barrera de guardias controlando a la multitud. Además, las puertas continuaban cerradas y todo parecía estar bajo control. Nada de aquella escena recordaba al desastre de la mañana y Richard elevó una plegaria silenciosa. Disponía de pocos hombres bien entrenados y casi todos ellos estaban a unos pasos.

—Jefe Richard, hay tres jinetes en la puerta. —El capitán, un mulato alto y fornido, repitió el mensaje que el emisario había llevado ante el Consejo—. Han llegado hace un rato y solicitan libre acceso a La Lanza invocando el principio de hospitalidad. Les he dicho que estábamos en una alarma y han pedido que el Consejo los atienda. Los tengo esperando ahí fuera, pero les hemos arrojado unas botellas de agua y algo de comida mientras ustedes llegaban.

—Muy bien hecho, capitán —contestó Simon adelantándose a Richard—. Veamos quiénes son y qué quieren.

Subieron a la barbacana que estaba sobre el portón. Ya empezaba a anochecer y las luces de la puerta arrojaban sombras alargadas sobre los muros a medida que subían. Desde allí vieron que los visitantes eran tres hombres maduros y vestidos con ropa de viaje de buena calidad. Sus caballos, tres animales negros altos y de patas largas, estaban bien enjaezados y tenían el lomo aún brillante por el sudor. Dos de ellos llevaban los ollares cubiertos de espuma y daba la sensación de que sus jinetes les habían exprimido toda la energía posible en una galopada enérgica hasta llegar allí. Cuando advirtieron movimiento miraron hacia arriba y uno de ellos se adelantó. Era un hombre grueso, con una capa de piel de oso sobre los hombros rematada con unas cadenas plateadas. Los broches tenían forma de ojo y sus manos regordetas estaban cuajadas de anillos.

—¡Saludos a La Lanza! —Su voz era untuosa pero firme—. ¿Con quién hablamos?

—Deberíais decir primero quiénes sois —contestó Simon desde la torre—.

¿No os parece?

—Disculpádnos, señores. —El hombre se apoyó una mano en el pecho con gesto teatral—. Mi nombre es Kaspar y soy miembro del Consejo de El Ojo. Mis acompañantes son el Anciano Baltazar y el jefe Melk. Venimos en son de paz y solicitamos refugio en La Lanza.

—¿De El Ojo? Estáis muy lejos de casa, Kaspar. ¿Qué os trae por aquí?

El hombre se revolvió en su silla de montar e hizo un gesto vago con las manos cuajadas de anillos, como quitando importancia a aquella pregunta.

—Vamos camino del asentamiento de El Perro. La hermana del jefe Melk vive allí desde que se casó y pretende hacerle una visita. Aprovechando la ocasión, el Anciano Baltazar y yo le acompañamos para renovar los votos de alianza y amistad entre El Ojo y El Perro y tratar de abrir nuevas rutas comerciales.

—Os habéis desviado de vuestra ruta —comentó Simon pensativo—. El camino hacia El Perro sería mucho más corto si fueseis por el otro lado del río.

—Ha llovido mucho y el río va muy alto —replicó el jinete con una sonrisa llena de dientes montados entre sí—. El vado está impracticable, así que hemos decidido venir por este lado. La noche nos ha sorprendido y, sabiendo que vuestro poblado estaba aquí, hemos pensado que sería fantástico acogernos a vuestra legendaria hospitalidad. ¿Puedo saber ahora con quién hablo?

—Soy el Anciano Simon, jefe del Consejo —contestó este irguiéndose—. Y me complace daros la bienvenida a La Lanza. Jefe, que les abran las puertas.

—¿Cree que es prudente, Anciano? —contestó Richard cauteloso—. Nunca abrimos las puertas cuando se pone el sol.

—¿Y qué propones? —Simon le miró de hito en hito—. ¿Dejarlos acampados en nuestra puerta hasta el alba?

—Estarían seguros bajo la protección del muro —musitó Richard—. Y mañana, con calma, podrían pasar.

—No pienso permitir que tres miembros de un Consejo de otro poblado pasen la noche al raso —replicó Simon airado—. Y menos siendo uno de ellos un Anciano. La gente pensaría que en La Lanza nos asustamos de nuestra sombra. Abre la puñetera puerta, jefe, y por cierto, dad por terminada la alarma. Todo vuelve a la normalidad.

—Aún no sabemos qué causó lo de los pájaros —apuntó Andrea también inquieta.

—Ni lo sabremos hasta mañana, cuando la doctora pueda examinar esos bichos con plumas. —Hizo un gesto con la mano, como apartando aquel recuerdo de su mente—. Ahora, dejad el parloteo y abrid la puerta. Andrea, acompáñame a recibir a nuestros invitados.

Richard gritó un par de órdenes y el enorme portalón de La Lanza se abrió entre crujidos y chirridos. La red eléctrica se desconectó durante un momento en el sector para permitir el paso de los jinetes, que entraron a trote suave. Tras cruzar la puerta, y mientras esta se cerraba a su espalda, desmontaron y se acercaron a saludar a sus anfitriones, que los esperaban al pie de la Valla.

Simon y el Anciano Baltazar se dieron un abrazo y el par de besos ritual, mientras que sus acompañantes saludaban por turno al resto de los miembros del Consejo. La gente que estaba detrás de la línea de guardias susurraba y señalaba la ropa y el porte lujoso de los visitantes. En poco más de media hora todo el poblado sabría quiénes eran los recién llegados y cuál era su aspecto.

—¿Qué noticias traéis de El Ojo? —preguntó la Anciana Victoria con su tono seco habitual—. ¿Cómo le va al Anciano Joan? ¿Sigue presidiendo vuestro Consejo?

—No hay grandes novedades en El Ojo. En cuanto a su otra pregunta, consejera, me temo que el Anciano Joan falleció a principios de otoño —contestó Melk mientras hacía el gesto tradicional para combatir el mal de ojo—. La decadencia le asaltó de repente y su cuerpo no lo pudo soportar. A las dos semanas de perder el juicio se quitó la vida.

—Es una pérdida trágica —contestó Victoria repentinamente pálida—. Él y yo teníamos conocidos comunes del Tiempo de Antes. Es un trozo del pasado que se va.

—Sin duda, sin duda —contestó Melk mientras se secaba el sudor—. ¿Y cómo va todo por La Lanza? ¿Está todo el mundo bien?

Richard frunció el ceño ante aquella pregunta. Algo en la manera de formularla había despertado una alarma escondida en su interior, pero no podía saber exactamente de qué se trataba. Se removió incómodo en su sitio y observó de reojo a Andrea. De todos los Ancianos, la chica era la única que le parecía de fiar y desde luego era la más inteligente. No le extrañó, por lo tanto, ver que ella entrecerraba los ojos.

—La Lanza es un remanso de paz y prosperidad. —Simon se hinchó como un sapo al borde de una charca—. Nuestra gente está sana y bien cuidada, los almacenes llenos de alimentos y nuestros campos bien cultivados, como sin duda habréis visto al venir hacia aquí.

Los tres visitantes intercambiaron una rápida mirada entre ellos en la que a Richard le pareció ver un destello de alivio.

—Siempre nos alegramos de que un pueblo hermano de El Ojo siga en felicidad y armonía —declamó Baltazar de forma que todos los presentes le oyesen—. Y una vez más, agradecemos vuestra acogida.

El grupo y los visitantes comenzaron a caminar hacia el monasterio, donde

seguramente ya les estarían preparando unas habitaciones para pasar la noche. Los chicos de los establos tomaron las riendas de los caballos y en pocos minutos la multitud se disolvió hasta que solo quedaron Andrea, Richard y Albert en la explanada de entrada.

—Hay algo raro —murmuró ella.

—Estoy de acuerdo —dijo el jefe de Seguridad—. Parecían demasiado nerviosos. Y sus caballos estaban a punto de caer desplomados, como si hubiesen venido al galope.

—No llevan mercancías —murmuró de repente Albert mientras se tiraba del labio pensativo.

—¿Cómo dices?

—No llevan mercancías —repitió el joven—. Dicen que están abriendo nuevas rutas comerciales y no llevan mercancías, ni sus caballos alforjas. No tiene sentido.

Andrea y Richard cruzaron una mirada, reconociendo el ojo clínico del muchacho.

—Quizá debería hablar con Simon —dijo Richard al fin, tras un rato de silencio.

—No te hará el más mínimo caso. —Andrea negó con la cabeza—. Simon no perderá la ocasión de alardear delante de un miembro de otro Consejo si eso le permite tejer una nueva red de alianzas que consolide su posición. Es una manera de hacer política y nada de lo que le digas le parecerá lo suficientemente preocupante. He visto el brillo de sus ojos y juraría que agradece la llegada de los viajeros para quitarse de en medio el asunto de la alarma.

Richard asintió sabiendo que ella tenía razón. Había otros nueve asentamientos humanos en un radio de treinta días de camino en torno a La Lanza y las relaciones entre ellos fluctuaban en función de las necesidades de cada uno y las tensiones personales entre los Ancianos de cada población. Una visita de tal nivel era un regalo caído del cielo para Simon, Moses y Victoria que no dejarían pasar así como así.

—Está bien, pero estaremos atentos —dijo al cabo—. Pondremos una guardia adicional esta noche, con la excusa de que es un ejercicio por el fiasco de la mañana.

—Y yo estaré con los ojos abiertos en la cena —añadió Andrea por su parte—. Nunca se sabe.

Los tres echaron a andar hacia la enorme mole del monasterio, mientras a su alrededor la noche se cerraba y las luces se iban encendiendo una tras otra, los más afortunados usando alguna de las valiosísimas bombillas y la mayoría con los candiles de aceite.

Fuera, en la oscuridad sacudida por un viento frío y cargado de agua, la negrura del bosque parecía contemplar a La Lanza, dispuesta a engullirla a la menor oportunidad.

El calor dentro del comedor de gala era espeso como un caldo muy pasado, pero casi nadie parecía darse cuenta. Los radiadores eléctricos colocados en las paredes funcionaban a toda potencia, mientras camareros atareados pasaban a su lado cargados con bandejas llenas de las mejores viandas que La Lanza podía ofrecer. Apenas eran cuarenta comensales, pero la sala capitular del monasterio parecía pequeña para aquel grupo ruidoso, que bebía, sudaba y comía mientras hablaba sin parar.

En la mesa principal estaban sentados los cuatro Ancianos de La Lanza junto a los tres invitados, y en las mesas laterales se disponían los distintos jefes de Servicio y el resto del Consejo, junto con una serie de ciudadanos prominentes que Simon había considerado conveniente invitar al evento. Richard, por su parte, había decidido llevarse a Albert consigo, no solo porque pensase que era bueno para la formación del muchacho asistir a un evento de ese estilo, sino porque además quería tener bien controlada a la comitiva de El Ojo. Si alguno de ellos abandonaba la sala, bien porque tuviese que ir a los baños o por cualquier otro motivo, la misión de Albert era seguirle discretamente y no perderle de vista, a ser posible.

Justo en aquel momento un gesto furtivo desde la puerta llamó la atención del joven. Iván, uno de sus amigos, le hacía señas mientras asomaba la cabeza por el umbral. Albert miró a hurtadillas hacia los lados antes de levantarse con sigilo y enfilar la salida con naturalidad.

Dos aprendices de Seguridad como él le esperaban en el pasillo. Iván era un gigantón de más de uno noventa de mirada amable y prematuramente calvo, algo que disimulaba afeitándose la cabeza. Tenía una mandíbula que parecía tallada directamente de un peñasco y cada uno de sus brazos tenía el diámetro de una de las piernas de Albert. El uniforme verde del muchacho parecía a punto de reventar en sus costuras cada vez que flexionaba los músculos. El otro era un aprendiz del que Albert no podía recordar el nombre, un tipo pelirrojo y pequeño que siempre parecía estar a punto de salir pegando alaridos y que arrugaba la nariz como un ratón asustado.

—¿Es cierto? —le espetó Iván a bocajarro, con una voz extrañamente suave para un tipo de su tamaño, aunque el contraste, de alguna manera, no resultaba chocante sino tranquilizador—. ¿Es verdad lo que he oído?

—No tengo ni idea de qué carajo has oído. —Albert se encogió de hombros.

—Esos tipos que vienen de El Ojo —Iván apuntó hacia el interior de la sala

—, ¿es verdad que han encontrado un aparato volador del Tiempo de Antes que aún funciona? ¡Me han dicho que pretenden venderlo!

—Eso es una gilipollez —le interrumpió el pelirrojo pequeño saltando sobre sus pies—. Celio, el chico de las caballerizas, los escuchó hablar y traen con ellos una máquina que puede fabricar comida, toda la que quieras. En todas las casas del Tiempo de Antes tenían una.

—¿Ah, sí? —Iván se volvió hacia el pequeñajo con expresión avinagrada—. ¿Y dónde se supone que la traían? ¿Metida en el culo? ¡Porque yo no he visto nada así en sus manos!

—¡En el mismo sitio que tu ridícula máquina voladora! —le contestó el pelirrojo sin amilanarse—. ¡Que además jamás ha existido, idiota!

—Ya vale —los interrumpió Albert tratando de evitar que se le escapase la risa—. Que yo sepa, no se trata de nada de eso. Es un aburrido viaje institucional, o eso parece. Nadie ha pretendido vender nada todavía, y la única comida que están devorando ahí dentro sale de nuestra propia despensa.

—Entonces, ¿a qué vienen?

—Aún no lo sé. —Albert volvió a encogerse de hombros—. Os prometo que, si me entero de algo, os lo contaré a vosotros primero, ¿de acuerdo?

Los dos muchachos asintieron enfurruñados y comenzaron a alejarse, cada uno por un lado. En el último momento Albert sujetó a Iván por la manga de la chaqueta.

—Necesito que me eches una mano —susurró—. ¿Podrías ir al establo y echar un vistazo a los caballos de los visitantes?

—¿Sus caballos? —Iván le miró perplejo—. ¿Por qué?

—No te lo puedo explicar todavía. —Albert meneó la cabeza—. Busca algo que no encaje o que nos pueda decir algo más de ellos, eso es todo.

—Está bien —asintió el muchacho tras pensárselo un instante—. Pero luego espero que me expliques de qué va todo esto.

—Descuida. —De inmediato sonrió de forma socarrona—. Por cierto, ¿qué te pasaba hoy por la mañana, cuando fuimos a visitar la Bestia?

Iván enrojeció de golpe.

—No sé de qué me hablas.

—Casi te caes encima de Eva, la de la silla de ruedas. —La sonrisa de Albert se ensanchó—. Te pegó un manotazo en las zarpas cuando intentaste ayudarla.

—Solo quería ser amable, eso es todo —contestó el otro muy digno.

—Ya, ayudarla. —Le guiñó un ojo—. Y un cuerno. Te reconozco el valor, las cosas como son. Su padre es aún más grande que tú. Apuesto a que puede abrirte en canal si se entera de que vas detrás de su hija.

Iván farfulló algo mientras el color de su cara subía dos tonalidades. Albert sonrió y le dio una palmada amistosa en la espalda.

—Tengo que volver adentro —dijo—. Luego nos vemos, fiero.

Tras dejar a su amigo aturdido en el pasillo, Albert volvió a entrar en la sala capitular. Acababan de servir el siguiente plato: unos cochinitos asados dispuestos sobre una cama de patatas crujientes y tiras de pimiento. El nivel de la conversación ya estaba al máximo. El vino y la cerveza corrían con fluidez y los camareros se las veían y se las deseaban para rellenar con premura las jarras vacías.

Simon y el Anciano Baltazar, que se había cambiado sus ropas de viaje por un vistoso conjunto de terciopelo rojo, estaban conversando en voz queda en la cabecera de la mesa, en apariencia ajenos al barullo que los rodeaba. Victoria y Moses, por su parte, le daban conversación al obeso Kaspar, y el último visitante, Melk, se mantenía en silencio mientras picoteaba su plato y bebía un vaso de vino tras otro. Aquel hombre delgado y con una calva brillante por el sudor parecía algo acalorado. Su túnica presentaba una serie de óvalos de grasa y manchas de origen indeterminado y sus ojos recorrían toda la estancia como un faro barriendo el mar.

Finalmente retiraron los restos de la comida y los comensales se estiraron en sus sillas, con el estómago lleno y el espíritu satisfecho de quien se ha alimentado a gusto. Aquellos que estaban más entonados comenzaron a cantar con voz ebria mientras daban palmadas sobre la mesa de madera para marcar el ritmo, haciendo temblar la vajilla y asustando a un par de perros que se habían refugiado bajo una de las mesas.

Simon se puso en pie con dificultad y levantó las manos para pedir silencio, con escaso éxito. Entonces hizo una seña a uno de los camareros que hizo sonar un gong colocado en la esquina hasta que todas las conversaciones cesaron al fin.

—Un momento de silencio, por favor. —Simon cogió su copa de vino y le dio un breve trago antes de continuar—. Quisiera decir unas palabras en honor a nuestros invitados de esta noche.

El rumor se calmó un poco. Albert suspiró y puso los ojos en blanco. No solo había tenido que aguantar durante casi toda la cena al entusiasmado mecánico sentado a su derecha y empeñado en explicarle el funcionamiento del nuevo sistema de riego de las huertas, sino que además tendría que aguantar los discursos. En aquel instante desearía estar en cualquier lugar antes que allí.

—Habitantes de La Lanza, distinguidos visitantes —comenzaba a decir Simon—, esta es una noche especial. Cuando hace dos siglos el mundo se asomó al borde del abismo y la raza humana estuvo a punto de perecer, un grupo de

hombres y mujeres valientes tuvieron el coraje y la visión de crear sitios como La Lanza o El Ojo, auténticas arcas de salvación, lugares como este, donde todos los afligidos podían encontrar curación y refugio frente a la Gran Plaga que asolaba a nuestra raza. La humanidad estuvo a punto de caer, pero resistimos.

El Anciano se tomó un momento para respirar y continuó con voz vibrante.

—Casi todos murieron, millones, miles de millones, en un número tan elevado que hoy en día resulta difícil pensar que alguna vez existió tal masa humana. Por eso esta noche quiero brindar por ellos y por su memoria. Que los hados les sean propicios en la otra vida.

Simon levantó la copa con aire ceremonioso y el resto de los asistentes le imitaron. Andrea, que no quitaba ojo a los visitantes, vio que el delgado Melk y el obeso Kaspar levantaban las suyas con cierta dificultad. Melk estaba realmente rojo y el sudor le pegaba los escasos pelos de la coronilla a la piel como una diadema.

—¡Cada vez que, en este mundo complicado que nos ha tocado vivir, gozamos del extraño lujo de una visita como la de esta noche, nuestro deber moral es celebrar la esencia de la raza humana! ¡Luchar para conseguir un futuro en el que dentro de unos años volvamos a dominar a la Naturaleza! ¡Abrir todos los caminos, domesticar los ríos, hacer retroceder a los bosques! ¡Convertir lugares como La Lanza o El Ojo o los otros asentamientos que ya conocemos en nuevas y prósperas ciudades!

Los visitantes se removieron incómodos en sus sillas, excepto Baltazar, que parecía en su salsa. A Melk se le escapó una risita breve que ahogó en un largo trago de vino.

—Hoy conocemos cuarenta y seis poblados como este, pero sin duda debe de haber más, muchísimos más repartidos por todo el mundo —continuó Simon su arenga—. Lugares en los que la raza humana florece, lugares en los que el futuro de la humanidad germina. Esa es la esencia de nuestra civilización, servir de refugio y acogida. Cuando se fundó este lugar, hace doscientos años, y llegaron sus primeros habitantes, a nadie se le impidió la entrada. ¡Todos fueron aceptados, como hermanos supervivientes de la misma especie!

Esta vez fue el turno para que Andrea exhibiese una sonrisa amarga. Sintió el deseo irrefrenable de ponerse en pie y recordar en voz alta a Simon las ejecuciones en el proceso de llegada, pero se abstuvo. No serviría de nada traer aquel recuerdo incómodo al presente. En vez de eso se arrellanó en su silla, deseando que los discursos terminasen de una vez.

En el otro lado de la sala, Albert se levantó una vez más con discreción. El ambiente de la habitación estaba cada vez más cargado, el discurso parecía interminable y además, mientras Simon estuviese hablando, los invitados no se

irían a ninguna parte, así que el joven sintió la necesidad de respirar aire fresco de nuevo. Solo había bebido una jarra de cerveza, pero no estaba acostumbrado al alcohol y notaba la cabeza algo embotada. Aprovechando un momento de aplausos se deslizó hacia la puerta y salió al pasillo.

La noche era fresca y las estrellas brillaban con dureza inmisericorde en el cielo helado a través de las ventanas sin cristales del viejo corredor de piedra. Una nube de vaho salió de su boca y Albert se arrebujo tiritando de frío. Tan solo llevaba el mono de su servicio y no había tenido la precaución de conseguir una pelliza. Cuando estaba pensando en ir hasta su dormitorio para coger algo de abrigo, divisó una sombra acurrucada al otro extremo del claustro.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

No hubo respuesta.

Se acercó y cuando estaba a dos metros de la figura oculta en las sombras distinguió la figura familiar de su primo Clío. El muchacho estaba acuclillado, sujetando sus piernas con los brazos y con un aspecto agotado.

—¡Clío! ¿Dónde demonios te habías metido? Me he pasado medio día buscándote, cabeza loca. —Meneó la cabeza exasperado—. El Consejo quería hablar contigo por lo de los pájaros muertos que encontraste en el campo.

Clío levantó la cabeza y le observó con la mirada apagada. Abrió la boca para empezar a decir algo, pero la volvió a cerrar, como si no encontrase las palabras exactas.

—Te la podías haber cargado —continuó Albert—. Menos mal que con la llegada de esos visitantes se les ha olvidado el tema, de momento. Pero tienes que ser más cuidadoso cuando andes vagabundeando por La Lanza y estar localizable.

Ambos guardaron silencio durante un instante. Clío se enjugó un par de gruesas lágrimas que empezaban a correr por su mejilla. En medio de la oscuridad del patio, Albert ni siquiera se dio cuenta.

—Yo digo que aquí pasa algo, me juego lo que quieras —musitó Albert con la mirada perdida—. Nadie llega de improviso a La Lanza sin necesidad. Si se tratase de un buhonero o de uno de esos carros ambulantes de buscadores de restos, tendría sentido, pero... ¿tres visitantes que dicen ser parte de una expedición comercial? Suena raro, demasiado raro como para ser cierto.

—Albert...

—Ni siquiera tienen pinta de mercaderes. —Lanzado en sus pensamientos, ni siquiera había oído a su primo—. ¿Te fijaste en el portavoz, el que se llama Kaspar, o Kasper o algo así? Está tan gordo que su caballo casi no puede con él. Y el delgado no para de sudar, como si estuviese nervioso...

—Albert...

—Y además, hay algo extraño en su ropa. Van demasiado bien vestidos como para ser comerciantes. Te digo que aquí hay algo que no...

—¡Albert!

El grito de Clío, con los ojos arrasados por las lágrimas, hizo que Albert se detuviese por fin y girase la cabeza hacia él. Entonces se fijó por primera vez en su cara llena de chorretones, la ropa desgarrada por las zarzas y sobre todo la palidez del rostro del muchacho, que no podía dejar de temblar.

—Mierda, Clío. —Se acercó hasta él y lo abrazó con fuerza—. ¿Qué coño te ha pasado?

—Lo he visto, Albert. Lo he visto todo.

—¿Has visto qué? —preguntó confundido mientras palpaba el cuerpo del joven en busca de heridas. El alivio por no encontrar ninguna se vio pronto turbado al descubrir unas manchas reseca de sangre en sus mangas—. ¿De qué puñetas hablas? ¿De quién es esta sangre?

—Los muertos —respondió Clío sorbiéndose los mocos—. He visto los muertos, apilados. Estaban todos muertos, Albert, todos muertos...

—¿Dónde, Clío? ¿Qué...?

—Estaban muertos. —El muchacho comenzó a sollozar—. Yo solo quería dar una vuelta y encontrar unos helados, Albert. Estaban todos muertos...

—Clío, el mundo está lleno de esqueletos —contestó su primo con paciencia mientras ordenaba el pelo rebelde del más pequeño con un gesto cariñoso—. Hay huesos viejos por todas partes. Simon dice que en el Tiempo de Antes los hombres eran tan numerosos como hormigas. Viendo la cantidad de restos que hay desperdigados por todas partes, yo me lo creo.

—No hablo de eso. —Clío negó con la cabeza de forma vehemente—. Muertos, muertos recientes, Albert. Al menos una docena de cuerpos. Aún estaban sangrando.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Dónde?

—Fuera de los límites de La Lanza, cerca de la línea del río, dentro del bosque. Al lado de unas ruinas. Hace apenas unas horas.

—¿HAS SALIDO FUERA? —Albert gritó sorprendido, pero rápidamente bajó el tono de voz tras mirar cautelosamente a ambos lados—. ¿Has salido fuera? —repitió—. ¿Sin permiso, a solas? Pero ¿tú estás tonto o qué te pasa? ¿No sabes que, si te pillan los Hostiles, no te volvemos a ver en la vida? ¿Eres gilipollas o suicida? ¿De qué coño vas, Clío?

—Solo quería buscar los helados. —El chico ya lloraba a moco tendido, la tensión acumulada derribando por fin su última resistencia—. Fui hasta allí y llegué a ese sitio y entonces apareció el hombre, lleno de sangre, y luego los carros y luego vi los cuerpos y entonces... ¡Joder, Albert, estaban todos muertos!

¡Muertos!

—Tranquilízate, venga. —Abrazó a su primo con fuerza, enterrando su cara contra su pecho—. No pasa nada. A ver, Clío, mírame. Mírame. Así, eso es. Necesito que me digas qué fue exactamente lo que viste, con pelos y señales.

—Un montón de cuerpos, más de diez, no estoy seguro. Estaban cubiertos de sangre y parecía que había tenido lugar una pelea.

—¿Crees que podría haber sido una caravana?

—No lo sé —contestó Clío agitado—. Nunca he ido en una caravana y no sé qué aspecto tiene cuando acampan en el camino. No había caballos, ni mercancías a la vista, pero a lo mejor se los llevaron los asaltantes. Albert, ¿qué va a pasar ahora?

Albert miró hacia la puerta de la sala capitular. Un camarero salía en ese momento y durante un instante se oyó una salva atronadora de aplausos. Simon debía de estar bordándolo aquella noche.

—No lo sé —contestó al fin—. Tenemos que hablar con mi padre. Él sabrá qué es lo que hay que hacer.

Clío le miró con expresión aterrada.

—No podemos decírselo a tu padre. —Había pánico en su voz—. Como se entere de que he vuelto a salir sin permiso me va a matar. La última vez me hicieron limpiar las letrinas durante dos semanas. ¡Dos semanas cargando cubos de mierda! Por favor, no podemos decírselo o me la voy a cargar.

—Escúchame —replicó Albert con voz calmada, mirando con seriedad a su primo—. Esto es demasiado importante como para que nos lo guardemos. Tenemos que contárselo a mi padre cuanto antes. Una docena de muertos a las puertas de La Lanza no puede ser nada bueno, Clío, y lo sabes. Hay mil personas en este poblado y más de la mitad son mujeres y niños. Si los Hostiles están acercándose por primera vez en ochenta años, el Consejo tiene que saberlo.

Clío asintió, pensativo, mientras se sorbía los mocos.

—El tío Richard me va a matar, lo sé. —Agachó la cabeza y miró a su primo con una expresión implorante—. ¿Vendrás conmigo a decírselo, por lo menos?

Albert le sonrió mientras le pasaba un brazo por encima de los hombros.

—Claro que sí, bobo. Pero no pienso ayudarte a cargar cubos de caca. Ahora límpiate la cara y vamos de una vez. Ya verás como no se enfada tanto como piensas.

Simon seguía de pie con su discurso cuando Albert entró de nuevo en la sala con un renuente Clío a su espalda. La temperatura allí dentro parecía haber aumentado un par de grados, o al menos daba esa impresión. Una prolongada ovación acogió las últimas palabras del Anciano. Algunos aplaudían con el gesto contenido y algo aburrido de quien escucha un discurso político y otros, más ebrios, de forma intensa y apasionada. Albert aprovechó aquel momento para arrastrar a Clío consigo hasta las cercanías de su padre, pero en ese instante Baltazar, el Anciano visitante, se puso en pie para dar la réplica a Simon. Albert suspiró exasperado y le hizo un gesto a su primo para que se sentase al fondo. Tendrían que esperar.

—Queridos anfitriones de La Lanza —comenzó el hombre mientras recogía su capa de terciopelo roja para acomodarse—. Hace un instante, mi estimado amigo hablaba de los tiempos trágicos y lejanos del Colapso, cuando nuestras villas y pueblos fueron fundados. Tiempos duros, sí.

Simon asintió mientras bebía un trago de su copa.

—Aún quedamos hoy con vida algunos de aquellos pobladores originales. —Baltazar señaló de forma teatral a los Ancianos sentados en la mesa presidencial—. Quedamos unos cuantos supervivientes originales como testigos de aquella época. Nos llamáis Ancianos, aunque algunos de nosotros no tengamos ese aspecto ni lo hayamos tenido jamás.

Señaló entonces a Andrea, que se removió incómoda en su silla al sentir todas las miradas puestas en ella.

—Algo de lo que sucedió en aquellos días confusos nos hizo cambiar. —La voz de Baltazar era potente y modulada—. Algo hizo inmune al paso del tiempo a un pequeño grupo de nosotros, un grupo que, si ya era diminuto entonces, no ha dejado de menguar con el paso de los años. Hoy ya solo quedamos un puñado, iguales por fuera a todos vosotros pero distintos por dentro, hermanos humanos todos, al fin y al cabo, en la defensa de la vida, porque cada vida...

En ese momento al delgado y sudoroso Melk se le escapó una risa ahogada. Sonaba como un gatito siendo estrujado, un gemido sordo que le salía del diafragma mientras aporreaba la mesa. Al cabo de un segundo aquella risa se transformó en una carcajada abierta, histérica e incontrolable, que le arrancaba lágrimas de los ojos.

Baltazar le observaba entre estupefacto y horrorizado.

—... porque cada vida es preciosa y...

Melk se levantó sin dejar de reírse. Ya no era una carcajada, pero aún

temblaba e hipaba de la risa, como si le hubiesen contado el mejor chiste del mundo y todavía lo estuviese asimilando. Miró directamente a Baltazar y después paseó la mirada por toda la sala, con una expresión vacía y divertida a la vez. La sonrisa del hombre hizo que a Albert se le pusiesen los pelos de punta. Era una sonrisa fría, despiadada. No era una sonrisa del todo humana.

El visitante de El Ojo levantó la copa y derramó la mitad de su contenido sobre su pecho. Dio un trago largo y al acabar el último sorbo mordió el borde de cristal con un crujido que se oyó hasta en el rincón más alejado. El bocado de cristal le rasgó los labios, que empezaron a sangrar en el acto, mientras Melk masticaba los restos de vidrio como quien come un trozo de pan.

—Sé lo que pretendéis, pandilla de cabrones. —Su voz estaba fría y calmada, aunque las palabras sonaban algo distorsionadas por su lengua perforada en mil sitios—. Queréis matarme.

Antes de que nadie pudiese responder, estampó el resto de la copa contra la mesa y el vidrio se hizo mil pedazos. Melk cogió el trozo más largo, que parecía una delgada aguja, y comenzó a deslizarlo por sus mejillas con parsimonia, abriendo largos surcos sanguinolentos.

—Mamones —murmuró—. Chupapollas, lamecoños, cerdos apestosos, mierdentos, hijos de una cabra.

—Pero ¿qué...? —comenzó a murmurar un estupefacto Simon rompiendo el silencio sepulcral de la sala.

Las palabras del líder de La Lanza parecieron sacar al hombre de su ensoñación. Dirigió una mirada hacia sus dos acompañantes, que le observaban horrorizados y se apartaron tan raudos de él que chocaron entre sí al retirar sus sillas. Baltazar tropezó con el borde de su capa de terciopelo y cayó cuan largo era desde la tarima. Habría sido cómico de no ser por la expresión de terror absoluto que brillaba en sus ojos.

Melk le ignoró por completo y caminó hacia un lateral de la sala. Sus pasos resonaban sobre las losas de piedra gastada mientras el resto de los comensales le observaban atónitos. La sangre goteaba desde su cara con un *plop, plop* siniestro y teñía de un color húmedo la parte superior de su túnica, mezclándose con su sudor. El hombre levantó el pedazo de cristal afilado y empezó a dirigir con él una orquesta imaginaria, moviéndolo como una batuta. De repente, y sin previo aviso, se colocó al lado de uno de los invitados, un hombre de larga barba negra, y con un gesto rápido le clavó la hoja de vidrio en el cuello.

Un griterío enorme se levantó entre los asistentes. El hombre de la barba lanzó un gemido ahogado y se llevó las manos al cuello, mirando a su alrededor con un gesto de estupor casi cómico. La sangre se escurría entre sus dedos, brotando de la yugular en chorros largos, regulares y potentes.

—¡Jefe, haga algo! —bramó Simon terriblemente pálido.

No hacía falta que le animase. Richard ya había cruzado la sala en dos zancadas y otros tres hombres de Seguridad, incluido Albert, convergían sobre Melk, que contemplaba la agonía del barbudo con expresión divertida mientras le tarareaba una nana.

No fueron lo bastante rápidos. Antes de que llegasen hasta él, Melk se dio la vuelta, cogió un cuchillo que estaba sobre la mesa y con un gesto rápido deslizó la hoja sobre su propia garganta. Su sangre brotó en una cascada y se mezcló con la de su víctima, que se convulsionaba en el suelo, tratando de respirar, cada vez más azulado. Melk se derrumbó como un fardo y el caos en la sala capitular fue total.

—¡Hay que llevarlo a la enfermería! —Anna apareció de repente al lado del hombre barbudo y le apretó una servilleta contra el cuello. El herido le sujetó la muñeca y le dedicó una mirada de terror e impotencia—. ¡Rápido!

—¿Qué hacemos con este? —preguntó Richard a gritos tratando de imponer su voz sobre el alboroto de la sala.

Los comensales empezaban a huir por la puerta como un torrente a través de un dique roto.

—Ese está muerto. —Anna solo le dedicó una mirada apresurada al cadáver de Melk—. Pero él no. Tenemos que darnos prisa. ¡Vamos!

Un par de hombres de Richard cogieron en volandas al herido y se lo llevaron a la enfermería. Anna salió con ellos, con su mono blanco cubierto de sangre, mientras presionaba con fuerza la servilleta contra la herida del cuello. Richard levantó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de Andrea. Con un leve gesto de cabeza le indicó que le siguiese afuera.

El pasillo era un caos de dimensiones similares a la sala capitular. Richard vio que su hijo Albert se acercaba arrastrando con él a su sobrino Clío, pero les hizo un gesto seco. Fuera lo que fuese, tendría que esperar. En su lugar, agarró del brazo a uno de sus hombres que corría hacia el final del corredor, tratando de reinstaurar el orden.

—Llevad a nuestros visitantes a sus habitaciones de inmediato —dijo—, y poned guardas delante de sus puertas.

—¿Están bajo arresto?

—Eso no depende de nosotros, sino del Consejo —respondió—. Pero, si te preguntan, di que es por su seguridad. No quiero que anden vagabundeando por La Lanza hasta que sepamos qué coño ha pasado ahí dentro. ¡Corre!

El hombre salió al trote y se llevó con él a otros dos miembros del servicio. Richard siguió el pasillo hasta el final y tras subir varios tramos de escalera llegó casi sin aliento al ala de enfermería del monasterio.

Anna estaba inclinada sobre una camilla intentando estabilizar al herido. A su lado, su hermana Erika, muy pálida, la asistía junto con dos enfermeras.

—¡Tenemos que ponerle una vía! —gritó.

—Anna, está empezando a convulsionar.

—¡Ya lo veo! ¡Pasadme otra compresa y apretad fuerte!

—¡Anna, convulsiona! —La voz de Erika sonaba angustiada—. ¿Le inyectamos fenobarbital?

—No nos queda. Pásame esas pinzas. Esas no, las otras —musitó Anna concentrada en el paciente—. Ya casi lo tengo, ya casi lo tengo...

El hombre empezó a temblar en la camilla de forma incontrolada, mientras un chorro de sangre arterial empapaba el pecho de la doctora.

—¡No te mueras, joder! —gritó—. Aguanta, aguanta...

El herido se quedó inmóvil sobre la camilla y de repente se hizo un silencio pesado en la enfermería. Por un instante todos contemplaron el cuerpo inerte del barbudo como si esperasen que de un momento a otro se fuese a levantar riéndose de aquella broma pesada.

—¡Mierda! —Anna arrojó las pinzas al suelo con frustración y se pasó una mano ensangrentada por la frente para apartarse un mechón de cabello—. Se nos ha ido. Está muerto.

Cayó otro velo de silencio en la enfermería.

—¿Y ahora qué? —preguntó Erika con voz queda al cabo de un rato.

—Habrá que avisar a su familia, supongo. —Anna se volvió hacia Richard—. Jefe, imagino que eso es cosa suya.

Richard asintió con gesto grave. Aún no se podía creer lo que se estaba complicando todo.

—Mandaré a alguien —dijo al fin—. Adecentadlo lo mejor que podáis. Antes tengo que hablar con el Consejo.

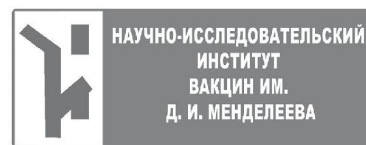
—Papá —intervino de repente Albert, que había aparecido allí silenciosamente—, quiero decir, jefe. Antes de que te reúnas con el Consejo, necesito contarte algo.

—Ahora no es buen momento, Albert —contestó Richard—. Tenemos una tormenta de mierda encima.

—Pues aún no has visto nada —replicó el joven con voz amarga—. Clío ha encontrado algo que puede estar relacionado con esto. Creo que es urgente.

Richard contempló a su hijo con mirada cansada y sus ojos saltaron a continuación a Andrea. Pudo ver reflejada en ella la misma preocupación que le corroía a él. Porque un rato antes, cuando estaban en la sala capitular, ambos habían visto el rostro de los dos visitantes. Y su expresión no era solo de asombro y miedo ante lo que estaba pasando. En su mirada había algo más.

Era la mirada de alguien que ya había visto aquella escena antes.



De: Dra. Valentina Kurvatova. Instituto Mendeléiev de Investigación para Vacunas. Moscú (Rusia)

A: Dr. Timothy Mullen, director del Centro para la Prevención de Enfermedades. Atlanta (EE. UU.)

Doctor Mullen, si está leyendo esto es que todavía queda un hueco para la esperanza. Ayer jueves, a las 17.00, gracias a la ayuda desinteresada de un grupo de científicos voluntarios que colaboran de manera externa, conseguimos sintetizar la primera vacuna estable que parece tener un efecto directo en la interacción del prion con las sinapsis neuronales, dieciséis días después de que se detectase el paciente cero. Lo hemos conseguido.

Hoy por la mañana, a las 05.00, un avión de nuestra Fuerza Aérea ha partido hacia los Estados Unidos llevando una partida de cinco mil dosis del compuesto, en forma de excipiente seco para que comiencen su distribución. Otros vuelos semejantes han salido hacia dieciséis países de Europa, China y Japón. Lamentablemente, en la situación actual no disponemos de tripulaciones que puedan garantizar envíos hacia África o Sudamérica, por lo que le rogamos encarecidamente que en cuanto reciban los datos que acompañan esta comunicación aborden su propio proceso de elaboración del compuesto y sea su Fuerza Aérea la que se encargue de la distribución en el resto del continente americano una vez que empiecen a sintetizarla ahí, en Atlanta.

Sé que la cantidad que le enviamos es ridículamente pequeña para las dimensiones de la pandemia, pero estamos estirando nuestros recursos al máximo. Solo continúan operativos un tercio de nuestros centros epidemiológicos y estamos sufriendo un derrumbe generalizado de las comunicaciones y de la cadena de mando. El presidente Putin ha dado luz verde al operativo en la última comunicación que tuvimos con él hace cuarenta y ocho horas, pero no hemos vuelto a tener noticias. La mayor parte de los esfuerzos en la Federación Rusa ahora mismo están orientados a mantener el control público, realizar paradas seguras de las centrales nucleares y garantizar la integridad del arsenal estratégico atómico, como me consta que está sucediendo en su país. Me temo que en la primera tarea estamos fracasando de forma rotunda. Por el bien de todos, espero que triunfemos en las otras dos.

Creo que hemos llegado tarde, muy tarde y con muy poca fuerza, pero eso es mejor que nada. En condiciones óptimas seríamos capaces —tanto el CDP como sus aliados europeos y nosotros— de fabricar millones de vacunas en el plazo de dos semanas, pero ambos sabemos que no contamos con ese tiempo. Así que le sugiero, por inhumano que le pueda parecer, que priorice su reparto siguiendo los criterios que estimen oportunos. No van a llegar para todos, ni siquiera ahora que tan solo quedamos en la Tierra una décima parte de los que éramos hace dos semanas.

Como comprenderá, no ha habido tiempo material para realizar una comprobación exhaustiva de los posibles efectos secundarios del tratamiento. El prion X695 ha resultado ser una modificación de laboratorio del prion responsable de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, pero con el plegamiento en una proteína distinta, bajo una capa doble. La vacuna incide en las proteínas priónicas celulares PrPC, por lo que las posibles derivaciones de sus efectos son una incógnita.

En una situación normal jamás nos habríamos atrevido a aplicar esta vacuna en un organismo humano. Estamos hablando de proteínas, unas estructuras tan básicas en nuestro sistema que lo que hacemos, como dice el doctor Kamarov, es jugar a sacudir los cimientos de un rascacielos para ver si podemos cerrar una ventana en el décimo piso.

La vacuna es efectiva al 100 % contra la enfermedad, pero eso es todo lo que sabemos. Todo cuanto pueda pasar a continuación en los inoculados es una incógnita.

Quizá esta sea la última vez que nos comuniquemos en mucho tiempo. Si es así, quiero transmitirle mi admiración y respeto. Hemos hecho todo lo que hemos podido. No soy creyente, pero, si ÉL existe, ahora todo queda en manos de Dios.

Dra. Valentina Kurvatova

Richard echaba chispas por los ojos. Sentados en un rincón del cuarto de guardia, lejos de oídos indiscretos, acababa de escuchar el relato de su sobrino y la furia le obligaba a pasear de un lado a otro sin cesar.

—¡Eres un idiota redomado! ¿Se puede saber en qué estabas pensando? — rugió clavando la mirada en un Clío que parecía querer evaporarse en la silla—. Si tu madre estuviese viva y viese el inconsciente suicida en que se ha convertido su hijo, ¡se volvería a morir del disgusto! Ya has sido apercebido tres veces, ¡tres veces!, por salir al exterior sin avisar y fuera del toque de queda. Sabes mejor que nadie que esos bosques de ahí son peligrosos y aun así continúas yendo, con total indiferencia, sin pensar en lo que te puede pasar ni en lo que...

—Papá, Clío solo...

Richard se puso delante de su hijo y le miró con expresión homicida. Por un momento fue consciente de que Albert ya era de su estatura y que, pese a que estaba contrito, se mantenía firme y tranquilo. Un ramalazo de orgullo le sacudió por dentro, pero se lo guardó.

—¡Tú cállate! —masculló—. Y mientras estés ahí de pie, nada de papá ni nada por el estilo, «señor» o «jefe» en todo caso. Si esto ha sucedido, también es por tu culpa y por la manía que tienes de cubrirle la espalda al insensato de tu primo. ¿Qué pensáis que va a pasar cuando se enteren en el Consejo de que el jefe de Seguridad, el tipo encargado de la seguridad de La Lanza, ni siquiera es capaz de controlar a su propio sobrino, eh? Se van a hacer un tambor con mis pelotas y me van a machacar. ¡Eso es lo que va a pasar!

—Tío Richard, lo siento mucho, en serio —musitó Clío—. Sé que no debería haber salido, sé que no debería haber roto las Normas, pero era importante para mí... Lo siento.

Richard refunfuñó exasperado, pero no pudo evitar una mirada de ternura hacia su sobrino. Le recordaba muchísimo a su propia hermana, la madre del chaval. Y además, en aquel momento tenían problemas mucho más acuciantes que enfadarse por su escapada.

—Puede que haya una solución, papá..., señor —intervino Albert—. Sabemos dónde están esos cuerpos, si es que Clío no se lo ha imaginado. En cuanto se calmen las cosas por aquí, los dos podríamos salir de patrulla y tropezarnos con ellos casualmente. Así tendríamos información de primera mano, sabríamos qué pasa y podremos contárselo al Consejo sin que haya que meter a Clío en todo esto.

Richard guardó silencio durante un largo rato.

—Así que no solo quieres que proteja a tu primo y evite informar de una brecha en la seguridad en medio de la peor crisis de La Lanza en los últimos años —dijo al fin—, sino que además ¿pretendes que le mienta al Consejo, Albert? Vaya...

—Yo solo decía que...

—Ya sé lo que quieres decir. —Richard se mesó el cabello y suspiró—. Que Dios me ampare, pero no es mala idea. Lo haremos, pero solo porque habéis tenido el buen sentido de venir a contármelo a mí en vez de empezar a cacarear por ahí como gallinas asustadas.

Albert sonrió y le dio una palmada en la espalda a su primo.

—Pero esto no va a salir gratis. Albert, esta noche te tocará el primer turno de guardia en la espadaña del monasterio —gruñó—. No me fío ni un pelo de lo que pueda pasar, sobre todo después del espectáculo atroz que acabamos de ver en el banquete. No sé si todo esto estará relacionado, pero, si es así, toda prevención es poca. Clío, ni se te ocurra volver a desaparecer, ¿está claro?

—Sí, tío —contestó Clío tragando saliva.

—Y durante las dos próximas semanas ayudarás a la gente de Mantenimiento a arreglar el techo de mi casa. Irás con ellos al depósito de madera, retirarás todas las tejas viejas y lijarás las nuevas con tus manos. Y todo eso sin protestar, ¿entendido?

Clío abrió la boca, a punto de protestar, pero un leve codazo de su primo le hizo cambiar de opinión. En vez de eso, asintió dócilmente.

—Eso pensaba —gruñó Richard mientras salía por la puerta—. Ahora, quedaos aquí los dos. Me están esperando en el Consejo.

El jefe de Seguridad recorrió el pasillo con un huracán de ideas dando vueltas en su cabeza. No veía conexión posible entre dos hechos aislados tan diferentes como el rapto de locura de Melk y una caravana asaltada en el bosque, pero que ambos hubiesen sucedido tan próximos en el tiempo y a tiro de piedra de la Valla le erizaba los pelos de la nuca. Algo estaba a punto de suceder y en La Lanza no estaban preparados.

Caminó hasta las dependencias de Administración, donde sospechaba que estaría el Consejo, pero cuando llegó allí tan solo se encontró a una alicaída Victoria que le miró con aire agotado desde un sofá gastado, mientras removía con una cucharilla el contenido de una taza.

—Se han ido todos a descansar —masculló mientras sacudía la mano como quien ahuyenta a una mosca—. Mañana hay Consejo, al mediodía, y supongo que esperan un informe del «incidente». *Tu informe.*

—Mi informe —repitió Richard en silencio mientras miraba fijamente a la

mujer—. No creo que pueda aportar mucho más de lo que ya han visto, consejera. Ustedes también estaban allí.

Victoria se miró las uñas durante cuatro latidos antes de levantar la mirada hacia Richard. El paso de los siglos le había tratado espectacularmente bien. Rubia, de pómulos altos y ojos enormes del color de un estanque oscuro, durante el Tiempo de Antes había sido ejecutiva de una multinacional farmacéutica y aquello le había permitido ser una de las afortunadas en disponer de una de las primeras y escasas dosis de la vacuna en los días finales antes del Colapso. Cuando se fundó La Lanza, Victoria era una de las pocas personas que estaba allí con toda su familia. El paso de los años había ido haciendo desaparecer a sus familiares directos (la única de los suyos bendecida con el efecto secundario de la longevidad había sido ella), pero el hecho de haber sobrevivido a sus propios tataranietos había ejercido una influencia dolorosa en la mujer. Con el paso de las décadas, el corazón de depredador implacable que anidaba en su pecho se había ido cristalizando, transformado en una roca llena de amargura y sombras. Y por todo eso era la última persona con la que Richard quería hablar en aquel momento.

—Puedes retirarte, jefe —murmuró al cabo de un rato, antes de sorber un trago de su infusión.

Richard respiró hondo. La displicencia de los Ancianos era legendaria. Tras décadas conviviendo con sucesivas generaciones, habían acabado adoptando un tono paternalista que podía ser irritante, cuando no directamente molesto, como era el caso de Victoria, que solía tratar a todo el mundo como si fuese su criado particular. También era cierto, se recordó Richard, que, durante el caos vivido unas horas antes en la cena, Victoria había sido la única que se había mantenido imperturbable, como si ver rajar cuellos fuese lo más normal del mundo.

Se dirigió a la puerta principal del monasterio. El enorme edificio era oscuro en invierno y a Richard le parecía un lugar pesado y lleno de fantasmas donde no le gustaba estar. Como jefe de Seguridad tenía derecho a unas habitaciones en la segunda planta, pero en vez de eso vivía en una pequeña casita situada en la avenida principal del poblado, que había levantado con sus propias manos en tiempos más felices. Recordar le hizo sentir un pinchazo en el pecho, un dolor sordo con el que se había acostumbrado a vivir.

En aquel preciso instante, un par de pisos más arriba, su hijo Albert se dirigía hacia la espadaña del monasterio cuando se tropezó con Andrea. Ella venía caminando con Héctor, envueltos en la calma cómplice y silenciosa que tienen dos personas que han compartido muchas cosas juntas. El viejo profesor apoyaba su mano en uno de los brazos de la Anciana, en un gesto en apariencia inocente, pero que revelaba muchas más lecturas si uno se fijaba en cómo

Andrea cubría la mano arrugada y llena de manchas con la suya.

—Saludos, consejera —dijo el muchacho con tono formal. La presencia de Héctor, que había sido su profesor años antes, aún le intimidaba—. Maestro, me alegro de que volvamos a vernos. Mierda, quiero decir que...

Héctor rio con voz suave mientras tendía la mano hacia el rostro del joven.

—No pasa nada, Albert —dijo con media sonrisa—. El ciego soy yo, no tú. Yo también me alegro de verte. Tienes muy buen aspecto.

Andrea le dio un suave pellizco a su amante en el brazo, en un gesto cómplice.

—Déjale en paz, Héctor. Esta noche Albert se ha portado de manera brillante. Gracias a él no ha habido más heridos en el banquete.

El chico sintió que enrojecía hasta la raíz de los cabellos y se irguió un poco de manera inconsciente para responder.

—Mi obligación es servir a La Lanza, Andrea. Servir a todos sus habitantes. A ti también..., cuando tú quieras, por supuesto.

El corazón casi se le desboca al acabar la frase. Una vez más no se podía creer su propia osadía. Esa era una frase que se había atrevido a pronunciar en sueños, pero jamás habría pensado en decirla en voz alta y delante de la Anciana. Casi al instante empezó a maldecir por dentro.

Andrea le miró durante un largo momento, en silencio, antes de contestar con una sonrisa en la boca.

—Ya lo sé, Albert. Todos en La Lanza confiamos en ti. Algún día serás la persona a la que todo el mundo mire. Eres un líder nato. Este lugar te necesita.

—Yo..., claro que sí, consejera. —Albert tragó saliva intentando controlar su pulso—. Ahora debería irme. Mi padre me ha encargado un puesto de vigilancia en el primer turno de esta noche y...

—No queremos entretenerte. —Andrea asintió con la cabeza—. Ve. Corre.

Albert se fue pasillo arriba negando con la cabeza y con expresión aturdida en la cara, mientras ella le veía alejarse con una sensación de ternura infinita en el pecho.

Es tan joven, tan apasionado. Y tiene coraje. La mujer que le conquiste tendrá mucho que descubrir en él.

—Buen chico, Albert. —Héctor suspiró con voz zumbona—. Por cierto, creo que le gustas.

—¿Ah, sí? —Andrea clavó un codo en el costado del maestro malhumorada—. No me digas.

—Quizá deberías ir con él, después de todo. Es guapo, noble y seguro que divertido. No creo que haya otro chico de tu edad como él.

—Los únicos «chicos» de mi edad en este poblado son tres carcamales

centenarios, idiota —replicó ella mientras le daba un beso suave en los labios—. Y uno de ellos ha sido como un padre para mí durante doscientos años. Yo prefiero jovencitos inexpertos, como tú.

—¡Vaya! Siempre había sospechado que la edad no era un impedimento para ti.

—Claro que no, tonto —replicó ella mientras continuaban su camino hacia sus cuartos contiguos—. Nunca lo ha sido y nunca lo será. La edad jamás será un problema en La Lanza. Solo hay que vernos.

Pero mientras atacaban el último tramo de escaleras, una sombra oscura de angustia apretó por un instante fugaz el corazón de Andrea. Algo le decía que quizá las cosas estaban a punto de cambiar.

A la mañana siguiente, Richard y Albert ya estaban listos una hora antes de que el sol se levantase sobre el horizonte. Cuando cruzaron el portón, cargados con una mochila y un par de lanzas, el jefe dio una breve explicación al capitán de guardia sobre una ronda de inspección adicional en las lindes de los campos y unos jabalíes que destrozaban cultivos, de una forma lo suficientemente vaga como para que no quedase muy claro por dónde iban a andar. Lo último que querían era que alguien los siguiese.

Caminaron a buen paso hasta que se internaron en la sombra del bosque. No era la primera vez allí para ninguno de ellos, pero aun así ambos se sentían lo bastante incómodos como para dejar de conversar en cuanto la vegetación los rodeó. El bosque tenía un silencio antinatural a aquella hora, el momento en que los animales nocturnos se retiran y los diurnos aún no han empezado el día.

Al llegar a un trozo de asfalto reventado del camino, Richard se detuvo a un lado y se sentó sobre una piedra. Albert le miró expectante mientras su padre abría la mochila que llevaba a la espalda y sacaba un objeto envuelto en un trapo oscuro. Lo desenvolvió con cuidado y el brillo apagado de un cañón de acero pavonado reflejó por un instante el sol naciente.

—¿Es lo que yo creo que es? —preguntó Albert impresionado.

Su padre asintió con la cabeza mientras manejaba el arma con cuidado. Insertó el cargador en su hueco y tiró de la corredera para asegurarse de que la pistola estaba lista.

—¿Nunca te has parado a pensar por qué usamos arcos, lanzas y machetes en vez de armas como esta, hijo? —preguntó Richard.

—Supongo que porque no quedan muchas. —Albert se encogió de hombros—. Es del Tiempo de Antes.

—Casi, pero no —replicó su padre—. Tenemos docenas de cosas como esta en la armería del monasterio, algunas muchísimo más letales y otras tan complejas que ya no queda nadie que sepa cómo usarlas exactamente. Pero no es ese el problema.

—¿Cuál es, entonces?

—La munición. —Su padre liberó el cargador y se lo mostró a su hijo. Las balas brillaban con un tono cobrizo—. Ese es el problema.

—¿No tenemos?

—Oh, también tenemos —contestó Richard—. Cientos de cartuchos, balas y proyectiles. No te olvides de que La Lanza fue fundada por militares. El problema, Albert, es que esas condenadas balas tienen más de doscientos años.

Después de tanto tiempo, el detonante de cada proyectil está totalmente degradado, pese a que generaciones de encargados de la armería han tratado de conservar todo esto en el mejor estado posible.

—¿Y esas de ahí? —señaló al cargador que su padre sostenía en la mano.

—Tenemos un pequeño banco de armero y con paciencia se van desmontando todas las balas viejas hasta encontrar fulminante en buen estado y después se vuelven a montar. Pero conseguir reunir un cargador como este es el trabajo de más de un mes, y cuando se gaste no se podrá reponer. No podemos fabricar pólvora de la calidad necesaria como para que estas armas funcionen sin reventarle a nadie en las manos. Y aun así, uno de cada diez proyectiles reacondicionados se encasquilla. Estamos trabajando con material muy viejo, Albert.

—Comprendo —replicó él pensativo—. ¿Y por qué la has traído?

—Porque no sabemos qué nos vamos a encontrar. —Richard volvió a cargar el arma y se la colocó en la cintura—. Y no me gustan las sorpresas.

Tardaron apenas un rato más en llegar a las ruinas de la estación de servicio. Aunque Clío, en su aventura del día anterior, había pensado que aquel era un lugar sin descubrir, lo cierto era que al estar tan cerca de La Lanza la gente de Seguridad y la de Suministros lo visitaban con cierta frecuencia para entrenar, así que no les costó encontrar el sitio. Cuando llegaron al claro de la matanza se detuvieron impresionados. Los cuerpos empezaban a estar hinchados y a oler. Un grupo de alimañas había pasado por allí y había dejado a medio devorar uno de los cadáveres. Y seguramente seguían cerca acechando.

—Tormentas y fuego —murmuró Richard—. Es una carnicería.

—Clío no mentía.

—Habría preferido que fuese una de sus chaladuras habituales de máquinas de hielo y pájaros de hierro que vuelan —musitó el jefe de Seguridad—. Esto es un desastre.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Buena pregunta —contestó Richard cauteloso. Había desenfundado la pistola y se internó en el claro con cautela—. Ve con cuidado, no toques nada y pisa solo donde piso yo.

—¿Habrán sido los Hostiles, padre?

Richard negó con la cabeza.

—Esto no ha sido cosa suya. —Señaló hacia el cuerpo de la mujer colgado del carro—. Mira. ¿Ves el ángulo de las cuchilladas?

Albert asintió.

—Se acuchilló a sí misma. —Señaló con el cañón del arma—. Primero cortes en las piernas, más tarde en los brazos y finalmente se cortó el cuello.

—¿No pudo atacarla alguien?

—No. Tendría cortes defensivos en las manos. Esa carnicería se la ha hecho a sí misma..., y apuesto lo que quieras a que el niño que está dentro del carro también.

—¿Todos se han suicidado?

—No todos. —Fue señalando uno a uno—. Esos dos se estrangularon hasta morir, a aquel alguien le ha roto los brazos con algo pesado..., esa barra de acero probablemente.

—¿Y esa? —Albert señaló el cadáver de la mujer atravesada por flechas.

Richard se tomó un buen rato para responder mientras daba vueltas alrededor de la muerta. Finalmente silbó por lo bajo extrañado.

—Esto es rematadamente raro. —Empujó el cuerpo, que cayó de lado como una figura de madera, demasiado tiesa ya por el *rigor mortis*.

—Debía de estar de guardia —aventuró Albert—. Está más lejos del fuego que los demás.

—Es la única que aún tiene las botas puestas, mientras que los demás están descalzos —asintió su padre—. Así que supongo que todos dormían mientras ella vigilaba. Todavía tiene una ballesta en la mano, pero fíjate...

—¿Qué?

—Las flechas se dispararon hacia el campamento, no hacia fuera. La vigía eliminó a tres de sus compañeros antes de que acabasen con ella y después el resto se suicidó.

—¡Eso no tiene sentido!

Richard suspiró mientras se pellizcaba una oreja.

—Te digo lo que veo, y sabes que no me equivoco. Te he enseñado bien y estoy seguro de que puedes ver lo mismo que yo. Pero eso no es lo más raro...

—¿A qué te refieres?

—Fíjate en la cara de la mayoría de ellos. —Dio una vuelta completa sobre sí mismo—. Cuando un ser humano muere de forma violenta, o con dolor, suele tener un rictus de agonía en el rostro, pero aquí... están sonriendo.

Albert guardó silencio durante unos segundos, mientras iba asimilando las implicaciones de lo que acababa de revelar su padre. Se estremeció aterido y de repente deseó estar de nuevo dentro de la seguridad confortable de la Valla.

—¿Por qué? —preguntó al final.

—No lo sé. —Richard hizo una larga pausa y finalmente repitió—: No lo sé.

Aunque no lo dijesen en voz alta, ambos pensaban en el acceso de locura de Melk la noche previa. ¿Había tenido él también una sonrisa en el rostro? Todo había sido tan rápido y confuso... Albert recordó con un escalofrío las

carcajadas con las que empezó todo.

Siguieron caminando un rato entre los restos destrozados del campamento, sorteando los montones de equipo abandonado y evitando pisar los charcos de sangre reseca que ya se había vuelto de color marrón. Ambos se sentían como si estuviesen caminando sin permiso dentro de un osario.

—Papá, fíjate en esto. —Albert señalaba el pescante de uno de los carros, que llevaba una chapa de latón bruñido. En la chapa estaba grabado un ojo en medio de una estrella.

—Es el símbolo del poblado de El Ojo —murmuró Richard, mientras una sensación fría le empezaba a atenazar el estómago.

Está conectado. Todo está conectado, joder. Y lo han traído a la puerta de nuestra casa.

—Eso significa que nos han mentido. —Una nube de preocupación oscureció el rostro de Richard al pensar en los recién llegados—. Y que debemos darnos prisa. Tenemos que volver a La Lanza antes de que sea demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

—Tarde para que se repita esta matanza. —Richard echó a correr hacia el camino sin mirar atrás—. ¡Apura!

LA NACIÓN

LUNES 25 DE DICIEMBRE DE 2017
Año XLIX, Número 14.776

EDICIÓN DIARIA INDEPENDIENTE

EDICIÓN MADRID
Precio 1 euro

SE DECLARA EL ESTADO DE SITIO

MADRID (Redacción). El Congreso de los Diputados, reunido hoy en sesión extraordinaria, ha decretado el estado de sitio por primera vez en la historia ante la situación de caos a escala mundial provocada por la expansión de la plaga del prion X695. El presidente se ha reunido con el resto del Gobierno en un Consejo de Ministros extraordinario para valorar la situación ante el altísimo número de víctimas y el **colapso generalizado de los servicios e infraestructuras en todo el país**.

Según anunció la vicepresidenta primera del Gobierno en la rueda de prensa inmediatamente posterior, el estado de sitio supone que «se procede a la militarización de los servicios esenciales, así como a la delegación de la autoridad competente en todas las provincias del país, que pasa a estar bajo el control de las Fuerzas Armadas, bajo el control y supervisión directo del Gobierno».

«Los acontecimientos de las dos últimas semanas y su extrema gravedad no dejan otra alternativa que adoptar decisiones de carácter tan extraordinario como esta. Si queremos conservar en funcionamiento servicios tan esenciales como la sanidad, los transportes o la electricidad, es imprescindible que las garantías constitucionales queden en suspenso en tanto en cuanto haya docenas o cientos de miles de personas que suponen un peligro para ellas mismas y los demás».

La vicepresidenta ha justificado la decisión en que «es evidente que se está produciendo un colapso,

lento pero continuado, de todos los servicios públicos y privados, así como una enorme pérdida de vidas humanas. Hay cientos de miles de muertos y desaparecidos, los aeropuertos no están operativos, más de la mitad de las carreteras y autovías están cortadas y al menos dos tercios del país no tiene suministro eléctrico ni de comunicaciones, o lo tiene de manera intermitente —ha asegurado—. Si no queremos enfrentarnos a una situación de colapso total, es imprescindible tomar estas medidas.»

Por su parte, el líder del partido socio de Gobierno ha criticado «que esta medida se haya tomado tarde, mal y a rastras», acusando al presidente del Gobierno de «falta de iniciativa y liderazgo, lo que ha llevado a la pérdida de miles de vidas inocentes», según ha manifestado. Pese a los repetidos intentos de este diario, ha sido imposible contactar con el líder de la oposición, así como con representantes de otros partidos del espectro político para que hiciesen sus valoraciones.

Los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas parecen haber tenido mucho que ver en la adopción de estas medidas por parte del Gobierno. Tras las declaraciones de estado de sitio ayer mismo por parte de varios socios de la Unión Europea, tan solo España, Italia y Holanda aún no habían dado este paso, si bien en el caso italiano parece que la ausencia de actividad del Gobierno en los últimos cuatro días y los repetidos rumores sobre el fallecimiento tanto del presidente de la República como del primer ministro tienen mucho que ver. En Estados Unidos la Guardia Nacional ha tomado el control del país, aunque hay repetidas noticias e informes de saqueos e incendios en varias ciudades de la Costa Oeste.

En España, la última actualización de datos del Ministerio de Sanidad habla de cerca de ochocientos mil muertos, aunque diversas fuentes consideran que la cifra debe ser considerablemente mayor, del orden de varios millones. La falta de coordinación entre las autoridades sanitarias de distintas Comunidades Autónomas, que no facilitan información desde hace más de una semana, solo contribuye, en palabras del presidente del Colegio de Médicos, «a agravar un problema ya de por sí extraordinario».

La vicepresidenta ha dicho que el decreto con esta declaración de estado de sitio se publicará en una hora, sobre las 13 horas, y que «tendrá efecto inmediato». El Ministerio de Defensa, a través de los distintos Ejércitos, está comunicando a los funcionarios públicos que siguen acudiendo a sus puestos de trabajo que **pasan a tener condición militar** y quedan sometidos a las leyes penales y disciplinarias militares.

Desde el Ministerio de Sanidad se ha informado que a lo largo de los próximos dos días se espera iniciar el proceso de vacunación masivo de la población, una vez que, como se publicó ayer, el CDP haya sintetizado una versión estable de un compuesto capaz de paralizar el efecto del X695. Los lugares y fechas de vacunación serán comunicados a través de la prensa, radio y televisión si es posible, y si no, se hará a través de bandos militares. *(Continúa en páginas interiores de esta edición extraordinaria)*

<<<<<línea>>>>>

—¿Cuántos muertos? —preguntó Simon con voz queda.

El Consejo estaba reunido en el antiguo atrio del monasterio. De manera tácita habían decidido evitar la sala capitular donde se reunían habitualmente; los hechos de la noche anterior aún les arrancaban escalofríos y, aunque ya habían eliminado todos los rastros de sangre, nadie se sentía muy cómodo allí dentro. Ni lo harían en una larga temporada, pensaba Albert mientras observaba las caras circunspectas y de pocos amigos de los miembros del Consejo. En las esquinas del patio, hombres armados de Seguridad mantenían a raya a los curiosos y evitaban que nadie se acercase al centro del gran cuadrado de piedra.

—Doce, siete mujeres y cinco hombres, consejero —respondió Richard con la mandíbula tensa—. Cuatro de ellos niños.

—¿Algún rastro de los caballos o de las mercancías? —intervino Victoria.

—En el claro no quedaba nada vivo. Había numerosas huellas de herradura en varias direcciones. Por lo demás, estaba demasiado pisoteado como para tener un único rastro.

—Es la primera vez que oigo que los Hostiles se comporten como vulgares cuatrerros —murmuró uno de los consejeros, un hombre de cuello largo y ojos saltones—. Esto es inaudito.

—Esto no ha sido cosa de los Hostiles, Fedro —replicó Victoria con voz ahogada—. Con los Hostiles, la gente no muere, simplemente desaparece. No están vivos, no comen, no duermen, no respiran. Los Hostiles no necesitan caballos para nada.

—¡Eso es una tontería! —barbotó el hombre.

—Dejad ya esas historias —apuntilló otro apoyado en un banco cercano a la fuente central—. ¡Todos sabemos que los Hostiles no existen! Son un cuento de viejas. Un asustaniños.

—¿Que no existen? ¡Serás idiota, claro que existen! —intervino Sethlas, el líder de los consejeros electos volviéndose hacia él—. ¡Los Hostiles atraparon a mi abuelo hace cuarenta años y nunca más se le volvió a ver! Son los espíritus de los Ancianos muertos, que vagan perdidos en la noche eterna. Yo era un crío tan solo y casi me cogen a mí también. ¿Quién crees que me hizo esto?, ¿un gato?

Sethlas se bajó el cuello de la camisa y mostró una vieja cicatriz que descendía hacia el pecho. Una enorme discusión estalló en el patio cuando todos intentaron hablar a la vez. Andrea enterró la cabeza entre las manos desesperada. Una amenaza se cernía sobre La Lanza y malgastaban su tiempo en discusiones inútiles.

—¡Orden! ¡Orden! —Simon alzó las manos—. No estamos discutiendo la existencia de los Hostiles. Tenemos a un grupo de muertos a una hora de camino del monasterio y un suicida asesino dentro de nuestros muros, y eso sí que es urgente. Hemos de tomar una...

—Dices que había varios rastros, jefe Richard. —El hombre del cuello largo miraba a Richard de forma aviesa y había interrumpido a Simon en una flagrante violación de las normas del Consejo—. ¿Y no se te ocurrió seguir uno de ellos para descubrir a los autores de la matanza? Quizá incluso podrías haber conseguido algunos valiosos caballos para el poblado. ¿O es que acaso te pudo el miedo?

Richard tensó los músculos en un esfuerzo por dominarse y habló con la voz más calmada posible.

—No era prudente seguir ninguno de los rastros, consejero —dijo—. Se internaban en el bosque y tan solo estábamos el ayudante Albert y yo. No podíamos cubrir toda la zona y además consideramos que era más inteligente venir a informar enseguida.

—El ayudante Albert —masculló el consejero—. Tu propio hijo. Qué oportuno.

Ambos hombres se miraron durante un segundo con un odio palpable.

—Sí —replicó Richard remarcando mucho la afirmación—. No se me ocurre nadie mejor para salir ahí fuera. Deberíais probar alguna vez, consejero. El aire es muy fresco fuera de la seguridad de la Valla.

El hombre se incorporó con los puños cerrados al oír el nada velado insulto de Richard, pero Simon volvió a tomar el control de la situación.

—Ahora no es momento para eso —repitió con gesto cansado—. La situación es mucho más compleja de lo que parece. Ayer por la noche uno de nuestros invitados asesinó a un buen y leal convecino antes de matarse a sí mismo. Esta mañana hemos encontrado una matanza y se diría que todos los miembros de esa caravana acabaron con su propia vida o murieron a manos de..., bueno, eso es lo de menos ahora.

—Y esa caravana venía de El Ojo, lo mismo que nuestros visitantes —Sethlas dijo en voz alta lo que todos estaban pensando.

—Está claro que no nos han contado toda la verdad. —Simon cruzó una mirada con los otros Ancianos, incluida Andrea, y guardó silencio durante casi un minuto, un lapso largo y pesado que todos los presentes mantuvieron extrañados—. Y puede que esa verdad sea demasiado terrible.

Andrea abrió la boca para decir algo, pero la cerró cuando Simon hizo un ademán seco en su dirección. El mensaje era evidente. *Cállate* —decía aquel gesto—. *Ahora no.*

—Lo primero es averiguar exactamente qué es lo que ha pasado —continuó Simon—. Qué relación hay entre los dos hechos, por qué nos lo han ocultado y sobre todo cuáles son sus intenciones reales. Si hay una amenaza acercándose a La Lanza, tenemos que determinarla ya.

Richard observó perplejo que las manos de Simon temblaban un poco. Moses y Victoria estaban extraordinariamente pálidos y Andrea permanecía cabizbaja, con la mirada puesta en el borde de la fuente, como si memorizar todas sus pequeñas grietas fuese una labor indispensable.

—Simon —murmuró Andrea por fin—, hay que decírselo.

Simon carraspeó incómodo.

—Hay cosas que algunos miembros de este Consejo no saben —musitó al fin—. Cosas terribles que vienen de los tiempos antiguos del Colapso, de los días que separan nuestro presente del Tiempo de Antes. Pero antes de sacar conclusiones precipitadas, quiero hablar con nuestros huéspedes. Quizá ellos nos den la clave definitiva. Jefe Richard, haz que los llamen.

Richard se volvió hacia uno de sus ayudantes y le ordenó que fuese a buscar a los invitados. La muchacha, una joven espigada de pelo rizado, saludó y salió corriendo. Mientras tanto, todos los reunidos mantuvieron un hosco silencio, los Electos demasiado enfurruñados y los Ancianos con una expresión grave en el rostro.

Tienen la misma cara de alguien a quien le acaban de decir que va a morir —pensó Richard—. *Me pregunto qué les atemoriza tanto.*

El tiempo corría. La campana de la torre marcó un cuarto y algunos rostros empezaban a mostrar irritación por la tardanza. De repente, la ayudante regresó a la carrera y con una expresión demudada en su rostro.

—Oh, mierda —musitó Richard. *Algo va mal.*

—¡Los invitados no están! —exclamó la chica con los ojos abiertos de par en par—. ¡Hace media hora amenazaron con una pistola a los ayudantes que estaban montando guardia! ¡Los ataron y amordazaron y después desaparecieron! ¡Sus caballos tampoco están!

Un murmullo de incredulidad atravesó la reunión como una descarga eléctrica.

—¿Cómo es posible? —gritó Sethlas—. ¡Solo eran un viejo y un tipo tan gordo que casi no podía moverse sin ahogarse!

—Pero armados con pistolas frente a un grupo de hombres desarmados, consejero. —Richard dio una patada de frustración en el suelo—. No tenían ninguna oportunidad. Llevo tiempo avisando de que es necesario que mis hombres estén armados dentro del recinto por si...

—Ahora no, jefe Richard —le interrumpió Simon con voz trémula—. ¿Han

huido?

—Eso parece, consejero —replicó la chica cohibida—. Los vieron salir al galope por la puerta hace un buen rato. A estas alturas, a saber dónde están.

Simon se derrumbó sobre un banco de piedra, con una expresión estupefacta en el rostro. La frente se le comenzaba a perlar de sudor y los temblores se hicieron incontrolables.

—Esos malnacidos —murmuró incrédulo—. Vinieron aquí sabiendo que lo traerían consigo. Hablaron y cenaron con nosotros como si tal cosa, fingiendo todo el rato.

—Nos han jodido pero bien. —El habitualmente taciturno Moses escupió en el suelo—. Hijos de puta.

—¿Alguien me puede explicar qué es lo que pasa? —preguntó Richard.

—Solo querían salvarse. —Andrea habló sin dirigirse a nadie en particular. Un par de lágrimas enormes rodaban por sus mejillas y en ese momento Richard se asustó de verdad. Si Andrea estaba así de afligida entonces la cosa era incluso peor de lo que pensaba—. Así fue como se propagó la peste negra en la Edad Media —continuó ella—. Cuando la enfermedad llegaba a una aldea, los vecinos que no mostraban síntomas abandonaban a los enfermos. Padres, hermanos, maridos, hijos, esposas..., daba igual. Lo importante era alejarse de la enfermedad. Tapiaban las casas con los enfermos dentro y salían corriendo en cualquier dirección sin saber que ya llevaban la plaga consigo.

—¿Qué es la peste negra? ¿Qué es la Edad Media? —preguntó uno de los consejeros electos confuso.

Andrea no le hizo el más mínimo caso. Su mente estaba lejos de allí.

—Seguramente llegó a El Ojo hace unas semanas. Cuando se quisieron dar cuenta de lo que sucedía, era demasiado tarde. Los Ancianos sabían lo que pasaba y decidieron huir. —Los nudillos de Andrea empalidecieron cuando apretó los puños—. Dejaron abandonada a toda su gente y simplemente se largaron. Lo que no podían saber era que traían la enfermedad consigo. Cuando hace un par de días su campamento se empezó a derrumbar, esos tres canallas los volvieron a dejar atrás.

—Vinieron aquí —dijo Victoria con la voz quebrada, demasiado incrédula—. Vinieron aquí sabiendo lo que sabían, y aun así, no lo dudaron.

—Quizá pensaron que ellos eran inmunes, pero se olvidaron de Melk —contestó al aire Andrea—. Pensaron que aquí estarían a salvo, y sin embargo nos han condenado a todos.

—¡Andrea! —rugió Richard. El jefe se había puesto de pie y miraba a los Ancianos con llamas saliéndole de los ojos—. ¡Como jefe de Seguridad exijo que expliquéis qué sucede!

La muchacha miró a Simon, derrumbado en el banco. El líder de La Lanza había perdido todo su empaque y parecía un odre deshinchado que alguien hubiese arrojado allí. Moses miraba al suelo contrito, y Victoria había empezado a sollozar de forma silenciosa. Andrea se volvió hacia los demás miembros del Consejo y los miró uno a uno con tristeza.

—La enfermedad que casi acaba con la raza humana hace doscientos años —su voz sonaba troncada—. La plaga que provocó el Colapso, el fin del Tiempo de Antes...

Richard sintió cómo sus testículos se transformaban en dos bolas de hielo. Alguien emitió un gemido ahogado a sus espaldas. *No puede ser, no puede ser, no...*

—Está aquí —susurró Andrea—. Ha vuelto.

La mañana amaneció despejada y fría, con la luz difusa de las jornadas de invierno que presagia un día claro. En la plaza principal de La Lanza un grupo de operarios de Mantenimiento se afanaba en levantar un estrado de madera con piezas prefijadas. Aquel gigantesco mecano se almacenaba en los sótanos del monasterio y solo se utilizaba en las fiestas del poblado o para ocasiones excepcionales como aquella. Desde primera hora los mensajeros del Servicio de Comunicaciones se habían desperdigado por toda la aldea, convocando a la población a la plaza para atender a una reunión inesperada. A aquella hora, todo el poblado sabía lo que había sucedido dos noches antes en la cena, la huida de los visitantes e incluso el hallazgo de la caravana destruida a poca distancia. Era imposible controlar los rumores en una comunidad tan pequeña, pero aun así nadie tenía una idea clara de qué era lo que se iba a anunciar.

Por eso, una hora después de mediodía una pequeña multitud se fue congregando de forma lenta ante el estrado, su número aumentando conforme pasaban los minutos. Allí se veían mezclados monos de todos los colores, junto con la ropa abigarrada de la población del Servicio General. Todos los que no tenían que estar cubriendo algún trabajo indispensable estaban convocados, así que en poco rato cerca de un millar de personas, incluidos los niños, se apelotonaban en la plaza esperando.

Un rato más tarde, cuando aparecieron los miembros del Consejo, un rumor se extendió entre la gente. Simon, que encabezaba la marcha, iba vestido con un uniforme militar que no se había visto por aquel sitio en casi dos siglos. El traje color verde oliva destacaba sobre la ropa de los otros consejeros y levantaba miradas de asombro y suspicacia. Simon subió al atril, con todos los consejeros situados tras él. Tenía una expresión grave y circunspecta que no auguraba nada bueno.

Cuando el murmullo de la multitud se fue apagando, el Anciano se acercó al micrófono conectado al viejo sistema de megafonía. Podría haber prescindido de su uso, pero quería asegurarse de que todo el mundo escuchase lo que tenía que decir.

—Ciudadanos de La Lanza—su voz sobrevoló el mar de cabezas hasta las últimas filas—. Todos me conocéis, aunque dudo que ninguno de vosotros me haya visto jamás vestido con este uniforme. Durante todos los años de vuestras vidas he estado al frente del Consejo, como lo hice con vuestros padres, y los padres de vuestros padres, y así hasta el principio de La Lanza.

Eso era cierto. Para los habitantes del poblado, la figura de los Ancianos era

tan familiar y atemporal como las paredes de piedra del monasterio, la Valla o los bosques. Era algo que estaba allí y que seguiría allí después de que se hubiesen ido.

—Sabéis que siempre he procurado ser justo y honesto y también que solo tengo una preocupación: cuidar de este poblado y sus gentes. —Simon se pasó una mano por la chaqueta del uniforme acariciándolo como a un viejo amante—. Hace mucho tiempo hice un juramento, un juramento ante un Gobierno que no existe desde hace siglos. Juré que serviría, protegería y defendería a los habitantes de un país, que ahora, mucho tiempo después, se reduce a vosotros y a un puñado de asentamientos más. Ese juramento y este uniforme son el motivo de que yo esté aquí, ahora, delante de vosotros. —Se interrumpió y titubeó por un instante, como si no supiese cómo seguir—. Lo que llevamos temiendo dos siglos ha sucedido —su voz vaciló durante un momento—. Está volviendo a pasar.

Un murmullo excitado recorrió la muchedumbre. Nadie entendía nada, pero todos podían percibir la extrema gravedad de la situación con solo contemplar el aspecto serio de los que estaban sobre el estrado.

—Hace doscientos años llegué a este poblado como oficial al mando de un contingente militar cuya misión era crear un punto de refugio para supervivientes de la mayor plaga que jamás asoló nuestra raza. Durante las cuatro semanas anteriores a nuestra llegada, más de siete mil millones de personas en todo el mundo murieron a causa de una enfermedad, una dolencia para la que no se encontró cura hasta que ya era demasiado tarde.

Murmillos en la multitud y algunas caras de incredulidad entre los asistentes acogieron esas palabras.

—Sé que esa cifra os suena tan monstruosamente grande que parece imposible. Entiendo que os resulte difícil imaginar que millones de personas como vosotros vivieron, soñaron, amaron y durmieron cerca de aquí, en un mundo mucho más complejo que este. Pero es verdad, y aún quedamos al menos cuatro testigos de aquel momento, cinco si contamos al Anciano Alphonse.

Andrea sintió un punto de dolor en el corazón al pensar en el hombre que la había adoptado como una hija al principio de aquella locura, pero Simon siguió hablando y atrajo de nuevo su atención, como la de los demás habitantes.

—La salvación llegó tarde, muy tarde. Tan solo un puñado de hombres y mujeres fueron vacunados a tiempo. Esos hombres y mujeres eran vuestros antepasados. Todos y cada uno de vosotros descende de alguno de aquellos hombres y mujeres valientes que encontraron refugio aquí. Todos conocéis esas historias. Todos honramos su memoria y damos gracias por ellos.

Simon abrió los brazos de forma melodramática y apuntó hacia los otros

tres Ancianos. Moses y Victoria habían optado por vestirse con ropa parecida a la que llevaban cuando llegaron a La Lanza. El hombre lucía un elegante traje gris con una corbata roja y ella había optado por un sofisticado traje chaqueta que le habría dado un aire muy ejecutivo si aún quedase alguien que apreciase aquello. Andrea, por su parte, vestía como siempre, con la mezcla de ropas nuevas y viejas típicas de la población general de La Lanza.

—Algunos, apenas un puñado de los que fuimos vacunados, reaccionamos de una manera distinta, como ya sabéis. Se os ha enseñado en la escuela, cuando estudiasteis la historia de nuestro tiempo, y lo veis a diario. —Simon se apoyó en el atril con el gesto experimentado de un político—. Nuestro cuerpo, por algún motivo, dejó de envejecer. Desde el principio fuimos muy pocos y hoy no quedamos más de cinco personas en este poblado, pero precisamente por ello somos los Ancianos. Los testigos de un pasado que ya no existe. Los guardianes de un desastre que no puede volver a suceder.

Simon hizo una pausa dramática. La tensión había ido subiendo entre los asistentes y no se oía ni un ruido, aparte del llanto de un niño al fondo.

—Tengo que anunciaros, con inmenso dolor, que esa enfermedad, la Gran Plaga que casi nos destruyó en el pasado, ha vuelto —anunció solemnemente—. Fiebre, demencia, violencia autoinfligida, psicosis y ataques indiscriminados..., todos esos síntomas que algunos de vosotros pudisteis ver ayer noche con vuestros propios ojos son los mismos que explotaron entre la humanidad hace doscientos años. La plaga ha vuelto.

Un griterío se levantó entre la multitud. De repente, parecía que todo el mundo intentaba hablar a la vez, aunque la mayoría de la gente permanecía paralizada, como si no fuesen capaces de asimilar la enormidad de lo que su líder les estaba diciendo.

—¡Pero hoy, como hace doscientos años, resistiremos! —gritó Simon haciendo restallar los altavoces—. ¡Hoy, como en aquel momento, encontraremos la forma! ¡Hoy...!

En aquel mismo instante la campana situada en lo alto de la espadaña empezó a repicar con furia. Simon, desconcertado, giró la cabeza hacia el origen del ruido, visiblemente molesto por la interrupción.

Albert, que estaba en medio de la multitud y tenía a Erika a su lado, sonrió con amargura.

—Parece que en los últimos días interrumpir los discursos interminables de Simon se ha convertido en una norma —observó entre divertido y preocupado.

En lo alto de la torre del monasterio uno de los vigilantes hacía gestos con los brazos, utilizando el lenguaje de signos de Seguridad para comunicarse en la distancia.

—¿Qué dice? —preguntó Erika.

—Parece que hay un jinete acercándose al poblado. —Albert frunció el ceño—. Me pregunto si será alguno de nuestros dos visitantes huidos, que se lo ha pensado mejor.

—O puede ser otro superviviente solitario. Y puede estar infectado.

—Bueno, lo sabremos pronto. —Albert se encogió de hombros y cogió la mano de la chica en un gesto tranquilizador, sin darse cuenta de que ella se ponía de un color rojo intenso y contenía el aliento—. No tardará en llegar, sea quien sea.

—¡La reunión queda disuelta! —rugió Simon por el micrófono—. ¡Se decreta el toque de queda con carácter inmediato por razones sanitarias! ¡Id a vuestras casas, cerrad las puertas y esperad a tener noticias! ¡Queda prohibida la circulación por el poblado hasta nueva orden!

El final precipitado de su discurso fue la señal para la estampida. De repente todo el mundo echó a correr, la urgencia y el temor mezclándose en los rostros. Albert se fijó en que la gente que pasaba apresuradamente a su lado evitaba tocarse con nadie, e incluso divisó a unos cuantos que se habían colocado un pañuelo sobre la cara a modo de máscara, como si temiesen respirar algo nocivo en el aire.

El miedo ha empezado —pensó el muchacho—, y se extiende más rápido que cualquier enfermedad. Es instantáneo.

—Debo irme —musitó Erika—. Mi hermana puede necesitarme en la enfermería.

—Ve, anda. —Intentó animarla con una sonrisa que incluso a él le resultó falsa.

—Y tú ¿qué vas a hacer?

—Quedarme aquí por si hago falta —respondió el joven con tono decidido—. Estoy en Seguridad, al fin y al cabo.

En apenas cinco minutos la plaza quedó vacía por completo. Solo unas cuantas prendas de ropa y un sombrero solitario caído en el suelo daban fe de que un rato antes allí había estado congregada una multitud de mil personas. De repente el silencio resultaba sobrecogedor. Incluso los miembros del Consejo, excepto los Ancianos y el jefe Richard, habían salido en dirección a sus hogares. Tenía todo el sentido, se dijo Albert. Al fin y al cabo, los Ancianos estaban inmunizados contra la enfermedad, y su padre..., bueno. Su lugar estaba allí. Lo que pasase después quedaba en manos del destino.

Una vez más, como en un calco de la situación vivida dos días antes, subieron la escalera de acceso a la muralla, con la diferencia de que en esta ocasión no había una multitud ociosa alrededor husmeando con interés. La

imagen desolada de las calles vacías provocó un sentimiento de congoja en Albert.

—Me pregunto si hace doscientos años también fue así —murmuró para sí—. Da miedo.

En lo alto de la muralla tan solo estaban los cuatro Ancianos del Consejo, Albert, Richard y cuatro miembros de Seguridad. Albert observó con aprensión que habían sustituido las lanzas y ballestas habituales por pesados fusiles de asalto de color negro sacados de la armería, perfectamente engrasados y con un aspecto letal. Después recordó la conversación que había tenido con su padre sobre la munición y se preguntó hasta qué punto eran efectivos y no se quedarían encasquillados al segundo tiro. Quizá resultaban más disuasorios que prácticos, pero en todo caso no era el momento para preocuparse por aquello. El jinete solitario ya casi había llegado a la puerta.

—Pero si solo es un muchacho —murmuró Simon sorprendido—. ¿De dónde coño sale?

El jinete era un chico joven, de unos dieciséis o diecisiete años, vestido con un cómodo traje de montar, botas altas de cuero en las que brillaban un par de espuelas y una pesada chaqueta de piel que le protegía del frío y le hacía parecer más corpulento de lo que era. Su pelo negro y revuelto estaba dominado por un remolino de ondas que parecía tener vida propia sobre unos chispeantes ojos verdes.

Tanto él como su caballo estaban cubiertos por una capa de polvo y mugre que delataba el largo camino que llevaba encima, pero no se los veía cansados, como si lo hubiesen hecho a un trote suave. Albert observó que el chico llevaba un rifle colgado del arzón de la silla y una pistola en la cintura. En ese momento el muchacho levantó la mirada y les dedicó una sonrisa deslumbrante a todos los que estaban contemplándole desde la seguridad de la Valla.

—¡Hola! —dijo con una naturalidad desarmante. Daba la sensación de que llegaba a su casa y no de que se encontraba frente a una enorme muralla electrificada y apuntado por varias armas de fuego.

—¡No des ni un paso más! —gritó Simon—. ¿Quién eres?

El jinete miró hacia los lados, como si quisiera cerciorarse de que le hablaban a él. Su sonrisa se ensanchó un poco más.

—Mi nombre es Hermes —dijo mientras hacía un amago de reverencia burlona—. Vengo desde El Cuenco.

—El Cuenco. —Simon se inclinó hacia Victoria, que estaba a su lado—. Eso está a cuatro días de viaje. ¿No gobierna allí el Anciano Celso?

Victoria asintió pensativa. El recién llegado, mientras tanto, había bajado del caballo y se estiraba con parsimonia, como si aquella situación fuese la más

normal del mundo.

—Deberías dar la vuelta y volver por donde viniste, joven Hermes —gritó Simon desde la Valla—. No hay nada para ti en La Lanza. Vete, por tu propio bien y el de tu gente.

Hermes los miró durante un rato y después asintió, más para sí que para el resto.

—O sea, que también ha llegado aquí, ¿no?

Un cruce de miradas nerviosas se produjo entre los Ancianos. Aquello empezaba a desbordarlos.

—Hay una epidemia en el poblado, sí —contestó Simon al cabo de un momento—. Será mejor que te vayas cuanto antes, si estimas en algo tu vida... ¿Traes algún mensaje del Consejo de El Cuenco? ¿Noticias de Celso?

Hermes balanceó el peso del cuerpo sobre sus pies, descolgó una cantimplora de la silla y dio un largo trago de agua. Al acabar, se limpió la boca con la manga de su traje y contempló a sus interlocutores una vez más.

—Para traer un mensaje de Celso o de cualquiera de los viejos del Consejo tendría que poder hablar con los fantasmas, venerable Anciano. Están todos muertos.

Simon se puso lívido de pronto. De forma inconsciente agarró la barandilla de acero con fuerza e hizo chasquear sus nudillos.

—¿Celso ha muerto? ¿Y el resto de los Ancianos también?

—Todos muertos, hasta el último de ellos.

—Eso es imposible —balbuceó Simon—. Están..., estamos inmunizados. Todos los Ancianos. Nos vacunamos hace doscientos años..., la plaga no puede..., nosotros... no.

Hermes volvió a exhibir aquella sonrisa cautivadora. Sus ojos chispeaban como si estuviese en posesión de un secreto digno de ser revelado.

—Aún no lo sabéis, ¿verdad?

—¿Saber el qué? —contestó el líder de La Lanza confundido.

En vez de contestar a Simon, Hermes paseó la mirada por la muralla, observando los rostros. Se detuvo en Albert y le señaló con la mano.

—¡Tú! —gritó—. ¿Cuántos años tienes?

Albert vaciló un momento al sentirse interpelado. De golpe se dio cuenta de que todo el mundo le estaba observando, a la espera de su respuesta, para ver dónde iba a dar aquella extraña conversación.

—Diecisiete —contestó mirando sin parpadear al joven de abajo.

Hermes le contempló durante un largo rato, como valorándolo. Entonces su mirada saltó a uno de los guardias, una mujer morena que sostenía un fusil de asalto.

—¿Y usted, señora? —preguntó educadamente—. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta y dos —contestó la mujer con voz vacilante.

—¿A qué viene esto, muchacho? —se impacientó Simon. Verse apartado de aquella manera del centro de atención era algo a lo que no estaba acostumbrado—. ¡Responde!

Por toda respuesta, Hermes arrastró la espuela de una de las botas de montar por el suelo. La estrella de metal arañó la tierra y trazó una larga línea en el barro de la entrada.

—Es muy sencillo. —Volvió a mirar hacia la muralla, esta vez más serio—. Esta línea separa a los que van a vivir de los que van a morir. Esta no es la plaga de hace dos siglos, Anciano. Esto... es otra cosa.

—¿Cómo?

Hermes se colocó a un lado de la línea y volvió a señalar a Albert, que le contemplaba igual de confundido que el resto.

—Tú, amigo mío, vivirás. —Dio un pequeño salto, se puso al otro lado y entonces apuntó hacia la mujer del arma—. Pero usted, querida señora, va a morir. Lo siento mucho.

—¿Qué estás diciendo? —replicó Simon enfurecido—. ¡No sabes de lo que hablas, mocoso!

—Me temo que el que no sabe de lo que habla es usted, estimado Anciano —replicó Hermes con naturalidad—. Aunque pronto lo averiguará.

Luego dio un paso atrás, para poder contemplar los rostros que le observaban desde lo alto del muro. Con la misma espuela de antes, dibujó un rudimentario 2 y un 0 en el suelo de barro de la entrada. Puso los brazos en jarras y acto seguido sacó un sobre de su bolsillo, que sacudió en el aire.

—¡Habitantes de La Lanza! ¡Vengo de El Cuenco y traigo noticias para vosotros! —Su voz sonaba clara en el aire del mediodía—. Mirad este número dibujado a mis pies. Esta es la barrera. Este es el límite que separa la vida de la muerte.

El viento soplaba sobre la Valla silbando suavemente entre los montantes de acero, pero no se oía ni un ruido más. Un silencio helado había caído sobre aquel lugar aplastando a todo el mundo.

—Todos y cada uno de los que tengan más de veinte años están condenados. —La voz de Hermes resonaba firme y tranquila—. Todos, hasta el último. No hay futuro para ellos más allá de un par de semanas. Lo siento.

Simon emitió un ruido ahogado. Hasta Andrea, habitualmente tranquila y pragmática, parecía descolocada.

—Sin embargo... ¡Aún hay esperanza para vuestros hijos! —volvió a gritar Hermes—. Pero si queréis esa salvación..., ¡abrid ahora mismo esta puñetera

puerta o será demasiado tarde!

Por un largo momento no sucedió nada. Entonces, con un chasquido, el portón de acceso de La Lanza se abrió lentamente. Y mientras lo cruzaba, el visitante no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción.

Archivo de La Lanza

Sección 12/4 – Documentos relacionados con el Evento

Sección: Indeterminados / CLASIFICADO / Solo para miembros del Consejo

Comentario del archivero: Carta manuscrita encontrada oculta en el forro de una biblia, localizada por partida expedicionaria de Suministros en 75 T. d. C. Origen, autor y destinatario, desconocidos.

Hola, mi amor:

No sé si llegarás a leer esta carta, pero dentro de media hora va a salir el mensajero hacia el centro de evacuación y espero que te la pueda entregar. Es un soldado al que conozco bien y me ha prometido que te la dará en persona junto con el libro. Eso significaría que tú y los niños habéis llegado sin problemas. El teniente al mando es un buen tipo y nos ha dejado meter en la valija cartas personales a aquellas que todavía sabemos dónde están... o que todavía tenemos a quien escribir. No sé si con la ley marcial alguien censura la correspondencia militar, pero no voy a arriesgarme, así que te mando otra carta muy correcta en el sobre y esta irá bien escondida en la caja biblia de mi padre. Si eres una chica lista, habrás adivinado dónde está guardada (eso espero).

El mundo se está yendo al carajo a pasos agigantados. Estamos avanzando sin órdenes desde hace unos días y el colapso es total. Hemos cruzado docenas de pueblos donde no quedaba ni un alma y cada vez es más complicado conseguir combustible para avanzar. Los teléfonos, no hay luz eléctrica y la poca gente que nos cruzamos se ha vuelto loca de remate. He visto suicidarse a cientos de personas en la última semana. Amor mío, algunos hasta se han lanzado contra nosotros, creo que con la única intención de que los pegásemos en tiro. He visto madres saltando desde lo alto de los edificios con sus hijos agarrados a sus faldas, a personas corriendo mientras se arrojaban ante camiones, a ~~trabaja~~. No importa, amor. Lo que te estoy contando lo tienes que haber visto tú también.

A lo que iba: solo quedamos cuarenta hombres de la compañía, pero estamos todos bien. Esta mañana nos han vacunado con algo y se supone que a partir de ahora somos inmunes a lo que sea que está causando esto. Hace cinco días que no vemos las noticias ni sabemos nada del mundo, así que quiero suponer que a los civiles también os estarán facilitando la vacuna, pero no las tengo todas conmigo.

Ayer el teniente nos hizo preparar una emboscada para detener un convoy. Nos dijo que los que iban en aquella columna eran terroristas infiltrados vestidos con nuestros uniformes que estaban propagando la plaga por el país y que teníamos que detenerlos. Como ya solo vamos quedando los tipos más curtidos, organizamos una emboscada perfecta. Cayeron todos sin que sufriéramos ni una baja y capturamos el convoy. Dentro había seiscientos dosis de la vacuna, así que ahora tenemos quinientas sesenta dosis libres.

Sinceramente, amor, creo que el teniente nos ha mentado y que no eran terroristas. Me aterra pensar que hemos podido matar a chicos de nuestro propio bando solo para arrebatarles las vacunas, como si fuéramos salteadores de caminos. Se supone que nosotros estamos aquí para mantener el orden, no para cosas así. No me atrevo a decir nada de esto en voz alta, porque me arriesgaría a que me metiesen un tiro en la cabeza y te pido por favor que no se te ocurra decir nada a ti tampoco. Sonríe, asiente y calla. Sobrevive hasta que yo llegue. Lo importante ahora es mantenerse a flote.

Te quiero.

—Tenéis un pueblo muy confortable. —Hermes se arrellanó en el sillón mientras le daba un trago a un vaso de agua fría—. Un edificio enorme, electricidad, vuestra Valla, los campos. Es mucho mejor que El Cuenco. Un sitio precioso donde vivir.

Estaban todos reunidos en la sala capitular, en la que solo quedaban la sillería del coro y una mancha algo oscura sobre las piedras en el sitio donde se habían desangrado dos hombres tan solo cuarenta y ocho horas antes. El Consejo al completo contemplaba al muchacho, estirado como un gato al sol.

—Cuéntanos pues, muchacho —dijo Simon—. ¿Qué ha sucedido en El Cuenco? ¿Qué es lo que sabes?

Hermes apoyó su vaso con delicadeza y juntó las manos frente al rostro, como si meditase. Finalmente se irguió y miró a los reunidos.

—Todo empezó hace treinta y nueve días. Nuestro poblado está muy cerca de una mina de carbón, como supongo que sabéis. Gracias a ese carbón nos calentamos en invierno y comerciamos con los excedentes con el resto de los poblados. Una mañana, un grupo de seis mineros no volvió de la galería más profunda del pozo. —Hizo un gesto con la mano como si bajase a un nivel muy hondo—. El Consejo de El Cuenco envió un equipo de rescate, pero este tampoco volvió.

—¿Un accidente?

—Esa fue la primera impresión —contestó el muchacho—. Al principio pensábamos que podía ser una fuga de gas grisú o una acumulación de monóxido de carbono, así que reparamos unos antiguos equipos de respiración autónoma y se envió a un segundo equipo de rescate. Cuando salieron nos dijeron que los mineros se habían volado a sí mismos con sus explosivos y que el primer equipo de rescate parecía haber enloquecido y se habían matado unos a otros. No quedaba ningún superviviente.

Dio un trago a su vaso de agua y continuó. Su relato tenía cautivados a todos los miembros del Consejo.

—Entonces se nos ocurrió que había algo malo en el aire de la mina, algo que hacía perder la cabeza a los que bajaban allí, así que la clausuraron. El problema fue que, dieciocho horas después, otras seis personas, sin ninguna conexión entre sí, se quitaron la vida en el poblado. Resultó una sorpresa completa, porque ninguno de ellos había estado ni siquiera cerca de la mina. Fue entonces cuando empezamos a encontrar los pájaros muertos.

—Justo como aquí —murmuró la doctora Anna sombría—. Deben de ser el

vector de infección.

—¿Vector de qué? —preguntó una consejera confundida.

—Vector de infección —repitió Anna con una mirada pensativa—. Los pájaros son reservorios naturales de multitud de organismos, varios de ellos víricos, así que supongo que los priones también pueden estar en ellos. Históricamente han sido un elemento de dispersión y contagio de muchas patologías. A lo largo de la evolución el ser humano se ha ido inmunizando a casi todas ellas, de forma que no nos afectan. Pero no siempre es así.

—Hace dos días encontramos los campos de cultivo cubiertos de pájaros muertos —apuntó Richard sombrío—. Algunos incluso se lanzaron contra la Valla, como si se quisieran... suicidar. Ya sé que no tiene demasiado sentido, pero es la sensación que daba.

—Ya supuse que algo por el estilo debía de haber sucedido también en La Lanza. —Hermes meneó la cabeza—. Y es de esperar que lo mismo haya pasado en todos los asentamientos de esta zona, puede que incluso de todo el mundo. Los pájaros vuelan distancias muy largas y les gusta acercarse a los cultivos humanos.

—¿Y qué dijo vuestro Consejo cuando vio eso, joven Hermes?

—Los Ancianos de nuestro Consejo no eran tontos —respondió Hermes—. Y enseguida vieron que se estaba repitiendo el patrón de la Gran Plaga, así que ordenaron medidas de contención: toque de queda, cada familia encerrada en su casa y nuestros sanitarios trabajando a toda velocidad con los medios disponibles para tratar de encontrar el problema y una posible solución.

—Justo lo que hemos hecho nosotros —murmuró Andrea con amargura.

—Es normal —contestó Hermes—. En justicia, hay que decir que no podían hacer mucho más. En todo caso, no funcionó.

—¿Por qué no hemos sabido nada de esto hasta ahora? —le interpeló Simon—. ¿Por qué no mandaron aviso al resto de los poblados de la zona de lo que estaba sucediendo?

—Estimado Anciano —Hermes lo miró con cara de incredulidad—, hacer eso habría sido el equivalente a esparcir la plaga en todas direcciones a sabiendas. No asociamos los pájaros con la llegada de la enfermedad hasta bastante más tarde y entonces ya no podíamos mandar a nadie. Para ese día estaba claro que todos estábamos infectados y cualquier mensajero que se enviase sería el equivalente a una bomba biológica. No podíamos hacerlo.

—Comprendo —murmuró Simon con amargura.

—¿Qué pasó entonces? —intervino Victoria. Su gesto seco se había acentuado y sus labios normalmente finos y apretados se habían vuelto un mero tajo en su cara.

—La cuarentena tuvo al menos un efecto positivo —contestó Hermes—. Al estar aislados unos de otros, evitábamos que las explosiones de violencia que les dan a los enfermos en la fase final tuviesen efecto sobre los demás..., salvo si estaban encerrados en la misma vivienda, por supuesto.

Richard cerró los ojos por un momento. Se imaginó la pesadilla que debía de ser estar aislado en tu propia casa, con tu familia, y que de repente tu pareja, tu padre o alguno de tus hijos intentase acabar con la vida de los demás. Se imaginó a sí mismo intentando matar a Albert y un regusto ácido le quemó la boca del estómago.

—Esos días fueron lo peor —continuó Hermes—. Yo estaba con mis padres y de vez en cuando oíamos gritos en la calle. Una vez, en plena madrugada, alguien comenzó a aporrear nuestra puerta pidiendo socorro. Mi madre tuvo miedo, y no le abrimos. A la mañana siguiente teníamos a nuestra vecina muerta en el umbral, apuñalada por la espalda. A su lado estaba su marido, todavía vivo. Se había clavado en el estómago el mismo cuchillo que había usado con ella. Agonizó allí durante seis horas.

—Dios todopoderoso, es horrible —musitó Simon sin darse cuenta de que había utilizado aquella vieja expresión en desuso.

—A las dos semanas de haber empezado todo ya habíamos perdido a más de la mitad de los habitantes de El Cuenco. El ritmo de muertes se iba acelerando a medida que pasaban los días. El Consejo ordenó que todos los artículos potencialmente peligrosos para acabar con la propia vida fuesen arrojados a la plaza. En unas horas teníamos una montaña de cuchillos, cuerdas, cristales y productos químicos apilados en medio del poblado, pero aun así no sirvió de mucho. Cuando alguien quiere matarse no es fácil impedirlo, y al carecer de medios, las muertes se fueron volviendo cada vez más dolorosas y espeluznantes.

—Supongo que al llegar a ese punto teníais que estar desesperados.

Hermes asintió con una expresión triste.

—Algunas familias optaron por no esperar lo inevitable y taponaron las salidas de las chimeneas de carbón de las casas, para ahogarse con el anhídrido carbónico de las estufas. Es una muerte dulce y no es dolorosa, y al menos así sabían que llegarían al final con sus facultades intactas y no transformados en dementes. Un par de ellos sin embargo fallaron y acabaron incendiando sus casas con toda la familia dentro. Aun así, era mejor solución que no hacer nada. Nadie los culpó por ello.

—Menuda solución —murmuró Sethlas muy pálido.

—La otra alternativa era esperar a que la plaga les devorase la cabeza, consejero —contestó sencillamente Hermes—. Supongo que llegado el momento

es preferible morir con la dignidad de un ser humano antes que como una bestia.

—Todos muertos. —Simon seguía conmocionado, meneando la cabeza—. No puede ser...

—Todos no, Anciano —contestó Hermes—. De pronto algo curioso empezó a suceder. A medida que iban muriendo las familias, docenas de críos comenzaron a vagar por El Cuenco. Sus padres y abuelos habían muerto o se habían suicidado por culpa de la plaga, pero ellos seguían vivos. Hágase una idea: grupos de niños hambrientos, solos y asustados vagando por las calles, pidiendo ayuda a gritos.

—¿Qué hizo el Consejo?

—Nada. —Un destello de furia, un breve relámpago tan sutil que casi ni se pudo ver cruzó la mirada de Hermes—. No movieron un dedo. Estaban tan aterrorizados y confusos que no hicieron nada, aparte de atrincherarse en el edificio del Consejo. Quizá pensaban que allí estarían a salvo, pero al final se acabaron despedazando entre ellos cuando la plaga los alcanzó.

—¿A los Ancianos también?

—A ellos también, consejero. Yo mismo vi con mis propios ojos al Anciano Celso salir desnudo y cubierto de sangre del edificio del Consejo. Se había cortado los testículos con su propia mano y casi no se tenía en pie. Luego se rebanó las orejas y se arrojó al pozo. —El muchacho suspiró—. Ahora ya no podemos usar ese pozo. El agua está corrompida por su cadáver.

Un silencio denso, pesado e incómodo se hizo en la sala. Una mujer sollozaba de forma queda, pero nadie movía un músculo. Estaban demasiado conmocionados.

—Al final, un puñado de ayudantes decidieron salir de sus casas y reunir a todos los supervivientes que pudieron encontrar por su propia cuenta. —Hermes cerró los puños mientras recordaba el momento—. Les dieron comida, los refugiaron en la sala comunal y trataron de consolarles como pudieron de la pérdida que habían sufrido. Fue entonces cuando descubrimos la pauta.

—La edad —aventuró Anna con un temblor en su voz.

—Efectivamente, doctora —asintió Hermes—. Habían muerto muchos jóvenes, bien asesinados o bien en los suicidios colectivos de sus familias, pero ni uno solo a causa de la plaga. Por algún motivo, no les afectaba. Eran inmunes. Somos inmunes, mejor dicho.

—Eso no tiene ningún sentido —murmuró Victoria—. ¿Cómo sabe un prion la edad de alguien?

—Yo no sé cuál es la respuesta a esa pregunta, respetable Anciana —musitó Hermes—, pero el hecho cierto es que nadie por debajo de los veinte años murió a causa de la enfermedad.

—¿Veinte años? —intervino Richard—. ¿Estáis seguros?

—Totalmente —replicó Hermes—. Al cabo de unos treinta días tan solo quedábamos vivos en El Cuenco ciento quince personas, ninguna de ellas mayor de veinte años. Todos sanos, sin ningún síntoma de la enfermedad..., y todos huérfanos.

—¿Qué pasará cuando alguien llegue a los veintiún años? —se preguntó Anna en voz alta—. ¿Estará inmunizado o...?

Hermes meneó la cabeza y se puso en pie con gesto cansado.

—Eso pensábamos nosotros al principio. Quedamos ciento quince, pero al principio éramos ciento diecisiete —dijo—. La semana pasada, dos chicos cumplieron veintiún años. Cuarenta y ocho horas más tarde enfermaron y se suicidaron, de una manera bastante dolorosa, si se me permite el comentario. Como he dicho ahí fuera, veinte es la línea a partir de la cual ya nadie está a salvo.

Una barahúnda de voces estalló entonces. Simon golpeó la mesa enérgico para restablecer el orden. Mientras tanto Hermes los observaba paciente, como si ya diese por descontado aquella reacción.

—Eso fue lo que nos llevó a mandar mensajeros en distintas direcciones —dijo cuando se restableció el silencio—. Era necesario que avisásemos a las demás poblaciones, que supiesen lo que iba a pasar. Que supiesen lo que les espera y tomasen medidas.

—¿Qué medidas? —Sethlas se mesó los cabellos con desesperación—. ¡Estamos condenados!

—No todos —le corrigió Hermes—. Sus jóvenes sobrevivirán, consejero. Es cierto que no podemos hacer nada contra la plaga, pero al menos todos sus niños, adolescentes y muchachos sobrevivirán, pero tienen que prepararse, deben prepararlos para lo que viene. Tienen que transmitirles rápidamente todo lo esencial para que cuando... llegue el momento no se encuentren a ciegas. Que sepan lo que deben hacer.

—Es monstruoso —sollozó un consejero—. Tengo tres hijos, de tres, cinco y ocho años. ¡No pueden valerse por sí solos!

—Por eso es importante que me hagan caso. Tienen que organizarse, dejar las cosas preparadas para que los mayores cuiden de los pequeños. Tienen la oportunidad que nosotros no tuvimos, la oportunidad de hacer las cosas bien y garantizar la supervivencia de sus hijos. —Se calló un instante, antes de añadir algo más, apenas un susurro—: Tienen la oportunidad de despedirse, por lo menos. Yo no la desaprovecharía.

Un silencio dolorosamente incómodo siguió a sus últimas palabras. Los consejeros se removían inquietos en las sillas, como si ahora fuesen conscientes de que el fin estaba cerca. Tan solo Hermes, de pie en medio de la sala, y Andrea, pensativa, parecían ajenos a aquella sensación agobiante.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —susurró Simon al fin. El Anciano parecía haber envejecido de golpe todos los años que había ido cumpliendo con el paso de los siglos.

—No lo sé, consejero —contestó Hermes al cabo de un momento—. No es una ciencia exacta. Desde que empezaron las muertes hasta que el último mayor de veinte años murió pasaron poco más de treinta días en El Cuenco. Supongo que aquí sucederá lo mismo.

—Quizá no haya llegado —replicó Simon aferrándose a la esperanza—. Quizá aquí sea distinto.

Hermes se encogió de hombros, como diciendo «piense lo que quiera, yo les he avisado».

—Tenemos que ponernos en lo peor, consejero jefe —dijo Richard—. Tenemos que pensar en que la enfermedad ya está aquí. El Ojo ha caído, El Cuenco también. No tenemos motivos para pensar que nosotros vayamos a ser distintos.

—Sí, pero aún no ha muerto nadie de La Lanza —contestó Simon—. Todavía no.

—Supongo que la familia del hombre al que asesinó Melk la otra noche ahí mismo tendría algo que decir al respecto —observó Richard con voz amarga mientras señalaba la mancha oscura del suelo.

—¿Cómo se transmite la plaga? ¿Por el aire? ¿Por la sangre? ¿Por el contacto físico? —preguntó un consejero mientras se frotaba las manos contra el pantalón de forma nerviosa, como si quisiera esterilizar sus palmas.

—No está claro —contestó Anna—. En mis libros de Medicina no aparece nada al respecto y la información que sobrevivió al Colapso es bastante fragmentaria e incompleta. La Gran Plaga fue demasiado rápida y violenta como para que quedasen registros o estudios, al menos aquí.

—Quizá si matamos a todos los pájaros que se acerquen al poblado y quemamos los cadáveres... —contestó el hombre con voz vacilante.

—No serviría de nada —replicó Anna tajante—. Es absolutamente imposible evitar que un pájaro infectado entre en la aldea. Para ellos nuestra valla electrificada no significa nada.

El hombre asintió asimilando sus palabras.

—Además —continuó la doctora—, hay cosas peores que los pájaros que ya han entrado aquí con la enfermedad. Melk se suicidó en esta misma sala, y sus dos compañeros seguramente también estaban infectados. Y no nos olvidemos de nuestro invitado aquí presente, claro. No quiero ofenderte, Hermes.

Hermes levantó las manos en un gesto de cordialidad.

—No me ofende, consejera —dijo—. Entiendo adónde quiere ir a parar.

—Aunque no fuese por el aire, sino por el contacto, hemos tocado a esas personas, y después hemos vuelto a tocar a otras. Yo misma manipulé el cadáver de Melk y desde entonces he atendido a una docena de pacientes de distintas cosas en mi enfermería y los he tocado a todos.

—Y ellos a su vez han tocado a sus familias y amigos —apuntó Richard sombrío.

Anna asintió.

—Eso por no contar a todas las personas que pueden haber manoseado algún pájaro muerto de los campos. Es demasiado tarde para tomar medidas preventivas, si es que esa oportunidad existió en algún momento. La plaga ya está aquí.

Simon emitió un sonido estrangulado, aclaró la voz y carraspeó.

—Eso nos lleva a la pregunta del principio: entonces, ¿cuánto tiempo nos queda?

—Si el primer caso se produjo anteayer y los pájaros muertos aparecieron también hace dos días —musitó Anna pensativa—, no es aventurado suponer que nos quedan veintisiete o veintiocho días. Un mes como mucho.

Sus palabras cayeron como una bomba en la sala. Ponerle una fecha a tu propia muerte, aunque sea aproximada, es algo que no resulta fácil de digerir.

—Un mes, nada más —musitó Sethlas con la mirada perdida—. Casi no hay tiempo para nada. Y no hablo solo de una simple despedida. Hablo de concienciar a los chicos, acumular suficientes alimentos, agua y suministros para una temporada, explicarles cómo funciona todo. Hablo de prepararlos, joder.

—¿De cuántos estamos hablando, doctora? —preguntó Moses. El pequeño Anciano de nariz respingona hablaba tan pocas veces que los que estaban sentados a su lado se sobresaltaron—. ¿Cuántos menores de veinte años hay en La Lanza?

—No tengo un censo médico por edades —contestó ella—. Pero seguro que en el Servicio de Administración lo sabrán.

El jefe de Administración asintió mientras rebuscaba en el fajo de papeles que siempre llevaba consigo. Al cabo de un rato, sacó un pliego y lo ojeó

rápidamente antes de contestar.

—Podemos calcular que aproximadamente una tercera parte de la población de La Lanza está por debajo de los veinte años, quizá algo más —carraspeó Cronos—. Tenemos una población bastante joven. Pero desde mi punto de vista el problema no es ese.

—¿Cuál sería? —preguntó Simon.

—Saber cuántos de esos chicos son lo bastante mayores como para poder sustituir a los adultos. No podemos esperar que niños de uno a diez años sobrevivan solos, y me temo que esos son la mayoría.

—Digamos que hay unas trescientas personas menores de veinte años en La Lanza —intervino Anna mientras se pellizcaba el labio inferior pensativa—. Quizá una tercera parte tenga entre quince y veinte años, probablemente menos. Estaríamos hablando de cerca de cien muchachos.

—Cien adolescentes cuidando de doscientos niños —musitó Simon con amargura—. No es un escenario demasiado prometedor.

—Tendrán que madurar rápido —dijo Victoria con voz seca—. Tendrán que hacerse hombres y mujeres al llegar a la pubertad, y tener hijos muy pronto. Demasiado pronto.

El pragmatismo despiadado de la antigua ejecutiva farmacéutica golpeó a todos como un látigo. Nadie se atrevió a llevarle la contraria, apreciando a su pesar la verdad que latía en sus palabras.

—De todas formas veo un cuello de botella preocupante —murmuró Anna—. Aunque empiecen a tener hijos con quince años, que me parece totalmente excesivo, esos niños quedarán huérfanos antes de los cinco. ¿Quién cuidará de ellos?

—Los que vengan detrás —replicó Hermes, que llevaba un rato callado observando las deliberaciones del Consejo—. Y ellos a su vez cuidarán a los siguientes, a medida que se vayan haciendo mayores. Será un modelo nuevo de sociedad.

—Me sigue pareciendo muy complicado —dijo Richard—. Pueden surgir docenas de problemas, y la transmisión de los conocimientos no es el menor de ellos. Siendo tan pocos, la muerte accidental de media docena de chicos podría suponer un caos en ese sistema.

—Podemos intentar juntar a todos los supervivientes en un poblado —dijo Hermes—. Trasladar a todos los habitantes de El Cuenco a La Lanza y tratar de encontrar más supervivientes en otros poblados. Sería una opción inteligente.

—¿Y los mayores de veinte años? ¿Qué haremos?

—Tendremos que ponernos en cuarentena —contestó Simon con voz ahogada—. Aislarnos en el monasterio e iniciar un curso acelerado para aquellos

aprendices menores de veinte años que estén más avanzados y que demuestren más capacidades. A medida que vayamos quedando... fuera de combate, otros tomarán nuestro lugar, hasta que no quede ninguno.

—¿Setecientas personas en cuarentena? —le interpeló Richard—. ¿Cómo pretende que controlemos eso? ¡Será un caos!

El Anciano se pasó la lengua por los labios resecos incómodo.

—No seremos tantos. —Victoria miró a Simon, adivinando sus pensamientos—. Toda aquella población que no sea indispensable debería abandonar La Lanza e internarse en los bosques, con provisiones suficientes para un par de semanas. No les hará falta para mucho más.

—¡¿A los bosques?! —Richard la miró incrédulo—. ¡Eso es enviarlos a una muerte segura!

—Ya están muertos, jefe —contestó en tono frío Victoria—. Ya estamos todos muertos.

Un griterío estalló de nuevo cuando una docena de personas asustadas y confusas trataron de hacerse oír a la vez. Algunos se señalaban con furia y otros se limitaban a gritar a voz en cuello intentando ser escuchados. Simon golpeó con furia su mazo, pero nadie le hizo caso; empezaba a reinar la anarquía. Finalmente Richard se puso en pie, caminó hasta la esquina donde estaba el gong y comenzó a aporrearlo como un poseído. El ruido metálico se impuso sobre las conversaciones y todos callaron, algo avergonzados del momento de pánico que acababa de tener lugar.

—Debemos calmarnos —dijo—. Cada hora que perdamos discutiendo es una hora preciosa. Tenemos menos de treinta días para evacuar a medio poblado y comenzar a preparar a ...

—No —dijo de repente Andrea.

Todos miraron a la joven Anciana. Había mantenido silencio hasta ese instante, lo que no era inusual en las reuniones del Consejo, pero el tono convencido de su negativa había sorprendido a todo el mundo.

—No, no haremos eso —repitió—. Puede que no sea necesario llegar a ese extremo.

Richard miró a Andrea con curiosidad. Conocía y apreciaba lo suficiente a aquella «vieja» muchacha como para saber que no acostumbraba a hablar si no tenía algo importante que contar.

—¿Qué quieres decir?

Andrea se puso en pie y caminó hasta el centro de la sala, apartando a un Hermes que la miró con recelo. La joven Anciana mantuvo la mirada fija en el suelo, como si quisiera ordenar sus pensamientos, consciente de que quizá solo tendría aquella oportunidad de concitar toda la atención del Consejo antes de que

empezase la desbandada.

—La plaga está de nuevo entre nosotros, eso es innegable —comenzó a decir—. Estamos en la misma situación que hace doscientos años, pero con una ventaja fundamental: nosotros sabemos a qué nos enfrentamos. Conocemos sus consecuencias, su forma de actuar y sus síntomas. En una enfermedad con un ciclo tan breve como esta, no es una ventaja menor.

—¿De qué nos sirve esa ventaja, Andrea? —preguntó Simon en tono paternalista—. No podemos hacer nada salvo sentarnos y esperar.

—Sí que podemos hacer algo —replicó ella—. Hace doscientos años nuestros antepasad..., *nosotros* hicimos algo que funcionó, algo que permitió que la raza humana sobreviviese.

—¿Crear los refugios? —bufó Victoria—. Eso ya lo tenemos.

Andrea meneó la cabeza.

—No me refiero a eso —dijo—. Me refiero a la vacuna. Hace dos siglos la vacuna salvó a la humanidad de su extinción. Volvamos a hacerlo.

Simon estalló en una risotada amarga.

—Andrea, te ruego que antes de decir tonterías mejor te quedes callada —barbotó—. Literalmente, no tenemos tiempo, jovencita. Se nos escurre entre los dedos.

—No es ninguna tontería —replicó obstinada—. ¡Y te ruego, Simon, que dejes de tratarme con esa condescendencia de una vez! Aunque parezca una cría, tengo prácticamente la misma edad que tú, así que guárdate tus «jovencitas» y métetelas donde te quepan. ¡Y ahora prestadme atención de una puñetera vez, joder!

Simon jadeó boquiabierto, tan sorprendido del repentino estallido de furia de la muchacha como el resto. Andrea irradiaba energía de pie en el centro de la sala, con la expresión de alguien al que se le ha agotado la paciencia.

—Un momento... —vaciló—. No puedes...

—Claro que puedo —estalló Andrea—. Tengo el mismo derecho que tú a hablar en esta sala, diablos.

Se acercó a una pared del fondo donde colgaba un antiguo mapa del país en un marco acristalado. El tiempo y la humedad habían perlado de manchas marrones la hoja y estaba algo desvaído en las esquinas, pero aún era legible. El nombre de cientos de ciudades que ya solo eran ruinas e historia salpicaban la superficie, unidas por carreteras y autopistas ya olvidadas, como perlas sueltas de un collar deshilachado.

—Hace doscientos años la vacuna funcionó —empezó a decir pensando a toda velocidad—. Llegó tarde y en cantidades insuficientes, pero funcionó. Los cuatro Ancianos de esta sala y el resto de los descendientes de aquellos

inmunizados somos la prueba viviente de ello. Ahora podríamos hacer lo mismo.

—Es cierto, Andrea —asintió Anna conciliadora—. Pero el problema es que no tenemos esa vacuna. Las dosis que existieron hace doscientos años se utilizaron en los días finales del Evento para salvar a nuestros antepasados.

—Pero tenemos la fórmula, ¿no? —aventuró Richard.

—No, no la tenemos. —Anna negó con la cabeza—. Solo la tenían los laboratorios que la sintetizaban, pero aunque estuviese grabada en piedra en la fachada del monasterio, tampoco nos serviría de nada. No tenemos ni de lejos el material necesario para sintetizarla, y mis conocimientos ni siquiera se acercan a los que tenían los doctores que la procesaron. Es medicina molecular, algo que ya era complicado entonces y que ahora, directamente, no existe.

—No nos hace falta. —Andrea los miró a todos con un brillo de excitación en los ojos—. Todavía hay cientos, miles de esas vacunas acumuladas a no muchos días de camino de aquí.

—¿Y?

—Y yo sé dónde están.

Decir que se quedaron petrificados sería quedarse corto. Los miembros del Consejo y Hermes miraron a Andrea con la misma expresión que si les hubiese dicho que les podría llevar a la Luna chasqueando los dedos. Fue Simon, como no podía ser de otra manera, el primero en hablar.

—¿A qué te refieres? —La desconfianza impregnaba su voz—. ¿Cómo es eso posible? En todos estos años jamás te he visto consultar un mapa, ni interesarte por la historia de Antes, y no creo que hayas salido de La Lanza más de dos o tres veces en el último siglo. ¿Cómo podrías saber algo así?

—No lo sabes todo, Simon —replicó ella—. Hay cosas de mí y mi familia que desconoces.

—¿Tu familia? —bufó él—. Tu madre lleva dos siglos muerta y tu padre vive en la biblioteca, perdido en su propio mundo y con una enfermera que le da de comer y le cambia los pañales. Si esa es tu ayuda, estamos apañados.

Andrea negó con la cabeza.

—Alphonse no es mi padre. Cuando llegamos a La Lanza, en la evacuación del final del Colapso, se hizo pasar por mi padre para evitarnos problemas en la entrada. Una chica sola, como yo, sin papeles y sin referencias, podría haber tenido alguna dificultad para conseguir acceso al refugio. Ya sabes a qué tipo de problemas me refiero, Simon.

El interpelado carraspeó y palideció un poco, pero mantuvo la compostura.

—Fue muy generoso por parte de Alphonse y durante todo este tiempo, hasta que perdió la cordura, mantuvimos ese acuerdo. Cuando nos dimos cuenta de que ambos habíamos dejado de envejecer, lo tomamos como una casualidad del destino tremendamente afortunada, y nunca encontramos la oportunidad ni la necesidad de contar la verdad. Hasta ahora.

—Entonces, ¿quiénes son tus padres, y por qué es importante? —recondujo la conversación Richard.

—Mi padre era el doctor Thomas Wellestein —contestó Andrea, y una parte de ella se dio cuenta de que llevaba más de dos siglos sin pronunciar en voz alta ese nombre, esas palabras: *mi padre*—. Trabajaba en Barcelona para el Instituto Europeo de Investigación de Enfermedades Infecciosas, aunque se pasaba la mitad del año en Alemania. Mi madre y yo viajábamos con él. Todos estos nombres no os dicen nada a la mayoría de vosotros, pero sé que Simon y el resto de los Ancianos me entienden. Esos sitios ya solo existen en el recuerdo ahora.

—Sigue, por favor.

—Cuando estalló la epidemia, nos pilló lejos de casa. Mi padre estaba dando un ciclo de conferencias, y en cuanto las cosas empezaron a desmandarse y quisimos volver, ya habían cerrado el espacio aéreo. El Tratado de Schengen se había suspendido y la libre circulación de personas se había prohibido. —Andrea se encogió de hombros—. Aunque eso ya daba igual porque no quedaban apenas tripulaciones que pudiesen pilotar un avión y nadie estaba muy convencido con la idea de subirse a un Airbus, cuando el piloto de repente podía pensar que arrojarse contra una montaña era una buena idea.

—Bien, tu padre era ese tal doctor Wellestein —la interrumpió Simon—. ¿Qué importancia tiene?

—Era una de las pocas personas con los conocimientos técnicos para operar en un laboratorio de alta seguridad que quedaba en aquel momento. Su campo de trabajo eran las enfermedades tropicales, pero sabía lo suficiente como para que le incorporasen a uno de los equipos que se formaron para sintetizar la vacuna.

—¿Conoces la fórmula? —Anna levantó la cabeza esperanzada.

—Yo no, doctora. Tan solo era una chica de diecisiete años. Estaba más preocupada por no volver a ver a mis amigas que por lo que hacía mi padre. Lo que sí sé es adónde nos llevaron. Insistió en que toda su familia debía acompañarle a las instalaciones, como hizo la mayor parte del personal médico. El mundo se estaba derrumbando día tras día y la única manera de garantizar nuestra seguridad era tenernos cerca, en uno de los sitios más protegidos posibles: su laboratorio. Y sé dónde está.

Andrea se volvió hacia el mapa y apoyó un dedo sobre un punto concreto, sin dudar. Richard se acercó para ver dónde señalaba.

—Está tan solo a unos seis o siete días de marcha de aquí —murmuró—. Quizá menos, si se viaja rápido y a caballo. Depende de cómo esté el camino.

—¿Nunca hemos enviado misiones de reconocimiento a esa zona, jefe Richard?

—Eso debería decírselo el jefe de Reconocimiento y Suministros, consejero, pero lo dudo. Está en medio de ninguna parte, no hay restos de ciudades ni núcleos de población cerca, y ese camino... —indicó con el dedo la estrecha carretera que pasaba cerca de donde señalaba Andrea— no lleva a ningún sitio. No hay motivos para que hayan ido por ahí.

—El aislamiento era una de las principales medidas de seguridad que tenía el laboratorio —dijo Andrea—. Trabajaban con material biológico potencialmente peligroso y pretendían tenerlo lo más lejos posible de cualquier visitante inesperado. Que estuviese ahí y no en otro sitio, a cientos de kilómetros, fue una suerte para todos nosotros, además.

—¿Por qué?

Andrea señaló las marcas rojas en tinta que algún oscuro funcionario había dibujado años atrás sobre el cristal del mapa y que señalaban dónde estaban los distintos asentamientos que se habían fundado después de la Gran Plaga.

—Fijaos dónde están todos los poblados, repartidos en un área de no más de ciento cincuenta kilómetros a la redonda del laboratorio. Las vacunas empezaron a distribuirse a medida que se iban sintetizando, pero para entonces ya era casi imposible hacer un reparto en condiciones, y su número era muy escaso. Solo pudieron cubrir el área más cercana. El resto... —Señaló en dirección al borde del mapa—. El resto quedó a su suerte. Por eso hay más de cuarenta asentamientos en esta zona concreta y el resto del país está desierto. No queda nadie más, al menos en muchas jornadas de viaje. Me apuesto lo que queráis a que los otros asentamientos humanos del mundo siguen más o menos un patrón parecido, cercanos al lugar donde pudieron conseguir la cura.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—La noche de mi evacuación mi padre nos despertó a mí y a mi madre. Nos dijo que la seguridad biológica del complejo estaba comprometida y que era mejor que nos fuésemos a uno de los puntos de refugio que se estaban estableciendo. También me dijo que estaban acabando un ciclo de producción de más de diez mil vacunas y que cuando terminase se reuniría con nosotros. Jamás llegó a hacerlo.

Andrea guardó silencio y se dio la vuelta expectante.

—Estoy segura de que en ese laboratorio aún tiene que haber cientos o miles de vacunas listas para ser utilizadas. Nuestro convoy fue el último que salió de allí. Lo sé porque los únicos transportes que quedaban son ahora esos residuos transformados en gallineros que hay al norte del poblado. Jamás volvieron a por ellos y nadie más sabía que estaban allí.

Anna carraspeó visiblemente turbada.

—Lamento tu pérdida, Andrea, aunque fuese hace tanto tiempo. Supongo que fue duro para ti.

Andrea se encogió de hombros, como si hablar de algo sucedido en un pasado remoto no tuviese relevancia en aquel momento.

—Todos perdimos a alguien en la Gran Plaga, pero de eso ya hace mucho —dijo con sencillez—. Sin embargo, nos ofrece la oportunidad de salvarnos. Hoy. Ahora.

—Yo no lo veo tan claro. —La doctora frunció el ceño—. Después de dos siglos esas vacunas, si es que existen y siguen ahí, se habrán echado a perder.

—Quizá no —intervino Simon. Su expresión dubitativa había cambiado por otra más calculadora e interesada. Casi se podía oír cómo su cerebro funcionaba a toda velocidad—. Yo vi cómo se inoculaban las vacunas. Venían en forma de

unas ampollas llenas de un polvo seco y deshidratado. El sanitario rompía la ampolla, le añadía líquido para activarla y después la inyectaba. En ese estado, si están bien conservadas, podrían durar siglos.

—Eso es cierto —asintió Anna—. El compuesto en ese estado es virtualmente eterno, pero aún tenemos otro problema en el que nadie ha pensado.

—¿Cuál?

—La enfermedad ha mutado. Ahora solo afecta a los mayores de veinte años, lo que quiere decir que algo ha cambiado después de dos siglos larvada a saber dónde. Quizá esa vacuna sea totalmente inefectiva. Puede que no valga para nada.

—Puede ser —asintió Andrea—. Pero en todo caso creo que merece la pena arriesgarse y probar. Es mucho mejor que quedarse sentados esperando a la muerte. Quizá nuestra inmunidad haya ido diluyéndose durante todos estos años. Quizá el prion ha estado presente todo el rato a nuestro alrededor, sin que nos afectase. Quizá una nueva dosis de vacunación nos vuelva a todos inmunes de nuevo.

—Son demasiados *quizás* y muy pocas certezas —Anna seguía dubitativa—. Y además están los efectos secundarios de la vacuna. Mira lo que os hizo a los Ancianos.

—Hay muchos más efectos secundarios, es cierto —murmuró Simon críptico, pero con gesto decidido—. El riesgo es grande, pero merece la pena jugar esa carta. Cinco días de ida, cinco de vuelta y un par de días más de margen, por imprevistos. En algo menos de dos semanas, si partimos en su búsqueda ahora mismo, las podríamos tener aquí. Podríamos salvar a la mayoría si funcionase.

El alivio se extendió de manera casi física por el Consejo. Diez minutos antes casi todos ellos estaban condenados a una muerte espantosa y de repente se les brindaba una posibilidad, débil y complicada, pero posibilidad al fin y al cabo, de salvar la vida. Los murmullos de aprobación se elevaron por doquier.

—Estimado consejero —Sethlas se puso en pie—, no creo que sea necesario someterlo a votación, ¿verdad?

Simon miró las caras anhelantes de los miembros del Consejo. Habían encontrado una salida y se aferraban a ella con todas sus fuerzas.

—Por supuesto que no es necesario —dijo—. Organizaremos de inmediato una expedición al punto que indica la consejera. Si esas vacunas están todavía allí, las encontrarán y las traerán a La Lanza. Nos salvaremos, maldita sea.

Un murmullo de aprobación siguió a estas palabras. Los consejeros golpearon la mesa entusiasmados en una muestra de beneplácito que también tenía mucho de alivio y de liberación de tensión.

—Llamad al jefe de Reconocimiento y Suministros —ordenó Simon—. Tenemos que preparar de inmediato esa expedición. Se llevará a sus mejores hombres y todo el equipo que necesite. El fracaso no es una opción.

Anna levantó el brazo tímidamente.

—Consejero Simon, creo que no ha tenido en cuenta un detalle importante. Ya estamos infectados, todos nosotros. ¿Qué nos garantiza que el equipo que mandemos no caerá víctima de la plaga por el camino? Si enloquecen y se meten en una espiral de autodestrucción, entonces no conseguiremos las dosis. Y si logran llegar hasta allí, pero no son capaces de sobrevivir sin enfermarse en el camino de vuelta, entonces nuestra salvación quedará extraviada en algún lugar de los bosques para siempre.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría. Las sonrisas de esperanza se fueron difuminando a medida que la cruda realidad que acababa de expresar la doctora calaba en sus mentes.

—Estamos acabados —musitó un consejero—. Acabados.

Sethlas dio un puñetazo frustrado sobre la mesa. A su lado, un hombre alto y prematuramente cano se mesaba los cabellos y se oían sollozos al fondo de la sala.

—Solo hay una posibilidad —dijo Richard al cabo de un rato que pareció interminable.

—¿Cuál?

—Los chicos. —Richard apretó los puños pronunciando las palabras con dificultad—. Mandemos a menores de veinte años. Que sean los muchachos quienes vayan a por la vacuna.

—¿Cómo? ¿Mandar a un grupo de jóvenes? ¿Te has vuelto loco? —le espetó Victoria.

—Los bosques son un lugar extraordinariamente peligroso, jefe —musitó Simon con el ceño fruncido—. Ni siquiera las expediciones de nuestros mejores hombres las tienen todas consigo cuando se internan allí y muchas veces pierden a algún miembro. Los Hostiles...

—Los Hostiles estarán ahí, tanto si decidimos ir como si no —replicó Richard—. Y hace décadas que no hay el menor rastro de ellos. Es un riesgo que tenemos que correr.

—Confiar la supervivencia de la raza humana a una pandilla de chiquillos —susurró Simon— es una locura.

—Aunque enviemos a los mejores aprendices de Suministros, aún están a medio adiestrar —apuntó Sethlas circunspecto—. Será como lanzarlos al matadero.

—La alternativa es morir, señor —contestó Richard muy serio—. Y no

puede ir ningún adulto. Eso queda descartado.

Un silencio pesado se instaló entre los presentes, incapaces de oponerse al razonamiento del jefe de Seguridad.

—Hay otra cosa —añadió Andrea con voz preocupada—. Necesitaremos que al menos uno de los enviados tenga conocimientos de mecánica. El laboratorio estaba situado en un subterráneo, con medidas electrónicas de seguridad y un par de ascensores muy profundos. Al llegar al complejo, alguien tendrá que poner de nuevo esa maquinaria en marcha para acceder a la zona donde se encuentran las vacunas.

—Tendríamos que enviar a alguien de Mecánica.

—Eso será un problema —replicó Andrea—. Es uno de los servicios más complejos y sus aprendizajes son muy largos. La mayoría de los ayudantes tienen más de veinte años, y además necesitamos a alguien que sea muy polivalente. No sabemos qué nos podemos encontrar allí.

—¿Nos? —Simon miró a Andrea con curiosidad—. ¿Quiere eso decir que tú también vas?

—Por supuesto. Soy la única que sabe exactamente dónde está el complejo.

—Pero tú tienes más de veinte años, consejera —observó Richard con buen juicio.

—Por un lado es cierto. Pero, por otro, solo tengo diecisiete años. Si lo que dice Hermes es cierto, corro el riesgo de convertirme dentro de un mes en la única persona viva con más de veinte años, a no ser que hagamos algo ya.

—¿A quién podemos enviar de Mecánica? —Simon volvió al tema que más problemas presentaba.

—¿Cómo se llama la hija del jefe Louis, de Mecánica y Mantenimiento? ¿Eva? No debe de tener más de dieciséis o diecisiete años. Por lo que he oído, tiene un don natural para la maquinaria.

—Sí que lo tiene —respondió Richard—. Pero está en una silla de ruedas. No podemos enviarla hasta allí.

—Bueno, tendrán que ayudarla a llegar —contestó Andrea tajante—. A no ser que me puedas brindar una alternativa mejor.

Richard guardó silencio esperando que alguien hiciese otra propuesta, pero nadie en la sala parecía tener un plan que mejorase aquel.

—Está bien —suspiró Simon—. Sin duda lo hará más difícil, pero no imposible. Tendrán que llevar caballos.

—Y al menos alguno de los chicos más despiertos de Suministros debería ir. Necesitamos gente que tenga algo de experiencia en los bosques. En todo caso, no creo que debamos enviar un equipo excesivamente grande. Cuantos más sean, más despacio irán, y el tiempo es primordial.

—No sabemos lo que puede haber ahora allí —dijo Richard—. Después de doscientos años el entorno puede haber cambiado mucho.

—Era un laboratorio de alta seguridad, jefe. Su estructura era más sólida que este monasterio y está a varias decenas de metros bajo tierra.

—Supongamos que conseguimos alcanzar ese lugar sin problemas. —Richard hizo una vez más de abogado del diablo—: ¿Qué pasa si llegáis allí y no hay nada? ¿O si no sois capaces de entrar? ¿O si no encontráis las vacunas?

—Entonces estaremos todos muertos —contestó Simon sombrío, aceptando lo inevitable—. Y nada de esto importará ya.

Archivo de La Lanza

Sección 12/1 - Documentos relacionados con el Evento

Sección: Documentos Propios / CLASIFICADO /Solo para miembros del Consejo

Archivo privado del consejero Simon Castell. Año 30 T. d. C.

Resulta difícil creer que ya hayan pasado treinta años desde aquella noche, la noche en la que el último convoy de refugiados llegó al Centro de Agrupamiento Sanitario número quince de la tercera compañía del segundo regimiento, o La Lanza, como lo llama todo el mundo ahora. El emblema del regimiento ha acabado siendo el símbolo de este sitio, y aunque todavía tenemos las banderas colgadas en la sala capitular, todo el mundo sabe que representan a un país que ya no existe, un Gobierno que ya no está y un futuro que no es el nuestro porque ya ha desaparecido.

Treinta años me dan la oportunidad de ver las cosas en perspectiva y de valorar los fallos y aciertos que hemos cometido a lo largo de todo este tiempo. Algunas cosas las podríamos haber hecho de otro modo, sobre todo en los primeros años, es cierto, pero nadie podía adivinar que la situación iba a evolucionar de esta manera.

Es evidente a estas alturas que el estatus de antes de la epidemia no se va a volver a restaurar, al menos en un plazo de tiempo cercano. Los primeros dos años los pasamos esperando algún tipo de comunicación u orden de la cadena de mando, pero pronto nos dimos cuenta de que ya no existía nada de eso. No se reciben señales de telefonía, radio o televisión, e incluso internet, que aguantó algo más de tiempo gracias a que los servidores debían de tener una fuente de alimentación propia, acabó por desaparecer. Afortunadamente aún conservamos el grupo de generadores autónomos de la división con nosotros y la electricidad no es un problema. Estamos contemplando la posibilidad de construir una central hidroeléctrica en el río que pasa cerca del asentamiento y alguna de nuestras patrullas ha localizado los elementos necesarios en las ruinas de un pequeño embalse a tres días de camino de aquí. Traerlo será un problema, porque ya solo contamos con cuatro camiones operativos y el combustible se está acabando, pero estoy seguro de que es la mejor opción.

Ya nadie me llama coronel, entre otras cosas porque apenas queda un puñado de los hombres que un día estuvieron bajo mi mando. Los civiles han insistido en crear una estructura de gobierno «con carácter provisional» para la gestión de los asuntos de La Lanza y no he creído oportuno oponerme..., siempre y cuando el control real siga en mis manos.

Pese a quien le pese, sigo considerando esto como una misión militar. Recibí instrucciones y, una vez sobrepasado su marco de acción, me veo en la obligación de improvisar medidas para garantizar la seguridad de todas las personas puestas bajo mi cuidado.

Es evidente que todo ha cambiado. Yo he cambiado. Por dentro, al menos. Lo veo en la forma en la que me hablan y en la que me miran, lo veo en la manera en la que susurran a mis espaldas, pero sobre todo lo puedo ver en el espejo del baño todos los días. Cuando llegué a La Lanza tenía cuarenta y cinco años. Han pasado tres décadas, y la imagen que tendría que ver debería ser la de un anciano de setenta y cinco años, pero sin embargo estoy exactamente igual. Ni una arruga de más, ni una

nueva cana en el pelo, ni una mancha en la piel..., nada.

Por algún motivo he dejado de envejecer, y como yo, otro puñado de personas, una de ellas una cría de apenas diecisiete años, entre una población que ahora mismo asciende a trescientas almas. Un «envejecimiento celular ralentizado hasta el punto de detenerse», según el doctor Potel. Todos sabemos el motivo: la vacuna que nos salvó la vida y que ahora nos la complica tanto.

En los seis primeros meses, de los quinientos refugiados vacunados en La Lanza fallecieron doscientos a causa de complicaciones derivadas de esa misma vacuna. El doctor Potel piensa que se debe a la inestabilidad intrínseca de la propia formulación del producto.

Me ha explicado en varias ocasiones que, si bien la modificación proteica que provoca el compuesto nos inmuniza ante la enfermedad, puede dar lugar a una cascada de efectos secundarios impredecibles. Y uno de ellos es el mío. Mi envejecimiento celular se ha ralentizado por completo. Mejor dicho, se ha detenido. Hace veinte años el descubridor de esta sustancia se habría vuelto multimillonario y el hombre o mujer más famoso del mundo. Hoy probablemente esté muerto y su obra es un problema para nosotros.

No todo el mundo ha reaccionado igual ante la vacuna y los efectos secundarios han sido de lo más diverso. A la mayoría de la gente no le ha producido nada más grave que un sarpullido o que se le cayese todo el pelo, pero a unos cientos de desgraciados las cosas les fueron bastante peor. Dado que la modificación de priones consiste básicamente en cambiar la forma de los ladrillos de proteínas que conforman el cuerpo humano y la manera que tienen de unirse, su efecto dependía de la genética que cada persona tuviese.

He visto morir a gente con convulsiones, con enfermedades nerviosas degenerativas (algo parecido al mal de las vacas locas, según el doctor Potel, pero mucho más agresivo) e incluso a gente a la que se le caía la piel a tiras, gente cuyos órganos internos se licuaban y morían desangrados o a la que le explotaban los globos oculares sin motivo. Esos seis primeros meses fueron un infierno, una ruleta rusa en la que cada mañana todo el mundo se levantaba pensando si ese sería su último día. Cuando la moral se empezó a ir a pique, expulsamos del campamento a aquellos con síntomas más evidentes de que no iban a sobrevivir, en una medida cruel pero necesaria para mantener el orden en medio del caos. Quizá fue excesiva y hoy no lo habría hecho así, pero no me arrepiento. Era necesario, imprescindible para la supervivencia de La Lanza a toda costa.

Ahora todo ha pasado. De los trescientos originales que sobrevivieron a la criba de la vacuna aún quedan algo más de dos tercios con vida y en perfecto estado de salud. De ellos, siete hemos dejado de envejecer. El resto son niños y niñas perfectamente sanos, hijos de los primeros pobladores y el futuro de nuestra especie, tal y como yo lo veo.

Ahora sabemos que tendremos que quedarnos aquí durante mucho mucho tiempo. Costará décadas recuperar lo que una vez tuvimos, si es que en algún momento lo logramos, pero hay que perseverar. A nuestro alrededor hay suministros abundantes no solo de los restos que dejó nuestro mundo, sino de la propia naturaleza, que nos los brinda sin cesar. Mantener a la población alimentada es sencillo. Lo complicado resulta mantener La Lanza en marcha a medida que nos vamos quedando sin cosas insustituibles. Y lo más importante es el conocimiento.

Un ejemplo de esto es lo que sucedió hace unas semanas. Una partida de reconocimiento trajo una máquina de pulido de lentes de un polígono industrial abandonado. Es el equipo perfecto para fabricar gafas, pero nos resulta completamente inútil porque no hay nadie que sepa cómo funciona, así que supongo que se quedará atrapando polvo en el sótano durante mucho tiempo. No habrá gafas graduadas para nadie en una generación o dos. Y como este, hay docenas de casos.

Es solo una migaja de todas las dificultades enormes a las que nos enfrentamos. Es un desafío colosal, pero al menos contamos con una serie de cartas que juegan a nuestro favor. La enfermedad ha desaparecido, o al menos los hijos nacidos de los supervivientes son inmunes a ella. Es cierto que un porcentaje de nacimientos de cada generación presentan alteraciones genéticas aberrantes, pero suelen morir a los pocos días y de todos modos son cada vez menos. En un proceso que entusiasmaría a Darwin, una selección natural acelerada que solo va dejando a aquellos más aptos y con mejor genética, por lo que se puede decir que tenemos reunidos a una muestra de la raza humana idónea para reconquistar el mundo poco a poco.

Hay más asentamientos. Solo en un radio de doscientos kilómetros hay al menos otra docena, la mayoría restos de población agrupada alrededor de unidades militares dispersas que consiguieron sobrevivir al Colapso. Mantenemos contacto fluido con ellos, pero funcionamos de forma autónoma. No tenemos ni la estructura ni los recursos para agruparnos todos en un gran asentamiento, por el sencillo motivo de que no habría manera de garantizar los suministros a una población numerosa en un mismo lugar. Nuestras posibilidades de supervivencia se optimizan si nos mantenemos en grupos pequeños pero conectados entre sí y colaboramos.

Y por supuesto estamos nosotros, los Ancianos, como nos empiezan a llamar. Siete en La Lanza y no más de cuarenta en los asentamientos que nos rodean. Con el paso del tiempo acabaremos siendo los únicos testigos de nuestra época. Sin embargo, esto plantea una oportunidad única de liderazgo. Tenemos décadas por delante para acumular experiencia, conocimiento y saber, décadas de mejorar nuestras habilidades a base de ensayo y error, sin preocuparnos por el deterioro de la edad. Podemos convertirnos en los mejores y más sabios gobernantes de la historia, una mano de hierro envuelta en un guante de seda que dirija el camino de la humanidad hacia su resurgimiento.

Ese tiene que ser el sentido de este don que hemos recibido. No puede ser de otra manera. Nosotros estaremos aquí, vigilantes.

El único problema es que no estamos solos.

Ahí fuera hay algo, o alguien.

Y no le gustamos.

EL CAMINO

Cuando Andrea entró en el cuarto de Héctor, ya hacía un buen rato que la campana del monasterio había marcado la medianoche. La joven se dejó caer en el lecho sintiéndose más exhausta de lo que podía recordar en años. Al otro lado de la habitación, Héctor levantó la cabeza y posó delicadamente sobre la mesa el trozo de madera en el que estaba trabajando. Desde que había perdido la vista, tallaba figuritas siguiendo el tacto suave de la madera con los dedos. Una pequeña legión de casitas, animales y piezas de ajedrez observaban desde una estantería, testigos mudos de largas noches de insomnio.

El hombre guardó silencio durante un rato esperando con paciencia a que Andrea hablase, pero el tiempo se estiraba como un aceite espeso y la joven no pronunciaba ni una palabra. Finalmente, con un suspiro, se levantó y se dirigió hasta ella. Héctor se sentó en el borde de la cama y le acarició la cabeza con ternura. Por toda respuesta, Andrea emitió un gemido ahogado y se enroscó sobre sí misma, pero dejó que el hombre deshiciese su trenza y empezase a desenredarle el cabello.

—¿Y bien? —dijo al fin—. ¿Vas a contarme qué es lo que te tiene preocupada?

Andrea se sentó en la cama y besó con suavidad a su amante antes de responder.

—Las cosas se han complicado. No me esperaba que fuese así.

Él se quedó en silencio durante al menos seis latidos antes de volver a hablar.

—¿Te refieres a...?

—Sí —le cortó ella—. Y no sé muy bien qué hacer.

—¿Por qué no me cuentas todo desde el principio? Quizá pueda darte algún consejo. —El hombre le ofreció un destello de la sonrisa seductora que un día había tenido, muchas décadas atrás—. Sabes que se me da bien escuchar.

Andrea suspiró y comenzó a hablar. Le contó todo lo sucedido en la sala capitular, el relato de Hermes y las revelaciones que habían tenido lugar en la reunión del Consejo. Cuando llegó a la parte de los veinte años como límite entre la vida y la muerte, Héctor frunció un poco el ceño, pero eso fue todo. Andrea terminó su relato y se quedó en silencio, con las manos en el regazo y la cabeza inclinada.

—Ya veo —musitó Héctor al fin—. Solo tengo una pregunta que hacerte.

—¿Cuál?

—¿Por qué crees que se lo han tragado?

—¿Lo de Hermes? Su relato tiene todo el sentido, pero...

—No, no a Hermes. —El hombre se volvió hacia ella y enfocó sus ojos ciegos hacia la cara de la muchacha. Andrea sintió por un segundo que Héctor podía verla de verdad—. Por qué te creyeron a ti.

Andrea guardó silencio incapaz de responder.

—Les has mentido —añadió Héctor—. A todos ellos. Al Consejo.

Ella levantó la cabeza y se sujetó las manos, que temblaban imperceptiblemente.

—Ni tus padres eran médicos ni sabes nada de un laboratorio, ni de unas vacunas. Caray, es una historia tan pillada por los pelos que me sorprende que no se hayan dado cuenta a la primera.

Andrea permaneció encerrada en su mutismo, con una sensación desasosegante atravesándole el alma. Por primera vez en toda su vida se alegró de que Héctor fuese ciego y no pudiese contemplar el rubor que se extendía por su cara como un incendio.

—No tenía otra alternativa —murmuró por fin.

—Yo te diré por qué te han creído. —La voz de Héctor sonaba profunda y calmante—. Porque tienen miedo. Se enfrentan a una situación sin salida, a una muerte segura y sin excepciones, para casi todos. Y además, los supervivientes tendrían un futuro muy negro, si es que tienen alguno. Para evitar algo así estarían dispuestos a vender su alma al diablo a cambio de una oportunidad, por muy remota que sea, de poder salvarse. Eso eres tú ahora, Andrea. El último clavo ardiente de una pared que se derrumba envuelta en llamas.

—Muy lírico, Héctor —replicó Andrea con amargura—. Pero eso no cambia en absoluto la situación. Aunque tengas razón.

Fue el turno de Héctor para guardar silencio. Al fin, estiró su mano y cogió la de Andrea con delicadeza.

—Te conozco. Sé que no habrías propuesto una cosa tan descabellada si no tuvieses algo en mente. ¿Tengo razón?

Andrea asintió levemente con la cabeza, sabiendo que él se daría cuenta de todas formas.

—Se trata de *él*, ¿verdad? —dijo Héctor—. Vas a intentar hablar con *él*.

—Sí.

—Y sabes dónde encontrarlo..., si es que existe.

—Eso espero.

—¿Aun sabiendo lo que supone?

—Sí.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si nunca ha sido real?

Esta vez la voz de Andrea tembló al contestar.

—Entonces ya nada de esto importará.

Héctor suspiró y volvió a callar durante un largo rato. Al final se levantó de la cama y se acercó a la pared. Con la mano apoyada en el muro de piedra avanzó varios pasos, deslizando los dedos por el tacto rugoso del granito hasta detenerse en un punto. Entonces se agachó, palpó el entarimado y tiró de una de las viejas tablas de nogal cercana al enorme aparador de la esquina de sus aposentos. La madera se desprendió con un chasquido seco y dejó a la vista un hueco. El profesor introdujo los dedos y sacó un pequeño paquete de poco más de diez centímetros de longitud envuelto en tela.

Héctor lo sopesó durante un instante antes de volver sobre sus pasos hasta la cama. Al llegar allí, arrojó el paquete sobre el regazo de Andrea, que lo miró como si fuese una serpiente.

—Te hará falta, supongo —fue todo lo que dijo.

—Sí —respondió ella—. Jamás pensé que tendría que usarlo. Nunca pensé que llegaría este día.

—Pues ha llegado. Es la hora de la verdad, Calcetines.

En vez de responder, Andrea se abrazó al hombre, con un par de lágrimas solitarias rodando por sus mejillas.

—Tengo miedo, Héctor.

—No lo tengas, querida —replicó él besándola en la cabeza con suavidad—. Ahora todo depende de ti.

—Depende de él. —Ella le miró con los ojos muy abiertos—. Eso es lo que me aterra.

—Bueno. —Héctor se encogió de hombros—. Pues entonces espero que puedas convencer a ese hijo de puta llegado el momento. Ahora descansa, amor. Mañana será un día muy largo.

La noche se deslizó de forma perezosa, y mientras el resto de La Lanza descansaba en un agitado duermevela, más de cincuenta personas desarrollaron una actividad frenética para preparar la expedición. Lo tenían todo listo para cuando se levantó la mañana, gris y plomiza, el inicio de un día que se prometía oscuro.

El Consejo había decidido que sería mejor que su salida se hiciese de forma discreta para evitar incidentes. Aunque no ocultarían a los habitantes la realidad de los hechos, solo se la comunicarían una vez que el grupo estuviese lejos de La Lanza, bien internados en los bosques. Así no se tropezarían con peticiones furiosas de padres insistiendo en que sus hijos no deberían ir a aquella misión casi suicida, ni tampoco lo contrario, que grupos de incontrolados decidiesen seguir a los exploradores para unirse a ellos y obtener antes que nadie la posible cura.

Las reacciones de la gente en estado de pánico son imprevisibles, había dicho Simon, y al viejo coronel al menos había que reconocerle su capacidad de olfatear el peligro y evitarlo a la vez que mantenía el orden.

Así pues, aquella mañana únicamente los tres Ancianos del Consejo, el jefe de Suministros y Richard como jefe de Seguridad estaban en el portón, bajo la lluvia fría, para despedir al pequeño grupo que estaba a punto de emprender el camino.

Tan solo eran seis muchachos, con edades comprendidas entre los quince y los diecinueve años. Entre ellos, como una especie de cuerpo extraño, estaba Andrea, que se removía nerviosa mientras sujetaba las bridas de uno de los dos únicos caballos que poseía La Lanza, cargado hasta arriba con todos los suministros y el material que se suponía que necesitarían para un viaje de dos semanas.

Si habitualmente Andrea tenía la sensación de no pertenecer del todo a ningún mundo —ni el de los jóvenes ni el de los adultos, y ni siquiera el de los Ancianos—, en aquella expedición sentía aquel escozor inquieto debajo de la piel multiplicado mil veces. Excepto Albert, con el que había ido fraguando una relación parecida a la amistad con el paso de los años, alimentada por la curiosidad del joven, no tenía nada en común con ninguno de los integrantes de la partida. Apenas llevaban diez minutos allí, parados bajo la lluvia, y ya había sentido en varias ocasiones las miradas clavadas en su nuca, las preguntas flotando en el aire.

Suspiró. La despedida de Héctor había sido particularmente dolorosa para ella. Mientras le abrazaba, había visto algo en la mirada del viejo profesor que le decía que aquella sería la última vez que se verían con vida. Se había separado del hombre que había sido su compañero fiel durante tantas décadas con el corazón encogido y la angustia llameando en el alma.

Si para ella aquellos días iban a poner a prueba su paciencia, para los chicos desde luego sería una experiencia compartir tanto tiempo con una Anciana, aunque su aspecto físico no se diferenciase del de ellos. Andrea tan solo esperaba que primase la curiosidad sobre la hostilidad. No le apetecía pasarse todo el camino apartada del grupo y sintiendo cómo las conversaciones se apagaban cuando ella llegaba, cosa que le había sucedido muy a menudo durante sus años en La Lanza. Aquello le hacía sentirse como un bicho raro y le desagradaba profundamente.

Entonces miró hacia la figura sentada sobre el otro corcel y una sonrisa amarga se le dibujó en el rostro. *Al menos no soy el único pez fuera del agua — se dijo—. Para ella tiene que ser aterrador.*

En el otro caballo, un pesado macho de color castaño y mirada apacible que

normalmente tiraba del arado del pueblo, habían instalado una silla de montar de aspecto complicado. Tenía un respaldo alto, una especie de cinturón de seguridad que recogía por debajo de la cintura al jinete y unas correas de cuero cruzadas que aseguraban las piernas contra los estribos. En la silla, sentada muy tiesa y con un abrigo de viaje enorme que casi le tapaba la cara, estaba Eva, la muchacha de Mecánica. Miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos y su habitual expresión dura, que no lograba ocultar el desasosiego que sentía y que se derramaba por su cara en forma de una lágrima solitaria.

Alejada de su silla de ruedas parecía aún más menuda y delicada de lo que era. Convencerla de que formase parte del grupo había sido sorprendentemente fácil. La gente de Mecánica tenía un complicado sentido del honor y de la responsabilidad.

Generaciones velando por el funcionamiento de la cada vez más precaria salud técnica de La Lanza habían creado en Mecánica y Mantenimiento un complicado *esprit de corps*, en el que primaba la máxima de «Hay que hacer lo que sea necesario para que todo siga en marcha». Y si eso significaba montarse en un enorme bicho aterrador, amarrada a aquel artefacto que parecía diseñado por un sádico, y caminar durante días bajo la lluvia, lo haría sin la más mínima queja. Ella era de Mecánica y Mantenimiento, las únicas piezas que nunca fallaban.

Pese a que había protestado por lo que consideraba un trato de favor, al final había comprendido que, si no iba a caballo, ralentizaría la marcha del grupo. Colgadas de sus alforjas llevaba dos pesadas cajas militares de acero, repletas de las herramientas que podría necesitar al llegar al complejo subterráneo. La joven las acariciaba de forma inconsciente con sus manos enguantadas, mientras a su alrededor el resto del grupo chapoteaba en el barro.

Otra cosa había sido convencer a su padre, que bajo su aspecto malhumorado y cubierto de grasa de motor tenía un corazón enorme que sufría por su hija. Una mezcla de sentimiento de culpa injustificado y de sobreprotección hacia ella provocaban que reaccionase como un jabalí herido cada vez que algo o alguien perturbaba el pequeño mundo que había ido creando para Eva en el molino. El jefe Louis tardó horas en aceptar que su pequeña estaba hecha de una pasta más dura de la que él quería admitir y que tenía una voluntad de hierro que le permitiría sobreponerse al miedo de la aventura. Aun así, no había ido aquella mañana a despedirla, aunque como jefe de sección habría tenido derecho. Lo que no tenía era valor para verla marchar sin que se le partiese el alma en pedazos.

La tercera mujer de la expedición era Erika, la joven aprendiz de Medicina. También había costado convencer a su hermana, que mantenía, no sin motivo,

que pronto iban a hacer falta todos los sanitarios posibles en La Lanza. Sin embargo, el argumento de que los expedicionarios también correrían riesgos y que necesitarían alguien que pudiese atenderlos había calado en Anna. Por eso Erika bailaba nerviosa apoyando su peso en un pie y en otro, esperando la orden de marcha, cargada con una pequeña mochila.

Los otros tres miembros de la expedición eran muchachos. Albert revisaba por enésima vez los correajes de su mochila. Su propio padre había propuesto su nombre, en parte porque pensaba que dando ejemplo sería más fácil convencer al resto, y en parte porque confiaba plenamente en sus capacidades. No se trataba solo de que estuviese en excelente forma, sino que también tenía algo de experiencia en la vida en los bosques, aunque no al nivel de los hombres de Suministros, por supuesto.

Un tipo enorme se materializó al lado de Albert, levantando pellas de barro con sus botas militares y resoplando como un buey. Con dedos sorprendentemente ágiles para su tamaño, deshizo el nudo de las cinchas de la mochila de Albert y las colocó de forma correcta.

—Aún no me puedo creer que te hayan escogido a ti —murmuró Albert mientras se colocaba el peso en la espalda—. El tipo más feo y tonto de La Lanza. Sí que debemos estar fastidiados si eres lo mejor que podemos ofrecer.

Iván le dedicó una deslumbrante sonrisa llena de dientes mientras se colocaba a la espalda su propia mochila, de largo la más grande y pesada de todo el equipo.

—Habla por ti. Soy voluntario. Además, necesitáis a alguien con fuerza para sacaros las castañas del fuego en caso de apuros, mequetrefes.

—Ya. —Albert le dio una palmada en el brazo a su amigo y sintió como si hubiese golpeado un trozo de hormigón—. Y que venga ella no tiene nada que ver, ¿a que no?

Ambos miraron un instante a Eva, encaramada en su caballo. La muchacha parecía concentrada en sus pensamientos, a un millón de leguas de allí.

—¡Claro que no! —protestó Iván—. Quiero ayudar, eso es todo.

—Por supuesto —murmuró zumbón Albert mientras su mirada saltaba al último miembro del grupo—. ¿Y qué opinas de ese?

Iván torció el gesto.

—No lo sé —dijo al fin—. A mí esos tipos siempre me han dado reparo.

Ambos contemplaron al último muchacho, que con su uniforme negro y gesto adusto estaba al lado de Leona Hun, la jefa de Suministros, atendiendo muy serio a las últimas recomendaciones que le hacía antes del largo camino.

—Marcus, recuerda vigilar todos los rastros —le decía Hun en aquel momento con su característica voz rasposa—. No solo el que dejéis vosotros,

sino también aquellos que os podáis cruzar por el camino. No olvides que el musgo, el agua, los árboles y las piedras serán vuestros aliados, y el humo, el fuego y el ruido, vuestros enemigos. Desconfía de todo lo que te suene familiar y aún más de lo que no hayas visto nunca. Mantén a toda esa gente en el camino y volved de una pieza.

—Estoy preparado —replicó el muchacho—. Lo haré bien, lo prometo.

—No me cabe la menor duda. —Leona Hun sonrió mientras le tendía su puño derecho con dos dedos extendidos—. Valor y Tesón, Marcus.

—Valor y Tesón —respondió Marcus muy serio, usando a su vez el saludo ritual de Suministros.

Era un chico de dieciocho años engañosamente flaco y de mirada profunda, de carácter flemático y tranquilo. Comenzó a revisar su fusil de asalto con el gesto metódico de quien tiene que hacer eso a diario. Leona Hun lo había presentado como voluntario y él ni siquiera había pestañeado. Albert solo le conocía de vista (los de Suministros no solían relacionarse con demasiada gente fuera de su grupo), pero le parecía el tipo de persona del que resulta difícil sacar más de tres palabras seguidas.

—Ya veremos de qué está hecho —dijo Albert por fin mientras miraba a Iván de reojo—. Venga, tenemos que salir de una vez.

No habría discurso de despedida ni escenas emotivas. Todos los que habían tenido que despedirse de alguien lo habían hecho ya. El tiempo apremiaba.

—Albert, mantén los ojos bien abiertos. —Richard se acercó a su hijo y le abrazó con fuerza—. Os vais a encontrar problemas que no podemos ni imaginar y debes estar preparado.

—Estamos más que preparados. —Albert señaló el fusil que llevaba colgado del hombro—. Estos juguetes nos mantendrán a salvo de cualquier cosa que se nos acerque por el camino.

Richard meneó la cabeza.

—No me refiero a eso, hijo. No es una cuestión de fuerza bruta, ni de violencia. —Golpeó un par de veces con su índice en la sien de Albert—. Me refiero a esto. Mantened la calma. Pensad antes de actuar. Todo depende de vosotros ahora.

El joven agachó la cabeza algo avergonzado. Los nervios del momento le habían hecho hablar sin pensar. Se prometió a sí mismo con severidad que no volvería a pasar algo así.

—Tú estás para algo más, Albert. —Richard pasó su brazo sobre los hombros de su hijo—. Tú tienes que tomar decisiones. Sois seis personas que apenas os conocéis y vais a pasar juntos un tiempo. Andrea, Erika, Iván y tú tenéis trato habitual, pero Eva apenas ha salido un par de veces de las tripas del

molino, y con respecto a Marcus..., bueno, ya sabes cómo es la gente de Suministros. Tipos raros de respuesta muy rápida. Necesito que me prometas que intentarás que la situación no se escape de tu control. Mantén las cosas calmadas. Que nadie pierda la cabeza.

—No te preocupes —contestó Albert intentando aparentar más aplomo del que tenía—. Todo irá bien.

—¿Llevas la carta?

Albert se palpó un bolsillo del pecho y un trozo de papel crujió dentro.

—La tengo aquí, a buen recaudo.

La noche anterior Hermes había escrito una carta para los supervivientes de El Cuenco, explicándoles quiénes eran los miembros de la marcha y cuál era su objetivo. Su camino hacia el complejo subterráneo los llevaría muy cerca de aquel poblado y allí podrían hacer al menos una noche segura antes de continuar su ruta. Simon y Richard habían sido muy explícitos con los expedicionarios: podrían detenerse allí en el viaje de ida, pero no en el de vuelta. No querían correr el riesgo de que por algún motivo los habitantes de El Cuenco decidiesen retener las vacunas como forma de presión contra La Lanza. Andrea había discrepado, diciendo que aquel no era momento para la política, pero Simon había sido inflexible en este aspecto.

Por su parte, Hermes se quedaría en La Lanza hasta que los expedicionarios volviesen. El joven había aceptado gustoso la invitación, sin poner ninguna queja. La excusa oficial era que su experiencia en el desarrollo de la plaga de El Cuenco sería muy importante si las cosas empezaban a ponerse feas en La Lanza, aunque Andrea sospechaba que el motivo real era mantenerle allí como rehén, en el caso de que algo no saliese bien. Le habían instalado en una de las habitaciones libres del monasterio (en los antiguos aposentos de Alphonse, para ser más exactos), y en aquel instante debía de estar roncando a pierna suelta mientras los congregados en el portón se empapaban lentamente bajo la pesada lluvia matutina.

Simon se acercó a Andrea y la apartó unos metros del grupo. El Anciano tenía una expresión tensa.

—Sé que tú y yo nunca hemos sido muy próximos —carraspeó—. Y puede que a lo largo de todos estos años no haya tenido demasiado en cuenta tu opinión. Quiero pedirte disculpas si en algún momento te has sentido menospreciada.

La joven miró de hito en hito al líder de La Lanza, intentando desentrañar el verdadero sentido de sus palabras.

—Para mí, ahora nada de eso importa, Simon. Tenemos algo mucho más serio entre manos que tus juegos de poder.

El hombre hizo un gesto con las manos como restándole importancia al tema.

—Eres una de nosotros, Andrea. Una Anciana. Una superviviente. Salva todo lo que hemos construido. —Le sujetó un brazo con vehemencia, ganándose una mirada incómoda de la muchacha—. Si esto sale mal, puede que seas la última de una raza, rodeada de una manada de críos que irán degenerando rápidamente. No están preparados y nunca lo estarán, y tú serás la única testigo de nuestra época.

«El testigo perfecto. La mezcla de inocencia y maldad correcta. Si alguna vez las cosas se salen de control...»

Andrea se soltó y sacudió la cabeza para alejar esas palabras grabadas a fuego que cada mañana la arrancaban del reino de los sueños.

—Deberías tener más fe en nuestros muchachos, Simon —contestó—. Al fin y al cabo, tú también fuiste joven un día, ¿no es cierto?

Simon guardó silencio, pensativo, y de repente apartó a Andrea un par de metros más del grupo agarrándola por un brazo.

—Dejémonos de tonterías. Sé que planeas algo —le espetó sin más con gesto torvo—. No me preguntes cómo lo sé, pero estoy seguro. Después de dos siglos y medio en este mundo, si algo se me da bien es calar el alma humana, y tú tienes algo en mente. Puede que se lo ocultes a ellos, pero no a mí.

Andrea le miró a los ojos y dejó que el tiempo se escurriese entre ellos dos como la lluvia.

—No sé de qué me hablas —contestó muy despacio—. Y en todo caso, yo también soy muy vieja, Simon, casi tanto como tú. No pienses que puedes ver en mí lo mismo que en los demás. No me pongas a prueba.

—No pienso hacerlo —contestó Simon, que se acercó a ella para darle un impetuoso abrazo, que desde lejos parecía amistoso. Cuando su boca estuvo a la altura de la oreja de Andrea, le susurró—: Pero te prometo que, como no estéis aquí en quince días, me encargaré en persona de que Héctor se vaya a reunir con Dios antes que nadie, de una forma especialmente cruel, humillante y dolorosa.

—No te atrevas a tocarlo. —Había hielo en la voz de Andrea mientras se separaba de Simon con una sonrisa lobuna en la boca—. No cometas ese error o te mataré.

—Puede ser. —Simon se encogió de hombros sin perder la sonrisa falsa—. Pero también puede ser que ya esté muerto de todas maneras cuando llegues, así que merece la pena el riesgo. Así estamos empatados, Andrea.

Los dos se miraron como dos viejos caimanes que de pronto se disputan la misma ciénaga, con cautela y odio mezclados a partes iguales. Simon llevaba demasiado tiempo controlando todo lo que sucedía en La Lanza como para

permitirse perder el poder en uno de los momentos más complicados.

—Los empates se deshacen, Simon —dijo ella al fin—. Quizá yo tenga mejores cartas que tú. Piénsalo mientras procuras que a Héctor no le pase nada.

Acto seguido se dio la vuelta y se unió al grupo, que ya esperaba impaciente a que se incorporase, con los ojos de Simon atravesando su espalda como un par de hornos de fundición al rojo vivo. Cuando estuvo entre ellos, levantó un brazo en gesto oficial de despedida y los demás simplemente comenzaron a andar a una señal de Albert.

Y así, sin ningún protocolo ni fanfarria, aquel pequeño grupo que tenía en sus manos la supervivencia de gran parte de la raza humana se echó a caminar, un triste puñado de figuras empapadas por la lluvia que chapoteaban y tropezaban en el barro del camino a medida que se alejaban de La Lanza.

A ninguno se le ocurrió volverse a echar una última mirada a su hogar. A nadie se le ocurrió levantar la vista hacia una de las ventanas del tercer piso del monasterio, débilmente iluminada.

Porque, si lo hubiesen hecho, si hubiesen mirado hacia allí, podrían haber visto la figura recortada a contraluz de Hermes, que observaba su partida.

Y entonces seguramente se habrían preguntado por qué el joven mensajero de El Cuenco sonreía de aquella manera tan poco tranquilizadora.

La lluvia arreciaba cuando por fin alcanzaron el límite del bosque y se internaron en la espesura. En cuanto se adentraron bajo el follaje, el ritmo duro pero cadencioso del chaparrón se transformó en un concierto de goterones y chorros repentinos que caían de las ramas cuando el viento las sacudía, empapando a los viajeros. Marcus, el muchacho de Suministros, estaba acostumbrado y no hacía el menor gesto, pero para el resto fue una desagradable sorpresa. No llevaban más de tres horas de camino cuando ya todos estaban calados hasta los huesos, helados y deseando estar en casa, junto a una estufa y con ropa seca.

Marcus encabezaba la marcha, unos cien metros por delante del resto del grupo, actuando como un explorador. De vez en cuando trepaba a un árbol y oteaba el horizonte, en busca de algo que los demás no tenían ni la más remota idea de qué podía ser. En ocasiones sacaba una brújula de uno de sus innumerables bolsillos, la consultaba, gruñía satisfecho, la volvía a guardar y continuaba su marcha, con el sigilo de un zorro rondando un gallinero.

Detrás venía el grueso del grupo, con los caballos en el centro, levantando pellas de barro y restos de asfalto cada vez que transitaban un tramo del camino particularmente maltratado por el tiempo. Tras ellos, a unos veinte metros, Iván cerraba la expedición y vigilaba la retaguardia. El muchacho había intentado borrar su rastro durante un buen rato hasta que había desistido, al darse cuenta de que era imposible eliminar las huellas del paso de seis personas y dos caballos cargados hasta los topes en aquel barrizal que iba creando la lluvia.

Caminaban en silencio, cada uno abstraído en sus pensamientos. De tanto en tanto sonaba algún gruñido cuando alguien metía un pie hasta el tobillo en un charco o tropezaba con un puñado de piedras sueltas, pero eso era todo. Tan solo oían el viento, el tintineo de los arneses y el ruido constante de la lluvia al caer. De repente, se escuchó un sonido agudo y corto, algo parecido al maullido de un gato.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Erika tiritando—. Parecen gemidos.

—Son las ramas húmedas de los árboles —contestó Albert prestando atención—. Cuando crecen muy juntos, las ramas se frotan entre ellas si hace viento y suenan así. No tienes nada de qué preocuparte.

—Las ramas no son lo que me preocupa —murmuró la joven—. Es todo este bosque. Da miedo.

—Aún estamos relativamente cerca de La Lanza —contestó Andrea, que marchaba al otro lado. Era la única que parecía disfrutar de la experiencia de caminar por el bosque. En cierta medida, se sentía libre por primera vez en años.

—A mí me parece muy lejos.

—Por aquí vienen a menudo las partidas de caza o los leñadores. Los animales están acostumbrados al olor de los humanos y nos conocen. Eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque ellos nos tienen más miedo a nosotros que al revés —contestó Andrea con media sonrisa—. Otra cosa será más adelante.

Guardaron silencio durante un buen rato, sin aflojar el paso.

—¿En qué vas pensando? —le preguntó Andrea a Erika, la menor del grupo, para hacerle hablar y que el miedo no la atenazara a base de intentar callarlo.

—Pensaba en mi padre. En si vendría por aquí cuando... —musitó Erika—. Siempre me he preguntado qué fue de él. Nunca he sabido si le devoró un animal salvaje, si se perdió o si simplemente... nos abandonó. La idea de que los Hostiles pudiesen haber hecho algo con él nunca me había parecido una posibilidad real... hasta ahora.

Andrea iba a tranquilizarla cuando de repente algo le llamó la atención. Habría pasado totalmente desapercibido si no fuese porque en ese momento se abrió un pequeño claro en el cielo y un rayo de sol arrancó un reflejo de un objeto brillante casi oculto bajo la maleza. La Anciana se agachó para recogerlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Erika.

—Una de las cadenas que sujetaban la capa que llevaba Kaspar, el miembro del Consejo de El Ojo que se escapó. —Le señaló el emblema que colgaba en uno de los eslabones.

Erika miró a su alrededor repentinamente alarmada.

—¿Crees que él y su socio andan por aquí?

—Lo dudo mucho. Marcus los habría descubierto hace un buen rato, me imagino. —Andrea se estremeció—. Además, sospecho que tienen problemas más graves que atender.

—¿A qué te refieres?

Por toda respuesta, Andrea le dio la vuelta a la cadena para dejar a la vista las manchas de sangre ya oxidada que salpicaban toda la pieza. Entre algunos eslabones se veían restos de piel y carne.

Albert y el resto del grupo llegaron a su altura en aquel momento. Bastó una mirada al objeto que la Anciana tenía en su mano para entender lo que significaba.

—Al final no llegaron muy lejos —murmuró el muchacho con voz amarga—. Espero que hayan reventado a gusto.

—Vivos o muertos, sus caballos nos vendrían muy bien —apuntó Iván—.

Quizá no estén muy lejos.

La idea era tentadora. Con dos caballos adicionales el grupo avanzaría mucho más rápido y estarían más descansados.

—Este bosque es muy grande —negó Albert con la cabeza—. A saber dónde están esos jacos, si es que siguen por aquí. No podemos correr el riesgo de dispersarnos durante horas buscándolos.

Justo entonces oyeron unas botas que chapoteaban cada vez más cerca. Levantaron la mirada y vieron cómo Marcus avanzaba con la agilidad de una gacela. El muchacho se movía con destreza, saltando las ramas caídas y evitando los charcos más profundos de la arruinada carretera casi sin mirar el suelo. Albert sintió una punzada de envidia al comprobar que aquel chico, entrenado desde pequeño para moverse en la espesura, se desplazaba con mucha más agilidad que el resto del grupo.

—El camino mejora un poco más adelante —musitó al llegar a su altura. Sus ojos se detuvieron un momento en el colgante que Andrea sostenía en su mano, pero no hizo el menor comentario, lo cual indicaba que ya lo había visto al pasar a su lado y que había llegado a la misma conclusión que Albert. El pragmatismo despiadado en su esencia más pura—. Según el mapa, deberíamos llegar a una zona habitada en el Tiempo de Antes en una hora.

—¿Estás seguro? —le preguntó Albert.

Marcus le miró de hito en hito, con la mandíbula tensa como un trozo de granito.

—Claro que sí. —Su tono de voz no dejaba lugar a dudas—. Nuestros mapas son impecables. En Suministros nos tomamos las cosas en serio.

Sin darle tiempo a responder, Marcus se dio la vuelta y se alejó de nuevo con pies ligeros por el camino hasta perderse de vista entre el follaje.

—Ese me da escalofríos —murmuró Erika—. Con esa mirada de pez muerto y cada vez que habla...

—Marcus es peculiar, pero toda su gente es así —asintió Andrea—. Los de negro son tipos duros... y además está de mal humor.

—¿Por qué?

—Toda su vida le han adiestrado para hacer una cosa: caminar por estos bosques, recolectar todos los materiales posibles y volver a La Lanza sin ser visto. Y de repente se ve pastoreando a un grupo sin experiencia que no es capaz de caminar cien metros sin resbalar en el camino, tropezar con la última piedra y dejando un rastro que hasta un ciego encontraría.

—Se tiene que estar volviendo loco con nosotros —asintió Erika.

Albert sonrió con amargura.

—Por el bien de todos, espero que no. Sería muy mala señal.

La mera referencia a la enfermedad hizo que de pronto el bosque adquiriese un aspecto mucho más deprimente para los viajeros. Se arrebujaron en sus impermeables y continuaron caminando, sumidos en sus pensamientos.

Pararon a comer en una encrucijada donde el asfalto aún se conservaba en buen estado y los protegía del barro. Una vieja parada de autobús de la que apenas quedaba la marquesina les sirvió de improvisado refugio cuando la cubrieron con ramas arrancadas de los árboles cercanos. Llovía demasiado como para encender fuego y además no les interesaba que el humo los delatase, así que su almuerzo consistió en las raciones frías que traían desde La Lanza y unos tragos de agua de los arroyos gorjeantes que la lluvia creaba sin cesar. Fue una comida fría, triste y desangelada.

Reemprendieron la marcha un poco más tarde y continuaron a buen ritmo durante varias horas más. La luz era cada vez más tenue y difusa y pronto les empezó a resultar casi imposible caminar sin tropezar.

Justo cuando Andrea estaba pensando en que tendrían que buscar un lugar para hacer un alto y pasar la noche, Iván silbó imitando el trino de un pájaro, con tal perfección que parecía que era un ave de verdad. Sin embargo, para el oído entrenado de Marcus, la llamada debió de resultar clara, porque mandó parar a los viajeros y se acercó al grupo a buena velocidad desde su posición adelantada, con expresión preocupada.

Se habían detenido en mitad del camino, al lado de los restos herrumbrosos de lo que un día fue una furgoneta. Una calavera cubierta de musgo verde los observaba con ojos vacíos desde una de las ventanillas, mientras el agua chorreaba sobre la chapa corroída.

—¿Qué pasa? —preguntó Andrea cuando los muchachos se acercaron.

—Nos están siguiendo —contestó Iván con la misma naturalidad con la que habría dicho «Hace mucho frío».

—¿Estás seguro? ¿Los has visto?

—No, pero los he oído. Son pocos, uno o dos nada más. Los detecté por primera vez hace unos cuarenta minutos, pero no quise decir nada hasta tener la certeza. Están cerca, a no más de seiscientos metros, calculo.

—¿Cómo puedes saber eso? Con el ruido de la lluvia y tan poca luz, quiero decir.

—Caminan con poco cuidado. —Iván se encogió de hombros—. Como si no les importase que los oyésemos. Si tienes el oído entrenado, es imposible no darse cuenta de que están ahí.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Eva desde su montura. Había permanecido en silencio casi todo el camino y las gotas de lluvia salpicadas sobre sus mejillas le daban el aspecto de un hada del bosque. Una

particularmente asustada.

—Podemos seguir andando —respondió Albert con la mente pensando a toda velocidad—. O escondernos a un lado del camino y dejarlos pasar por delante de nosotros para ver qué pretenden.

Marcus negó con la cabeza.

—Estamos dejando un rastro tan claro como el surco de un arado —murmuró—. Si nos ocultamos y el rastro en el camino desaparece de golpe, se darán la vuelta, nos los encontraremos de frente y habremos perdido el factor sorpresa. Es mejor emboscarlos.

—¿Emboscarlos? ¿Quiénes? —preguntó Albert incrédulo—. No hablarás en serio, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó Marcus lacónico—. A cincuenta metros hay una loma que es perfecta para hacer una enfilada. Tenemos tres fusiles, además de los cuchillos. Los podemos pillar en una ratonera.

—¿Y si son más de dos? —dudó Albert.

—No son más de dos —intervino Iván con rotundidad—. Estoy seguro.

Albert se pasó la lengua por los labios dubitativo. A kilómetros de la seguridad de La Lanza y con todos sus compañeros de viaje mirándole, empezó a sentir el peso de la responsabilidad. Había muchísimas cosas que podían salir mal, pero dejar que alguien desconocido los fuese siguiendo y no hacer nada no entraba dentro de lo aceptable.

—Está bien. Marcus, organiza la emboscada —dijo—. Pero que nadie empiece a disparar hasta que yo dé la señal, ¿está claro? Primero quiero que sepamos de qué se trata. Iván y yo nos colocaremos unos metros antes, para cerrarles la salida una vez que nos sobrepasen. Si podemos detenerlos antes de que lleguen a vosotros, lo haremos. ¿Todo el mundo lo ha entendido?

Marcus asintió satisfecho y salió corriendo hacia la colina con Andrea y Erika a su estela, que podían seguir a duras penas. Iván, por su parte, sujetó las riendas de los dos caballos y los hizo avanzar y retroceder varias veces en el camino, creando tal maraña de huellas entrelazadas que era imposible determinar adónde conducían. Finalmente se internó en la espesura con los animales y con Eva sujeta a su silla hasta el lugar donde se había escondido el resto.

Albert caminó hasta la cima de la loma y Marcus apareció de entre la espesura para indicarle su puesto antes de desaparecer hacia su posición. Estaban todos situados en la parte superior del camino para evitar el fuego cruzado, y desde donde él estaba no podía distinguir a ninguno de sus amigos. El rumor de la lluvia cayendo y el viento azotando las ramas de los árboles tapaba cualquier sonido que pudieran hacer. Albert encontró un hueco entre unas piedras y unos restos de ladrillo desmoronados, que alguna vez habían sido el cierre de una

finca, y se tumbó en el suelo.

Sacó el arma que llevaba colgada de su espalda y la colocó en posición de tiro. Mientras sujetaba el acero estampado del fusil apretado entre sus dedos, se dio cuenta de que jamás había disparado contra nada que estuviese vivo. Había hecho prácticas de tiro como todos los miembros de Seguridad, por supuesto, pero solo un par de veces y nunca con un arma como aquella. Las manos le empezaron a sudar a causa de los nervios y un reflujo ácido comenzó a treparle por la garganta, incontrolable.

Una sombra gris se plantó a su lado. Albert se volvió y a punto estuvo de apretar el gatillo antes de advertir que era Iván, con la cara cubierta de barro del camino y unas ramas enganchadas en su gorra. Los ojos le brillaban en medio del rostro embarrado como dos gemas relucientes a causa de la excitación.

—Va a venir por allí —indicó con un susurro—. No está a más de ciento cincuenta metros. Es solo uno, ahora estoy seguro.

—Estás como una cabra. Me has dado un susto de muerte, idiota.

Por toda respuesta, Iván sonrió y apoyó con delicadeza su fusil delante de él.

—Posiblemente sea un explorador, o quizá un rastreador de otro asentamiento —murmuró Albert también en un susurro.

—¿Qué hacemos?

Albert observó con cierto regocijo cómo todos habían aceptado su liderazgo en aquella situación de una forma natural. Aunque era Andrea la que en teoría estaba al mando de la expedición, resultaba evidente que prefería dejar que fuese él quien tomase la iniciativa.

—Intentemos capturarlo —decidió tras pensarlo un instante—. Veamos quién es.

Iván guardó silencio durante un momento.

—Nunca hemos capturado a un Hostil —masculló al final—. Ni siquiera los más veteranos del cuerpo. Son muy escurridizos y..., bueno, según dicen, no del todo humanos.

—Eso que viene ahí es totalmente humano —susurró Albert—. ¡Mira!

Una figura avanzaba por el camino con la cabeza agachada, como si fuese prestando atención al rastro de huellas que resaltaba en el barro. Ya casi no había luz y la lluvia desdibujaba las marcas con rapidez. El perseguidor llegó entonces a la zona donde Iván había hecho marchar a los caballos hacia todas direcciones y se detuvo confundido. Levantó la cabeza y continuó andando, vacilante, con un *clic-clac* metálico audible desde su cintura.

Albert cogió una gruesa rama del suelo y se llevó un dedo a los labios mientras le indicaba por señas a Iván el camino. El muchacho entendió las

intenciones de su compañero y sacó de su mochila una larga cachiporra de aspecto pesado. Luego dejó todos sus bártulos en el suelo con el mimo de quien deposita a un bebé y se acuclilló detrás de un árbol, con los músculos en tensión.

El perseguidor ya casi había llegado a su altura. Albert e Iván se miraron durante un segundo. Ambos contaron hasta tres y entonces saltaron al sendero, justo detrás del caminante.

Con un alarido, aterrizaron chapoteando en el barro mientras el intruso se daba la vuelta sorprendido. Antes de que pudiese mover ni un dedo, Iván descargó su cachiporra contra sus costillas con contundencia. El cuerpo del perseguidor misterioso se elevó unos centímetros en el aire antes de caer desmadejado en el suelo, levantando agua y pellas de barro.

Se oyó un *Ufff* apagado cuando el golpe hizo que el intruso vaciara todo el aire de sus pulmones. Albert levantó su rama para descargarla sobre la nuca expuesta del hombre y entonces, un instante antes de hacerlo, percibió un brillo dorado bajo la gorra del desconocido, el reflejo de unos rizos rubios que le resultaban muy familiares.

Albert bajó la rama y sujetó al intruso por los hombros para darle la vuelta mientras Iván, sorprendido, los observaba con su cachiporra preparada para descargar otro golpe si era preciso.

—No me lo puedo creer —masculló Albert enojado mientras le arrancaba la gorra a su perseguidor y dejaba su rostro a la vista—. Clío..., ¿se puede saber qué coño haces aquí?

Las dos primeras muertes en La Lanza se produjeron dieciséis horas después de que el grupo de exploración perdiese de vista la Valla.

Precisamente en la Valla se produjo el primer incidente, cuando uno de los hombres de seguridad, un afable grandullón de cuarenta y tres años llamado Matías, decidió que caminar por el borde exterior de la empalizada era una idea formidable. Tras dejar con mucha delicadeza su ballesta y toda su ropa doblada con esmero en un montón, se había encaramado al borde y había caminado durante cuatro o cinco minutos por un espacio no mayor de quince centímetros de ancho antes de tomar impulso y lanzarse con una sonrisa sobre uno de los postes que sostenían la alambrada electrificada.

Los que lo presenciaron dijeron más tarde que durante un instante había sido una visión entre increíble y gloriosa, un águila humana con el pelo rubio destellando bajo el sol y una expresión de gozo en la cara mientras cruzaba el aire desafiando a la gravedad. El problema fue que, en cuanto su cuerpo quedó empalado en una de las vigas de la verja, sus brazos entraron en contacto con la red electrificada y empezó a chamuscarse bajo la descarga de varios miles de voltios, restándole casi toda la belleza al momento. Hizo falta el esfuerzo combinado de cuatro personas y desconectar la red eléctrica durante una hora para poder retirar el cuerpo, o lo que quedaba de él. De hecho, se hallaba en tan mal estado que nadie consideró conveniente entregárselo a su viuda.

Con apenas veinte minutos de diferencia —el olor a carne quemada aún no se había disipado—, un porquero llamado Lucas se arrojó dentro de uno de los barreños alargados que servían de comedero a sus cerdos. Nadie encontró el cadáver hasta varias horas después, cuando comenzaron a echarle de menos, y para entonces sus cerdos ya habían devorado un buen trozo de la cara del pobre hombre.

Aquello sirvió como toque de rebato para que la gente se pusiera en marcha. Hasta entonces la idea de la plaga había sido algo más teórico que real, un terror sordo y profundo del que todo el mundo esperaba despertar como de una mala pesadilla. Aquellas dos muertes, que prometían ser el principio de muchas más, sirvieron de pistoletazo de salida.

Richard se frotó los ojos sintiéndose más agotado que en toda su vida. Los últimos dos días habían sido extenuantes, organizando la expedición y luego yendo de reunión en reunión tras la partida del grupo. Aquel ritmo infernal no tenía visos de acabar pronto.

Estaba sentado en una sala, con Victoria y Hermes, el muchacho de El

Cuenco. El resto del Consejo estaba desperdigado por toda La Lanza, preparando la transición de las funciones vitales del complejo a los aprendices más avanzados, lo cual no estaba siendo tan sencillo como habían pensado. De los ciento dieciséis jóvenes entre quince y veinte años que vivían en La Lanza, la mayoría estaba en el Servicio General, es decir, eran poco más que campesinos, leñadores y alfareros. De hecho, tan solo treinta y ocho estaban en uno de los servicios estratégicos, y en algunos, como Sanidad, Anna estaba formando a tres enfermeras (una de ellas de tan solo trece años) en un curso exprés extenuante.

Volvió a concentrar la mirada en los papeles que tenía sobre la mesa. Victoria estaba allí como representante de los Ancianos, mientras que el papel de Hermes era más ambiguo, pero todo el mundo le aceptaba como consejero de carácter excepcional. Después de una interminable reunión con la gente de Administración, calculando el monto total de las reservas de alimentos y su duración, ahora estaban discutiendo un asunto mucho más acuciante.

—La población general. Ese va a ser el principal problema, consejeros —decía Hermes en aquel preciso instante golpeando la mesa—. Según estos datos, hay cuatrocientas cuarenta personas mayores de veinte años en el Servicio General, personas que en su gran mayoría son en estos momentos más una carga que un activo.

—Estamos hablando de personas, no de objetos, muchacho —replicó Richard agriamente. Estaba cansado, irritable y con tantas ganas de dormir como de darle un puñetazo a alguien—. No te refieras a ellos así.

—Disculpe mi tono, jefe Richard, pero aunque le moleste no deja de ser cierto. Tan solo necesitamos un par de docenas para que adiestren a los de su grupo y el resto no hacen nada en este instante, aparte de consumir comida y vagabundear por ahí. En esta época del año los campesinos no tienen demasiado trabajo y constituyen un peligro. Ya se han producido los primeros casos de suicidio y es cuestión de horas que empiecen a sucederse en cascada.

—¿Y qué es lo que propones?

—Lo que dicta el sentido común —contestó Hermes con una sonrisa obsequiosa a Victoria—. Reducir al mínimo los riesgos, tal y como propuso la consejera.

Richard pudo ver cómo Victoria se estiraba un poco, pagada de sí misma. Desde el inicio de la reunión, Hermes no había dejado pasar la oportunidad de halagar el ego de la mujer, adjudicándole a ella las mejores ideas o defendiendo sus puntos de vista. Era un peloteo tan descarado que Richard se preguntaba cómo era posible que la Anciana no se diese cuenta. Supuso que, cuando alguien cree que es demasiado mejor que el resto, no le importa en absoluto que se lo estén repitiendo constantemente, sea o no cierto. Bien pensado, desde su llegada

el joven no se había separado de los Ancianos del Consejo ni un minuto.

—Lo que *proponemos*, jefe Richard —y Victoria subrayó el plural—, es concentrar a la parte superflua de la población general en un lugar seguro para ellos y para los demás. El refugio del sótano del monasterio podría ser una buena opción.

—El refugio está pensado para proteger a la población durante unas horas, consejera —contestó Richard juicioso—. No hay espacio suficiente para instalar allí a cuatrocientas personas durante quince días sin que se mueran asfixiados. Además, estarían tan apretados que, cuando... alguien sufriese un ataque, los que estuviesen a su alrededor ni siquiera tendrían adonde huir.

—¿Y la iglesia del monasterio? —dijo Victoria como si se le ocurriese de repente—. Es grande y bien ventilada. Además, está casi vacía.

—Tendríamos que improvisar algún tipo de separación física entre los grupos, crear paredes entre ellos. —Richard se estremeció—. Lo que me pide es cómo organizar una prisión.

—Yo prefiero pensar más bien en un sanatorio en cuarentena, jefe —contestó la mujer echando un vistazo de refilón a Hermes—. Creemos muchos cubículos dentro de la iglesia, individuales o por familias. Allí estarían protegidos, seguros y sin riesgo de tropiezos accidentales.

—Además —añadió el muchacho—, así sería posible limitar al mínimo el número de muertes. En una habitación cerrada con un jergón de paja y una manta no hay muchas probabilidades de que alguien se suicide.

—Y solo será por dos semanas, es más que soportable.

—¡Está bien! —gruñó Richard malhumorado—. Hablaré con Construcción, a ver qué pueden hacer. Tendrán que trabajar rápido.

—La población general puede ayudarlos —apuntó Hermes—. Al fin y al cabo, se trata de levantar varios tabiques de madera, nada más. No les costará demasiado.

—Tendremos que darles asistencia sanitaria y alimento —murmuró Richard—. Tengo que hablar con Cocinas y con Anna, a ver cómo lo organizamos.

Victoria y Hermes se miraron durante un breve segundo, pero para Richard fue revelador. *Estos dos ya habían hablado de esto antes. Me están tendiendo el lazo y no lo estoy viendo venir.*

—Yo me encargaré de eso, jefe —dijo Victoria mientras se ponía de pie—. Mientras tanto, mi ayudante...

¿Mi ayudante?

—... te comentará un tema de la mayor importancia. —Victoria se dirigió a la puerta y al pasar al lado de Richard le dio una palmada afectuosa en el hombro—. Lo estás haciendo estupendamente, jefe. Es una suerte contar contigo.

En cuanto salió de la habitación, Hermes y Richard se quedaron mirándose uno a cada extremo de la mesa. El hombre pensó desolado que, si una semana antes alguien le hubiese dicho que iba a estar sentado frente a un adolescente de otro poblado sintiendo algo parecido a la ansiedad, se habría reído de sí mismo. Pero allí estaba, esperando.

—Bueno, jefe Richard —murmuró Hermes mientras ordenaba los papeles de su lado de la mesa—. Parece que las cosas están saliendo bien.

—Eso parece. Tenemos a todos los servicios en transición y ahora también tenemos algo parecido a una solución para el General, que aunque no me gusta debo reconocer que es buena idea, así que vamos bien.

—Oh, pero no todos los servicios están haciendo los deberes a la misma velocidad, jefe —apuntó Hermes con voz suave—. Falta el suyo. Seguridad.

Richard se envaró un poco al oír aquellas palabras. Podía intuir el golpe, pero aún no lo veía venir.

—Tiene a sus órdenes a cuarenta y dos personas, doce aprendices y el resto adultos. ¿No es poca gente para proteger todo el perímetro de La Lanza?

Richard se quedó un rato pensativo, decidiendo qué era lo que podía decir en voz alta y qué debía guardarse.

—Es una discusión que llevo manteniendo años con el Consejo. Simon piensa que con la alambrada eléctrica, las ballestas y la dotación de la armería estamos más que seguros dentro del recinto. En su opinión nuestra defensa es infranqueable y con esos efectivos para patrullar las murallas y el recinto es más que suficiente.

—Pero usted no opina lo mismo, ¿verdad?

Richard meneó la cabeza.

—Esos son temas de Seguridad de La Lanza que no me siento cómodo compartiendo con un visitante, por muy... ayudante que sea, Hermes. Lo siento.

Pero tienes razón. Es del todo insuficiente. No puedo entrenar con ellos las horas necesarias, la mitad no ha disparado un arma más que unas pocas veces y la Valla se está cayendo a pedazos. Hace más de cincuenta años que nadie hace una labor de mantenimiento en serio de la alambrada y dudo que en caso de peligro pudiésemos defendernos de verdad. Creo que Simon lleva tanto tiempo al mando que ha perdido la noción de la realidad en cuanto a nuestras necesidades defensivas. Se ha vuelto confiado y blando, pero no es algo que te piense decir a ti, muchacho.

Hermes levantó ambas manos como pidiendo disculpas.

—Lo entiendo perfectamente, jefe. Era solo para saber de cuánta gente puedo disponer ahora.

Ahí viene el lazo.

—Tiene que hacer el traspaso de poderes de su propio servicio, jefe. No puede haber excepciones, y además debe dar ejemplo. —Hermes señaló la pistola que colgaba del cinto de Richard—. Y francamente, no es seguro ni para mí ni para usted que se ande paseando con eso en su estado potencial.

—¿Qué es lo que quieres, Hermes?

—Necesito que me diga en quién puedo confiar de entre sus jóvenes para que se haga cargo de Seguridad, al menos hasta que la expedición regrese. Y, perdóneme por ser tan crudo, para ocupar su sitio si las cosas no salen como queremos.

Richard asintió aliviado. Por un instante había pensado que Hermes le iba a pedir tomar en persona el control de Seguridad.

—Creo que Abel es la persona indicada —dijo tras pensar un momento—. En otras circunstancias habría propuesto a mi propio hijo, pero...

—Pero no sería correcto y además el muchacho no está aquí —le interrumpió Hermes—. ¿Qué más me puede decir de ese Abel?

—Tiene diecinueve años y es un chico lento, pero sensato. No es un líder nato, pero sabe cómo hacer las cosas bien, rápido y de forma eficaz si se le explica cómo debe hacerlas. Quizá no sea tan listo como su hermana, pero es mucho más fiable.

—¿Su hermana?

—Judith. Son gemelos, los únicos de La Lanza, que yo sepa. Ella es una chica muy lista, pero quizá un poco volcánica de más. Solicitó hace no mucho el traslado a Administración, donde estaba su padre, y creo que se lo concedieron; hace un par de meses que no está entre mis aprendices, eso seguro. Posiblemente sea lo mejor para ella —dijo para sí.

—Ya veo —musitó Hermes—. Hablaré con ese Abel de inmediato. ¡Ah! Otra cosa, jefe. Necesito que me dé la llave del arsenal. Ahora.

Richard tragó saliva.

—No creo que sea una buena idea...

—Lo que no es una buena idea, jefe, es que un grupo de adultos que se pueden volver paranoicos en cualquier momento tengan acceso a la única sala atiborrada de armas de toda La Lanza —replicó Hermes repentinamente cortante—. Y tampoco es buena idea que sus hombres se paseen por ahí cargados con fusiles de asalto. Debe dar la orden de que se los pasen a sus aprendices de forma inmediata. Mientras tanto, deberán colaborar para mantener el orden solo con las manos desnudas y buenas palabras. Es mejor para ellos y para todo el mundo.

Richard le observó receloso.

—¿Por qué debo darte el control de la armería a ti? ¿Por qué no a Abel, por

ejemplo?

—Porque yo tengo autoridad plena por parte de su Consejo, como sin duda ya le han hecho saber. Porque soy el único de este pueblo que ha atravesado una experiencia similar y solo yo puedo evitar que cometan los errores que cometimos en El Cuenco. Porque cada hora es preciosa. Porque, si quieren salvar sus vidas y las de sus vecinos, debería hacerme caso en vez de perder el tiempo discutiendo conmigo, algo que sabe que va a acabar haciendo. Así que deme esa llave de una vez, por favor.

Y el lazo se cerró, en un visto y no visto. Acabo de perder el control del Servicio de Seguridad a manos de este chaval.

Durante un instante estuvo tentado de ignorar la petición. Mejor aún, mandar al carajo a aquel crío presuntuoso, darle un par de sopapos y salir de la habitación con un portazo. En vez de eso, apretó los labios y se sacó por la cabeza la cadena de la que pendía la llave de la armería. Tan solo él y Simon tenían una como aquella. Ahora su copia quedaba en las manos de un muchacho de diecisiete años a quien ni siquiera conocía dos días atrás.

—Sabe que es la decisión correcta, jefe. —Hermes se guardó la llave en un bolsillo satisfecho—. Ahora vaya a avisar a Abel, por favor, y a su hermana Judith. Quiero hablar con los dos.

Hermes se volvió y enterró la mirada en los papeles que tenía sobre la mesa. Richard tardó un momento en darse cuenta de que la conversación había terminado y que Hermes le daba por despedido. Se levantó despacio, con las sienes palpitando.

—Una última cosa, jefe. —Hermes habló sin dirigirle ni una mirada—. Su pistola. Déjela aquí, por su seguridad.

Richard depositó su arma con cuidado sobre la mesa y el cargador extra que llevaba en el cinturón. Después se dio la vuelta y salió de la habitación en la que había entrado como jefe de Seguridad, transformado, al menos temporalmente, en un simple ciudadano de La Lanza.

Mientras avanzaba por el pasillo, sintiendo de forma dolorosa la falta de peso de la pistola en su cintura, se preguntó por primera vez si todo aquello no se les estaría yendo de las manos muy rápido.

Demasiado rápido.

—¡Clío! ¿Se puede saber qué coño haces aquí?

Albert sacudía a su primo de la misma forma que haría un león enfadado con un cachorrito especialmente travieso. Iván los observaba perplejo, sin entender muy bien qué sucedía. En aquel momento llegaron a su altura el resto de los expedicionarios atraídos por el ruido de la conversación.

—¡Te podíamos haber matado! —Albert señaló el fusil que Marcus sostenía cruzado sobre su pecho—. ¡Te podía haber pegado un tiro con una de esas cosas antes de que te diese tiempo a decir hola! ¡Joder! ¿En qué estabas pensando?

—Lo-lo si-si-siento, Albert —tartamudeó el muchacho al borde de las lágrimas, mientras se sujetaba las costillas en el lugar donde Iván le había propinado el golpe—. No quería quedarme en el poblado. ¡Quería ir con vosotros! ¡Es la mayor aventura que jamás tendré la oportunidad de vivir!

—¡Esto no es una aventura, Clío! ¡Es algo muy serio! ¡La supervivencia de cientos de personas depende de nosotros! ¡No se trata de un juego, caramba!

—Déjalo, Albert. —Andrea apartó a Clío a un lado y le palpó todo el cuerpo para comprobar si estaba herido—. Le estás aterrorizando.

—¡Y es lo que se merece! —contestó el muchacho furioso—. ¡No debería estar aquí! Ha puesto su vida en peligro y la de todos nosotros sin necesidad.

—Eso ahora no importa. —La Anciana se encogió de hombros—. ¿Hace cuánto que nos sigues, Clío?

—Desde que partisteis de La Lanza. Tengo una salida secreta. He caminado siguiendo vuestro rastro todo el día. —Su rostro se iluminó—. Ha sido muy fácil. ¡Creo que soy un gran rastreador!

—Hasta un ciego podría haber seguido nuestro rastro con este tiempo —refunfuñó Iván—. No hay ningún mérito en ello.

—Tiene que volver —murmuró Marcus colocándose de nuevo el fusil al hombro—. No puede venir con nosotros.

—No podemos hacerle volver ahora —replicó Andrea—. Es de noche y estamos a todo un día de marcha de La Lanza. Sería mandarlo a una muerte segura.

Albert bufó exasperado. Quería con locura a su primo, pero su presencia allí suponía una carga adicional a la que ya sentía sobre sus hombros.

—¿Y qué hará Clío con nosotros, aparte de meterse en líos? Antes de que nos demos cuenta, se separará del grupo siguiendo un faisán, o se quedará atrás entretenido con alguna ruina del Tiempo de Antes o pensando en las musarañas. No quiero pasarme todo el camino deteniéndonos para buscarle.

—¡Te prometo que no me separaré del grupo, Albert! —suplicó el chico—. ¡Ni te enterarás de que estoy aquí! Bueno, quiero decir que sí te enterarás, porque ayudaré en todo lo que me pidas. Recogeré leña y prepararé el campamento y cargaré el equipo y cocinaré y...

Albert bufó una vez más, pero se dio por vencido, consciente de que no podía dejar a Clío a su suerte en medio de los bosques.

—Vaya, vale. No te voy a mandar de vuelta, pedazo de bobo. Pero me tienes que prometer que caminarás pegado a mí todo el rato.

—Como una sombra, Albert —respondió Clío con ojos luminosos—. Te lo prometo.

Erika, que estaba observando la escena con una sonrisa, se envaró de repente. Había rodeado a los dos primos, en ese momento estaba detrás de Clío y la expresión alegre se había congelado en su boca.

—Clío, ¿qué es eso que llevas en la espalda?

—¿En la espalda? —contestó confundido—. ¿A qué te refieres?

Albert sujetó a su primo por una manga y, cuando le dio la vuelta sin contemplaciones, una maldición se le escapó de la boca mientras un ramalazo de pánico reptaba traicionero por su columna vertebral.

En medio de la zamarra de Clío alguien había dejado una marca de pintura roja. Era una mano humana, perfectamente definida, que aún chorreaba algo de pintura por los bordes. Brillaba de manera siniestra bajo la luz de las linternas, como una mancha de sangre fresca. Albert la tocó con la punta del dedo y la olisqueó. Tenía un aroma químico, penetrante, pero con algo más que no podía identificar. Le quitó la chaqueta de un tirón y le mostró la marca a su primo.

—¿Habías visto esto antes? ¿Lo has hecho tú?

Clío, que tiritaba de frío, palideció al observar la marca.

—¿Yo? ¡No! No tengo ni idea de cómo...

—¿Te has encontrado a alguien por el camino? ¿Has hablado con alguien?

—¡No! ¡Te juro que no he visto a nadie! ¡He estado solo todo el rato! ¡No sé cómo...! —Entonces enmudeció al advertir las implicaciones de sus palabras. Se puso aún más pálido y su tiritona se acentuó—. Albert, alguien me ha tocado —musitó entre asombrado y muerto de miedo—. Y no me he dado cuenta.

—¿Estás seguro? ¿No recuerdas nada?

Clío frunció el entrecejo recordando.

—Hubo un momento, hace unas dos horas —murmuró—. Tropecé con algo en el camino. Al principio pensaba que había sido una raíz, pero no pude encontrar nada. Me caí por un terraplén y entonces sentí..., pero pensé que me lo había imaginado. Allí no había nadie, Albert, estoy seguro.

—Está claro que sí había alguien, Clío —contestó Albert mientras le

alargaba de nuevo la chaqueta a su aterido primo, que se la puso rápidamente pese al reparo que le producía la mancha en forma de mano—. La pregunta es quién.

—Los Hostiles —masculló Iván con convicción—. Solo ellos se pueden mover así en el bosque.

—Nos están vigilando. —Andrea miró en todas direcciones, tratando de horadar en vano la negrura que los rodeaba—. Nos han estado vigilando todo el rato.

Guardaron silencio mientras los haces de luz de las linternas perforaban la oscuridad de la noche. Tan solo lograron divisar las siluetas de los árboles y los ojillos brillantes de un conejo que se alejó asustado cuando el rayo de luz le enfocó. Marcus había vuelto a destrabar el seguro de su arma y tanto él como Iván se habían arrodillado, espalda contra espalda, alertas y tratando de atravesar las sombras.

—Si nos están vigilando, ¿por qué no nos han atacado? —susurró Erika inquieta—. ¿No se supone que eso es lo que hacen los Hostiles?

—Nadie sabe muy bien qué hacen los Hostiles —contestó Albert—. Hace ochenta años que no se sabe nada de ellos. A saber cómo piensan.

—Nos están evaluando —dijo Eva aún montada en su caballo. Su voz sonaba infinitamente frágil—. Es como cuando me traen una máquina que no funciona y cuyo mecanismo desconocemos. Primero la observo durante un largo rato para saber qué debo hacer con ella. Eso es lo que están haciendo, descubrir qué somos.

—Pues no les demos motivos para pensar que somos una amenaza —contestó Andrea—. Marcus, Iván, bajad las armas.

—¿Cómo?

—Haced lo que os digo. Si están ahí, nos podrían haber liquidado y no lo han hecho por algún motivo. Ni nos hemos enterado de su presencia.

—Quizá aún no nos han localizado —murmuró Marcus reacio.

—Si Clío nos ha encontrado, ellos también. Esperemos a ver qué quieren, si es que se ponen en contacto.

—Quizá no lo hagan. Quizá estén esperando a que nos vayamos a dormir para abalanzarse sobre nosotros.

—Quizá, pero mientras tanto deberíamos montar un campamento para pasar la noche. Ha dejado de llover y estamos agotados. Haremos varios turnos de guardia y aguardaremos a que se haga de día para continuar. ¿Alguien tiene una idea mejor o pretendéis que recorramos este bosque a oscuras?

Todos negaron con la cabeza y al cabo de un momento se encontraban muy atareados organizando el vivac. Cuando Marcus encendió una hoguera, se alzó

un murmullo de alivio entre los expedicionarios. El fuego era débil y la madera húmeda producía demasiado humo, pero aun así era el primer calor que recibían en todo el día, de forma que se apiñaron a su alrededor para combatir el frío y secar la ropa. Al cabo de unos minutos, un montón de prendas desprendían columnas de vapor al lado de las llamas y ellos daban cuenta de la primera comida caliente de la jornada.

La noche pasó sin ningún incidente. Si los Hostiles (o quien fuese) estaban todavía allí, no habían considerado necesario interrumpir el descanso de los expedicionarios. Por la mañana, mientras recogían el campamento, Marcus recorrió varias veces el perímetro en busca de huellas, pero no pudo encontrar nada concluyente. Al final, cargaron todo sobre los caballos y arrancaron de nuevo, bajo un cielo preñado de nubes negras pero que aún no descargaba lluvia.

El día transcurrió sin demasiadas novedades. El tiempo había ido mejorando poco a poco y el bosque les parecía cada vez menos ominoso, a medida que se acostumbraban a sus ruidos y su frondosidad. Ya habían recorrido una distancia considerable desde La Lanza y la presencia de animales era cada vez más abundante. Por eso cuando montaron el campamento al caer la noche, después de su segundo día de marcha, los ánimos estaban más relajados. La preocupación por sus familias y amigos estaba siempre ahí, flotando como un mal olor persistente por debajo de las conversaciones, pero los muchachos trataban de obviarlo, como si de una manera tácita todos hubiesen acordado no decir en voz alta nada que les recordase a los que dejaban atrás, aunque de vez en cuando las miradas perdidas y pensativas decían mucho más que cualquier cruce de palabras. Cenaron unos conejos a la brasa que Marcus había cazado, junto con un montón de setas de aspecto apetitoso a las que Erika había dado su aprobación. Esa noche incluso se descubrieron a sí mismos riendo alrededor de la hoguera y Clío los dejó boquiabiertos cuando se arrancó a cantar una tonada con una voz sorprendentemente prodigiosa. Cuando se echaron a dormir, calientes, secos y con el estómago lleno, sintieron por primera vez un hálito de confianza. Todo saldría bien.

El tercer día de marcha arrancó como los anteriores. Poco a poco habían ido creando una pauta en el grupo. Marcus caminaba delante, de avanzadilla, mientras Iván cerraba la marcha. Delante del primero de los caballos marchaba Albert, tirando de las riendas del ruano que cabalgaba Eva y controlando al inquieto Clío, que pese a sus fervorosas promesas del día anterior brincaba excitado cuando tropezaban con los cada vez más numerosos restos del Tiempo de Antes. En una ocasión se quedó atascado dentro del chasis oxidado de una camioneta y tuvieron que detenerse quince exasperantes minutos para lograr sacarle de allí, con el consiguiente enfado de Albert.

Tras ellos marchaban Andrea y Erika, una extraña pareja separada por dos siglos, pero que a primera vista podrían pasar por dos amigas haciendo una excursión. La joven doctora había ido perdiendo la timidez a medida que pasaban las horas y comenzaba a disfrutar de la presencia tranquila y silenciosa de Andrea a su lado. Poco a poco habían empezado a conversar, o más bien era Erika quien bombardeaba a preguntas a la Anciana, que respondía de forma lacónica por lo general.

Cruzaron un tramo de carretera totalmente levantado por las raíces de los árboles en un carril, pero que en el otro se mantenía en tan buen estado que hasta conservaba la pintura. En una cuneta, sobre una vieja y enorme valla publicitaria que permanecía en pie de milagro, alguien había pintado hacía poco una mano parecida a la de la chaqueta de Clío. La contemplaron en silencio al pasar a su lado, pero nadie hizo ningún comentario. La sensación de estar siendo vigilados era intensa, como un picor persistente en la espalda que no se puede rascar. Y sin embargo, nada se lo confirmaba a ciencia cierta.

—Andrea —murmuró Erika mientras cruzaban un pequeño arroyo apoyándose la una en la otra para no perder el equilibrio—. ¿Qué son los Hostiles? Todo el mundo habla de ellos como si tuviesen muy claro de qué se trata, pero yo no tengo ni idea.

Andrea parpadeó un par de veces y observó a la muchacha.

—No me extraña. Creo que podrás oír tantas versiones como personas tengas delante, pero no deberías hacer caso a ninguna de ellas. La mayor parte son tonterías y cuentos para asustar a los niños.

—Pero tú sabes lo que son de verdad, ¿a que sí? Los Hostiles, quiero decir... ¿Los has visto?

Andrea guardó silencio y durante un buen rato siguieron caminando. Entonces suspiró y se volvió hacia la muchacha.

—Habrás oído muchas estupideces. Hay quien dice que son fantasmas de los muertos del Tiempo de Antes, los espíritus de los Ancianos fallecidos o monstruos que beben sangre y solo salen por las noches. Yo creo que simplemente son humanos, como tú y como yo. Gente que, en vez de vivir en asentamientos como La Lanza, ha decidido vivir en los bosques y en las ruinas de las ciudades. Pero no puedo estar segura.

—¿Y eso por qué?

—En primer lugar, porque nunca he tenido a ninguno delante, lo cual no deja de ser extraño. En doscientos años ninguna de nuestras patrullas ha conseguido atrapar a ninguno o ni siquiera traer con ellos algún cadáver. Lo único que sabemos es que están aquí fuera, que no les gusta cruzarse con nosotros y que creen que las antiguas ciudades les pertenecen.

—¿Qué hay en las ciudades?

—Nada, ese es el problema. Son sitios realmente peligrosos, con miles de edificios en ruinas, pocos manantiales de agua potable y sin ninguna fuente de alimentos.

Erika frunció el ceño pensativa.

—Pero a cambio tienen a su disposición toneladas de restos de la gente de Antes. De la gente de tu tiempo, Andrea. Miles de artefactos que les pueden hacer la vida más fácil. Quizá están mucho más avanzados que nosotros y por eso no podemos verlos.

Andrea negó con la cabeza con cara de frustración.

—Si tuviesen acceso a toda esa tecnología, nos habríamos enterado hace tiempo. Sus motores harían ruido, veríamos sus aviones volar por el cielo y la gente de Comunicaciones habría captado alguna transmisión entre ellos. Si realmente estuviesen reconstruyendo la civilización de Antes, podrían haber tomado La Lanza y el resto de asentamientos en menos de un par de días con una facilidad insultante, y sin embargo no lo han hecho. Es más, las expediciones que se han internado en las ciudades no han encontrado nada aparte de ruinas, miles de esqueletos convirtiéndose en polvo y toneladas de plásticos rotos y metales corroídos. Además, nada explicaría cómo se las arreglaron para sobrevivir al Colapso. Solo los habitantes de los asentamientos de todo el mundo estaban vacunados contra la Gran Plaga y nunca fuimos demasiados.

—Entonces..., ¿tú qué crees?

Andrea se encogió de hombros y repitió su primera respuesta:

—Pienso que son seres humanos como tú y como yo... porque es la explicación más lógica, simplemente. Pero hay demasiadas cosas que no entiendo.

—¿Como qué?

—¿Cómo se las han apañado para sobrevivir durante dos siglos aquí fuera, por ejemplo? O el motivo por el cual parecen haber desaparecido durante los últimos ochenta años. Antes se acercaban a La Lanza y robaban las cosechas de los campos, incluso alguna vez se colaron dentro de los graneros. Pero hace décadas que, de repente, desaparecieron. Es como si se los hubiese tragado la tierra.

—Hasta ahora. —Erika señaló con la barbilla la huella roja en la chaqueta de Clío, que correteaba de acá para allá unos pasos por delante de ellas.

—Hasta ahora —asintió Andrea meditabunda—. Y esa es otra cosa que no entiendo.

En aquel momento oyeron unos murmullos excitados en la cabeza del grupo. Las dos jóvenes apuraron el paso y llegaron a la altura de Albert y

Marcus, que comentaban algo en lo alto de un cerro.

Andrea subió con esfuerzo los últimos metros y cuando llegó a la cima se le escapó una exclamación de asombro.

A sus pies, en el fondo de un valle curiosamente redondo y profundo que le daba su nombre, estaba El Cuenco, el poblado de Hermes. Docenas de pequeñas figuras hormigueaban por sus calles, sin reparar en que el grupo las observaba desde lo alto de aquella colina. Pero no fue eso lo que había provocado su asombro. A apenas unos doscientos metros de las primeras casas, sobre un llano, un enorme montón renegrado lanzaba hacia el cielo una espesa columna de humo.

E incluso desde allí se podía adivinar que aquel montón crepitante estaba formado por cientos de cuerpos humanos que se iban reduciendo poco a poco a cenizas.

—Abel, Judith, encantado de conocerlos. Pasad, por favor.

Hermes salió desde detrás de su mesa y se acercó hacia los dos hermanos con una sonrisa destellante. Le tendió la mano a la pareja que observaba cohibida las viejas habitaciones de Alphonse, ya transformadas en un despacho espartano, con una mesa, unas pocas sillas y toneladas de documentos y papeles repartidos por todas partes.

—Tenía ganas de saber si son ciertas todas las cosas buenas que he oído de vosotros dos. ¿Queréis tomar algo?

Los gemelos negaron con la cabeza mientras tomaban asiento. Fuera se oyó el golpe seco de algo que caía y el murmullo de varias personas discutiendo y lanzando imprecaciones.

La Lanza parecía una colmena de rugiente actividad. En los dos últimos días todos los habitantes habían visto alteradas de parte a parte sus rutinas y de una manera casi inapreciable se había ido desplazando la actividad, primero del exterior de la Valla al recinto protegido y más tarde al interior del monasterio. El viejo edificio, habitualmente un lugar tranquilo, estaba atestado de gente que iba de un lado a otro, atareada en una misión contrarreloj.

Y de vez en cuando pasaban cosas, cosas de las que nadie quería hablar demasiado, pero que les recordaban cuál era el motivo de aquella locura y lo desesperado de su situación.

Judith y Abel se miraron de reojo. A ninguno se le escapaba lo extraño que resultaba aquello: Hermes era un par de años más joven que ellos —diecisiete recién cumplidos frente a los diecinueve de los gemelos—, pero su repentina entrada en el Consejo y su forma de hablar, con un aplomo que le hacía parecer mayor, cambiaba de manera sutil el equilibrio de poder. Para Abel era algo normal asumirlo y dirigirse a él con el respeto que merecía su nuevo cargo, tuviese la edad que tuviese, o viniera de El Cuenco, de El Ojo o de dondequiera que viniese. Pero Judith nunca había sido tan dócil como su hermano y en su lenguaje corporal se adivinaba una tensión contenida.

—Tengo aquí vuestros expedientes. —Hermes dio un golpe sobre un par de delgadas carpetas que estaban sobre la mesa—. Y hay algo que me llama la atención. Vuestra madre pertenece al Servicio de Seguridad, pero vuestro padre al Servicio de Administración, ¿por qué los dos escogisteis la primera opción y no la de vuestro padre?

Se hizo un silencio incómodo y ambos hermanos se miraron. Abel era un muchacho fuerte con un brillante pelo color ébano que se peinaba hacia atrás,

dejando la frente despejada. Tenía un cuello grueso y una mirada bonachona en unos ojos tan oscuros que casi parecían dos gotas de alquitrán. Su nariz respingona y corta se movía nerviosa cuando estaba inquieto, como en aquel momento, dándole la apariencia de un setter a punto de levantar el vuelo de unos patos para que el cazador les disparase.

—Bueno —arrancó con voz dubitativa—. Servir en Seguridad me parecía mucho más interesante que estar archivando papeles, señor.

—No me llames señor, solo llámame Hermes. Aquí todos somos iguales. ¿Y tú, Judith? ¿Lo hiciste también para escapar del papeleo?

Judith le miró y se tomó su tiempo para responder. Físicamente era lo más dispar a su hermano que se podía imaginar. Era delgada, de pecho alto y firme y de piel pecosa y suave como la crema. Su larga melena le caía sobre los hombros trazando tirabuzones traviosos, enmarcando un rostro ovalado y armonioso. Tan solo sus ojos, de un oscuro intenso, le hacían pariente de su hermano, con la diferencia de que su mirada tenía un punto perturbador. Cada vez que los posaba en algo que le interesaba daba la sensación de que un fuego abrasador, con un punto insano, salía de ellos.

—Me apunté en Seguridad para aprender a defenderme —contestó sin moverse y clavando sus pupilas en Hermes—. Quería saber manejar un arma.

—¿Te sentías amenazada?

La muchacha hizo un gesto indescifrable y se encogió de hombros.

—Todos estamos amenazados, de una manera u otra.

Hermes se levantó y se acercó pensativo a la ventana. Tras unos segundos volvió junto a la mesa y le extendió un papel a Abel. El muchacho lo sostuvo como si estuviera hecho de trilita en vez de fibra.

—Me han dicho que eres la persona indicada si quiero que unas instrucciones se cumplan a la perfección. Que no piensas mucho y que cumples lo que se te ordena.

—Estoy en Seguridad, señ... Hermes. Mi obligación es cumplir las órdenes de mis superiores.

Hermes sonrió como si encontrase aquella respuesta muy divertida.

—Pues resulta, Abel, que ahora yo soy tu superior en mando, como puedes ver en ese papel —dijo con voz suave—. Quiero que reúnas a todos los aprendices de Seguridad mayores de catorce años y que les comuniques que tú estás al mando del servicio mientras no se resuelva esta situación de crisis. Eso que tienes ahí es el documento oficial del Consejo, con el sello de Simon, autorizándote. Los mayores de veinte años deben entregaros las armas y el control de la Valla de manera inmediata.

—¿Yo? O sea, sí, pero... ¿qué dice el jefe Richard de esto?

—El jefe Richard está ocupado en otros asuntos mucho más importantes en este instante y además es un hombre de cuarenta años. A todos los efectos, y por culpa de la plaga, es una bomba de relojería andante que puede estallar en cualquier momento. El Consejo ha dado su autorización y tenéis que ser vosotros los que os hagáis cargo de todo.

Abel se removió incómodo en la silla mientras manoseaba la nota.

—No sé si estamos preparados, señor, quiero decir, Hermes. Apenas somos una docena y yo soy el mayor..., solo tengo diecinueve años.

—Alejandro Magno heredó el reino de su padre con tan solo veinte años y construyó uno de los imperios más grandes de todos los tiempos —replicó Hermes sonriente—. No necesito que construyas un imperio ni que dirijas un reino. Tan solo te pido que mantengas el orden junto con los muchachos durante un par de semanas. ¿No te ves capaz?

—Claro que sí, Hermes. No sé quién es ese Alejandro, pero estoy seguro de que podré hacerlo. —Abel se hinchó un poco y dejó caer las últimas palabras con orgullo—. Mi madre, el jefe Richard y todos los mayores me han preparado bien, igual que al resto de los chicos. No decepcionaremos al Consejo.

—En eso confío. Ahora ve, el tiempo corre.

Abel se levantó de un salto y salió de la habitación dando un portazo involuntario, fruto de la emoción, que hizo tintinear las copas de cristal colocadas en una mesa. Hermes estaba convencido de que, antes de que le diese tiempo a sentarse de nuevo tras la mesa, el joven ya estaría bajando las escaleras, con la cabeza encendida y deseoso de cumplir su cometido.

Judith no se había movido ni un poco durante la breve conversación y se había limitado a taladrar con la mirada a su hermano y a Hermes. Cualquiera otro se habría sentido inquieto bajo los ojos de la muchacha, pero Hermes parecía extrañamente complacido. Rodeó la mesa y se sentó en el borde, a tan solo unos centímetros de la muchacha, que ni pestañeó. En vez de eso, esbozó una tenue sonrisa, como si compartiese una broma secreta.

—Le has manejado muy bien, debo reconocerlo —dijo ella al cabo de un momento—. Pero eso no es difícil. Abel es un buen chico, que siempre está deseando obtener la aprobación de los demás.

—¿Y quién no? —El joven rio con un brillo chispeante en los ojos.

—Sí, ¿quién no? —repitió ella en tono burlón.

—Ya lo sospechaba. Tú eres distinta al resto, ¿verdad?

—¿Por qué no me dices qué es lo que quieres de mí? —contestó ella ignorando la pregunta—. Todo el mundo quiere algo y estoy segura de que tú no eres una excepción.

Hermes la contempló en silencio y se tomó un buen rato antes de responder.

—¿Qué opinas de tu hermano? ¿Crees que hago bien confiando en él para una misión tan importante como llevar la seguridad de La Lanza en estos momentos?

Judith hizo un gesto despectivo y se estiró en la silla, tensando la camisa sobre sus pechos. Satisfecha, observó que los ojos de Hermes se desviaban por un segundo.

—Es como un buen perro de caza, pero nada más. Desde que era pequeño, Abel se ha desvivido por cumplir al pie de la letra lo que dicen las Normas. En ese sentido, si lo que buscas es a alguien que obedezca ciegamente, creo que has acertado. Si lo que pretendes es poner a alguien con iniciativa y talento al frente del Servicio de Seguridad, entonces creo que te equivocas. Hay quien nace para servir y quien nace para mandar, y Abel es de los primeros. Yo no soy así. Conmigo no te va a ser tan fácil, Hermes.

—¿Ah, no? ¿Qué es lo que tú quieres, Judith?

Ella se encogió de hombros y cruzó las piernas. Sus rodillas se tocaron, pero ninguno de los dos se movió ni un centímetro.

—Quiero muchas cosas, pero no sé si un recién llegado, que además es dos años más joven que yo, puede dármelas.

Hermes rio quedamente, disfrutando del intercambio verbal. Le estaba gustando mucho aquella chica.

—Vivimos un momento muy interesante, en el que están pasando muchas cosas a la vez —dijo al fin—. Es en estos momentos donde la gente realmente ambiciosa puede conseguir sus objetivos, y yo necesito gente ambiciosa..., por si acaso.

—¿Qué quieres decir?

—Todo el mundo tiene sus esperanzas puestas en esa expedición que partió hace unos días. Yo por mi parte no tengo tan claro que vaya a tener éxito. Vengo de un sitio donde los mayores también se aferraron a esperanzas vanas y por culpa de eso y su falta de previsión cuando murieron casi nos arrastran al caos con ellos. Hay docenas de cosas que pueden fallar en esa idea alocada de encontrar un montón de viejas vacunas polvorizadas y caducadas. —Hermes empezó a enumerar con los dedos—: Desde que no puedan llegar a ese sitio, que no sabemos si existe, a que no puedan volver o que esas vacunas ya no estén. Eso por no contar con el hecho de que pueden ser totalmente inefectivas, en el caso de que las encuentren, claro. Hay que pensar a largo plazo.

—Y tú piensas a largo plazo.

—Por supuesto que sí. Esto es algo que no puedo compartir con Simon ni con ninguno de los carcamales del Consejo de La Lanza, pero la posibilidad más alta ahora mismo es que dentro de unas semanas estén todos muertos. Mientras

sigan aferrados a la esperanza de que la salvación llegará en forma de providencial vacuna, no serán capaces de pensar a largo plazo.

—¿Insinúas que tienen un error de perspectiva?

—No lo insinúo —replicó Hermes—. Estoy seguro. Su horizonte está en dos semanas, no en dos meses ni en dos años, y necesitamos gente en La Lanza que pueda ocupar puestos de responsabilidad si eso sucede. Gente que pueda pensar. Como tú.

—Como yo —contestó ella con una mirada indescifrable.

Sus ojos se cruzaron con los de Hermes y durante un momento interminable sus miradas quedaron trenzadas, ajenas a la conversación, al ruido del exterior y a todo lo que los rodeaba excepto a aquel instante.

—¿Qué opinas de los adultos de La Lanza? —preguntó Hermes de repente, como si se le acabase de ocurrir—. ¿De los adultos, en general? Y cuando hablo de adultos me refiero a los mayores de veinte años.

—Hay unos cuantos que son buena gente, como Anna o el jefe Richard, pero la mayoría son poco más que ovejas, dispuestos a hacer lo que diga el Consejo sin rechistar. —Su gesto se endureció de golpe—. Después hay otros que se merecen reventar con toda esta mierda y estoy deseando que llegue la hora.

Hermes se inclinó hacia delante, su cabeza a pocos centímetros de la de Judith. Desvió la mirada hacia el expediente que seguía encima de la mesa y se tomó un buen rato para formular la pregunta.

—Algo de lo que pone ahí tiene que ver con eso, ¿verdad?

Si Judith quedó sorprendida, no lo exteriorizó. Sin embargo, tardó un largo minuto en contestar, mientras el fuego enloquecido de sus ojos alcanzaba una nueva dimensión que amenazaba con abrasarlo todo.

—Mi padre me violó por primera vez cuando tenía siete años. —Su voz sonaba extrañamente neutra, como si estuviese hablando de otra persona—. Al principio se limitaba a colarse en mi habitación por las noches y me abrazaba y acariciaba, pero luego fue cada vez a más hasta que, por fin, un día que llegó borracho y mi madre estaba de guardia en la Valla, me desnudó y me folló. Yo solo tenía siete putos años.

Hermes asintió pensativo mientras colocaba como distraído un mechón de pelo de Judith detrás de una de sus orejas. La muchacha ni lo advirtió, atrapada en sus recuerdos.

—Al principio yo pensaba que eso era lo normal, que era lo que hacían todos los padres con sus hijas, pero un día, con nueve años, me hizo daño. Estuve sangrando durante dos días, demasiado confusa y avergonzada como para contárselo a nadie, hasta que por fin me armé de valor y fui junto a mi madre,

con mis braguitas llenas de sangre en la mano. ¿Adivinas lo que pasó?

—No te creyó.

—La muy zorra me acusó de habérmelo inventado todo, de querer ganar protagonismo con una historia peregrina que lo único que conseguiría sería hacer daño a mi padre y destruir nuestra familia. Pensaba que tenía celos de mi hermano y que pretendía llamar la atención. —Judith meneó la cabeza con una mirada escalofriante—. Estoy segura de que supo desde el primer momento que yo decía la verdad, pero prefirió no creerme y vivir en su mundo alternativo, donde esas cosas no pasan, antes que afrontar la realidad. La muy cerda.

—¿Y tu hermano?

—Ya has visto cómo es. Abel es bueno, nada que ver con esa bestia desgraciada que es nuestro padre, pero es tan corto de miras como mi madre. No podía recurrir a él, de la misma manera que no podría recurrir al gato de nuestro trastero. Así que no le dije nada.

—Pero acudiste al Consejo. —Hermes dio un golpe sobre el expediente—. Le contaste lo que pasaba.

—Por supuesto que lo hice —musitó amargamente Judith—. Acudí a Simon, al líder del Consejo. Un día al caer la tarde le expliqué lo que sucedía y le rogué que hiciese algo. Lloré, me puse de rodillas y supliqué. Simon me dio buenas palabras y una palmadita en la espalda y me prometió que tendría una charla con mi padre y que llegaría al fondo del asunto. No sé qué fue lo que hablaron, pero esa misma noche mi viejo me dio una paliza que casi me mata. Al día siguiente cumplía diez años y ya podía alistarme en el servicio y así lo hice. Abandoné la escuela y me fui a vivir a los barracones, donde al menos estaba a salvo de aquel animal. Durante años mi padre siguió libre como si tal cosa, hasta que el muy cabrón reventó de fiebres hace tres veranos, y durante todo ese tiempo ni mi madre ni Simon movieron nunca un dedo para ayudarme. Jamás.

—Crees que te dejaron a tu suerte —musitó Hermes deslizándose detrás de Judith y susurrando en su oído—. Que no te protegieron.

—¡Era una niña y nadie hizo nada por mí! —Sus ojos lanzaban fuego—. Comprendí que estábamos en un mundo malo, sucio y podrido, donde se taparían entre ellos con tal de no hacer frente a sus propios pecados, donde sus deseos e intereses estarían por encima de los de una niña a la que nadie creería. Ese día me di cuenta de que tenía que ser más fuerte que ellos si quería sobrevivir. Fuerte y lista, para cuando llegase mi momento.

—Tu momento...

—Mi momento. Quizá todo esto está pasando por algo. Quizá todo esto tiene algún sentido y los dioses existen pese a todo. Durante años recé y rogué hasta que desistí agotada. Pensaba que nadie me escuchaba, que nadie prestaba

atención a lo que sentía dentro de mi pecho.

—Yo lo hago, Judith. —Hermes sujetó el mechón de pelo de la muchacha una vez más y se volvió hasta quedarse frente a ella, a menos de cinco centímetros, sus alientos mezclándose—. Yo te escucho. Y ha llegado el momento de cambiar las cosas, de hacer justicia. De dar comienzo a un mundo nuevo, donde las viejas costumbres del pasado no tengan cabida. Un mundo donde la pureza de los jóvenes no se vea contaminada por el hedor despreciable de los Ancianos ni las costumbres enfermizas de los adultos. Te necesito a mi lado, para las cosas que van a venir.

Judith asintió, de pronto sonriente. Se estiró como una gata y acarició despacio el rostro de Hermes con el dorso de la mano, en un gesto lento y suave que le produjo un escalofrío.

—Puede que sí tengas cosas interesantes que ofrecerme al fin y al cabo, Hermes —susurró—. Y si ha llegado la hora de que todos esos cabrones revienten y se vayan directos al infierno, entonces te prometo que yo misma te ayudaré, si es necesario, a darles el último empujón con tal de verlos caer al vacío.

Los expedicionarios se acercaron lentamente a las primeras casas del extrarradio de El Cuenco sin perder de vista las enormes piras funerarias que se alzaban en el campo. Desde allí podían ver que los catafalcos estaban formados por una especie de sándwich macabro de cuerpos y troncos de madera dispuestos en ordenadas capas. Eran varias piras, algunas de las cuales ya habían ardidido hasta quedar reducidas a una montaña de cenizas y huesos ennegrecidos, pero otras aún estaban en pleno proceso de montaje.

Un grupo de críos de no más de nueve años empujaba fatigosamente una carreta en la que se apilaban al menos una docena de cuerpos. Los muchachos apenas podían con el peso de la carreta y tropezaban entre ellos mientras la arrastraban hacia la pira más cercana. A su lado, un chico un poco más mayor, delgado y con orejas de soplillo, les ladraba órdenes y los azuzaba. La carreta tropezó con una piedra y de repente uno de los cadáveres cayó como un muñeco desmadejado por un lateral y se quedó doblado en una posición extraña sobre el barro.

El chico mayor se puso furioso y descargó una lluvia de golpes sobre los pequeños, que se apresuraron a recoger el cuerpo para depositarlo de nuevo sobre la carreta. Justo en ese momento uno de ellos levantó la mirada y descubrió al grupo que se aproximaba y entonces dio un grito de alarma. En pocos segundos, los chicos corrían en desbandada hacia El Cuenco, dejando la carreta abandonada y a los expedicionarios con cara de perplejidad.

—Bienvenidos a El Cuenco —murmuró Albert con sorna amarga mientras miraba a su alrededor—. Cualquiera diría que no se alegran de vernos.

—A mí me da la sensación de que los hemos asustado —contestó Andrea.

—Sea lo que sea, pronto saldremos de dudas. Mira, ahí viene el comité de bienvenida.

Un grupo peculiar se acercaba a los expedicionarios, aunque llamarlo *grupo* era inexacto. Más bien se trataba de una pequeña multitud abigarrada que se aproximó sin orden alguno hasta detenerse a unos diez metros de distancia.

Ambos bandos se observaron a través de la tierra de nadie durante unos momentos, expectantes, sin estar seguros de quién tendría que ser el primero en hablar.

—Fíjate —susurró Albert al oído de Andrea—. No son más que niños.

Frente a ellos se agrupaban unas treinta personas cuya edad media no debía de estar más allá de los quince años. Una cohorte de adolescentes ceñudos y armados hasta las cejas se apiñaba en el centro, rodeados de una caterva de críos

que apenas llegaban a los doce años. En medio de ellos incluso se podían ver algunos niños de cuatro o cinco años que miraban con los ojos muy abiertos a los recién llegados y se aferraban con cara de susto a las faldas de algunas chicas. En general, estaban bastante demacrados y a la mayoría no le iría mal un baño con carácter urgente. Uno de los pequeños incluso se paseaba medio desnudo en el frío penetrante del atardecer.

Al final, alguien pareció decidirse en el grupo de El Cuenco y una muchacha se adelantó. Llevaba una pistola sujeta a la pernera derecha y empuñaba una lanza en la mano izquierda. Con la melena pelirroja suelta alrededor de la cara y el viento de la tarde azotando su ropa parecía una especie de diosa guerrera. Los expedicionarios la contemplaron con cierto asombro hasta que se detuvo a apenas un par de metros de ellos.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

Andrea se adelantó a su vez. No podía haber mayor contraste entre la pelirroja guerrera y ella, envuelta en un cómodo abrigo de viaje y con la mochila a la espalda.

—Venimos desde La Lanza. —Levantó ambas manos para mostrar que no llevaba nada en ellas—. Sabemos todo lo que ha sucedido aquí, la plaga, la muerte de los adultos, todo. Hermes llegó hasta nuestro poblado y nos contó vuestra experiencia. Venimos en son de paz.

Los ojos de la pelirroja se abrieron un poco al oír el nombre de Hermes y titubeó. Dirigió la mirada hacia su grupo y la piña de adolescentes del centro se abrió para dejar pasar a una extraña figura. Era un muchacho bajo, delgado y de aspecto frágil, pero emanaba una energía que obligaba a todo el mundo a centrar la atención en él. Arrastraba un poco la pierna izquierda al andar, aunque lo disimulaba con un paso ágil. Su pelo era rubio pajizo y tenía un rostro alargado que remataba con una discreta perilla.

—¿Venís de parte de Hermes? ¿Traéis noticias suyas? —exigió saber.

—Tenemos una carta de su puño y letra.

Albert abrió el bolsillo de su chaquetón y le tendió el documento a la amazona pelirroja, que lo recogió con recelo, como si temiese que aquel pedazo de papel se fuese a convertir en un monstruo que le comiese una mano. La muchacha se volvió hacia el chico bajito y le tendió la nota. Este rasgó el sobre y ojeó rápidamente la misiva. Su mirada se elevó de la nota a los expedicionarios y en su boca se dibujó una amplia sonrisa.

—Sed bienvenidos a El Cuenco. —Abrió los brazos como tratando de abarcar todo lo que veían—. Lamentamos no poder ofrecer una recepción con más estilo, pero como podéis comprobar tenemos una serie de problemas que resolver.

Andrea miró de reojo las piras ardientes de cadáveres y se estremeció. El grupo de muchachos de la carreta había vuelto al trabajo y estaban al lado de uno de los montones, apilando cuerpos con toda naturalidad. Los mayores, más fuertes, sacaban los cuerpos de la carreta y los levantaban, y los niños más pequeños correteaban sobre los cadáveres colocándolos en la posición correcta. Inmutables, en sus caras no se dibujaba la más mínima expresión.

—Me llamo Julien —dijo el chico bajito—. Y soy el líder de El Cuenco, o de lo que queda de él. Si sois amigos de Hermes, sois nuestros amigos.

—¿Eres el líder del Consejo?

Julien meneó la cabeza.

—En El Cuenco ya no hay Consejo, estoy yo, y de momento llega y sobra. —Sacudió la nota de Hermes en el aire—. Tú debes de ser Andrea, si no me equivoco. La Anciana.

Ella asintió con cautela.

—Venid con nosotros. —Julien se volvió hacia la aldea, cuyas primeras luces empezaban a encenderse—. Aquí hace demasiado frío y estaréis cansados.

—Te lo agradecemos, Julien. La verdad es que...

—Solo un pequeño detalle —dijo Julien ignorando la frase de Andrea y señalando con la carta a los fusiles que colgaban del cuello de Marcus e Iván—. Vuestras armas. Necesitamos que nos las entreguéis en depósito mientras estéis en El Cuenco. Es por precaución, nada más. En cuanto os vayáis os las devolveremos, tenéis mi palabra.

Los aludidos se removieron inquietos, nada dispuestos a cederlas. Indecisos, miraron alternativamente a Albert y a Andrea. Al final, Albert le tendió su fusil a un pequeñuelo de unos ocho años, que lo sujetó a duras penas y se lo llevó hasta el corazón de su grupo. Los demás imitaron el gesto del muchacho y en un minuto sus armas estaban envueltas en una manta que cuatro críos levantaban con esfuerzo del suelo.

—No podemos confiarnos, ni siquiera con los amigos —se justificó sonriendo Julien—. Vivimos tiempos convulsos.

Echaron a caminar hacia el poblado, el grupo de expedicionarios apiñados alrededor de sus caballos y la pequeña multitud rodeándolos con excitación. Cuando entraron en las primeras calles, Andrea y los suyos tuvieron que contener una exclamación de asombro.

El Cuenco nunca había sido tan grande y próspero como La Lanza, pero su aspecto en aquel momento dejaba bastante que desear. El polvillo negro del carbón de la mina cercana, sobre la que giraba toda la actividad del poblado, teñía las paredes de las casas de un tono negruzco y sucio, que mezclado con la lluvia había ido dejando largos chorretones mugrosos que nadie se molestaba en

limpiar. Algunas casas habían ardido hasta los cimientos y el olor a quemado de la madera de sus paredes se mezclaba con otro olor, parecido pero más intenso, que llegaba flotando desde las piras que ardían en las afueras. El barro del suelo tenía también un color más oscuro y en una esquina dos perros famélicos peleaban entre gruñidos por algo que sobresalía de un montón de basura.

Según avanzaban, más y más muchachos se fueron acercando al grupo, primero con temor y más tarde con abierta curiosidad al ver que no parecían constituir una amenaza.

Se dirigían hacia una enorme estructura de ladrillo y acero que dominaba todo el poblado como un gigante entre una tribu de pigmeos. Sobre un lateral del alto edificio aún se podían leer unas enormes letras de un rojo desvaído y casi borrado por el tiempo que afirmaban que aquello era propiedad de Industrias Carboneras Reunidas.

Los accionistas de aquella sociedad llevaban siglos transformados en polvo, pero el viejo y enorme edificio de administración, que había sido también vivienda de los mineros, se mantenía en bastante buen estado. Con el paso de las décadas, los sucesivos habitantes de El Cuenco le habían ido añadiendo adosados y extensiones, con lo que el aspecto era bastante pintoresco visto desde cerca. Parecía que a la vieja gran nave industrial le habían surgido una serie de pequeños satélites por todas partes, incluido el tejado a dos aguas, sobre el que se levantaban varias torres de vigilancia ocupadas por chicos que apenas llegaban al parapeto.

Un par de muchachos que aún no habían cumplido los diez años montaban guardia en la puerta principal, ataviados con unos cascos mineros que les quedaban grandes y unas cartucheras que les pendían de los costados. Cada uno de ellos sostenía un reluciente rifle de asalto, sin duda la posesión en mejor estado de todas las que llevaban encima. Al ver a Julien se cuadraron y dieron un taconazo en un remedo aproximado de un saludo militar que habría invitado a la risa o a la compasión si no fuese por su mirada ligeramente extraviada.

A Andrea la primera imagen que se le vino a la cabeza fue la de los niños soldados de las viejas guerras africanas del Tiempo de Antes. Muchachos que apenas podían sostener un arma, pero que a base de consignas, fanatismo y el empujón adicional de alcohol y drogas se transformaban en una máquina de matar muy barata. Se preguntó de dónde habría sacado Julien la idea, pero no llegó a formular la cuestión, porque en aquel momento entraron en el edificio, mientras los adolescentes del grupo central de Julien espantaban a patadas a los más pequeños.

Tardaron un rato en habituar la vista a la luz mortecina que había dentro de aquella sala. El Cuenco no disponía de luz eléctrica y todas las lámparas eran de

aceite, lo que impregnaba el aire de un olor denso y ligeramente dulzón.

—Os daremos unas habitaciones para que os instaléis —indicó Julien—. Sé que la tradición dicta que deberíamos hacer un banquete esta noche, pero me temo que no os esperábamos y no tenemos nada preparado.

—Tenemos nuestras propias provisiones —replicó Albert—. Con una cama seca y un techo para pasar la noche será más que suficiente. Mañana debemos partir muy temprano.

—Vuestra misión, claro —contestó Julien obsequioso—. Ya lo he leído. De todas formas me gustaría hablar un minuto contigo y con la Anciana antes de que os retiréis. Tenemos mucho que contarnos unos a otros.

El grupo se detuvo al pie de unas escaleras y allí se separó. La amazona pelirroja condujo a los expedicionarios hasta la planta superior, con Eva agarrada de manera precaria a la espalda de Iván mientras subían por los escalones. Andrea y Albert los vieron desaparecer en silencio y cuando se quedaron a solas se volvieron hacia Julien, todavía rodeado de varios de sus niños soldado.

—Acompañadme, por favor.

Le siguieron a través de unos pasillos laberínticos hasta llegar a lo que en algún momento debía de haber sido el despacho del director de la mina y más tarde algún tipo de sala del Consejo. Habían retirado una monstruosa mesa de madera de caoba hacia una esquina y el suelo estaba cubierto de colchones y cojines de aspecto mullido. De las paredes colgaban cortinas drapeadas sacadas de algún lugar remoto y en un rincón un carro de cocina rechinaba bajo el peso de numerosas botellas de alcohol y comida.

—Habéis montado un sitio cómodo —comentó Andrea en tono admirativo mientras se dejaba caer en uno de los cojines—. Parece el palacio del sultán.

—Si fuese el palacio del sultán, tendría un harén, y yo no veo nada de eso por aquí, ¿verdad? —replicó Julien zumbón mientras daba una palmada.

Dos muchachas bonitas y bastante más limpias que los críos que habían visto en el exterior se apresuraron a servirles una copa de un líquido rojizo a cada uno. Albert se removi6 inc6modo, con la mente alerta, mientras le daba un sorbo. Torci6 el gesto. No era vino, sino un licor de alta graduaci6n ligeramente rebajado con agua.

—¿C6mo va todo por aqu6, Julien? —pregunt6 Andrea—. Hermes nos cont6 lo que hab6a sucedido en El Cuenco, pero no pod6amos adivinar que las cosas estaban tan mal. Por lo que hemos visto, la situaci6n no es muy halagüena.

Julien dio un largo trago a su copa hasta vaciarla por la mitad. Entonces chasque6 la lengua satisfecho y se retrep6 en su montaa de cojines.

—Oh, todo lo contrario, la situaci6n es mejor que nunca.

Andrea y Albert se miraron como si no hubiesen o6do bien.

—¿Mejor que nunca? Ahí fuera he visto a algunos niños que parecían perritos abandonados, Julien.

—Ahí fuera has visto a personas libres, Anciana. Gente que no tiene que plegarse a normas de obediencia heredadas.

—¿Perdona?

Julien se inclinó hacia delante y juntó los dedos de las manos hasta formar un hueco.

—Cuando todos los mayores de veinte años desaparecieron de repente, nos encontramos ante un reto. Había que retomar la senda de la normalidad, decían, lo antes posible y tratando de que se perdiese lo mínimo en el camino. Crearon un Consejo de cinco personas en el que estaba yo incluido, para que, y cito literalmente, «la obra de doscientos años de generaciones de El Cuenco no se perdiese». ¡Vaya tomadura de pelo!

Julien escupió en el suelo.

—Lo cierto es que doscientos años de esfuerzos de nuestros antepasados no nos habían conducido muy lejos. —Señaló hacia una de las ventanas cubiertas por una ligera pátina de hollín—. ¿Os ha llamado la atención lo que habéis visto ahí fuera? Pues os puedo asegurar que no es muy distinto a lo que podríais haber visto si os hubieseis pasado por aquí hace dos meses. Un pueblo de mierda, con un clima de mierda y esa mina de mierda de la que todos están colgados como un cachorro de una teta.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que, cuando llegó la plaga, lo primero que pensamos es «oh, joder, se van a morir todas las malditas gallinas y las palomas». Pero, de repente, en cuestión de días los más viejos empezaron a caer, uno detrás de otro. Pensamos que era el fin. —Apretó los puños con un gesto amargo—. Y de repente descubrimos que veinte era el límite. Que los veinte marcaban la frontera. Y eso nos daba una oportunidad.

—Una oportunidad de sobrevivir —dijo Albert—. Por eso estamos de camino...

—No de sobrevivir. —Julien negó con la cabeza—. O al menos no solo de sobrevivir. Es también una oportunidad de cambiar las cosas, de poner el contador a cero, de empezar a construir un mundo diferente.

—¿A qué te refieres?

Julien se puso en pie y se acercó a una de las mesas que parecía a punto de desplomarse bajo el peso de una montaña de libros del Tiempo de Antes, y cuyo papel se veía amarillento. Dio una palmada sobre ellos antes de volverse hacia los dos visitantes.

—Desde que se produjo el Colapso no hemos hecho más que intentar

sobrevivir, arrastrando una vida que es cada vez más miserable. Hace un rato me decías que ahí fuera la situación no era «muy halagüeña». Esa es la situación que llevamos soportando demasiado tiempo. Estábamos viviendo en un mundo de mentira, como niños que juegan a ser adultos en casa de sus padres cuando estos están de viaje, reproduciendo esquemas, formas de actuar y de pensar que están muertas desde mucho antes de que naciósemos. O al menos, desde mucho antes de que naciósemos la mayoría de nosotros, Anciana.

Andrea frunció el ceño, pero no dijo nada. Los ojos de Julien brillaban exaltados.

—Quizá lo estábamos enfocando mal y el resurgimiento de la epidemia no sea más que una nueva oportunidad de cambiar el rumbo —dijo Julien—. De empezar de nuevo, esta vez haciendo las cosas bien.

—No te sigo. ¿Qué quieres decir cuando hablas de «hacer las cosas bien»?

—Hablo de olvidar de una vez las estructuras sociales que nos encorsetaban. —Dio una nueva palmada sobre los libros—. Me estaba preparando para ser miembro de Administración cuando la plaga comenzó de nuevo. Me he pasado años estudiando la manera supuestamente correcta de hacer las cosas, tal y como se hacían en el mundo de Antes y que debíamos tratar de replicar. Una organización basada en servicios, en transmitir los conocimientos del viejo mundo, en hacer, en definitiva, que el legado de la vieja sociedad del siglo XXI no se perdiese.

Dio dos pasos rápidos hasta el centro de la sala, mirando directamente a Andrea y Albert.

—Pero ¿os habéis parado a pensar qué sucedería si todo eso no fuese más que un gigantesco error? La historia del ser humano está llena de luchas codiciosas por el poder, por los recursos, por imponerse a los demás y a la propia naturaleza. Es una historia que está llena de clases, donde un grupo dirigente se aposenta sobre una masa que tiene que luchar día a día para sobrevivir. Nuestros antepasados estaban demasiado atrapados por sus esquemas mentales y sociales para desprenderse de sus ataduras. La sociedad que fundaron nuestros Ancianos después del Colapso se basaba en los mismos principios porque no eran capaces de pensar de una forma distinta, pero ahora..., ah, ahora las cosas han cambiado por completo. Ahora tenemos la oportunidad de ser libres.

Andrea sintió un nudo en el estómago que se iba apretando a medida que Julien hablaba. No le gustaba el cariz que estaba tomando aquella conversación.

—Ahora somos una sociedad de gente joven, llena de energía y fuerza, libres de los convencionalismos del pasado. Podemos hacer lo que queramos, cuando queramos y como queramos, porque ya no hay nadie que esté ahí para decirnos que eso está mal o que no es la manera correcta de hacerlo.

—¿Quieres renunciar a todos los conocimientos acumulados tras milenios de experiencia? —preguntó incrédula—. ¿Te refieres a eso?

—Claro que no. —Julien hizo un gesto despectivo—. Hay un montón de cosas que aún son muy útiles, pero hay otras que ya no son necesarias. Además, las circunstancias han cambiado. Hemos de ser conscientes de que, con una esperanza de vida de veinte años, tenemos que hacer las cosas de otro modo si realmente queremos sobrevivir como especie.

—¿Y quién decide eso?

—De momento yo, por supuesto —replicó Julien—. Y cuando llegue mi hora de internarme en los bosques a morir, alguien me sustituirá.

—Es descorazonador. ¿Qué incentivos tenéis para pelear cada día?

—¡Levantar un mundo nuevo! ¡Está todo por hacer! Por ponerte un ejemplo, en El Cuenco ya no existe el concepto arcaico de *familia* que habíamos heredado del viejo mundo de Antes. Ahora, todos pueden estar con todos, sin ataduras en forma de matrimonio o pareja. Si quisieras acostarte con cualquiera de los chicos del poblado, podrías hacerlo sin que nadie te mirase mal, porque el concepto de *pareja* ya no tiene ningún sentido para nosotros. Los niños ya no son de sus padres, sino de todo el poblado, que tiene la obligación de cuidarlos y criarlos como si fuesen suyos. De hecho, en cuanto empiecen a nacer nuevos niños, la idea es separarlos de sus padres biológicos nada más nacer, para que se críen en la escuela-guardería comunitaria que estamos organizando para los más pequeños. Cuando crezcan, y si viven lo suficiente para ello, no tendrán modo de saber quiénes son sus padres y así todos los niños serán criados de la misma manera, en igualdad absoluta. Serán hijos de El Cuenco, los primeros humanos de una nueva forma de vida.

—Eso va contra todos los instintos humanos, Julien. No puedes romper el vínculo entre una madre y un hijo tan solo porque pienses que debes hacerlo. No funcionará.

—Claro que lo hará. De la misma forma, todos los bienes de la aldea pasarán a ser colectivos, pero no al estilo desmañado y antiguo del viejo comunismo. —Vio que los ojos de Andrea se abrían ligeramente por la sorpresa y Julien no pudo reprimir una sonrisa—. Sí, conozco el significado de esa palabra, Anciana. No he vivido en los tiempos antiguos, pero conozco bien su historia. Mientras me preparaba, he tenido la oportunidad de leerme a fondo un montón de historia antigua. Ahora no se trata de colectivizar nada, sino de permitir que cada uno haga lo que quiera. Se acabó eso de tener un trabajo determinado o de pensar que una casa le pertenece porque haya invertido mucho tiempo construyéndola. La supervivencia del poblado está por encima de esas consideraciones.

—Pero ¿cómo conseguirás que eso funcione? ¿Quién coordinará todos los esfuerzos? ¿Cómo conseguirás que los trabajos esenciales para la comunidad se hagan, si cada uno puede escoger libremente lo que hace en cada momento? ¿No ves que tu plan tiene fallos importantes?

—¡No lo entiendes! ¡Es que ya no hay trabajos esenciales! —La voz de Julien vibraba con la emoción—. Eso es una trampa mental que habíamos heredado del tiempo de nuestros antepasados. Estamos rodeados de un mundo lleno de recursos, un mundo ubérrimo y sin amenazas, ahora que los mayores ya no están. Lo único que tenemos que hacer es estirar la mano y coger los frutos que nos regala la naturaleza y vivir una vida corta pero intensa, disfrutando de su auténtica esencia. ¡Ser libres!

—Vive deprisa, muere joven y deja un bonito cadáver —musitó Andrea sacudiendo la cabeza mientras Albert asistía desubicado a aquel intercambio de pareceres—. Es un concepto nihilista de la vida, Julien. La priva de toda trascendencia y significado.

—¡No estoy de acuerdo! Solo tenemos veinte años para disfrutar de esta existencia, Anciana. Quizá el hecho de que tú seas una de las pocas excepciones, si no la única, te hace perder la perspectiva. Ahora todos sabemos que, cuando cumplamos los veinte años, nuestro destino será internarnos en los bosques para morir, pero mientras tanto ¿qué sentido tiene hacer de nuestra existencia una carga tediosa y plana? ¿Por qué no disfrutar intensamente de cada momento? ¿Por qué no permitir la realización plena de cada ser humano? ¡Ese es el ideal!

Julien se detuvo jadeante, su pequeño cuerpo irradiando energía, con la mirada fervorosa del iluminado que cree haber encontrado la solución. Sus palmas se abrían y cerraban en un gesto automático y su piel se había perlado de pequeñas gotas de sudor. Andrea le contempló con serenidad, no exenta de tristeza, y se puso en pie, a su vez, para situarse a pocos palmos del líder de El Cuenco.

—Todo eso está muy bien, pero te olvidas de algo, Julien —comenzó a decir con voz suave—. De algo tan importante y fundamental que me sorprende que lo hayas pasado por alto. Te olvidas del auténtico sentido de la existencia humana. No vivimos tan solo para buscar nuestra felicidad, como tú pregonas, sino que además, de forma consciente o inconsciente, tratamos de dejar un mundo mejor para aquellos que nos siguen. La historia de la humanidad es una lucha constante desde el principio de los tiempos para mejorar nuestro conocimiento, nuestras condiciones de vida y nuestra experiencia como raza para que podamos llegar aún más lejos. En eso consiste ser humano, en mejorar, no simplemente en vivir una vida intensa.

—¡No tenemos que mejorar ni llegar más lejos! ¡Vamos a morir con veinte

años! ¡Todos nosotros!

—Si privas a tu gente de ese objetivo a largo plazo, los privas de su auténtica esencia. —Andrea suspiró—. Nos aupamos en los hombros del trabajo de nuestros padres como ellos se auparon en el de los suyos, para poder llegar más alto. No digo que tengamos que volver a ser lo que éramos antes del Colapso. Aquel mundo tenía muchos fallos y muchas cosas injustas, pero la naturaleza humana es así, imperfecta. Lo que tú planteas es egoísta y mezquino.

—Y tú ¿qué propones? ¿Intentar salvar los restos de ese viejo mundo imperfecto?

—No, propongo salvar a nuestros padres, a nuestras madres, y sobre todo darnos una nueva esperanza de vida. Que podamos vivir cuantos más años mejor. Por eso vamos en busca de esa vacuna.

—La vacuna —silabeó Julien con desprecio—. Ya lo he leído en la carta de Hermes. Vuestro propio sueño estúpido. No creo que exista tal vacuna ni que podáis llegar a ella, pero no podemos correr riesgos innecesarios, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —Albert se levantó de golpe anticipando la respuesta.

—No puedo permitir que sigáis con esa búsqueda. Si tuvieseis éxito, todo por lo que estamos luchando se vendría abajo. Volveríamos a un mundo dominado por los mayores, por los Ancianos y por las reglas del viejo mundo trasplantadas al nuestro. No puede ser. No lo permitiré.

—Entonces...

—Entonces, amigos —Julien les dedicó una enorme sonrisa socarrona—, consideraos nuestros invitados a largo plazo, al menos hasta que vuestro viaje ya no tenga ningún sentido. Dejaremos que la plaga haga su trabajo de forma total y después seréis libres de iros adonde os plazca. En un nuevo mundo, esta vez de verdad.

Cuando cerraron la puerta justo a su espalda, Clío no había podido reprimir un sobresalto. Por su carácter inquieto, no llevaba demasiado bien estar confinado en un espacio cerrado y se había estado revolviendo como un zorro en una trampa durante un largo rato, poniendo de los nervios a todo el mundo. Al final le habían obligado a sentarse, hasta que la cerradura rechinó de nuevo para dejar paso a Andrea y Albert, que entraron con el rostro demudado.

—¡Menos mal que habéis llegado! —dijo Clío—. No nos han dejado salir de esta sala en ningún momento y hasta han cerrado con llave por fuera. ¡Es como si nos tuviesen prisioneros!

—Es que somos prisioneros —replicó su primo con mirada sombría antes de relatarles la conversación que habían tenido con Julien apenas un momento antes.

Los expedicionarios escucharon con atención y, si alguno de ellos se vio sorprendido por el plan de Julien, no dio pruebas de ello. Andrea se dio cuenta al observarlos de que había una diferencia importante entre los muchachos de La Lanza y los críos que habían tomado el control de El Cuenco, una especie de madurez serena que los ayudaba a no perder los nervios. O puede que tan solo fuese que ellos eran un grupo escogido con una misión concreta y que por eso aquel discurso no les afectaba.

Aún no habían visto morir a sus mayores, aún no habían presenciado el desmoronamiento del mundo que conocían. Todavía no se habían sentido solos y desamparados. Con un escalofrío comprendió que aquella manera de entender la vida resultaría muy tentadora a muchos jóvenes de La Lanza en cuanto empezasen a perder a sus seres queridos a consecuencia de la plaga. Es en los tiempos de crisis cuando los discursos proféticos ganan más adeptos, y el mensaje de Julien era demasiado bueno como para dejarlo pasar.

—Esa es la situación —terminaba de contar Albert en aquel instante—. Así que tenemos que aceptar el hecho de que a todos los efectos ahora somos rehenes de la gente de El Cuenco. Hay que planear cómo salir de aquí de inmediato.

—Un segundo, Albert —le interrumpió Andrea—. Antes de eso quiero hacer una pregunta a todos.

Sintió que la observaban intrigados. Temía hacer aquella pregunta y al mismo tiempo sabía que era imprescindible.

—Habéis oído lo que os ha contado Albert. Ya sabéis cuál es la verdad que se esconde detrás de la vida en El Cuenco. Puede que a alguno de vosotros no le

parezca descabellado, que piense que Julien tiene razón. No me atrevo a afirmar que tengamos la verdad absoluta de nuestra parte, si os soy sincera. Quizá estemos equivocados y en El Cuenco tengan la razón. Quizá haya llegado la hora de dejar ir una vieja forma de ver la vida para abrazar otra nueva. Entiendo que algunas de las propuestas de Julien pueden resultar muy tentadoras y tal vez alguno de vosotros tenga dudas. Si es así, este es el momento de decirlo.

Se hizo un silencio espeso mientras todos los muchachos se observaban entre sí, dudando sobre quién debería hablar antes que los demás. Fue Eva, con su aspecto engañosamente frágil, la primera en tomar la palabra.

—Mi padre está en La Lanza —se estremeció un poco—. Se ha pasado todos estos años luchando para que yo tuviese una oportunidad de disfrutar de las cosas bellas y de vivir mi propia vida. Cuando nací nadie apostaba por mi supervivencia, pero él se empeñó. Sacrificó parte de su felicidad por mí. Se lo debo a él. Se lo debo a toda La Lanza. Tenemos que salvarlos si está en nuestra mano.

—Yo hice el juramento hipocrático —murmuró Erika enrojeciendo de golpe—. Se supone que no debería hacerlo hasta ser doctora, pero Anna me obligó a hacerlo de todas formas. No puedo dejar que haya gente que muera si puedo impedirlo. Y además hay demasiadas personas en La Lanza a las que quiero y me importan. Yo sigo.

Iván carraspeó ruidosamente y se rascó la cabeza antes de responder.

—Albert, no me jodas —dijo como si fuese su amigo y no Andrea quien había hecho la pregunta. Se encogió de hombros—. Me conoces, caray.

—¿Y tú, Marcus?

Todos se volvieron hacia el muchacho delgado que estaba en una esquina, lejos del resto, muy concentrado en raspar el barro de sus botas, como si todo aquello no fuese con él. Al ser interpelado apoyó las botas en el suelo y suspiró.

—Soy de Suministros. —Señaló el emblema cosido en la manga de su mono de color negro como si aquello lo explicase todo—. En doscientos años nadie de nuestro servicio ha dejado a ninguno de los suyos en la estacada y yo no voy a ser el primero. Seguimos.

—Nunca le había oído decir tantas palabras seguidas —susurró Clío de forma demasiado audible.

Marcus se volvió hacia el muchacho y esbozó lo que parecía un amago de sonrisa.

—Me importa una mierda lo que cuente el Julien ese —gruñó—. Por mí como si están follando como conejos y emborrachándose todo el día. Haremos lo que tengamos que hacer y punto.

Albert y Andrea suspiraron aliviados, sintiendo que se quitaban un peso de

encima. Sin aquel tipo silencioso y efectivo dudaban que pudiesen tener alguna oportunidad de llegar al complejo. Y sin Eva y Erika nunca lograrían las vacunas y regresar luego con éxito al campamento.

—¿Y tú, Clío? —Albert se volvió hacia su primo—. ¿Tú qué dices?

—Yo voy adonde tú vayas, Al. —Se encogió de hombros como si cualquier otra alternativa fuese demasiado absurda como para contemplarla.

—Entonces estamos todos de acuerdo —asintió—. Tenemos que salir de aquí.

—Pues no va a ser fácil —gruñó Marcus señalando hacia la única abertura de la estrecha sala—. Esa ventana tiene rejas por fuera de tres centímetros de grosor y están clavadas en el muro a conciencia. Y además estamos en un tercer piso.

—Y esa puerta es muy gruesa como para que podamos intentar derribarla —musitó Albert con desaliento—. Además han dejado un par de guardias fuera.

Una sensación fría de desaliento los recorrió. Estaban atrapados.

—A lo mejor no hace falta tirar la puerta —dijo Eva de repente con su voz suave—. Puedo abrir esa cerradura si me conseguís una tira de alambre largo y duro y unas cuantas horquillas.

Los demás la miraron estupefactos.

—¿Qué? —Eva sonrió—. Cuando era pequeña mi padre me enseñó a desmontar viejas cerraduras para arreglarlas y ponerlas de nuevo en funcionamiento. La mitad de las llaves de La Lanza han pasado por mis manos. Es mucho más divertido que hacer puzles.

Iván silbó por lo bajo, con media sonrisa que solo se cortó cuando Albert le dio un ligero codazo en el costado.

—Aquí tienes las horquillas. —Erika le tendió un puñado mientras soltaba su melena con un meneo de cabeza elegante.

—Y yo tengo tu trozo de alambre, seguro. —Clío rebuscó en su zurrón arrojando sin contemplaciones un montón de sus pequeños tesoros por el aire mientras buscaba. Al final sacó un par de tiras de latón de unos dos centímetros de ancho con un gesto de triunfo—. Brillan mucho —dijo—, pensé que quedarían bonitas en..., bueno, da igual. Toma.

Eva cogió las piezas que le pasaban y le hizo una seña a Iván para que le ayudase a sentarse al lado de la cerradura. Justo cuando iba a empezar a abrir la puerta, Andrea la detuvo con un gesto.

—Aún tenemos el problema de los guardias —dijo fríamente—. No vale de nada abrir esta puerta si nos los vamos a encontrar de frente. Ellos están armados y nosotros no.

—Necesitamos una distracción fuera —musitó Albert pensativo—. Pero

¿cómo?

Clío dio un par de pasos tímidos hacia él.

—Yo puedo salir fuera, Al —dijo sonrojándose—. Bueno, creo que puedo.

—¿Cómo?

Clío señaló una rejilla atornillada que estaba en una pared. En algún momento, dos siglos antes, aquella había sido la boca de refrigeración de un sistema de aire acondicionado industrial. Un edificio como aquel había tenido un enorme sistema centralizado que daba servicio a todas sus estancias.

—Si somos capaces de desmontar esa reja, yo puedo colarme por el conducto. Puede que vaya un poco justo, pero soy muy pequeño y estoy seguro de que voy a caber. Estaría fuera en un abrir y cerrar de ojos.

A Albert le brilló la mirada. Un plan estaba empezando a formarse en su mente, pero una sensación agria le retorcía el estómago.

—Clío, si te metes por ese conducto, durante un buen rato estarás tú solo ahí fuera. No podremos ayudarte hasta que Eva consiga abrir esta cerradura. — Se volvió hacia la muchacha—. ¿Cuánto crees que te puede llevar?

Eva echó un vistazo profesional a la cerradura y se acarició la mejilla.

—Cinco minutos, puede que diez. Depende de si es una cerradura de tambor de pines sencilla o compleja. No lo sabré hasta que empiece a trabajar con ella.

—No te preocupes, Albert. —Clío parecía muy confiado—. Podré aguantar todo ese tiempo. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Tienes que distraer a los guardias. Llévartelos lejos de aquí, despistarlos y luego volver junto a nosotros. Clío, si crees que no puedes hacerlo...

—Al, si algo se me da bien es escabullirme, ya lo sabes. —Clío le regaló una de aquellas sonrisas llenas de afecto que hacían que a su primo se le derritiese el corazón—. No tendré ningún problema.

—Vamos, pues.

Levantaron a Marcus sobre los hombros de Iván y el muchacho se puso a trastear con los tornillos de la rejilla. Eran viejos, estaban cubiertos de óxido y hacía doscientos años que nadie los movía, pero también eran pequeños y estaban desgastados y quebradizos por el tiempo. Tras forcejear un buen rato y empapar de sudor la espalda de su mono negro, finalmente el último tornillo cedió con un crujido ominoso y la rejilla quedó suelta en sus manos.

—Ya está, Clío —dijo Marcus mirando al muchacho con un nuevo respeto—. Es tu turno, chaval.

El chico miraba con gesto dubitativo el estrecho ventanuco por el que tendría que colarse para acceder al sistema de ventilación.

—La entrada es muy estrecha, incluso para mí. Puedo quedarme atascado.

—A lo mejor te puedo ayudar. —Erika abrió su bandolera médica y revolvió un buen rato hasta sacar un bote metálico. Lo destapó y una fragancia penetrante inundó toda la sala—. Es una mezcla de vaselina, grasa y hierbas medicinales —dijo—. Se usa para cubrir quemaduras y rozaduras, pero supongo que también valdrá para hacer que te deslices mejor. Quítate la ropa —le dijo sin más.

—¿Que me...? ¡¿Toda?! —contestó él rojo como un uniforme nuevo de Comunicaciones.

A Albert le entró la risa.

—Creo que eso nos lo puedes ahorrar —musitó con sonrisa pícaro—. Con que te quedes en paños menores será suficiente.

Convencieron al chico de que se dejase solo los calzoncillos; así no correría el riesgo de quedarse enganchado en alguna arista de la conducción. Luego, sin esperar a que Clío le diese permiso, Erika se acercó a él y empezó a untarlo con la crema. Al cabo de un momento todos los miembros de la expedición se arremolinaban alrededor del muchacho, extendiendo la crema por su torso y sus extremidades.

—Muy bien. —Albert le miró con ojo clínico—. Si te pusiéramos una manzana en la boca, estarías perfecto para entrar en el horno.

—Qué gracioso —gruñó Clío, totalmente engrasado de pies a cabeza. Estaba cubierto por aquel emplasto de tal forma que hasta tenía pegotes sobre sus rizos rubios.

—Vamos allá. No perdamos un segundo.

Entre los tres chicos ayudaron a Clío a entrar en el estrecho conducto de ventilación. Avanzó unos centímetros antes de soltar un atronador estornudo.

—¡Está lleno de polvo! ¡Debe de haber como un millón de bichos muertos aquí dentro!

—No hagas ruido y apura —le urgió Albert—. Una araña muerta es el menor de nuestros problemas ahora mismo.

Clío emitió un gorgoreo incomprensible y ayudándose con los codos se introdujo por completo en el conducto. Dentro estaba oscuro y una capa gruesa de material orgánico acumulado durante dos siglos cubría las paredes. Cada metro que avanzaba Clío rozándose con ellas le cubría de un limo oscuro y crujiente que se quedaba pegado a la capa de grasa que lo envolvía.

Fueron cinco agónicos minutos hasta que llegó a la primera rejilla practicable. Antes había pasado por varias, en interminables giros y contragiros —portillas que daban sobre habitaciones vacías y oscuras—, pero no había sido capaz de forzar ninguna de ellas. No tenía tanta fuerza en las manos como Marcus y además aquellos tornillos estaban todavía más agarrotados. Clío

notaba cómo su sudor se mezclaba con la crema que le recubría y se le deslizaba por la cara en chorretones grasos y desagradables. Lo que más le aterraba era la idea de que todo aquel polvillo que levantaba al deslizar sus codos y rodillas le provocase un ataque de asma. Atascado en el conducto, estaba seguro de que moriría asfixiado antes de que nadie pudiese ayudarlo y su cadáver quedaría allí, pudriéndose lentamente hasta que alguien tropezase con él a causa del mal olor. La idea comenzó a bailotear en su mente y de manera involuntaria su respiración se volvió más trabajosa y silbante. Por eso cuando sintió que los tornillos de la última rejilla se movían con el pedazo de latón que usaba como destornillador improvisado, suspiró aliviado.

Sus dedos casi no cabían entre los barrotes y girar los tornillos en ángulo opuesto era extremadamente difícil (los diseñadores de aquel sistema de aire acondicionado jamás habían contemplado la posibilidad de que un muchacho semidesnudo y cubierto de vaselina se pasease por *dentro* de su obra y tuviese que desmontar la rejilla para salir). El último tornillo cedió con un clic mohoso y por fin pudo salir del conducto.

Se dejó caer desde una altura de unos dos metros hasta el suelo. Estaba en un largo corredor, punteado por diversas puertas a distancias regulares. Aquello había sido un sector de oficinas de la mina, y una hoja de cristal esmerilado cubría la parte superior de cada una de las puertas con el nombre de alguien grabado en el vidrio. Clío avanzó con cautela, agachándose al pasar por delante de cada hoja de cristal para evitar que su sombra se proyectase al interior. No podía saber si al otro lado había alguien o no, pero era más prudente no correr riesgos.

Tardó un rato en darse cuenta de que se había perdido. Después de dar varias vueltas por dentro del laberíntico sistema de aire, no estaba seguro de si tenía que girar a la izquierda o a la derecha para llegar a la habitación donde estaban encerrados el resto de sus compañeros. Se estremeció de frío cuando una corriente de aire le rozó la piel desnuda. Estar sin ropa en medio de un corredor gélido en una de las noches más heladoras de aquel invierno no era una buena idea, se dijo a sí mismo. Además, si alguien le encontraba allí, tendría que dar muchas explicaciones que no tenía.

Continuó su camino hasta llegar a la siguiente intersección y allí vio una puerta sin cristal, más pesada y maciza, a su derecha. A Clío le dio la sensación de que quizá condujese al corredor donde estaban los suyos, así que probó el picaporte, con dudas. La cerradura emitió un clic apagado, pero que a sus oídos sonó con la fuerza de un cañonazo, y se abrió. Rápidamente se deslizó por el hueco, pero de repente se detuvo, asqueado por el olor.

Un pestazo denso y dulzón cubría una base nauseabunda y perfectamente

identificable. Era el olor de la corrupción, el aroma de la muerte.

Sal de aquí de inmediato, idiota, le gritó su cerebro. Como siempre en esos casos, Clío se negó a escucharlo. Necesitaba saber.

Su mano tanteó la cinturilla de sus calzoncillos hasta encontrar la vieja caja de cerillas que siempre llevaba allí escondida. Con dedos temblorosos, sacó uno de los fósforos y lo raspó contra la lija del lateral, pero con los nervios había pringado la cerilla con parte de la grasa que le recubría el cuerpo y el mixto no se encendió. Maldijo por lo bajo y volvió a intentarlo, esta vez con más cuidado. El fósforo se encendió, ahora sí, con un siseo apagado y Clío lo levantó sobre su cabeza para iluminar la estancia. Lo que vio le hizo temblar la mano de tal manera que por un instante la llama amenazó con extinguirse, dejando a Clío envuelto en una oscuridad que le hubiese vuelto loco de terror.

A la luz de la cerilla podía ver una docena de cadáveres, algunos de los cuales empezaban a mostrar evidentes signos de descomposición. Ya habían superado el *rigor mortis* y estaban hinchándose de una forma grotesca, pero aun así Clío pudo distinguir al menos a siete mujeres y un número algo menor de hombres. Juraría que todos ellos eran mayores de veinte años en el momento de su muerte, aunque eso era algo difícil de precisar con exactitud dado su estado. De lo que no cabía la menor duda era de que cada uno presentaba un redondo orificio de bala en la nuca, un pequeño agujero rodeado de la marca negra de la quemadura de un disparo a quemarropa. Y todos tenían aún las manos atadas a la espalda con cuerdas de cáñamo que se habían clavado en sus carnes de forma dolorosa.

Clío soltó la cerilla cuando la llama le lamió la punta de los dedos, y la oscuridad invadió de nuevo la sala llena de cadáveres, pero en su retina seguía grabada la imagen de la docena de cuerpos inmóviles, retorcidos en posiciones grotescas y mirándole con pupilas vacías desde el más allá. Y sobre todo, una vocecilla díscola y asustada que resonaba en el fondo de su cabeza no paraba de aullar que aquello no estaba bien. Nada bien.

Aquella gente no se había suicidado. Aquella gente no había muerto a manos de un maníaco atrapado en un rapto homicida como los que provocaba la plaga. Aquellas personas habían sido ajusticiadas, asesinadas a sangre fría de una forma planificada y profesional.

Y nada de aquello coincidía con la historia que Hermes les había contado de su poblado cuando llegó a La Lanza. No habían esperado sin más a que los mayores de veinte muriesen uno a uno. No había habido una transición pacífica entre un grupo y otro. Alguien había decidido acelerar los acontecimientos.

Alguien con una agenda y una filosofía propias.

Clío dio un par de pasos vacilantes de espaldas, sintiendo un avispero en el

interior de la cabeza. Una semana antes habría gritado espantado al ver aquella montaña de cuerpos, pero los acontecimientos le estaban haciendo madurar a pasos agigantados.

Y entonces sintió cómo alguien le clavaba el cañón de un fusil entre los omóplatos.

Clío se volvió con lentitud, chorreando sudor y miedo. Al otro lado del fusil estaba uno de los adolescentes ceñudos que rodeaban a Julien a su llegada al poblado, un tipo larguirucho y con la cara cubierta de acné, que le miraba de arriba abajo con una expresión de desdén pintada en el rostro.

—¿Qué cojones te pasa? ¿Tienes miedo de que te muerdan? Ya están muertos del todo, capullo. ¡Venga, que no se van a llevar solos a la hoguera!

Detrás del chico se apiñaban media docena de críos de no más de trece años, sucios y con aspecto cansado. Clío comprendió que con la capa de roña que llevaba encima el muchacho le había confundido con uno de los pequeños que utilizaban como mano de obra para llevar los cadáveres hasta las piras. Si le sorprendía el hecho de que estuviese medio desnudo, no dio esa impresión.

Un golpe de fusta en un costado le hizo aullar de dolor. Como si aquello sirviese de pistoletazo de salida, puso en marcha de manera inmediata al resto de los muchachos, que entraron en tropel para empezar a recoger cuerpos.

—¡Vamos! ¡No tenemos todo el día, inútiles!

Clío agachó la cabeza de forma que el pelo le cubriese todo lo posible el rostro. El interior en penumbra del edificio había ayudado a que no le reconociesen, pero en cuanto llegasen a una zona más iluminada alguien se daría cuenta de que aquel delgado chico rubio no era un habitante de El Cuenco, sino uno de los visitantes recién llegados. Pero mientras tanto tenía una oportunidad para recorrer los pasillos sin ser molestado y tratar de localizar el cuarto donde estaban encerrados los demás.

Cogió por los pies el cadáver de una mujer mayor. Con una fascinación morbosa observó que su abdomen se había hinchado por los gases hasta darle el aspecto de una embarazada monstruosa. Otro muchacho la sostuvo por las axilas y la levantaron con esfuerzo para salir al pasillo entre tropezones.

El adolescente del rifle repartía fustazos al azar, tanto a los que iban rápido como a los que remoloneaban a causa del agotamiento. Para él, aquel trabajo no era más que una tarea tediosa y desagradable de la que librarse cuanto antes, y si para ello tenía que sacudir un poco la badana de aquellos críos, lo haría sin el menor remordimiento.

Resoplando a causa del peso, recorrieron el pasillo en la dirección opuesta a la que Clío había utilizado para acercarse. Tras cruzar dos puertas y girar un par de veces, llegaron a otro corredor débilmente iluminado por lámparas de aceite que el muchacho reconoció. Habían pasado por allí cuando los habían subido a la habitación donde estaban prisioneros sus amigos, tan solo un par de recodos

más allá.

A medida que se acercaban a las escaleras que llevaban a la planta baja, Clío iba trazando un plan en su cabeza, uno ridículo, peligroso y lleno de agujeros, pero un plan, al fin y al cabo. Cuando el muchacho que le ayudaba con su cadáver empezó a bajar los escalones, Clío respiró hondo y, reuniendo todas sus fuerzas, levantó con energía las piernas de la mujer sobre su cabeza y hacia delante. El súbito movimiento pilló completamente desprevenido al otro chico, que tropezó e hizo un esfuerzo casi cómico para mantener el equilibrio. Durante dos breves pero intensos segundos, el pobre mantuvo el cuerpo de la mujer casi en vertical sobre su cabeza, mientras sus pies resbalaban en el borde del escalón y su cara de sorpresa se transformaba en una mueca de pánico. Al final la gravedad hizo su trabajo y el cadáver de la señora se derrumbó sobre él, empujándole escaleras abajo.

Llegó entonces la reacción en cadena. El peso combinado del chico y del cuerpo de la mujer golpeó con fuerza al siguiente par de portadores, que a su vez cayeron sobre el grupo que iba delante. En pocos segundos el tramo de escaleras se convirtió en una masa confusa de brazos, piernas y cabezas que caían rebotando por los escalones entre gritos de dolor y protestas. Uno de los cadáveres reventó con el sonido acuoso de un globo repleto de agua y el ambiente se llenó de inmediato de un olor fétido que hacía lagrimear los ojos. El chico de la fusta gritó algo ininteligible en medio del barullo, pero tropezó con las piernas de alguien y cayó a su vez rodando por las escaleras con un aullido de sorpresa.

Aquella era la oportunidad que había estado esperando Clío. Dio media vuelta y salió corriendo hacia la esquina opuesta del pasillo, confiando en que en medio de la confusión nadie se fijase en el muchacho sucio que se escapaba como alma que lleva el diablo. Con el corazón peleando por salirse por la boca, giró en las dos esquinas que faltaban y llegó al tramo de corredor familiar donde dos de los chicos soldados de Julien montaban guardia junto a la puerta y pasaban el rato con cara de aburrimiento.

El ruido del caos de las escaleras había llegado hasta allí y observaron con curiosidad la figura sucia de Clío que se acercaba a la carrera.

—¡Hay problemas en las escaleras! —jadeó Clío al llegar junto a ellos—. ¡Necesitamos ayuda!

—¿Problemas? ¿Qué clase de problemas?

—No lo sé. Solo sé que hay muertos tirados en los escalones y gente herida pidiendo ayuda.

Bueno, esto no es mentira del todo, al fin y al cabo.

—Quédate aquí —gruñó uno de los niños soldado al otro—. Y no pierdas

de vista la puerta. Tú, ven conmigo y dime dónde es ese barullo.

Clío maldijo por lo bajo. Eso no era lo que había planeado. Sin embargo, no tenía alternativa, así que siguió al otro con la mente funcionando a toda velocidad.

El muchacho, cuyo fusil era casi tan alto como él, andaba deprisa, atento a los gritos que se oían cada vez con mayor claridad. Clío redujo el paso hasta quedarse atrás, y cuando llegaron ante una de las pesadas puertas de madera y el chico la cruzó, cerró tras él de un manotazo. Durante un angustioso segundo de pánico manoseó el pomo rezando para que tuviese cerradura. Sus dedos se cerraron en torno a la suave forma de un pasador y lo corrió con presteza, justo a tiempo. Al otro lado, el chico se había dado cuenta y ya se había dado la vuelta sorprendido.

—¡Eh! ¡¿Qué coño haces?

Un golpe seco retumbó contra la hoja de madera haciéndola vibrar un poco. Al instante una lluvia de golpes rítmicos sacudía la puerta mientras el niño soldado gritaba pidiendo ayuda. Afortunadamente, el barullo en las escaleras no solo no había cesado, sino que había ido en aumento y sus gritos quedaron ahogados, pero aquella situación no podía durar mucho. Tarde o temprano alguien oiría sus gritos y entonces echarían la puerta abajo en un abrir y cerrar de ojos. Tenía que darse prisa.

Volvió junto al otro guardia, que le miró extrañado cuando le vio acercarse solo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con expresión desconfiada—. ¿Dónde está Tony? ¿Qué ha pasado?

—¡Te necesitan a ti también! ¡Creo que los Hostiles han asaltado La Lanz... El Cuenco!

—¿La Lanza? Pero ¿de qué coño hablas? ¡Espera un momento! Tú eres...

Clío apenas tuvo tiempo para maldecir su error, fruto de la improvisación. El muchacho de guardia luchaba con el correa de su fusil, que se había quedado enredado en su hombro y trataba de apuntar a Clío. Antes de que a este le diese tiempo a reaccionar, el cañón apuntaba a su estómago como el ojo negro de un cíclope. Entonces el chico apretó el gatillo.

No pasó nada. Apretó el gatillo otra vez, con una expresión de perplejidad en el rostro, pero la bala, vieja hasta la extenuación, había decidido que no iba a funcionar.

—Lo siento mucho, amigo —gruñó Clío mientras sujetaba la bocacha del fusil y la levantaba a toda velocidad.

El cañón del arma impactó contra el rostro del crío y le partió un par de dientes con un crujido seco que le puso a Clío los pelos de punta. El chico dio un

paso vacilante y él aprovechó aquel momento para descargar un cabezazo seco contra su nariz.

El pasillo se llenó de estrellitas de colores a causa del golpe y por un segundo Clío pensó que se iba a desmayar del dolor. Había visto docenas de veces cómo los chicos de Seguridad de La Lanza ensayaban aquel y otros movimientos de autodefensa, pero una cosa era verlo y otra hacerlo. Un enorme chichón empezaba a pintarse de púrpura en su frente y notaba un hilillo de sangre resbalando por su cara. Sin embargo, el cabezazo había sido lo bastante potente como para dejar desarbolado al otro muchacho (nada difícil, por otra parte, porque debía de pesar diez kilos menos que Clío, que no era precisamente grande) y se había quedado tendido en el suelo como una marioneta a la que le cortan de repente los hilos.

Bizqueando a causa del dolor, Clío dio un par de puñetazos secos en la puerta para indicar a los de dentro que el camino estaba libre. Oyó cómo Eva trasteaba con la cerradura desde el otro lado, con una serie de crujidos y chirridos que hacían moverse el pomo de la puerta.

Mientras tanto, Clío aprovechó para apartar el fusil del chico a un lado y revisar sus bolsillos. Sería fantástico si la llave de aquella puerta colgase por algún milagro de una cadenita de su cuello, pero no fue así. De vez en cuando levantaba una mirada nerviosa hacia el fondo del pasillo, temiendo que en cualquier momento alguien hiciese ceder la puerta y se presentase allí una partida de guardias para atajar de raíz su incipiente plan de fuga. Por suerte, no había aparecido nadie todavía.

Pasaron cuatro minutos, largos y terroríficamente lentos para Clío, hasta que al fin la cerradura hizo un clic distinto a todos los anteriores y alguien giró el pomo desde el interior. La puerta se abrió y vio a Eva, sentada en el suelo, con expresión agotada pero triunfante, sostenida por Albert, que le miraba feliz.

—¡Estupendo, Clío! ¡No sé cómo lo has hecho, pero lo has conseguido!

—¿Qué te ha pasado en la cara, chaval? —preguntó Marcus mientras salía a toda velocidad para recoger el fusil del muchacho caído.

—¿Estás bien, Clío?

—Yo, bueno..., más o menos. He tenido algunos problemillas y creo que ahora saben que algo pasa aquí, Albert. Deberíamos darnos prisa.

Como para recalcar la urgencia de sus palabras, en aquel instante empezó a sonar una estridente campana que tocaba a rebato. Un poco más allá escucharon el seco estampido de un arma y el ruido de astillas volando por los aires. La puerta estaba a punto de caer.

—¡Clío! —Albert le miró con los ojos muy abiertos—. ¿Se puede saber qué has hecho, pedazo de terremoto con patas?

—Ahora no hay tiempo. —Andrea prácticamente saltó sobre ellos al salir al corredor—. ¡Vámonos de aquí!

El grupo echó a correr por el largo pasillo, encabezados por la Anciana. Marcus sostenía el fusil del niño soldado que Clío había dejado fuera de combate y Eva se aferraba con fuerza a la espalda de Iván. Al llegar a un cruce se detuvieron indecisos.

—Y ahora ¿por dónde?

—¡Y yo qué sé! ¡Nunca había estado aquí!

—Tenemos que llegar a la planta baja. —Albert apretó los dientes—. Está llena de ventanas sin rejas y podremos salir fuera con facilidad. Después tendremos que abandonar la aldea sin que nos vean.

Un estampido seco resonó de nuevo en toda la planta. Alguien había tumbado la puerta con más fuerza de la necesaria y ya se oían con claridad los gritos ahogados y los pasos de sus carceleros. Estarían allí en cuestión de un minuto.

Sin necesidad de decir nada, reanudaron la carrera. Al cabo de un rato encontraron unas escaleras que bajaban, pero al final de ellas había una puerta de doble hoja firmemente cerrada con una gruesa cadena y un candado. Tuvieron que desandar parte del camino, lo que redujo de manera dolorosa la ventaja que llevaban sobre sus perseguidores, que estaban ya realmente cerca.

Tropezaron con la cinta por casualidad. Si la noche hubiese sido más oscura o no hubiesen tenido luna en cuarto creciente, ni la habrían visto. Al pasar al lado de una ventana, Albert vio de reojo una sombra negra que se recortaba contra los cristales sucios. Se detuvo en seco y frotó con el puño la hoja de vidrio intentando tener una mejor visión.

—¿Qué haces? —le espetó Marcus—. ¡No es momento de recrearse con las vistas! Los tenemos casi encima.

—Espera un momento. —Albert intentó abrir la ventana, pero la hoja estaba encallada desde hacía eones. Dio un paso atrás y descargó un golpe con el codo contra el cristal, que estalló en mil pedazos con un ruido claro que se tuvo que oír a kilómetros—. Saldremos por aquí —señaló con una sonrisa lobuna—. Con eso.

—¿Estás de broma? —Erika miró lo que Albert indicaba espantada—. ¡Nos mataremos!

—La alternativa es quedarse a hablar con ellos, y no creo que tengan ganas de ser amables. Tenemos que hacerlo, Eri.

La muchacha miró de nuevo al exterior aprensiva. A apenas un metro de la ventana se dibujaba la silueta de una antigua cinta de tolva, que en tiempos había servido para subir el carbón de la mina desde la zona de descarga a la nave de

lavado y clasificación. Era una larga cinta de metal, parecida a la de los equipajes en los aeropuertos, pero inclinada en un ángulo pronunciado y cuyo extremo se perdía en la oscuridad.

—Espero que aguante nuestro peso.

—Eso llevaba toneladas de carbón —contestó Albert aparentando más confianza de la que tenía—. Aguantará.

—También lleva doscientos años a la intemperie —replicó Andrea sombría, pero cruzando ya la ventana que Marcus se había encargado de limpiar de cristales con la culata del fusil—. No tenemos otra opción.

Lo más aterrador era el salto de más de un metro en medio de la negrura. El suelo estaba muy lejos, a más de quince metros de donde estaban ellos, y una caída sería mortal casi con toda seguridad. Andrea respiró hondo y saltó hacia la cinta. Cuando cayó sobre esta, la estructura emitió un gemido poco tranquilizador, pero aguantó.

—¡Daos prisa! —se la oyó gritar mientras descendía.

Uno a uno fueron saltando. Sus perseguidores debían de haberse extraviado tras sus pasos en el laberinto de pasillos, porque tuvieron unos segundos preciosos para alcanzar la cinta antes de que la luz de la primera linterna de aceite llegase al corredor donde habían estado un momento antes.

Se dejaron deslizar por la cinta, aún cubierta por una capa de polvillo de carbón. Más que un descenso, aquello fue una caída controlada, porque el ángulo de la cinta era muy pronunciado y no tenían asideros donde agarrarse. Albert se deslizaba justo detrás de Andrea, con el pánico luchando por transformarse en un alarido. En su cabeza veía a cada momento cómo la cinta desaparecía, vencida por el paso del tiempo o porque los habitantes de El Cuenco la hubiesen desmontado por algún motivo, y entonces acababan todos estampados como fruta madura contra el suelo o ensartados en la ferralla de una maquinaria oxidada.

Sin embargo, nada de esto pasó. El grupo rodó como un alud de carne y polvo de carbón hasta acabar cayendo dentro de un viejo vagón de tren enterrado muy por encima de los ejes y cubierto de maleza en sus costados.

Albert sintió un dolor sordo cuando algo puntiagudo se le clavó por encima de los riñones. Cuando se volvió comprobó que su primo le observaba con un avergonzado gesto de disculpa mientras retiraba su codo huesudo.

—¿Estáis todos bien?

Un murmullo de asentimiento y algunos gemidos respondieron a su pregunta, mientras los miembros del grupo se incorporaban y se sacudían la ropa.

—Algunos golpes y rozaduras, pero nada serio —contestó Erika desde la

oscuridad.

—¡Vámonos! Tratad de hacer el menor ruido posible.

Iván volvió a cargar a Eva y se adentraron en la aldea, corriendo de un charco de oscuridad al siguiente. El ruido de la campana seguía retumbando y por todas partes se oían gritos de alarma. Tuvieron que pegarse a la pared de un viejo almacén ruinoso cuando un grupo de muchachos armados, encabezados por la amazona pelirroja, pasó a su lado, a tan solo unos metros. Por fortuna, su atención estaba fijada en el edificio que ellos acababan de abandonar, así que pasaron desapercibidos.

Cuando llegaron a las primeras casas, tuvieron que bajar el ritmo. Allí había más luces y también más muchachos corriendo de un lado a otro en su busca. Desde donde estaban, podían ver a Julien en medio de la plaza impartiendo órdenes de manera furiosa. A su lado, con gesto contrito, estaban los dos chicos que los habían custodiado, uno de ellos con la cara cubierta de sangre y a punto de derrumbarse.

—El bosque está hacia allí —susurró Marcus mientras observaba con ojo experto los movimientos de los soldados de Julien—. Están organizando una batida por sectores. Deberíamos alcanzarlo antes de que les dé tiempo a formar un anillo alrededor de las casas. Tenemos dos o tres minutos. Si empiezan una búsqueda de fuera hacia dentro, nos acabarán encontrando. Ellos conocen este sitio y nosotros no. No tenemos donde escondernos.

—Estoy de acuerdo —asintió Albert.

—¿Y qué pasa con los caballos? —preguntó Andrea—. ¿Y con nuestras armas?

—Tendrán que quedarse aquí. No sabemos dónde están ni cómo recuperarlos.

—Pero mis herramientas estaban en uno de los caballos —musitó Eva vacilante.

—Y nuestras provisiones —añadió Erika mientras palmeaba la bolsa, aliviada al ver que al menos llevaba el botiquín consigo.

—Y mi silla —dijo Eva.

—Tú puedes ir a mi espalda, como ahora —murmuró Iván—. Si no te importa, claro. No me pesas.

—¿Cómo sobreviviremos en el bosque sin nuestro equipo, Albert?

—Ya resolveremos eso más tarde —replicó resuelto—. Ahora salgamos de aquí.

No habían dado ni tres pasos cuando los alcanzó un grito de alerta. Desde lo alto de una de las torres del complejo, una chica los señalaba y hacía gestos excitados, sin dejar de gritar. Un par de detonaciones secas sonaron y una nube

de esquirlas de yeso y pintura salpicó a los expedicionarios. Erika abrió los ojos con espanto al ver el agujero irregular que había aparecido en una pared a apenas un par de centímetros de su cabeza. Las detonaciones se reprodujeron y nuevos avispones de plomo zumbaron peligrosamente cerca de ellos.

—¡Corred! —aulló Marcus mientras descolgaba su fusil.

Sacó el cargador y sopló sobre la primera de las balas, en un gesto más voluntarioso que otra cosa. Volvió a insertar el peine de balas, apuntó hacia los destellos de fuego que disparaban a lo lejos y apretó el gatillo.

Tres disparos salieron antes de que el arma se encasquillase, pero fueron suficientes para que los tiradores del otro lado agachasen la cabeza y los expedicionarios pudiesen salir a la carrera. Marcus maldijo y se dio la vuelta, tras los pasos de sus compañeros, mientras una granizada de balas repiqueteaba a su alrededor tratando de morder su cuerpo.

Corrieron a lo largo de doscientos metros, evitando acercarse a las piras para que sus sombras no se recortasen contra el fuego y así no ofrecer un blanco fácil. El camino era complicado. Correr a oscuras en un terreno irregular y desconocido les hacía avanzar despacio y con numerosos tropezones, pero tenían suficiente ventaja como para que sus perseguidores no pudiesen alcanzarlos. En la otra punta de El Cuenco se oyó un tiroteo salvaje cuando dos grupos de perseguidores se enzarzaron entre sí en un furioso fuego cruzado, confundidos por la noche.

—¡El bosque ya está cerca! ¡Un esfuerzo más!

Jadeando y con el sudor empapando su ropa, embocaron el sendero que se internaba entre los árboles. A lo lejos, la confusión aumentaba a medida que ponían distancia entre ellos y las últimas casas de El Cuenco.

Desarmados y cubiertos de polvo de carbón, los expedicionarios abandonaron el valle dando gracias por haberse librado de lo que pensaban que era la mayor dificultad del camino. Cuando se vieron bajo el dosel de hojas del bosque respiraron aliviados, sin ser conscientes de que apenas un par de días antes aquel mismo bosque les había parecido un lugar aterrador y lleno de peligros desconocidos.

No tenían manera de saber que los problemas de verdad estaban a punto de empezar.

La antigua iglesia olía a pintura y madera recién cortada y en el aire aún flotaban diminutas motas de serrín cuando Richard cruzó la puerta. Desde la fundación de La Lanza y a lo largo de las generaciones, el antiguo recinto sagrado había ido sufriendo múltiples cambios para adaptarse a sus sucesivos usos. Conforme el número de católicos practicantes había ido descendiendo (algo que fue bastante rápido, como con todas las religiones tradicionales tras el Colapso), el enorme espacio cavernoso de la iglesia, la nave más grande del monasterio, empezó a emplearse para otros fines. El único rincón sagrado era ya una pequeña capilla lateral, que hasta unas semanas antes apenas frecuentaba un grupo reducido pero fervoroso de creyentes. Para sorpresa de muchos, desde la nueva llegada de la plaga, el número de feligreses había aumentado exponencialmente, como si de pronto la certeza de una muerte próxima hubiese puesto de nuevo en contacto a muchas personas con la figura de ese Dios de sus ancestros.

O puede que tan solo fuese, como pensaba Richard de manera cínica, que el hecho de que todo el mundo estuviese encerrado y aburrido dentro de la iglesia no dejaba demasiado margen para la distracción y rezar era una buena forma de evadirse de la realidad.

Los monjes de siglos antes no habrían podido reconocer el interior del templo. El altar mayor había desaparecido hacía décadas, devorado por un incendio fortuito, y los bancos se habían empleado para construir infinidad de cosas, canibalizados a medida que hacía falta hierro, tornillería o madera labrada. La mayor parte de la superficie del templo era ahora el refugio de emergencia construido para los habitantes de La Lanza hasta que la expedición de Andrea regresase a casa.

A lo largo de la nave principal se alineaban pequeños cubículos de madera de unos cinco metros cuadrados, con una puerta que se cerraba por fuera. Dentro de cada uno había unos cuantos jergones de tela y paja y un cubo para las necesidades de cada una de las familias que se hacinaban dentro. Era incómodo, humillante para muchos, y desde luego a Richard no dejaba de recordarle a una prisión, pero al menos mantenía a la gente separada, lo que reducía las muertes violentas al mínimo y eliminaba la mayor parte de las quejas. Eso había que reconocerlo. Aun así, las bajas se acumulaban de manera lenta pero constante.

Ya había pasado una semana desde que los muchachos habían partido y en ese lapso de tiempo más de cien personas habían muerto en La Lanza. La gran mayoría de ellas se había suicidado, pese a todas las medidas prudenciales que habían tomado para evitarlo. La construcción de las celdas de madera había sido

un momento especialmente dramático, cuando muchas personas con acceso a martillos, sierras y clavos habían sentido la necesidad de acabar con su propia vida.

Para muchos instalarse allí había sido un alivio, pero aquello no había supuesto en absoluto un remedio definitivo. Incluso desde entonces varias familias habían muerto, algunas estrangulándose entre sí con la tela de los jergones, y otras de formas todavía más creativas y horripilantes. Richard se estremeció al recordar a la mujer que el día anterior había subido en un despiste a la estrecha cornisa situada bajo las vidrieras y había saltado desde allí arrastrando consigo a sus dos hijos de tres y cinco años, sin que nadie pudiese hacer nada para evitarlo.

Pero donde se estaba produciendo el mayor número de bajas era en el exterior. Aunque ya apenas quedaban más de dos docenas de personas mayores de veinte años fuera de la iglesia, en su mayor parte miembros de servicios esenciales que los jóvenes no podían desempeñar porque aún no tenían los conocimientos necesarios, el número de muertes en este colectivo era desoladoramente alto. Parecía como que, de alguna manera, la exposición al sol y al aire libre aceleraba sus impulsos autodestructivos.

Richard cruzó el suelo cubierto de antiguas lápidas y se acercó al pasillo abierto entre las celdas. El silencio dentro de la iglesia era extrañamente inquietante. A pesar de que más de quinientas personas se hacinaban allí, no se oían demasiados ruidos, aparte de algunos susurros y algún ronquido ocasional. La gente optaba por dormir o por refugiarse en sus pensamientos, sabiendo que no les quedaba otra alternativa más que mantenerse alejados unos de otros y esperar con fe a que la llegada de las vacunas los sacase de aquel encierro.

En el centro del pasillo le esperaba Abel, el nuevo jefe (interino) de Seguridad, acompañado de media docena de muchachos armados. El chico todavía le miraba con gesto culpable, como si se sintiese incómodo con el hecho de haber apartado a Richard de su puesto.

—Jefe Richard —le saludó—. ¿Qué le trae por aquí?

—Me han citado, Abel —respondió—. Además, no queda mucho por hacer en el exterior. Casi todos los miembros adultos de Seguridad han sido desarmados y confinados aquí. Solo me quedan tres miembros de mi equipo original y hace doce horas que nadie ha visto a uno de ellos, así que cabe la posibilidad de que ahora mismo no sean nada más que dos. Por otro lado, tu hermana y su equipo de guardia están en los muros, tienen las llaves de la armería y ya controlan los rudimentos de la valla electrificada. No soy necesario fuera.

El comentario sobre Judith hizo que su gemelo se removiese aún más

azorado. Había sido una sorpresa el anuncio de Hermes de que el Servicio de Seguridad se dividiría en dos ramas, la Exterior al mando de Judith, para vigilar el perímetro de La Lanza, y la Interior al mando de Abel, para garantizar la seguridad de los habitantes en cuarentena. Aunque Simon, Moses, Victoria y el resto de los miembros del Consejo habían aplaudido vigorosamente la idea, aquello no dejaba de ser una degradación encubierta de Abel.

—Tampoco hago yo mucho más aquí, jefe —musitó—. Aparte de sacar cadáveres y vigilar pasillos.

Un ruido espantoso interrumpió su conversación. De uno de los cubiles salía una algarabía confusa de rugidos de furia y chillidos aterrorizados, junto con el sonido estrepitoso de cosas rompiéndose.

—Oh, mierda, ya estamos otra vez —murmuró Abel muy pálido—. ¡Vamos!

El grupo, seguido de cerca por Richard, que no entendía qué era lo que pasaba, se dirigió a la carrera hacia el cubículo situado casi al final de la nave. Los muchachos se colocaron en semicírculo alrededor de la puerta, con los fusiles apuntando hacia el interior. Abel se pasó la lengua por los labios reseco y sujetó el tirador.

—Atentos todos. Jefe Richard, apártese.

—¿Qué vais a hacer?

—Lo que hacemos en estos casos. ¡Una, dos, tres, ahora!

Abel recorrió el pasador y la puerta se abrió de golpe cuando alguien la empujó desde dentro con una fuerza animal. En el quicio apareció la figura ensangrentada de un hombre desnudo de cintura para arriba. En la mano derecha sostenía una larga astilla de madera afilada que había arrancado de una de las paredes. Con ella se había abierto largos tajos en el pecho y en la cara y miraba con ojos enloquecidos al grupo que le apuntaba desde el otro lado. En el suelo, en una esquina, estaba el cuerpo aovillado de una mujer que se protegía en posición fetal y que sangraba abundantemente por los brazos.

—¡Los ángeles ya vienen! —rugió el hombre. Cada vez que aullaba, los músculos de su cuello se tensaban como si estuviesen a punto de explotar—. ¡Con espadas de fuego y la muerte en los ojos! ¡Los ángeles van a llegar!

Richard conocía bien a aquel hombre. Era Adam, miembro de Suministros y padre de Marcus, uno de los muchachos que formaban parte de la expedición. Aunque ya pasaba de la cincuentena, todavía tenía la fuerza de un toro y el cuerpo fibroso típico de aquellos que caminaban mucho por los bosques.

—Adam, tranquilízate —murmuró Richard extendiendo las palmas hacia abajo—. Deja eso en el suelo. Podemos ayudarte.

Adam giró los ojos en las órbitas y contempló a Richard con una expresión

ausente, como si se preguntase qué demonios era aquel pedazo de carne que hablaba. Desolado, Richard comprendió que el hombre ya estaba más allá de la línea de la cordura.

—Los... —Lanzó un tajo al aire con el trozo de madera ensangrentado—. Ángeles... —Otro tajo al aire—. ¡Ya vienen!

Como impulsado por un resorte, dio un salto hacia delante contra el grupo de muchachos que temblaban sosteniendo sus fusiles. Llegó a rozar a uno de ellos con la punta de la estaca, pero no pudo hacer más. Un hombre armado con un trozo de madera no era rival para media docena de fusiles de asalto. Los chicos levantaron las armas a la altura de sus rostros asustados.

—¡Esperad! —aulló Richard.

Pero ya era demasiado tarde.

Sin que Abel diese la orden, las bocas de los rifles crepitaron y un rosario de flores rojas se abrió en el pecho del hombre. Adam salió proyectado de espaldas como si una mula le hubiese dado una coz gigantesca y cayó desmadejado al suelo, con una sonrisa extraviada en la boca. Gimió un poco, tuvo una convulsión y finalmente su cuerpo se relajó.

El aire olía a pólvora quemada y a Richard le pitaban los oídos por la descarga de fusilería. Un concierto de gritos y chillidos se había levantado en la iglesia, como un huracán de pánico, a medida que la gente aporreaba las puertas asustada, preguntándose qué había ocurrido ahí fuera. Tampoco Richard terminaba de entenderlo. Tenía la garganta seca y contemplaba incrédulo el cadáver. Aquel hombre era un vecino, un buen padre y un marido abnegado, y de repente estaba muerto en el suelo, agujereado como un colador. Su esposa salió de la celda con la sangre todavía chorreando por los brazos y los ojos abiertos e inundados de miedo. Su mirada se detuvo en el cuerpo inerte de su marido y un gemido ronco salió del fondo de su garganta. Era un aullido de dolor primigenio, que iba subiendo de volumen y tono a medida que la enormidad de lo sucedido alcanzaba su mente.

—Noooo, no, no, no, *nonononono*. —La mujer se derrumbó de rodillas al lado del cadáver aún caliente de su esposo—. ¡Adam! ¡Adam!

Los muchachos se removían nerviosos, demasiado asustados por todo aquello. Richard observó de reojo que en el pantalón de uno de ellos se había formado una mancha húmeda y oscura y unas gotas de orina salpicaban las losas.

—Tuvimos que hacerlo —balbuceó Abel—. Quería matarla, señora, y también quería matarnos a...

—Asesinos. —La palabra salió proyectada con tal virulencia que Abel dio un paso atrás—. ¡Asesinos, asesinos, asesinos! ¡Era un buen hombre! ¡Jamás había hecho nada malo y lo habéis matado como un perro!

Richard se dio la vuelta al escuchar unos pasos y comprobó aliviado que era Anna junto con los tres Ancianos del Consejo, que se acercaban a la carrera. Cuando llegaron a su altura se detuvieron atónitos. La doctora rápidamente se hizo cargo de la situación y se adelantó a sujetar a la mujer sollozante por los hombros.

—Venga conmigo. —Su voz era cariñosa y suave—. Venga conmigo. No lo mire a él, míreme a mí. A mí. Así, muy bien. Chssss.

Se llevó a la mujer que no paraba de sollozar hacia la enfermería que tenía montada en el ábside de la iglesia, escoltada por los nerviosos muchachos de Abel. Antes de irse lanzó una mirada cargada de significado hacia Richard.

Esto no está bien —decía aquella mirada—, *estamos perdiendo el control. Se nos va de las manos.*

Richard se quedó de pie, al lado del cadáver de Adam, con una sensación de furiosa impotencia recorriéndole el cuerpo. Miró a Simon, Victoria y Moses. Los tres Ancianos observaban con el rostro demudado al cuerpo en el suelo.

—Esto no habría pasado si estuviesen mis hombres aquí —masculló Richard tratando de controlar su temperamento. Señaló a los muchachos que se alejaban—. Apenas son algo más que niños, joder. Esto les queda enorme.

—No podemos correr riesgos, Richard —le interrumpió Victoria—. Ya has visto lo que ha pasado con este hombre. Iba armado; si hubiese estado libre, podría haber causado una masacre.

—¿Armado? ¿Estás de coña? ¡Tan solo era una puta estaca roñosa, Victoria! Si hubiésemos tenido un equipo de verdad, lo habríamos reducido en un momento. ¡Aún estaría vivo y no habría una nueva viuda y un huérfano!

—Ya estaba muerto de todas formas —musitó Simon aclarándose la garganta.

—¡Lo habríamos sedado hasta que llegasen con la vacuna! ¡Podría haber vivido!

—Es tarde para discutir eso. Tenemos un plan trazado y debemos ceñirnos a él.

—¿Un plan? ¿Qué plan? Estáis dejando que las cosas vayan solas. Cada vez depositáis más poder en ese crío, en Hermes. ¡Y casi no sabemos nada de él!

—Sabemos que es un superviviente de una situación similar —replicó Victoria envarada—. Y que está fuera de peligro por su edad. Además, es una persona inteligente, proactiva y muy valiosa en sus aportaciones. Si no fuese por sus ideas, ahora mismo esto sería un caos con cientos de muertos y todo estaría perdido. Y desde luego, no pone tantas dificultades como *otros*.

Richard meneó la cabeza notando un sabor amargo en la lengua.

—Os tiene completamente hechizados, joder.

—Una de las misiones del Consejo es saber cuándo alguien es valioso para la comunidad y cuándo alguien puede convertirse en un problema, Richard.

—*Jefe* Richard, querrás decir.

—Ya no —dijo una voz a su espalda.

Richard se volvió y se encontró de frente con Hermes. El muchacho vestía uno de los monos negros de Suministros, aunque sin ninguno de sus galones distintivos, e iba acompañado de Judith y varios de sus miembros de la Guardia Exterior. Habían cambiado sus monos verdes por otros negros como el de Hermes y todos llevaban una banda roja anudada en el brazo. Hasta el último de ellos iba armado y le miraban con cara de pocos amigos.

—Como bien ha dicho el Anciano Simon, una de las funciones del Consejo es determinar cuándo alguien se puede transformar en una amenaza para el colectivo. Richard, tu presencia en el exterior ya no es necesaria y cada minuto que pasas fuera aumenta el riesgo de que te conviertas en un peligro. No sabemos cuánto tiempo tardará la plaga en afectarte, y dejarte circular por ahí a tu aire, como hasta ahora, ya no tiene sentido.

Richard miró al líder del Consejo incrédulo.

—¿Me estáis arrestando, Simon? ¿Es eso?

—Yo no lo llamaría *arresto*. Es más bien una... reacomodación hasta que las cosas se organicen de nuevo. Compréndelo.

Por un momento nadie se movió en el pasillo, mientras las miradas se cruzaban cargadas de tensión. Finalmente Richard sacudió la cabeza.

—Estáis jugando a algo muy peligroso, Ancianos. —Suspiró—. Solo espero por el bien de La Lanza y de sus habitantes que no os acabe explotando en las narices.

—Es política, Richard. —La expresión de Victoria era dura como el pedernal—. Algo que a ti se te ha dado siempre rematadamente mal. Quizá esto te sirva para meditar un poco el respeto que les debes a los Ancianos, en vez de discutir siempre sus decisiones.

Justo en ese momento vio cómo sus dos últimos hombres, junto con el resto de los mayores de veinte años que quedaban en el exterior, entraban en tropel dentro de la iglesia, escoltados por la tropa rojinegra de Judith. Algunos venían protestando de forma airada, pero casi todos estaban demasiado estupefactos como para presentar resistencia.

—Vamos, Richard —dijo Hermes sujetándole del brazo—. No lo pongas difícil. Da ejemplo a los demás, por todo lo que has sido.

Él se zafó de la mano de Hermes de forma brusca y le miró intensamente durante un largo rato. Judith levantó apenas el cañón de su rifle y lo mismo hicieron algunos de los muchachos que la acompañaban. Richard asintió al fin.

—De acuerdo, Hermes. Lo que vosotros digáis.

Abel le esperaba para escoltarle hasta su cubículo, con el rostro rojo de vergüenza y la mirada fija en el suelo. Su media docena de chicos de verde parecían una ridiculez al lado del despliegue de fuerza de Judith y los suyos vestidos de negro.

—Lo siento mucho, jefe Richard —farfulló—. Me acabo de enterar ahora. Esto es una injusticia. ¿Qué quiere que hagamos?

—No te preocupes, Abel —contestó Richard mientras echaba a andar hacia una de las celdas de madera situadas al final del pasillo—. Por ahora obedece y mantén los ojos abiertos.

Llegaron a la puerta de la celda y Richard entró. En el último instante se detuvo y arrancó de su hombro el galón dorado que le distinguía como jefe de Seguridad. Se acercó a Abel para prendérselo en el hombro y aprovechó para hablar al oído del muchacho.

—¿Sabes dónde está la Diosa, Abel?

Este le miró confundido, pero asintió. Sabía de qué estaba hablando Richard, pero no tenía ni la menor idea de por qué lo sacaba a colación justo en aquel momento.

—Quiero que vayas a echarle un vistazo por mí. Comprueba que está en su sitio y que nadie la ha tocado, ¿vale?

—Lo que usted diga, jefe Richard, pero no entiendo...

—¿De cuántas armas disponéis, Abel? Me refiero a ti y a tus chicos, los de confianza.

—Tenemos las que ve, jefe. —Abel se volvió como para contemplar el galón que le acababan de poner en el hombro y entonces susurró de forma casi inaudible—: Y una caja de munición escondida cerca del edificio de la presa. Ni Judith ni Hermes saben nada de ella.

Richard asintió aliviado. Aún le quedaban cartas para jugar que el Consejo desconocía.

—Cuida bien de la Diosa —murmuró antes de que la puerta se cerrase—. Y vigila bien que nadie se acerque a ella. Algo me dice que podremos necesitarla muy pronto.

Y a partir de ahí —pensó con una bola de miedo en el estómago—, nadie sabe qué es lo que va a suceder.

Richard pasó las siguientes veinticuatro horas tumbado en un camastro, sin apenas conexión con el exterior. Las únicas visitas se producían cada seis horas, cuando un vigilante abría la puerta para retirar el cubo que hacía las veces de excusado y le dejaba una jarra de latón llena de agua y un guiso demasiado cargado de especias y que tenía regusto a quemado.

El que hacía las veces de carcelero era uno de los chicos de Abel, pero Richard no sabía su nombre (era un chaval de apenas catorce años con el que nunca había cruzado más de tres palabras). Además, todos sus intentos de conversación habían muerto de manera inmediata. El chico se limitaba a retirar el cubo, dejaba la jarra y el estofado y se iba, como si Richard fuese un caballo en un establo con el que no merece la pena conversar.

Con el enésimo plato de guiso quemado en la mano, Richard se dejó caer contra la pared de madera con desaliento. El muro era demasiado alto como para saltarlo (una medida prudencial que había propuesto él mismo y que ahora se volvía en su contra) y por el pasillo estaban circulando de forma permanente los guardias, así que salir de allí era materialmente imposible. Cada pocas horas se repetía el escalofriante esquema de chillidos, carreras y gritos que de manera invariable acababa en una salva de disparos, punteando una nueva muerte.

Divagar le hacía más llevadero el paso de las horas, pero aun así, cada vez que algún habitante entraba en crisis y comenzaba a derrapar por la senda de la locura, sentía cómo su espíritu se quebraba un poco. Desalentado, entendió que mantener a todo el mundo encerrado en el mismo lugar, pudiendo adivinar lo que estaba sucediendo a tan solo unos pasos, no solo no ayudaba a mantener la moral, sino que posiblemente estaba empujando a más y más gente hacia la desesperación. Con una maldición silenciosa, entendió que aquel encierro lo único que conseguía era acelerar el proceso, algo que sin duda Hermes había visto venir y él no. Si no cambiaba nada, en unos cuantos días estarían todos muertos.

De vez en cuando los disparos se veían sustituidos por gritos de sorpresa o de asco, cuando los vigilantes del pasillo abrían uno de los cubículos y se encontraban con que sus ocupantes habían decidido acabar con su vida. Richard no dejaba de darle vueltas al asunto, mientras su mirada paseaba por las paredes desnudas de madera hasta de su cubil. Aunque casi no había nada allí que pudiese utilizar para hacerse daño a sí mismo o a los demás, estaba seguro de que una mente enferma y decidida a morir podría encontrar la manera de acabar con su vida si se lo proponía. Se preguntó cuándo se sorprendería a sí mismo

haciendo esa búsqueda.

—Menudo desastre —murmuró mientras se dejaba caer en el camastro.

—¿Jefe Richard? —La voz llegó amortiguada pero clara desde el otro lado de uno de los tabiques de madera.

Richard se puso en pie de un salto y se acercó hasta las tablas. Revisó por enésima vez la pared hasta encontrar una minúscula grieta entre dos tablones que no encajaban bien. Entonces pegó el ojo y pudo ver al otro lado una figura familiar que miraba sin ver en su dirección.

—Hola, Héctor —suspiró—. ¿Cómo estás?

—Oh, razonablemente bien si no tenemos en cuenta que nuestros guardianes son dados a un trato un poco brusco.

Richard se fijó más detenidamente y vio que el anciano profesor tenía un pómulo hinchado y amoratado. Un reniego por lo bajo se le escapó de la garganta.

—¿Quién te ha hecho eso, Héctor? —Su voz sonaba grave y amenazadora mientras intentaba aplacar su furia—. ¿Quién ha sido?

—No lo sé, Richard. —El profesor se encogió de hombros—. Soy ciego, por si no lo recuerdas.

—Es despreciable. Pegarle a un anciano ciego para encerrarlo aquí...

—Oh, no fue al traerme aquí. Fue ayer. Vinieron a buscarme para llevarme junto a ese visitante, Hermes.

—¿Hermes te ha pegado? ¿Por qué?

—No creo que fuese él. Supongo que uno de sus muchachos lo hizo, pero con su consentimiento. Al parecer, no le estaban gustando mis respuestas.

—¿A qué te refieres?

Héctor suspiró mientras se pasaba una mano distraída por el pómulo tumefacto. Probablemente le habían roto algún hueso, porque hizo un gesto de dolor.

—Andrea. Estaba muy interesado en ella, en sus planes y su forma de ser. Creo que le tiene miedo.

¿Andrea? ¿Miedo? ¿Por qué? Las preguntas se acumulaban en la cabeza de Richard.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, por supuesto. —Héctor sonrió con amargura—. Richard, puedo parecer un viejo acabado, pero las apariencias engañan. He educado a críos toda mi vida y he tenido que lidiar más de una vez con alguno que se creía más listo que nadie. Calé a Hermes a los dos minutos de empezar a hablar con él. Es un pobre desgraciado lleno de prejuicios, rabia y kilos de miedo.

—¿Miedo a qué?

—A lo mismo que todos —respondió Héctor lúgubre—. A no saber qué va a pasar mañana. O dentro de una hora. Sospecho que sabe que su posición aún es frágil y lo será hasta que el último de nosotros haya muerto. Y eso es malo.

—¿Peor que esto? —Richard meneó la cabeza mirando las paredes de su celda—. No veo cómo.

—Quizá pretenda acelerar las cosas. Quitarle trabajo a la plaga.

Richard se quedó estupefacto mientras una sensación heladora reptaba por su espalda.

—No se atreverá...

—¿Quién va a impedírselo? ¿Tú? ¿Yo? ¿Los Ancianos del Consejo?

Richard abrió la boca, pero volvió a cerrarla de inmediato. Un regusto ácido se instaló en su lengua con sabor a derrota.

—Entre Hermes y la plaga nos acabarán matando a todos, es cuestión de tiempo. Solo hay una posibilidad para evitarlo. —Héctor vaciló antes de continuar—: Andrea. Hermes lo intuye y por eso necesita saberlo todo sobre ella.

—La vacuna —replicó Richard—. Es nuestra única esperanza. Si los chicos vuelven a tiempo...

Héctor meneó la cabeza exasperado.

—Olvídate de la vacuna, jefe. No hay tal vacuna. No existe.

Richard se tambaleó como si le hubiesen dado un puñetazo. Miró a la pared de tablas y se frotó los ojos, convencido de que estaba atrapado en una pesadilla.

—Repíte eso.

—No hay vacuna. Nunca la ha habido. Andrea se lo inventó todo.

—Pero... pero...

Richard sentía la cabeza como si se la hubiesen rellenado de algodón a presión. Las palmas de las manos le sudaban pese a que se sacudía con escalofríos. Un ruido de pasos se acercaba por el pasillo, cada vez más cerca de sus celdas.

—Escúchame bien, Richard, eres el jefe de Seguridad, conoces este sitio y a sus gentes mejor que nadie y no puedes limitarte a esperar. Nadie aquí tiene demasiado tiempo. —La voz de Héctor sonaba apresurada ahora—. Andrea mintió, es cierto, pero tiene un plan. Si sale bien podrá librarnos de esta plaga, pero para eso necesitamos que sobreviva la mayor cantidad de gente posible en La Lanza, y me refiero a los adultos. Tienes que salir de aquí como sea y acabar con Hermes.

—¿Qué plan? —Richard dio un golpe de frustración contra la pared, arrollado por las emociones encontradas—. ¡Sin vacuna no hay plan! ¡Dime qué se propone, Héctor!

—No puedo hacerlo ahora —musitó el viejo profesor. Alguien trasteaba en aquel momento con el pasador exterior de su celda y Richard oyó cómo se abría la puerta—. Tendrás que moverte y confiar en Andrea, como hago yo. Buena suerte.

Judith entró en la celda de Héctor, seguida de dos guardias armados.

—Hermes quiere verte, viejo. En pie.

—Ya voy, Judith. Deberías cuidar tus modales, no es necesar... ¡Uuufff!

Alguien descargó un culatazo sobre la cabeza de Héctor, que se desplomó como un muñeco roto. Lo sacaron a rastras de su celda y se lo llevaron por el pasillo, sus pies repicando contra las viejas losas de la iglesia. Richard se quedó en su cubil temblando de horror, miedo y furia.

Pasó otra noche y otra mañana en la que la cabeza de Richard no paró de zumbar como una colmena de abejas furiosas. Cuanto más trataba de entender su conversación con Héctor, más se aturdió, y alternaba momentos de euforia con otros de negra desesperación. Al mediodía, cuando le trajeron el rancho, ni siquiera se molestó en coger el bol. Las muertes continuaban, y con un ritmo cada vez más acelerado, y había perdido la cuenta cuando habían pasado del centenar. La Lanza se estaba desmoronando y él no podía hacer nada.

Al cabo llegó a la conclusión de que no comer no iba a ayudarle en nada. Si tenía que salir de allí, como le dijo Héctor, tendría que acumular energías. Había arrancado una larga astilla de madera de una pared y le había fabricado un rudimentario mango con un trozo de su manta. No pudo evitar darse cuenta, con una sonrisa amarga, del parecido entre aquella hoja improvisada y el puñal que había fabricado Adam en su rapto de locura final y que él había tachado de «pieza roñosa». La próxima vez que su puerta se abriese, se la jugaría. O salía de allí por su propio pie, libre pero sin ningún plan, o moría en el intento. Cualquier cosa menos sentarse a esperar a la muerte.

Hundió la cuchara en el bol de guiso, se llevó una palada a la boca y casi lo escupió. Estaba claro que quien hubiese preparado aquella comida no estaba habituado a cocinar. Se metió otra cucharada en la boca y entonces torció el gesto. Algo duro y elástico estaba mezclado con la salsa espesa. Lo sacó de la boca y descubrió que se trataba de un pequeño paquete envuelto en un trozo de tela impermeable. Richard deshizo el paquetito con las manos temblorosas. Dentro había una nota de papel, no más de cuatro líneas trazadas con el pulso acelerado y la caligrafía redonda, infantil y plagada de faltas de alguien que no está acostumbrado a escribir a menudo.

Nos están vijilando. No podemos hablar. La Diosa está OK. Vusco la manera de sacarle de hay. Preparese, jefe.

No iba firmada, pero Richard no necesitaba firma para saber que era Abel

quien estaba detrás de aquel mensaje. En ese momento, las luces incandescentes de la docena de grandes focos colgados del techo se apagaron de golpe, sumiendo a toda la nave en una tenue penumbra. Un recital de murmullos desconcertados y unos cuantos gritos se alzaron entre los prisioneros (ya no se le ocurría llamarlos de otra manera). Sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la escasa iluminación. La única luz que los bañaba era la tenue luminosidad que entraba por las vidrieras de colores de la iglesia, que después de siglos tenían una capa de mugre y musgo tan espesa encima que era insuficiente.

Con un parpadeo, las luces volvieron a encenderse vacilantes. Su intensidad era prácticamente la misma, pero de vez en cuando sufría una bajada de un par de grados, como si alguien estuviese jugando con un regulador gigante.

—Son los acumuladores de emergencia —musitó Richard para sí—. La Bestia debe de haber fallado.

Hizo memoria para tratar de recordar todo lo que sabía sobre los acumuladores. El sistema consistía en una enorme serie de baterías dispuestas en una cripta situada debajo de las escalinatas que daban acceso al monasterio. Tenían una duración teórica de cuarenta y ocho horas, pero por lo que Richard había podido ver la última vez que había estado allí, algo más de un año antes, dudaba que pudiesen aguantar tanto.

Eran baterías muy viejas, corroídas por el tiempo y casi sin capacidad de almacenamiento, y por las conversaciones que había tenido con los hombres de azul de Mecánica, sospechaba que nadie sabía muy bien qué hacer para sustituirlas. Era uno de esos casos en los que ni siquiera con la mejor intención del mundo se podía reparar algo que simplemente ya no funcionaba, y hacía mucho tiempo que la última fábrica de baterías había dejado de producir repuestos. Cada una que se perdía significaba que quedaba una menos en el mundo.

Richard se puso en alerta, con los nervios tensos y la mente preparada para lo que pudiese pasar. Sospechaba que aquel fallo podía tener algo que ver con Abel y su plan de fuga, o al menos quería creerlo, pero, a medida que iban pasando las horas y nadie se acercaba a su puerta, sus esperanzas se desvanecían.

Quizá simplemente fuese un fallo normal y corriente de la Bestia y estuviesen intentando repararlo. Quizá Abel no viese cómo sacarle de allí. Quizá ya no quedaban suficientes personas en la iglesia como para que mereciese la pena mantener encendidos los radiadores eléctricos y las luces. Eran tantas posibilidades que su cabeza atormentada estaba a punto de explotar.

El frío aumentaba por momentos. La potencia de los acumuladores era limitada y sin duda habían desconectado los monstruosos radiadores de calor situados en las paredes del templo, por lo que la temperatura estaba cayendo de

forma progresiva. Richard tiritaba, únicamente vestido con su fino mono verde. Que él supiese, nadie había sido provisto de ropas de abrigo dentro del confinamiento. En un rato, si no cambiaban las cosas, toda aquella gente podría estar pasándolo muy mal a causa del frío.

Su puerta se abrió de golpe y Richard miró esperanzado al quicio. Una puñalada de desánimo mezclada con miedo le atravesó al ver que no eran los chicos de verde de Abel, sino Judith, rodeada de varios muchachos de su guardia rojinegra, mirándole con aquella expresión curiosa que siempre bailaba en sus ojos. Richard maldijo por lo bajo. Su puñal improvisado estaba debajo del colchón. No tendría tiempo de sacarlo antes de que le acribillasen.

—Hola, Richard —dijo con voz suave—. Vamos a dar un paseo.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está Abel?

La muchacha ignoró su pregunta y sonrió de una manera que a él no le gustó demasiado.

—Hermes te necesita fuera. Eso es todo lo que precisas saber.

Salió de la celda con las piernas acalambradas después de varios días de encierro. Mientras enfilaban la salida, rodeados de rojinegros que no le quitaban ojo de encima con el dedo en el gatillo, Richard observó descorazonado la gran cantidad de celdas vacías que iban dejando atrás. La mayoría no tenían restos, pero un buen número presentaban manchas de sangre y unas cuantas estaban punteadas por agujeros de bala. Intentó calcular cuántos habían muerto ya, pero resultaba aterrador.

Salieron al atrio de la iglesia y Richard bizqueó ante la luz del día.

Era uno de esos preciosos días de invierno en los que el cielo está limpio y el aire es tan frío que corta la piel, uno de esos días en los que te alegra estar vivo. Con cierta nostalgia pensó que apenas unas semanas antes habría aprovechado una mañana como aquella para dar un paseo por los campos o para acercarse al río e intentar pescar unas cuantas truchas. En vez de eso, estaba de pie, tiritando, sucio y con una sombra de barba, delante de un grupo que le miraba con cara de pocos amigos.

Hermes estaba acompañado por los tres Ancianos, todos ellos envueltos en espesos abrigos de piel. Simon tenía unas enormes ojeras y tanto Marcus como Victoria parecían también al borde del agotamiento físico y mental. Incluso para unas mentes tan viejas como aquellas, el enorme alud de acontecimientos de los últimos días se estaba cobrando su peaje. El único que no parecía afectado era Hermes, que le dedicó una cálida sonrisa que no combinaba nada con el vacío helador de su mirada; Richard tuvo la sensación de estar asomándose a un pavoroso pozo sin fondo. Por un momento se preguntó si incluso Hermes estaría gravitando hacia un lugar muy oscuro del que no era fácil salir.

Sin embargo su atención se desvió de inmediato a la quinta persona que estaba con ellos. Arrodillado en el suelo, con las manos atadas a la espalda y en un estado lamentable estaba Louis, el jefe de Mecánica y Mantenimiento.

El padre de Eva tenía el aspecto de haber pasado por una picadora de carne y una estampida al mismo tiempo. Su uniforme estaba desgarrado en varios sitios y tenía el rostro tumefacto a causa de los golpes. Los moratones y los hematomas se amontonaban unos sobre otros hasta solaparse en una única gran mancha cárdena de distintas intensidades que cubría por completo su piel. Tenía los labios partidos y la hinchazón casi le impedía abrir uno de los ojos. Un bulto del tamaño de una mandarina estaba creciendo en su cabeza y sangraba profusamente. Aun así, lo más doloroso de ver eran sus manos. Alguien se había tomado el trabajo de retorcer y quebrar todos los dedos de manera metódica y en ángulos antinaturales. Con espanto, Richard comprobó que incluso le habían arrancado las uñas.

—¡Por todos los cielos! Louis... ¿Qué coño te han hecho?

—Hola, Richard. —Louis amagó una sonrisa y sus labios desgarrados permitieron ver por un momento una dentadura en la que faltaban algunas piezas —. He tenido algunas diferencias de criterio con los Ancianos y con Hermes. Por lo visto, no les gusta mi punto de vista.

Judith, situada junto a Hermes, lanzó un puntapié envenenado que alcanzó a Louis en un costado. El hombre lanzó un gemido de dolor y se derrumbó de lado, jadeando en busca de aire.

—¡Cállate si no hablan contigo! —escupió.

—Pegas... como una... niña. Ni me ha... dolido.

Otra patada, esta vez más salvaje, en el estómago. Louis se encogió sobre sí mismo, en su propio universo de dolor, pero se negó a que un solo lamento saliese de su labios.

—En serio..., menuda... menuda mierda... de patada. ¿No sabes... hacerlo... mejor?

Judith se adelantó con los labios temblando de rabia contenida, pero Hermes la retuvo por el brazo, sin apartar la mirada de Richard, estimando su reacción.

—Simon. —A Richard le temblaba la voz, pero no era por miedo, sino de ira—. ¿Qué está pasando aquí?

Simon carraspeó. En apenas una semana el Anciano parecía haber envejecido de golpe todos los años que había vivido sin que una sola marca le hubiese afectado. Estaba delgado, con aspecto demacrado y visiblemente nervioso. Una mano parecía presa de un temblor incontrolable y se la metió en uno de sus bolsillos para disimularlo.

—Richard, no sé si te has dado cuenta, pero la Bestia se ha parado. En apariencia todo está bien, pero el sistema simplemente se ha desconectado y no podemos reiniciarlo. Los chicos de Mecánica que están en el molino lo llevan intentando horas, pero creen que alguien ha saboteado de alguna manera los protocolos de control y son incapaces de ponerlo de nuevo en marcha.

—El único que ha podido hacerlo es el jefe Louis —añadió Victoria con voz suave—. Y no nos quiere decir qué es lo que ha hecho.

Richard miró de nuevo a Louis, que le contemplaba desde el suelo. Por un segundo le dio la sensación de que el hombre caído le guiñaba un ojo, pero no tenía forma de estar seguro.

—¿Por qué haría algo así? ¿Y por qué le habéis dado semejante paliza? ¡Es de los nuestros, joder! ¿Estáis locos?

—Nosotros no. —Hermes habló por primera vez, encogiéndose de hombros—. Pero él puede que sí. En todo caso, sabemos que el jefe Louis y tú estáis muy unidos... Sois amigos, si no me han informado mal.

Richard tragó saliva adivinando lo que se le venía encima. La impotencia crecía en su interior como un huracán sin control.

—Deberías intentar convencerle —continuó Hermes hablando con la misma tranquilidad que si estuviese comentando una puesta de sol—. No es necesario que sufra más.

—Podéis hacerme lo que os salga de los cojones, pequeño psicópata de mierda —gruñó Louis retador desde el suelo—. No pienso colaborar con vosotros.

Hermes suspiró, como si se esperase aquello.

—Louis, Louis... Ay. Ya me lo figuraba —musitó—. Los que aún vivís atrapados por las normas y reglas de los viejos tiempos tenéis tendencia a hacer estupideces así. Por eso he pensado que a lo mejor podíamos convencerle de otra manera, con la ayuda de Richard.

Judith dio un paso adelante y desenfundó una pistola que colgaba de su cintura. Richard reconoció el arma como la suya propia, una Glock de acero pavonado, que brillaba reluciente y bien aceitada bajo el sol de la mañana. Conocía bien aquella arma y estaba seguro de que ninguna de sus balas se encasquillaría. Él mismo se había preocupado a conciencia de ello.

La chica colocó la pistola en la frente de Richard, que sintió el frío beso del acero contra su piel y se estremeció con el contacto, pero no hizo el menor gesto. Su mirada se elevó hacia el cielo azul, en el que en aquel momento volaba una solitaria pareja de halcones dando giros perezosos en el aire.

De repente, toda su tensión se desvaneció como por ensalmo. Supo que iba a morir, pero se sentía en paz. Había hecho todo lo posible para evitar aquella

situación, al menos lo que estaba en su mano. Sintió una punzada de dolor al pensar en Albert y en que jamás volvería a ver la luminosa sonrisa del muchacho ni a disfrutar de su ingenio. Jamás volvería a revolverle el pelo ni a sentir el calor abrasador en el corazón cuando le veía durmiendo y adivinaba en él el niño que había sido y que se había paseado sobre sus hombros riendo sin parar. Todo eso se perdería, pero estaba en paz consigo mismo. Estaba listo.

—Aprieta el gatillo, Judith. —Su voz sonó extrañamente calmada incluso para él—. No tengo miedo de ti ni de tu amo. Pero piensa en qué te vas a convertir. Esto no es lo que somos. Esto no es lo que queremos ser.

Judith presionó aún más el cañón contra su frente, los labios fruncidos en un mohín sensual. Por un instante a Richard le pareció ver un brillo ansioso en la mirada de la muchacha, mezclado con el remolino de locura que siempre había estado allí, anidando, a la espera, y que por fin podía cabalgar libre.

—¡Un momento, Hermes! —Simon se adelantó levantando las manos en un gesto agotado. Parecía más frágil y viejo que nunca—. Esto se nos está yendo de las manos. Ya es suficiente.

El emisario de El Cuenco se volvió hacia el Anciano y le contempló con una mezcla de curiosidad y conmiseración.

—¿No estás de acuerdo con esto, Simon? ¿No tienes la madera de líder necesaria para dirigir La Lanza en un momento crítico de su historia?

Simon se irguió un palmo, evocando por un segundo la figura solemne del coronel que siempre había sido.

—Claro que sí, muchacho, pero lo que propones es un sinsentido. Hasta ahora hemos aceptado todas tus propuestas porque nos han ayudado a ir sorteando esta crisis, pero ahora quieres cruzar una línea que no podremos volver a pasar de nuevo en dirección contraria. —Se irguió en toda su estatura, el viejo Simon de siempre, el líder y estadista cuyos discursos habían electrizado a generaciones enteras del poblado—. En La Lanza hay unas normas, un protocolo. Nadie muere como castigo ni como represalia. Tenemos una manera de hacer las cosas y no es esta. Te lo prohíbo, Hermes.

—¿Me lo prohíbes? —La voz de Hermes sonó gélida y casi mecánica. Sus ojos se desviaron hacia los halcones que volaban en el cielo.

—¡Sí! ¡Como líder de La Lanza, te lo prohíbo! No haremos esto. La muerte de Richard no solo es absolutamente aberrante, sino que no sería útil para nada. Una vez más, te lo prohíbo.

—Como líder de La Lanza... —Hermes repitió las palabras silabeándolas lentamente—. ¿Sabes qué, Simon? Entre todas las tonterías que te he tenido que aguantar con paciencia en los últimos días de vez en cuando encuentro pizcas de sentido común, y en esto tienes toda la razón. La muerte de Richard no serviría

para nada.

Simon se irguió aún más, con un gesto triunfante en la cara.

—Sin embargo —añadió Hermes como si se le acabase de ocurrir la idea en aquel preciso instante—, la tuya sería tremendamente útil. Judith...

La expresión de Simon pasó a toda velocidad del triunfo al desconcierto y luego al pánico cuando Judith separó la pistola de la frente de Richard y con una sonrisa fría le apuntó a la cabeza. Sin previo aviso, bajó el cañón y abrió fuego contra una de las rodillas del Anciano. Un surtidor de astillas de hueso y de carne salió de la articulación y Simon se desplomó en el suelo aullando de dolor.

—¿Recuerdas lo que me dijiste aquella noche, Simon? —Judith pasó sobre él como quien evita pisar una cagada de perro—. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando supliqué que me alejases de mi padre? ¿Cuando te supliqué que hicieras justicia?

El Anciano boqueó, con los ojos desorbitados. Judith pegó el cañón a la otra rodilla de Simon y apretó el gatillo. Un nuevo surtidor de sangre; un nuevo aullido de dolor.

—Me dijiste que hay que soportar una dosis de dolor y sufrimiento en la vida. —Volvió a pasar sobre él y esta vez disparó contra la mano derecha. Simon gritó, presa de un dolor inimaginable—. Me dijiste que todos tenemos una carga, que todos tenemos que hacer sacrificios, grandes y pequeños, por el bien de la comunidad. Que no podíais prescindir del talento de mi padre y que lo que tenía que pagar yo era un precio muy pequeño a cambio de todo lo que nos aportaba. Que abrirse de piernas de vez en cuando no era tan malo.

Judith disparó una vez más, ahora contra la entrepierna del Anciano, abriendo un agujero del tamaño de una nuez. Simon emitió un ruido ahogado, los ojos en blanco y respirando entrecortadamente.

—Tenías razón. Todos hemos de hacer pequeños sacrificios por la comunidad, por La Lanza. Ha llegado la hora de que hagas el tuyo, Simon.

Judith sujetó la pistola con las dos manos y apuntó cuidadosamente antes de apretar por última vez el gatillo. El estampido del disparo rebotó en las paredes de la Valla un momento antes de que un rosetón de bordes irregulares se abriese en la frente de Simon mientras un volcán de trozos de hueso y materia gris surgía en su nuca. Cuando Judith bajó el arma, Simon contemplaba la eternidad sobre un charco de su propia sangre y con la expresión estupefacta congelada en la cara.

Richard estaba demasiado anonadado como para emitir ni un solo sonido. También Louis desde el suelo contemplaba incrédulo el cadáver del Anciano, como si fuese incapaz de comprender que aquel ser dos veces centenario había dejado de existir por fin. La mirada de Richard vagó hasta Victoria y entonces se quedó de piedra. La Anciana observaba el cadáver de su colega impertérrita, con la misma expresión de hastío que le era tan familiar. A su lado, Moses, el otro Anciano superviviente, pálido como el papel, temblaba de manera incontrolable.

—Victoria —había asombro y espanto a partes iguales en la voz de Richard—, tú lo sabías.

—Hermes tiene razón, Richard —replicó la Anciana contemplando su manicura—. Vivimos en una nueva era y hay que saber adaptarse a las nuevas circunstancias para sobrevivir. Yo lo he entendido, pero Simon no fue capaz de comprenderlo a tiempo. El mundo es ahora de los fuertes e implacables.

—Queréis gobernar La Lanza, o lo que quede de ella, tú y Hermes.

—¿Se te ocurre alguien mejor? Somos la pareja perfecta. Él tiene el empuje y la energía para conducir a nuestro pueblo en estos nuevos tiempos y yo tengo la experiencia y el saber acumulado de dos siglos. Y además, ambos tenemos en común la determinación y la ambición necesarias para prevalecer.

—Pero... —de repente el habitualmente callado Anciano Moses emitió un graznido estrangulado—, Victoria, ¿cómo has podido...? Tú...

—Ah, Moses. —Victoria se volvió hacia él—. Estás siempre tan callado que me había olvidado de ti. Tus servicios ya no son necesarios, querido amigo. Quizá sería buena idea que le fueses a hacer compañía a Alphonse. Pese a todo, eres un Anciano y te mereces esa deferencia.

Moses se echó a temblar, pero un gesto de alivio cruzó por su cara. Por un momento había temido que le ejecutasen allí mismo igual que a Simon.

—Ahora escúchame bien, Louis. —Hermes se inclinó sobre el jefe de Mecánica y Mantenimiento y le acarició la cabeza con un gesto sombrío—. Ya has visto lo que podemos hacer. Tienes una hora para poner a la Bestia en marcha de nuevo. Si no lo haces, el siguiente en morir será Richard. ¿Te ha quedado claro?

Louis miró a Hermes a través del único ojo que podía abrir. Si el odio pudiese derretir a las personas, Hermes habría quedado fundido allí mismo, pero simplemente se limitó a asentir.

—Buen chico. —Hermes le dio una palmada jubilosa en una pierna y se incorporó—. Judith, lleva a Louis a la Bestia y asegúrate de que la pone en

marcha de nuevo. Victoria y yo tenemos algunas cosas que discutir. En cuanto a Richard, que el inútil de tu hermano lo encierre otra vez. Si en una hora no tenemos la Bestia en marcha, puedes hacer con él lo que quieras.

—Claro que sí, amor. —Judith se relamió los labios y besó con lujuria a Hermes, con la sangre de Simon corriendo entre los pies de ambos.

Richard se estremeció al verlos.

El grupo se dispersó y el cadáver del Anciano quedó tendido en las escaleras solitarias del atrio, abandonado como un montón de basura. El que había sido durante dos siglos el hombre más poderoso de La Lanza había desaparecido, y su puesto lo habían usurpado de forma cruel. Era increíble cómo las cosas podían cambiar a tal velocidad en tan poco tiempo. Richard sintió una arcada, pero la contuvo. Lo último que quería era darles el placer de ver cómo el antiguo jefe de Seguridad se doblaba sobre sí mismo mientras vomitaba.

Abel apareció de la nada y sujetó a Richard por un brazo para llevarle de nuevo al interior oscuro de la iglesia. El muchacho parecía al borde del llanto.

—Lo siento mucho, jefe Richard —susurró—. No se suponía que fuese a ser así. El plan era que cuando se agotasen los acumuladores le sacaría de su celda, pero Hermes se me adelantó. No me imaginaba que iría a por el jefe Louis.

—¿Qué estás diciendo? —Richard se detuvo en medio del pasillo y por primera vez se dio cuenta de que tan solo le rodeaban los muchachos vestidos de verde de Abel—. ¿Louis sabía que el generador se iba a parar? ¿Ha sido cosa suya? Quiero decir..., ¿realmente lo ha saboteado?

—Yo se lo pedí —contestó Abel—. Le dije que necesitaba una distracción para liberarle y aceptó de inmediato. Ya sabe que yo no soy muy despierto, jefe, eso lo dice todo el mundo, pero pensé que la idea era buena. Al jefe Louis le pareció bien, aunque ahora que lo pienso creo que él sabía que esto podía pasar, por eso aguantó la tortura durante horas. ¡Yo no quería que le diesen una paliza, se lo prometo, tan solo quería sacarle a usted de esa celda sin que nadie se diese cuenta! ¿Qué vamos a hacer ahora, jefe?

Richard paseó la mirada por el pasillo desierto. Tan solo estaban ellos dos y otros tres muchachos de verde, ninguno de ellos mayor de quince años. Desalentado, se dijo que menos era nada.

—Tenemos que salir de aquí. —Apoyó una mano cariñosa en el hombro de Abel para tranquilizar al muchacho, que estaba al borde de las lágrimas—. Reorganizarnos. ¿Puedo contar con vosotros?

—Nosotros cuatro estamos con usted hasta la muerte, jefe. —Abel señaló a los otros muchachos—. Pero no hay más. Se han llevado a todos los chicos fuertes y mayores para la Guardia Exterior de Judith y a mí tan solo me han

dejado a estos tres. Piensan que yo soy demasiado tonto y ellos demasiado pequeños como para suponer una amenaza, por eso nos usan de carceleros aquí dentro.

—No eres tonto para nada, Abel. Has creado la distracción y me has sacado de la celda, y además has conseguido que piensen que eres de fiar. Tu plan ha funcionado.

—Pero a qué precio, jefe —replicó el otro al borde de las lágrimas—. El jefe Louis, Simon...

—No pienses en ellos ahora. Tenemos que movernos rápido.

—Mi hermana puede estar loca, pero es lista como un demonio, jefe. Además, tiene a más de cuarenta chicos en su Guardia y están todos armados. No podemos hacer nada contra ellos.

—No te preocupes por eso ahora. ¿Sabéis dónde está Héctor?

—¿Héctor? ¿El profesor? —Abel parecía confundido—. No tengo ni idea, jefe, pero, si no está aquí, o está muerto o le retienen dentro del monasterio.

—Tenemos que ir a por él. —Richard sujetó a Abel por los hombros—. Es importante.

Abel meneó la cabeza.

—Eso es imposible, jefe. El monasterio es enorme y no tenemos ni idea de dónde lo tienen, si es que aún vive. Si nos metemos ahí dentro, nos acorralarán en cinco minutos y entonces sí que estaremos perdidos.

Richard maldijo por lo bajo impotente. El muchacho tenía razón. Héctor tendría que esperar. En aquel momento, lo importante era salir de allí con vida.

—Necesitamos un plan —convino tras pensar un instante—. Pero primero tenemos que encontrar un sitio seguro. Seguidme.

Cruzaron la iglesia a paso ligero. Richard miró con culpabilidad las hileras de celdas, deseando poder abrirlas a su paso, pero se dio cuenta de que sería inútil. Lo único que conseguiría con eso sería provocar una matanza de docenas de civiles confusos, desorientados y desarmados que saldrían en tropel para encontrarse de frente con la tropa de Hermes. No quería darle la excusa perfecta para desencadenar una masacre.

Un pasillo oscuro conectaba el ábside de la iglesia con el refectorio, que a aquellas horas estaba vacío. Avanzaron en penumbra, con la mayor parte de las luces desactivadas por el racionamiento de electricidad. Cuando tuvieron que cruzar a la carrera el tramo que llevaba hasta el sótano, Richard agradeció que las sombras los ocultasen. Afortunadamente, no se toparon con nadie y llegaron a la zona inferior, donde estaba el viejo Archivo de La Lanza.

El espacio atestado de libros y papeles estaba desierto. Nadie había considerado que aquel fuese un servicio indispensable cuando se organizó la

cuarentena, así que tanto Anteo como todos sus aprendices y escribanos —o al menos los que seguían con vida— estaban encerrados en celdas o haciendo cosas distintas en otra parte. Richard cruzó las salas a paso ligero, seguido por el grupo de cuatro muchachos que miraban todo con ojos muy abiertos.

—Ahí está la Diosa, jefe Richard. —Abel señaló un bulto que se adivinaba en las sombras—. Ayer bajé a comprobarlo. Nadie la ha tocado.

Richard se acercó con alivio a los pies de la figura y acarició el borde de su manto de tela. Con el paso de las décadas, las sucesivas generaciones habían ido olvidando algunas cosas del Tiempo de Antes y la iconografía religiosa era una de ellas. Había sido inevitable que con los años a aquella bonita figura tallada de madera la acabasen llamando *la Diosa*, una vez olvidado su nombre original. Lo cierto es que la figura tenía un aire majestuoso y un halo de bronce situado sobre la cabeza le daba un aspecto realmente divino. Sin embargo, Richard sabía que aquella estatua que un día había estado en una de las capillas de la iglesia representaba a santa Bárbara. Se hallaba sobre un gran altar de madera de aspecto apolillado y ocupaba una esquina olvidada del sótano, entre docenas de cachivaches y trastos viejos e inútiles, pero demasiado preciosos como para deshacerse de ellos sin más.

Richard se encaramó a la peana y abrazó la figura con mucho cuidado. Santa Bárbara le miraba con expresión triste desde su eternidad de madera.

—Ayudadme a moverla, chicos.

La desplazaron con cuidado y Richard sonrió por primera vez en todo el día al ver el agujero que estaba oculto bajo la estatua.

Dentro, en ordenados y pulcros paquetes de tela, estaban envueltos rifles, munición y explosivos plásticos suficientes como para armar a una docena de hombres. Él solo tenía a cuatro muchachos asustados, pero al menos estarían bien provistos de potencia de fuego. Fue sacando paquetes y tendiéndoselos a los chicos. Mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en el humor socarrón de algún olvidado jefe de Seguridad que muchos años antes había decidido almacenar todo un polvorín a los pies de santa Bárbara* por si una emergencia desbordaba los muros de La Lanza.

—¿Estáis listos? Es el momento de irnos.

Los chicos resoplaban bajo el peso de todo lo que les había pasado Richard. Quedaba mucho más en el escondite, pero solo podrían llevarse lo que pudiesen cargar.

—¿Irnos adónde, jefe? No podemos salir por la puerta principal, y si nos escondemos, por muy bien que lo hagamos, tarde o temprano nos acorralarán.

—No necesariamente. Venid conmigo.

Richard cruzó a la carrera las dos últimas salas dando gracias a los dioses

por haber tenido un sobrino tan inquieto y curioso como Clío. Pensándolo bien, hacía días que no le veía y confiaba en que el chico estuviese a salvo. Desde luego, si alguien se las podía apañar en una situación así era su sobrino. Con una sonrisa apenada pensó que, si le hubiesen dicho que un día su vida dependería de los descubrimientos de aquel chaval, habría asegurado que le estaban tomando el pelo.

Y sin embargo, allí estaban, frente al enorme armario que ocultaba el Mejor y Gran Secreto de Clío. Richard lo apartó de un empujón y el túnel de salida quedó a la vista. Sin apartar la mirada de la puerta, indicó a Abel y sus chicos que se adentrasen en el conducto. Cuando el último de ellos hubo pasado, Richard colocó de nuevo el armario en su sitio, tal y como le había explicado su sobrino cuando le había interrogado, de forma que nadie habría podido sospechar de la existencia del pasadizo.

Al otro lado, Abel ya había corrido la compuerta y una tromba de luz entraba por el estrecho hueco.

Richard asomó la cabeza cautelosamente, escondido entre las zarzas. El sector de la Valla al que daba aquella salida estaba desierto. Era casi la hora de comer y suponía que los rojinegros estarían en aquel momento dirigiéndose al comedor. Podían estar armados y ser más numerosos, pero carecían de la disciplina del viejo Servicio de Seguridad. Hizo un gesto a sus chicos y uno a uno fueron saliendo del túnel, repitiendo a la carrera el mismo camino que había tomado Clío el día de su excursión. El día que todo aquello había comenzado.

Cuando por fin alcanzaron la sombra del bosque, con el corazón a punto de explotar y los brazos reventando de dolor por el peso de las armas, Richard se sintió invadido por la euforia. Al final, no iba a morir aquel día. Lo había conseguido. Estaban a salvo.

Pero enseguida su euforia se vio mitigada cuando contempló con calma a los cuatro críos que se desplomaban agotados a sus pies.

Estaban solos, ellos cinco, contra toda La Lanza. Un hombre y cuatro niños. Y no tenía ni la menor idea de qué era lo que iban a hacer.

La luz de la mañana se colaba de manera difusa por la ventana de la celda, pero el único ocupante de esta no era capaz de disfrutar de la claridad del alba. Héctor se estiró todo lo que le permitían las cadenas que le mantenían preso a una de las paredes al sentir la débil caricia del sol sobre uno de sus brazos. Levantó sus ojos ciegos hacia la ventana, intuyendo que la pequeña habitación ya debía estar llena de luz. Un latigazo de dolor le recorrió toda la espalda y se hubiese mordido los labios de no haberlos tenido tumefactos y llenos de golpes.

Su situación era penosa, pero su espíritu pragmático le obligaba a mantenerse entero. Si hacía balance, la vida le había tratado bastante bien, aunque era cierto que los últimos años, desde que había perdido la vista, habían sido bastante complicados. Pero aquello no era nada comparado con los últimos días, en los que los acontecimientos parecían haber tomado un curso acelerado según pasaban las horas, como el agua de un río justo antes de precipitarse por una cascada. Y Héctor temía que nada bueno les aguardaba al final de aquel salto.

Tampoco estaba sorprendido. Siempre había sabido que, de una forma u otra, el final de su camino estaba llamado a ser trágico, desde el día en que muchas décadas atrás había posado los ojos en aquella chica morena de expresión inteligente. Héctor sonrió al recordar aquel momento. Por supuesto, como cualquier otro habitante de La Lanza, sabía de sobra quién y qué era Andrea antes de acercarse a ella, así que le había costado más de dos semanas reunir el valor suficiente para hacerse el encontradizo con la Anciana. Estaba tan nervioso al saludarla por primera vez en el comedor que le había tirado un vaso de agua por encima y lo había complicado todavía más al tratar de secarle el pecho con su propia servilleta sin pedir permiso. El Héctor octogenario miraba con indulgencia a aquel adolescente torpe y desgarbado que vivía en su memoria y que se las había apañado para arrancar una sonrisa de la arisca muchacha improvisando una historia disparatada tras otra mientras le secaba la pechera empapada.

Héctor recordaba aquella etapa de su vida como una de las más maravillosas que un hombre puede vivir. Una vez que consiguió colarse bajo la coraza que protegía a Andrea, a base de persuasión, cariño y paciencia, descubrió a una mujer maravillosa, llena de complicados matices y una personalidad arrolladora que le fascinaba todos los días. De alguna manera, su propia naturaleza mutada hacía de ella una delicada mezcla entre la ingenuidad adolescente, siempre presta a inflamarse y sentirse maravillada, y la calma

reposada de alguien que era infinitamente más mayor que él.

Por supuesto, Héctor sabía que no era el primero en la vida de la Anciana y que a lo largo de los siglos ella había compartido su vida con al menos otras dos personas que ya habían muerto mucho tiempo atrás, pero también era consciente de que ninguno de ellos había sido capaz de adentrarse tanto en el corazón de Andrea como él.

Precisamente por eso conocía a la perfección cada uno de los miedos y debilidades de la joven, sobre todo los sueños persistentes que la despertaban a menudo por la noche, con el corazón palpitante y empapada en sudor, gritando frases incoherentes. Y sabía que el Hombre de Blanco era totalmente real.

Héctor se estiró con un gemido de dolor. Llevaba doce horas encadenado en aquella celda como un animal salvaje, después del último interrogatorio al que le había sometido Hermes. Aquel muchacho era despiadado en sus métodos, pero había algo en él, vibrando bajo su voz, que le decía a Héctor que tras la fachada de implacable determinación de la que hacía gala había una enorme ola de miedo, negra como el fondo de un pozo a medianoche, que le impulsaba a seguir adelante para no ser devorado.

El visitante de El Cuenco quería saber a toda costa cuál era el auténtico plan de Andrea. Ni por un segundo se había creído la historia de las vacunas, a diferencia de los miembros del Consejo de La Lanza. El muchacho era demasiado listo y tenía la suficiente distancia de los acontecimientos como para ver los agujeros en la historia que había contado la Anciana. En el cuidadoso plan que sin duda tenía trazado, la presencia de Andrea, o mejor dicho su ausencia rumbo a un destino desconocido, era un elemento perturbador que amenazaba con poner en jaque sus objetivos y eso era algo que Hermes no estaba dispuesto a permitir. Aunque para eso tuviese que torturar a un pobre octogenario ciego e inválido.

Héctor flexionó su mano derecha, que estalló en un concierto de pinchazos de dolor. Al menos, se consoló, ser ciego le había ahorrado tener que ver cómo le arrancaban las uñas de aquella mano, una tras otra, pero no tenía manera de escapar de la angustiada agonía que suponía tener las cutículas en carne viva.

Le hubiese gustado poder decirle a Hermes que todos sus esfuerzos eran en vano para detener de una vez las torturas, pero se mantenía obstinadamente en silencio. Andrea iba en busca del hombre de sus pesadillas (aunque, después de tantos años, él estaba seguro de que se trataba de recuerdos reprimidos), pero no se lo contaría al muchacho de El Cuenco bajo ningún concepto. No era tan solo una cuestión de honor y de lealtad a la mujer que amaba.

Se trataba de mucho más que eso.

Cada hora extra que ganaba era una hora más que ella tendría para

encontrar aquello que estaba buscando. Si alguna posibilidad existía de detener la plaga a tiempo, pasaba por encontrar a aquel hombre. Así que Héctor se mantenía en silencio, esperando que su sacrificio le permitiese arañar algunos días u horas a Andrea.

Porque estaba seguro de que, tarde o temprano, la tortura quebraría su resistencia. Si algo sabía de sus lecturas es que al final todos los interrogados se acaban rompiendo. Todos.

Siempre y cuando no pierda antes la cabeza, por supuesto, se recordó a sí mismo con un resoplido mental. Quizá aquella fuese la mejor salida, después de todo.

A lo largo de los últimos días había sido testigo del progresivo desmoronamiento del orden en La Lanza. El hecho de ser ciego hacía que desde mucho tiempo atrás tuviese que prestar más atención al resto de sus sentidos. Escuchar las conversaciones de la gente, que tendía a hablar delante de él como si por el hecho de no poder verlos no estuviese allí, era muy revelador.

Notaba cómo la cohesión social se degradaba de forma lenta pero constante, con el incesante goteo de suicidios. Y detrás de ella, se iba la esperanza.

Unos pasos se acercaron por el pasillo y Héctor se puso en tensión. Las pisadas se detuvieron justo delante de su puerta y escuchó el ruido de un juego de llaves accionando la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido y el viejo profesor sintió cómo al menos dos personas distintas entraban en su pequeña celda situada en una de las alas más frías y abandonadas del monasterio.

—Hola, Héctor —la voz de Hermes era suave y engañosamente amistosa—. ¿Cómo estás hoy?

—Me duele un poco la vista —rezongó Héctor señalando sus ojos ciegos—. Supongo que de leer tantas horas seguidas esta noche, pero por lo demás estoy perfectamente. ¿Y tú, Hermes?

El aludido guardó silencio durante un lapso de tres segundos. Cuando volvió a hablar, el tono más seco de su voz arrancó una sonrisa de satisfacción en el profesor.

—Me alegra ver que conservas el sentido del humor, viejo —siseó—. Te va a hacer falta.

—¿Por qué? ¿Vas a contarme chistes? Desde que llegaste a La Lanza he pensado que no eres más que un payaso, pero est...

El puñetazo le alcanzó en el pómulo derecho tan de improviso que giró toda la cabeza antes de desplomarse de nuevo en el suelo. Sintió el sabor salobre de la sangre en la boca justo cuando se incorporaba con dificultad.

Eso es —se dijo—. *Pierde la paciencia. Enfurécete. Olvídate de a qué has venido aquí.*

—No le hables así —la voz de Judith sonaba seca como el hueso de una tumba olvidada—. O descubrirás que yo tengo menos paciencia que él.

Judith. Caray, esto complica las cosas.

Todo lo que Hermes tenía de frío y cerebral, en Judith se transformaba en pasión desenfrenada, para lo bueno y lo malo. Desde que era una niña había advertido que algo no iba bien en ella. Un eco de locura siempre parecía bailar en sus palabras, y su comportamiento con el paso de los años, sobre todo a partir de una cierta edad, se había vuelto más errático. Había intentado hablar con Simon de aquello, pero el Anciano líder de La Lanza le había dicho que eran imaginaciones suyas. En aquel instante Héctor lamentó profundamente no haber hecho caso de su instinto y ahondar en la verdad. La edad le había vuelto demasiado cómodo y confiado, se dijo.

—Vamos a dar un paseo —la voz de Hermes había recuperado la calma—. Y me vas a contar lo que necesito saber.

Héctor sintió cómo le sujetaban por debajo de los brazos y le arrastraban hasta el pasillo. Uno de los que le llevaba olía a sudor, pero el otro tenía una leve fragancia que no casaba con su forma de caminar. Eso lo tuvo confundido un rato hasta que se dio cuenta de qué se trataba. Era el perfume de Andrea, solo que quien lo llevaba no era la Anciana, sino Judith.

—Sospecho que habéis saqueado nuestras habitaciones a fondo —suspiró—. Es muy feo robar, muchacha.

La risa de Judith, dura y cascabeleante, le sacudió sin piedad.

—¿Y a ti qué te importa? Vas a morir muy pronto, de todas formas. No necesitas nada de lo que había allí.

Cuando salieron al exterior el frío de la mañana hizo tiritar al anciano, que no llevaba puesto nada más que el fino mono de su servicio. En algún momento le habían robado su chaqueta y el pañuelo que solía llevar al cuello, y se sentía semidesnudo.

Un par de manos nudosas le ayudaron a subir a una carreta. Sintió el bamboleo del carruaje cuando un par de personas más se auparon en la plataforma, y al cabo de un momento, tras un chasquido, el transporte se puso en marcha.

Héctor aguzó los oídos tratando de discernir algo de su situación, pero le rodeaba un silencio antinatural. Sabía que en aquel momento debía estar cruzando la calle principal del poblado, habitualmente atestada de gente, pero no se oía ningún ruido aparte del tintineo de los arneses y el gemido del eje de la vieja carreta.

—Yo no debería estar aquí —repetía una voz a su derecha de forma monótona—. Yo no debería estar aquí. Yo no debería estar aquí. Yo no debería...

—Cálmate, Moses. —Héctor trató de imprimir toda la autoridad posible a sus palabras al dirigirse al Anciano—. Nadie debería estar aquí, pero ponerse nerviosos no va a cambiar las cosas.

—¡No lo entiendes! ¡Soy miembro del Consejo! ¡Uno de los Ancianos de La Lanza! ¡No he participado de esta locura, pero tampoco me he opuesto! ¡No soy una amenaza, joder! ¡No hay motivo para que se me dé este trato!

Héctor sonrió de forma amarga.

—No hay espacio para los tímidos y los indecisos en el reino del terror, lo siento.

—¿Qué quieres decir?

—Que un neutral es incluso más amenazador que un enemigo. A este sabes al menos cómo clasificarlo, pero de un neutral no sabes qué esperar, ni cuándo se puede volver contra ti. Supongo que Hermes no quiere tener un flanco sin cubrir en su proyecto, estimado Anciano.

Héctor casi pudo masticar la desesperación que empapaba la voz de Moses.

—Ese pequeño hijo de puta nos la ha jugado bien. Él y Victoria. Esa zorra despiadada nos ha traicionado a todos. Nos ha vendido a cambio de compartir el poder... ¡La muy estúpida! ¿Acaso no se da cuenta de que tiene las horas contadas, como los demás adultos? ¡La plaga acabará con ella tarde o temprano si la expedición no regresa a tiempo! Y a estas alturas está claro que ya no van a volver. Seguro que esos chicos están pudriéndose en algún lugar de los bosques, o devorados por los Hostiles. Mandar a unos críos para salvarnos a todos... ¿A quién se le ocurrió esa estupidez?

Héctor guardó silencio. Jamás le había gustado Moses, aficionado a nadar entre dos aguas y no posicionarse hasta que estaba clara cuál era la opción ganadora, pero no podía evitar sentir lástima por él. No era un mal tipo, pero esta vez la partida le sobrepasaba y su jugada no le había salido bien. Y eso le iba a costar la vida, sospechaba.

El carro se bamboleó cuando salieron de la superficie regular del camino y empezaron a rodar sobre las raíces de la linde del bosque. El profesor sintió cómo la sombra de las ramas le protegía del sol. De alguna manera, lamentó que no le bañase la luz un rato más. Algo le decía que aquella podría ser una de las últimas veces.

El carro se detuvo con una sacudida y le bajaron en volandas. No tenía manera de saber que, en una retorcida ironía del destino, estaban justo en el mismo lugar donde, doscientos años antes, un agobiado oficial del Ejército había disparado a sangre fría contra un puñado de civiles cuyo único delito había sido no estar vacunados.

—¿Qué hace él aquí? —refunfuñó Moses—. ¡Pero si no se entera de nada!

Ah, ya entiendo. La muy zorra de Victoria quiere ser la última.

Alphonse —adivinó Héctor—. *Lo han traído también.*

El profesor sintió de repente que se sacaba un peso de encima. Para su sorpresa, toda la tensión, el miedo y la angustia que había luchado por mantener bajo control se habían disipado por completo. Aquel era el final del camino y saberlo hacía que de repente todo tuviese un ritmo más lento. Las cartas ya estaban encima de la mesa y solo le quedaba la dignidad en el bolsillo. Se prometió a sí mismo que esa jamás la perdería.

—Hola, Alphonse —dijo al aire, sin esperar respuesta.

Aquel Anciano llevaba tanto tiempo demenciado, barrido por la decadencia, que casi no recordaba el tono de su voz. Por eso se sorprendió cuando le oyó hablar:

—Hola, joven Héctor. Qué agradable sorpresa ¿Qué te trae por aquí, muchacho?

Joven. El profesor no pudo reprimir una carcajada que sonó extraña en aquel momento y lugar.

—Lo mismo que a ti, Alphonse, o eso creo.

Héctor sintió cómo el Anciano le sujetaba de un brazo y se le acercaba con gesto cómplice.

—No creas que no me he fijado en cómo te acercas a Andrea, chico. Mi hija es un poco complicada, pero es una chica maravillosa. —Y entonces añadió en un susurro—: Creo que le gustas. No desistas, muchacho.

Héctor sonrió, incapaz de creer que estuviese manteniendo otra vez una conversación que ya había tenido sesenta años antes, cuando estaba a un paso de la muerte.

—¿Qué hacéis, gilipollas? —el grito de Moses le devolvió a la realidad—. ¡Soltadme, soltadme! ¡No quiero morir! ¡No, por favor! ¡No quiero...!

El estruendo de una descarga de fusilería le sobresaltó, pero mucho más el repentino silencio que se hizo a continuación. Alguien arrastró un cuerpo (*Moses, es el cuerpo de Moses*) a un lado y empujaron a Alphonse para ocupar su lugar.

Si hubiese podido ver, habría contemplado cómo Alphonse bajaba al fondo de la hondonada con aspecto plácido y sin oponer resistencia. Habría visto cómo los rayos de luz se filtraban entre el follaje y pintaban manchas de sombras en los rostros de la media docena de muchachos jóvenes vestidos de negro con una banda roja en el brazo, que sujetaban sus fusiles desde lo alto de una loma, muy serios y pálidos. Habría podido ver al chico que había conducido el carro hasta allí, vomitando al lado de una de las ruedas, mareado tras contemplar los sesos desparramados de Moses. Habría podido ver a Hermes y Judith, hieráticos,

contemplando la escena. Pero aunque no vio nada de eso, no le hizo falta para entender lo que estaba a punto de suceder.

Alphonse se detuvo en el fondo del pequeño barranco, justo en el punto donde había estado Moses un minuto antes, y entonces miró hacia arriba. Parpadeó un par de veces y giró la cabeza como si fuese consciente de dónde estaba por primera vez. Su mirada saltó del follaje a los chicos que le apuntaban nerviosos, y de allí al borde de la fosa, al mismo punto donde se había colocado el oficial dos siglos atrás.

—Esto es criminal —murmuró en voz perfectamente audible—. La barbarie más criminal e inhumana. Que Dios os perdone.

Héctor nunca supo si el hombre, en un último destello de lucidez, se refería a aquel momento o a otro similar atrapado en uno de los meandros de su memoria. Una segunda descarga de fusilería sacudió los árboles, asustando a una bandada de estorninos que levantó el vuelo con un aleteo inquieto.

—Es tu turno, viejo. —Judith le agarró por uno de los brazos y bajó con él hasta el fondo del barranco.

Héctor notaba cada rama y cada guijarro bajo la planta de los pies, hasta el más mínimo detalle, como si una parte de su mente se afanase de forma frenética en acumular toda la información posible en aquellos últimos momentos.

Judith le soltó y subió de nuevo al borde de la hondonada, dejándole a solas. Se sentía extraordinariamente tranquilo por primera vez en mucho tiempo. Incluso sus heridas habían dejado de dolerle.

—Está bien, Héctor, esta es la última parada —la voz de Hermes descendía hasta él, suave como de costumbre—. Tienes dos opciones. Contarme todo lo que necesito saber sobre los planes de Andrea y salir por tu propio pie de este lugar o morir como Moses y Alphonse. He matado a los dos últimos Ancianos que quedaban en La Lanza, aparte de Victoria, para que veas que voy en serio. Esto no es un farol, Héctor. Depende de ti.

El profesor rio quedamente.

—Y después el ciego soy yo...

—¿Qué quieres decir? —Hermes frunció el ceño—. ¡Habla!

—Estás tan obsesionado con sobrevivir a toda costa sobre los adultos que te olvidas de que hay otras cosas importantes. —Héctor sonrió y sus labios agrietados sangraron un poco—. Tu propio miedo a la muerte te hace perder la perspectiva, Hermes. No temo morir, muchacho. Soy mayor, he vivido una vida larga y plena, he educado y moldeado a varias generaciones y, sobre todo, he amado y he sido amado. No hay nada que puedas hacerme, nada que yo pueda temer de ti. Lo único que podría dolerme sería que dañases a la persona a la que quiero y ella está muy lejos de aquí. Has perdido, Hermes.

—No seas imbécil. ¡Morirás!

Héctor se encogió de hombros antes de volverse de espaldas, con su cara hacia los rayos de sol que se filtraban entre las hojas.

—Haz lo que creas que debes hacer.

—Tú lo has querido, Héctor —suspiró Hermes recuperando su autocontrol—. Está claro que no vas a hablar y, en todo caso, no importa. A estas alturas, me da igual lo que esté haciendo Andrea. La Lanza ya es nuestra. De todas formas, tampoco tenía sentido dejarte vivir. Significas mucho dentro del antiguo orden de cosas. Es necesario que desaparezcas para poder educar a las nuevas generaciones libres de las viejas ataduras morales.

—Disparad —siseó Judith. Había tal odio reconcentrado en su voz que Héctor se preguntó qué ofensa, real o imaginaria, le habría infligido a la muchacha para que le tuviese ese rencor. O, simplemente, tan solo estaba loca de remate. Una ménade sedienta de sangre.

Hubo una larga pausa, y después, una vacilación.

—¿No me habéis oído? ¡Disparad de una vez!

—Es el profesor —contestó una voz dubitativa, una voz demasiado joven como para estar sosteniendo un fusil—. Héctor es bueno, él no es...

—¡Es el enemigo! —rugió ella—. ¡Es tan responsable como el resto de haberos tenido atrapados en sus normas de adultos! ¡De obligaros a hacer todo aquello que dictaban las Normas, aunque fuese en contra de vuestros propios derechos y deseos! ¡A manteneros prisioneros dentro de los muros de La Lanza, aunque quisierais volar libres! ¿Vuestro profesor? ¡Más bien vuestro carcelero!

—No sé. —Las dudas persistían—. Es que...

—Está bien —bufó Judith—. Lo haré yo misma.

Héctor oyó cómo la joven saltaba dentro del barranco y se acercaba a él con pasos rápidos mientras amartillaba un arma. Al llegar a su altura notó la presión fría de un cañón de pistola en su nuca.

Hasta siempre, Andrea. Te quiero. Nos veremos algún día al otro lado.

Después, un breve e intenso destello de ruido y dolor.

Y por fin, la paz.

—¿Nos hemos perdido?

—Eso creo. ¿Dónde está Albert?

—Va por delante, a unos diez metros. ¿Estáis todos bien?

—¡No os paréis! ¡Seguid, vamos!

Andrea los azuzó sin atreverse a mirar a sus espaldas. Desde su huida de El Cuenco llevaban más de tres horas corriendo en plena noche y el avance entre la maleza del bosque era cada vez más complicado. Aun así, tenían que seguir a toda costa.

Habían perdido el rastro del camino hacía más de media hora. Al principio habían seguido el sendero abierto entre los árboles a la luz de la luna, pero un rato antes se habían extraviado en una de las revueltas del bosque y cuando quisieron darse cuenta ya no sabían cómo volver hacia atrás.

Regresar sobre sus pasos era algo que quedaba fuera de discusión. Podían oír con claridad el ruido que hacían sus perseguidores, cada vez más cercanos. Las luces de sus linternas destellaban entre los árboles y de cuando en cuando se escuchaban los gritos que se daban entre ellos para animarse y localizar a los fugitivos.

—Tenemos que descansar un minuto, Andrea. —Erika la sujetó por un brazo para detenerla—. Iván está a punto de derrumbarse.

Andrea miró hacia el gigantón del grupo y comprobó que el chico estaba al borde del colapso. Había corrido al mismo ritmo que el resto con el peso de Eva a su espalda, y aunque la chica era bastante ligera, el esfuerzo le estaba cobrando su peaje.

No son más que críos. Incluso un hombre fornido estaría extenuado.

—Está bien, pararemos dos minutos, nada más —susurró—. Que nadie haga el menor ruido y ni se os ocurra encender una linterna. Están muy cerca y no queremos que nos localicen.

—No tenemos linternas —apuntó Clío—. Se quedaron con nuestro equipaje y los caballos en El Cuenco.

—Gracias, Clío —respondió Andrea malhumorada.

Un ruido de ramas quebrándose le hizo volverse, pero respiró aliviada al ver que era Albert, que había vuelto sobre sus pasos al comprobar que el resto del grupo se detenía. No hizo falta que preguntase el motivo, porque todos se habían dejado caer al suelo, empapados en sudor y respirando con fuerza.

—Tenemos un problema —murmuró Albert—. No sé dónde estamos ni hacia dónde hay que ir. El bosque es demasiado espeso, no puedo ver las

estrellas y podríamos estar corriendo en círculos.

—Y ese no es el único problema —contestó Andrea sombría—. Escucha.

Aguzaron el oído y escucharon de manera clara el ruido de una trailla de perros que ladraban de forma histérica.

—Tienen perros. —Albert se puso pálido—. Ahora sí que estamos jodidos.

—Quizá no. No creo que estén adiestrados para perseguir a personas. Seguramente serán perros de caza y este bosque está lleno de rastros de docenas de animales. Tardarán un buen rato en encontrar el nuestro, si lo hacen.

—No podemos correr ese riesgo. En cuanto encontremos un riachuelo lo remontaremos desde dentro del agua para borrar nuestro olor. Será difícil, sobre todo estando como estamos, pero no se me ocurre ninguna otra forma.

—A este ritmo no aguantaremos demasiado.

—Lo sé —murmuró Albert contrariado. El muchacho apretaba los puños con gesto de concentración. Sentía en aquel instante todo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros y las opciones se les acababan.

El ruido de uno de los grupos de perros se elevó un par de grados cuando los canes empezaron a aullar de forma nerviosa. Los perseguidores que los llevaban comenzaron a dar gritos y el resto de los grupos de luces convergieron en su dirección, peligrosamente cerca de donde estaban.

—Pues para no estar entrenados, parece que han espabilado rápido. Vienen hacia aquí.

—Tenemos que movernos. ¡Arriba todo el mundo!

Se incorporaron con dificultad y echaron a correr de nuevo. Andrea comprobó que su ritmo era lastimosamente lento, mucho más lento que unas horas antes. El único consuelo era que sus perseguidores tenían que estar igual de agotados que ellos tras una marcha salvaje entre la vegetación. Sin embargo, los otros tenían a los perros y linternas para alumbrarse el camino, de forma que no se veían sometidos al penoso caminar entre tropezones, caídas, raíces y piedras traicioneras. Poco a poco aquella ventaja les estaba permitiendo recortar distancia. Con un pinchazo en el corazón, comprendió que era cuestión de minutos que les diesen alcance. Y si los atrapaban, apostarían todo lo que tenía a que las represalias serían terribles.

El gáñido de los perros estaba cada vez más cerca. Ya se podían oír claramente las voces diferenciadas de los perseguidores que, conscientes de que su presa estaba casi a tiro, habían redoblado sus esfuerzos.

—¡Soltad a los perros! —gritó una voz.

La mano que sujetaba la trailla liberó las correas y los canes salieron disparados, impregnados del frenesí de la caza. Andrea los podía oír corriendo, abriéndose paso entre la vegetación como pequeños torpedos de cuatro patas,

directos hacia ellos.

El grupo llegó a una pequeña vaguada y se dejó caer por la ladera cubierta de hojas y zarzas como una avalancha, ya sin preocuparse de no dejar rastro. Lo único importante era poner cuanta más distancia mejor.

En ese momento uno de los perros lanzó un aullido estrangulado, como si se hubiese lastimado. El aullido se transformó en un graznido extraño y de golpe el resto de los perros comenzaron a ladrar nerviosos. Un coro de voces sorprendidas se levantó entre el grupo perseguidor cuando otro perro lanzó un gemido que se cortó en seco, como si alguien hubiese cerrado una trampilla hermética y el animal hubiese quedado al otro lado. Un disparo resonó en el bosque, y en un segundo, un rosario de detonaciones siguió a la primera cuando los perseguidores comenzaron a abrir fuego con todo lo que tenían.

Los expedicionarios se agacharon de manera instintiva, pero ninguna bala zumbaba en su dirección.

—¿Qué sucede? —gritó Andrea por encima del ruido del tiroteo—. ¿A qué le están disparando?

—No tengo ni la menor idea. ¡Mira!

A unos cien metros se veían los destellos fantasmagóricos de los rifles al hacer fuego. Cada disparo era como un flash que iluminaba brevemente los troncos de los árboles y el sonido de las detonaciones rebotaba entre las ramas creando una cacofonía infernal.

Otro perro lanzó un aullido ahogado y de repente un grito aterrador llegó hasta ellos, seguido de otro más un segundo después. Los perseguidores disparaban en todas direcciones, abriendo arcos de balas que volaban entre las hojas, sin objetivo aparente. Murmullos de pánico empezaron a escucharse cuando el último perro lanzó un aullido de dolor y, simplemente, desapareció.

Un rugido profundo resonó por encima del griterío. Era un rugido humano, pero más grave y cavernoso que cualquier otro que jamás hubiesen escuchado, dotado de un timbre y una sonoridad que ponía los pelos de punta. Los perseguidores lo oyeron a su vez y aquello fue lo último que hizo falta para derrumbar sus ansias de caza. De repente, las linternas comenzaron a apuntar en dirección contraria y el grupo empezó a retroceder, sin dejar de disparar de forma errática contra el bosque, como si su intención fuese acribillar la oscuridad misma.

—¡Se van! ¡Están huyendo! —Clío asomó la cabeza por encima del borde de la vaguada señalando excitado hacia el grupo de luces en fuga.

—Ya lo veo —contestó Albert tirando de su primo para ponerlo de nuevo a cubierto. Lo último que les hacía falta era que una bala perdida los alcanzase—. Pero eso no es necesariamente una buena noticia.

Se quedaron tumbados en el suelo sobre la gruesa capa de hojas húmedas hasta que el último ruido de los perseguidores se fundió en la lejanía. Cuando ya no quedó ni rastro de ellos, continuaron en silencio un rato más expectantes. Sin embargo, el bosque que los rodeaba permanecía impasible, como si nada de lo que acababa de ocurrir hubiese tenido lugar.

Al cabo de media hora de estar tumbados en absoluto silencio, Erika se estiró dolorida.

—Creo que ya se han ido. Estamos solos.

—Estoy de acuerdo en lo primero —replicó Andrea mirando desconfiada a la negrura que los envolvía—. No tanto con lo segundo.

—¿Crees que puede haber alguien aquí? —Los ojos de Erika se abrieron asustados.

—Alguien o algo. Desde luego, sea lo que sea, les ha dado un susto de muerte.

—Quizá se han asustado con la oscuridad —contestó Eva dubitativa—. Puede que hayan tenido un ataque de sugestión, de pánico colectivo.

Albert negó con la cabeza.

—La oscuridad no lanza rugidos. —Guardó silencio durante un segundo y añadió ominoso—: Ni tampoco ha matado a esos perros.

Volvieron a mirar con aprensión en todas direcciones, pero el bosque permanecía silencioso como una tumba. Como si estuviese esperando, con la respiración contenida. Expectante.

—Deberíamos seguir —susurró Andrea vacilante—. Alejarnos de este lugar.

—Anciana —la voz quejumbrosa de Marcus la interrumpió—, creo que me vendría bien descansar un poco.

Miraron sorprendidos al muchacho de negro. Habitualmente estoico, infatigable y de pocas palabras, era el último del que sospecharían que pidiese un descanso. Pero al observarle de cerca no pudieron contener una exclamación de asombro.

—Marcus, ¡estás herido!

El muchacho se mantenía en pie a duras penas. Sostenía el brazo izquierdo pegado al pecho con la otra mano y desde el puño le manaba un chorro de sangre. En lo alto de la manga tenía un feo desgarrón y una herida de bala en el bíceps de aspecto considerable.

—¿Cuándo...?

—Desde que salimos de El Cuenco —contestó Marcus con un gesto de dolor—. No quería ralentizar al grupo, pero ahora ya no puedo más...

—Déjame ver. —Erika se adelantó y obligó al muchacho a tumbarse sobre

el lecho de hojas. Examinó la herida con gesto profesional y abrió el botiquín que traía consigo—. Ha perdido un montón de sangre y está débil —murmuró mientras sacaba cosas de la bolsa—. Tenemos que extraer la bala y coser la herida de inmediato.

—¿Es grave?

Erika miró a Andrea con expresión apenada.

—No lo sé. No soy médico del todo, es la primera herida de bala que veo en mi vida. Lo haré lo mejor que pueda.

La Anciana asintió y le apoyó una mano en el brazo, en un gesto reconfortante.

—Lo harás estupendamente, Erika, ¿qué necesitas?

—Traed agua y encended una hoguera. Necesitamos luz y esterilizar algunas cosas.

—Ya habéis oído —dijo Albert—. Iván, consigue algo de leña y enciende una hoguera. Andrea y yo buscaremos un arroyo para conseguir agua. No debemos alejarnos demasiado. Si alguien ve algo extraño, que pegue un grito. — Luego se giró hacia su primo, que pegaba botes de excitación—. Clío, tú te quedas aquí, ¿de acuerdo? Mientras estemos fuera, harás todo lo que te digan Eva y Erika y que todos los dioses del universo te ayuden si desobedeces. ¿Me has entendido?

Clío, que por toda ropa llevaba la pelliza de Albert, que le quedaba varias tallas grande, arrugó el ceño, pero asintió dócil por una vez.

Se separaron para internarse en el bosque. Marcus tiritaba ligeramente mientras Erika restañaba la herida y trataba de detener la hemorragia con la ayuda de Eva. Clío las observó durante un largo rato, incapaz de decidir si quería echar una mano o prefería darse una vuelta por el perímetro para vigilar. Al final, el espíritu inquieto del muchacho se impuso y se levantó de un salto. Las chicas estaban totalmente concentradas en el herido y no prestaron la más mínima atención cuando Clío caminó hasta el borde de la vaguada.

Albert le había dicho que no podía salir de allí, *pero* no le había dicho que no pudiese investigar aquella vaguada a fondo. Esperanzado, pensó que a lo mejor podría encontrar un arroyo antes que Andrea y su primo, que habían salido caminando en dirección opuesta. Avanzó unos cuantos pasos en medio de la penumbra, removiendo el suelo con la punta de una rama y esquivando los matorrales más espesos. Justo cuando estaba llegando al borde del claro, sintió una extraña sensación en la nuca.

Levantó la cabeza inquieto. Era una impresión desconcertante, imposible de obviar. Aunque no era algo físico, podría jurar que alguien le estaba observando. Miró hacia el claro, pero Erika y Eva estaban de espaldas a él, concentradas en la

herida de Marcus, que lanzaba gemidos quedos de vez en cuando. La sensación persistía. Era como una comezón en la piel que no se podía rascar.

Las nubes que habían estado ocultando a la luna se desplazaron y por un breve instante el claro quedó bañado en la claridad pálida de la noche. Era de una belleza tan sublime que Clío contuvo la respiración extasiado.

Una piedrecita, arrojada de forma suave, impactó contra su cabeza. Clío se volvió intrigado.

—Iván, ¿eres...?

La pregunta murió ahogada en su garganta. Por primera vez en su vida, Clío sintió algo parecido al desconcierto, mezclado con una pincelada de temor.

A apenas dos metros de él, sentado en la rama baja de un roble, un muchacho más o menos de su edad le observaba con gesto curioso. El chico, de piel tostada y cuyo rostro quedaba oculto por las sombras del árbol, vestía un abigarrado conjunto de pieles, cosidos con esmero y de aspecto cómodo y práctico. En sus pies calzaba unas botas del Tiempo de Antes, de aspecto recio, y llevaba la cabeza —que parecía afeitada— cubierta por una gorra con un logo casi desdibujado donde ponía «Lakers».

Clío avanzó un paso dubitativo. Quiso hablar, pero notaba la garganta seca y además no se le ocurría qué decir. El chico de la rama se dejó caer al suelo, con un gesto tan elegante y felino que las hojas apenas se movieron. Abrió la boca y mostró una dentadura blanca e inmaculada.

—Ooka —dijo casi en un susurro.

Y luego se dio la vuelta y se internó de nuevo en el bosque, con tanta rapidez y sigilo que en apenas un parpadeo había desaparecido.

Y Clío se quedó de pie extasiado, preguntándose quién demonios era aquel muchacho.

Y sobre todo, qué acababa de pasar.

EL ENCUENTRO

En cuanto fue capaz de liberarse del embrujo, Clío volvió al centro del claro a la carrera. Iván ya estaba apilando la leña que había conseguido tras vagar por el bosque y a punto de encender la hoguera. Justo en aquel instante Andrea y Albert llegaban trayendo con ellos el viejo y desportillado termo de Clío lleno de agua. En su apresurada huida de El Cuenco habían dejado todas sus cosas, incluidas las cacerolas y las provisiones, así que tendrían que hervir el agua para esterilizarla en el pequeño bote de aluminio.

El muchacho abrió la boca y al segundo la cerró. Ardía en deseos de contarles a todos lo que acababa de suceder, pero por una parte estaban demasiado ocupados atendiendo la herida de Marcus y no quería distraerlos en una situación tan delicada. Y por otra, y esto era lo más importante, ni siquiera tenía claro qué iba a contar. Cuanto más pensaba en lo que había sucedido, mayor era la sensación de que se había tratado de un sueño, de una suerte de alucinación producida por el estrés, el cansancio y las sombras de la noche. ¿De verdad era posible que hubiese visto a un chico de su edad sentado en una rama, vestido con pieles y con una gorra que sin duda era del Tiempo de Antes? ¿Era cierto que le había hablado? ¿Y qué demonios había dicho? ¿Ooka? ¿Qué significaba aquello?

Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que tenía que haber sido una fantasía. Por un momento se le cruzó por la mente la idea, fascinante y aterradora a la vez, de que aquel muchacho fuese parte de los Hostiles. Si eso era verdad, Clío sería la primera persona, que él supiese, que había estado cara a cara con uno y había sobrevivido para contarlo.

Pero era imposible. Aquel chico no tenía aspecto de ser un Hostil en absoluto. Le había sonreído de manera amistosa y se había divertido a su costa lanzándole piedrecillas. Un Hostil tenía que ser algo mucho más espantoso y amenazador, algo como..., como quien fuera que hubiese lanzado aquel rugido espantoso en medio de la noche. Clío había oído la voz del muchacho, si no lo había soñado todo, y desde luego aquella voz no era la del rugido.

No, lo más probable es que se tratase de algún niño de El Cuenco, uno de los que habían salido en su persecución. Posiblemente se había separado de su grupo y había tropezado con ellos por casualidad. Sí, eso tenía que ser.

Pero eso es imposible, Clío. Lo sabes.

Había demasiadas cosas que no encajaban, como la ropa del muchacho (su confección era excelente, demasiado buena comparada con los viejos trapos reutilizados una y otra vez de El Cuenco), y en cierta medida tenía un aire...

extraño. No encajaba con lo que había visto allí. Además, si hubiese sido uno de sus perseguidores, no se habría mostrado así, abiertamente. Los habría espiado y habría vuelto más tarde con suficientes refuerzos como para reducirlos sin problemas.

Pero Clío no quería pensar en eso, porque las implicaciones le daban demasiado vértigo. Esperaría hasta más tarde, cuando Marcus estuviese curado y todo el mundo descansase ya alrededor de la hoguera, para hablar con Albert. Él sabría qué hacer, sin duda. Posiblemente, se corrigió a sí mismo, quizá debería hablar también con Andrea. Aunque su primo era el encargado del bienestar del grupo hasta que llegaran a su destino, la auténtica cabeza de la expedición era la Anciana. Y algo tan extraño como aquello tenía que contárselo a los dos.

Marcus gimió cuando Erika introdujo un instrumento de aspecto extraño en la herida. El muchacho estaba muy pálido a causa del dolor y de la pérdida de sangre, pero aguantaba con entereza los cuidados de la doctora del grupo.

—Esto es un retractor —le explicaba—. Con esto puedo abrir un poco la herida y así meter las pinzas para..., espera, aquí está.

Erika hizo girar las pinzas en su mano y Marcus ya no pudo contener un grito de dolor. Erika tenía la frente perlada de sudor y la mirada concentrada en su trabajo. Gruñó al girar por última vez las pinzas y por fin las extrajo con un gesto de triunfo. Entre las palas del instrumento sostenía un proyectil abombado y cubierto de sangre.

—Listo. Afortunadamente no ha dado en el hueso. Es una herida limpia, Marcus. Ahora te la desinfectaré y la coseré.

Marcus asintió con una sonrisa nerviosa. Por muy buenas palabras que le dedicase Erika, el joven estaba sufriendo un dolor atroz y deseaba que aquella ordalía terminase cuanto antes.

Erika se esmeró en coser la herida con cuidado y luego la cubrió con un vendaje apretado. Cuando acabó, el joven se desplomó agotado al lado de la hoguera. No habían pasado ni diez minutos y ya estaba sumido en un sueño profundo cercano a la inconsciencia.

Albert estaba sentado al otro lado de las llamas, sujetando entre las manos el único fusil que tenía el grupo de expedicionarios. Sacó el cargador y lo inspeccionó con detalle. Apartó un grupo de seis proyectiles y desechó el resto con un gesto preocupado.

—Estas seis tienen buen aspecto, pero el resto son balas demasiado viejas. Algunas incluso están cubiertas de óxido —masculló algo ininteligible visiblemente enfadado—. No puedo entender cómo han sido tan descuidados con su munición. Disparar cualquiera de esas podría hacer que el fusil le reventase en las manos a quien lo estuviese usando.

—Solo tenemos un fusil y seis balas —comprobó Andrea mientras se dejaba caer a su lado. La Anciana no había parado de moverse preocupada en ningún momento y sus energías por fin parecían haber llegado a su límite.

—Un fusil y seis balas y aún nos quedan dos días de camino. Puede que uno, nada más. Hemos avanzado mucho esta noche, pero no sé si lo hemos hecho en la dirección correcta.

—Mañana cuando salga el sol lo sabremos a ciencia cierta. Ahora deberíamos dormir, todos nosotros. Ha sido un día muy largo y complicado.

—¿No organizamos turnos de guardia?

Andrea guardó silencio durante un buen rato, con la mirada perdida en las llamas danzadoras de la hoguera.

—No creo que sea necesario —musitó al fin—. Si *ellos* están ahí, podrían acabar con nosotros cuando quisieran. Se deshicieron de un grupo más numeroso, mejor armado y con perros. Solo contamos con ese trasto viejo, y no me gustaría que tuvieses que dispararlo a riesgo de perder una mano. No, Albert, no montaremos guardia. Confiaremos en que nuestros misteriosos amigos nos protejan esta noche y, con suerte, mañana nos encontraremos con ellos, o no. No está en nuestra mano.

Albert hizo un mohín con los labios, pero comprendió que el razonamiento de Andrea era impecable. En un rato, todos se envolvieron en sus abrigos como pudieron (las mantas y demás comodidades las habían perdido con los caballos) y se echaron a dormir, pensando en lo que había quedado atrás, en La Lanza y El Cuenco, y en lo que tenían por delante, y tratando de ignorar el ruido de sus estómagos vacíos. Al día siguiente los calambres de hambre serían bastante más intensos, pero eso era algo que ya abordarían cuando llegase el momento.

Albert tenía la sensación de que apenas había apoyado la cabeza en el suelo blando de hojas cuando sintió que una mano le sacudía el hombro. Se despertó, todavía enfangado en el abrazo del sueño, y vio que dos figuras se inclinaban sobre él. Una era Clío, con su habitual expresión inquieta, y la otra, Andrea. No era así cómo lo imaginaba cuando soñaba con despertarse junto a ella.

Cómo no, si alguien podía arruinarlo, ese era Clío.

—¿Qué pasa? —bostezó.

—Clío ha visto algo —dijo ella. Parecía de nuevo alerta y tan fresca como siempre, pese a que tenía que estar agotada. Sin duda, las noticias de Clío la habían revitalizado.

—Supongo que no me despertaríais si fuese una ardilla o un trozo de hierro oxidado del Tiempo de Antes, ¿verdad? —masculló Albert mientras se incorporaba.

Echó un vistazo al resto del grupo. Erika y Marcus dormían pegados a la

hoguera, el muchacho en su sueño profundo y la joven médico removiéndose en una duermevela inquieta. Por su parte, Iván y Eva estaban abrazados un poco más allá. A Albert no se le escapó que aquellos dos, después de llevar tantas horas pegados, habían desarrollado una amistad que iba algo más lejos de la simpatía mutua. Una sonrisa divertida le asomó en el rostro por un instante. Incluso en medio de una situación desesperada como aquella, el amor se las apañaba para florecer.

Eso es lo que nos hace humanos. No la mierda aterradora y sin futuro de Julien. Por cosas así tenemos que seguir.

—Está bien, Clío. Cuéntanos, ¿qué has visto?

Clío les relató con detalle el extraño encuentro que había tenido apenas una hora antes en el borde de la vaguada. Les describió al muchacho, cómo se había desvanecido en el bosque en un parpadeo y las dudas que tenía sobre si aquello había sido real o no. Cuando acabó, se quedó mirando a los otros dos de forma ansiosa.

—Bueno, ¿qué pensáis? ¿Me lo he imaginado o no?

—Supongo que solo lo sabremos si vamos a echar un vistazo, aunque, si es como has contado, dudo que encontremos nada —contestó su primo mientras agarraba el fusil—. Merece la pena intentarlo.

Caminaron hasta el lugar donde Clío se había tropezado con el muchacho y revisaron el suelo en busca de huellas, pero, aparte del rastro que había dejado el propio Clío, no había la menor traza de otra presencia. El joven parecía desolado.

—Debo de habérmelo imaginado. Supongo que la oscuridad de la noche me ha hecho ver cosas que no existen.

—Clío...

—Siento haberos despertado por nada, Albert —dijo en tono contrito y con la mirada baja—. A veces soy un tonto sin remedio, lo sé.

—Clío...

—Te prometo que estaré más pendiente de ahora en adelante. No volveré a...

—¡Clío!

El muchacho levantó la mirada y se quedó de piedra. Albert y Andrea no le miraban a él, sino a algo que estaba a su espalda. Con una sensación acuosa deslizándose por su columna, Clío se dio la vuelta de forma lenta, y entonces los vio.

El chico que había visto un rato antes estaba sentado en la misma rama, balanceando las piernas con indolencia, mientras volvía su rostro hacia cada uno de los expedicionarios, con la cabeza un tanto inclinada, lo que le daba el

aspecto de un perro curioso cuando ve algo que le llama la atención.

Pero era el hombre que estaba a su lado, al pie del árbol, el que le arrancó una exclamación ahogada. Era más bien bajo, de poco más de un metro sesenta, y su tórax, ancho como un barril, estaba apoyado sobre dos piernas cortas pero robustas. Clío calculó que, a su lado, las piernas de Iván eran poco más que un par de palillos escuálidos. Tenía los brazos cortos, pero con unos antebrazos desproporcionadamente largos y musculosos que terminaban en dos manos grandes y con aspecto de poder pulverizar una roca sin esfuerzo.

Con todo, lo que más le sorprendió fue su rostro, que tenía un ligero aire simiesco. Su cabeza grande, con la frente algo abombada y un arco supraorbitario muy adelantado, hacía que sus espesas cejas saliesen disparadas hacia delante. Tenía la nariz grande y chata, la mandíbula retraída y la cabeza cubierta por una espesa melena pelirroja. Su aire salvaje, pero extrañamente familiar, le provocó un escalofrío atávico.

El hombre los observaba inmóvil como una estatua, atento al menor movimiento que pudiesen hacer. Vestía una mezcla abigarrada de ropa del Tiempo de Antes, que amenazaba con reventar sobre su ancho cuerpo, y una capa de pieles, bordada de forma exquisita, que le protegía del frío de la noche. En la mano derecha sostenía un enorme machete muy afilado, pero que en su palma parecía tan pequeño como una espada de juguete.

—Los Hostiles... —jadeó Clío estupefacto—. No me lo había imaginado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Albert.

—No tengo ni la menor idea —contestó Andrea, que miraba a los recién llegados con una expresión arrobada—. Intentemos hablar con ellos.

Dio un paso hacia delante, pero eso provocó que el hombre levantase el machete mientras emitía un gruñido profundo y sordo. Reconocieron al instante aquel sonido como el mismo que habían oído unas horas antes, cuando sus perseguidores se habían dado a la fuga.

—No te muevas —susurró Albert—. Creo que no le gusta.

El muchacho de la gorra gastada de los Lakers saltó de la rama y dio un par de pasos cautelosos en su dirección. La luz de la luna que penetraba en el claro cayó sobre su rostro y se reflejó en un par de ojos enormes, con una pupila inmensa y oscura como un pozo de brea.

—Joder, está ciego —exclamó Albert atónito.

—No está ciego —le corrigió Andrea balbuceando—. Creo que es nictálope. Sus ojos ven en la oscuridad, como los de un búho.

—Andrea, ¿qué son? No parecen humanos...

—Pero lo son —dijo una voz desde las sombras—. Tan humanos como vosotros o yo.

Una figura se materializó entre las ramas de los árboles. Era un hombre mayor, de unos sesenta años, pero en un envidiable estado de forma. El pelo canoso caía a los lados de su cara en una melena que combinaba con una barba gris, resaltando un par de brillantes ojos claros que los observaban con curiosidad.

—Tranquilo, Tak —dijo mientras apoyaba la mano en el brazo del hombre robusto—. No creo que nos vayan a hacer daño. Hola, Andrea. Cuánto tiempo sin verte.

—Hola, Samuel —contestó Andrea con un hilo de voz. Por primera vez en mucho tiempo, la Anciana parecía absolutamente estupefacta. Miraba al hombre de pelo gris con la misma expresión demudada que si estuviese viendo un fantasma.

—¿Le conoces? —Albert se volvió hacia ella sorprendido—. ¿Sabes quién es?

Ella asintió muy despacio, incapaz de apartar la mirada del grupo de visitantes.

—Claro que le conozco —dijo al fin—. Y creo que deberíamos despertar a Erika cuanto antes.

—¿Por qué?

—Porque este hombre es o, mejor dicho, *era* el doctor jefe Samuel hasta que desapareció hace años en los bosques. —Suspiró—. Es su padre.

Richard y sus muchachos no se habían atrevido a alejarse mucho de La Lanza, pero tampoco podían quedarse demasiado cerca. En cuanto Hermes descubriese que se habían fugado, organizaría una búsqueda exhaustiva por todo el recinto, hasta que no quedase una sola piedra sin remover. Tardarían un tiempo en darse cuenta de que ya no estaban dentro del poblado y entonces ampliarían el perímetro, aunque mientras tanto podían estar bastante seguros de que contaban con unas horas de calma.

Estaban en las ruinas de lo que un día había sido un antiguo bar de carretera. El techo había desaparecido muchos años atrás y un grupo de árboles jóvenes y vigorosos crecían en lo que antaño fuera un espacio lleno de mesas y sillas, que se pudrían lentamente bajo la lluvia. Los restos de la barra de mármol aún se levantaban firmes, pero cualquier cosa que pudiese haber quedado de utilidad ya hacía mucho tiempo que había sido saqueada por una de las múltiples partidas de Suministros que habían pasado por allí. En una zona más amplia, en donde un día había estado la cocina del local, se dejaron caer exhaustos y conmocionados por los acontecimientos recientes. El suelo de cerámica, que aún resistía valientemente el paso del tiempo, los aislaba un poco de la humedad del suelo del bosque.

—Jefe —Abel se acercó hasta Richard, que desmenuzaba lentamente con los dedos una piña podrida—, ¿qué vamos a hacer? ¿Cuál es el plan?

El jefe de Seguridad no le respondió. Su mirada estaba perdida en un punto remoto, en algún lugar tan lejano como las estrellas. En vez de eso se metió entre los labios un trozo de piña y empezó a masticarla con fruición. Los bordes afilados de la madera leñosa se le clavaron en los labios y un hilillo de sangre le manchó la boca.

—¡Jefe Richard! —Había auténtico pavor en la voz de Abel—. Por favor, jefe, ¡respóndame! ¡Míreme, se lo suplico!

Sin prestarle atención, Richard continuó masticando la piña, con la mirada extraviada y una expresión placentera en el rostro, como si hacer aquello fuera la cosa más natural del mundo.

Abel le dio un manotazo a la piña y la lanzó lejos de allí. Richard se miró las manos vacías durante un largo rato, como si intentase comprender dónde estaba la vianda que sostenía hasta un momento antes y qué había pasado con ella. Resopló con fuerza y sacudió la cabeza. Un brillo de inteligencia volvió a iluminar sus ojos y escupió con asco los restos de la piña que aún tenía en la boca antes de alzar la vista hacia Abel, que le miraba como si estuviera a punto

de mearse encima.

—Pero ¿qué...? —murmuró. Entonces observó de nuevo sus manos y se pasó el dorso de una por la boca, que retiró ensangrentado. Un estremecimiento de hombros, casi imperceptible, le sacudió. Cuando volvió a hablar, su voz estaba teñida de una nota tan angustiosa que al joven Abel se le puso la piel de gallina—. Ya ha empezado —musitó, más para sí que para su acompañante—. Me está pasando...

—No puede ser, jefe. —Las lágrimas amenazaban con desbordarse en los ojos de Abel—. Usted no, por favor. Sin usted estamos perdidos.

—Tranquilo, Abel. —Richard se apoyó en el muchacho y se levantó con dificultad. Guardó silencio un minuto, como si tratase de ordenar sus ideas antes de seguir hablando—. Estoy bien, si es eso lo que te preocupa. Pero no podemos negar la realidad. Esto es un aviso. No soy inmune, como vosotros. Los síntomas comienzan a manifestarse y no sé cuánto tiempo me queda.

Richard observó de reojo a los otros muchachos, poco más que niños, que le miraban con los ojos muy abiertos desde la esquina de su improvisado campamento. Uno de ellos apuntaba su fusil hacia Richard, pero temblaba de tal manera que el hombre estaba totalmente convencido de que habría sido incapaz de acertarle incluso aunque estuviese a medio metro de distancia.

—Esto solo complica las cosas un poco, eso es todo. —Resopló intentando darle a su voz más confianza de la que realmente sentía—. Tan solo tenemos que aguantar unos días, hasta que llegue Andrea de nuevo.

Abel seguía callado, con la mirada en el suelo, buscando cómo decir lo que todos estaban pensando.

—Y si... ¿Y si se retrasan? —dijo al fin—. ¿Y si no vuelven, jefe?

—Entonces, Abel... —Richard apoyó de nuevo su mano en el hombro del muchacho—, habremos perdido la partida antes de acabar el juego y Hermes habrá ganado. Pero no podemos rendirnos sin presentar batalla, ¿no crees? No sería propio de nosotros. En La Lanza no hacemos las cosas así. Llevamos doscientos años siendo tenaces. Por eso estamos aquí. No es tan fácil acabar con nosotros, caramba.

Abel esbozó una sonrisa titubeante y se irguió un poco. Incluso los otros muchachos parecieron algo reconfortados.

—He tenido tiempo de pensar un plan antes de... disiparme. Debes volver al poblado, Abel —dijo Richard mirando fijamente al chico—. Necesito que seas mis ojos y mis oídos ahí dentro y que les pases un mensaje a varias personas. El tiempo apremia.

—¿Yo? —Los ojos de Abel se abrieron de forma desmesurada—. ¡No puedo hacerlo, jefe Richard! ¡Hermes me matará, si no lo hace mi hermana

antes! ¡Le he dejado escapar!

—Tú no. —Richard señaló a los otros tres muchachos que se apretujaban entre ellos como una camada de gatitos para darse calor mutuo—. Han sido ellos. Dirás que esos tres lo han hecho. Que yo los convencí y que te redujeron por la fuerza, aunque tú te resististe. Te dejaron inconsciente y aprovecharon para escapar. Hermes y Judith se enfadarán contigo, pero no te harán nada más..., o eso creo.

—No se lo creerán, jefe. Si ni siquiera...

En ese momento Richard le propinó un formidable puñetazo en la cara que lanzó al chico casi medio metro por el aire. Su nariz empezó a sangrar y su boca se llenó de un sabor metálico antes de que sus pies volviesen a tocar tierra. El muchacho cayó al suelo conmocionado y con una expresión de perplejidad.

—Pero ¿qué...? —farfulló con los labios partidos—. ¿Está loco?

Nada más decir eso, se arrepintió de haber escogido aquella expresión. El chico del fusil amartilló el cerrojo y se lo llevó al hombro con gesto inseguro.

—Baja esa arma —dijo Richard—. O por lo menos, quítale el seguro si piensas dispararla, hombre.

Richard se acercó al muchacho y le arrebató el arma sin dificultad, le extrajo el cargador con gesto experto y la volvió a apoyar en el regazo del joven. Después se giró hacia el caído Abel con gesto apesadumbrado.

—Lo siento. —Richard se inclinó sobre él y le ayudó a levantarse—. De verdad que lo siento, amigo, pero era la única manera. Ahora sí que es creíble que te redujeron. Tienes la prueba escrita en la cara.

—Al menos podía haberme avisado —se quejó el chico llevándose la mano a la cara con gesto dolorido—. Creo que me ha roto la nariz.

—Si te hubiese avisado, te habría dolido mucho más, y estoy seguro de que no te he roto nada. —Richard le dedicó una sonrisa culpable—. Cuando todo esto acabe, te dejaré que me devuelvas el puñetazo, te lo prometo. Ahora, escúchame muy bien...

Veinte minutos más tarde, Abel salía del bosque con el rostro tumefacto, la nariz torcida y una manga de su uniforme desgarrada. Caminó a trompicones hasta llegar a la puerta principal de La Lanza, donde dos miembros de la Guardia Exterior, con su brazalete rojo, le observaban estupefactos.

—¡Ha huido! —Abel empezó a hacer aspavientos—. ¡El jefe Richard ha huido con tres traidores! ¡Tengo que ver a Hermes de inmediato!

Los muchachos musitaron algo entre ellos súbitamente confusos. La orden que habían recibido era vigilar el portón e impedir que ningún extraño entrase en el recinto o que nadie saliese de él, pero no tenían ninguna instrucción para algo como aquello. Tras un breve conciliábulo, uno de ellos señaló a Abel con su fusil

con un gesto desdeñoso.

—Ven conmigo —masculló—. Vamos a ver a Hermes.

Siguió al muchacho sin vacilar y entró de nuevo en La Lanza. Caminaron por el pueblo, entre casas vacías con las puertas abiertas que solo revelaban su oscuridad interior, y caminos repletos de objetos variopintos.

Abel comprendió que alguien había estado haciendo un saqueo sistemático de bienes de utilidad en todas las viviendas desocupadas y aquellas cosas a las que no le habían encontrado uso habían sido arrojadas al camino como si fuesen basura. Había ropa, juguetes infantiles e incluso unos cuantos libros cuyas hojas aleteaban entre el barro. El guardia que le acompañaba apartaba aquellos restos de otras vidas a patadas, como si fuesen trozos de madera podrida, sin dedicarles ni siquiera una mirada.

Abel se estremeció. Conocía a aquel muchacho, había jugado con él cuando era más pequeño y habían ido juntos a las clases del viejo Héctor, pero en aquel instante no le podía resultar más extraño. Su mirada era fría, apagada y desapasionada, y su rostro transmitía las emociones de un pedazo de granito. Con desespero comprendió que su hermana y Hermes habían hecho un trabajo concienzudo en preparar a aquellos muchachos para el nuevo orden que se avecinaba. La inminencia de la muerte aceleraba las conversiones a un ritmo aterrador.

Hermes estaba en el lugar donde se sentaba habitualmente para impartir órdenes, en lo alto de las escaleras que llevaban al atrio de la iglesia monacal. Al muchacho le gustaba trabajar al aire libre, desde donde pudiese contemplar todo el poblado y el acceso al templo donde mantenía encerrado a un cada vez más menguante número de prisioneros. Había hecho que llevasen hasta allí una mesa, en la que estaba revisando unos papeles en aquel momento. A su lado, sentada como una tigresa lánguida, estaba Judith, con una pierna colgada sobre el brazo de la silla y una actitud engañosamente aburrída. Cuando vio llegar a su hermano, soltó un bufido de exasperación.

—¡Abel! ¿Qué diablos te ha pasado? ¿Te has caído por unas escaleras?

Tienes que parecer inofensivo. Hazte el tonto. Eso se te da bien.

—Ojalá —balbuceó mientras dejaba que un moco colgase de su nariz ensangrentada—. Creo que tengo malas noticias. Hermes, no te enfades conmigo, por favor. Yo no tengo la culpa.

Hermes levantó la vista de los papeles que estaba revisando y contempló al chico como si fuese la primera vez que lo tenía delante. Sus ojos parecieron taladrar a Abel y el muchacho se estremeció de pavor. Había algo en la mirada del nuevo líder de La Lanza que resultaba desasosegante. Era la misma expresión que se dibujaba en el rostro de su hermana cuando tenía sus raptos de

ira. Cuando las cosas se ponían feas de verdad.

—No pasa nada, Abel —dijo con voz llena de una falsa suavidad—. Sea lo que sea, seguro que no pasa nada. Cuéntanos de qué se trata.

Abel empezó a contarles la historia de la fuga de Richard tal y como la había preparado. En una narración confusa y a trompicones explicó cómo los tres subalternos que le habían puesto bajo su mando habían caído bajo el influjo del antiguo jefe de Seguridad, y cómo este los había engañado de manera torticera para que le liberasen. Cómo le habían asaltado en un rincón oscuro de la iglesia para reducirle con una paliza y robarle las llaves. Cómo había salido tras ellos una vez que había recobrado el conocimiento y lo absolutamente compungido que se sentía.

Fue una interpretación magistral, sobre todo porque Abel estaba genuinamente aterrorizado. Cuando terminó, se quedó de pie, temblando y sintiéndose como un insecto observado por dos entomólogos justo antes de ser trinchado con un alfiler.

—Me has decepcionado, Abel —suspiró Hermes—. Pensaba que eras de confianza, que podía delegar responsabilidades en ti. De verdad creía que podrías ser uno de los pilares de la nueva era que se avecina, pero me has demostrado que no eres más que un botarate. Tu hermana me avisó, pero yo decidí creer en ti. No puedo entender cómo de una misma camada puede salir una leona como ella y un conejo tembloroso como tú.

—Lo siento, Hermes —murmuró Abel con la mirada en la punta de sus botas embarradas—. Yo no podía saber que...

—Tú nunca sabes nada, idiota —zumbó Hermes furioso, descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Ahora por tu culpa tengo un problema con el que no contaba! Debería castigarte en la misma proporción que el daño que has causado.

—Hermes —musitó Judith, que se levantó de su silla y se acercó hasta el joven para deslizar una mano por su tórax. Sus dedos se introdujeron por la boca de su camisa y le acarició el pecho—. Es mi hermano. Es un idiota completo, pero le quiero. No lo hagas.

En aquel *no lo hagas* había algo que le puso los pelos de punta a Abel. Siguió la mirada de Judith, que se dirigía a algún lugar a su espalda, y se volvió.

Casi deseó no haberlo hecho. De uno de los robles que rodeaban la plaza colgaban media docena de cuerpos suspendidos por una soga desde la garganta. Eran todos adultos, excepto un chico y una chica que no debían de tener más de dieciséis años. En sus rostros se dibujaba una mezcla de horror y desesperación, atrapados en el segundo final de sus vidas antes de morir ahorcados. Abel se sintió mareado al verlos.

—Ladrones de comida —explicó Hermes con el mismo tono pausado que usaría si hablase del tiempo—. Sus raciones les parecían demasiado cortas. Tenían hambre, decían. El resto eran adultos, perfectamente prescindibles. Como tú, Abel.

Un temblor incontrolable sacudió el cuerpo del chico. Casi le parecía sentir el tacto áspero del cáñamo en la garganta. Se imaginaba a sí mismo pataleando al final de una cuerda, asfixiándose lentamente mientras perdía el control de sus esfínteres. De hecho, no estaba muy lejos de eso último.

—¡Hermes, haré lo que tú me digas, pero, por favor, no me mates, te lo suplico. Patrullaré la Valla, limpiaré la mierda, haré lo que sea, en serio! —lloriqueó mientras se limpiaba los mocos con una manga. De repente su mirada se iluminó—. Eso es, vaciaré los cagaderos. Nadie quiere encargarse, pero yo lo haré. ¿Qué te parece?

—Debería mandar que te pusieran en una de las ramas libres, pedazo de imbécil —replicó Hermes pensativo—. Pero por ser hermano de Judith, te perdono la vida. Que nadie diga que no soy generoso y compasivo. Por lo menos, esa estúpida cabeza tuya ha tenido una idea decente: tendrás que vaciar las letrinas del monasterio. Tú solo. Supongo que rodeado de toneladas de mierda te sentirás como en casa, porque eso es lo que eres, Abel, un pedazo de mierda andante. No quiero volver a verte. ¿Me has entendido?

Abel se dejó caer de rodillas, en parte de manera voluntaria y en parte para reforzar el papel de idiota consumado que le había pedido Richard. Sabía que su vida estaba en juego.

—¡Gracias, gracias, oh, Hermes! —aulló—. ¡Eres un líder bondadoso! ¡Gracias! ¡Limpiaré esas letrinas hasta que brillen! ¡No quedará ni un trozo de mierda! ¡La gente irá a cagar y volverá asombrada de lo limpias que estarán! ¡Te prometo...!

—Sí, sí. —Hermes hizo un gesto de fastidio—. Ahora sal de mi vista de una puta vez. Judith, organiza una patrulla para que recorra todo el poblado y el interior del monasterio en busca de Richard. Está desarmado y acompañado de tres mocosos. No puede haber ido muy lejos. Lo más probable es que ya haya reventado o se haya vuelto loco, pero tenemos que estar seguros.

Judith besó a Hermes y le susurró algo al oído con gesto lascivo que hizo que el muchacho sonriese y le acariciase los pechos sin el menor disimulo. Luego bajó las escaleras y empezó a lanzar órdenes a varios miembros de su Guardia, que salieron corriendo hacia la puerta de La Lanza para iniciar la búsqueda de Richard. Al acabar, cogió del brazo a su hermano y lo arrastró al interior de la iglesia, lejos de la mirada de todo el mundo.

—Eres un idiota —siseó furiosa cuando estuvieron a solas—. Has estado a

punto de acabar colgado de ese árbol. Si no fuese porque sé exactamente lo que le gusta a Hermes en la cama, estarías muerto.

—Judith, yo...

—¡Cállate! Ni te imaginas lo que le he tenido que prometer para esta noche. —Hizo un mohín goloso mientras se atusaba el pelo con gesto ausente—. No puedo decir que no me apetezca a mí también, pero no me gusta tener que pedir favores, y menos que a nadie, a él, ¿me entiendes?

Abel balbuceó el principio de una respuesta, pero Judith le cortó en seco.

—Te quiero, Abel, aunque seas un bobo redomado —dijo con una nota de ternura insólita en su voz—. Tú siempre cuidaste de mí cuando las cosas iban mal, pero ahora el mundo ha cambiado. No puedo volver a hacer esto otra vez. Si la vuelves a cagar, acabarás siendo un espantajo colgado de una cuerda. No volveré a salvarte, ¿me oyes?

Abel asintió débilmente. El brillo de la locura ardía con fuerza en los ojos de su hermana.

—Hermes hará que La Lanza sea lo que el destino le tiene preparado —dijo con un arrebato salvaje—. Un mundo de jóvenes, libres de las viejas ataduras. Sin normas y sin más ley que la que dicte él, y solo la necesaria para evitar conflictos. Seremos todos libres por fin, libres para hacer lo que queramos, y yo estaré a su lado. Pero no puedo cuidar de ti, hermanito. Así que considera esto una despedida.

—Judith...

—Estamos en paz, Abel. Ahora, vete a cumplir tu destino, que es limpiar mierda. Yo me voy en pos del mío.

La joven se dio la vuelta y se dirigió hacia el umbral, pero antes de llegar se detuvo, como si se hubiese acordado de algo.

—Una última cosa, Abel —dijo con un tono de voz extrañamente calmado—. Te conozco muy bien, mejor que nadie en este mundo. Sé que has mentido.

Abel sintió cómo sus testículos se convertían en una pelota de hielo que luchaba por esconderse en el interior de su cuerpo. Trató de controlar la respiración mientras observaba a su hermana en lo que esperaba que fuese una mirada vacía de inteligencia.

—No sé en qué exactamente, ni en qué medida, pero sé que no has contado toda la verdad. Supongo que has tratado de ocultar la magnitud de tu metedura de pata, y no te culpo por ello. —Le miró con una mezcla de desprecio y conmiseración—. En muchas cosas eres parecido al cabrón de nuestro padre, incluida la inutilidad congénita. Me alegro de no haber heredado eso de él y que te haya tocado a ti.

—No sé de qué hablas. Yo...

—Por el bien de tu cuello, espero que no sea importante, porque Hermes lo averiguará. Él lo acaba sabiendo todo.

Sin esperar respuesta, Judith se volvió una vez más y caminó a buen paso hacia la puerta de la iglesia, dejando a un confuso y tembloroso Abel plantado en la penumbra.

Al cabo de un momento, cuando se vio a solas, Abel se irguió. Todo el miedo y la confusión que pintaban su rostro un momento antes se habían desvanecido. En su lugar, había ahora una expresión resuelta. Era una transformación tan asombrosa que habría dejado boquiabierto a Judith.

—No me conoces tan bien como crees, hermanita —musitó para sí—. Y te lo voy a demostrar. Ya veremos quién acaba limpiando la mierda.

Abel se dio la vuelta y recuperó la expresión apagada de un minuto antes, como si estuviese al borde de la derrota más absoluta. Cogió un balde y una escoba y se dirigió por el pasillo central de la iglesia a la puerta del fondo, con el gesto cansado de quien se tiene que enfrentar a un trabajo ingrato. Se cruzó con una patrulla de guardias que no le dedicó más que una mirada despectiva. En cuanto dejaron de prestarle atención, se acercó a la celda de Louis.

Desde su escondite en el bosque, un rato antes, habían visto cómo lo conducían de vuelta al poblado tras poner de nuevo en marcha la maquinaria de la central eléctrica, así que esperaba que estuviese allí. De no ser así, tendrían un grave problema.

—Jefe Louis —susurró—, jefe Louis, ¿está usted ahí? ¡Es importante, jefe Louis!

Un gruñido sonó desde el otro lado de la puerta. Abel sintió cómo alguien se apoyaba contra la madera y respiraba pesadamente. Alzó una plegaria al Dios del Tiempo de Antes para que el hombre no hubiese sucumbido ya a la locura, o su plan acabaría antes de empezar.

—Dime —fue la queda respuesta. Una voz calmada, tranquila. Una voz preparada y dispuesta para la acción. Para ajustar cuentas.

—Tengo un mensaje del jefe Richard para usted. —Abel se pasó la lengua por los labios mientras miraba nerviosamente a los lados—. Tiene un plan para sacarlos a todos de aquí.

—¿De qué se trata?

—Esa es la cuestión, jefe —murmuró Abel—. Puede que necesitemos que se rompan unas cuantas cosas.

Albert no podía recordar un silencio más incómodo en toda su vida que el que se hizo tras las palabras de Andrea. ¿Que ese hombre, ese tal Samuel, era *el padre de Erika*? Observó a la Anciana demasiado estupefacto como para poder hablar durante un buen rato.

—¿Sabías algo de esto? —consiguió articular al fin.

—¡A mí no me mires! —replicó Andrea claramente sorprendida—. No tenía ni la menor idea. Estaba convencida de que estaba muerto. Desapareció de La Lanza hace..., no me acuerdo. ¿Diez años, puede ser?

—Doce, si no me equivoco —contestó Samuel exhibiendo una sonrisa trémula—. Y debo reconocer que para mí también es una enorme sorpresa volver a encontrarnos, sobre todo aquí, tan lejos de La Lanza. No contaba con volver a ver a un Anciano ante mí en la vida, Andrea. Al menos debo decir que, de todos los de La Lanza, eres la mejor con diferencia. Créeme que si hubiese sido Simon o esa vieja ramera reseca de Victoria, no estaríamos hablando ahora mismo de una forma tan amistosa.

La amenaza implícita quedó flotando en el aire durante unos segundos, mientras los dos grupos se observaban. Tak emitió un gruñido gutural y se pasó el machete de una mano a la otra mientras señalaba con un aspaviento el interior del bosque.

—Tak no se siente cómodo estando aquí —dijo Samuel—. Cree que estamos demasiado expuestos. Hay varios grupos de jovencitos armados hasta los dientes dando vueltas por el bosque y cuando se reagrupen pueden causarnos algún problema. Deberíamos irnos.

—¿Irnos? ¿Adónde?

—De momento, a un lugar seguro —contestó Samuel con un gesto vago, como quitándole importancia al asunto—. Más tarde, ya veremos.

—¿Y si no queremos? —preguntó Albert desafiante.

—Pues os podéis quedar aquí. —El doctor se encogió de hombros—. Y en unas horas, en cuanto se haga de día, esas bandas que os persiguen os alcanzarán y os matarán. Estaría encantado de que nos siguieseis, pero no pretendo obligaros. Depende de vosotros.

Andrea y Albert cruzaron una mirada breve, conscientes de que no tenían demasiadas alternativas.

—Está bien —dijo Albert por fin—. Iremos con vosotros. Pero tenemos un problema. Uno de los nuestros está herido y necesita ayuda. Iremos muy despacio.

—Eso no supondrá ninguna dificultad—contestó Samuel. Entonces carraspeó y por primera vez se le vio ligeramente inquieto—. Andrea, hace un momento has dicho que Erika está aquí. ¿Te refieres a...?

—Sí, Samuel —contestó ella mientras señalaba a las figuras que se agrupaban en la penumbra—. Tu hija. Está allí.

El hombre bajó la cabeza, sumido por un instante en sus propios pensamientos.

—Tengo que pedir os un favor. —Su voz temblaba por la emoción—. No le digáis quién soy por ahora, ¿de acuerdo? Dejad que encuentre la mejor ocasión para hablar con ella. Por favor.

—De acuerdo, Samuel —concedió Andrea—. Es tu hija, al fin y al cabo. Tú sabrás qué es lo que quieres hacer.

Samuel asintió aparentemente satisfecho, y entonces le hizo una complicada serie de gestos con las manos a Tak. El hombre de aspecto simiesco se volvió hacia el bosque y lanzó una serie de sonidos guturales. A los chicos les sonó como una mezcla de gruñidos salvajes, silbidos y ruidos, pero sin duda significaban algo, porque al cabo de unos segundos media docena de figuras se materializaron de la nada entre los árboles. Todas correspondían a varones, excepto dos más pequeñas que parecían mujeres, y cada uno de ellos compartía los rasgos primitivos de Tak y su pelo pelirrojo. Pese a su corpulencia, se movían entre las ramas con una suavidad y un sigilo que habrían sido la envidia del más avezado miembro del Servicio de Suministros de La Lanza.

—Despertad a vuestros amigos —dijo Samuel mientras señalaba a los recién llegados—. Y contadles que vamos a ir juntos. Los Neos son buena gente, pero se ponen muy nerviosos si alguien empieza a pegar gritos o se excita demasiado al verlos.

—¿Neos?

—Hay mucho que explicar, Andrea. —Samuel la miró con una expresión intrigante—. Por ambas partes, sospecho. Pero todo a su momento. Ahora id, por favor.

Los tres muchachos volvieron sobre sus pasos hacia sus amigos dormidos. Andrea y Albert guardaban silencio, sumidos en sus pensamientos, pero Clío parecía una olla a presión a punto de estallar.

—¿Habéis visto eso? —exclamó excitado—. ¡Esos Neos! ¡La más pequeña es el doble de fuerte que Iván! ¡Y el chico de la rama, con esos ojos enormes! ¡Es alucinante! ¿Qué son, Andrea?

—No lo sé, Clío —contestó ella—. Tengo una leve idea, pero no estaremos seguros del todo hasta que nos lo cuenten ellos. Me preocupa más lo que quieran hacer con nosotros.

—Dijeron que podíamos irnos cuando quisiéramos.

—Julien dijo lo mismo en El Cuenco y tuvimos que salir de allí a tiros. No creo que las promesas de nadie en estos bosques tengan mucha fiabilidad.

—Ya lo veremos —terció Albert—. Ahora pongamos a nuestra gente al día.

Uno a uno los fueron despertando con suavidad y comenzaron a explicarles los sucesos de la última hora. Las expresiones de asombro y los gestos de sorpresa se sucedían de una cara a otra a medida que los arrancaban de las garras del sueño. Marcus e Iván miraban con desconfianza al grupo de Neos que aguardaba junto a Samuel y Ooka —ese había resultado ser el nombre del chico nictálope— en la otra esquina del claro, esperando pacientemente.

—¿Vamos a ir con ellos? —gruñó Marcus desconfiado. Aún tirado en el suelo y con el aparatoso vendaje sobre su brazo, luchaba por ponerse de pie.

—Tenemos que hacerlo, Marcus. Si nos quedamos aquí, estaremos muertos al amanecer.

—No me parece una buena idea.

—Es nuestra única opción. Si se te ocurre algo mejor...

—No me gusta nada —rezongó el muchacho de negro—. Esa gente lleva siendo nuestra enemiga desde hace generaciones. Mi abuelo desapareció en una partida hace años por culpa de los Hostiles, ¿y ahora quieres que los acompañemos?

—El mundo está cambiando muy deprisa —replicó Albert con gesto cansado. Apenas había dormido y se sentía más agotado que en toda su vida—. Y algo me dice que la única manera de llegar a nuestro objetivo es yendo de su mano.

El muchacho bufó, pero dio su brazo a torcer. Estaba demasiado débil y sabía que no les quedaban muchas más opciones. El grupo de Neos se adelantó y en un abrir y cerrar de ojos recogieron las pocas piezas del equipo de los muchachos, mientras las dos mujeres borraban todo rastro del campamento con una eficacia asombrosa. En apenas un minuto removieron las ramas del suelo de tal manera que daba la sensación de que nadie había pasado por allí en décadas. Uno de los Neos se echó a Marcus a la espalda con la misma facilidad que si hubiese levantado a un niño, ignorando los gritos de protesta del muchacho. Otro Neo intentó hacer lo mismo con Eva, pero Iván se interpuso en su camino con la mandíbula tensa. Pese a que el muchacho era grande, al lado del Neo parecía un pequeño foxterrier enfrentado a un dóberman.

—Ni se te ocurra ponerle una zarpa encima —gruñó—. A ella la llevo yo.

—Deberías dejar que lo hiciese él, chico —apostilló Samuel—. Vamos a ir bastante rápido.

—Yo puedo ir rápido, gracias —contestó Iván de forma seca mientras

aupaba a Eva sobre su espalda.

La muchacha se apretó contra él con fuerza y enterró la cara en el cuello de Iván; por un instante sus labios le rozaron la piel de la nuca y el chico se estremeció como si le hubiera dado una descarga eléctrica. ¿Había sido un beso? ¿Había sido sin querer o intencionado? No se atrevió a formular la pregunta en voz alta, pero su corazón parecía empeñado en salirse por la boca a toda costa.

—¿Estáis todos listos? —Samuel miró a su alrededor—. ¡Vámonos!

Echaron a andar entre los árboles. Ooka abría el camino moviéndose entre la vegetación como si estuviesen a plena luz del día. De vez en cuando se detenía para escuchar y el resto del grupo esperaba paciente, hasta que el extraño joven parecía satisfecho. Entonces, sin mediar ni una sola palabra, continuaban su camino. Los muchachos avanzaban en el centro, tratando de mantener el ritmo de sus nuevos compañeros de viaje. A Albert no se le había pasado por alto que Samuel no había saludado a su hija. De hecho, se mantenía oculto entre las sombras, todo lo lejos que era posible de Erika, como si temiese que esta lo pudiese reconocer antes de tiempo. El joven suspiró. Sabía que había relaciones paternofiliales difíciles, pero aquella era trágicamente complicada. Su mente voló hasta su propio padre de manera inevitable. Con una media sonrisa se imaginó que Richard estaría saltando de un lugar a otro de La Lanza, tranquilizando a todo el mundo y manteniendo las cosas bajo control..., siempre y cuando no hubiese caído bajo la plaga. El mordisco de la duda le encogió el corazón y Albert agradeció entonces que la oscuridad que los envolvía ocultase sus lágrimas de angustia y miedo. Aun así, pronto el ritmo de la marcha hizo que sus preocupaciones se fuesen desdibujando, centrado ya solo en no tropezar y mantener el resuello.

Al cabo de una hora de marcha quedó demostrado que, cuando Samuel decía que iban a ir rápido, lo decía en serio. Iván resoplaba para mantener el paso del resto del grupo, pero antes de demostrar un ápice de flaqueza se habría dejado matar de agotamiento. En los tramos más duros, uno de los Neos que caminaba a su lado le echaba una mano. Al principio el chico había rechazado la ayuda, pero al final había dejado que el corpulento humanoide le empujase en las cuestas.

El sol estaba a punto de salir cuando por fin el grupo se detuvo. Se hallaban en un punto indeterminado del bosque, en una zona donde la vegetación había crecido de forma salvaje y sin trabas desde hacía siglos. Para llegar hasta allí habían cruzado a través de trochas de animales y viejas veredas naturales entre los troncos, y las dos mujeres Neos que caminaban en retaguardia se ocupaban de ocultar cualquier posible rastro de su paso.

Cuando por fin Samuel hizo un gesto de alto, los expedicionarios se dejaron

caer en el suelo agotados y cubiertos de sudor. Estaban al lado de una formidable masa de maleza y árboles entrelazados que formaban una muralla natural infranqueable.

—¿Y ahora qué? —preguntó Albert—. ¿Vamos a tener que trepar a los árboles o algo así?

—Algunos lo hacen, no te creas —replicó Samuel socarrón—. Pero creo que ni nosotros ni los Neos tenemos la suficiente agilidad para ello, así que usaremos la otra alternativa.

Ooka avanzó hasta el borde de la muralla de maleza, como buscando algo entre la negrura previa al alba, y emitió un gemido de satisfacción al descubrir algo que solo él podía ver. Uno de los Neos se acercó y tiró de la raíz de un árbol, que resultó ser el extremo de una cuerda de fibra vegetal. Al hacerlo levantó una trampilla tan bien oculta en el suelo que habría sido indistinguible ni aun estando sobre ella.

—Asombroso —murmuró Albert—. No me extraña que no los podamos ver nunca.

—Aún no has visto nada —dijo Samuel con una sonrisa—. Esto es tan solo un puesto de avanzada. Deberías ver qué cosas hacen en sus ciudades.

—¿Sus ciudades?

Pero esta vez el doctor no le respondió, sino que se introdujo en el hueco que había dejado la trampilla al descubierta, seguido por todo el grupo.

Un largo túnel excavado en la tierra se abrió ante ellos. Era estrecho, pero lo bastante amplio como para que los Neos pudiesen pasar rozando con sus anchos hombros contra las paredes. De todas formas, tuvieron que avanzar en cuclillas durante un largo rato, uno detrás de otro, en una difícil fila india en medio de la más completa oscuridad. Era imposible perderse porque entre cada uno de ellos un Neo los guiaba desde atrás con mano firme, impidiendo que se detuviesen demasiado tiempo.

Albert deslizó las manos por la pared y se quedó asombrado de su suavidad, totalmente lisa y compactada, tras el roce de muchos hombros contra ella a lo largo de los años. El joven sospechó de inmediato que aquel túnel llevaba construido mucho más tiempo que los que él llevaba en el mundo, puede que incluso más que la mayoría de los habitantes de La Lanza excluyendo a los Ancianos. De vez en cuando llegaban a algún tramo más ancho donde una leve brisa le acariciaba el rostro.

En medio de la oscuridad no tenía modo de averiguar de dónde venía aquel aire, pero sospechaba que del túnel principal se abrían ramificaciones laterales que llevaban a saber dónde. Aquello no era un simple pasadizo, se dio cuenta, sino una complicada red de conexiones que a su vez servía de intrincado

laberinto. Cualquiera que se metiese allí sin conocerlo corría el riesgo de perderse para siempre o, peor aún, de caer en una emboscada en medio de la oscuridad a manos de los Hostiles (aunque cada vez le costaba más referirse a ellos con aquel término). De vez en cuando el túnel trazaba unos zigzags sinuosos, hechos sin duda para evitar que alguien con un arma de fuego pudiese disparar de un lado a otro o que pudiese ver lo que había unos metros más adelante.

Al principio trató de orientarse, pero al cabo de un rato desistió, totalmente incapaz de saber en qué dirección caminaban. El calor y la humedad dentro del túnel eran asfixiantes, pero al aire era respirable, posiblemente bombeado desde algún lugar para evitar que los que circulaban por los pasadizos muriesen asfixiados. Por fin, cuando ya pensaba que iba a llegar al límite de sus fuerzas, el grupo se detuvo frente a unos escalones cuidadosamente tallados en la tierra y reforzados con listones de madera. Treparon con pies de plomo ayudados por los Neos, que parecían tan frescos y llenos de fuerza como al principio de la caminata, y salieron a la superficie.

Albert no pudo contener una exclamación de sorpresa en cuanto se puso en pie. A medida que los demás miembros de su grupo iban saliendo del agujero, las exclamaciones de asombro se sucedían.

Y no era para menos.

Frente a ellos se abría una amplia calle de dos carriles, rodeada de pequeñas casas unifamiliares del Tiempo de Antes, todas ellas en perfecto estado de conservación. El asfalto se veía viejo y agrietado, pero estaba de una pieza y no se asemejaba en nada a las carreteras maltrechas a las que estaban acostumbrados. Las casas parecían recién pintadas y en todas las ventanas había hojas de cristal limpias y sin arañazos, como si acabasen de instalarlas apenas unas semanas antes en vez de dos siglos. Sus jardines delanteros tenían un césped verde, suave, mullido y bien cortado, y de fondo se oía el suave chasquido de los aspersores que regaban la hierba.

La única nota discordante eran las farolas, que en vez de tener luz eléctrica alumbraban la calle con la suave luz de unas lámparas de aceite instaladas dentro de las tulipas donde un día hubo bombillas de sodio. Las casas también estaban iluminadas y a través de las ventanas se podía adivinar el movimiento en su interior, figuras que empezaban el día conforme el sol asomaba sobre el horizonte. El otro extremo de la calle estaba cortado por una muralla vegetal tan infranqueable como la que ellos habían cruzado pasando bajo tierra. Era obvio que aquel pequeño barrio residencial atrapado en una burbuja del tiempo estaba envuelto en una masa de vegetación, tan densa que resultaba virtualmente imposible de encontrar a no ser que supieses con total exactitud lo que estabas

buscando y cómo llegar hasta allí.

Era una visión tan increíble, tan descabellada, que los muchachos se limitaron a girar boquiabiertos y embobados por completo, mirando hacia todas partes como lo haría un salvaje al llegar a una nave espacial. Incluso el por lo general inquieto Clío permanecía callado, con los ojos como platos.

—Esto es increíble —acertó a balbucear Andrea—. Es como volver al siglo XXI..., al Tiempo de Antes. Es como si nada hubiese sucedido. Está todo igual.

—Bienvenidos al Campamento de Avanzada del bosque del Zorro —dijo Samuel poniéndose a su altura—. Bienvenidos a uno de los asentamientos del Pueblo.

—¿El Pueblo?

—Vosotros los llamáis los Hostiles, pero como comprenderéis ellos no se refieren a sí mismos de esa manera. El Pueblo es su nombre.

—Has dicho *vosotros*. ¿Ahora eres uno de ellos, Samuel? ¿Eres del... Pueblo?

—Oh, por supuesto que no —contestó él—. Digamos que soy un invitado con estatus de residente permanente. Nunca podría ser uno de ellos, aunque lo quisiera.

—Y eso ¿por qué?

—Lo descubriréis muy pronto. Cada cosa a su debido momento. —Se puso repentinamente serio—. Ahora tenemos que ir a hablar con El que Ve en el Tiempo.

—¿Quién es ese?

—Alguien a quien no os conviene enfadar —respondió Samuel con gesto grave—. Al menos, si queréis ver un nuevo amanecer.

Y por el tono en que lo dijo, Albert supo que era cierto y que su vida, la de todo el grupo, volvía a pender de un hilo.

Una de las casas a mitad de la calle era un poco más grande que las demás. Su primera planta estaba débilmente iluminada en su interior por lámparas que lanzaban una suave luz ambarina sobre el jardín delantero y le daban un aspecto cálido. La placa desgastada por el tiempo que colgaba sobre el buzón informaba que allí había vivido en su momento la familia Gisbert, convertida en polvo desde hacía siglos, aunque su vivienda continuaba en pie. Alguien se había tomado el trabajo de plantar unos arriates de flores en el jardín delantero de la casa, siguiendo un extraño patrón que habría hecho arquear una ceja a cualquier jardinero del Tiempo de Antes.

Por su apariencia caótica, uno creería que la mezcla de plantas y flores había crecido asilvestrada, pero, fijándose bien, las glicinias y las plantas aromáticas, junto con verduras y hortalizas, formaban una masa armónica. Era una reinterpretación salvaje del arte floral que parecía encajar a la perfección con aquel entorno. Al pasar a su lado, uno de los Neos se inclinó y arrancó una mala hierba en un gesto delicado que resultaba chocante en aquel corpachón de músculos y pelo, y que delataba una sensibilidad oculta.

El grupo se acercó a la puerta y antes de que llegasen alguien la abrió desde el otro lado.

Los muchachos frenaron en seco atónitos. En el umbral se recortaba una figura de sexo indefinido. Era alta, de más de dos metros y extremadamente delgada. Enseguida les llamó la atención la palidez cerúlea de su piel y que no tenía ni un solo pelo en todo el cuerpo. Pero lo más chocante era que en el lugar donde deberían estar sus ojos se hallaban dos secreciones amorfas, como un par de gigantescas verrugas. Aquel ser vestía una cómoda túnica de lino con las mangas abiertas y calzaba unas sandalias que dejaban a la vista los pies.

—Fijaos —susurró Clío—. ¡Solo tiene cuatro dedos en cada pie!

—¿Eso es lo que te sorprende? —musitó Marcus desde la espalda del Neo que lo cargaba—. Yo diría que tener un dedo menos en cada pie es el menor de sus problemas.

La figura giró la cabeza hacia ellos. Por un momento tuvieron la certeza escalofriante de que aquel ser los podía ver, de alguna manera, pese a no tener ojos. Entonces abrió los brazos y les dedicó una curiosa sonrisa sin dientes, en la que se veían dos rosadas encías.

—Bienvenidos —dijo, aunque sonó a algo más parecido a *Bienvenidduzh*—. El que Ve en el Tiempo aún no ha vuelto de su viaje; yo me encargaré de acomodaros mientras sale de su sueño. Me llamo Nathaam.

—Si está durmiendo, ¿cómo es que está de viaje? —preguntó Clío impertinente, ganándose un pisotón nada discreto de Albert.

—Ahora os explicaré algunas cosas —dijo Samuel mientras se inclinaba educadamente ante Nathaam—. Parece que tenemos algo de tiempo.

Entraron en la casa. Un suave aroma a incienso y plantas aromáticas inundaba el interior, limpio y ordenado con pulcritud. Unas espesas alfombras persas cubrían el suelo y los muchachos sintieron un poco de vergüenza al mancharlas de barro con sus botas. Los condujeron al salón principal, donde había varios sofás de aspecto cómodo. Se sentaron en ellos con timidez y entonces un grupo de tres personas hizo su aparición.

Su aspecto era tan normal como el suyo propio, aunque uno de ellos presentaba rasgos desconcertantes. El que parecía el jefe tenía una especie de tercer ojo en medio de la frente, quizá un tanto ladeado. Aquel ojo estaba cubierto por un párpado semitransparente y rebullía inquieto, como si no fuese capaz de enfocar en condiciones. Los otros dos eran personas totalmente normales, vestidas de una manera que a los ojos de los muchachos resultaba chocante, pero que les habría permitido pasear por una calle cualquiera en pleno siglo XXI sin atraer una sola mirada. Traían una bandeja con varios cuencos llenos de una sopa espesa que olía de maravilla, pan recién horneado y algo que parecía un salchichón de color oscuro.

Los muchachos se abalanzaron sobre la comida y la devoraron con una voracidad culpable. Hacía más de un día que no comían nada y estaban famélicos. Mientras daban cuenta de la pitanza, los recién llegados se llevaron las botas cubiertas de barro y los abrigos sucios con el mismo silencio con el que habían entrado.

—Menuda colección de monstruos deformes vive en este pueblo —musitó Marcus mientras se rascaba el vendaje sucio de tierra del túnel—. Es como estar en un espectáculo.

—No deberías hablar así —le replicó Eva con acritud—. Parecen buena gente, solo que distinta, eso es todo.

—A mí me parecen unos bichos de feria.

—¿Yo también te parezco un bicho de feria, Marcus? —Eva apuntó a sus piernas tullidas con un gesto vago—. De hecho, supongo que debo serlo todavía más, porque al menos ellos pueden valerse por sí mismos y yo necesito una silla de ruedas o un porteador.

—No quería decir eso. —Marcus enrojeció hasta la raíz del cabello—. Yo..., es que son raros, eso es todo.

—Supongo que nosotros también somos raros para ellos —terció Albert cortando la discusión incipiente.

—No tanto. —Samuel, que los había estado contemplando comer en silencio, se inclinó hacia Marcus—. Ya has visto que hay gente perfectamente «normal» en el Pueblo, indistinguible de vosotros. No deberías ser tan condescendiente, muchacho. He visto a algunos de estos monstruos deformes, como tú los llamas, hacer cosas increíbles que te dejarían estupefacto.

Marcus abrió la boca, pero la volvió a cerrar de inmediato.

—La línea que separa lo normal de lo aberrante es muy tenue —continuó—. Todo depende de cuál sea el rasero que apliques para determinar qué es cada cosa. Por ejemplo, todos vosotros veis como algo perfectamente normal que Andrea tenga más de doscientos años y siga manteniendo el aspecto de una jovencita de diecisiete, pese a que es algo antinatural. Eso es porque os habéis acostumbrado desde vuestro nacimiento a convivir con Ancianos. Suponed que en La Lanza hubiese gente como Nathaam, el hombre que nos ha recibido, con córneas fosilizadas y albinos por completo. En ese caso no diríais que es una deformidad, sino que os parecería normal.

—Entiendo —murmuró Marcus con la mandíbula tensa, aún no del todo convencido.

—No lo creo. A veces se tiene que ver el mundo con una perspectiva más amplia para poder entender con completa claridad quién es cada uno. Todavía tenéis que ver muchas cosas antes de poder entender, chicos.

—¿Y por qué no nos explicas algunas, Samuel? —Andrea le señaló con el dedo—. ¿Por qué no nos empiezas hablando de ti y de lo que haces aquí, por ejemplo?

—Lo haré encantado. —Samuel miró a su muñeca, en la que brillaba un pesado reloj de acero inoxidable totalmente exótico para los muchachos—. Si El que Ve en el Tiempo aún no ha vuelto, todavía tenemos algo de tiempo, si me permitís el juego de palabras. Pero antes... me gustaría hablar con Erika. A solas.

—¿Conmigo? —La joven morena se quedó petrificada sobre su plato de sopa. Su cabeza giró hacia todas partes buscando alguna explicación a aquello—. ¿Por qué?

Un silencio incómodo se hizo entre Albert y Andrea. Finalmente la Anciana se levantó y abrazó a la joven.

—Ve con él, Erika. Tenéis mucho de que hablar.

La cara de Erika era un maremágnum de confusión, pero entonces su mirada saltó al hombre y después de vuelta a la Anciana. Un rayo de comprensión comenzó a brillar en sus ojos, mezclado con una tormenta de emociones encontradas.

—Ya entiendo —musitó.

—Ve, anda. Samuel te lo explicará.

Erika se puso en pie y se acercó al hombre con las piernas temblorosas. Ella y su padre salieron de la habitación, envueltos en una tormenta de electricidad que los obligaba a mirarse de reojo. Cuando el resto del grupo se quedó a solas, todos soltaron el aire que habían estado conteniendo.

—Es su padre, ¿verdad? —musitó Eva atravesando a Andrea y Albert con su mirada inteligente—. Vosotros ya lo sabíais y no entiendo cómo yo no me he dado cuenta antes. El parecido físico es enorme.

Albert asintió lentamente.

—Desapareció de La Lanza cuando nosotros tan solo éramos unos niños pequeños en la escuela. Lleva más de doce años viviendo con esta gente; me gustaría saber el motivo.

—A mí me gustaría saber qué son ellos realmente. El Pueblo —contestó la joven removiéndose en el sofá. Iván, siempre atento a sus menores movimientos, le ayudó a colocar las piernas sobre la *chaise longue*—. Tienen algunas cosas del Tiempo de Antes con las que nosotros ni soñamos, pero al mismo tiempo parecen estar muy atrasados en otras. No tienen electricidad, pero sus cristales son muchísimo mejores que cualquiera que haya visto en la vida, por ejemplo.

—Lo que debería preocuparnos es qué es lo que va a ser de nosotros —dijo Andrea poniéndose de pie—. Hay algo en este sitio que me pone nerviosa.

Guardaron silencio durante un largo rato, pensando en las palabras de la Anciana. Eran conscientes de lo frágil de su situación y de que, descalzos y semidesnudos, sería absolutamente imposible no solo escapar de aquel lugar, sino ni siquiera cruzar la calle sin que los parasen.

Mientras tanto, en el otro extremo de la vivienda, Samuel se apoyó con un suspiro en el respaldo de una silla, sin apartar su mirada de Erika. Estaban en la cocina de la casa, donde flotaba un agradable olor a especias, alumbrados por un puñado de velas que ardían sobre un cuenco. La joven parecía confundida, pero al mismo tiempo tenía una extraña expresión en la cara.

—Bueno. —Samuel se retorció las manos como si no supiese por dónde empezar. Contempló las espumaderas colgadas de una pared, pidiendo ayuda con la mirada, pero tras un rato, convencido de que la inspiración no vendría de allí, se volvió de nuevo, esbozó una tímida sonrisa y se lanzó—: Erika..., creo que no hace falta que te diga por qué estamos aquí, ¿verdad?

La joven se sentó lentamente al otro extremo de la mesa con una mirada indescifrable en los ojos.

—No estoy segura. Creo que sí —musitó al cabo de un rato—. Quiero decir, sea lo que sea, me encantaría saber a qué te refieres.

Samuel agachó la cabeza azorado. Se pasó una mano por el pelo mientras

en su boca una docena de frases tropezaban entre ellas y no llegaban a salir.

—Esto es mucho más difícil de lo que me imaginaba —resopló—. ¿No te dice nada mi nombre?

Erika guardó silencio un largo rato.

—Solo es un nombre —dijo con voz átona—. Nada más.

—Sabes que es algo más. —La sonrisa de Samuel se ensanchó cálida y feliz—. Soy yo. Soy tu padre, Erika.

El silencio que siguió a estas palabras se hizo interminable. Ambos se contemplaban desde los dos extremos de la mesa, sonriente él e imperturbable ella. Finalmente Erika sacudió la cabeza muy seria.

—No —dijo—. No eres mi padre.

La sonrisa del doctor se agrietó un poco, lo justo para dejar traslucir la desazón que le consumía, pero enseguida se repuso.

—Sé que te puede resultar difícil de creer, pero soy yo —dijo—. Te lo puedo demostrar, cariño. Te puedo contar cada vez que de pequeña tú...

—No —repitió ella—. No me has entendido. No me importa quién seas. No me importa si desciendo de ti, si llevo tus genes o si me sostuviste en brazos cuando era un bebé. No me interesa nada de lo que me quieras decir. No eres nadie para mí. Mi padre murió hace doce años en los bosques.

Con cada palabra Samuel parecía hundirse más y más en su silla. Se pasó la lengua por los labios indeciso.

—Erika, cariño, entiendo que todo esto puede resultar confuso para ti, pero...

—¿Confuso? —La joven dio un sonoro palmetazo sobre la mesa—. ¡Y una mierda, confuso! ¡Sé muy bien lo que digo! ¡Y no se te ocurra volver a llamarme *cariño*!

—Erika, yo...

—Tú ¿qué? ¿Me vas a decir que me echabas de menos? ¿Me vas a pedir perdón por todos los años perdidos? ¿Por doce años sin intentar volver, sin mandar un mensaje, sin intentar ponerte en contacto? ¿Por hacerme crecer sin padre, criada por mi hermana? —Le apuntó con un dedo acusador—. ¿Tú me vas a pedir perdón por la muerte de mamá? ¡Se suicidó por tu puta culpa, por el dolor y la ausencia! ¡Tú la mataste! ¡Tú nos jodiste la vida! ¡A las tres!

Erika se recostó en el respaldo temblando por la furia. Al otro lado de la mesa, Samuel la contemplaba lívido y con la expresión descompuesta. Estaba claro que la conversación no estaba yendo por los derroteros que él esperaba.

—Erika, escúchame, por favor. Las cosas no son como crees. Yo pensaba que...

—¿Qué pensabas? —le interrumpió con las primeras lágrimas asomándose

a los ojos—. ¿Que me iba a lanzar a tus brazos, feliz por reencontrarme con papi? ¿Que íbamos a ser de nuevo una familia perfecta, Anna, tú y yo, pero sin mamá?

—No, Eri. —Samuel se frotó los ojos con gesto confundido y después la miró de nuevo—. Pensaba que al menos me ibas a dejar explicarme. Entiendo que estés furiosa, y dolida, pero creo que al menos me debes eso.

Erika guardó silencio con los brazos cruzados sobre el pecho. El doctor interpretó su silencio como una aceptación y continuó hablando.

—Me capturaron, Eri, cuando solo tenías tres años. Es verdad, no voy a negar que parte de la culpa fue mía. No debería haberme internado tanto en el bosque, ni debería haberme ido sin decir cuánto iba a tardar, ni debería haber renunciado a la escolta, ni... Hay tantos *ni* que podría llenar una caja con ellos. —Meneó la cabeza apesadumbrado—. Verás, aquella mañana estaba cansado, había discutido con tu madre y no tenía ganas de aguantar a un tipo de Suministros, desconfiando hasta de su propia sombra, mientras hacía de niñera y miraba por encima de mi hombro todo el rato, así que salí solo. Es una de las peores decisiones de mi vida, pero nadie puede cambiar el pasado.

—No te puedo echar en cara que te capturasen, si es eso de verdad lo que pasó. Lo que no puedo soportar es que durante doce años no intentases ponerte en contacto con nosotras ni una sola vez. —Le miró con rabia—. ¿Te puedes imaginar lo que es eso? ¿Puedes tan siquiera hacerte una idea de la agonía diaria que suponía no saber nada de ti?

—¡No tenía manera!

—¡Ni siquiera sé si lo has intentado! —gritó ella fuera de sí—. ¡Por lo que yo sé, puede que te hayas pasado aquí todo este tiempo, feliz y contento entre esta gente, sin pensar ni una sola vez en nosotros! ¡Joder, hasta puede que tengas otra familia y todo!

—Eso no es cierto, Eri. —Se subió una manga y enseñó una larga cicatriz que recorría toda la cara interior del antebrazo—. Tengo otra como esta en la pierna derecha. Al año de estar aquí traté de huir y me quedaron unos cuantos recuerdos. Los Neos del Pueblo pueden ser muy violentos cuando se sienten ofendidos. Después de eso, pasé tres años encadenado hasta que confiaron de nuevo lo suficiente en mí. Nunca tuve la oportunidad de reunirme de nuevo con vosotras. No sabía volver. No podía volver.

Erika guardó silencio sin estar convencida del todo.

—El Pueblo tiene espías en todos los asentamientos, incluso en La Lanza. De vez en cuando sabía cosas de vosotras y eso me permitía seguir adelante. Cuando me dijeron que tu madre había muerto casi reviento de dolor, pero tuve que aguantar y asumirlo. No lo hice por mí, sino por vosotras, porque sabía que

algún día podría darse la oportunidad de volver a veros, como ahora.

Erika sollozó, atravesada por la rabia y el dolor.

—Sé que tendré que demostrar muchas cosas. Sé que tendré que trabajar día a día para recuperar tu cariño y tu confianza, pero necesito hacerlo, Eri. Necesitamos hacerlo los tres, tú, Anna y yo, o esto nos matará. Solo te pido que me dejes intentarlo, eso es todo.

Erika guardó silencio durante un rato interminable. Se secó los ojos y miró fijamente a Samuel. En su mirada ya no había rencor, sino miedo y esperanza a partes iguales.

—Solo prométeme una cosa —dijo—. Que nunca más desaparecerás. Que no te volverás a separar de nosotras.

—Cariño —Samuel se levantó y en dos pasos se arrodilló al lado de su hija —, ya he perdido demasiado tiempo sin Anna y sin ti. Necesito cada segundo que nos quede juntos, los tres, para disfrutaros.

Padre e hija se fundieron en un abrazo largo y prolongado. Y durante un buen rato para ellos dos no existieron ni la plaga, ni el Pueblo, ni los Antiguos ni el horror que los había envuelto en su viaje.

Solo eran dos personas que se amaban y que querían estar juntas. Y eso, como acababan de descubrir, eso era más fuerte que cualquier otra cosa.

El tiempo pasaba de forma lenta mientras el grupo esperaba en la cálida sala. Clío, siempre inquieto, acabó por levantarse de un salto y empezó a explorar la habitación con una expresión arrebolada. Para el muchacho, estar en un sitio tan lleno de artefactos antiguos era el equivalente de visitar un parque de atracciones. De repente se detuvo ante una de las paredes con expresión confusa.

—¿Adónde da esta ventana? ¿Por qué estará tan oscuro al otro lado?

Andrea sonrió brevemente antes de contestar.

—No es una ventana, Clío. Es un televisor. Un aparato del Tiempo de Antes. Servía para ver cosas, cosas increíbles, maravillosas, estúpidas o espantosas.

—¿Podemos ver alguna? —El muchacho se volvió esperanzado—. ¿Ahora?

—No lo creo —musitó Andrea, más para sí misma que para él—. Supongo que la programación de los últimos dos siglos no debe haber sido muy variada.

El muchacho frunció el ceño incapaz de entender la respuesta y la ironía que había en ella, pero no siguió preguntando y se limitó a continuar su curioso por la sala.

Transcurrió más de media hora, durante la cual los muchachos guardaron silencio, sumidos en sus pensamientos. De repente Marcus resopló y apoyó su vaso con tanta fuerza sobre la mesa que sobresaltó a todos.

—Ya está bien —rezongó—. Esto es desesperante. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí sentados? ¿Qué vamos a hacer?

—De momento, no podemos hacer otra cosa que esperar —contestó Albert lacónico—. No tengo muy claro si somos invitados o prisioneros.

—¡Pues entonces vayámonos de una vez! —Señaló hacia el fino cristal de la ventana y la calle tenuemente iluminada que se veía al otro lado—. Si somos invitados, se supone que podemos irnos cuando nos apetezca, y si somos prisioneros..., bueno, no parece muy difícil salir de aquí.

—No es tan sencillo. Ni siquiera estoy seguro de que pudiésemos cruzar esos túneles de vuelta. Nos cazarían antes de llegar al final de la calle.

—¿Y qué cambiaría eso? ¿Una celda por otra? ¿Peor comida? ¡Prefiero jugármela a seguir aquí! —protestó el muchacho de negro acalorado—. ¡Vámonos ya!

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—¡No me gustan las... cosas que viven en este lugar! ¡Algunos ni siquiera son personas de verdad, joder! —Marcus vibraba rojo de rabia—. ¡No me gusta este sitio, ni quiero su hospitalidad! ¡Son Hostiles, Albert, y los Hostiles son

nuestros enemigos, por si lo has olvidado!

Se acercó a la ventana y descargó un puñetazo lleno de frustración contra el marco de madera. Después se acuclilló sobre la alfombra, al lado de uno de los sofás, con la mirada clavada en la puerta y tenso como un tigre a punto de saltar sobre su presa.

Albert le observó haciendo acopio de paciencia. Recordó las palabras de su padre antes de partir sobre mantener la sangre fría en las situaciones complejas, y se dijo que si había algún momento donde seguir aquel consejo era en aquel preciso instante. Estaba a punto de replicar al muchacho de negro cuando Eva se le adelantó:

—Creo que Marcus tiene razón. —La muchacha apenas había abierto la boca desde su salida de El Cuenco y todos la miraron sorprendidos—. Pero por las razones incorrectas.

—¿A qué te refieres?

—Mirad a vuestro alrededor. —La joven minusválida abrió los brazos para abarcar toda la estancia—. Estamos cómodos, calientes y con ropa seca, sentados en estos asientos tan increíbles y confortables, con la barriga llena de sopa y charlando sobre aparatos del Tiempo de Antes, como si no tuviésemos otra cosa que hacer. Y mientras tanto, el reloj sigue corriendo. ¡Cada minuto que perdemos aquí es un minuto más que están sin las vacunas en La Lanza! ¡Cada hora que desperdiciamos es una hora más en la que nuestros padres, hermanos o amigos pueden estar muriendo! ¡No es eso para lo que nos mandaron en este viaje! ¡No podemos seguir aquí esperando!

Andrea agachó la cabeza al oír la referencia a las vacunas. Cuanto más tiempo pasaba, más complicado se le hacía contarles la verdad. Atrapada en la densa telaraña que había tejido con su historia, no encontraba el momento de confesar que el objetivo de su viaje no eran aquellas vacunas inexistentes en un laboratorio imaginario, sino otra cosa, algo que solo podía intuir a base de retazos de sueños, corazonadas y algo más que no podía explicar. Las mentiras pueden ser el cebo donde quedan atrapadas las mejores intenciones.

—Escuchadme bien. —Albert se colocó en medio de la sala para poder mirar a todos a la vez—. Esta gente nos ha salvado y se merece al menos un voto de confianza. En cuanto hablemos con su jefe o adivino o lo que sea, nos iremos de aquí, os lo prometo. En todo caso, antes de que salga el sol.

—¿Y si no aparece? —gruñó Marcus aún no del todo convencido—. ¿Y si nos dan largas?

—Entonces nos abriremos camino como podamos —replicó Albert—. Intentaremos llegar a...

Un ruido de voces le interrumpió. Todos se callaron al oír que alguien se

acercaba y la puerta se abría de nuevo.

Samuel y Erika entraron en la habitación totalmente transfigurados. La muchacha parecía conmocionada y sujetaba la mano de Samuel con la misma intensidad con la que un náufrago se aferra al último bote salvavidas. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, como si hubiese estado llorando un buen rato, y alternaba su mirada entre su padre y el resto de sus compañeros, como si no fuese capaz de creerse lo que estaba sucediendo. Samuel, por su parte, había perdido su pose de imperturbabilidad y agarraba a su hija de la mano, dedicándole una mirada totalmente indescifrable, pero cargada de emoción. Ambos formaban una estampa entre conmovedora y lastimosa.

Se sentaron en el mismo sofá muy pegados, como si temiesen que al perder el contacto físico uno de los dos se desvanecería como una pompa de jabón. Hasta Marcus, más hosco de lo habitual desde que habían llegado allí, no pudo evitar sonreír al verlos.

Samuel carraspeó y pasó un brazo por encima del hombro de su hija antes de dedicarles una larga mirada.

—Erika es mi hija, aunque supongo que eso ya lo sabéis. No creo en las casualidades, así que supongo que, si ella y yo nos hemos reencontrado aquí y ahora, significa algo. Antes os dije que vuestra vida podía estar en peligro, pero ya no es solo la vuestra, sino la mía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Andrea alarmada.

Samuel se encogió de hombros mientras apretaba con más fuerza a su hija contra su pecho.

—Que lo que os pase a vosotros también me pasará a mí. He perdido doce años y no pienso perder ni un día más de mi vida sin estar con ella. Se lo he prometido. Eso y alguna cosa más.

Erika suspiró y aferró la mano de su padre. Algo había cambiado en la muchacha, observó Albert. Ya no se sentaba de manera nerviosa ni miraba a su alrededor permanentemente asustadiza. Parecía más... segura. Fuera lo que fuese lo que habían hablado aquellos dos, la conversación la había llenado de confianza. Con una gota de recelo, Albert se preguntó si esa confianza estaba fundada y si también se extendía a los demás.

—Y ahora que ella y yo ya nos hemos puesto al día en lo importante, podemos hablar con claridad. Supongo que tendréis un montón de preguntas.

—¿Qué haces aquí, Samuel? —disparó Andrea de pie e impaciente—. ¿Qué es este sitio? ¿Quién es esta gente? ¿Qué quieren de nosotros? ¿Quién es ese con el que debemos hablar, como narices se llame?

—Una a una, Anciana. —Samuel levantó las manos—. Habrá respuestas para todo, pero a cambio vosotros también deberéis ser sinceros conmigo y con

El que Ve en el Tiempo.

—Empieza tú, por favor. —Andrea se sentó de nuevo en el sofá—. Por el principio.

Samuel suspiró y se frotó los ojos con gesto cansado.

—Todos sabéis el principio de esta historia. Hace doce años era el jefe de Sanidad de La Lanza. Mi hija pequeña tan solo tenía de aquella tres años y su hermana Anna ya era una belleza de doce. —Apretó afectuosamente a Erika—. Por lo que me han contado, está todavía más guapa que entonces. Siempre se pareció a su madre.

—Y un día te fuiste sin dejar rastro —musitó Erika mirándole con los ojos enrojecidos—. Casi acaba con nosotras. Acabó con mamá.

Samuel negó con la cabeza.

—No es tan sencillo. El día que desaparecí había salido a buscar plantas a la zona del bosque que rodea La Lanza. Era algo que solía hacer cada quince días, sobre todo en otoño e invierno, cuando los resfriados se disparaban y no había suficiente corteza de sauce para combatir los ataques de fiebre.

—Te internaste en el bosque tú solo. Nunca lo habías hecho hasta entonces —le recordó Andrea.

—El problema es que aquel año había sido extremadamente seco y los sauces situados cerca del río de La Lanza estaban pelados, así que tuve que adentrarme bastante más de lo que había planeado. —Se encogió de hombros como para quitarle importancia—. Por no extenderme demasiado, lo que sucedió, simple y llanamente, es que me perdí. Vagué durante dos días por el bosque, incapaz de encontrar el camino de vuelta, cada vez más débil y desorientado, esperando que alguna patrulla del poblado me encontrase.

—Salieron en tu búsqueda durante semanas —le interrumpió Andrea—. Recuerdo que Simon casi se vuelve loco.

—El viejo Simon. —Samuel hizo un gesto amargo con la boca—. No me extraña oír eso. Aunque estoy seguro de que le importaban más los conocimientos que se perdían conmigo que mi propia persona. Lo realmente importante es que las patrullas jamás me encontraron.

—Lo hicieron los Hostiles. El Pueblo, quiero decir.

—Más bien los encontré yo a ellos. Al final del segundo día tropecé con las ruinas de una estructura enorme. Más tarde me dijeron que eran los restos de un antiguo campo de fútbol. La mitad de las gradas se había derrumbado y donde había estado el campo se había formado una pequeña marisma llena de juncos y serpientes, pero una parte todavía estaba seca y allí me encontré con Tak.

—Ese es el tipo enorme que te acompañaba, ¿no? El que tiene pinta de bruto gigante.

Samuel asintió.

—Tak es un Neo. Normalmente vagan en grupo, encargados de cazar y de mantener a raya a los visitantes indeseados. El campo de fútbol estaba dentro de una de sus zonas prohibidas, muy cerca de una ciudad, y se suponía que yo no debería estar allí. Si me hubiese encontrado él primero, me habría matado sin dudarle ni un segundo, pero algo salió mal, por suerte para mí.

—¿Qué sucedió?

—Los Neos son muy hábiles poniendo trampas, aunque no son precisamente muy habladores. Tak me estaba siguiendo, preparado para tenderme una emboscada en las ruinas, pero no sabía que otro grupo de Neos había pasado por allí un par de días antes y había sembrado de trampas los alrededores del estadio. Cuando lo encontré, tenía una pierna metida en un foso lleno de estacas en forma de anzuelo que le atravesaban una pierna de un lado a otro y no le dejaban salir. Había perdido tanta sangre que estaba inconsciente y al borde de la muerte.

—Tuviste que quedarte alucinado al verle.

—Tan asombrado como vosotros, desde luego, pero el médico que hay en mí se impuso al miedo que sentía. Le liberé del cepo, vendé sus heridas y acampé a su lado, controlando su fiebre y esperando a que se recuperase. — Samuel rio al recordar el momento—. Imaginaos la estampa, un tipo medio famélico, sucio y con la ropa rota cuidando de un enorme Neo inconsciente en medio de un campo de fútbol del Tiempo de Antes.

Dio un trago a su vaso y se recostó en el sofá. Erika le miraba bebiendo sus palabras, recuperando de forma ávida el tiempo perdido y deseando conocer hasta el último retazo de su historia.

—Aquella misma noche un grupo de Neos vio la luz de mi hoguera y nos capturó, o mejor dicho, me capturó a mí. Cargaron a Tak en una parihuela y me obligaron a seguirlos hasta su poblado.

—¿Por qué no te mataron?

—En su sociedad existe un complicado código de honor. No os dejéis engañar por su aspecto rudimentario. Hay un montón de reglas sociales, normas y ritos. Según sus creencias, cuando salvé la vida de Tak, en cierta forma me hice dueño de ella.

—¿Es tu esclavo?

Samuel rio como si la idea le pareciese sorprendente.

—Nada de eso. No conozco a seres más libres que la gente del Pueblo. No creo ni siquiera que entiendan la idea de la esclavitud. Más bien se trata de que Tak tiene una deuda conmigo mientras cualquiera de los dos respiremos. Una deuda de vida. Yo soy responsable de su vida, ya que le arranqué de las garras de

la muerte, y él es responsable de la mía. Es sencillo, pero efectivo.

—¿Y por eso no volviste?

—Por eso y porque no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo. Estaba lejos de La Lanza, a semanas de camino, y además, aunque hubiese querido, no me habrían permitido hacerlo. Había visto demasiado y sabía demasiado como para volver con los Antiguos.

—¿Los Antiguos?

—Así es como nos llaman a nosotros. Resulta divertido, ¿verdad? Somos los Hostiles y los Antiguos, y ninguna de las partes tiene la menor idea de cómo la denomina la otra.

Albert se removió incómodo en el sofá. Una sombra de preocupación cruzaba su cara. *Nosotros también hemos visto demasiado.*

—¿Qué son? —preguntó Clío. La pregunta le ardía en la lengua casi desde el principio—. Los Neos, el tipo sin ojos de la puerta, toda esta gente... ¿son humanos?

Samuel cruzó los dedos ante su cara y respiró hondo antes de hablar.

—La respuesta es sí y no a la vez. Lo que os voy a contar es algo que he ido averiguando con el tiempo, a base de juntar las historias de su folclore con la observación y con mis conocimientos médicos, aunque aún hay huecos que no sé cómo rellenar y sospecho que ellos tampoco.

—Apostaría algo a que se trata de mutaciones genéticas —murmuró Andrea con la mirada brillante—. Como yo.

—Y sin duda acertarías, Anciana. —Samuel le dedicó un gesto de reconocimiento—. Según todos los datos que tenemos, el Colapso se debió a la liberación de un prion muy particular, una pequeña pieza que modificaba las proteínas, los ladrillos básicos con los que se forma todo ser vivo, incluido su ADN. Aquel prion tan solo modificaba unas determinadas estructuras, de forma que inducía un comportamiento suicida y agresivo en sus víctimas. Para combatirlo, los médicos del Tiempo de Antes prepararon una vacuna que era capaz de anular ese efecto, reparar ese agujero, en definitiva. El problema es que, al parecer, debido a la premura de tiempo aquella herramienta era demasiado brusca e inestable y sus efectos secundarios difíciles de precisar.

—¿En qué medida? ¿Tanto como para hacer un hombre como Tak?

—No necesariamente —replicó Samuel mientras trazaba un dibujo imaginario en el aire—. Imagínate nuestro ADN como un puzzle que debe estar completo para que puedas vivir. Tienes una pieza en la mano, la última pieza, pero no encaja de ninguna de las maneras en el hueco que queda libre. El hueco es la disrupción celular provocada por el prion. Si no encajas esa pieza, mueres sin remedio, pero es imposible encajarla en su sitio por las buenas porque los

bordes de las piezas se han modificado y la que tienes en la mano no cabe en el hueco. Así que la vacuna viene a ser como una especie de martillo con la que se puede ajustar esa última pieza a golpes. El problema es que la presión generada por ese ajuste puede mover las piezas que están alrededor.

—Y entonces...

—Y entonces empiezan a pasar cosas. —Samuel miró a Andrea sin parpadear—. Estoy seguro de que tú recuerdas perfectamente de qué hablo, Anciana. Tú estuviste allí. En los años que siguieron al Colapso.

Todas las cabezas se giraron hacia Andrea y ella tragó saliva, de pronto gris, con la mirada perdida en el televisor apagado de la pared mientras buceaba en sus recuerdos.

—No he hablado de esto en años con nadie. Todos los que lo vieron ya están muertos hace mucho tiempo.

—Excepto los Ancianos.

—Excepto nosotros, sí. —Andrea suspiró—. Y no me siento feliz por ser uno de los últimos testigos de aquello.

—¿Qué pasó, Andrea? ¿De qué está hablando?

—En las semanas siguientes al Colapso todo el mundo sabía que la vacuna podía tener efectos secundarios —comenzó la Anciana—. La tasa de mortalidad fue muy muy alta. Durante los seis primeros meses perdimos a casi la mitad de los habitantes de La Lanza y, por lo que sé, en el resto de los poblados cercanos sucedió lo mismo. Posiblemente en todo el mundo.

—Por seguir con la analogía del puzle, en la mitad de los casos las piezas saltaban por el aire al no aguantar la presión —acotó Samuel—. La gente vacunada sencillamente se moría.

—Fueron momentos espantosos —continuó Andrea—. Pensábamos que era el final de nuestra especie. Supongo que estadísticamente pasamos de ser un uno por ciento de supervivientes a menos de la mitad de esa cifra. Y el problema era que esa mitad tampoco estaba a salvo. Había personas que sobrevivían a la vacuna y que presentaban mutaciones.

—Sus puzles se habían reordenado para encajar la presión de la nueva ficha —asintió Samuel—. No eran muchos, pero se daban de vez en cuando, ¿verdad?

Andrea asintió. Una lágrima solitaria había empezado a rodar por su mejilla.

—No debía de ser más que uno de cada diez. Lo fuimos viendo a lo largo de los siguientes años, a medida que nacían niños que eran... distintos.

—Y entonces los expulsasteis. A todos los que eran distintos, a todos los tullidos, los raros, los diferentes. —Samuel dijo la frase casi en un susurro—. Los echasteis de los poblados sin miramientos. Los arrojasteis a los bosques para

que muriesen allí.

—¿En serio hicisteis eso? —Eva se volvió escandalizada—. ¡No puede ser! Andrea asintió con gesto afligido.

—Fue tal y como dice Samuel —sollozó—. Pero yo no tuve nada que ver con aquello. En aquel momento yo tan solo era una chica normal y corriente a la que nadie le pedía su opinión. No fue hasta mucho después cuando descubrí que había dejado de envejecer, que era una mutación más de la vacuna. Como Simon, como Victoria, como Alphonse, como el resto de los Ancianos.

—¿Por qué? —Eva casi gritó la pregunta—. ¿Por qué lo hicieron?

—Tenéis que entender el contexto —explicó Andrea—. Apenas habían pasado un par de años desde el Colapso y estábamos empezando a entender que el Tiempo de Antes no iba a volver. Que nunca aparecería una columna de rescate rodando por la carretera, con camiones cargados de provisiones y mantas. Que el mundo que nos tocaría vivir sería este. El noventa y nueve por ciento de la raza humana había perecido víctima del prion y en dos años nos las habíamos arreglado para perder a la mitad de los supervivientes. Y entonces, de repente, surge un pequeño porcentaje de mutaciones aterradoras. La moral se desplomaba y la gente tenía miedo, miedo a lo diferente. Estuvimos a punto de sumergirnos en el caos. Fueron años duros y oscuros. Expulsar a los distintos fue la única manera de sobrevivir. No lo estoy justificando, pero quiero que entendáis por qué se hizo. En aquel momento parecía la única opción viable.

—Pero los expulsados sobrevivieron —murmuró Albert pensativo—. ¿Cómo?

—Tenían todo un mundo prácticamente vacío a su disposición —replicó Samuel—. Un planeta en el que noventa y nueve de cada cien habitantes habían desaparecido, dejando atrás ingentes cantidades de recursos. Mientras que los supervivientes de los poblados se volcaban en sí mismos, tratando de organizar comunidades autosuficientes con las que reiniciar la raza humana, el Pueblo se fue agrupando poco a poco a medida que tropezaban unos con otros en los restos de las ciudades abandonadas. También fueron años muy duros para ellos, en los que la mortalidad fue altísima, pero se las arreglaron para prosperar. Lo único que tenían que hacer era estirar la mano y recolectar todo aquello que la civilización había ido dejando atrás. Por supuesto, a medida que pasaban los años, la tecnología y los recursos se fueron haciendo cada vez más escasos, pero para entonces ya estaban organizados. Y sobre todo, tenían clara una cosa.

—Que no querían saber nada de nosotros —murmuró Albert de forma amarga—. De los Antiguos.

—No los puedes culpar —dijo Samuel—. En su historia, nuestros antepasados los trataron de forma horrible. Es natural que haya desconfianza.

—Pero ¿cómo han acabado siendo así, como esos Neos, por ejemplo?

—Selección natural —replicó Samuel—. De la misma manera que un chihuahua y un pastor alemán descienden del lobo y están emparentados pese a que son muy distintos, así les sucede a los miembros del Pueblo. A lo largo de generaciones, aquellos que eran más parecidos entre sí se fueron cruzando, creando razas diferenciadas, aunque no estoy seguro de si la palabra *raza* es la más adecuada para referirse a ellos.

—Como los Neos.

—Así es —asintió Samuel—. Esa es la abreviación que usa el Pueblo para referirse a los neoneandertales.

—¿Neo qué? Tienes que estar de broma, ¿no?

—En absoluto. Se calcula que entre un tres y un siete por ciento del ADN de los humanos modernos es ADN neandertal. Tú, yo, cualquier persona que conozcas lleva genes de neandertal. Hace decenas de miles de años el *Homo sapiens* y el *Homo neanderthalensis* se hibridaron, y hoy en día casi todos los humanos llevamos genes neandertales aunque no lo sepamos. Todos vosotros lleváis genes de neandertal. La única diferencia es que, con la mutación de la vacuna, los antepasados de Tak, por ejemplo, comenzaron a mostrar una preponderancia genética hacia estos genes que llevaba milenios dormida. A todos los efectos, Tak y cualquiera de los Neos que podéis ver son humanos con rasgos neandertales. Por eso son pelirrojos, tienen esas facciones y son tan fuertes. Y por eso les resulta imposible hablar como nosotros, porque su laringe no les permite emitir el mismo tipo de sonidos que tenemos los *sapiens* modernos.

—¿Cuántos miembros del Pueblo son Neos?

—No muchos, apenas una décima parte. De hecho, más del noventa por ciento del Pueblo son humanos normales y corrientes, absolutamente indistinguibles de cualquiera de nosotros. Pero los Neos tienen una ventaja evolutiva, por extraño que pueda parecer. En esta época, su superior fuerza física y resistencia los hace más adaptables, aunque a cambio consumen casi el doble de calorías diarias que una persona normal. Se han transformado en una especie de casta de guerreros y exploradores. Son el equivalente a nuestras tropas de Suministros, solo que mucho más integradas en la naturaleza.

—Ya veo —musitó Albert—. ¿Y los otros, los que no tienen ojos y el resto?

—Esos son los Bagas y son muchísimo menos numerosos. De hecho, en todos estos años creo que solo he visto media docena de Bagas como Nathaam. No ven como nosotros, pero sospecho que pueden percibir todo nuestro entorno en base a campos electromagnéticos. Es casi imposible acercarse a menos de cien metros de un Baga sin que se dé cuenta. Eso los convierte en alarmas

humanas casi insuperables. Por eso suelen acompañar a determinados líderes.

—Como El que Ve en el Tiempo.

—Exacto —asintió Samuel—. Y eso me lleva a lo que os comentaba antes. Si os encontramos fue porque El que Ve en el Tiempo sabía dónde ibais a estar. Es algo excepcional que el Pueblo se entrometa en los asuntos de los Antiguos. Por lo general, prefieren mantenerse al margen de todos los asuntos que no les competan a ellos directamente, así que os podéis imaginar mi sorpresa cuando hace unos días me pidieron que saliese en vuestra búsqueda.

—¿Qué quiere de nosotros?

—No tengo ni la más remota idea. Eso es algo que tendréis que averiguar cuando estéis frente a él, pero de una cosa sí que estoy seguro: no habrá sido una decisión fácil. Dentro del Pueblo también hay corrientes, facciones y opiniones encontradas sobre cómo tratar con la gente de los poblados antiguos. Para tomar una decisión tan excepcional, seguro que El que Ve en el Tiempo ha tenido que enfrentarse a muchas resistencias, y hay mucha gente que no ve con buenos ojos vuestra presencia aquí. La mayoría estaría de acuerdo en eliminaros de forma discreta e indolora.

—Menudo panorama —masculló Albert con amargura.

—Solo estoy siendo sincero. Pese a todos los años transcurridos, ni siquiera mi posición es totalmente firme. Ni siquiera estoy seguro de entender de verdad cómo piensan. Y una última cosa. —Su gesto se volvió muy serio—. Ni se os ocurra mentirle a El que Ve en el Tiempo. Lo sabe todo y se dará cuenta enseguida. No se puede jugar con él.

Justo en aquel momento la puerta se abrió y el alto Baga llamado Nathaam apareció en el umbral. El hombre inclinó su cabeza de ojos ciegos hacia el grupo y los obsequió con una sonrisa extraña.

—El que Ve en el Tiempo ya ha llegado de su viaje. Aguarda en el piso de arriba.

—No le he visto llegar —comentó Clío, que había estado pegado a la ventana todo el rato observando la calle con los ojos muy abiertos—. ¿Por dónde ha entrado?

—¡Por lo que más quieras, Clío, cierra esa boca! —siseó la voz de Albert mortificado.

El Baga hizo un gesto sereno con la mano, como para indicar que no tenía importancia.

—El que Ve en el Tiempo no viaja de la forma que tú piensas, joven Clío. Su cuerpo ha estado aquí todo el rato, pero su mente ha llegado de un periplo muy largo. Está exhausto, pero insiste en que habléis de inmediato.

—¿Cómo sabe mi nombre? —se preguntó Clío perplejo, pero nadie le

prestó atención.

Los muchachos ya se ponían en pie, con las fuerzas recuperadas.

—No necesita veros a todos. —Nathaam hizo un gesto con las palmas de sus manos hacia abajo indicando que se sentasen—. Solo te quiere ver a ti, Anciana Andrea.

Andrea tragó saliva, pero asintió. Dio un paso hacia la puerta, pero en ese instante Albert le agarró de una manga.

—Ten mucho cuidado —susurró—. No sabemos cuánto saben de la plaga y de nuestra situación actual. Si les revelamos demasiado quizá pongamos en peligro a La Lanza. Estamos más indefensos que nunca.

—Ya lo he tenido en cuenta, Al. —Le apretó la mano en un gesto afectuoso—. Si no he vuelto en una hora, empieza a pensar en cómo sacar a nuestros chicos de aquí. No será fácil, pero si alguien puede hacerlo eres tú.

—De momento, no lo he hecho muy bien. —Albert meneó la cabeza apesadumbrado—. En todo el camino no he conseguido más que meternos en un problema detrás de otro. Quizá no sea tan buen líder como pensaba mi padre. Quizá no sea la persona indicada para dirigir esta expedición.

—¿Estás de broma? Nos has mantenido juntos y con vida en una situación excepcional. Nadie lo podría haber hecho mejor. —Andrea levantó la mirada y observó al Baga que la aguardaba en la puerta tranquilo y expectante—. Pero creo que ahora me toca a mí. Deséame suerte.

—Por supuesto. Eres la persona indicada y lo harás bien. Simon se va a caer de culo cuando le contemos todo esto —musitó Albert tratando de animarla—. Se va a morir de la rabia por no haber estado aquí dando uno de sus pomposos discursos.

—Nada me importa menos que Simon ahora mismo —replicó Andrea. La muchacha inspiró profundamente y salió de la habitación tras el hombre alto.

El Baga la llevó hasta las escaleras que conducían a la planta superior. Habían retirado los cuadros que en su día adornaban aquel tramo y en su lugar habían colocado una serie de pequeñas lámparas de aceite que bañaban todo de un color dorado. Cuando llegaron a la planta superior, el Baga se detuvo frente a una puerta, agachó la cabeza y pareció concentrarse en algo que Andrea no podía identificar. Finalmente el hombre asintió y le hizo un gesto.

—Puedes pasar. Él te está esperando.

Y sin dedicarle otra palabra, giró sobre sus talones y volvió de nuevo a las escaleras, rumbo al piso inferior, dejando a Andrea ante la puerta.

La Anciana se quedó de pie desconcertada. A solas, en aquel pasillo débilmente alumbrado, en medio de un poblado de los Hostiles (*del Pueblo*, se corrigió a sí misma), se sentía más aislada e indefensa que nunca. Pese a que el

resto de su grupo estaba a pocos metros de ella, en la planta inferior, algo en el ambiente, inaprensible pero nítido, le hacía percibir que había cruzado alguna especie de barrera que no podría atravesar de nuevo sin permiso. Hasta el aire parecía más pesado allá arriba.

El suave tictac de un reloj de pared la arrullaba y por un desquiciante momento Andrea se vio arrojada a dos siglos antes. Sin hacer un gran esfuerzo podría creer que nada había pasado y que todo había sido un mal sueño. Pero las lámparas de aceite y su ropa ajada y aún llena de barro y hojas le confirmaban que todo era dolorosamente real.

Se armó de valor y giró el pomo de la puerta.

Al otro lado, la habitación principal de la casa estaba en penumbra, iluminada apenas por unas lámparas cubiertas de gasas y repartidas de forma estratégica en las esquinas. La chimenea del dormitorio crepitaba, irradiando un calor agradable y un aroma a hierbas y especias que resultaba dulzón pero que no era pesado.

—No tengas miedo, Andrea. Acércate. Deja que te vea.

Era una voz delicada, aflautada, cuyo sexo y edad resultaban difíciles de discernir. Su dueño podía tener tanto diez años como noventa. Andrea dio un par de pasos vacilantes dentro de la habitación y la puerta se cerró con suavidad a su espalda, pese a que juraría que nadie la había tocado. La joven tragó saliva una vez más y entonces irguió la cabeza.

—Eres muy bella —dijo la voz—. Y notablemente inteligente. La mayoría de los que son como tú, los Ancianos, no son capaces de soportar el paso del tiempo sin que su mente se corrompa por completo. Tal vez el ser humano no esté preparado para vivir una experiencia que equivale a varias vidas sin tener que pagar un peaje. Pero tú..., tú eres distinta.

—Quizá es porque me transformé muy joven. —Andrea giró la cabeza en la penumbra tratando de averiguar de dónde salía la voz—. Quizá es porque solo era una niña y a esa edad la mente está más dispuesta a aceptar el cambio. Ya sabes, un cerebro en proceso de formación eternamente.

—Oh, no se trata de eso —replicó la voz—. Y creo que los dos lo sabemos.

Una lámpara se encendió poco a poco y Andrea pudo ver una figura recostada en una especie de butacón amplio colocado en medio de una estancia por lo demás vacía.

Era una persona de corta estatura y constitución frágil. Su piel era lechosa y estaba festoneada de manchas irregulares de color más oscuro, como si sufriese algún tipo de vitíligo, lo que le daba un curioso aspecto semejante a un dalmata, aunque la sucesión de arrugas y dobleces impedía adivinar con exactitud dónde terminaba una mancha y comenzaba otra. Pero lo más sorprendente era su

cabeza, de un tamaño atrozmente desproporcionado. Su frente se disparaba hacia arriba hasta trazar una curva exagerada y el tamaño de su cráneo equivalía a casi el que tendrían dos personas normales. El peso de semejante cabeza, salpicada por un pelo ralo y amarillento, debía de resultar insoportable para el cuello de su dueño, así que la mantenía apoyada en una montaña de almohadones, desde donde la escrutaban un par de amistosos ojos marrones que coronaban una cara totalmente anodina y sin mayor relevancia. Podría haber sido una persona cualquiera de las que te cruzabas a diario, si no fuese por la monstruosa deformidad de aquella cabeza inmensa.

—¿Te parezco sorprendente? ¿Repulsivo, tal vez? —preguntó con un tono de voz suave.

Andrea se encogió de hombros.

—Distinto, en todo caso. Estoy acostumbrada a que la gente me mire de forma rara por ser lo que soy, así que no creo que sea la más indicada para juzgarte.

El hombre sonrió, como si la respuesta le hubiese complacido.

—Eres aplomada. Mucha gente, incluso del Pueblo, no reaccionaría con tanta calma ante mí. —Rio con una carcajada sorprendentemente cristalina y fresca—. Hubieses sido una excelente jugadora de póquer.

—¿Sabes lo que es el póquer?

—Oh, sé muchas cosas, Anciana Andrea, tanto del Tiempo de Antes como de ahora. —Sus ojos chispearon con un brillo de inteligencia que por un momento hizo caer la engañosa apariencia inocente del hombre—. Como, por ejemplo, el objetivo de vuestra expedición.

Andrea se quedó petrificada, pero intentó que no se notase nada en su expresión.

—¿Y qué es lo que sabes, entonces? —preguntó de forma cauta.

—Todo —replicó El que Ve en el Tiempo—. Sé que la plaga está golpeando de nuevo los asentamientos de los Antiguos, solo que esta vez únicamente afecta a los mayores de veinte años. Sé que algunos asentamientos ya se han derrumbado por completo, mientras que otros se hallan al borde del colapso. Sé que en La Lanza tenéis un plan para salvaros, que consiste en buscar unas viejas vacunas y volver a probar suerte con ellas como hace dos siglos. Y también sé que ese plan probablemente está condenado al fracaso desde el principio... y que tú has estado mintiendo todo el rato a tus compañeros.

Esta vez Andrea se tambaleó, como si alguien le hubiese pegado un puñetazo. Abrió la boca para responder, pero no supo qué decir. Había algo en la mirada de aquel hombre que era desarmante. Se sentía como si estuviese totalmente desnuda ante él y como si, de alguna manera, aquel ser fuese capaz de

internarse hasta en el último recoveco de su cerebro, dejándola inerte.

—¿Cómo sabes todo eso? —fue capaz de pronunciar con un hilo de voz. No le había contado a nadie lo que se proponía. Tan solo a Héctor.

—Algunas cosas las hemos averiguado observando vuestros poblados. Os vigilamos, por supuesto. Te sorprendería saber cuántos agentes tenemos dentro de cada uno de los asentamientos, incluida La Lanza. Otras, tan solo las veo.

—¿Cómo las ves?

—¿Cómo haces tú para desafiar el paso del tiempo? —Él se encogió de hombros—. No puedes responderme porque no lo sabes, igual que yo no sé cómo lo hago. Simplemente, sucede. Puedo ver cosas que están ocurriendo a través de los ojos de las personas que están allí, cosas que ya han sucedido, y en ocasiones, cosas que van a suceder.

—¿Puedes ver el futuro? —Andrea abrió los ojos asombrada.

—No exactamente. Es imposible ver lo que todavía no ha sucedido, porque no existe, pero sí puedo ver o, mejor dicho, sentir determinadas energías de lo que va a suceder. —Puso una expresión cansada—. Es muy difícil de entender, incluso para mí, y todavía más difícil de explicar. Podríamos pasarnos todo el día hablando y ni siquiera así sería capaz de hacerte entender lo que soy y lo que hago. Pero ese no es el asunto de nuestra conversación, Andrea.

—¿Y cuál es?

—Tú. —La respuesta sonó seca como la detonación de un arma—. Y lo que tienes que hacer para salvarnos a todos.

—¿Yo? ¿A todos? No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes. —Una nota de impaciencia brilló en la voz del hombre—. Puede que a tus amigos de La Lanza los hayas engañado con esa historia traída por los pelos de que tus padres trabajaban *casualmente* en un laboratorio que *casualmente* estaba cerca del poblado y en el que *casualmente* quedaban dosis de la vacuna. Y nadie sabía nada de eso, pese a que llevas dos siglos viviendo allí, hasta justo ese momento. ¿No te parece sorprendente?

Andrea guardó silencio, con la mirada clavada en el suelo.

—Entiendo que en la situación que estabais, agarrarse a un clavo ardiendo es mejor que dejarse caer al vacío, pero me sorprende la facilidad con la que se tragaron esa historia. Sí, Andrea, yo estaba allí, en aquella sala. Lo vi todo a través de los ojos de uno de vuestros consejeros. El pobre hombre tuvo un dolor de cabeza formidable al día siguiente y no recordaba mucho de lo que había pasado, pero sirvió bien a su objetivo.

—¿Qué quieres?

—Quiero la verdad. Solo eso. Que me digas qué es lo que estáis buscando.

Andrea levantó la mirada y observó con detenimiento a El que Ve en el

Tiempo. La lucha que sentía en su interior se reflejaba a las claras en su rostro. Al final suspiró.

—No puedo decirte todo lo que te gustaría saber... porque ni siquiera yo lo sé.

Fue el turno para que la cara del hombre reflejase sorpresa.

—Sé que no me estás mintiendo, pero no puedo entender lo que dices. ¿Cómo es posible?

—No sé casi nada. —La voz de Andrea bajó casi hasta transformarse en un susurro—. No recuerdo casi nada del Tiempo de Antes. La historia de que mi padre era un doctor es una patraña, pero no sé cuál es la verdad... exactamente. Tan solo recuerdo con claridad desde el momento en el que iba subida en un camión, rumbo a La Lanza, justo cuando se produjo el Colapso. Antes de eso solo hay fogonazos y recuerdos fragmentarios. Muchas veces me he preguntado si no serían más que retazos de un sueño.

—¿Y qué es lo que recuerdas? —Parecía genuinamente interesado.

—Cosas sueltas. Recuerdo una habitación con una cama. Una ventana que daba a un jardín, con un puñado de arces bajo la lluvia. Recuerdo que la ventana no se podía abrir y que casi siempre tenía mucho sueño. Y también...

Se detuvo indecisa, como si no se atreviese a seguir.

—¿Qué?

—Recuerdo al hombre. El hombre vestido de blanco.

El Que Ve en el Tiempo inspiró hondo y parpadeó un par de veces. Su rictus se transformó durante un segundo, como si escuchar aquella revelación confirmase algún temor profundo y oscuro.

—Un hombre de traje blanco —murmuró despacio—. Chaqueta color crudo, camisa blanca y corbata color crema. Un hombre delgado, alto y pálido, con los ojos azules y una cicatriz en la muñeca derecha.

Andrea abrió mucho los ojos al escuchar aquello. Su voz temblaba de forma ostensible cuando volvió a hablar.

—¿Tú también lo conoces? ¿Quién es?

—Esperaba que tú me lo pudieses decir. Lo he visto muchas veces a lo largo de las últimas semanas. Cada vez es más omnipresente. Aparece en casi todas las visiones que he tenido, y no solo me pasa a mí. Los otros que Ven en el Tiempo también han tropezado con él cada vez más a menudo.

—¿Qué hace?

—No hace nada. Solo está ahí, observando..., esperando. Y en algunas de esas visiones también apareces tú.

—Apenas le recuerdo. —Andrea frunció el ceño—. Solo sé que estaba conmigo justo antes del Colapso. Venía a verme. Decía cosas, pero no recuerdo

casi ninguna de ellas.

—¿Hablabas conmigo? Es importante que recuerdes, Andrea, ¿qué decía?

—¡No lo sé! —Andrea explotó llena de frustración—. Ya te lo he dicho. Todos esos recuerdos son como peces debajo del agua. Puedo verlos de vez en cuando, pero cuando intento atraparlos, se me escurren entre los dedos. A veces pienso que estoy a punto de recordar, pero entonces todo se desvanece como si fuese un sueño. Solo recuerdo con claridad dos cosas.

—¿Cuáles son? Puede que esa sea la clave para salvarnos a todos.

—Recuerdo una tarde. —La mente de Andrea voló muy lejos, a un momento de más de doscientos años de antigüedad—. Estaba sentada en una silla de cuero, en un despacho. Las paredes estaban cubiertas de libros y el hombre estaba apoyado en su mesa. Sujetaba un cigarrillo en su mano derecha y podía ver su cicatriz. Me miraba y sonreía. Yo bebía algo en un vaso que me había dado. Era dulce, estaba muy frío y me sentía muy bien. Estaba... cómoda. Él me decía algo.

—¿Qué es lo que decía?

—«*No te preocupes, Andrea. Tú sobrevivirás a lo que va a venir dentro de poco. Eres el testigo perfecto. La mezcla de inocencia y maldad correcta. Tú lo verás y lo comprenderás.*»

—Inocencia y maldad —El que Ve en el Tiempo pronunció las palabras muy lentamente, como si tratase de arrancarles su significado profundo—. ¿A qué se refería?

—No tengo la menor idea. —Andrea negó con la cabeza incómoda—. Nunca le he hecho daño a nadie en mi vida, te lo prometo. A lo largo de todos estos años jamás me he creado un solo enemigo. No me considero una persona malvada, pero desde luego, tras dos siglos, ya no soy una niña inocente. No soy capaz de entender qué trataba de decirme.

—Ya veo. ¿Y qué más?

—Poco más —contestó Andrea—. Una frase.

—¿Una frase?

—«*Si alguna vez las cosas se salen de control, si corres riesgo de verdad, ven a buscarme.*»

—Y ahora las cosas se han salido de control. —El hombre suspiró y se removió inquieto. Al hacerlo su cabeza osciló peligrosamente sobre los almohadones—. Pero ¿cómo sabes dónde ir a buscarle?

Por toda respuesta Andrea se quitó el abrigo y lo dejó caer en el suelo de la habitación. Luego empezó a desabrocharse la blusa, ante la atónita mirada de El que Ve en el Tiempo. Dejó a la vista su vientre, terso y duro, y se bajó un poco la cintura del pantalón para enseñar un tatuaje grabado en la ingle derecha.

—¿Qué es eso?

—Son unos números —contestó Andrea—. No recuerdo cuándo o cómo me hice este tatuaje, de hecho ni siquiera sé si me lo hice yo. Durante mucho tiempo no tenía ni la menor idea de lo que significaban, hasta que pasados unos años vi unos números parecidos en un plano cartográfico del equipo militar que había fundado La Lanza. Entonces comprendí su significado.

El que Ve en el Tiempo le hizo un gesto para que se acercase a su diván. Andrea avanzó hasta que la cara del hombre quedó cerca del tatuaje.

—Son unas coordenadas GPS —musitó con sorpresa.

Andrea asintió tapándose de nuevo.

—Lo he llevado grabado en mi piel todo este tiempo, pero nunca me atreví a compartirlo con nadie. —*Excepto con Héctor*, se dijo—. Todo el mundo daba por sentado que Alphonse era mi padre y desvelar esta historia me habría colocado en una posición muy incómoda. —Su voz tembló—. No ha pasado una sola noche a lo largo de dos siglos en la que no me haya torturado pensando en su significado. Había empezado a olvidarlo cuando todo esto empezó, y de repente, bueno...

—Te diste cuenta de que había llegado el momento —asintió el hombre—. Pero ¿cómo sabías la manera de llegar hasta allí?

Andrea metió la mano en un bolsillo y sacó el pequeño paquete que Héctor le había dado la noche anterior a su partida. Desenvolvió con cuidado la tela y dejó a la vista un aparatito negro con una pantalla LCD. A un lado tenía una cinta de paneles fotorreceptores y un minúsculo teclado.

—Conseguí esto de Suministros hace mucho. Aunque el mundo tecnológico ha muerto, todavía quedan cosas que funcionan. —Sacudió el aparato en su mano—. Este pequeño aún va y los satélites siguen dando vueltas en el espacio, en su mayoría.

—Un GPS. —El hombre agitó las manos con un ligero temblor. Había un cierto tono admirativo en su voz—. O sea, que vas en busca de un sitio que no conoces y del que solo sabes que tienes sus coordenadas grabadas en la piel.

—Y que está a solo una semana de marcha del lugar donde llevo viviendo los últimos dos siglos, lo cual no puede ser una coincidencia —apuntó ella—. Se supone que solo debería ir allí si las cosas se ponían feas. Y estarás conmigo en que tenemos un problema. Al menos nosotros, *los Antiguos*.

El hombre carraspeó repentinamente incómodo, y antes de contestar ladeó la cabeza y sorbió una pajita insertada en una infusión humeante.

—Eso es cierto. Por lo que sabemos, por ahora la nueva plaga solo os está afectando a vosotros. Sin duda, después de todas las mutaciones genéticas que ha sufrido el Pueblo, incluso aquellos que físicamente son *normales* deben haber

quedado inmunizados ante el prion y todas sus posibles variaciones. Pero eso no tiene por qué ser así siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo, Andrea. Es solo cuestión de tiempo antes de que nos toque a nosotros.

—¿Crees que...? —Andrea se atragantó pálida—. ¿Crees que esta plaga ha sido deliberada? ¿Que hay alguien detrás?

El que Ve en el Tiempo rio sin alegría.

—No solo lo creo. Estoy totalmente seguro. El Colapso, hace doscientos años, no fue casual. Alguien decidió que había demasiada gente en el planeta y consideró oportuno hacer una... limpieza. Supongo que dos siglos más tarde ha decidido acabar de pulir su trabajo por algún motivo.

—¿Y dejaros solo a vosotros? ¿Al Pueblo?

—Nada de eso. —El hombre negó con la cabeza—. No tenemos nada que ver, ni sabemos de dónde viene. Pero si alguien, sea quien sea, ha decidido eliminar a parte de la raza humana, no sé por qué no va a decidir hacer lo mismo con nosotros más tarde. De lo único que estamos seguros es de que ese Hombre de Blanco tiene algo que ver en todo esto. Su presencia se hace cada vez más fuerte en nuestras visiones y no puede ser casual.

—¿Y pensáis que a través de mí podréis encontrarle?

—Quizá sí o quizá no. Pero está claro que, cuando acabe con vosotros, toda su atención se centrará en el Pueblo, y si ha sido capaz de crear una nueva plaga en este tiempo, sin duda podrá hacer algo todavía peor para acabar con nosotros.

—Queréis que os ayude a detenerlo...

—Tenemos que ayudarnos mutuamente. Muchos en el Pueblo creemos que es necesario, aunque otros os odian demasiado como para plantearse ni siquiera la más remota colaboración con los Antiguos. Pero yo estoy convencido de que, si no trabajamos juntos, nuestras horas están contadas. Lo que necesito saber es qué esperas encontrar en ese lugar cuando lleguéis allí.

Andrea le miró y por primera vez le dedicó una sonrisa, débil pero confiada.

—Respuestas —dijo—. Y algo de esperanza.

Lo primero que advirtió Abel fue que lo peor de la mierda humana no era el olor, sino el tacto que dejaba en la piel. Tras dos días vaciando las letrinas, pese a que se duchaba de forma compulsiva al acabar su turno, siempre tenía la sensación de que una ligera capa grasa le recubría hasta el último centímetro de la epidermis, como si le hubiese crecido una nueva envoltura que le marcaba como alguien diferente. Alguien que estaba tan abajo en el escalafón que su único cometido era eliminar las heces del resto.

Por supuesto, aquello también tenía su lado bueno. Durante gran parte del día apestaba tanto que nadie se acercaba a él, ni siquiera los Guardias de Hermes, así que de una manera irónica el joven líder de La Lanza le había proporcionado el mejor camuflaje posible para que pudiese llevar a cabo el plan que había trazado con el jefe Richard.

Había varias letrinas repartidas en todo el complejo y Abel tenía que recorrerlas a diario para vaciarlas una a una con un par de baldes de estaño y después salir a los campos para esparcir su contenido por los cultivos, de forma que sirviesen de abono natural para la siguiente cosecha. Al principio un par de aburridos guardias le habían acompañado, pero pronto consideraron aquel encargo como algo demasiado asqueroso y se limitaban a escoltarle cuando salía a verter su carga en los campos y evitar que sintiese la tentación de salir corriendo hacia los bosques.

Cada vez que Abel estaba fuera de las murallas tenía que hacer un esfuerzo de autocontrol para no mirar hacia la lejana línea arbolada en busca de alguna señal de Richard y los tres aprendices. Sabía que los guardias le observaban y no quería que un gesto involuntario traicionase la posición de sus únicos aliados en aquel momento.

Hasta entonces, la búsqueda de los cuatro fugados había sido infructuosa. Tal y como había sospechado el jefe de Seguridad, en las primeras horas habían revuelto el interior del complejo tratando de averiguar su paradero, pero no habían sido capaces de localizar el menor rastro que pudiese llevar hasta ellos. Durante el rato que habían estado rebuscando en la biblioteca, Abel había tenido un nudo en el estómago, temiendo a cada instante que tropezasen con el pasadizo oculto tras el armario, pero los guardias no habían sido lo bastante diligentes como para descubrirlo.

Solo había tres adultos que no permanecían encerrados en la iglesia y Abel tenía que establecer contacto con dos de ellos. Uno era el jefe Louis, con el que ya había hablado el primer día. El jefe de Mecánica y Mantenimiento tenía que

acudir a diario hasta la Bestia para mantener en funcionamiento la central eléctrica que abastecía al poblado, con las manos maltrechas y entablilladas. El hombre estaba estrechamente vigilado y sus oportunidades de comunicarse eran escasas, pero, cada vez que acudía a vaciar el orinal de su celda, Abel podía cruzar algunas palabras con él. De esa manera, el corpulento ingeniero tenía muy claro cuál era su cometido y cómo llevarlo a cabo.

La otra persona con la que tenía que hablar era con Anna, la doctora de La Lanza. La mujer siempre estaba atareada, corriendo entre el hospital del monasterio y las celdas de la iglesia, adonde tenía que acudir cada vez que alguno de los encerrados sufría una crisis que anunciaba su inmediato desmoronamiento mental. Estas visitas se habían vuelto cada vez más frecuentes y estaban cobrándole un pesado peaje a la joven doctora, cuyo rostro aparecía marcado por unas profundas ojeras. El ritmo de las crisis se había disparado a lo largo de los últimos días y no había modo de contener la espiral ascendente de fallecimientos.

De los adultos que habían sido internados en las celdas al principio de la crisis solo sobrevivía algo más de la mitad. El resto ya había muerto, la mayor parte quitándose la vida, algunos de manera dolorosamente creativa, pero la mayoría abalanzándose sin más sobre los guardias cuando estos abrían las puertas para llevarles la ración diaria de comida. Abel no sabía si lo hacían por desesperación o porque ya estaban poseídos por el furor terminal de la plaga, pero el final de la historia era casi siempre el mismo: unas ráfagas de fusil y un cuerpo desmadejado y cubierto de agujeros caído en el suelo centenario del templo, con varios hilos de sangre chorreando y deslizándose entre las losas.

Fuera del complejo, en uno de los campos cercanos, había comenzado a funcionar una pira que ardía día y noche. No pasaban ni unas pocas horas sin que un carromato arrojase a las llamas un nuevo cuerpo y el humo negro que despedía la hoguera ya era visible a kilómetros. Sobre La Lanza caía permanente una fina lluvia de ceniza que impregnaba todo de un color grisáceo y sucio. Abel sentía un estremecimiento cada vez que alguna de aquellas motas voladoras le rozaba. No era capaz de apartar de su mente que aquellas cenizas, tan solo unas horas antes, habían sido un cuerpo humano, el cuerpo de alguien a quien posiblemente él había conocido y con quien había compartido risas y bromas.

Hablar con Anna había sido bastante más fácil que con Louis. Tan solo había tenido que fingir un inoportuno dolor de espalda (algo no demasiado alejado de la realidad, ya que se pasaba todo el día cargando cubos de heces de un lado a otro) para conseguir una cita con la doctora en el dispensario. Abel no se había atrevido a explicarle en voz alta a la médico el plan de Richard para acabar con aquella situación. Pese a que aparentemente estaban a solas, el joven

estaba convencido de que cada vez que interactuaba con uno de los adultos, había alguien cerca prestando atención, así que había preferido transmitir su mensaje mediante una larga nota que había escrito por la noche, en la soledad de su cuarto.

Por supuesto, eso había implicado que durante todo aquel día había tenido que andar de un lado a otro con aquella nota incriminatoria pegada a la piel hasta que pudo entregársela a la doctora. Sintió el roce de aquel papel contra su espalda como un hierro al rojo vivo, empapándose de sudor cada vez que uno de los guardias le miraba fijamente más de un par de segundos.

Incluso hubo un momento, absolutamente terrorífico, en el que se cruzó con el propio Hermes, pero el muchacho no le dedicó más que una despectiva mirada antes de seguir su camino. Cuando por fin pudo introducir aquella misiva escrita con su redonda y algo infantil caligrafía llena de faltas en el maletín médico de Anna, se sintió aliviado, aunque su zozobra se vio de inmediato sustituida por otra. ¿Encontraría la doctora la carta? ¿La leería? ¿Haría caso a su contenido o, por el contrario, creería que era una encerrona de Hermes y la ignoraría por completo?

El malestar del muchacho no se disipó hasta aquella misma mañana, cuando al pasar por el hospital para recolectar su maloliente carga, Anna insistió en revisar su espalda. Cuando le tuvo a solas en su despacho, y tras cerciorarse de que nadie miraba, sacó el arrugado papel de su escote y se lo mostró brevemente antes de arrojarlo al fuego del horno que usaba para esterilizar el material médico. La mirada que le dedicó justo después de hacerlo fue más que elocuente. *Estoy con vosotros* —decían aquellos ojos—. *Vamos a hacerlo*.

La tercera persona adulta que caminaba libre por La Lanza era la Anciana Victoria, y a esta última Abel trataba de evitarla con todas sus fuerzas. La mujer caminaba de un lado a otro como un pájaro de mal agüero, siempre rodeada de un grupo de muchachos armados hasta los dientes y con una expresión cada vez más salvaje y enloquecida en el rostro. La plaga aún no había hecho presa en ella, pero a aquel ritmo Abel sospechaba que no haría falta el prion para hacerla derrapar por la senda de la locura. El aroma a alcohol que desprendía era evidente y el chico sospechaba que la Anciana bebía ya desde primera hora de la mañana. Era de suponer que aquella situación también le estaba pasando factura y quizá temía que su posición de poder se estuviese viendo socavada.

Por lo que podía ver, Victoria apenas jugaba un papel secundario y muy menor en los planes de Hermes en aquel momento. Quizá su ayuda había sido imprescindible para que el joven visitante pudiese tomar las riendas del poder en La Lanza, pero a todas luces su tiempo ya había pasado. Victoria también era consciente de ello y actuaba de una manera cada vez más errática e impulsiva.

Estar cerca de ella era correr el riesgo de que a uno le invitasen a dar un *paseo* por los campos, cosa que sucedía con más y más frecuencia.

Los *paseos* habían empezado pocos días antes, al principio de una forma casi anecdótica. Cada vez que uno de los adultos de la iglesia sufría un ataque de locura, los guardias se las apañaban para reducirlo y subirlo maniatado a un carro. Cuando este se llenaba —bastaban cuatro o cinco prisioneros—, salía al exterior arrastrado por un grupo de chiquillos flacos y de aspecto asustado. Se internaban en la linde del bosque y una media hora más tarde volvían, con el carro vacío y una expresión aún más vacía.

Con el correr de los días este sistema se había revelado muy complejo y poco eficiente, así que habían pasado a las ejecuciones sumarias en el propio templo, cuyas víctimas no dejaban de alimentar la hoguera que ardía al pie de la muralla. Sin embargo, el sistema de *paseos* había seguido en marcha, ahora enfocado en aquellos jóvenes que no eran capaces o no querían ajustarse a las nuevas normas que dictaba Hermes. Los motivos que podían llevar a alguien a acabar subido en el carro eran muy variados: no cumplir la cuota de trabajo asignada, robar comida para complementar las magras raciones, intentar ponerse en contacto con alguno de los adultos que permanecían encerrados en el interior del templo o a veces incluso algún súbito impulso de Hermes o de Victoria que no admitía réplica.

El hecho era que el carro realizaba su trayecto casi todos los días y en La Lanza se respiraba un ambiente de temor opresivo. Con ello Hermes se aseguraba que nadie se enfrentase abiertamente a él y eliminaba de raíz cualquier posibilidad de crear algún tipo de resistencia organizada en su contra. Si algún joven pensaba que la situación estaba yendo demasiado lejos, se abstenía de decirlo en voz alta. Las paredes tenían oídos, y muchos de ellos ya habían perdido a toda su familia, estaban desorientados y además el hambre los mantenía débiles, a sabiendas. El puño de hierro de Hermes no aflojaba ni un solo momento.

Pero él tenía un plan. El chico de la mierda, el último y más bajo peón de aquel tablero, estaba dispuesto a llevar a cabo el movimiento arriesgado que acabase de una vez por todas con aquella situación.

Abel se desperezó y estiró los brazos. Ya llevaba tres viajes aquella mañana y todavía le quedaban unos cuantos antes de que llegase la hora de la comida. Debido a su olor, casi siempre le hacían comer a solas en el patio trasero de la iglesia, pero el muchacho casi agradecía el no tener que compartir espacio con nadie más. Temía que si alguien conversaba con él sería incapaz de guardarse la excitación que bullía en su pecho.

Con gesto cansado, recogió la larga pértiga de madera de cuyos extremos

pendían los dos cubos y se la echó al hombro. Con los ojos fijos en el suelo, arrastró los pies por las calles vacías de La Lanza rumbo al interior del monasterio. Cuando cruzó la puerta principal, los guardias no le dedicaron ni una mirada, tal y como había previsto. Abel era la viva imagen de la derrota, el chico sucio y apagado que se había vuelto casi invisible. Recorrió, cargado con la pértiga, los pasillos y corredores hasta llegar a las escaleras que conducían al sótano.

Justo cuando iba a bajar el primer escalón, un grito le detuvo.

—¡Eh, tú! ¿Adónde vas?

Era uno de los guardias, apoyado indolentemente en el murete del claustro. El muchacho —un desconocido, posiblemente un chico del Servicio General hacía solo unas semanas— tenía su rifle de asalto apoyado junto a sus pies y se hurgaba entre los dientes con una ramita. Abel pensó que una buena cepillada no le habría venido nada mal a aquella dentadura.

—Voy a vaciar las letrinas de la biblioteca —dijo con voz apagada.

—¿La biblioteca? —El guardia le miró con expresión desconfiada—. ¡Pero si no hay nadie trabajando allí ahora!

Abel se encogió de hombros, como si el funcionamiento de La Lanza fuese un asunto demasiado complicado para él.

—No sé si alguien trabaja allí o no, pero lo que es seguro es que alguien baja a usar su retrete. Cada vez que paso, su letrina está llena. Supongo que es un sitio tranquilo para ir a cagar.

El guardia acogió su respuesta con una risotada.

—Entonces tendré que ir a probar en algún momento. —Le hizo un gesto despectivo con la mano—. Venga, vete. Estás apestando el pasillo.

Abel asintió servilmente y bajó las escaleras. Cuando llegó al rellano inferior se aseguró de que nadie le seguía antes de apurar el paso. El nivel de la biblioteca llevaba días desierto. No había allí nada de valor y todos los bibliotecarios estaban o muertos o encerrados. Nadie usaba la letrina de aquel nivel, pero eso era algo que el muchacho de guardia no tenía por qué saber. De todas formas, tras décadas de uso, había suficientes heces en aquel agujero como para abonar diez veces los campos que rodeaban La Lanza. Abel tardaría una eternidad en vaciarlo si tuviese que hacerlo en serio, pero esa no era la idea que tenía en mente.

Caminó por varios pasillos hasta llegar frente a la estatua de santa Bárbara arrumbada en aquel rincón oscuro que le había mostrado el jefe Richard, y se estremeció antes de subirse a la peana. Aquel era el punto más peligroso de los que tenía encomendados. Si alguien le pillaba allí en aquel momento, tendría muy difícil explicar qué estaba haciendo y, sobre todo, para qué quería aquel

polvorín.

Con esfuerzo movió la pesada estatua de madera hasta dejar a la vista el agujero del interior. El muchacho estiró el brazo y sacó del compartimento un par de pequeños tacos de color negro envueltos en plástico, idénticos al que le había mostrado Richard en el bosque. A continuación rebuscó dentro de una caja hasta sacar con gesto triunfante un puñado de detonadores todavía envueltos en el envase protector que le había puesto su fabricante doscientos años atrás.

Abel se secó el sudor que perlaba su frente y los movió con mucho cuidado hasta dejarlos en el fondo de uno de los cubos de estaño. Aunque el explosivo plástico era virtualmente eterno, los detonadores eran otra cosa. El paso del tiempo podía haber descompuesto alguno de los elementos químicos que los formaban y haber transformado aquellas pequeñas piezas en explosivos inestables. La otra alternativa era que no funcionasen en absoluto, pero eso era algo en lo que prefería no pensar. Trabajando como si manejase cristal, Abel insertó uno de los detonadores en el explosivo plástico, rezando para no convertirse en un millón de átomos antes de tiempo. Morir reventado era una cosa, hacerlo rebozado de caca y a solas en un sótano era otra bien distinta y mucho peor. Por suerte, nada pasó y el detonador quedó clavado en la masa plástica como una lanza trinchada en un bollo de pan de color reseco.

Tras depositar toda su carga en el fondo del cubo, volvió a colocar con cuidado la estatua en su sitio. Comprobó un par de veces que no quedase ninguna marca, como ya había hecho en un par de ocasiones con anterioridad, y siguió su camino hasta llegar a la letrina situada en el fondo de la biblioteca.

Años de uso habían llenado aquel depósito medieval hasta convertirlo en un pequeño lago de heces que se iban decantando lentamente. Aquel retrete debía de tener algún aliviadero natural que las vertía en el río, pero, aun así, el nivel era lo bastante alto como para que Abel introdujese uno de los baldes de estaño a través del excusado y lo hiciese descender con una cuerda hasta que oyó un apagado *chof*. De inmediato, una vaharada apestosa asaltó sus fosas nasales hasta hacerle lagrimear, pero ignoró el olor por completo. Con un gesto de muñeca llenó el cubo y lo subió muy despacio para evitar que el contenido se derramase.

Desde luego, el aspecto era asqueroso. Abel vertió con cuidado el contenido del cubo sobre los explosivos y detonadores que estaban en el fondo del otro, hasta que cada cubo quedó mediado y su contenido prohibido convenientemente oculto. Ni siquiera el más loco o celoso de los guardias de Hermes tendría las agallas o las ganas de remover en un cubo de mierda para descubrir si había algo oculto en el fondo.

Se colocó la pértiga en el hombro y subió las escaleras, sintiendo cómo la

vara de madera se cimbreaba a su paso. Cruzó de nuevo por delante del guardia que le había detenido antes, que esta vez no solo le ignoró por completo, sino que se apartó un par de pasos cuando llegó a su altura, con gesto asqueado.

Abel apretó los dientes y salió al patio exterior. Caminó con gesto abatido, cruzando la avenida central, sin dejar de esquivar los restos abandonados del saqueo que salpicaban el camino lleno de barro. Frente a él se alzaba la puerta principal de La Lanza, aunque un poco antes se desvió hacia las escaleras que conducían a la parte superior de la muralla. Allí no había excusados, pero Abel sabía que algunos guardias consideraban muy molesto bajar hasta el nivel del suelo para hacer sus necesidades y después tener que subir de nuevo la escalera, así que se habían llevado hasta allí algunos orinales. Eso jamás habría pasado con el jefe Richard al mando, pero en algunos aspectos Hermes tenía una actitud más relajada hacia la disciplina.

Subió la escalera resoplando bajo el peso de los cubos hasta llegar a la barbacana principal. Allí, un grupo de guardias estaba sentado en corro, jugando a las tabas, mientras otros dos vigilaban el camino principal situados detrás de una de las ballestas.

—¿Qué carajo haces tú aquí? —le espetó uno de ellos al verle llegar.

—Vengo a vaciar los orinales. —Abel murmuró las palabras con un hilo de voz mientras señalaba hacia una esquina.

—Si quieres vaciar meados, vas a tener que esforzarte más, chico de la mierda —gruñó el que parecía el jefe. Se subió al borde del muro y se bajó la bragueta. A continuación lanzó un largo chorro de orina que trazó un gracioso arco antes de tocar el suelo. El resto del grupo se carcajeó mientras Abel rezaba por dentro para que una ráfaga de aire desviase aquel chorro hasta la valla electrificada y aquel idiota recibiese varios miles de voltios a través del pito—. Cuando acabes aquí, baja hasta el pie de la muralla y recoge la tierra que he empapado —dijo el jefe mientras se subía la cremallera—. No quiero que nos moleste ese olor..., ni el tuyo.

Un nuevo coro de risas secundó sus palabras. Alguien lanzó un corazón de manzana mordisqueado contra él y le golpeó un lateral de la cabeza, pero Abel no hizo el menor gesto, aunque por dentro ardía de rabia. No podía estropear las cosas cuando ya estaba tan cerca del final.

Caminó hasta los cubos que servían de orinales y los vació en sus propios cubos de estaño. Cuando estuvo seguro de que nadie le estaba prestando atención, metió la mano en el cubo donde llevaba los explosivos plásticos. Conteniendo una arcada, removiéndolos entre las heces hasta que sus dedos se cerraron en torno al paquete de explosivos.

Su cuerpo ocultaba todos sus movimientos y parecía que estaba vaciando

los orinales. Sigilosamente introdujo a tientas el paquete explosivo en el pequeño hueco que quedaba entre el borde de la barbacana y el soporte de uno de los enormes reflectores que servían para iluminar el entorno de La Lanza en caso de emergencia. Sus dedos tantearon hasta que tocaron el borde cuadrado de plástico de un enchufe. En teoría, aquel conector no tenía corriente salvo cuando se encendían los reflectores. Aun así, Abel sintió cómo un chorro de sudor frío le corría por la espalda mientras unía un extremo del detonador a la toma de corriente. Si el jefe Louis estaba equivocado, toda la barbacana volaría en aquel mismo instante, con él incluido.

Por fortuna, el conector no tenía electricidad y el paquete explosivo no estalló. Abel inspiró unas cuantas veces para recuperar el control de sus manos, que no paraban de temblar. Se levantó y echó un último vistazo al pie del reflector. El paquete no era visible, y para encontrarlo, alguien tendría que ponerse de rodillas y retorcer la cabeza tras la enorme linterna, algo no demasiado probable teniendo en cuenta cómo olía aquel rincón.

Aquel era el último paquete. Abel echó un vistazo por encima del hombro y comprobó que nadie se fijaba en él. Entonces, de manera disimulada, se limpió la mano llena de mierda en el forro interior de la chaqueta que los guardias se ponían en invierno sobre el mono de faena y que estaban apiladas a poca distancia de él. No podía pasar por delante de ellos con una mano impregnada de heces hasta el codo sin levantar sospechas, y además aquellos capullos se lo merecían. La chaqueta era oscura y la mancha no se veía, pero el olor sería insoportable al poco de ponerla. Satisfecho con su pequeña venganza, Abel bajó las escaleras hecho un manojo de nervios. Temía tropezar y que el contenido de sus cubos se vertiese en los escalones, llamando de inmediato una atención indeseada. Sin embargo, fue capaz de llegar al nivel del suelo sin derramar una gota de su apestosa carga, que rebosaba los baldes.

Se acercó a la puerta donde otro grupo de guardias haraganeaban. Abel inspiró, agradecido por que Judith no estuviese allí. Su hermana solía moverse de un lado a otro del complejo sin un programa establecido y, si se la hubiese encontrado, habría notado sin duda la agitación del muchacho.

En vez de eso, cruzó el umbral seguido a pocos pasos por un guardia aburrido que se mantenía a una distancia prudencial de él y de su carga.

—Acaba pronto —gruñó el chico—. Aquí fuera hace un frío de pelotas.

—Tengo que vaciarlo en aquel campo, el que queda cerca del bosque.

—¿No puedes hacerlo aquí? —El chico señaló el campo que estaban cruzando—. ¿Qué más da dónde vacíes el cubo?

—No es lo mismo. Si no lo hago bien, los campos no estarán fertilizados por igual. ¡La mierda es genial! ¿Sabías que la mierda está llena de nitrógeno,

que es muy importante para...?

—Ya, ya —le interrumpió el otro, malhumorado—. Mira que eres raro, joder. Si no fueses el hermano de Judith, ya hace tiempo que te habrían subido al carro. Acaba de una puta vez.

Abel ignoró la pulla y continuó caminando hasta el lindero del bosque. Al llegar allí, apoyó los cubos en el suelo y respiró hondo por última vez. Todo estaba dispuesto.

Era hora de dar la señal.

Se quitó la chaqueta, como si sintiese mucho calor, y la dejó caer al suelo. A continuación vertió el contenido de los cubos en los surcos del campo, asegurándose de que quedase bien esparcido. El olor era tan penetrante que el guardia que le acompañaba lanzó un gemido de asco.

Cuando acabó, levantó la cabeza y recogió la chaqueta para ponérsela muy lentamente. Si el chico que le acompañaba se dio cuenta de que se la ponía del revés, no hizo el menor comentario. Abel lanzó una última mirada discreta hacia el bosque y apretó el paso hacia el interior de La Lanza.

Esperaba que le hubiesen visto.

Esperaba que el jefe Richard estuviese bien y no se hubiese vuelto loco.

Porque en media hora, en cuanto se pusiese el sol, el infierno tenía que desatarse.

Y si no lo hacía, entonces todos estarían bien jodidos.

Richard bajó los prismáticos con manos temblorosas y dejó escapar el aire que había estado reteniendo de manera inconsciente en los pulmones. Acababa de ver cómo Abel se colocaba la chaqueta del revés y lanzaba una mirada furtiva hacia el bosque antes de volver al interior de La Lanza. Aquella era la señal que había estado esperando pacientemente durante dos días. Los dos días más largos de su vida.

Se frotó las muñecas con gesto ausente y sus dedos repasaron las rozaduras que le habían dejado las cuerdas con las que había estado retenido la mayor parte de aquel tiempo. Jamás había estado atado tantas horas seguidas y lo más irónico de todo es que había sido por voluntad propia.

Justo después de que Abel regresara al interior de La Lanza, Richard supo que tenía un grave problema. Tras el primer ataque mental que había sufrido, no podía estar seguro de si volvería a sufrir otro igual, o cuándo y de qué manera se reproduciría, así que les había pedido a los tres muchachos que quedaban con él que le mantuviesen atado prácticamente todo el rato. Al principio había parecido una decisión extrema, pero la práctica había demostrado que la idea era buena.

Si era honesto consigo mismo, Richard tenía que reconocer que no recordaba largos lapsos de las últimas cuarenta y ocho horas. Había huecos brumosos que no era capaz de llenar, y que coincidían con los momentos en los que la plaga se abría paso dispuesta a tomar el control de su mente. De aquellos largos ratos solo conservaba fogonazos breves, recuerdos borrosos y un inmenso agujero negro en su memoria que no podía colmar. Lo que sí podía recordar a la perfección era la mirada espantada de los tres críos cada vez que remontaba trabajosamente la bruma, con todos los músculos de brazos y piernas ardiendo a causa del esfuerzo por liberarse y las muñecas en carne viva.

Richard se estaba desmoronando pieza a pieza y lo sabía. Tan solo era cuestión de tiempo que uno de aquellos ataques fuese algo más fuerte para que no pudiese encontrar el camino de vuelta a la cordura o, peor aún, que sufriese un raptó en un momento que tuviese las manos libres y acabase con su propia vida con la misma indiferencia con la que aplastaría a una hormiga. Y las miradas de los tres chicos que compartían campamento con él le decían bien a las claras que ellos temían que antes de hacerlo se los llevase por delante.

No era un recelo infundado. Los tres muchachos (*No puedo recordar sus nombres, joder*, se dijo Richard en aquel instante) apenas eran algo más que preadolescentes a punto de cagarse de miedo en los pantalones. Era normal que un hombre curtido y con aspecto de veterano les inspirase temor, sobre todo

cuando se pasaba largas horas tumbado en el suelo, echando espuma por la boca y tratando de liberarse mientras aullaba improperios a la luna.

Habían tenido una enorme suerte de que ninguna de las patrullas que Hermes había enviado al linde del bosque los localizase. Los guardias no parecían demasiado dispuestos a internarse en la espesura, así que su pequeño y patético grupo se había salvado tan solo con internarse unos cuantos centenares de metros más entre los árboles. Tras dos días a la intemperie, casi sin alimentos y con pocas horas de sueño, su aspecto era todavía más lúgubre que cuando salieron de La Lanza.

Richard los observó una vez más y se dijo que pocas veces había visto un grupo tan lamentable y con tan pocas posibilidades de éxito. Débiles, hambrientos y empapados, eran una banda formada por un adulto al borde de la locura y tiritando de fiebre y tres críos que seguramente saldrían corriendo cuando oyesen el primer disparo. Y frente a ellos tenían las formidables defensas de La Lanza, con su Valla electrificada y una tropa de al menos cuarenta o cincuenta guardias descansados, alimentados y bien entrenados (de esto último estaba bastante seguro, porque a algunos de ellos los había adiestrado él mismo).

Desde el principio había tenido claro que sus posibilidades de éxito en un asalto frontal eran prácticamente nulas. Tampoco podían plantearse un ataque indirecto o iniciar una guerra de guerrillas, porque no disponía ni de la fuerza necesaria ni, sobre todo, del tiempo. Sus oportunidades se reducían a un único golpe, rápido y brutal, un golpe dirigido a la cabeza del monstruo. Si Hermes caía, todo el sistema que había montado a su alrededor se desmoronaría con facilidad, pero para eso debían eliminar al caudillo de La Lanza de una manera fulgurante y ocupar el vacío de poder tan rápido que no dejaran oportunidad a sus adláteres para organizarse.

Aun así, pensó con amargura, sus oportunidades eran escasas. Aunque tenían ayuda en el interior, las zonas grises de su plan eran demasiadas. Demasiadas cosas que no sabía, demasiadas cosas que podían dar un giro inesperado, demasiadas incógnitas. Y solo dispondrían de una oportunidad.

—Si hubiese tenido tiempo... —murmuró para sí entre dientes—. Joder, con más tiempo habría sido más fácil.

Pero tiempo era precisamente una de las cosas que no tenía. Cada minuto que se pasaba allí tumbado sobre las hojas húmedas del bosque estaba más cerca de perder la cordura. Cada minuto que no empleaba en iniciar su plan suponía la posible muerte de alguien en La Lanza.

Y sobre todo, cada minuto que pasaba sin que la expedición de Albert y Andrea volviese era un minuto más cerca del final.

Hacía diez días que los chicos habían salido rumbo al laboratorio oculto en

busca de las vacunas. *De esas vacunas que no existen*, recordó Richard las palabras de Héctor. En teoría, ya les tendría que haber dado tiempo a llegar hasta allí y deberían estar de vuelta en uno o dos días más. Suspiró exhausto. Carecer de control e información sobre la parte más importante de su supervivencia le dejaba emocionalmente agotado. Sobre todo porque no tenía ni la menor idea de qué era lo que tramaba Andrea.

Resultaba atroz saber que, si su hijo no estaba de vuelta en los próximos dos días, sería muy probable que no le volviese a ver nunca más. Sospechaba que ya se encontraba muy cerca de su propio final. Los ataques de locura eran cada vez más fuertes y recurrentes, y los pequeños raptos de lucidez que se intercalaban entre ellos estaban cada vez más densamente envueltos en una bruma de cansancio y dejadez. En más de una ocasión se había sorprendido a sí mismo pensando en salir a campo abierto y colocarse delante de los fusiles de los guardias con una indiferencia agradable. Sería bonito sentir cómo las balas le atravesaban el cuerpo, un breve momento de dolor seguido de una profunda sensación de oscuridad y descanso. Era tan fácil. Tan solo tenía que dar unos pasos y...

—¡Jefe! —susurró angustiado uno de los muchachos sacándole de sus ensoñaciones—. ¡Agáchese! ¡Que le van a ver!

Richard miró a su alrededor desorientado y se dio cuenta de que se había incorporado, dispuesto a echar a andar hacia la Valla. Una tiritona que no era fruto de la fiebre le hizo estremecerse. Había estado a punto, otra vez...

—Está bien, chicos. —Rodó hacia ellos sobre las hojas muertas y los miró de cerca—. Ha llegado la hora. Abel nos ha dado la señal. En cuanto se ponga el sol iniciaremos nuestro movimiento, pero antes de que salgamos ahí fuera me gustaría deciros un par de cosas.

Los muchachos le miraron expectantes, y Richard sintió una congoja terrible al pensar que aquellos críos, que tendrían que estar dándole patadas a un balón, le seguirían en breve en una furiosa carrera hacia la muerte. No era justo.

—Sé que ninguno de vosotros cuenta con demasiada formación militar, que tenéis hambre, frío, y que estáis asustados. Pues bien, sabed que tener miedo es normal. Solo los idiotas no tienen miedo, y los cementerios están llenos de idiotas que pensaban que podían desafiar con impunidad a la muerte. No os voy a ocultar que lo que vamos a hacer es peligroso y que el riesgo de morir existe. —Paseó la mirada sobre los muchachos—. Pero, si os mantenéis unidos y hacéis lo que yo os diga, las posibilidades de vivir son muy altas. Así que prestad atención. Vamos a tener que correr muy rápido hasta llegar a la Valla. Cuando empiecen los disparos, manteneos lo más separados posible para no ofrecer un blanco muy grande y moveos como si os fuese la vida en ello..., porque será así.

Haced lo que os digo y esta noche dormiréis calientes, con el estómago lleno y seréis unos héroes.

—Jefe Richard —uno de ellos (*Tom, Sam, ¿cómo diablos se llamaba?*, Richard no podía pensar con claridad) levantó la mano como haría un niño pequeño en el aula de Héctor—, usted vendrá con nosotros, ¿verdad?

—Por supuesto. No os perderé de vista ni un segundo.

—¿Qué pasa si...? —El chico dudó—. ¿Qué pasa si usted...? Ya sabe. Si de repente pierde la cabeza.

Richard observó al muchacho. Estaba asustado, pero mantenía el suficiente control como para valorar otras posibilidades. Aquello le gustó.

—Si en algún momento veis que hago algo que no debería, lo más probable es que me maten con rapidez. —Se detuvo un instante y luego añadió—: Pero si pongo vuestra vida en peligro o me vuelvo contra vosotros, acabad conmigo sin la menor vacilación. Será lo mejor.

El chico tragó saliva muy pálido, pero asintió junto a sus compañeros.

—Bien, pues entonces esperemos. Saldremos en unas horas.

El tiempo pasó extraordinariamente rápido. Las sombras de la tarde se fueron estirando sobre La Lanza y pronto se empezaron a encender las primeras luces en lo alto del paseo de guardia de la Valla. Desde su escondite en la linde del bosque, Richard y los suyos vieron cómo un grupo de guardias cerraba el portón del complejo justo después de que el carro cargado de cadáveres arrojase sobre la pira la última carga del día. El sonido sordo de las dos hojas al chocar retumbó hasta llegar a sus oídos.

Aguardaron hasta que la oscuridad fue completa. Si no habían modificado las rutinas, en lo alto de la Valla se habría producido el cambio de guardia. El turno nocturno habría llegado y se estaría instalando para pasar la noche. Richard sabía que durante un buen rato habría algo de desorganización en lo alto de la muralla, ideal para recorrer el largo trecho desde el bosque hasta ella sin ser advertidos.

El jefe de Seguridad revisó su fusil por última vez y comprobó que los chicos hubiesen destrabado los seguros de sus armas. Entonces dio la orden de avanzar. Salieron de entre los árboles y en cuanto pusieron pie en los campos de cultivos vacíos se sintió terriblemente expuesto. Hizo que los chicos se abriesen en arco a sus espaldas y aguardó un momento, esperando oír en cualquier instante el ruido de una alarma, pero nada sucedió. De nuevo hizo un gesto y avanzaron rápidamente para recorrer la mitad de la distancia que los separaba del complejo.

Mientras corrían entre los campos en barbecho, Richard sentía su corazón palpitando a toda velocidad. A su espalda los chicos jadeaban, corrían y

tropezaban entre los surcos de los campos a oscuras, tratando de mantener su ritmo. Cuando llegó a la mitad del trayecto se detuvo y les indicó que se tirasen al suelo mientras él sacaba de su morral una de las cargas explosivas que había obtenido del escondrijo y le colocaba con mucho cuidado un detonador. Enterró el dispositivo al pie del camino y con un gesto rápido dobló la punta metálica del detonador. A diferencia de los que había usado Abel, estos eran detonadores químicos que se activaban al partir una pequeña ampolla situada en un extremo. Los productos químicos del cilindro comenzaron a mezclarse aunque él no podía ver nada. En teoría, a partir de aquel momento contaban con dos minutos antes de que el fulminante hiciese ignición y disparase la explosión principal.

Esa era la teoría. En la práctica, aquel viejo detonador podía explotar un minuto antes, cinco minutos más tarde o no hacerlo en absoluto. Para asegurarse, Richard clavó otros tres detonadores y los activó antes de alejarse a toda velocidad.

Corrieron hasta el lugar que habían marcado días antes. Richard se había esforzado en que los muchachos memorizasen el punto exacto, pero temía que no pudiesen recordarlo o que, peor aún, se perdiesen en medio de la noche. Por eso respiró aliviado cuando los tres chicos se dejaron caer a su lado en la zanja con menos de un minuto de diferencia. Sus ojos taladraban la oscuridad en dirección al lugar donde había plantado el explosivo.

—Vamos, vamos, vamos —masculló entre dientes—. Explota de una vez, joder.

Como si le hubiese oído, justo en aquel instante un géiser anaranjado brotó en medio del campo envuelto en una poderosa explosión que los golpeó como un martillazo en el pecho. Los dados comenzaban a rodar y la Muerte sonreía satisfecha.

Lloviznaba cuando el grupo de Andrea salió del puesto avanzado del Pueblo a través del mismo túnel que habían utilizado la víspera. Habían cambiado sus ropas de viaje por otras que les habían facilitado los habitantes de aquel poblado antes de partir.

Los chicos se sentían algo raros vestidos con prendas del Tiempo de Antes en tan buen estado, sacadas de algún almacén donde habían estado guardadas durante siglos. Al principio se habían quejado, pero en cuanto se pusieron la ropa tuvieron que reconocer que era mucho mejor que cualquier cosa que hubiesen vestido hasta entonces. Las botas de montaña, impermeables y con gruesas suelas de goma, fueron lo que más exclamaciones de sorpresa arrancó. Solo Marcus se había negado en redondo a desprenderse de su mono de color negro, y mantenía las distancias con los Neos.

El grupo se había ampliado de forma notable. A los siete miembros originales se les había sumado Samuel, Ooka —el chico nictálope— y dos fornidos Neos, un hombre y una mujer, que iban cargados con unas mochilas tan voluminosas que Andrea dudaba que cualquiera de ellos pudiese haberlas llevado con la facilidad con la que lo hacían aquellos dos. Por último Nathaam, el alto Baga, también se les había unido, su larga túnica sustituida por una cómoda ropa de marcha y un peculiar sombrero de ala ancha de paja que le protegía de la luz solar y las inclemencias.

Cuando Andrea había bajado de su encuentro con El que Ve en el Tiempo, una docena de ideas bullían en su cabeza como avispa furiosa. Le habían preguntado por su reunión, por supuesto, pero se había limitado a contársela a grandes rasgos, sin entrar en los detalles personales que le afectaban a ella. Los muchachos se habían quedado sorprendidos cuando Andrea les reveló que el Pueblo conocía el alcance exacto de la plaga, así como un montón de detalles de la vida interior de sus asentamientos. Durante gran parte de la noche habían sido incapaces de dormir, haciendo cábalas sobre quién o quiénes podrían ser los infiltrados del Pueblo dentro de La Lanza y cómo era posible que hasta entonces no los hubiesen descubierto.

Los chicos habían aceptado con naturalidad la idea de que irían acompañados por un grupo de gente del Pueblo hasta su destino final, a tan solo unas horas de marcha. Andrea les había explicado que el Pueblo deseaba que su misión tuviese éxito y que por eso pretendían ayudarlos (lo que era cierto), pero no les explicó que el objetivo era encontrar posibles respuestas en vez de una hipotética vacuna. Ya habría tiempo... si es que encontraban algo que mereciese

la pena.

De eso ya hacía horas, y mientras tanto habían recorrido un buen trecho del camino. La zona por la que avanzaban estaba muy lejos de las rutas habituales de la gente de Suministros, no solo de La Lanza, sino de cualquier otro poblado. Aunque la vegetación todavía era densa, los espacios abiertos entre las manchas de árboles eran cada vez más amplios, y mayor la presencia de ruinas del Tiempo de Antes. Aquí y allá se veían restos derruidos de construcciones, y las chatarras oxidadas de viejos vehículos se sucedían con más frecuencia. Estaba claro que se acercaban a una zona que en un tiempo estuvo densamente poblada. Antes del mediodía cruzaron por encima de una antigua vía férrea que se perdía en el horizonte. Las traviesas de madera se habían podrido hacía mucho y tan solo eran trozos de astillas oscuras que se deshacían al apoyar el pie en ellas, pero los rieles, aunque oxidados, permanecían en su sitio sobre el balasto, esperando toda la eternidad por el siguiente tren.

Andrea se detuvo un momento para tratar de explicarles el concepto de un tren, pero aunque se esforzó en ser lo más descriptiva posible, sospechó que los chicos no habían entendido exactamente de qué les hablaba. Se limitaban a mirar en torno a ellos con gesto de asombro y no paraban de señalar aquellas cosas que les llamaban la atención.

Su actitud contrastaba con la de los miembros del Pueblo. Los dos Neos se mantenían tranquilos y sumidos en su habitual silencio, indiferentes por completo a lo que para ellos era su paisaje diario. Ooka, que durante las horas diurnas llevaba unas oscuras gafas de sol que fascinaban a Clío, permanecía cerca de Nathaam conversando con él en voz baja.

Los chicos habían descubierto que el muchacho no era capaz de hablar de la misma manera que ellos y utilizaba un extraño lenguaje compuesto en su mayor parte por chasquidos y silbidos salpicados por unas cuantas palabras. Era muy semejante al de los Neos, pero de alguna manera distinto. Nathaam no parecía tener ningún problema en entenderlo y de vez en cuando ambos sonreían con paciencia cuando los muchachos se detenían atónitos ante algún resto que los dejaba asombrados.

Pero su sorpresa no conoció límites cuando por fin salieron del borde boscoso y encontraron ante ellos una estructura que sobrepasaba cualquier cosa que hubiesen visto con anterioridad.

—¿Qué es esto? —exclamó Clío—. ¿Es un río congelado?

—No seas bobo —le replicó Eva encaramada en la espalda de Iván—. Los ríos no son de color negro.

—Pues parece un río —insistió Clío antes de fruncir el ceño—. Pero tiene algo pintado.

—Es una autopista —explicó Andrea poniéndose a la altura de los muchachos—. Una carretera de la gente de Antes, especialmente amplia para poder ir de forma rápida de un lugar a otro.

—¿Es como un camino? —preguntó Albert. El muchacho trataba de mostrarse indiferente, como los del Pueblo, pero no podía mantener todo su asombro bajo control—. O sea, parece un camino, pero... ¡es que es enorme! ¿Por qué es tan ancho?

—En el Tiempo de Antes por aquí pasaban miles de vehículos al día, Albert, a una velocidad que ni siquiera te puedes imaginar. En uno de ellos podríamos haber hecho todo nuestro camino en tan solo unas horas.

—Eso no puede ser. —El chico meneó la cabeza, reacio a creerse lo que le contaba la Anciana.

—Si esto te parece asombroso, espera a ver lo que hay un poco más adelante —intervino Nathaam, que con su pronunciación serpenteante parecía decir algo así como *afzombrozzo*—. Te dejará boquiabierto.

Entraron en la antigua autopista saltando sobre unos quitamiedos medio podridos. El asfalto aún estaba en buen estado y durante la siguiente hora caminaron a buen ritmo por los carriles desiertos, punteados aquí y allá por los restos de viejos accidentes o de vehículos que sus ocupantes habían abandonado en medio de su huida desesperada de las ciudades. De repente, se pararon en seco.

—Yo no paso por ahí ni de coña —murmuró Iván—. Ni hablar.

Delante de ellos estaban los restos de lo que un día había sido un viaducto elevado de la autopista. La calzada había cruzado un profundo valle en el fondo del cual un río de aguas blancas rugía con violencia, pero en algún momento a lo largo de los siglos la estructura no había podido soportar el paso del tiempo y se había derrumbado. El fondo del valle estaba festoneado de enormes trozos de hormigón y asfalto y algunos de los pedazos más grandes habían caído en el cauce del río, convertidos en aquel momento en pequeñas islas a cuyo alrededor el agua hervía con furia en su camino hacia el mar.

La gente del Pueblo, que utilizaba aquella ruta con frecuencia, había improvisado un estrecho puente colgante que volaba de un lado al otro de las ruinas del viaducto. Su extensión era de unos cincuenta metros y oscilaba lentamente bajo el impulso de una breve brisa.

—Tenemos que cruzarlo —dijo Nathaam con toda naturalidad—. Es la ruta más corta.

—¡Ni hablar! —gruñó Iván—. Ese chisme se caerá al vacío en cuanto pongamos un pie encima.

—¿No hay otro camino? —preguntó Albert conciliador acercándose al alto

Baga.

El hombre se encogió de hombros con una expresión algo divertida.

—Lo hay, pero tendríamos que bajar hasta el fondo de ese valle y nos llevaría todo el día.

—No tenemos tanto tiempo. —Albert apretó los labios—. Cruzaremos por aquí, ya que no queda otro remedio.

—Nos caeremos, estoy seguro. —Iván estaba muy pálido y unas gotas de sudor perlaban su frente—. Volaremos como pájaros de piedra hasta el fondo del valle.

—No digas tonterías —le susurró Eva a su espalda—. Cruzaremos en un abrir y cerrar de ojos.

El chico suspiró, pero no perdió su palidez. Cuando el primero de los Neos apoyó un pie en la estructura de tablones, esta se balanceó un poco pero no cedió. El hombre la cruzó con paso firme y sin inmutarse por la altura. Uno a uno la fueron atravesando. Cuando llegó el turno de Iván, el muchacho vaciló al llegar a la altura del primer tablón. Para su comodidad, Eva se había pasado a la espalda de la mujer Neo, que observaba a Iván con la expresión pétrea propia de los de su raza, aunque por dentro seguramente se tenía que preguntar qué diablos le pasaba a aquel muchacho grandote por un puente de nada.

Iván comenzó a cruzar con paso inseguro. A medida que avanzaba por el estrecho paso colgante, este se sacudía levemente bajo sus pies.

—¡No mires abajo! —le gritó Marcus desde el otro lado—. ¡No es tan difícil!

Iván continuó avanzando hasta que se detuvo en el centro del puente colgante, como paralizado. El sudor le corría como un río por las sienes y estaba mortalmente pálido. Apoyó las dos manos en una de las barandillas y contempló la enorme caída que le separaba del fondo. Como hipnotizado, apoyó un pie en una de las cuerdas del lateral y comenzó a trepar por ella.

—Pero ¿qué cojones hace? —masculló Albert—. ¡Iván! ¡No hagas tonterías! ¡Ven hasta aquí!

El muchacho ignoró las palabras de Albert y pasó una de las piernas sobre la cuerda, con la mirada fija en el fondo del barranco.

—Está desorientado —dijo Andrea—. Voy a por él.

Antes de que nadie se lo pudiese impedir, la Anciana se lanzó por el puente en dirección al chico que se estaba encaramando en uno de los pasamanos. Cubrió la distancia que le separaba de él en un suspiro y le agarró por una pernera justo cuando estaba empezando a pasar la otra pierna por encima del cordón de seguridad.

—Iván —usó un tono de voz suave—, ya estoy aquí. Dame la mano.

Mírame a mí, no mires a ninguna otra parte. Vamos, dame la mano.

El chico sacudió la cabeza mientras las palabras se abrían camino hasta su mente. Luego enfocó sus ojos en Andrea y soltó un gemido ahogado. Lentamente se bajó del pasamanos de cuerda y le tendió una mano a la Anciana, que le condujo a paso de caracol hasta alcanzar la seguridad del otro lado.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —le recriminó Albert nada más llegar—. ¿En qué coño estabas pensando?

—Yo... —Iván titubeó azorado—. No lo sé. Tengo vértigo y creo que me desorienté en medio del puente. Lo siento mucho, Albert.

—Está bien —replicó—. Pero hemos perdido un montón de tiempo con esto. Cada minuto que nos retrasemos cuenta.

—No volverá a suceder, te lo prometo.

Iván se alejó arrastrando los pies hasta donde estaba Eva. La muchacha le abrazó y el chico se estremeció ligeramente con su contacto.

—Ha pasado un mal rato —dijo Andrea mirándole reflexivamente—. No me imaginaba esto.

—Hay demasiadas cosas que no nos imaginábamos en este viaje. —El joven señaló con su mentón al Baga, que ya se ponía de nuevo en marcha a la cabeza de la columna—. Una más no hace diferencia.

—Puede ser. —Le dedicó una última mirada pensativa a Iván—. No perdamos más tiempo.

Siguieron caminando por la autopista durante una hora más, haciendo un pequeño descanso a la sombra de un viejo autobús para beber unos tragos de agua, pero sin aflojar el ritmo. Cada poco rato, Andrea sacaba su GPS y consultaba su posición. Le había dicho al resto de los expedicionarios que aquel artefacto había sido un regalo de la gente del Pueblo y que los ayudaría a localizar con mayor rapidez el centro médico que buscaban, y ninguno había puesto en cuestión sus palabras. La joven se sentía mortificada por mentirles a los muchachos de aquella manera, pero no se atrevía a revelarles toda la verdad.

Hasta llegar allí había lidiado con el problema que supondría descubrir qué les aguardaba en su destino. Lo cierto es que no tenía ni la menor idea, pero lo más probable es que no fuese el laboratorio oculto que había prometido encontrar. Sabía que aquello supondría una sorpresa para el resto del grupo (por decirlo de una manera amable) y que tendría que responder a un montón de preguntas para las que no tenía respuestas. Había arrinconado aquel problema en el fondo de su mente, sustituido por otras urgencias más inmediatas, pero conforme se acercaban a su destino sus dudas aumentaban.

Abandonaron la autopista por un viejo ramal en el que un grupo de árboles se había abierto paso a través de las grietas del asfalto hasta casi hacer

desaparecer el trazado. Aquel último tramo resultó ser el más difícil de todos y en más de una ocasión se vieron obligados a detenerse mientras los dos Neos se empleaban a fondo con los machetes para abrir camino entre la jungla de ramas y maleza. Los Neos parecían absolutamente infatigables y manejaban sus herramientas con la misma facilidad con que un niño manejaría una pala en la playa. Poco a poco consiguieron abrirse paso hasta llegar a una zona más despejada.

Ya era más de media tarde cuando dejó de llover. Andrea hizo una señal de alto y todo el grupo se detuvo, mientras la Anciana consultaba por enésima vez su GPS. Tras un breve instante de vacilación, señaló con la mano libre hacia el oeste.

—Es por allá, a poco más de quinientos metros. En cualquier momento deberíamos verlo.

—Ahí no hay nada —murmuró Clío dubitativo—. Solo hay árboles y maleza.

—Pues te digo que está justo ahí, al otro lado de esa muralla de hojas —replicó Andrea—. Vamos.

Caminaron hasta lo que parecía una pequeña colina elevada. La naturaleza había reclamado para sí aquel lugar hacía mucho, pero de vez en cuando asomaban restos entre la vegetación que indicaban la puntual existencia de alguna estructura de origen humano. Los restos podridos de una alambrada, una garita desmoronada, una vieja señal ilegible por el paso del tiempo. De repente tropezaron con una pista de hormigón que se las había apañado para sobrevivir a dos siglos de abandono en bastante buen estado. Animados por el descubrimiento, apuraron el paso hasta llegar a una amplia explanada que antaño debía de haber sido un amplio jardín de césped con un coqueto lago en el centro.

El césped y el lago habían desaparecido décadas atrás, sustituidos por una ciénaga de mediana profundidad cubierta de juncos. Un millón de ranas chapotearon al unísono para lanzarse al agua cuando los expedicionarios por fin llegaron a su destino. Entonces se detuvieron exhaustos, y levantaron la mirada.

—¿Es esto? —preguntó Albert rompiendo un largo silencio colectivo de casi un minuto—. ¿Estás segura?

—Sí. No —respondió Andrea, que añadió al cabo de un rato desalentada—: No estoy segura.

Frente a ellos se alzaba la ruina de un gran edificio de ladrillo y hormigón resquebrajado. El ala occidental se había derrumbado y era poco más que una enorme pila de escombros festoneada de helechos, pero el lado opuesto aún se mantenía en pie. En algunas ventanas quedaban cristales cubiertos de verdín mientras que otras parecían enormes muelas caridadas que dejaban adivinar la

penumbra del interior.

—Está hecho polvo —musitó Clío incontenible—. Si había algo ahí dentro, se debe de haber podrido hace millones de años.

Albert estuvo tentado de hacer callar a su primo, pero se abstuvo. Pese a lo exagerado de la frase, el muchacho tenía razón. En aquella ruina cochambrosa no podía haber demasiadas cosas de valor, y menos aún unas vacunas en perfecto estado.

—Andrea, ¿qué se supone que...?

—Exploremos las ruinas —lo interrumpió la Anciana con expresión obstinada—. Seguro que hay algo. Tiene que haber algo.

Nathaam había estado plantado de pie frente a la ruina del edificio, girando la cabeza de la manera peculiar en que lo hacían los Bagas. Sus ojos ciegos barrían las paredes de forma pausada, como si no se quisiese saltar ni un centímetro.

—¿Qué hace?

—Está *viendo* el interior de la estructura —replicó Samuel después de dar un sorbo de agua a su cantimplora—. Los Bagas ven en una mezcla de campos eléctricos y ultrasonidos. Es mejor dejar que se asegure de que esa montaña de escombros no se va a derrumbar sobre nosotros antes de que entremos.

Nathaam pareció finalmente satisfecho y asintió. Solo entonces volvió sobre sus pasos para hablar con ellos.

—Está vacío, excepto por una familia de tejones que ha montado la madriguera en la segunda planta. El edificio parece estructuralmente seguro, pero yo no me confiaría. Debemos andar con cuidado ahí dentro. Andrea, tú primero, por favor.

La Anciana tragó saliva y se adelantó, seguida por el resto del grupo. Subió las escaleras de granito, casi invisibles bajo la capa de musgo, y se detuvo bajo el dintel de entrada, como sujeta por una mano invisible. Señaló hacia arriba, donde había estado un cartel que había sido devorado por el tiempo.

—Yo ya he estado aquí. En este lugar. Recuerdo las escaleras y el jardín. Lo podía ver desde una ventana que estaba allí. —Señaló hacia el lado desmoronado del edificio—. Recuerdo que...

Se interrumpió de golpe y corrió hacia el interior sin aguardar a los demás.

—¡Andrea! —gritó Albert—. ¡Espera!

Todos entraron en el edificio a la carrera, detrás de la Anciana. El amplio vestíbulo era una estancia cavernosa, con las paredes ennegrecidas por la humedad y el tiempo. Una cascada de agua había dejado su marca en el lado más alejado y las escaleras dobles que conducían a la planta superior se habían derrumbado en parte, transformadas en una pila de madera podrida y cemento.

Andrea estaba de pie en medio de las ruinas de la estancia, mirando a su alrededor con expresión perpleja.

—Esto no es... —balbuceó—. No sé...

—Vamos a explorar este sitio —masculló Albert—. Cuanto antes acabemos, mejor.

Había algo en el tono de voz del muchacho que pregonaba desánimo. Habían recorrido una distancia enorme durante jornadas agotadoras para llegar a un lugar que era tan solo una ruina más del Tiempo de Antes, indistinguible de otras tantas que habían encontrado en su camino. Aun así, no quería perder la esperanza.

Recorrieron el edificio en grupos, explorando habitación tras habitación. La planta baja parecía haber servido como lugar de las instalaciones comunes, mientras que la planta superior, al menos en la parte que aún sobrevivía, era apenas una sucesión de cuartos alineados a lo largo de extensos pasillos. En aquellas habitaciones encontraron los restos podridos de camas y armarios, pero poco más. Todo el edificio parecía desprovisto de artículos de interés para ellos y, desde luego, de vacunas.

Al cabo de tres horas se agruparon de nuevo en el vestíbulo. Fuera, el sol comenzaba a ponerse lentamente y el desánimo se extendía como una mancha de aceite. Ninguno quería decirlo en voz alta, pero la palabra *fracaso* flotaba en el aire. Andrea caminaba confundida entre los restos, pálida y desencajada, incapaz de entender nada.

Albert se pasó la mano por la frente y carraspeó antes de hablar.

—Está bien, chicos —dijo intentando insuflar ánimo en la voz—. Sabíamos que esto podía pasar. Nadie nos garantizaba que este lugar fuese a estar en buen estado. Lo hemos intentado.

—Intentarlo no era suficiente, Albert —murmuró Erika con voz apagada—. La supervivencia de La Lanza dependía de nosotros.

—¿Crees que no lo sé? —Albert se volvió herido—. La vida de mi padre es una de las que están en juego. ¡Al menos tú tienes al tuyo contigo, pero puede que yo no vuelva a ver al mío nunca más!

La muchacha puso una expresión dolorida en el rostro que a Albert le encogió el corazón. Dio un paso hasta ella y se arrodilló a su lado.

—Lo siento mucho, Erika, no quería decir eso —se disculpó—. Lo que sucede es que me siento frustrado, eso es todo. No pretendía sonar así de agresivo.

Erika asintió, entendiendo el estado de ánimo del chico. En mayor o menor medida, todos se sentían así.

—Quizá tengamos que buscar más a fondo —musitó el Baga interviniendo

de forma abrupta en la conversación—. Una vez más, no debéis juzgar las cosas por su apariencia externa, como a la gente del Pueblo. Durante siglos hemos explorado ruinas como estas y sabemos mirar las cosas de manera que podemos ver aquello que para vosotros pasa desapercibido. Quizá Ooka pueda ayudarnos.

Todos se volvieron hacia el aludido. El muchacho se había quitado las gafas de sol y en la creciente oscuridad sus ojos brillantes parecían mucho más grandes de lo normal. Eran como dos enormes pozos negros que chispeaban inquietos cada vez que movía la cabeza. El chico se alejó sin hacer ruido hacia las habitaciones más oscuras del fondo e inició un rastreo sistemático.

Mientras el muchacho llevaba a cabo su búsqueda, el resto del grupo se sentó a descansar. Los Neos sacaron unas raciones de carne seca y las repartieron entre los exploradores, pero nadie tenía demasiado apetito. Entonces Eva se volvió hacia Andrea, que no dejaba de pasear abrumada.

—Hay una cosa que no entiendo —le dijo—. Cuando salimos de La Lanza dijiste que íbamos hacia un antiguo centro de fabricación de vacunas que estaba protegido por medidas de seguridad eléctrica. En cierta medida, por eso yo estoy aquí.

Andrea continuó con su paseo como si no hubiese oído ni una sola palabra.

—Y sin embargo, nada en este lugar tiene sentido. —Eva abrió los brazos señalando todo lo que los rodeaba—. Es tan solo una ruina más del Tiempo de Antes. Aquí no hay nada de eso que decías.

La pregunta implícita quedó flotando en el aire durante un largo rato. Cuando parecía que Andrea no la iba a responder, detuvo sus paseos nerviosos por el suelo embaldosado del vestíbulo y se plantó ante ellos.

—Esto es un hospital —dijo—. Yo vivía aquí. O eso creo.

—¿Un hospital?

—No un hospital —se corrigió a sí misma dando una patada en el suelo—. Creo que era algo más pequeño, más parecido a un sanatorio o algo por el estilo.

—¿Y qué hacías aquí?

Andrea negó con la cabeza, incapaz de responder a aquella pregunta. La confusión se dibujaba en su cara de manera ostensible.

—Esa no es la pregunta. —Albert la fulminó con la mirada—. La cuestión es ¿por qué nos has traído hasta aquí? ¿Qué estamos buscando exactamente, Anciana?

Anciana, no Andrea. Albert había recurrido al trato formal, lo que indicaba hasta qué punto el joven estaba furioso. Ella se retorció las manos, súbitamente empapadas de sudor. El momento que había temido durante tanto tiempo había llegado, y aunque había contado con tener respuestas para entonces, lo único que tenía eran inútiles recuerdos fragmentarios y un viejo edificio que se caía a

pedazos a su alrededor. «*Tú lo verás y lo comprenderás*», repetía su sueño. Pero no comprendía nada.

Abrió la boca para contestar, y justo en ese instante apareció Ooka como una exhalación, con la ropa chorreando agua y señalando excitado hacia algún lugar situado a su espalda. Los dos Neos se levantaron como un resorte sujetando sus machetes, pero algo en el gesto apaciguador que hizo Nathaam los tranquilizó. El Baga se volvió hacia el nictálope y ambos mantuvieron una animada conversación de algo menos de un minuto a base de sonidos guturales. Ooka parecía muy satisfecho y brincaba emocionado salpicando en todas direcciones. A Albert le recordó de inmediato a la reacción de Clío cuando encontraba alguno de sus *tesoros* del Tiempo de Antes. Tuvo la plena certeza de que, si tenían ocasión, aquellos dos estaban condenados a ser excelentes amigos.

—Vaya —musitó el Baga cuando Ooka acabó su explicación—. Parece que al final vuestra Anciana tenía razón. Este edificio es algo más de lo que parece.

—¿A qué te refieres?

—Mejor vayamos a verlo en persona. Pero espero que sepáis nadar.

Se internaron en uno de los corredores de la planta baja que ya habían recorrido con anterioridad. Aquel pasillo daba a un par de ruinosas cocinas abandonadas y llenas de escombros, y el último ramal llevaba a la parte inundada del sótano. Al revisarlo antes habían ignorado aquel corredor lleno de agua que se internaba en el suelo, convencidos de que posiblemente solo conduciría a unas viejas calderas de calefacción sepultadas bajo toneladas de agua de lluvia, pero al parecer no era así. Ooka comenzó a bajar los escalones sin vacilación y cuando el agua le llegaba a la cintura se volvió para hacerles gestos de que le siguiesen.

—Primero nos metemos en túneles como topos, después cruzamos puentes de mierda a cientos de metros del suelo, como si fuésemos pájaros —refunfuñó Iván—. Y ahora tenemos que bucear como peces. ¿Qué será lo siguiente?

—Reza para que no te hagan dormir con una mujer Neo —musitó Marcus mientras metía sus pies en el agua—. Estoy seguro de que el puente te parecería genial a su lado.

—Ni se te ocurra. —Eva le fulminó con la mirada—. O te verás conmigo.

—Basta de cháchara. —Albert los empujó hacia las escaleras sumergidas—. Y tomad aire.

—¿Qué distancia tenemos que recorrer? —preguntó Erika preocupada—. No aguanto mucho tiempo sin respirar.

—Ooka dice que son apenas unos cinco metros. Las escaleras bajan, pero después suben otro tramo hasta una zona seca. No perdamos tiempo.

Uno a uno se fueron metiendo en el oscuro estanque. El agua estaba muy

fría y casi no podían ver nada. Tan solo la claridad moribunda del atardecer iluminaba aquel lugar a través de unos agujeros en el techo y apenas podían adivinar la silueta del que tenían al lado. Bajaron los escalones hasta que el agua helada les llegó al cuello, y con una profunda inspiración, se fueron sumergiendo.

La oscuridad debajo del agua era total. Solo alguien que podía ver en la negrura absoluta como Ooka se habría metido allí sin sentir un escalofrío de temor recorriendo la espalda. Nadaron (o más bien, se arrastraron penosamente) por aquel tramo inundado hasta que sus pies tropezaron con otro tramo de escalones cinco metros más adelante. Cada vez que uno de los exploradores asomaba al otro lado, se le oía jadear en busca de aire. Los Neos se sacudieron como perros al llegar al tramo seco, tan indiferentes como si aquello fuese de lo más común. Albert había encendido una pequeña linterna de manivela tras hacer girar la dinamo con energía y un pequeño rayo de luz iluminaba lo que parecía ser un pasillo aún más largo que se internaba en las sombras.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Hacia dónde, Ooka?

El nictálope se apartó de la linterna, molesto por la luz, y señaló al fondo del corredor mientras emitía una serie de cortos chasquidos y hacía una serie de rápidos gestos con las manos.

—Dice que es unos cincuenta metros más adelante. —Nathaam sonrió quedamente—. También dice que la Media Mujer tendrá trabajo.

—¿La Media Mujer? —Eva enrojeció de golpe—. ¿Se refiere a mí?

—El lenguaje de Ooka es más limitado que el tuyo. No pretende ofenderte.

—No lo hace —replicó Eva—. Si es cierto lo que dice, significará que al final mi presencia aquí ha merecido la pena.

Caminaron por el largo corredor, que giraba en una serie de meandros desconcertantes hasta llegar a una sala más amplia. Entonces se detuvieron asombrados.

Frente a ellos se alzaba una pesada puerta de acero de aspecto infranqueable. Y en un lado de ella, parpadeando débilmente, dos pequeñas luces rojas indicaban que al otro lado aún había electricidad.

—¿Qué es esto, Eva? ¿Puedes abrirlo?

—Aún no lo sé —contestó la muchacha mientras se recogía el pelo empapado en una coleta para estar más cómoda—. Iván, acércame hasta ese panel. Y dadme mi maletín de herramientas, por favor.

Iván depositó a Eva al lado de la puerta mientras Marcus le acercaba una bolsa de herramientas muy parecida a la que Eva había perdido en El Cuenco. La gente del Pueblo le había facilitado casi todo lo que había pedido antes de salir de su asentamiento y Eva había podido reconstruir su instrumental, en muchos casos con aparatos mejores y menos gastados que los que había tenido en un principio.

—Necesito luz aquí —dijo señalando el panel mientras comenzaba a desmontarlo con un destornillador—. Y también necesito espacio. No me molestéis si no os pido ayuda, por favor.

La joven comenzó a trastear con las tripas del control mientras los demás se limitaban a contemplarla sentados en corro. Tenía la misma mirada de concentración y se movía con los mismos gestos resolutivos que Albert e Iván le habían visto en su feudo del molino. Las delicadas manos de Eva sacaban cables y circuitos de las entrañas del mando con una suavidad no exenta de firmeza que parecía fascinar a los Neos. Los dos fornidos humanos se daban codazos entre ellos y señalaban a la joven mientras hacían comentarios en su lengua gutural. Por su parte, el resto del grupo aprovechó para intentar escurrir su ropa y adecentarse un poco después de su paso por el túnel sumergido.

Al cabo de veinte minutos Eva sudaba y maldecía mientras bregaba con los cables. Aquella cerradura era más compleja de lo que había supuesto y la muchacha luchaba con los circuitos del mando. De repente, un chispazo le sacudió las manos y Eva lanzó un gemido de dolor antes de arrojar su destornillador al suelo.

—¡Mierda! —masculló mientras se llevaba los dedos lastimados a la boca—. ¡Mierda, mierda y más mierda!

—¿Podemos ayudarte en algo? —preguntó Andrea incapaz de seguir sentada.

—Es una especie de cerradura de seguridad. Esa placa servía para que las personas autorizadas apoyasen la mano encima y, al reconocer sus huellas dactilares, la puerta se activaba. Solo quienes debían cruzar este umbral podían hacerlo. Era una tecnología muy avanzada incluso para el Tiempo de Antes, y es más complicado que cualquier cosa que yo haya visto jamás —resopló con

frustración—. Salvo que puedas darme una mano de hace dos siglos capaz de abrir esta puerta, no creo que me sirvas de ayuda, Andrea.

La Anciana guardó silencio mientras su mente pensaba a toda velocidad.

«*Si alguna vez las cosas se salen de control, si corres riesgo de verdad, ven a buscarme.*»

—¿Y si pruebo yo? —susurró—. Al fin y al cabo, estuve aquí antes.

—Por probar, que no quede. —Eva se apartó y le señaló la placa—. Apoya tu mano derecha aquí, en la marca.

Cuando Andrea hizo lo que la joven le indicaba, se oyó un chasquido electromecánico, las luces pasaron del rojo al verde y de repente la puerta se movió en el marco. Estaba abierta.

Eva la miró con los ojos como platos.

—¡Lo has conseguido! Has abierto la puerta.

Andrea se miró la mano, como si la viese por primera vez, mientras las preguntas bullían en su cabeza.

—¿Y ahora qué, Anciana? —Nathaam se había acercado tan sigilosamente que ni siquiera le había oído—. ¿Qué es lo siguiente?

—No lo sé —confesó Andrea con desarmante sinceridad—. No tengo ni la menor idea de lo que hay al otro lado de esa puerta.

—Pues averigüémoslo —dijo Albert resuelto—. Echadme una mano.

Marcus, Iván y los dos Neos se adelantaron para ayudar al muchacho a empujar la pesada hoja. En su funcionamiento original, algún servomotor debía de haber movido aquella enorme puerta de acero de diez centímetros de grosor, pero después de dos siglos ya no funcionaba. Tuvieron que sumar toda su fuerza bruta para abrir un espacio suficiente por el que poder pasar.

Al otro lado vieron una pequeña estancia con otra puerta metálica al fondo.

—¿Otra más? ¿Cuántas de estas tendremos que cruzar? —preguntó Clío con desánimo.

—No es una puerta de seguridad como la de antes, Clío —le corrigió Andrea vibrando por la emoción—. Es un ascensor.

Apretó el pulsador y se abrió con un suave sonido rasposo. Albert dio un paso adelante con la linterna, pero Ooka le sujetó por un brazo mientras emitía un chillido de advertencia.

—¡Cuidado! —gritó Andrea.

Al otro lado aguardaba un profundo pozo lleno de un charco de oscuridad. Un par de cables cubiertos de grasa se mantenían en pie en medio del hueco, sujetando una cabina muchos metros más abajo.

—Es una caída importante. —Albert tragó saliva mientras inclinaba la cabeza en gesto de agradecimiento al nictálope—. Muchas gracias.

—¿Cómo bajaremos?

—Podemos deslizarnos por los cables —contestó Albert pensativo—. Pero después no sé cómo nos las apañaremos para subir. Están recubiertos de grasa.

—No hará falta —intervino Eva mientras señalaba un cuadro eléctrico situado en una esquina de la pared—. Tan solo tenemos que conectar la corriente del ascensor. Con poner los interruptores en la posición adecuada, debería llegar.

Movió los pulsadores de posición y de inmediato un zumbido llenó la estancia. Los cables se sacudieron ligeramente y desde el fondo del pozo se oyó el suave sonido siseante del mecanismo que ascendía. Al cabo de más de un minuto, el ascensor apareció frente a ellos, una gran cabina cuadrada iluminada por un grupo de fluorescentes parpadeantes en el techo.

—Bien, es el momento de descubrir qué hay ahí abajo. Ya casi estamos.

El cubículo pronto se quedó pequeño para el grupo a pesar de que era un montacargas industrial, de los que se usaban para mover toneladas de peso. Dentro tan solo había dos botones y Andrea apretó con decisión el que marcaba la otra planta. La puerta se cerró e iniciaron su descenso a las profundidades con una leve sacudida. Mientras bajaban notaron una suave corriente de aire cálido que se filtraba por las juntas del suelo del elevador. Hasta sus oídos llegaba el sonido de un potente sistema de ventilación que se imponía al ruido del ascensor.

—Debe de ser un sistema de acondicionamiento de aire —aventuró Eva—. Puede que lo hayamos puesto en marcha al conectar el cuadro principal.

—¿Qué más habremos puesto en marcha? —preguntó Marcus con aprensión. Se sentía prácticamente desnudo, armado tan solo con uno de los machetes que los Neos utilizaban para casi todo.

—Lo sabremos al llegar a la planta del sótano. Estad preparados.

El viejo montacargas se detuvo con una sacudida al llegar al fondo del pozo. Las puertas se abrieron y frente a ellos se mostró un amplio recibidor brillantemente iluminado. A un lado había un grupo de sofás y en la pared de enfrente un par de máquinas expendedoras de refrescos lucía el emblema rojo y blanco de una bebida de cola desaparecida muchos años atrás. El suelo estaba cubierto por una moqueta suave que absorbió el ruido de sus pasos en cuanto salieron del elevador. No se oía ni un solo ruido, hasta los Neos parecían impresionados.

—¿Qué es este lugar? —dijo Albert en susurros.

—Es un distribuidor —contestó Andrea, que señaló a una pared en la que aparecía un diagrama de toda la instalación.

Encima del plano, un cartel plateado algo oscurecido por el paso del tiempo anunciaba que aquel era un Laboratorio Nivel BSL-4. Debajo, en grandes letras rojas, un segundo cartel mucho más amenazador contenía otro mensaje:



LABORATORIO BIOLÓGICO DE ALTA SEGURIDAD BSL-4.
PROHIBIDO EL PASO A TODO EL PERSONAL NO AUTORIZADO.
OBLIGATORIO EL USO DE TRAJES BACTERIOLÓGICOS NIVEL C EN
LAS ÁREAS INDICADAS.
EN CASO DE ROTURA O PÉRDIDA DE ESTANQUEIDAD DE SU TRAJE,
ACTIVE EL PROTOCOLO DE ALARMA.



—Creo que estamos en el lugar correcto —murmuró Albert con el corazón galopando en el pecho—. Tenías razón, Andrea. Este es el sitio.

Ella asintió con una sonrisa, pero mortalmente asustada en su interior. Lo último que había esperado era tropezarse con el laboratorio médico preparado para crear la vacuna contra la plaga que había descrito en La Lanza antes de salir. ¿Cuáles eran las posibilidades de que su mentira coincidiese exactamente con la realidad? ¿Una entre un millón? ¿Entre cien millones? Muchas menos, quizá. Había prometido que allí encontrarían un laboratorio como aquel, sabiendo desde el principio que era mentira, y sin embargo, allí estaba, delante de ellos, esperando a que lo recorriesen.

Eso la llevaba en el acto a una montaña de preguntas sin respuesta posible. ¿Y si resultaba que, de alguna manera, ella había sabido todo el tiempo que aquel sitio era real? ¿Y si, de alguna forma que no alcanzaba a entender, era capaz de recordar cosas que no aparecían en la parte consciente de su mente? ¿Y si esas cosas iban apareciendo en la superficie de su mente, como burbujas atrapadas en el tiempo, a medida que iban siendo necesarias? ¿Cómo funcionaba aquello, y sobre todo, por culpa de qué o de quién? Las implicaciones de todas aquellas preguntas eran tan aterradoras que sintió vértigo y se tuvo que apoyar en una pared para no caerse.

Cuanto más avanzaba en aquel camino, menos sabía sobre ella misma. En un giro irónico, después de más de doscientos años de vida era probablemente una de las personas que más recuerdos acumulaba en toda la historia de la humanidad, pero todo lo sucedido en los primeros diecisiete años de esa vida, precisamente los más importantes en aquel momento, eran tan solo retales de humo deshaciéndose al viento. Resultaba enloquecedor.

—Exploremos este sitio.

—Espera un momento, muchacho. —Samuel retuvo a Albert, que ya avanzaba impulsivo—. Primero asegurémonos de que de verdad estamos solos.

Albert volvió la mirada hacia el médico y después hacia el Baga, que sacudía la cabeza de la misma forma graciosa que emplearía un gato escuchando el ruido de un ratón tras la pared. Nathaam estuvo sondeando durante largo rato el interior del laboratorio, hasta que al fin irguió los hombros. Parecía un tanto decepcionado.

—No hay nadie —murmuró—. No percibo a ningún ser vivo en este lugar. Parece llevar muerto siglos.

Se volvió hacia Andrea, y si el Baga hubiese tenido ojos en la cara, Albert estaba seguro de que habría cruzado una mirada con la muchacha. La Anciana, por su parte, estaba mortalmente pálida, como si aquel lugar le afectase de una manera distinta al resto.

Hay algo que no sé —las alarmas de la cabeza de Albert se dispararon de inmediato—, *algo que se me escapa y que ellos dos saben.*

—Antes de que nos internemos en este sitio deberíamos tomar algunas precauciones —carraspeó Samuel—. Esas señales de la pared indican que hay, o al menos había, peligro biológico en estas instalaciones. Lo más probable es que aún haya lugares donde no sería prudente entrar sin ponerse un traje bacteriológico. No abráis una puerta sin preguntarme antes primero, por favor.

Los chicos asintieron muy serios. No habían entendido algunas de las palabras que había usado el doctor, pero el tono era meridianamente claro. Incluso vacío, todavía había cosas peligrosas. Cosas que te podían matar muy rápido y sin que te dices cuenta.

—¿Cómo es que este sitio tiene corriente eléctrica? ¿Y por qué está tan bien conservado?

—Supongo que tiene su propio grupo electrógeno en alguna parte —aventuró Eva—. Debe de llevar desconectado desde el Colapso y lo hemos activado al manipular el cuadro general de interruptores arriba, al lado del ascensor. Este lugar está enterrado tan profundo y tan bien aislado que podría mantenerse así otros dos siglos sin sufrir cambios.

—Es de agradecer que los ingenieros del Tiempo de Antes supiesen hacer tan bien su trabajo —murmuró Albert irónico—. Pero no hemos venido de visita cultural. Encontremos esas vacunas de una vez y salgamos de aquí cuanto antes. Este sitio me pone los pelos de punta y en La Lanza nos están esperando.

Se adentraron por el pasillo y fueron abriendo puertas a medida que las encontraban. Muchas de ellas daban a habitaciones vacías y con las paredes de cemento a la vista, como si el laboratorio aún no hubiese sido totalmente equipado para cuando llegó el Colapso. En otras, el material aún estaba

empacado y envuelto en cintas de plástico, a la espera del equipo técnico que tendría que instalarlo. Sin embargo, conforme se internaban en el complejo fueron encontrando más y más cuartos ya perfectamente funcionales, la mayoría almacenes llenos de material químico bien ordenado, así como un auténtico tesoro en equipo médico que provocaba exclamaciones de entusiasmo en Samuel y Erika.

Tropezaron con el primer cadáver tras la décima puerta que abrieron.

Aquello debía de haber sido una sala de descanso, equipada con un par de cómodos sofás, una estantería llena de libros y revistas, una nevera y un gran televisor colgado de una pared. Sobre la mesa central continuaban los restos fosilizados de un par de platos llenos de comida y una consola negra con dos mandos. Derrumbado en el sofá estaba el cuerpo momificado de una mujer.

Vestía vaqueros y una blusa sobre la que llevaba una bata blanca. La piel de la mujer se había convertido en una tirante capa de cuero oscuro y su cuerpo deshidratado por el tiempo se había reducido a la mitad de lo que debía de haber sido en vida. Su boca estaba abierta en un gesto de angustia eterno, mientras en su mano aún sujetaba el tenedor con el que estaba comiendo cuando le alcanzó la muerte. En el suelo, cerca de ella, el cadáver de un hombre yacía boca abajo, dejando ver una coronilla rala con la piel reseca y cuarteada. Las manos del hombre habían arañado el linóleo del suelo dejando unas profundas marcas. Algunas de las uñas de aquel cuerpo estaban rotas, como si en el último instante hubiese sido consciente de que se moría.

—¿Qué creéis que les pasó? ¿Les afectó la plaga?

—No lo creo —musitó Erika mientras le daba la vuelta al cuerpo del hombre, rígido como una tabla—. No presentan ningún tipo de herida, ni autoinfligida ni de ningún otro tipo. Algo los mató, pero no sé qué fue. En todo caso, el aire seco y la temperatura constante los han desecado como pasas. Es un milagro que no sean tan solo un montón de huesos y polvo.

Se quedaron un rato observando los cadáveres mientras hacían cábalas. Finalmente siguieron su camino dejando a aquellos dos cuerpos sumergidos en su sueño eterno.

A los diez metros, tras girar en una esquina, tropezaron con el primer laboratorio. El acceso era a través de una esclusa de aire cerrada en sus dos extremos por un par de puertas de seguridad. En el espacio intermedio podían ver a través de una cristalera una serie de trajes NBQ colgados de la pared y una ducha química con la que se desinfectaban antes de entrar o salir de la instalación. En el suelo, el cadáver de otro hombre yacía atravesado sobre el banco de plástico donde se sentaban los técnicos de laboratorio para ponerse el equipo. El hombre aún llevaba puesto el traje, pero había arrojado el casco al

suelo y su calavera reseca los miraba desde el más allá con una sonrisa enigmática, con una mano todavía aferrada al cuello.

—Ya sé cómo murieron —dijo de repente Eva con voz queda—. O mejor dicho, cómo los mataron. Los asfixiaron.

—¿Asfixiados? ¿Cómo? ¿Por qué?

—No sé cuál fue el motivo. —Eva meneó la cabeza—. Pero sé cómo lo hicieron y estoy segura de que los asfixiaron. El controlador general de electricidad que activamos arriba no solo encendió toda la energía de este laboratorio y el ascensor, sino que también puso en marcha el sistema de ventilación. El aire que estamos respirando viene desde el exterior, impulsado por un sistema de bombas que podéis oír de fondo. Cuando entramos, el cuadro eléctrico estaba desconectado *desde fuera*. Alguien tuvo que bajar esas palancas, alguien que sabía que aquí abajo aún había gente.

Guardaron silencio durante un rato, asimilando aquellas palabras. De repente aquel lugar parecía aún más ominoso que antes.

—Esto no es solo un laboratorio —concluyó Eva—. También es una tumba.

—¿Qué... qué pasaría si alguien desconectase el sistema *ahora*? —preguntó Marcus repentinamente inquieto.

—Probablemente nos ahogaríamos en cuestión de minutos, como toda esta gente. El dióxido de carbono iría aumentando lentamente y nos envenenaríamos poco a poco, sin enterarnos de lo que está pasando, como les sucedió a ellos. Cuando nos quisiéramos dar cuenta, ya sería demasiado tarde.

—Pero ¿por qué no se alarmaron cuando se apagaron las luces? Yo moriría de miedo si me quedase a oscuras aquí abajo...

—No tuvo por qué ser así. Quienquiera que hizo esto pudo desconectar tan solo el sistema de ventilación, y cuando estuvo seguro de que ya todos habían muerto, apagó el resto.

—¿No pudo ser por accidente?

—Lo dudo —Eva fue tajante—. Es un sistema con triple redundancia. No se desconecta solo, salvo que alguien baje a mano las palancas o haya un cortocircuito catastrófico a causa de un accidente. Y como puedes ver, todo funciona con normalidad.

Miraron a su alrededor. Las luces zumbaban suavemente y el ruido de la maquinaria resucitada tras dos siglos marcaba un tenue rumor de fondo. Eva tenía razón.

—No correremos riesgos innecesarios —interrumpió Albert tajante—. Marcus, tú y los dos Neos volved al ascensor y subid a la planta de arriba. Os quedaréis al lado del cuadro eléctrico hasta que nos vayamos de aquí, por si acaso. El resto seguiremos buscando.

El grupo se separó y, mientras Marcus y los dos Neos volvían a la planta superior, los demás continuaron explorando el recinto desierto. Albert se puso al lado de Andrea y la detuvo justo antes de la siguiente puerta.

—Andrea, si quieres subir con ellos, lo entenderé perfectamente.

—¿Subir con ellos? —replicó extrañada—. ¿Por qué?

Albert la miró con expresión azorada.

—Aquí abajo está todo el mundo muerto, Andrea. Si tu padre estaba aquí cuando el sistema se desconectó...

El joven dejó la frase en el aire. Andrea le observó durante un rato confusa, hasta que cayó en la cuenta de que ellos aún pensaban que su padre había estado trabajando en aquel lugar hasta el mismo final del Colapso.

—No creo que esté aquí, Albert —inspiró hondo antes de añadir, en un arrebato de sinceridad—: Lo cierto es que no creo que ni mi madre ni él hayan estado nunca en este lugar.

—¿Qué dices? Pero tú dijiste que...

—Ya sé lo que dije, pero todo tiene una explicación. Más adelante, te lo prometo.

—¿Tiene algo que ver con lo que hablaste con El que Ve en el Tiempo?

Andrea guardó un silencio elocuente sin levantar la vista del suelo.

—El Baga lo sabe, ¿verdad?

En vez de responder a su pregunta, Andrea le apretó una mano.

—Pronto tendrás las respuestas a todas tus preguntas, tienes mi palabra. Pero primero exploremos a fondo este sitio y salgamos de aquí cuanto antes.

Albert se quedó observándola un buen rato y finalmente asintió.

—Como digas, Andrea. Pero, con toda tu experiencia, deberías saber lo demoledores que pueden resultar los secretos. Acaban envenenando a quien los guarda demasiado tiempo y su efecto puede ser peor que esta plaga. No vale de nada vivir si estás muerto por dentro.

El muchacho se alejó por el pasillo y Andrea suspiró súbitamente exhausta. Las últimas horas habían sido tal carrusel de emociones que ya no sabía qué creer. Había llegado a aquel lugar esperando respuestas y solo había tropezado con más preguntas, pero a cambio había encontrado lo que menos había podido soñar: aquello que le había prometido al Consejo de La Lanza. Después de eso, de alguna manera la creencia de que las vacunas pudiesen estar realmente allí había ido ganando terreno. Si el laboratorio estaba, ¿por qué no también el premio a su viaje? Tenía todo el sentido.

Un coro de gritos excitados le hizo acelerar el paso hasta el final del corredor. El grupo se apelotonaba ante una ventana de seguridad que daba a un laboratorio desierto, aunque algo diferente al resto. Era más grande y mejor

equipado, y a lo largo de dos enormes mesas se alineaban grandes máquinas que Samuel iba identificando a toda velocidad en voz alta: centrifugadoras, secuenciadores de ADN, microscopios de barrido electrónico...

El doctor tenía un tono de voz maravillado. Todos aquellos artefactos habían sido hasta aquel momento solo parte de una historia perdida para él, algo que solo había podido ver en viejas fotografías de libros médicos antiguos, y de repente los tenía allí, al alcance de la mano. Pero lo realmente excitante, lo que les arrancaba las exclamaciones de nerviosismo, no era el instrumental científico, sino una inmensa puerta frigorífica situada al fondo de la sala, con un cartel escrito a mano y sujeto con unos imanes triangulares de colores en el que ponía «Vacunas finalizadas».

—Ahí están. —La voz de Clío vibraba de emoción—. ¡Las hemos encontrado!

—Tenemos que entrar ahí —dijo Samuel con voz ronca—. ¿Me acompañas, Andrea?

Ella asintió con la cabeza y junto con el médico se acercó hasta la esclusa exterior del laboratorio. Giraron la manivela de la puerta y en cuanto se abrió notaron una corriente de aire que se deslizaba desde sus espaldas al interior.

—Diferencia de presión —explicó Samuel—. Es una medida de seguridad básica pero efectiva. Así el aire nunca sale del interior del laboratorio.

Cerraron tras ellos y se encontraron en la cámara intermedia. Colgados de sus ganchos, los trajes NBQ de color naranja parecían mirarlos esperando algo.

—¿Deberíamos ponernos uno de estos? —preguntó Andrea dubitativa.

—Posiblemente no —contestó el hombre—. Al fin y al cabo llevamos toda la vida expuestos al prion. Está en nuestro cuerpo, en nuestra ropa y en todo lo que hemos comido y bebido desde que nacimos, pero... ¿quién quiere correr riesgos?

Andrea asintió y ambos comenzaron el laborioso proceso de embutirse en los trajes biológicos. Se ayudaron uno a otro a colocarse las partes más pesadas y cuando acabaron, siguiendo las instrucciones de Samuel, aseguraron las juntas de los guantes con un rollo de cinta aislante que estaba allí a tal efecto. Por último conectaron los tubos de aire a las tomas de la pared y los trajes se hincharon instantáneamente, dándoles un aspecto espacial y torpe. Andrea sintió el chorro de aire fresco entrando por la cánula situada a la altura de su espalda y cómo su sudor se secaba casi al instante. Los trajes estaban dotados de un equipo de comunicaciones, pero no fueron capaces de averiguar cómo funcionaba, así que tras un par de infructuosos intentos decidieron comunicarse únicamente por señas.

Una luz parpadeante roja se encendió cuando la ducha química se activó

sobre ellos, empapando sus trajes de una solución esterilizadora. A continuación un potente chorro de aire que había cruzado unos filtros de nivel cuatro secó la superficie de los NBQ y por fin la luz pasó al verde. Samuel señaló el interior del laboratorio y giró la manivela de la puerta de acceso.

La compuerta se abrió con un siseo y los dos entraron en el recinto. Desde la ventana de seguridad, el resto del grupo los observaba en su lento caminar, expectantes. Se movieron con cautela a través del laboratorio, procurando no tropezar con nada y que los tubos de aire no se enredasen con algún obstáculo inesperado.

Finalmente llegaron ante la puerta del frigorífico. Samuel puso la mano en la manivela que la abría, pero de pronto se detuvo y dio un paso atrás. Le hizo una seña a Andrea para que se adelantase y gesticuló para hacerle entender que era su turno. *Haz los honores*, leyó Andrea en sus labios. Ella sonrió y activó el picaporte. La puerta giró con suavidad sobre sus goznes y en ese momento la sonrisa de Andrea se congeló en su rostro.

Frente a ella se abría una estancia cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías, iluminadas por una suave luz cenital.

Y todas las estanterías estaban vacías.

Allí no había nada.

Andrea sintió como si de repente se ahogase. Boqueó tratando de evitar que el pánico se adueñase de su cabeza. Las emociones borboteaban fuera de control y sintió que se le doblaban las piernas, pero justo entonces empezaron a pasar cosas al otro lado del cristal. Desde donde estaba, veía una lucha furiosa y un remolino de brazos y piernas que se sacudían sin control.

—¡Algo está pasando! —aulló olvidando que Samuel no podía oírla dentro de su traje—. ¡Tenemos que ayudarlos!

Corrieron hacia la compuerta y la abrieron a toda velocidad. El tiempo parecía avanzar muy despacio mientras la luz pasaba del verde al rojo y la ducha descontaminante se activaba para esterilizar los trajes. El procedimiento, como todo en el laboratorio, estaba automatizado y no podían saltarse ningún paso si querían que el acceso a la sala estéril se desbloquease. Los segundos pasaban agónicamente lentos y Andrea se desesperaba mientras los aspersores la regaban con la ducha química. Cuando la ducha terminó se quitaron los trajes a tirones, dejando caer las piezas en el suelo sin miramientos. Trastabillando, se plantaron junto a la puerta exterior, a la espera de que los indicadores luminosos les permitiesen activar el mecanismo de apertura.

—Vamos, vamos —murmuraba Andrea impaciente.

Las luces cambiaron de color con un chasquido e hizo girar la manivela a toda velocidad.

Nada más abrir la puerta pudieron oír el ruido de una pelea. Gritos nerviosos, jadeos y golpes se sucedían. Apuraron el paso y cuando doblaron la esquina se encontraron con una escena sorprendente. Iván estaba tirado en el suelo, sujeto por Albert y Ooka, mientras Erika trataba de aferrarle las manos a la espalda y atarlas con su pañuelo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —bramó Samuel incrédulo.

—¡No sé qué le pasa! —gritó Albert mientras se esforzaba por mantener al fornido muchacho en el suelo.

Iván se debatía como un toro en un rodeo y los chicos se las veían y se las deseaban para mantenerlo inmovilizado.

—¡De repente perdió la cabeza! —dijo Erika, que tenía un feo verdugón morado en una de sus mejillas—. ¡Empezó a gritar y me dio un puñetazo y después intentó abrir la puerta del laboratorio para entrar a la fuerza!

—¡Soltadmeeee! —gritaba Iván con la voz rota—. ¡No acabaréis conmigo, cabrones, chupapollas, cerdos! ¡Soltadme soltadme soltadmeeee!

—Ha perdido la cabeza por completo —musitó Andrea mortalmente pálida.

—Puede que sea por estar aquí abajo —sollozó Eva. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas y observaba a Iván con una expresión dolida—. Tiene que ser eso, claustrofobia o algo por el estilo.

—No es eso. —Nathaam negó con la cabeza, parecía apesadumbrado.

—Es la plaga —dedujo Andrea incrédula—. Está sufriendo los primeros síntomas.

—¿La plaga? —Albert levantó la mirada sin soltar ni un segundo a su amigo—. ¡Eso es imposible! ¡Solo afecta a los mayores de veinte años!

Andrea balbuceó algo, pero solo pudo contemplar la escena atónita. Eran demasiadas cosas terribles en muy poco tiempo y empezaba a sentirse sobrepasada.

—¿Y cuántos años tiene este muchacho? —dijo de repente el Baga con voz suave.

—Solo diecinueve —masculló Eva—. No puede ser la plaga.

—¿Tiene diecinueve *ahora* o los tenía cuando salió de La Lanza?

Los chicos guardaron silencio mirándose unos a otros inquietos.

—Lo cierto es que no lo sabemos —dijo Albert al cabo—. ¡Él dijo que tenía...! ¿Por qué iba a mentir?

Por toda respuesta, Nathaam se volvió hacia Eva y la observó con sus ojos ciegos.

—Por ella.

—¿Por mí? —tartamudeó Eva—. ¿Qué quieres decir?

—Este muchacho está loco por ti —dijo el Baga—. Incluso un ciego como yo puede verlo. Quizá pensó que este viaje sería una oportunidad perfecta para compartir tiempo contigo. Quizá pensó que se mantendría a salvo de la plaga el tiempo suficiente como para llegar hasta aquí y obtener la cura antes de sucumbir a la enfermedad. Quién sabe.

Eva alternó su mirada entre el hombre e Iván, que espumeaba rabioso en el suelo.

—Pero... ¿por qué? Yo no tenía ni idea de...

—Supongo que Iván era demasiado tímido para abordarte en La Lanza —masculló Albert—. Tú siempre estás metida en la Bestia y no sueles frecuentar los mismos lugares que él. Lo que dice Nathaam tiene todo el sentido. Eso explicaría su comportamiento tan raro de las últimas horas.

—Como lo del puente.

—Como lo del puente —asintió Albert muy serio—. Pero eso ahora da igual. Tenemos que hacer algo y tenemos que hacerlo ya.

—¿Habéis encontrado las vacunas? —Eva los interpeló—. Tenemos que administrarle una dosis cuanto antes.

Samuel y Andrea se miraron circunspectos. Sus rostros respondieron por ellos.

—No hay vacunas —musitó Andrea al fin—. El depósito está vacío. Posiblemente se las llevaron todas antes de cerrar el laboratorio.

Un silencio pesado y hosco siguió a sus palabras. Tan solo los gruñidos débiles de Iván tratando de liberarse rompían el espeso mutismo del grupo. De repente Eva comenzó a sollozar. Hasta Clío parecía anonadado.

—Todo ha sido inútil. —Albert se dejó caer en el suelo mientras se mesaba los cabellos—. Todo este viaje para nada. Hemos fracasado. La Lanza está condenada y todos nosotros también.

Los sollozos de Eva se mezclaron con los gemidos de Iván, mientras los demás guardaban silencio a medida que la dimensión de su fracaso calaba en sus mentes. Tan solo Samuel parecía activo, mirando alternativamente al grupo y al interior del laboratorio, como si aún no se creyese que las vacunas no estaban allí.

—Dijiste que estarían aquí, Andrea —apuntó Albert acusador, retomando la protesta que comenzó una hora atrás en el vestíbulo—. Te creímos. Joder, te hemos seguido a través de todo este camino confiando en ti. ¿Qué ha pasado?

—¡No lo sé! Yo... yo...

—¡Ya está bien! —Albert explotó furioso—. ¡Sé que nos has estado ocultando algo desde el principio! ¡El que Ve en el Tiempo lo sabe, el Baga lo sabe y apuesto lo que quieras a que hasta los putos Neos que están arriba lo saben, sea lo que sea!

—¿Es eso cierto, Andrea? —preguntó Erika con voz suave.

Todos miraban a la Anciana con atención, menos Iván, que se continuaba debatiendo atado en el suelo.

—Es cierto. —Andrea los observó con lágrimas en los ojos.

Era la primera vez que los muchachos veían llorar abiertamente a un Anciano, pero no se dieron cuenta de ello. Estaban demasiado conmocionados.

—Me prometiste una explicación —dijo Albert—. Ahora es el momento.

Andrea inspiró antes de hablar. Comenzó desde el principio, explicándoles todo lo poco que sabía de aquel lugar, sus lagunas de memoria, su tatuaje, la historia que los había llevado hasta allí. Según hablaba, iba notando cómo un enorme peso que hasta ese instante le había mantenido lastrado el corazón se disipaba poco a poco. Su tono se fue haciendo más firme a medida que avanzaba su historia hasta que, por fin, terminó. Cuando lo hizo miró a los muchachos expectante y temblorosa.

—Estoy segura de que me odiáis —musitó—. De que pensáis que he actuado de forma egoísta y poco razonable, como el resto de los Ancianos, que

me he transformado en uno de ellos. Pues bien, escuchadme, ¡estaba segura de que aquí habría respuestas! ¡Que la salida a nuestra situación se hallaría en este lugar! Por eso cuando vi el laboratorio pensé que las vacunas estarían aquí...

Se interrumpió, incapaz de seguir. Sus hombros se sacudieron bajo el impulso de sus sollozos. Los muchachos la contemplaron entre apenados y pensativos durante un largo rato.

—Nadie te odia, Andrea. —Albert se puso en pie—. Has hecho lo correcto, aunque deberías haber confiado en nosotros desde el principio. Entiendo que no quisieras contarle todo esto a Simon, pero deberías haberlo compartido con tus amigos. Porque eso es lo que somos. Has corrido los mismos riesgos que los demás y pasado las mismas penurias. Estamos juntos en esto.

—Ni siquiera estaba segura de qué habría aquí —gimió Andrea mientras se limpiaba las lágrimas con una manga—. Confiaba en que mis sensaciones serían correctas. Eran todo lo que teníamos.

—Y lo hemos intentado hasta el final. —Erika se levantó y abrazó a la Anciana, que se derrumbó en sus brazos.

—Tenemos que pensar en nuestro siguiente paso. —Albert se recompuso mientras se pellizcaba un labio pensativo—. Tenemos que volver a La Lanza para decirles que la vacuna no existe.

—No necesariamente —intervino Samuel por sorpresa.

—¿Qué quieres decir? Tú mismo lo has visto, ese armario está vacío.

—El armario está vacío, cierto, pero todo lo necesario para fabricar la vacuna está ahí, al otro lado del cristal. Todo ese equipo funciona todavía, y los almacenes de este laboratorio están llenos de los reactivos precisos.

—Pero ¿cómo? —intervino Andrea contrita—. Aunque tengamos el material, nos falta lo más importante, una muestra de la vacuna original para poder replicarla.

Samuel prorrumpió en una carcajada que los sorprendió.

—Nada de eso —dijo—. Y la vacuna original de hace doscientos años no habría valido para nada, además. Este prion está modificado para afectar solo a los mayores de veinte años, así que la vacuna del Tiempo de Antes es totalmente inútil contra él. Necesitaríamos un original que ya tuviese incluida esa inmunización.

—No entiendo por qué estás tan contento —le cortó Albert malhumorado—. Tampoco tenemos esa maldita fórmula original.

—Oh, claro que sí —rio Samuel triunfante mientras señalaba a Ooka—. Está ahí, justo delante de ti.

Albert, al igual que el resto de los muchachos, le miró estupefacto, incluido un sorprendido Ooka, que no entendía muy bien por qué todo el mundo le

observaba de repente.

—¿Él? No te entiendo.

—La gente del Pueblo ha evolucionado con unas diferencias genéticas que le hacen inmune no solo al prion original, sino también a la nueva variante que ha surgido. Su ADN está modificado para que no les afecte en absoluto. Con los reactivos adecuados y una muestra de sangre de Ooka, tenemos el material suficiente como para sintetizar una vacuna efectiva en horas.

—¿Es eso posible? ¿Sabrías cómo hacerlo?

—Yo no, pero esas máquinas seguro que sí saben. —Samuel señaló hacia el otro lado del cristal—. Todo ese equipo está interconectado y a su vez depende de un ordenador central. Me apuesto lo que quieras a que el procedimiento de fabricación está automatizado y estandarizado. Cuando se estaba produciendo el Colapso casi no quedaban médicos genetistas disponibles, así que tuvieron que simplificar el método de sintetización de la vacuna para que hasta un par de ayudantes de laboratorio no especializados pudiesen hacerlo. Estoy seguro de que, en cuanto lo encendamos, lo único que tendremos que hacer es alimentar los tubos de ensayo con los reactivos que nos indique el programa.

—Puede ser —dijo Nathaam. El Baga parecía impresionado—. Podría funcionar.

—¿Cómo nos aseguraremos?

—Solo habrá una manera. —Samuel apuntó hacia Iván, que apenas se debatía ya agotado—. Y es probándolo.

—¡Pues no pierdas tiempo! —Eva se irguió como pudo en el suelo, con la cara inundada de lágrimas—. ¡Hazlo ya!

—Voy de inmediato —contestó Samuel vibrante de satisfacción—. Erika, necesitaré tu ayuda en el laboratorio. Tenemos que sacarle una muestra de sangre a Ooka antes de empezar. ¿Serás capaz de hacérselo entender?

—Yo puedo ayudar en eso —dijo Nathaam—. Si no os importa que me quede con vosotros en el laboratorio mientras hacéis todo el proceso.

—Y aprender cómo se lleva a cabo, supongo —apuntó Albert.

—Todo conocimiento es un tesoro para el Pueblo —contestó fríamente el Baga—. Sobre todo en temas tan esenciales.

Albert asintió, reconociendo lo evidente.

—No estaríamos aquí si no fuese por el Pueblo. Supongo que es lo justo.

El abigarrado grupo marchó hacia el laboratorio dejando a solas a Eva, Andrea, Albert y el maniatado Iván en el pasillo.

—Yo me quedaré aquí vigilando que no se haga daño —dijo Albert con un gesto hacia su amigo—. Aunque está atado, es demasiado fuerte como para dejarlo a solas.

—Y yo me quedaré contigo. —Eva se apoyó en él para acercarse hasta Iván y ponerle una mano en la frente—. Él me necesita.

Iván levantó la vista y enfocó en ella un par de ojos turbios, pero en alguna parte de su mente pareció reconocer la sensación familiar de Eva, porque se relajó de inmediato.

Andrea se recostó contra la pared y cerró los ojos. Al final las cosas parecían ir en la dirección correcta. La sensación de alivio que le provocaba haber liberado su corazón se mezclaba con la de estar a un paso de obtener la cura para su gente, pero en un rincón de su cabeza seguía clavada la espina de no haber sido capaz de encontrar ninguna de las respuestas que buscaba de manera tan desesperada. Se sentía inútil. Todo el mundo estaba ocupado en algo menos ella, como si su papel en aquel drama hubiese terminado. Sin saber muy bien qué hacer, decidió dar un paseo por el complejo subterráneo. Quizá encontrase algo que le permitiese recordar quién era.

Vagó sin rumbo durante un buen rato, entrando en una sala tras otra, en busca de algo que ni siquiera ella era capaz de identificar. Pese a su intensa búsqueda, lo único que encontró fueron cuartos llenos de material y otro par de cuerpos momificados que yacían profundamente entrelazados en un abrazo eterno, en una sala que parecía un pequeño dormitorio. Andrea revisó los pocos objetos personales de aquellos sanitarios fallecidos tiempo atrás, tratando de tropezar con algún retazo de información que encendiese una luz en su mente, pero fue inútil.

Llegó así a la zona que había sido la parte administrativa del complejo. Se trataba de una serie de pequeños despachos separados por tabiques bajos de pladur, en una estancia más grande. Las pantallas oscuras de los ordenadores parecían mirarla con expresión sarcástica, como si ellos conociesen las respuestas para las que no sabía ni formular las preguntas. Se dejó caer en una silla dentro de uno de los cubículos profundamente desanimada. En su fuero interno sabía que, aunque pudiesen resolver la crisis provocada por la plaga, el problema de fondo seguía sin mostrar ni siquiera su cara más oscura. ¿Por qué había pasado todo aquello? ¿Qué había provocado que el prion se reactivase después de doscientos años? ¿Por qué solo a los mayores de veinte? Preguntas, preguntas y más preguntas. Enterró la cabeza entre las manos frustrada, apartando de un golpe violento el teclado y las cosas apoyadas sobre el escritorio, que aterrizaron con estrépito en el suelo.

El timbrazo la sobresaltó de tal manera que casi le da un infarto. En medio de la habitación en penumbra, el sonido regular de un timbre llegaba hasta ella con nitidez. Levantó la cabeza tratando de localizar el origen de aquel sonido y salió del cubículo siguiendo el ruido hasta la otra punta de la sala.

Se detuvo delante de uno de los cubículos, incapaz de dar un paso más. El timbre sonaba allí dentro, a pocos pasos de ella. Con una sensación heladora entró en el pequeño espacio y su mirada se detuvo en el teléfono apoyado sobre la mesa.

El aparato estaba sonando y una pequeña luz roja parpadeaba en lo alto indicando que aquella línea estaba siendo ocupada.

Andrea se movió hacia el teléfono como si estuviese dentro de una pesadilla. Sus piernas parecían haberse convertido en gelatina y sus brazos pesaban un millón de toneladas, mientras a su alrededor todo se difuminaba en una mancha borrosa y lo único que permanecía con una nitidez punzante era el terminal que no paraba de sonar, llamándola. *Ven, cógeme*, la apremiaba.

Se sentó en el borde de la silla, que gimió levemente bajo su peso. Estiró la mano temiendo y deseando al mismo tiempo que aquel aparato que llevaba doscientos años en silencio parase de sonar.

Descolgó el auricular y el silencio fue tan pesado que estuvo a punto de dejar caer el aparato. Consiguió dominar sus nervios y se lo acercó al oído, sabiendo, antes de pronunciar una sola palabra, quién estaba esperando al otro lado de la línea.

En lo alto de la barbacana principal situada sobre la puerta de la Valla, un grupo de guardias rodeaba una estufa de carbón tratando de combatir el frío nocturno. Un par de ellos se habían envuelto en unas mantas e intentaban descansar un poco antes del siguiente turno de guardia, pero la mayoría conversaba en voz queda al calor del pequeño hornillo. De pronto, una explosión sorda sacudió las chapas del contrafuerte, que retemblaron bajo la fuerza de la onda expansiva, mientras un destello cegador iluminaba la noche como en una vieja fotografía.

—¿Qué coño ha sido eso? —gritó uno mientras el resto se abalanzaba sobre el muro para ocupar sus posiciones.

Al encaramarse en sus puestos adivinaron entre las sombras una nube de polvo que se posaba lentamente en el lugar que un minuto antes había sido el punto de la explosión, a apenas doscientos metros de la puerta principal.

—¡Dad la alarma! —gritó la jefa del grupo, una muchacha con la cara cubierta de espinillas—. ¡Y encended los reflectores para que podamos ver algo!

El tañido de las campanas comenzó a atronar en medio de la noche, arrancando del sueño a todos aquellos que aún no se habían despertado a causa de la explosión. Por toda La Lanza empezaron a hormiguar unidades de la Guardia, corriendo de forma desesperada hacia los puestos que tenían asignados.

—¿Y esa luz? —gritó la chica malhumorada—. ¿Se enciende de una vez o no?

—¡Ya va, ya va!

Uno de los guardias se colocó detrás del reflector y lo giró hacia los campos del exterior justo antes de apretar la palanca de encendido. La corriente eléctrica cruzó el cable en milisegundos y un brevísimo instante antes de encender la bombilla del reflector tropezó con el pequeño extremo metálico del detonador que Abel había colocado allí aquella misma tarde. El chispazo fue suficiente para que el viejo detonador se iniciase e hiciese explotar la carga.

La barbacana reventó en medio de un rugido atronador que lanzó trozos de metal y cuerpos destrozados en todas direcciones. La Valla se sacudió como en un terremoto cuando en una rápida sucesión otras tres o cuatro explosiones ensordecieron la noche, conforme los explosivos colocados en los otros reflectores de los puestos de guardia hicieron saltar en mil pedazos todo lo que quedaba en un radio de diez metros.

El caos se adueñó de La Lanza. En medio del rugido de las explosiones se empezaron a oír los primeros lamentos de los heridos y los gritos desesperados de los muchachos que intentaban recuperarse del shock. Por encima del

estruendo, la campana del monasterio no dejaba de lanzar sus tañidos, como si no fuese más que evidente que el complejo estaba siendo atacado. En medio de todo ello nadie se percató de que cuatro figuras corrían de forma desesperada hacia la Valla, devorando los metros a toda velocidad.

Cuando Richard vio volar por los aires la barbacana principal, sintió una mezcla de alivio y culpabilidad. ¿Quién de entre todos aquellos a los que él mismo había formado había muerto? ¿Había matado al hijo de algún amigo, a algún chiquillo al que su esposa acunó de recién nacido? Su intención no era acabar con la vida de aquellos chicos, pero no había otra forma de conseguir el caos necesario para entrar. Una serie de cuatro explosiones retumbó con fuerza a medida que los desprevenidos guardias iban activando los reflectores. Todo el bloque occidental de la Valla estaba coronado por las llamas y parecía que un gigante furioso se hubiese entretenido pegándole martillazos. Por todas partes se veían hierros retorcidos y restos inidentificables colgando de lo que hasta un momento antes habían sido las garitas de vigilancia.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Richard sin aflojar la zancada.

Los muchachos le seguían como una trailla de perros, esperando a cada instante que una granizada de balas se desatase sobre ellos.

Sabía que abrir el portón era algo que estaba fuera de su alcance. El plan consistía en crear el suficiente caos como para poder entrar en el complejo a través del túnel de Clío y en medio de la confusión llegar hasta Hermes y acabar con él. Los pulmones le silbaban como la fragua de un herrero a medida que se acercaban al sector del muro donde se encontraba el acceso exterior del túnel, pero de repente se detuvo en seco y se tiró a tierra.

—¿Qué pasa, jefe Richard?

—¡La garita de esta parte del muro aún está operativa! —Richard lanzó un juramento—. El explosivo no ha funcionado.

Como para remarcar sus palabras, justo en aquel momento un foco luminoso horadó las tinieblas barriendo los campos desde el puesto de guardia que seguía en pie. O bien el detonador o bien el explosivo situado bajo aquel foco habían fallado, justo en el punto más necesario para poder llegar hasta su ruta de acceso.

—¿Qué vamos a hacer, jefe? —susurró uno de los muchachos nervioso—. ¡Esa garita está justo encima de la entrada del túnel! ¡No podemos llegar hasta ahí sin que nos vean! ¿Cómo vamos a entrar?

—Tendremos que recurrir al plan B. —Richard apretó los dientes mientras se levantaba—. Solo espero que Louis haya hecho su parte o vamos a pasar un mal rato.

A un par de kilómetros de allí, el jefe Louis estaba junto a la Bestia, en el

molino situado al lado del río. No le había costado convencer a Hermes de que la enorme maquinaria necesitaba una revisión y que por ello se ofrecía a hacer un turno más largo de lo habitual. Llevaba allí desde media tarde, acompañado de un grupo de guardias que miraban a todas partes con curiosidad mientras el jefe de Mecánica simulaba llevar a cabo una serie de tareas urgentes, aunque no hacía más que desmontar y montar piezas, algo realmente complicado con las manos envueltas en vendajes. Louis sabía que estaría acompañado permanentemente, pero con lo que no contaba era con que Judith estuviese allí con él.

Cuando había llegado a media tarde la había saludado con una sonrisa fría aunque por dentro ardía de furia. Si había alguna persona que le pareciese especialmente odiosa en La Lanza, después de Hermes y Victoria, era aquella muchacha, sobre todo después de haber visto cómo mataba a sangre fría a Simon. Además, recordaba con perfecta claridad la cara de gozo que había puesto la joven mientras le sometían a la paliza más brutal de su vida. Sin embargo, debía tener cuidado con ella; una cosa eran los chicos de la Guardia, que en el fondo no dejaban de ser un puñado de adolescentes a los que habían lavado el cerebro, y otra muy distinta era la fría mente analítica de Judith. Un solo paso en falso y todo su plan se podía ir al traste.

Cuando escucharon la primera explosión, el grupo de guardias que ganduleaba entre la maquinaria se había removido inquieto. Judith se había levantado como un resorte de la silla que ocupaba y se había lanzado hacia la puerta exterior con una mirada homicida. Aquel era el momento que Louis había estado esperando. Mientras los chicos se acercaban a las ventanas para tratar de adivinar qué ocurría en la oscuridad del exterior, se aproximó hasta los mandos principales de la Bestia con las manos en los bolsillos, como si aquello no fuese con él.

Justo cuando la siguiente serie de explosiones atronó en medio de la noche haciendo saltar los puestos de guardia, giró la llave que desconectaba el fluido a la verja electrificada de la Valla. Con un simple gesto de muñeca había desactivado la defensa más poderosa del complejo sin que nadie se diese cuenta. Las luces parpadearon un momento, cuando el súbito bajón de consumo provocó un pico de energía que los acumuladores no pudieron digerir.

—¿Qué ha sido eso? —Judith se volvió desconfiada—. ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada —replicó Louis con las palmas levantadas—. Supongo que todas esas explosiones habrán hecho volar por los aires algún alternador de energía. Tengo que revisarlo.

Judith se le quedó mirando un largo rato con el ceño fruncido, tratando de averiguar si había algo más detrás de sus palabras.

—Está bien, pero date prisa. —Se volvió hacia uno de los muchachos de la Guardia—. Tú, corre hasta La Lanza y entérate de lo que está pasando. Los demás, cerrad las puertas y poneos en posición. No podemos permitir que el generador deje de funcionar.

Louis sonrió con malicia bajo su mostacho, pero su expresión se vio pronto sustituida por otra de preocupación. A lo lejos se empezaban a oír los primeros disparos.

Casi en el mismo instante, Richard, que había tenido que desandar parte del camino, corría jadeando hacia la Valla en el sector que no estaba vigilado, seguido por sus acompañantes. La garita de aquella zona había volado por los aires y parte del blindaje de la muralla se había desmoronado, doblado sobre sí mismo como si hubiesen usado el abrelatas más grande del mundo. Cuando llegó a la altura de la verja electrificada se detuvo a su pesar.

Años de experiencia le habían inculcado a fuego que aquel trozo de metal enrejado no se debía tocar JAMÁS. Sin embargo, allí estaba, en medio de la noche y alumbrado por las llamas de la Valla, a punto de hacer aquello contra lo que él mismo había advertido a una promoción tras otra de ayudantes.

—Si veis que sufro una descarga, corred hacia el bosque y escondeos —aleccionó a sus muchachos—. No intentéis apartarme o tocarme de ninguna manera o también moriréis.

Estiró su mano vacilante hasta que estuvo a menos de un centímetro de la reja. Respiró hondo y, con un último recuerdo para Albert, cerró con fuerza su puño sobre el enrejado.

No pasó nada. La verja estaba fría y era tan inofensiva como puede ser un simple trozo de alambre colgado entre varios postes.

Richard mandó un secreto mensaje de agradecimiento a Louis y comenzó a trepar por la verja. La malla oscilaba cada vez que apoyaba los pies en ella, y cuando los muchachos comenzaron a trepar tras él, se sacudió peligrosamente bajo su peso combinado, pero no cedió. Se dejó caer al otro lado y cruzó los tres metros que le separaban de la base de la Valla propiamente dicha.

La superficie exterior del muro compuesto de planchas de acero era lisa, pero aquí y allá había remaches que les podrían servir de asidero para trepar. La explosión había desmontado parte de la estructura y tan solo tendrían que subir unos tres o cuatro metros antes de llegar a una zona desgarrada por la que podrían colarse en el interior.

La ascensión fue lenta y dolorosa. Los remaches estaban cubiertos de verdín tras décadas expuestos a la intemperie y se les escurrían entre los dedos. Más de una vez alguno de ellos pegó un resbalón que lo dejó peligrosamente colgado de un solo punto, mientras los otros le miraban impotentes. Por fin

Richard llegó a la parte reventada y se deslizó como pudo por la abertura que había provocado la explosión.

Estaba en el nivel intermedio del muro, una zona de descanso justo antes de las escaleras que llevaban a la garita y a la ronda de guardia, unos metros por encima de su cabeza. La escalera y el pasillo superior habían desaparecido a causa de la explosión, pero en el rellano donde se había colado yacía un cuerpo carbonizado, cuya boca aún estaba abierta en un grito postrero de sorpresa y dolor. El cuerpo estaba tan desfigurado que era imposible identificar ni siquiera su sexo, pero en su brazo todavía llevaba atado el brazalete rojo de la Guardia de Hermes, algo chamuscado por las llamas.

Uno de los chicos llegó a su lado y contempló el cadáver con gesto de horror. Se puso tan blanco como el papel y tuvo que esforzarse para contener una arcada.

—Es el primer muerto que ves, ¿verdad? —Richard suspiró pasando un brazo sobre su hombro—. Normalmente no suele ser tan malo. Pero escúchame: ahora necesito que te concentres.

El segundo muchacho se colocó a su lado y ya tan solo faltaba uno de ellos por encaramarse al rellano cuando se produjo la catástrofe. El último chico apoyó el pie en una de las lajas de acero que la explosión había deformado y que estaba colgando en el vacío, apenas sujeta por un solo punto. Aquella lámina de metal, colocada allí doscientos años antes por el destacamento militar que había construido la Valla, había sido desplazada de su sitio y todo su peso recaía sobre un único perno, viejo y oxidado, al límite de su capacidad de tracción. Dio igual que el chico fuese el más menudo del grupo; cuando su peso se sumó al de la plancha de acero, fue demasiado para el perno y este se partió limpiamente dejando caer el metal, que se desplomó rebotando contra el resto de la empalizada en una cacofonía de golpes que se tuvo que oír a kilómetros.

Richard estiró su brazo y asió por la muñeca al muchacho justo un segundo antes de que siguiese el camino de la plancha de acero. El chico se agarró a la mano del jefe con una expresión de terror absoluto dibujada en la cara.

—¡Ya te tengo! —gritó Richard.

Atraído por el ruido, uno de los focos aún operativos se giró hacia aquel punto y los enmarcó en su chorro de luz. El jefe de Seguridad bizqueó deslumbrado, atrapado bajo el foco con el chico todavía colgando del aire. Comenzaron a oírse gritos de alarma a lo largo de todo el muro y un primer disparo zumbó demasiado cerca de ellos.

Richard dio un fuerte tirón y se desplomó en el interior del rellano, arrastrando consigo al muchacho, justo cuando una tormenta de proyectiles repiqueteó con furia contra el lugar que habían estado ocupando apenas un

segundo antes.

—¡Nos han descubierto! —gritó el chico—. ¡Y nos están disparando!

—¿Y qué esperabas que hicieran, mandarte besos? —replicó Richard mientras amartillaba su fusil—. ¡Responded al fuego, vamos!

Los fusiles empezaron a crepitar a medida que devolvían el fuego cruzado que les llovía de todas partes. Se agruparon como pudieron en el pequeño espacio del rellano, levantando varias de las piezas de metal retorcido para montar un parapeto improvisado. Sin ningún rubor, Richard dio la vuelta al cuerpo carbonizado del guardia y lo colocó en un lateral justo a tiempo. Un *choop, choop* acuoso le hizo saber que un par de balas se habían incrustado en aquel cadáver, en su camino hacia ellos.

—¡Tenemos que bajar las escaleras! —dijo a gritos por encima del sonido de las armas. Las detonaciones eran ensordecedoras y los oídos ya le pitaban—. ¡Hay que salir de aquí! ¡Todavía no, espera!

Uno de los muchachos se levantó impetuoso y corrió hacia el arranque de las escaleras sin esperar a que Richard marcase el momento. Antes de dar tres pasos, algo pesado y caliente le entró por la mejilla y le hizo dar una pirueta torpe. Soltó el fusil y en ese momento cuatro o cinco balas le alcanzaron en rápida sucesión. El muchacho se desplomó en el suelo, muerto antes de que su cuerpo dejase de sacudirse bajo las balas.

—¡Joder! —Richard se refugió detrás de la plancha de metal maldiciendo a gritos.

Los guardias los tenían localizados y ya se habían dado cuenta de que solo tenían dos caminos posibles, o bien por las escaleras o volviendo sobre sus pasos por el muro, y ambos extremos estaban bajo una lluvia de fuego. Sin poder levantar demasiado la cabeza, Richard vio cómo desde una de las torres se afanaban en desmontar una enorme ametralladora pesada, cuyo ángulo de giro no permitía alcanzar su posición. En cuanto la bajasen al suelo y la apuntasen hacia ellos, los harían picadillo en cuestión de minutos, sin tener que arriesgar el pescuezo.

Con una súbita sensación de amargura, Richard descubrió que estaban copados.

Iban a morir allí.

Mientras tanto, en el interior del monasterio Anna escuchaba los primeros disparos. La doctora, centrada en un paseo nervioso desde que escuchó las primeras explosiones, supo que había llegado su momento. Salió al pasillo y bajó a toda velocidad las escaleras que llevaban hacia el claustro. El patio estaba desierto y en penumbra, sin rastro de ninguno de los guardias que tendrían que haber estado allí, y que habían salido en tropel hacia la Valla. Lo cruzó a toda

velocidad y embocó el pasadizo lateral que llevaba hacia la iglesia.

Cuando entró allí, lo primero que le sorprendió fue la oscuridad total. Alguien había decidido que era mejor dejar esa zona sin luz en medio del tiroteo y un murmullo de voces preocupadas le hizo saber que toda la gente que se encontraba allí se agitaba nerviosa, sacudida por el vendaval de violencia que se había desatado fuera.

Avanzó a ciegas hasta el armario situado al lado de la antigua sacristía y lo abrió. Sus dedos tantearon en el interior hasta que encontró una de las linternas de emergencia, giró la manivela que cargaba la batería y un débil rayo de luz dispersó las tinieblas que la rodeaban. Miró a su alrededor preocupada. Si todavía quedaba algún guardia, tendría un serio problema. Por suerte, todos los vigilantes estaban en el exterior, demasiado ocupados en medio del caos como para preocuparse de lo que sucedía allí dentro.

Sacó la lista que llevaba en un bolsillo y la consultó a la luz de la linterna. Tenía anotados los nombres de dos docenas de personas que sabía a ciencia cierta que aún no habían mostrado el menor síntoma ligado a la plaga, o al menos no lo habían mostrado en el último chequeo médico que había hecho aquella mañana. Al lado de cada nombre estaba anotado el número de celda donde estaban encerrados.

Recorrió el pasillo hasta llegar a la primera de ellas. No tenía las llaves, por supuesto, pero llevaba consigo una pata de cabra que había robado del almacén aquella misma mañana. Colocó la herramienta contra el tirador e hizo palanca. Durante un angustioso segundo dio la sensación de que el cierre no cedería, pero finalmente saltó con un chasquido seco. Recuperando el resuello, abrió la puerta y enfocó la linterna hacia el interior.

—Consejero Sethlas, me alegro de verle —murmuró con una sonrisa tensa.

—¡Anna! ¿Qué está sucediendo? ¿Nos atacan los Hostiles?

—Nada de eso. El jefe Richard está tratando de liberarnos.

—Pero ¿cómo...?

—No tenemos tiempo para explicaciones ahora. ¿Me va a ayudar sí o no?

Por toda respuesta el grueso hombre salió de su celda y arrebató la pata de cabra de las manos de la doctora. Ella le indicó la siguiente celda y el herrero reventó la cerradura con una facilidad pasmosa.

Fueron siguiendo el pasillo y abriendo las puertas que indicaba Anna. A medida que avanzaban, el clamor y los gritos de la gente encerrada arreciaba, conscientes de que algo estaba pasando. A Anna le encantaría abrir todas las celdas, pero no podía arriesgarse a liberar a una multitud de varios cientos de personas desorientadas y confusas en medio de un caos como aquel. Tendría que limitarse a los jefes de servicio y a aquellos capaces de actuar en el momento

adecuado del plan.

Sethlas destrozó una de las últimas cerraduras marcadas y justo en ese momento la puerta se abrió impulsada por una patada demoledora, justo antes de que su ocupante se abalanzase sobre Anna.

La doctora, que estaba desprevenida, se quedó horrorizada al ver la expresión enloquecida de Arcadius, el afable jefe de Cocinas. Sus ojos parecían fuera de sus órbitas y se había mordido la lengua hasta llenarse la boca de sangre. El hombre le dedicó una sonrisa de lunático ensangrentada y la empujó al suelo con violencia. La cabeza de Anna chocó contra las losas y durante un segundo una constelación de estrellitas danzó en su campo de visión. Pero entonces el demente se arrojó sobre ella y comenzó a apretarle el cuello con fuerza mientras barbotaba palabras inconexas.

Anna sintió que se quedaba sin aire. Se debatió bajo el peso del hombre tratando de respirar, pero las manos de Arcadius parecían dos garras de acero que apretaban cada vez con más fuerza en torno a su cuello. Su visión comenzó a enturbiarse y un dolor palpitante le golpeó las sienes. Con desesperación, comprendió que estaba a punto de perder el conocimiento, asfixiada, cuando la presa sobre su garganta se aflojó de repente. La joven dio un par de largas boqueadas, inundando sus pulmones de oxígeno. Tosió varias veces y se llevó la mano al cuello dolorido. Cuando por fin pudo enfocar la mirada, vio el cuerpo desmadejado del cocinero tumbado a su lado, inconsciente y con un reguero de sangre en la sien. De pie, Sethlas sostenía la pata de cabra y observaba la escena con profunda aprensión.

—Espero que no haya más de estos, doctora. No soy un hombre violento, no sé si sabe lo que quiero decir.

—Menos mal que estabas aquí. —Le tendió la mano para que la ayudase a incorporarse. Miró al grupo que se apretujaba entre las sombras tembloroso y contó una docena de cabezas—. Es suficiente. Sois todos los miembros del Consejo y jefes de Servicio que quedáis con vida. Con vosotros ha de llegar.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Sethlas—. No tenemos armas.

—Debemos esperar aquí a que acabe el tiroteo y entonces, y solo entonces, salir. No podemos arriesgarnos a caer en el fuego cruzado.

—¿Salir cuando acabe el tiroteo? No entiendo...

Pero Anna ya no le prestaba atención. Fuera, los disparos arreciaban y se oían las detonaciones confusas de las armas.

Frunció el ceño. Se suponía que tenía que ser un ataque breve, quirúrgico, y sin más objetivo que Hermes. Aquel vendaval de fuego que se oía en el exterior no se parecía nada a eso. Sonaba a batalla abierta.

Algo había salido mal.

En el molino, Louis se daba nerviosos tirones en el bigote. Él también había comprendido que algo no marchaba como estaba planeado. El rugido del tiroteo aumentaba por momentos y eso solo podía significar que el plan original de acabar con la vida de Hermes había fracasado. Sin duda, Richard y sus chicos se habían encontrado con más resistencia de la esperada o la infiltración había fracasado por algún motivo que no se podía imaginar. El hombre apretó los puños sintiéndose impotente. A muy poca distancia un amigo suyo estaba a punto de morir y no había nada que él pudiese hacer.

Justo en aquel instante el mensajero que Judith había enviado hasta La Lanza regresó a la carrera. Los pasos del muchacho resonaron con fuerza sobre la pasarela de madera que daba acceso al molino y antes de que llegase a la puerta ya le habían franqueado el paso. El muchacho se detuvo, doblado sobre sí mismo, tratando de recuperar el resuello después de una rápida carrera de ida y vuelta.

—¿Y bien? ¿Qué está pasando? —le urgió Judith inquieta.

—El jefe... —El muchacho jadeó en busca de aire—. El jefe Richard ha asaltado la aldea con un grupo de chicos. Han volado algunas barbacanas y hay fuego en la Valla, pero los tienen acorralados en el distribuidor del rellano principal.

—No es el jefe de nada, son una pandilla de renegados, nada más. ¿Estás seguro de eso? —Judith se mordió una uña impulsiva—. ¿Están atrapados?

—Los tienen cercados por ambos lados. —Mientras hablaba, se secaba el sudor de la frente con la manga sucia de su mono—. Iban a colocar la ametralladora pesada en posición para sacarlos del rellano a la fuerza justo cuando me iba de allí. No creo que tarden mucho.

—Eso está bien —asintió satisfecha—. ¿Te ha dado Hermes algún mensaje para mí?

—Hermes estaba en el atrio de la iglesia dirigiendo las operaciones para apagar el fuego, atender a los heridos y acabar con el grupo del jefe... de los renegados. Dice que debes mantener la Bestia a salvo a toda costa y evitar que falle la electricidad.

Judith miró pensativamente por la ventana. A lo lejos, los destellos de las detonaciones alumbraban la noche en un rosario de breves fogonazos que rebotaban contra las nubes bajas. A su espalda, Louis comenzó a andar a paso lento hacia la mesa de control, con la suavidad de un gato, evitando llamar la atención. Richard estaba atrapado y con toda probabilidad iba a morir en pocos minutos. La cabeza de Louis funcionaba a mil por hora intentando buscar alguna solución al problema. En una esquina, uno de los guardias miraba por la ventana hacia el tiroteo, con el fusil de asalto apoyado de forma indolente en el suelo, a

su lado. Quizá si se lo arrebatara en un despiste y después...

Louis meneó la cabeza furioso. Aquello no serviría de nada. Aunque consiguiese el arma, no podría reducir a la media docena de chicos que montaban guardia en el molino, no con sus manos en aquel estado, y aunque por algún milagro lo pudiese hacer, no sería capaz de cruzar la distancia hasta La Lanza a tiempo para ayudar a Richard, y eso en el caso de que pudiese llegar hasta él sin llamar la atención.

Sin llamar la atención.

Una idea descabellada empezó a tomar forma en su mente. El mensajero había dicho que Hermes estaba en el atrio coordinando a sus tropas. Debajo del atrio se almacenaban las baterías acumuladoras que mantenían La Lanza en marcha cuando se desconectaba la Bestia. Louis conocía aquellos pasillos estrechos y atestados de baterías mejor que nadie. Y también sabía que al fondo de uno de ellos se guardaba uno de los tesoros más preciados de La Lanza, los últimos cuatro barriles de combustible que posiblemente quedasen en aquella parte del mundo. Simon había decidido guardarlos allí muchas décadas atrás, por si algún día encontraban un vehículo en condiciones de marcha, cosa que jamás había sucedido.

Podría funcionar..., se dijo. El motor principal de la Bestia zumbaba a toda potencia, ajeno al caos que se había desatado en el poblado. Louis tenía potencia de sobra en la maquinaria: una vez que la verja electrificada había sido desconectada, varios miles de voltios se estaban desperdiciando en aquel momento. Si consiguiese lanzar toda aquella energía de golpe hacia los acumuladores, quizá..., solo quizá...

El problema era que para ello tenía que desconectar los limitadores y después activar las llaves principales de paso, y esos mandos estaban casi en los dos puntos opuestos de la nave. Habían diseñado el sistema así a propósito para evitar que alguien provocase por accidente lo que él pretendía hacer en aquel mismo momento. Tendría que moverse deprisa.

Louis caminó hasta el panel donde estaban los limitadores y comenzó a bajarlos uno a uno. Las luces del tablero pasaron de rojo a verde cuando el caudal de energía quedó liberado. El padre de Eva sentía el sudor corriendo por su espalda: sabía que si alguien se daba la vuelta y le veía, era hombre muerto.

En cuanto bajó el último limitador echó a andar hacia el tablero principal de control. Tan solo tendría que girar una serie de tres llaves y todo aquel torrente eléctrico viajaría en un segundo hacia La Lanza. La mesa de control estaba cada vez más cerca. Diez pasos, ocho, seis, cuatro...

—¡Eh! —Judith le observaba con expresión desconcertada—. ¿Se puede saber qué coño estás haciendo?

Louis echó a correr hacia el tablero al tiempo que ella desenfundaba la pistola y le apuntaba.

—¡No te muevas! ¡Detente!

Louis llegó al tablero justo cuando Judith apretaba el gatillo. Logró girar la primera llave justo antes de que la bala le alcanzase en el costado. Un dolor indescriptible comenzó a arder en su interior mientras giraba el segundo conmutador, conforme otras dos balas hacían blanco. Aún pudo ver cómo su sangre salpicaba el tablero de mandos justo antes de que una enorme ola de oscuridad le cegase. Se desplomó sobre el tablero sintiendo que de repente sus brazos y sus piernas ya no le obedecían. La cabeza golpeó contra la pantalla y rebotó hasta caer sobre el cuadro de mandos, en un extraño ángulo. Justo antes de que la ola de oscuridad le engullera por completo pudo ver a Judith corriendo hacia él con expresión desencajada. Reuniendo sus últimas fuerzas, giró la tercera llave, que parecía pesar una tonelada. Y entonces la oscuridad le devoró.

En algún lugar, dos metros por debajo, un conmutador cambió de posición y la bobina de la Bestia lanzó una descarga de más de doce mil voltios, libre de las ataduras eléctricas que la retenían. La descarga cruzó el cable subterráneo que llevaba a La Lanza en menos de un segundo, achicharrando de paso toda la conducción a causa de la súbita sobrecarga hasta llegar a la línea de baterías oculta bajo el atrio de la iglesia.

La línea de cientos de baterías cubiertas de polvo sufrió de repente una descarga de potencia para la que no estaba preparada. Una tras otra comenzaron a reventar con violencia, como una traca de petardos, liberando una nube de ácido, plástico y gases tóxicos. Las baterías situadas al fondo estallaron y un trozo incandescente de metal y plástico salió volando a toda velocidad hasta impactar contra un lateral de uno de los bidones depositados allí. El pedazo de metralla al rojo vivo perforó el metal del barril como un cuchillo atravesando una barra de mantequilla y se sumergió en el combustible prendiendo fuego al contenido.

Y entonces todo el pequeño sótano voló por los aires en medio de una inmensa bola de fuego.

Richard recargaba su fusil con los últimos proyectiles que le quedaban. Las balas repiqueteaban a su alrededor como una granizada intensa y el jefe maldecía su propia meticulosidad con la munición. Ni uno solo de los fusiles que le disparaban se había encasquillado. En el patio, dos muchachos de la Guardia ya tenían colocada la ametralladora pesada y tan solo era cuestión de segundos que abriesen fuego contra ellos. Una vez que lo hiciesen, el ligero parapeto que los cubría sería tan inútil como una hoja de papel.

—¡Escuchadme bien! —gritó a los dos aterrorizados chicos que le

acompañaban. Uno de ellos tenía una mancha oscura en su pantalón y el otro sollozaba hecho un ovillo en el suelo. Aquella situación los sobrepasaba por completo—. ¡Cuando yo os avise, vamos a correr hacia...!

La frase quedó incompleta porque justo en aquel momento una explosión aún más formidable que las de la Valla sacudió todo el complejo. Richard asomó la cabeza con cuidado por encima del parapeto y vio una enorme bola de fuego levantándose sobre el lugar donde un instante atrás había estado el atrio de la iglesia. Trozos ardientes volaban por los aires y caían sobre los techos de paja de algunas cabañas prendiéndoles fuego casi de inmediato. Un penetrante olor a combustible y madera quemada flotaba en el aire. Los gritos de confusión aumentaron por todas partes y durante un segundo el tiroteo se detuvo por completo, mientras los asombrados guardias miraban hacia el interior del complejo.

—¡Ahora! —aulló—. ¡Vamos!

Se levantó de un golpe y arrastró consigo a los dos muchachos, sujetando a cada uno de ellos por el cuello. Saltaron por encima del cuerpo de su camarada caído y los arrojó por las escaleras sin contemplaciones antes de zambullirse él mismo por el hueco que llevaba a la planta baja.

Al tocar el suelo firme sintió que sus esperanzas renacían. Tan solo tenía que encontrar a Hermes. Corrió entre las chozas en llamas, mientras a su espalda se reanudaba el tiroteo, sin que los guardias fuesen conscientes de que estaban abriendo fuego contra un sitio donde ya no había nadie. Solo se detuvo, estupefacto, al llegar al pie de las escaleras de la iglesia. Donde había estado el atrio tan solo había un enorme agujero de piedras removidas del que salían unas llamas rugientes. Una espesa nube de humo negro le hizo toser y dio un par de pasos atrás desorientado.

Hermes debería haber estado allí. Y sin embargo, lo único que tenía delante de él era un rugiente infierno de fuego.

—Se ha acabado —musitó—. Está muerto.

Se volvió hacia los chicos y los enterró en un abrazo de enorme alivio. Lo habían conseguido. Habían cortado la cabeza de la bestia. Volvían a tener La Lanza en manos de sus habitantes.

El chasquido de unos cerrojos de fusil le helaron la sangre en las venas. Levantó la cabeza y vio un círculo de guardias tiznados de hollín que le apuntaban con rostro pétreo.

—Joder, Richard, sí que te gusta hacer las cosas difíciles.

Hermes se abrió paso entre los guardias. El joven presentaba un aspecto lamentable. Una profunda brecha en la sien le empapaba el cuello de sangre y quemaduras de aspecto doloroso cubrían uno de sus brazos. Se acercó cojeando

hacia el interior del círculo.

—Se ha acabado —gruñó—. Soltad las armas, ahora.

Richard palideció, pero empuñó el fusil con fuerza. A su lado, los dos muchachos supervivientes se apretaron contra él, en un gesto inconsciente de protección.

Hermes levantó la pistola y disparó un único proyectil contra el que estaba a su derecha. El muchacho salió proyectado hacia atrás como si le hubiesen dado una coz y se desplomó en el suelo como un fardo de ropa abandonada.

—No lo voy a repetir. —La voz era amenazadora—. Soltadlas ahora mismo.

Desde una esquina del poblado, Abel había asistido a la voladura de las barbacanas con una emoción que le hacía vibrar como un diapasón. Cada vez que uno de los explosivos que había plantado detonaba, el joven sentía una alegría salvaje y una especie de secreta satisfacción al pensar en todas las humillaciones que había tenido que sufrir a manos de los mismos que en aquel momento saltaban por los aires. Pero al cabo de unos minutos su entusiasmo se había enfriado. Había sido testigo de cómo el asalto de Richard se quedaba estancado en la Valla y había contemplado impotente cómo los cercaban en el pequeño espacio intermedio del muro.

Entonces, cuando todo parecía perdido, el atrio donde estaba Hermes impartiendo órdenes había saltado por los aires con una violencia colosal. La onda expansiva había sido tan potente que Abel, oculto tras las paredes de una de las cabañas, había volado un par de metros hasta caer en una de las cochiqueras de los cerdos, que gruñían presos de espanto.

—Otra vez cubierto de mierda —masculló enojado mientras se levantaba—. ¡Joder!

Su atención volvió hacia el lugar que había ocupado Hermes. El atrio ardía, las centenarias piedras desmontadas como el mecano de un niño travieso repartidas por toda la plaza principal. Entonces vio cómo tres figuras se acercaban y se detenían al pie del fuego. Desde la distancia reconoció una de las siluetas que se recortaban contra las llamas como la del jefe Richard y su corazón dio un salto de gozo. Echó a caminar hacia ellos cuando de repente se detuvo petrificado. Un grupo de guardias comenzaron a rodearlos mientras Hermes, salido de las sombras, los observaba con una mirada de odio tan reconcentrado que podría derretir acero.

El líder de La Lanza se acercó hasta ellos y les dijo algo que Abel no pudo oír en la distancia. Luego, sin mediar más palabras, disparó contra uno de los chicos que acompañaban a Richard, matándolo en el acto. Abel notó cómo un reflujo ácido le trepaba por el estómago amenazando con hacerle vomitar. La

amarga sensación del fracaso le invadía y sentía unas irrefrenables ganas de llorar. Entonces se fijó en que a pocos metros a su derecha, el cuerpo retorcido de uno de los guardias que habían salido volando por la explosión del atrio aún sostenía un arma entre las manos.

Lo hizo casi sin pensarlo. En algún lugar de su mente, el chico de la mierda, el hermano tonto de Judith, el chaval medio bobo que había sido objeto de burlas y bromas durante tanto tiempo dijo «basta». Aquello tenía que acabar. Sujetó el fusil y avanzó de forma sigilosa hacia el grupo, con un torrente de adrenalina rugiendo en sus venas. No tenía miedo y por primera vez en mucho tiempo se sentía bien y en paz consigo mismo. Por primera vez sabía lo que debía hacer sin la menor sombra de duda.

Caminó hasta llegar a apenas cinco metros de ellos y entonces se detuvo, para adoptar la posición reglamentaria de tiro que había aprendido en la instrucción: piernas un poco separadas, culata contra el hombro y cañón ligeramente apuntando hacia el suelo. Revisó por última vez el seguro y luego, lleno de un valor insólito, levantó la cabeza.

—¡Hermes! —gritó.

El aludido se volvió hacia la voz desconcertado. La expresión de asombro de su cara fue tan cómica que Abel sintió un regusto malévolo justo antes de apretar el gatillo.

Y cuando lo hizo, no pasó nada.

El arma se había encasquillado.

Richard observó atónito cómo Abel surgía de entre las sombras. Algo en la forma de caminar del muchacho le llamó la atención. Tenía un aplomo y una seguridad como jamás había observado en él.

Cuando Abel apretó el gatillo y el arma no se disparó, el chico miró confuso el fusil y trató de mover el cerrojo para colocar otra bala, pero ya era demasiado tarde. Hermes levantó su pistola y disparó tres veces en rápida sucesión contra él. Una de las balas le alcanzó en el cuello y las otras dos se enterraron en su pecho. El muchacho se desplomó, muerto antes de tocar el suelo, con una patética mirada de perplejidad pintada en el rostro.

Hermes bajó el arma sacudiendo la cabeza.

—El puto chico de la mierda —masculló—. Tenía que haberlo sospechado desde el principio.

Escupió en el suelo con gesto agotado.

—Richard, tienes que explicarme algo antes de que te mate. ¿Cómo has hecho para convertir a ese mequetrefe en...?

—¡Hermes! —El grito resonó con tanta fuerza que todas las cabezas se volvieron a la vez.

Judith estaba entre las cabañas más cercanas al atrio, iluminada por las llamas. Su ropa estaba empapada en sudor después de la carrera que se había dado desde la Bestia hasta allí. Miraba al chico con los ojos muy abiertos y una agonizante chispa de cordura bailoteaba en ellos, incapaz de centrarse. Su mirada iba del cadáver de su hermano a Hermes, que todavía sostenía la pistola humeante en la mano.

—Ah, Judith, es genial que estés aquí —dijo Hermes—. Vamos a acabar con este asunto de una vez por todas.

—Has matado a mi hermano. —La voz de Judith sonaba seca y monocorde, como la de un robot que se queda sin baterías.

—Era estúpido y débil, ya lo sabías. Le he hecho un favor. No había lugar para él en el nuevo mundo que tú y yo vamos a construir juntos.

—Has matado a mi hermano —repitió ella con el mismo tono.

—¡Él quería matarme a mí! ¡Acabar con todo lo que intentamos levantar juntos! ¡Impedir que fuésemos libres! ¡Tú en mi lugar habrías hecho lo mismo!

Judith parpadeó un par de veces mientras unas lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas. Se frotó los ojos con una mano sucia y miró al chico de El Cuenco con una expresión intensa.

—Hermes, mi amor —dijo con la voz quebrada—. Te quiero.

Él sonrió mientras daba un par de pasos confiados hacia ella.

—Y yo a ti. Pero ahora ha llegado el momento de acabar con esto. Ayúdame. Sé mi brazo de justicia.

Judith dio un par de pasos y levantó la pistola. Apuntó hacia Richard con un leve temblor en sus manos.

—Te quiero —repitió.

Y entonces giró el arma a toda velocidad y disparó dos veces contra Hermes. Las balas atravesaron el estómago y el pecho del muchacho, que se dobló por la cintura antes de derrumbarse.

El silencio que se hizo en la plaza fue total. Tan solo se oían los chasquidos del fuego devorando la madera de las cabañas. Judith se acercó hasta Hermes, que boqueaba en el suelo ahogándose en su propia sangre. El chico giró sus ojos enloquecidos hacia Judith, que se inclinó sobre él y le acarició delicadamente la mejilla.

—Te quiero, amor —susurró por tercera vez, con las mejillas arrasadas por las lágrimas—. Pero era mi hermano. Todo lo que me quedaba en esta vida. Cuando lo has matado, me has hecho daño. No podía permitirlo. No podía permitir que otro hombre me volviese a hacer daño, aunque fueses tú. Entiéndeme.

Hermes trató de decir algo, pero una convulsión le sacudió. Una burbuja espumosa de sangre asomó por su boca y su cuerpo se agitó hasta quedar inmóvil.

Judith se dejó caer en el suelo, agotada, mientras los últimos hilos de la cordura se deshilachaban en su cabeza. La pistola con la que había matado a su amante se escurrió de sus manos y cayó con un golpe sordo. Un gemido prolongado se escapó de su pecho cuando comenzó a sacudirse entre sollozos, acunando la cabeza de Hermes en su regazo.

Los guardias que los rodeaban se removían inquietos, sin saber muy bien qué hacer. A falta de Hermes, era Judith quien tendría que haber tomado el mando, pero la joven parecía a millones de kilómetros de allí.

—Se acabó —dijo Richard con voz potente—. Esta locura ha terminado. Dejad las armas en el suelo. No tiene que morir nadie más esta noche.

Los chicos dudaron haciendo oscilar sus cañones. Un par de ellos bajaron las armas, pero otros mantenían a Richard en su punto de mira impassibles.

En ese momento las puertas de la iglesia se abrieron y salió Anna seguida de una docena de adultos. Cuando vieron el desastre en que se había transformado el poblado, algunos soltaron un grito de asombro. Los cañones de los guardias, cada vez más titubeantes, se giraron hacia los recién llegados.

—Nadie más morirá esta noche —repitió Richard—. Bajad las armas.

El grupo de adultos se acercó. Al lado de Anna se destacaba la recia figura de Sethlas, que se adelantó.

—Somos vuestros padres —dijo—. Somos vuestros hermanos, somos vuestros tíos y abuelos. ¿Qué vais a hacer? ¿Vais a disparar contra nosotros?

Más rifles titubearon, más guardias bajaron las armas, con la confusión pintada en el rostro, como si estuviesen despertando de un mal sueño.

—¿Hijo? —dijo una voz de mujer de entre el grupo de adultos.

—¡Mamá! —gritó uno de los guardias, que dejó caer el fusil y se lanzó corriendo hacia la mujer. Los dos se fundieron en un abrazo profundo, ajenos al resto del mundo.

Aquello fue suficiente. Los guardias comenzaron a bajar sus fusiles, algunos llorando y otros todavía confusos por lo que acababa de pasar. Sethlas y un par de adultos se adelantaron y empezaron a apilar las armas en una esquina, mientras otro grupo se organizaba con los muchachos para intentar apagar los incendios que devoraban la aldea.

—¡Richard! —Anna se abrió paso a empujones hasta el exhausto jefe de Seguridad, que se mantenía en pie a duras penas.

Al llegar a su lado se abrazó a él y el hombre la envolvió en sus brazos. Como si fuese lo más natural del mundo, se fundieron en un apretón bastante más largo e intenso de lo que correspondería. La doctora hundió su nariz en el cuello de Richard. El hombre olía a sudor, pólvora y adrenalina, en una mezcla que, de forma sorprendente, no resultaba desagradable. Era casi embriagadora.

Anna se soltó al cabo, con las mejillas arreboladas y la emoción pintada en el rostro. Estaba eufórica.

—¡Lo hemos conseguido, Richard! —dijo ella exultante—. ¡Lo hemos hecho!

El jefe de Seguridad la contempló con una sonrisa enorme. Giró la cabeza en todas direcciones, mirando el caos que le rodeaba como si lo viese por primera vez.

—Lo hemos conseguido —repitió él con voz tranquila—. Por fin ha acabado.

Y entonces se introdujo el cañón de la pistola en la boca y apretó el gatillo.

ARCADIA

En la penumbra del despacho abandonado, Andrea acercó el auricular a su oído con una lentitud espantosa. Se sentía atrapada en una pesadilla vivida ya mil veces, solo que en esta ocasión era real.

—¿Hola? —musitó con voz temblorosa, demasiado frágil para su gusto. Sonaba aterrorizada y realmente lo estaba.

—Hola, Andrea —contestó una voz desde el otro lado de la línea.

Dos palabras bastaron para desencadenar una tormenta dentro de su cabeza. Un regusto viscoso le recorrió el paladar, como si acabase de beber una poción amarga. Una tormenta de imágenes, fotogramas sueltos de la vida de otra persona que había sido ella, la inundaron de golpe, en un torrente tan salvaje que le resultaba difícil quedarse solo con una.

Las imágenes se sucedían sin parar, como flashes en una habitación oscura, mezclándose en un magma tornasolado imposible de controlar. Se veía a sí misma con un camisón, de pie delante de una ventana llena de gotas de lluvia, contemplando los árboles que se mecían con el viento en el exterior. Veía una pulsera de plástico llena de símbolos en su muñeca, y con su nombre escrito. Otra imagen, una sala llena de gente en pijama, todos ausentes y concentrados en lo que hacían. No, no hacían nada, más bien estaban encerrados en su mundo, contemplando algo que quedaba más allá del alcance de cualquiera de ellos. Catatónicos. Ausentes. En otra galaxia.

Y ella también. Se veía a sí misma con la mirada perdida, las pupilas dilatadas y un chorro de saliva descolgándose de su mentón flácido. Veía a un enfermero corpulento que se acercaba y le hablaba con ternura mientras le pasaba un vaso de plástico lleno de agua y unas pastillas. Sentía cómo de repente todo se volvía más blando y borroso, a medida que aquellas pastillas le hacían efecto y su mente viajaba aún más lejos.

De nuevo en su habitación, veía al hombre del traje blanco, elegante e impecable, con su corbata de color crema anudada al cuello en un bonito doble Windsor, a juego con su traje de lino. Sentía cómo la observaba mientras ella yacía en la cama, sus miembros transformados en trozos de plomo imposibles de mover. El hombre daba vueltas alrededor del lecho diciendo algo que no podía oír. Sintió cómo el hombre le subía el camisón, dejando sus piernas al aire, totalmente expuesta e indefensa. Notó las manos sorprendentemente cálidas del hombre bajándole las bragas, y la invadió una sensación de terror absoluto. El hombre pasó las yemas de los dedos sobre una de sus ingles, justo donde llevaba el tatuaje, y le oyó murmurar algo con satisfacción. El Hombre de Blanco le

volvió a colocar la ropa interior en su sitio y le hizo una caricia afectuosa con el dorso de la mano en la mejilla. Era una sensación extraña, placentera y repugnante a la vez.

La imagen se disolvió para ser sustituida por otra. Estaba en el pasillo que llevaba al laboratorio. Estaba oscuro y era de noche. *¿Cómo diablos podía saberlo?* El Hombre de Blanco parecía nervioso y miraba todo el rato por encima de su hombro, mientras cogía la mano blanda de ella y la colocaba sobre el panel táctil que permitía abrir la puerta. Las luces del control bailaron un rato hasta que su huella quedó registrada y el hombre suspiró satisfecho. Entonces se volvió hacia ella y la sujetó por los hombros mientras la miraba con fijeza. Notaba su mente floja y blanda, como si alguien le hubiese abierto la cabeza de par en par y estuviese tirando de los hilos de su intelecto.

«Escúchame bien, Andrea —dijo el hombre—. Quiero que olvides todo lo demás, pero esto lo recordarás. Si alguna vez las cosas se salen de control, si corres riesgo de verdad, ven a buscarme.»

La frase resonó como un aldabonazo en su cabeza. En la imagen que veía, se contempló a sí misma asintiendo débilmente.

«Sabrás cómo hacerlo, lo llevas escrito en la piel. Cuando sea el momento, te darás cuenta. Ahora, un último favor antes de despedirnos.»

Atrapada en una pesadilla viscosa, Andrea contempló cómo el hombre sujetaba de nuevo su mano y la conducía hasta el conmutador eléctrico situado junto al elevador. Deseaba gritar, deseaba aullarse a sí misma que se detuviese, que no hiciese aquello, pero era imposible.

«El mundo ya no les pertenece a ellos, mi querida niña. Ahora es tiempo de una nueva humanidad. Ya no son necesarios, Andrea. Baja esa palanca.»

Impotente, vio cómo su mano desconectaba el conmutador. El zumbido de fondo de los ventiladores se detuvo de golpe y el Hombre de Blanco rio satisfecho.

«No creo que nos volvamos a ver, pero espero que aproveches el regalo que te hago, Andrea. El mundo va a cambiar, para mejor, y tú serás una de sus dueñas. Aprovecha este don.»

La imagen se deshizo como una pompa de jabón que estalla y Andrea volvió al presente. Seguía sentada en la silla del cubículo, sacudida por un temblor incontrolable y con el teléfono apretado tan fuerte en la mano que tenía los nudillos blancos. Notó el regusto ácido subiendo por su garganta y supo que iba a vomitar un segundo antes de sentir la arcada.

Había sido ella. Ella había matado a toda la gente de aquel laboratorio. A saber de qué más cosas era culpable. La sensación era tan horrorosa que deseó morir en aquel mismo instante.

—¿Estás bien? —preguntó la voz, solícita, desde el otro lado de la línea—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos.

Andrea se pasó la mano por la boca espantosamente seca. Tragó saliva y consiguió dominar lo suficiente su respiración agitada para poder contestar.

—Eres el Hombre de Blanco —dijo sin más.

Un silencio espeso le contestó a través del teléfono. Al rato oyó cómo el hombre suspiraba suavemente antes de replicar.

—Si te gusta llamarme así, me parece perfecto. Hace años que no tengo trajes tan buenos como aquellos, pero es un precio que pagué gustoso. Supongo que tienes muchos vacíos en tu memoria, y no me extraña. La hipnosis a tan largo plazo tiene sus efectos secundarios.

—¿Quién soy? —pronunció con voz quebrada—. ¿Qué quieres de mí?

—Eres parte de algo muy grande, Andrea, algo mucho más grande que tú o que yo mismo. Eres parte del mayor acontecimiento de la historia de la humanidad y fuiste escogida para ello. Por mí, si se me permite ser vanidoso en esto.

—¿Parte de qué? ¿Y por qué yo?

El hombre se tomó un momento antes de contestar.

—Por decirlo de una manera científica, tú has sido el doble ciego de este experimento. Y lo has hecho admirablemente bien, he de decir.

—No entiendo...

—¿Recuerdas el mundo de antes, Andrea? —Una pregunta retórica, estaba claro—. El ser humano había llegado a unas cotas de degradación y vileza absolutamente imposibles de soportar. Hambre, caos, guerra, ambición, muerte y lucha reinaban por doquier. Vivíamos en un mundo ansioso por devorar hasta el último recurso de nuestro planeta, depredábamos sin compasión todos los recursos naturales, y mientras lo hacíamos, no teníamos el menor empacho en sembrar la muerte a nuestro alrededor, sobre todo entre nosotros mismos. Como raza estábamos fracasando de forma estrepitosa. Nos encaminábamos a un abismo, a una destrucción asegurada no solo del planeta en el que vivimos, sino de nosotros mismos como especie. Había que hacer algo, y lo hicimos.

—¿Quiénes? ¿Qué hicisteis? —Su voz sonaba quebradiza.

—Tomar las decisiones correctas, Andrea. Hacer lo que todo el mundo sabía que había que hacer pero nadie se atrevía por miedo a las consecuencias. Atrapados en una falsa moral que ponía al ser humano por encima de todas las cosas, habíamos caído en una trampa sutil que nos impedía darnos cuenta de que la humanidad se había convertido en su propio enemigo y no la estábamos combatiendo. Era como un cáncer diagnosticado, pero que nadie se atrevía a tratar por no generarle molestias al paciente. Nosotros fuimos el cirujano de

hierro que tuvo el arrojo de extirpar el tumor.

—Vosotros creasteis el prion —articuló Andrea incrédula—. No fue un accidente, ni una mutación fortuita. Lo liberasteis a propósito.

—Para salvar a la humanidad había que tomar decisiones dolorosas. La más grande de todas era ser conscientes de que, sencillamente, sobraba la mayor parte de la población. No solo era una carga insoportable para el planeta, sino que además era un peligro para nosotros mismos. Si hubiésemos seguido creciendo al ritmo al que lo hacíamos en el siglo XXI, habríamos sucumbido como especie en muy pocas décadas y habría sido infinitamente peor. Al menos así lo hicimos de manera controlada.

—Matasteis a millones de personas. A miles de millones. Sois unos genocidas.

El Hombre de Blanco rio con suavidad al otro lado de la línea.

—¿Genocidas? Yo usaría la palabra *salvadores*, querida niña.

—¡Mandasteis a los supervivientes a una nueva Edad Media!

El hombre suspiró, como si aquella discusión fuese un soberano aburrimiento.

—Supongo que nunca has leído a Rousseau. El suizo sostenía, y en esto estoy de acuerdo, que las artes y todo el conocimiento superfluo eran vicios que destruían la auténtica naturaleza humana: todo lo artificial, las artes, las letras, las lenguas, la música, las ciencias, el excesivo uso de la razón, eran expresiones de sentimientos que realmente nunca han existido. El hombre moderno del siglo XXI se había convertido en un hombre social en el peor sentido. Mientras que el hombre puro vive para sí mismo, el hombre social, siempre fuera de sí, no sabía vivir más que en la opinión de los demás. Y ese era el problema, Andrea. Retroceder un paso, eliminar todo lo superfluo, reconectar al hombre con la naturaleza, pero en su justa medida y dimensión, no como una invasión de termitas, sino en las cantidades adecuadas, era la única solución.

—Pero...

El hombre la interrumpió, lanzado en su discurso.

—Si lo piensas bien, la formación de la sociedad humana se apoyó en la creación de entidades que regularan los derechos y deberes de los hombres. Cuando creamos los gobiernos, las religiones y las creencias, querida, perdimos como especie la libertad de tomar posesión de lo que teníamos a mano, se nos adoctrinó para olvidarnos de nuestros antiguos sentimientos y de una manera de vivir sencilla, y se nos impulsó a superar a nuestros semejantes provocando la pérdida de la igualdad o, mejor dicho, dando nacimiento a la desigualdad. En esa sociedad corrupta, como decía Rousseau, «Las almas no son ya visibles, ni la amistad posible, ni la confianza duradera, porque ya nadie se atreve a parecer lo

que es». En ese mundo artificial, la comunicación humana se hizo imposible, Andrea. Estábamos corrompiendo nuestra esencia y había que hacer algo para evitarlo, algo decidido y firme. Como acabar sin contemplaciones con todos los que sobraban.

—Es monstruoso.

—Era necesario. —La voz del hombre vibró de emoción—. Teníamos la oportunidad de empezar de nuevo, de resetear a la humanidad, de crear un nuevo hombre respetuoso con su entorno y sobre todo consigo mismo, devolviéndole a sus orígenes. No podíamos desperdiciarla.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Como te dije antes, tú, Andrea, eras nuestro doble ciego. Para saber si este nuevo hombre era mejor que el anterior necesitábamos un testigo, una persona que hubiese vivido en el mundo del siglo XXI, pero que al mismo tiempo fuese lo bastante limpia de espíritu como para poder empezar de nuevo. Tú eras un folio en blanco, Andrea, la prueba viviente de que si hacíamos las cosas bien, pese a haber nacido en el Tiempo de Antes, serías una mujer de esa nueva humanidad.

«Tú sobrevivirás a lo que va a venir dentro de poco. Eres el testigo perfecto. La mezcla de inocencia y maldad correcta.» Las palabras llegaron a ella con la fuerza de un tsunami al descargar contra una playa arrasándolo todo.

—¿Qué quieres decir con eso de que era una hoja en blanco? —Andrea gritó al teléfono—. ¿Qué me hicisteis?

—Nada, mi querida niña, que no te hubiese hecho el mundo antes. Tropezar contigo, justo al lado de uno de los laboratorios donde estábamos trabajando, fue una gloriosa casualidad. Un año antes de que todo empezase, alguien asaltó la casa donde vivías con tu familia. Seguramente fue un robo que salió mal por algún motivo que no importa. El caso es que los asaltantes acabaron violando a tu madre y a tu hermana y asesinando a sangre fría a tu padre. Ellas murieron justo después, de una forma ciertamente salvaje, por cierto. Al parecer la policía te encontró tres días más tarde, todavía escondida bajo una cama, al lado de los cuerpos en descomposición. Amnesia traumática, te diagnosticaron.

Andrea jadeó horrorizada. No tenía el menor recuerdo de aquello que le estaban contando.

—Tu mente estaba en blanco, totalmente borrada a causa del shock traumático. No sabías ni quién eras ni cómo te llamabas, ni siquiera dónde vivías o en qué año estábamos. Eras el candidato perfecto para comprobar si los cambios sociales que se introducirían después del Colapso influirían beneficiosamente en ti. Por eso fuiste una de las primeras en recibir la vacuna de nuestras propias manos. Tenías que sobrevivir, y por eso estás aquí.

—Pero ahora ha vuelto la plaga. ¿Por qué?

Al otro lado de la línea telefónica el hombre carraspeó incómodo. Su voz sonaba menos petulante que antes cuando contestó:

—Después de todo este tiempo debemos reconocer que algunas cosas no han salido como nosotros esperábamos. A lo largo de las últimas décadas, a medida que la humanidad se ha ido recuperando, hemos comprobado que se han empezado a replicar actitudes y comportamientos propios del pasado. En otras partes del mundo, más avanzadas que este lugar, donde incluso algunas ciudades han vuelto a florecer, ya se han dado las primeras guerras por recursos. Corríamos el riesgo de que todo nuestro trabajo hubiese sido en balde.

—Por eso decidisteis quedaros solo con los jóvenes.

—Es lo más lógico. Si eliminamos el factor cultural de la educación de los adultos, podremos moldear las mentes jóvenes para que se conviertan en una sociedad perfecta. Me avergüenza decir que deberíamos habernos dado cuenta de esto desde el principio. Quizá depositamos demasiada confianza en vosotros.

—¿En *nosotros*?! —Andrea casi se rompe la garganta al gritar—. ¡Somos seres humanos, no ratones de laboratorio, joder! ¡No teníais ningún derecho a jugar a ser Dios!

—Querida, Dios nos ha abandonado hace mucho tiempo. Creía que ya te habías dado cuenta de ello. Dios no tiene nada que ver en esto.

—Eres monstruoso. Sois aberrantes. —Andrea zumbaba de furia—. No tenéis alma, ni compasión, ni humanidad. Vosotros sois los monstruos a los que habría que erradicar.

Se hizo un silencio denso, casi eterno, antes de que el Hombre de Blanco respondiese.

—¿Ves, Andrea? A esto me refería. Sigues anclada en ideas del pasado. No has evolucionado nada.

—¿Que no...? ¿Que no he...? ¡Llevo dos putos siglos preguntándome todos los días cuál era el motivo de mi existencia! ¡He aprendido a vivir con ello, a ver morir de viejas a las personas a las que he amado mientras por mí no pasa el tiempo, y luchando a diario por no volverme loca! ¡No te atrevas a decirme que no he evolucionado!

El hombre guardó silencio. Durante un rato solo se oyó el suave crepitar de la estática de la línea telefónica, hasta el punto de que Andrea pensó que él había abandonado la conversación. Finalmente volvió a hablar, esta vez con un tono hastiado.

—Me has decepcionado.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Se suponía que este era un refugio solo para ti. No pensaba que fueses a

venir acompañada y menos aún de todas esas bestias mutantes que se autodenominan Pueblo.

Andrea levantó la cabeza alarmada. ¿Cómo podía saber aquel hombre quién estaba allí? ¿Es que acaso los estaba observando?

—Gira la cabeza —dijo el hombre, como si le leyese la mente—. A tu derecha, en el techo. Di hola, Andrea.

La joven descubrió una cámara de seguridad cuyo piloto parpadeaba intermitentemente. El Hombre de Blanco la había estado observando desde el principio. Con un escalofrío de terror pensó que podría ser que incluso estuviese allí.

—Te recuerdo que yo misma soy una mutante —comenzó a hablar ella, ganando tiempo mientras pensaba a toda velocidad—. Y si estoy hablando contigo, sospecho que tú también. No eres tan diferente de ellos, en el fondo.

—Por favor —bufó su interlocutor despectivo—. No me compares con esa masa de monstruos ni te rebajes tú misma a ese nivel.

—No permitiremos que sigáis con ese plan, hijo de puta —siseó al aparato—. No dejaremos que la nueva plaga se extienda.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo haréis? No tenéis la más mínima posibilidad. Ríndete a la evidencia. No puedes hacer nada al respecto.

Andrea sintió que su corazón daba un brinco en el pecho al oír aquello.

No sabe nada de lo que está pasando en el laboratorio. No hay cámaras allí, o no puede controlarlas. No tiene la menor idea de que la gente del Pueblo es inmune.

No sabe que estamos desarrollando la vacuna.

—Escúchame bien —dijo vocalizando con claridad. Los temblores habían desaparecido, sustituidos por una fría furia—. No podréis con nosotros. Nos salvaremos. Nos organizaremos. Y cuando estemos listos, iremos a por vosotros, seáis quienes seáis.

El hombre respiró pesadamente al otro lado de la línea.

—Palabras, palabras y más palabras. Te escucho hablar y solo oigo una cháchara absurda. Ni se te ocurra interponerte en nuestro camino o serás aplastada sin compasión, como todos ellos.

—¿Ahora me amenazas?

—No te amenazo —replicó él con voz suave—. Sé que eres más inteligente que todo eso. Mira en el cajón de tu derecha, el primero.

Andrea sujetó el tirador y abrió el cajón. Dentro había un puñado de folios amarillentos por el paso del tiempo y un lápiz.

—Quiero que anotes unas coordenadas. —Dictó una serie rápida de números que Andrea garrapateó con furia—. Cuando recapacites, ven a verme.

Pero tú sola, ni una persona más, y eso incluye a tu pintoresco grupo de amigos. Si veo que te acercas con alguien, apretaré unos botones que tengo justo delante de mí, querida, y eso no te gustaría. Haría que esta plaga, como la llamas, fuese un resfriado común al lado de lo que despertarías.

—¿Por qué? ¿Qué quieres de mí?

Él ignoró su pregunta y rio al otro lado de la línea.

—No he perdido la esperanza en ti. Adiós, Andrea.

Luego colgó con un suave clic y la línea quedó muerta, emitiendo un suave pitido intermitente. Andrea permaneció unos segundos mirando el teléfono, como si no se pudiese creer la conversación que acababa de tener lugar. Consciente de que él la estaría observando, contuvo las ganas de estrellar el aparato contra la pared y en vez de eso colgó con suavidad.

—Ya veremos quién muere antes —murmuró para sí—. Y quién ríe el último.

Salió del cubículo inundada de una resolución nueva e implacable. Antes de abandonar las oficinas se volvió hacia la cámara y con mucha lentitud levantó una mano y estiró el dedo corazón de forma bien visible.

Había comenzado una guerra, y estaba dispuesta a ganarla.

A las tres horas de haber comenzado la producción de la vacuna, Samuel salió del laboratorio con unas profundas ojeras de cansancio dibujadas en la cara, pero con una enorme sonrisa de satisfacción. En las manos sostenía un vial lleno de un líquido blanquecino de aspecto turbio y una aguja hipodérmica.

—Ya está —anunció lleno de gozo—. La tenemos.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Albert—. ¿Totalmente seguro?

—Solo hay una manera de comprobarlo. —El hombre señaló al cuerpo de Iván, que continuaba en el suelo atado con cuerdas—. Tenemos que probarlo.

—Un momento. —Eva levantó la mano para detener al médico, que ya se inclinaba sobre Iván—. Supongamos que la vacuna funciona. ¿Le provocará mutaciones? Al fin y al cabo, habéis sacado la base de Ooka, que es un nictálope. ¿Se volverá como él?

—En principio no debería suceder nada —contestó Samuel—. A diferencia de cuando se produjo el Colapso, nosotros sabemos exactamente cuál es el prion que causa la plaga y las modificaciones que provoca. Estaba todo en la base de datos del laboratorio. Mientras que ellos tuvieron que tocar cientos de teclas a la vez para dar con la correcta, nosotros solo hemos tenido que ir a la que nos interesa. Por suerte, sobrevivió bastante literatura médica sobre eso en sus archivos. La secuenciadora de ADN solo se ha centrado en la mutación de prion que provoca la plaga, así que no debería tocar nada más, pero esto, como en el Tiempo de Antes, es solo una suposición. Hay muchas variables.

—¿Sería tan malo que pasase algo más? —preguntó Nathaam con voz serena.

—No quería decir eso, Nathaam. —Eva le miró con firmeza—. Sé bien lo que es ser diferente. Lo que me preguntaba es cómo aceptarán esa posibilidad en La Lanza, eso es todo.

—No creo que tengan muchas más posibilidades —murmuró el hombre mientras insertaba la aguja en el tapón hermético del vial y bombeaba el líquido dentro de la jeringuilla. A continuación, se inclinó sobre Iván y clavó la aguja en uno de su brazos. El muchacho murmuró algo al sentir el pinchazo, pero después se quedó inmóvil, exhausto tras horas de intentar romper sus ligaduras—. Ya está hecho. —Se irguió y arrojó la jeringuilla usada a un lado—. Ahora solo queda esperar.

La noche se hizo enormemente larga para los expedicionarios. Samuel y Erika habían vuelto al laboratorio para continuar produciendo más dosis de la vacuna, a todo el ritmo que permitía el sistema, mientras que el resto del grupo

se trasladó al vestíbulo para aguardar la llegada de la primera luz del día. Los dos Neos que habían bajado brevemente a echar una mano arrastraron uno de los camastros de los dormitorios hasta allí y tumbaron en él a Iván. El muchacho sudaba a mares y de vez en cuando su cuerpo se veía sometido a repentinos escalofríos, a medida que el compuesto químico recorría sus venas y luchaba contra el prion mutado. El resto del grupo tan solo podía limitarse a sentarse y esperar.

Se tiraron a lo largo del pasillo, dando buena cuenta de las provisiones que habían traído con ellos desde el asentamiento del Pueblo. Comieron en silencio, cada uno sumergido en sus pensamientos, de forma que tan solo se oía el zumbido pesado y monocorde del sistema de ventilación al bombear aire. Cada tanto echaban un vistazo por el cristal de seguridad y podían ver a Samuel agachado sobre la mesa de trabajo, trasteando con el equipo médico o leyendo uno de los manuales de funcionamiento que tenía abiertos antes de volver a su tarea.

—¿Crees que sabe lo que está haciendo? —Albert se dejó caer al lado de Andrea con un gruñido de alivio. Le dolía todo el cuerpo después de varios días de marcha por el bosque, como a todos los demás.

—Eso espero —respondió ella abstraída.

—¿Te pasa algo? —Se volvió hacia ella extrañado—. Llevas un par de horas sin abrir la boca.

Andrea guardó silencio, mirando a un punto indefinido de la pared.

—Lo que me dijiste ayer —musitó la muchacha al cabo de un rato interminable—. Lo de que los secretos envenenan. Tenías razón.

—Y eso ¿a qué viene ahora? —Albert la miró con recelo—. ¿Hay algo más que debemos saber?

—No te va a gustar.

—Tú prueba.

Andrea empezó a hablar y el torrente de palabras salió incontrolable de su boca. Le explicó con todo lujo de detalles la conversación que había mantenido con el Hombre de Blanco. Le describió la conversación, el perverso pensamiento filosófico del hombre y los planes que tenía para la humanidad. Lo único que se reservó para ella fue la localización que el Hombre de Blanco le había dado y que llevaba anotada en aquel papel doblado, metido en su bolsillo trasero. No se sentía bien consigo misma escamoteando aquel último dato, pero temía que, si se lo revelaba a Albert demasiado pronto, el muchacho insistiría en ir a por el Hombre de Blanco de inmediato. Estaba segura de que aquel personaje estaba más que dispuesto a cumplir su amenaza. Si ya había matado a miles de millones, no le costaría exterminar a un puñado más. Se lo diría... más adelante.

Mientras terminaba su relato, Albert la escuchaba en silencio, pensativo.

—Esta es la situación —murmuró ella para terminar—. Él sabe que existimos y ahora nosotros también somos conscientes de que está ahí.

Cuando calló, al fin le miró expectante. Albert estaba pálido y con una expresión concentrada que no auguraba nada bueno. Los ojos del muchacho relampagueaban de furia, pero Andrea no podía saber si esa ira iba dirigida hacia ella, hacia el Hombre de Blanco o hacia ambos.

—Tengo que pensar en todo esto —musitó—. Dame un rato para que lo encaje.

—No se lo cuentes a nadie todavía, por favor —suplicó ella—. Ya recelan de mí lo suficiente como para añadir algo más.

—No se lo diré a nadie, sobre todo a él. —Señaló al Baga, que permanecía en una esquina sentado en posición de loto y con los ojos cerrados, a un millón de kilómetros de allí—. Descansa mientras tanto.

Albert se levantó con otro quejido. Justo cuando iba a irse notó que Andrea le sujetaba la mano. El contacto de la piel de la muchacha le sacudió como un latigazo. Estaba seca, caliente y algo temblorosa.

—Albert...

—¿Qué?

—Gracias —murmuró ella—. Por ser así. Tu padre no se equivocaba contigo.

—Espero que te equivoques —murmuró él mientras se alejaba—. Porque, de estar él aquí, no creo que fuese tan benevolente.

Andrea se derrumbó en uno de los camastros y durmió exhausta durante varias horas, vacía por fin de energías. Tenía la mente a punto de explotar tras todo lo sucedido y el sueño había pasado de ser una opción a una necesidad imperiosa. Mientras cerraba los ojos y se refugiaba agradecida en el descanso, tuvo un último pensamiento: el de un hombre vestido de blanco que la esperaba, en algún lugar, con un montón de respuestas.

Cuando se despertó un buen rato después, alguien la había tapado con una manta y tenía una chaqueta doblada bajo la cabeza. Se volvió y comprobó que, sentado al otro lado del pasillo, Albert la observaba pensativo.

—¿Y bien? —preguntó mientras se desperezaba—. ¿Ya te ha dado tiempo a pensar?

—Creo que tenemos un enemigo con el que no contábamos —dijo él tras meditar un instante—. Un enemigo con unos recursos formidables que está empeñado en exterminarnos. Puede que consigamos detener el avance de esta nueva plaga, pero nada le impide desarrollar otra cosa todavía peor cuando descubra que ha fracasado.

—Entonces, piensas que estamos perdidos.

—No necesariamente. —El muchacho se tiró del labio inferior pensativo—. Tiene la capacidad tecnológica de crear cosas como la plaga y modificarla a su gusto, pero al mismo tiempo tiene debilidades. Por ejemplo, no pudo impedir que entrásemos en el laboratorio, aunque se suponía que solo lo debías hacer tú. Tampoco sabía que estábamos creando la vacuna y dudo mucho que pudiese hacer nada por impedirlo.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque si hubiese podido acabar con nosotros, ya lo habría hecho. Dejarnos vivos no tiene ningún sentido. Eso indica que es más débil de lo que podríamos pensar, o al menos que no puede extender su poder de forma física de un modo aplastante. Y eso es bueno.

—No veo cómo...

—Porque, si es débil, de alguna manera podemos combatirlo —replicó con la mirada perdida—. Podemos vencerlo.

Ambos callaron durante un momento, sopesando sus posibilidades.

—No puedo dejar de darle vueltas a algo. A un detalle —dijo Andrea.

—¿Qué?

—Es un cobarde. Aunque liberó una plaga que acabó con millones de personas, no tuvo el valor para bajar el interruptor que mataría a la gente de este laboratorio y me obligó a hacerlo a mí. Una cosa es la teoría y otra cosa distinta es matar a sangre fría. No pudo hacerlo. No se atrevió.

—Cobarde o no, tenemos que ir a por él. —La voz de Albert sonaba teñida de furia—. Localizarle y matarle. Hacerle pagar por todo esto a ese hijo de puta.

—Albert, no es buena idea.

—Es lo que hay que hacer. —El muchacho la miró con una determinación tan implacable que la Anciana se estremeció—. Si no logramos la cura, al menos haremos que no haya sido en vano.

Andrea sintió que la piel se le erizaba. Aquello era lo que había estado temiendo. Albert era inteligente, sensato y un buen líder, pero también era joven, muy joven. En aquel instante la pasión le inundaba a borbotones y no le permitía pensar con claridad. Como un león joven, solo podía pensar en revolverse y atacar a quien le había hecho daño, aunque muriese en el intento.

—Te olvidas de una cosa. —Su voz sonó vacilante, incluso para ella—. Para enfrentarnos a ese Hombre de Blanco necesitamos saber dónde está, y no tenemos ni la menor idea. Dijo que había lugares en el mundo donde se estaban poniendo de nuevo en marcha las ciudades. Si sabe eso es que está conectado de alguna manera con esos sitios. Podría estar en cualquier parte. En la otra punta del planeta incluso.

Se hizo un pesado silencio tras sus palabras, pero Albert negó con decisión.

—No —dijo—. No puede estar muy lejos.

La bola de hielo que Andrea sentía en el estómago se hizo un poco más grande.

—¿Cómo es eso? —acertó a balbucear.

—Mientras dormías he estado revisando el sistema de comunicaciones del complejo. Las líneas telefónicas de tierra están destruidas desde hace siglos, pero el sistema secundario de emergencia aún funciona, y ese es el que ha estado usando. Hay una antena de voz y datos que todavía se mantiene en pie.

—Y eso ¿en qué nos ayuda a localizarle?

Albert sonrió de manera torva.

—Seguramente él tiene a su disposición un sistema de transmisión potente, pero la antena secundaria del complejo es un modelo mucho más básico. Tan solo tiene un alcance de recepción de unos cincuenta kilómetros.

—Eso significa... —Andrea sintió que sus pulsaciones se disparaban.

—Significa que nuestro Hombre de Blanco tiene que estar en algún lugar en cincuenta kilómetros a la redonda. Sigue siendo un montón de espacio, pero al menos sabemos que está cerca y que podemos llegar hasta él.

—Le encontraremos —murmuró Nathaam, que surgió de repente de entre las sombras—. Daremos con su refugio.

Andrea le observó estupefacta. Se volvió hacia Albert confundida, pero este no hizo el menor gesto de sorpresa.

—¿Se... se lo has contado? —preguntó atónita.

Albert asintió, pero no dijo nada.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Dijiste que no se lo dirías a nadie, sobre todo a él! ¡Te pedí que guardases el secreto!

—Cambié de opinión. —Albert se encogió de hombros—. Yo no guardo secretos, Andrea, al menos no ahora. No puedo permitirme ese lujo, La Lanza y sus habitantes no pueden. Tenía que tomar una decisión y lo hice. Lamento si no te gusta.

Andrea tragó saliva. Se dio cuenta, con una lucidez repentina, de que Albert ya no era el chico que le soltaba indirectas en La Lanza y la miraba arrobado al pasar, sino que se había transformado en un hombre adulto, duro como su padre, pero con un poso de amargura ausente en Richard. Algo en aquel viaje le había cambiado. Los había cambiado a todos, seguramente. Se sentía totalmente sobrepasada.

—Le encontraremos, Anciana —repitió el Baga mientras se acercaba a ella—. Tarde o temprano lo haremos.

—¿Le encontraremos? ¿Juntos? —Andrea le miró atentamente—. ¿Eso

significa que estáis de nuestro lado en esto, Baga? Pensaba que a la gente del Pueblo no le gustábamos los Antiguos.

—Y seguís sin gustarnos. —El hombre le dedicó una sonrisa torva—. Pero mucho menos nos gusta ese Hombre de Blanco. Él supone una amenaza mucho mayor para nosotros que nada que podáis hacer los Antiguos. Si todo lo que nos has contado es cierto, nos considera una especie de raza degenerada que no tiene cabida en sus planes de reconstruir la especie humana. Tarde o temprano se volverá contra nosotros, y entonces puede que sea demasiado tarde.

—Necesitaréis nuestra ayuda —dijo Andrea desesperada—. Si tiene tecnología del Tiempo de Antes, no podéis enfrentaros solos a él.

—Y vosotros nos necesitáis a nosotros —replicó el Baga—. Nadie mejor que nuestros exploradores para localizar su guarida. Además, si bien los Antiguos sabéis cómo manejar la tecnología del Tiempo de Antes, es el Pueblo quien tiene acceso a ella.

—Parece que tendremos que asociarnos —musitó Albert satisfecho.

—Eso parece —asintió el Baga—. No puedo hablar en nombre de todo el Pueblo, por supuesto, pero mucho me equivocaría si no fuese así.

—¿Y qué pasará cuando demos con él? —La mente de Andrea zumbaba a toda velocidad—. ¿Qué haréis? ¿Cómo...?

Justo en ese instante un grito interrumpió su conversación. Los tres volvieron la cabeza alarmados y vieron que los muchachos se arremolinaban en torno a Iván. Había empezado a convulsionarse de forma violenta y tenía los ojos en blanco. Erika se inclinaba sobre él y trataba de abrirle la boca con todas sus fuerzas.

—¡Se está ahogando! —gritó por encima del ruido—. ¡No sé qué le pasa!

El cuerpo de Iván se retorció en espasmos desacompañados, como sacudido por una corriente eléctrica invisible. Los dientes del muchacho chirriaron con fuerza cuando apretó la boca y al cabo de un segundo los alcanzó el desagradable sonido de un par de piezas dentales al romperse.

—¿Qué le pasa, Samuel? —Eva se giró hacia el doctor, que contemplaba la escena con la mandíbula descolgada, estupefacto—. ¡Haz algo!

—Yo... no sé —balbuceó—. Está reaccionando a la vacuna, pero esto no es...

En ese momento Iván dio una sacudida aún más violenta. El cuerpo se arqueó en una posición imposible y la cabeza empezó a traquetear contra el suelo mientras una espuma teñida de sangre comenzaba a salir de su boca, hasta que de repente, todo su cuerpo se detuvo y se derrumbó flácido. Parecía una marioneta a la que alguien hubiese cortado las cuerdas.

El silencio que se hizo a continuación fue aplastante. Todos miraban el

cuerpo exangüe del muchacho, como si no fuesen capaces de creer lo que tenían delante de sus ojos.

—¿Está...? —acertó a balbucear Eva muy pálida—. ¿Ha...?

—Está muerto —silabeó Marcus recalcando lo evidente.

—La vacuna no ha funcionado. —Clío, mortalmente pálido, no podía creérselo—. No le ha hecho efecto.

—¿Cómo es posible? —Eva se volvió hacia el doctor con los ojos centelleando llenos de lágrimas—. ¡Dijiste que funcionaría! ¡Que con este laboratorio podrías replicar la vacuna!

Samuel paseó la mirada entre la joven y el cuerpo de Iván, demasiado conmocionado para responder.

—Yo de verdad creía..., estaba seguro.

—¡Tú le has matado! —Eva apuntó un dedo acusador contra el doctor—. ¡Esa mierda que le has inyectado le ha matado! ¡Eres un asesino!

Los ojos de Samuel se abrieron ante el ataque, en una mezcla de dolor e incredulidad.

—¡No es cierto! —balbuceó—. ¡Hice lo que ponía el protocolo! ¡Revisé los pasos una docena de veces!

—No le echas la culpa a Samuel. —Nathaam apoyó la mano en el hombro de la joven—. Ha hecho todo lo que ha podido.

—¡Y una mierda! —Eva apartó la mano del Baga de un golpe, respirando con furia—. ¿Qué vas a decir tú? ¡Es uno de los tuyos! ¡Para vosotros es mejor vernos muertos a todos!

—¡Oh, venga ya! —protestó Erika con un grito—. ¡Es de mi padre de quien estás hablando! ¡No te permito que...!

Una barahúnda de gritos explotó de golpe mientras todo el mundo intentaba hablar a la vez, excepto Ooka y los dos Neos, que observaban la discusión con expresión impenetrable. Albert golpeó el cristal de seguridad con el puño cerrado hasta que todo el mundo guardó silencio. Cuando le miraron, el joven se estremeció. Estaban a punto de empezar a matarse entre ellos.

—Ya está bien. —Su voz sonaba firme—. Iván ha muerto y no podemos hacer nada al respecto. Nadie lo siente más que yo, creedme. Éramos amigos desde que puedo recordarlo y ha sido una de las mejores personas que me he encontrado en la vida, pero pelearnos no va a conseguir que vuelva. Eva, Samuel ha hecho todo lo que estaba en su mano, pero no ha sido suficiente. Lo siento.

Eva sollozó desconsolada. Los rizos castaños se le descolgaban a ambos lados de la cara y le daban un aspecto todavía más frágil que de costumbre. La coraza infranqueable de la muchacha de Mecánica, la mujer que no se asustaba ante ninguna dificultad, se había roto por fin.

El resto del grupo guardó silencio asimilando las palabras de Albert. Habían fracasado. No había vacuna. Estaban condenados.

—¿Qué ha pasado, Samuel? —Albert le dedicó al médico una mirada cargada de pena—. ¿Qué ha salido mal?

El doctor se secó la frente con un pañuelo mientras meditaba su respuesta. La estupefacción de un rato antes había dejado paso a otra expresión más pensativa.

—No lo sé exactamente —reconoció con un hilo de voz—. Ya os dije que esto es genética molecular, algo que resultaba complicado incluso en el Tiempo de Antes. Me he limitado a seguir los pasos, pero debo de haberme saltado algo, o...

—¿O qué?

—O puede que haya modificado la capa del prion que no es. —Samuel parecía mortificado—. En un determinado momento tienes que escoger dónde insertas las proteínas y hay varias posibilidades. Una de ellas es la correcta, por supuesto, pero con las otras puede no pasar nada en absoluto o... esto.

—¿Quieres decir que solo se trata de ensayo y error? —Albert sintió un atisbo de esperanza—. ¿Solo tenías que escoger la opción correcta y te has equivocado? ¿Por eso ha muerto Iván?

—Eso es —asintió Samuel—. Lo siento, de verdad.

—Ya lo sé. —Albert luchó por contener una lágrima traicionera—. Pero eso significa que todavía tenemos una posibilidad. Tienes que hacer tantas vacunas como combinaciones posibles. Una de ellas será la buena. ¡Podríamos salvar a todo el mundo!

Samuel meneó la cabeza derrotado.

—Hay más de setenta capas distintas en ese prion. Tardaría semanas en cubrirlas todas y para ello tendría que probarlas en otras tantas personas. Sin duda, alguna más moriría a causa del tratamiento. O la mayoría.

—No tenemos muchas más opciones, ¿no es cierto? —preguntó Albert con voz amarga—. ¿O alguien tiene una idea mejor?

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó Erika inquieta—. No podemos llevarnos todo este equipo hasta La Lanza. Esas máquinas pesan una tonelada y además son muy delicadas. Si una de ellas se rompiese por el camino, estaríamos condenados.

—No llevaremos nada al poblado —respondió Albert resuelto—. Los traeremos aquí. A todos.

—No sabes lo que dices. —Marcus escupió en el suelo—. Nos ha costado más de una semana llegar hasta aquí y casi no lo contamos. Traer a cientos de personas, muchas de ellas enfermas, con provisiones suficientes para el

camino... Es imposible. Nos pasará lo mismo que con Iván, pero cien veces.

—No necesariamente. —Albert parecía febril mientras miraba una vez más el cuerpo sin vida de su amigo. El dolor amenazaba con asaltarle en cualquier instante, pero se forzó a contenerlo—. Ahora conocemos el camino y el Pueblo nos facilitaría la comida y la ayuda que necesitamos. Puede hacerse.

—Aunque pudiésemos hacerlo, no tendríamos tiempo. —Marcus parecía reacio a dar su brazo a torcer—. Ni en la mejor de las circunstancias conseguiremos que estén todos aquí antes de quince días. Para entonces la mayoría ya habrán muerto a causa de la plaga.

—¿Y qué propones que hagamos? —replicó Albert—. ¿Nos rendimos y ya está? ¿Él ha muerto para nada?

—Yo no he dicho eso —contestó el otro con gesto hosco—. Solo digo lo evidente, eso es todo.

Ambos se miraron en silencio, enfurruñados pero conscientes de que los dos tenían parte de razón. En ese momento, Nathaam se adelantó.

—No hará falta tanto tiempo. Podemos tener aquí a todo el mundo en tres días, cuatro a lo sumo.

La expresión de Marcus fue de incredulidad.

—¿Cómo?

—Podemos volver a vuestro poblado en menos de veinticuatro horas y hacer la vuelta en poco más del doble. Es factible si usamos el río.

—No te sigo, Nathaam. El río es impracticable. Ninguna de nuestras expediciones ha conseguido seguir su curso. Hace décadas que dejamos de intentarlo.

—El río no es impracticable, nosotros nos encargábamos de que lo pareciera —respondió el Baga sin ningún atisbo de arrepentimiento en la voz—. No podíamos dejar que lo usaseis o estaríais demasiado cerca de nuestros asentamientos. Si vuestras expediciones no volvían era a causa de nuestros Neos.

Marcus les dedicó a los dos Neos que estaban al fondo del pasillo una mirada tan cargada de veneno que podría haberlos matado en aquel mismo instante.

—Hijos de puta —masculló.

—Ahora eso ya no importa, Marcus —terció Albert—. Tenemos que confiar en ellos.

—Vuestro poblado está río abajo —continuó Nathaam como si tal cosa—. Si usamos una de nuestras embarcaciones, podemos dejarnos llevar por las aguas y llegar hasta allí antes de que se ponga el sol de mañana. La vuelta nos llevará el doble, remontando la corriente.

—¿A qué distancia está el río de aquí?

—Apenas a un par de horas de camino. Muy cerca.

—Pues no perdamos tiempo. —Albert se colocó la mochila a la espalda—. Samuel y Erika se quedarán aquí desarrollando las cepas. El resto regresaremos al poblado y organizaremos un convoy de vuelta. Vamos a necesitar muchas embarcaciones, Nathaam. Un montón.

El Baga se encogió de hombros con un amago de sonrisa.

—Eso no será problema. Os acompañaremos y mandaré aviso para que lo preparen todo.

—Confiamos en vosotros —dijo Albert mientras tendía una mano hacia el Baga.

Cuando el hombre se la apretó, no pudo dejar de observar la profunda mirada de desconfianza de Marcus. Para él, aquella era una alianza antinatural que iba contra todo lo que le habían enseñado, pero la aceptaba a regañadientes.

O al menos eso parecía.

Salieron rumbo a La Lanza justo cuando el sol asomaba por encima de las montañas que cerraban el valle. Justo antes de partir cumplieron el doloroso trámite de enterrar el cuerpo de Iván al pie de uno de los árboles que rodeaban el complejo en ruinas. Los Neos habían excavado un hoyo profundo y habían depositado el cuerpo del muchacho en el fondo con una delicadeza casi maternal. Mientras los chicos observaban en silencio, demasiado abatidos como para hacer nada más, los dos humanoides cubrieron con pétalos el rostro del joven, en un gesto sorprendentemente tierno que sin duda significaba algo importante para ellos.

Albert sabía que debería decir algo, pero su lengua permanecía pegada al paladar, paralizada. El dolor le partía el pecho. La muerte de su amigo había servido para recordarles a todos que el fin estaba terriblemente cerca y que sus opciones de sobrevivir bailaban en el filo de un cuchillo. Se volvió hacia sus compañeros, pero todos parecían tan destrozados como él, sobre todo Eva, que contemplaba el túmulo con los ojos hinchados de tanto llorar.

Les hizo un gesto de asentimiento a los Neos y estos comenzaron a cubrir el cuerpo con rápidas paladas. En apenas diez minutos habían llenado el hoyo y después cubierto la tumba con un puñado de piedras sacadas de los escombros del centro. Y eso fue todo.

Era un día brillante y luminoso y del suelo se levantaban volutas de vapor a medida que el calor evaporaba la lluvia de las últimas horas. Mientras abandonaban los restos desplomados del viejo sanatorio, Albert cayó en la cuenta de que Andrea casi no había abierto la boca en horas, pero en aquel momento tenía demasiadas cosas de las que estar pendiente como para detenerse en ese detalle. Más tarde se arrepentiría amargamente de aquello.

La muerte de Iván parecía haber roto por completo el espíritu del grupo, que caminaba de forma pesada y en silencio. Marcus y Eva —ahora a la espalda de la mujer Neo— se habían encerrado en un caparazón de hostilidad y dolor, cada uno por sus propios motivos, y no parecían proclives a mantener una charla. Andrea, por su parte, parecía abstraída en sus pensamientos, como si su mente estuviese muy lejos de allí, y ni Ooka ni los Neos eran lo que se dice un prodigio de conversación. Albert se sintió por primera vez mordido por la soledad más absoluta. Ni siquiera el Baga se mostraba demasiado comunicativo, y de vez en cuando lanzaba sobre el grupo aquella mirada ciega que al joven le ponía los pelos de punta. Hasta Clío, habitualmente alegre, parecía abatido.

Las dudas le atormentaban. No sabía si estaba tomando la decisión correcta y, lo que era más importante, su fe en que todo saliese bien se veía sacudida cada pocos minutos. Eran demasiadas las cosas que se podían torcer y aun así tenían que intentarlo. Dentro de su pecho guardaba, sin embargo, un rincón caliente y lleno de ira hacia el Hombre de Blanco que se cuidaba de alimentar para mantener el fuego en ebullición. No se olvidaba de aquel hombre, del culpable de todo aquello. En cuanto acabase con el viaje de vuelta, saldría en su busca, aunque le costase la vida.

Al cabo de dos horas, el rugido del río los sorprendió cuando aún estaban a varios centenares de metros. Tras tomar la última curva se detuvieron asombrados.

—¿Vamos a montar en *eso*? —preguntó Albert incrédulo.

—No te fíes de las apariencias —contestó el Baga—. Es mucho más sólida de lo que piensas.

Un grupo de tres Neos aguardaba en la orilla, al lado del artefacto más inverosímil que Albert hubiese visto en la vida. Era una balsa de más de diez metros de largo y cuatro de ancho, hecha con troncos asegurados entre sí con largos zunchos de hierro. Varias lonas de plástico descoloridas por el sol se sostenían en la borda sujetas por estacas verticales clavadas en la madera, haciendo de improvisado parapeto para evitar que el agua corriese sobre la cubierta. A la popa de la barcaza y a ambos lados de ella, dos largos remos de aspecto pesado se hundían en la corriente, sirviendo de timón.

Embarcaron ayudados por los Neos, que sujetaban la balsa contra la fuerza de la corriente sin esfuerzo aparente. Cuando el último de ellos estuvo a bordo, uno de los Neos empujó la balsa con una larga pértiga y partieron en una perezosa deriva hacia el centro del cauce del río.

—Bueno, pues ahí vamos —murmuró Albert mientras veía alejarse la orilla. Se sentía más cansado que nunca en toda su vida. Y solo.

Justo entonces Andrea apareció a su lado y le sujetó la mano.

—Albert, perdóname —murmuró la Anciana—. Pero no queda otro remedio. Es mi camino y tengo que hacerlo sola.

—¿Qué? —Él la miró confundido—. ¿A qué te refieres?

—Es mi vida y mi condena. No puedo arrastraros a ella. Esto ya ha costado demasiadas lágrimas.

—¿De qué narices hablas? No entiendo qué...

Por toda respuesta, ella depositó un suave beso en los labios del muchacho. Le dedicó una última y triste sonrisa y, antes de que Albert tuviese tiempo de reaccionar, pasó las piernas por encima de la borda y saltó al agua.

—¡Andrea! —El grito de Albert espantó a una bandada de pájaros, que alzó el vuelo mientras ella se hundía en un remolino de agua turbia y desaparecía de su vista.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está la Anciana? —Clío miró en todas direcciones perplejo.

—¡Ha saltado por la borda! ¡Nathaam, díles que den la vuelta! ¡Tenemos que volver a por ella!

El alto Baga se volvió sorprendido y escrutó (o algo así) el cauce del río con sus ojos ciegos. Cuando se hizo cargo de la situación, se dirigió a los Neos con una larga serie de chasquidos y gestos, pero los humanoides menearon la cabeza.

—No podemos dar la vuelta —dijo apesadumbrado—. La corriente ya nos ha atrapado y no tenemos cuerdas para remolcar esta barcaza río arriba. Debemos bajar seis o siete kilómetros antes de poder tocar tierra en algún sitio practicable para desembarcar. Para entonces habrá pasado más de una hora y nos tocaría remontar a pie por la orilla. Lo siento, joven, pero no podemos hacer nada.

—¡No podemos dejarla ahí! —gritó Albert mientras empezaba a desembarazarse de su equipo—. ¡Se va a ahogar!

Se tiró en el suelo de la barcaza y tironeó frenéticamente de sus botas, pugnando por quitárselas. Justo cuando se ponía en pie y se dirigía a la borda para saltar, sintió una mano suave en su brazo.

—Albert —la voz de Marcus estaba impregnada de tristeza—, no puedes hacer nada. No está.

Albert miró de nuevo hacia la espuma de la rompiente, buscando el lugar donde Andrea había saltado al agua, pero no podía ver nada. Toda la superficie del río parecía exactamente igual y no había el menor rastro de ella. Tan solo unas ramas solitarias giraban, arrastradas por un remolino hacia el centro del río.

—Lo siento, Albert. —A Marcus se le quebró la voz—. Tenemos que continuar. En La Lanza nos necesitan.

Albert apartó la mirada del cauce y la dirigió primero a Marcus y luego a su primo y a Eva. Los tres le observaban consternados, pero sabía que tenían razón.

—Andrea —musitó invadido por el dolor—. Joder, Andrea...

Le había fallado también a ella. Les estaba fallando a todos. Aquello iba de mal en peor.

La barcaza alcanzó la parte central del río y adquirió más velocidad al ser empujada por la corriente. Los dos Neos aplicaron toda su fuerza sobre los timones y la embarcación se dirigió hacia una curva boscosa que seguía un meandro.

Dos minutos más tarde perdieron de vista el embarcadero, y el silencio volvió a aquella parte del río.

Como si allí nunca hubiese pasado nada.

El agua estaba mucho más fría de lo que se había imaginado antes de saltar. Había tomado la decisión casi sin pensarlo, y apenas dos segundos después de que la superficie del río se cerrase de nuevo sobre su cabeza, Andrea se dio cuenta de que tenía muchas posibilidades de morir ahogada.

Sus pesadas botas y las dos capas de ropa de invierno que la envolvían eran un pesado lastre que la arrastraba hacia el cieno. Mientras se hundía hasta el fondo, la muchacha pateó con energía un par de veces, pero la superficie parecía siempre igual de lejana, al margen del esfuerzo que hiciese. Mientras la corriente tiraba de ella sintió cómo el pánico empezaba a tomar el control de sus emociones. A medida que se acercaba al fondo, el agua se iba volviendo cada vez más turbia a causa del lodo que arrastraba el caudal crecido. Apenas podía ver nada a más de un metro cuando su cuerpo chocó con violencia contra un enorme árbol encajado entre dos piedras.

El golpe fue tan inesperado que abrió la boca en un alarido silencioso y tragó agua, a la vez que perdía una bocanada del precioso aire que aún mantenía en los pulmones.

Se obligó a tranquilizarse mientras aprovechaba el inesperado soporte para buscar a tientas los cordones del calzado y desatarlos. Notaba la sangre bombeando en sus sienes mientras sus dedos entumecidos forcejeaban con las presillas. Por fin consiguió soltar las dos botas, que lanzó con una patada hacia la penumbra acuosa. Apoyando todo su peso en la rama hundida, reunió todas las fuerzas que le quedaban y se impulsó hacia la superficie, sabiendo que, si no lo conseguía a la primera, no tendría otro intento.

Subió a una velocidad agónicamente lenta y, cuando ya estaba a punto de perder el conocimiento, asomó sobre las aguas. Abrió la boca e inspiró ruidosamente, una, dos, tres veces, absorbiendo aire de forma ansiosa. Una rama llena de follaje pasaba en aquel momento por su lado y le golpeó en la nuca, obligándola a tragar agua de nuevo. Andrea tosió y se agarró a ella con el último gramo de sus fuerzas.

Giró la cabeza, desorientada por completo, tratando de localizar la balsa. Para su sorpresa descubrió que se había alejado más de cincuenta metros y que había ocupado ya el centro del río, arrastrada por la corriente principal. Oculta entre las hojas de la enorme rama a la que se agarraba, pudo ver a Albert pugnando por saltar por encima de la borda y cómo el resto de expedicionarios le detenían. Se sintió terriblemente culpable al imaginar el desconcierto y el torbellino de culpabilidad que tenía que estar atravesando el muchacho, pero de

inmediato tuvo que concentrarse en otros asuntos más acuciantes.

El río era ancho y de cauce lento en el embarcadero, pero sus aguas enseguida se aceleraban. Su rama había quedado atrapada en una corriente secundaria que la llevaba derivando cada vez más deprisa a unas rocas negras cubiertas de espuma. El rugido de la corriente sonaba como una vibración profunda que retumbaba en su pecho y ya podía ver la nube de diminutas gotas de espuma que se formaban en las rompientes. Pataleó desesperada intentando empujar la rama hacia la orilla, pero era demasiado grande y estaba demasiado hundida en el agua como para que sus patéticos esfuerzos pudiesen cambiar su trayectoria apenas unos centímetros. A medida que se aproximaban al rápido, las olas blanquecinas comenzaron a cubrirle la cabeza y tuvo que luchar para mantenerse a flote.

Una esquina de la rama tropezó con una roca sumergida y de repente sintió cómo giraba sin control. Un segundo antes de que el rabión la devorase, soltó su improvisado flotador para no verse aplastada en los rugientes rápidos que se acercaban demasiado deprisa. El agua empezó a correr a toda velocidad y, antes de que pudiese hacer nada, Andrea se vio lanzada como una flecha entre las rompientes.

El primer salto entre la espuma fue bien, pero entonces tropezó contra el fondo y, sin saber cómo, se vio otra vez bajo el agua, sin saber dónde estaba arriba o abajo. Braceó con fuerza, intentando nadar paralela a la corriente, pero en aquel punto el río se desbocaba salvaje y Andrea se vio zarandeada como un salmón desorientado. Su brazo chocó contra otra piedra sumergida y un dolor hirviente le estalló en la muñeca derecha. Apretó los dientes mientras peleaba por mantener la cabeza por encima del agua, pero la espuma que saltaba en todas direcciones le impedía ver hacia dónde iba.

Los siguientes quince segundos fueron una tortura para sus sentidos, mientras su cuerpo se deslizaba entre los rápidos chocando con media docena de piedras y tragando enormes bocados de agua. La corriente pareció calmarse cuando llegó a una zona más tranquila y por fin pudo empezar a nadar hacia la orilla.

Tardó diez interminables y angustiosos minutos hasta que sus pies tropezaron con el fondo lodoso de la margen izquierda del cauce. Se arrastró fuera del agua con movimientos torpes hasta derrumbarse al pie de un enorme roble cubierto de musgo que se inclinaba perezoso sobre el río.

Estaba extenuada. A duras penas consiguió ponerse a cuatro patas y vomitó lo que parecían litros de agua. Se sacudió con las arcadas un largo rato hasta que su estómago dijo basta. Solo entonces pudo mirar con detenimiento a su alrededor.

El rápido que casi había acabado con ella rugía con furia a poca distancia. No había ni el menor rastro de la rama a la que se había sujetado, devorada sin duda por la fuerza destructiva de los remolinos. Le sorprendió descubrir que apenas había bajado unos centenares de metros desde el embarcadero improvisado. Desde luego a ella le había parecido una distancia mayor, atrapada en medio de la corriente y luchando por su vida. De la balsa con el resto de los expedicionarios ya no había el menor rastro. El río trazaba una curva un poco más adelante y sin duda ya iban corriente abajo.

Examinó rápidamente su situación. Su muñeca derecha emitía sordos latidos de dolor que subían por su brazo como latigazos. Ya estaba empezando a hincharse y probablemente quizá estuviese rota. Además, tenía un feo verdugón en la base de la espalda, en el lugar donde había impactado con el árbol sumergido, y también una docena de hematomas y cortes superficiales repartidos por todo el cuerpo. Aun así, podía sentirse afortunada por haber salido de una pieza de aquella locura rugiente.

Su problema inmediato era otro. Estaba empapada y aterida y aquel lugar no debía de estar a más de cuatro o cinco grados de temperatura. Notaba la cabeza pesada y algodonosa y temblaba de forma violenta. Andrea se dio cuenta de que estaba sufriendo los primeros síntomas de hipotermia y que, si no hacía algo ya, podía morir congelada.

El hueco debajo del enorme roble estaba lleno de madera seca que el río había ido arrastrando a lo largo de décadas. La parte más lejana quedaba fuera del alcance de las aguas, allí donde solo las crecidas llegaban ocasionalmente. La capa superficial del aluvión estaba húmeda por la lluvia, pero apartando aquellas ramas, justo debajo, encontró un montón de madera seca que ardería a la perfección si fuese capaz de encender un fuego.

Andrea metió los dedos temblorosos en uno de sus bolsillos empapados hasta cerrarlos sobre una pieza metálica cuadrada de tacto familiar. Sacó un viejo encendedor Zippo y lo miró con cariño. Era una pieza militar, una joya extremadamente cara en un tiempo en el que la gasolina era más extraña que la sangre de unicornio. En un lateral del mechero apenas quedaban unos trazos de pintura indistinguibles que un día dibujaron el símbolo de una unidad de combate. Daba igual cuál fuera, porque hacía siglos que no existía. Le dio la vuelta y miró el otro lado, con un mordisco lento en el corazón. Allí, unas manos familiares, unas manos que le habían acariciado un millón de veces a lo largo de décadas, habían grabado un mensaje que le gritaba en silencio desde el pasado.

«El tiempo es solo una palabra breve, pero tú y yo somos eternos», seguidos de una H y una A entrelazadas.

Héctor. Andrea habría llorado si le hubiesen quedado energías para ello.

Recordaba el día en que él le había regalado aquel encendedor, hacía una eternidad. Aquel día Héctor y ella habían cumplido veinticinco años como pareja y las diferencias físicas de la edad ya empezaban a ser evidentes, aunque ambos actuaban como si nada sucediese. Ambos habían reído, se habían emborrachado y después de haberse escapado de la aldea habían hecho el amor sobre el techo de la Bestia, notando en los huesos las vibraciones de la enorme maquinaria mientras se volvían uno solo. Después habían vuelto a La Lanza caminando bajo las estrellas, riendo como dos chiquillos que han hecho una travesura y felices de estar juntos. Aquel momento había sido uno de los más felices de la vida de Andrea. La Anciana sintió cómo las lágrimas anegaban sus ojos deseando abrirse camino. En vez de eso, intentó mantener sus emociones bajo control y abrió el encendedor. El alma se le cayó a los pies cuando vio que chorreaba agua. La mecha y la piedra se habían empapado durante su chapuzón y el encendedor no funcionaría hasta que estuviese seco por completo. Pero eso llevaría horas y para entonces estaría muerta.

Las lágrimas amenazaron con desbordarse en sus ojos. No quería morir allí, y menos de una forma tan absurda. De repente recordó que Héctor, meticoloso como siempre, acostumbraba a meter una piedra de repuesto en el fondo de sus encendedores, envuelta en plástico.

Luchando con sus dedos cada vez más torpes, retiró la carcasa y dejó a la vista el fondo del mechero. Allí una pequeña bola de plástico estaba encajada entre el metal y la almohadilla empapada en carísimo combustible y agua de río. Dejó caer aquella bolita en su regazo y rezó para que no se deslizase entre la hojarasca sobre la que estaba sentada. La abrió con movimientos lentos y dolorosos y por primera vez en horas sonrió. La piedra estaba seca, lo que le daba una oportunidad.

—Gracias, amor —murmuró débilmente—. Siempre piensas en todo.

Desmontó el Zippo y desechó la parte empapada para quedarse solo con el rascador. Se sopló en los dedos para desentumecer las yemas y desenroscó con cuidado la base. Sabía que, si perdía el pequeño muelle que mantenía la piedra en su sitio, estaría perdida. Al cabo de un par de minutos infinitos de lucha había conseguido cambiar la piedra húmeda por la seca de reserva. Con una última plegaria silenciosa, sujetó el raspador con ambas manos e hizo girar la rueda. De inmediato, una lluvia de chispas salió disparada y con ellas el espíritu de Andrea se incendió.

Arrancó un puñado de musgo y hongos secos de la base del roble y los apiló entre dos piedras. Se inclinó sobre aquel montón de yesca y luchando por evitar los temblores lanzó una andanada de chispas en la mezcla. Le costó varios intentos, pero finalmente una pequeña llama prendió, débil y vacilante. Andrea

comenzó a alimentarla con hojas y ramitas hasta que el fuego alcanzó una dimensión más considerable. Entonces le añadió unas cuantas ramas y se permitió un momento de indulgencia mientras veía crepitar la hoguera ante sus ojos.

Se quitó toda la ropa mojada hasta quedar completamente desnuda y el calor de la hoguera le abrazó la piel con una sensación maravillosa. Mientras entraba en calor, colocó su ropa sobre unas ramas cercanas para que el fuego la fuese secando.

Aún desnuda, escogió una rama recta del montón y la cortó hasta el tamaño adecuado. Con cuidado la acercó a su muñeca rota y con una tira de tela de su chaqueta la sujetó para hacer un entablillado de emergencia. Necesitaría asistencia médica pronto, pero eso tendría que esperar. Antes había otras urgencias.

Del bolsillo de la chaqueta que colgaba de la rama sacó el paquete de hule donde envolvía el GPS. Con el corazón desbocado, comprobó que el aparato parecía estar seco. Se encendió con un pitido breve y la pantalla verdosa se iluminó. Exhaló el aire que había contenido en los pulmones. Si aquel chisme se hubiese estropeado, su aventura habría terminado en aquel mismo instante. Perdida en ninguna parte y sin saber adónde ir, se habría extraviado en los bosques con rapidez. Después los animales salvajes, el hambre y el frío habrían acabado con ella en un par de días.

Reconfortada, se dejó caer sobre un lecho de hojas que había preparado junto a la hoguera y antes de apoyar la cabeza ya se había quedado dormida.

Cuando se despertó, la hoguera tan solo era un puñado de rescoldos y el claroscuro del atardecer había sustituido a la luz del mediodía. Andrea estaba tiritando de nuevo, así que se puso sus ropas, que ya estaban secas, y apagó los restos de la hoguera tapándola con unas piedras.

Se sentía llena de energía, aunque la muñeca no dejaba de dolerle. Su confianza había ido en aumento a medida que solucionaba los retos que se le presentaban, pero tenía ante sí un desafío que iba a resultar complicado de resolver. Miró sus pies desnudos con fastidio. Sus botas habían quedado en el fondo del río y sería imposible que caminase de aquella manera por un bosque casi virgen. Antes de que hubiese hecho un kilómetro tendría las plantas de los pies destrozadas y en carne viva. Necesitaba encontrar algo para calzarse, y pronto, además. La noche se le echaba encima con velocidad.

Caminó con cuidado por los cantos rodados de la orilla hasta que alcanzó el punto donde habían embarcado. Su mente voló hasta los muchachos, que ya debían de estar a medio camino de La Lanza, y rezó una vez más para que llegasen pronto y a salvo. Después desanduvo sus pasos sobre el camino que

llevaba hasta el sanatorio.

No quería regresar a aquel lugar salvo que fuese totalmente necesario. Tendría que dar a Samuel y Erika una serie de explicaciones que no tenía y además corría el riesgo de que algún sujeto del Pueblo decidiese retenerla allí contra su voluntad. Los extraños nuevos amigos que habían hecho eran difíciles de leer y no quería correr riesgos innecesarios. Recordaba perfectamente que El que Todo lo Ve, o como diablos se llamase aquel sujeto de cabeza enorme, le había dicho que entre los miembros del Pueblo había diversas facciones encontradas que mantenían puntos de vista muy diferentes hacia los Antiguos. Andrea no sabía demasiado sobre los Hostiles —como llevaban siglos llamándolos—, pero sí lo suficiente sobre intrigas y política como para no darse cuenta de que una Anciana como ella podía ser una baza de primera en un juego de poder, así que más le valía mantenerse oculta de momento.

Al menos hasta que hubiese acabado con lo que tenía en mente.

Pero para eso necesitaría calzado. Ya tenía un corte en uno de los pies y las ampollas no tardarían en aparecer. La solución se le presentó al cabo de un cuarto de hora, cuando las sombras ya se estiraban y empezaba a pensar que tendría que pasar la noche al raso.

La caseta estaba casi devorada por las zarzas y su techo había desaparecido décadas atrás bajo el peso del tiempo y las lluvias. Resultaba difícil decir qué había sido aquel lugar en el Tiempo de Antes, pero, por su ubicación cerca del río, Andrea sospechó que se trataba de un refugio de pescadores o de un guarda fluvial. Solo quedaban en pie las paredes, rodeadas de musgo, ortigas y hiedras que envolvían los ladrillos como un sudario. Andrea apartó como pudo la vegetación para atravesar la puerta podrida.

Dentro, el suelo estaba sembrado de cascotes y un abedul crecía con fuerza en un rincón del único cuarto de la modesta vivienda. En una esquina, una cocina de hierro cubierta de óxido luchaba contra el tiempo junto a un armario desmoronado y los vestigios de una mesa y unas sillas. Al fondo, debajo de una ventana, estaban los restos de un camastro. El colchón se había desintegrado muchos años antes, y sobre la malla metálica, mezclados con muelles herrumbrosos yacían unos restos osificados.

Andrea no pudo reprimir un escalofrío al contemplar la sonrisa descarnada del cráneo, que parecía observarla entre divertido y amenazador. En una de las manos permanecían los restos oxidados de un cuchillo, cuya punta estaba alojada donde un día aquel pobre desgraciado había tenido su estómago. Su mirada saltó a los pies del cuerpo y observó que las botas del hombre se habían podrido hacía mucho tiempo, aunque las gruesas suelas de caucho permanecían intactas, inmunes al paso del tiempo.

Sostuvo en alto las suelas y las observó con atención. Le irían un poco grandes, pero servirían. Arrancó más pedazos de tela de su camisa y las transformó en unas improvisadas tiras con las que sujetar las suelas a sus pies. Trabajó durante un rato, hasta que la oscuridad se hizo completa, pero para entonces ya había concluido su tarea. Examinó su nuevo calzado con ojo crítico. Llevaba puestas las sandalias más feas del mundo, dos suelas de goma sujetas por un puñado de tiras de tela sucia, pero cumplirían su cometido de sobra. Dio unos cuantos pasos y sonrió satisfecha. Eran cómodas y podría caminar con ellas durante kilómetros.

Al menos quince o veinte, se dijo mientras sacaba el GPS y lo encendía de nuevo, pero no necesitaría más.

Albert tenía razón al decir que el refugio del Hombre de Blanco no podía estar a más de cincuenta kilómetros. A muchos menos, concretamente. Introdujo las coordenadas que le había dado el hombre por teléfono, en un momento que parecía arrancado de una pesadilla, y se estremeció.

Eran apenas unas horas de marcha, contando con que el camino fuese difícil.

Fuese lo que fuese lo que le aguardaba al otro lado del camino, llegaría con las primeras luces del día.

Y entonces, por fin, descubriría la verdad.

Y después le mataría.

La barcaza avanzaba siguiendo el cauce del río y devoraba kilómetros impulsada por la corriente. Se había sacudido un poco al pasar por alguno de los rápidos que jalonaban el camino, pero en ningún momento se habían visto en dificultades serias y los Neos que manejaban los largos timones ni siquiera se habían inmutado al navegar entre las aguas bravas.

Según avanzaba el día, los expedicionarios habían ido cayendo en un mutismo depresivo del que nada parecía capaz de arrancarlos. Los únicos que parecían ajenos a aquel ambiente eran Clío y Ooka, que sentados en una esquina trataban de mantener una conversación que por momentos rozaba lo surrealista. Ambos chicos eran de la misma edad y compartían pasiones y, aunque la diferencia idiomática y fonética era una barrera, no parecía suficiente dificultad para ellos. Durante un largo trecho, los demás habían intentado dormir, pero su sueño había sido frágil e inquieto. A última hora de la tarde los Neos habían empujado con las pértigas la embarcación hasta una orilla, donde la amarraron con una gruesa cuerda vegetal. Enseguida saltaron a tierra y empezaron a preparar el campamento para pasar la noche.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó Albert mientras veía la maniobra—. ¿No deberíamos seguir sin parar?

—El río es peligroso por la noche —contestó Nathaam mientras saltaba a tierra—. Seguiremos en cuanto haya más luz.

—Cada segundo que pasa, una persona en La Lanza puede morir. Ahora mismo el tiempo es precioso.

—Y ya me hago cargo, joven Albert, pero no podemos hacer nada más. — El Baga se encogió de hombros y dio por terminada la conversación.

Albert resopló lleno de frustración y le dio una patada a una piedra, pero al mismo tiempo entendía el razonamiento de la gente del Pueblo. Al fin y al cabo, ellos conocían aquel curso de agua mucho mejor.

La noche ya estaba cerrada cuando se reunieron alrededor de la hoguera. Uno de los Neos removía el contenido de un guiso sobre las llamas con una larga cuchara de madera. El olor del caldero era delicioso y llenaba el claro del bosque. A los muchachos, que no habían comido nada en todo el día, se les hacía la boca agua.

Albert estaba sentado con la mirada perdida en las llamas cuando Marcus se dejó caer a su lado.

—La vista del río es preciosa. Te encantaría. ¿Por qué no me acompañas a echar un vistazo?

El joven levantó la vista sorprendido. Marcus no había abierto la boca durante todo el trayecto y parecía especialmente incómodo con él desde que había accedido a colaborar con los Neos y con el alto Baga. Desde luego, contemplar juntos el reflejo de la luna sobre las aguas era la última propuesta que esperaba oír de él. Sin embargo, allí estaba, con una sonrisa franca y tendiéndole la mano como si tal cosa.

—Por supuesto que sí —dijo mientras se levantaba forzando otra sonrisa igual de abierta—. Supongo que me vendrá bien pensar en otras cosas, al menos mientras preparan la cena.

Ambos se alejaron hacia el río, hasta que estuvieron lo bastante lejos del campamento como para estar seguros de que nadie —ni aun el oído casi sobrenatural del Baga— pudiera escucharlos.

—Vale, Marcus, sé que no quieres ver saltar a las truchas. ¿De qué se trata?

—Algo va mal. —La sonrisa del joven de Suministros había desaparecido, sustituida por una expresión tensa—. Creo que nos la quieren jugar.

Albert suspiró y meneó la cabeza.

—Marcus, ya hemos hablado de esto —dijo—. Sé que no te gustan, pero...

—¡No! —Su tono de voz fue tan explosivo que Albert se le quedó mirando sorprendido—. Escúchame bien, no se trata de eso. Traman algo, lo sé.

—¿A qué te refieres?

—Llevo fijándome en ellos todo el día. El Baga no ha parado de comunicarse con esos monos peludos a base de chasquidos durante todo el trayecto. Puede que Nathaam sea capaz de disimular bien, pero los otros no. Nos han estado observando todo el rato, evaluándonos, adivinando quién puede ser difícil y quién no.

—¿Difícil para qué? —preguntó Albert con una sensación desagradable en la boca del estómago, aunque ya sabía la respuesta.

—Para acabar con nosotros, por supuesto. Pretenden eliminarnos esta noche, estoy seguro. Por eso hemos parado aquí.

—Nathaam ha dicho que el río es peligroso de noche.

—Hay luna llena, Albert. Es una excusa. Se puede ver perfectamente.

Albert negó con la cabeza.

—No, Marcus, no tiene ningún sentido. Nos necesitan, igual que nosotros los necesitamos a ellos. Tenemos un enemigo común, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero eso no significa que nos necesiten. Ahora que ya saben dónde está el Hombre de Blanco, pueden querer encargarse de él con sus propios medios. Nosotros somos un lastre, un viejo enemigo que está muriéndose sin ayuda. ¿Por qué salvarnos cuando estamos a punto de desaparecer? ¡Piénsalo!

Albert se frotó los ojos agotado, pero sin dejar de darle vueltas a lo que le

decía su compañero. Sonaba razonable, pero al mismo tiempo no tenía ningún sentido. Además, no quería creerlo. Si no contaban con el Pueblo a su lado, entonces la última esperanza de La Lanza y sus habitantes se habría perdido por completo.

—Te entiendo, pero no puedo creerte. Lo siento. Dejas que tu odio hacia ellos interfiera en tu manera de ver las cosas. Estás paranoico.

—Paranoico, ¿verdad? —Marcus se acercó a él hasta quedar a apenas unos centímetros—. Entonces explícame por qué el peludo que está preparando la cena solo ha hecho cantidad suficiente para cuatro personas, Albert. Cuatro chicos hambrientos que se comerían cualquier cosa a esta hora. ¿Te has fijado en lo que le ha echado a esa tartera?

—No. ¿Por qué? ¿Crees que quieren envenenarnos?

—No estoy seguro, pero juraría que ha añadido algo parecido al acónito a esa receta. No pude verlo bien, pero apostaría todo lo que tengo a que estoy en lo cierto.

—¿Acónito? —preguntó más pálido ahora.

—Es una planta tan venenosa que solo con tocarla sin cuidado estás en un lío. A la media hora de ingerirla te quedas paralizado y, si la dosis es alta, sufres una parada cardiorrespiratoria y mueres. —Marcus tensó la mandíbula—. Leona Hun lleva años preparándose para la vida en el bosque, Albert, desde que entré en Suministros siendo un niño. Si de algo estoy seguro es de cosas como esas. Y de que siempre debo fiarme de mi instinto.

—¿No te equivocas?

—Quizá. —Marcus cambió su peso de un pie a otro—. Pero, en ese caso, solo pasaremos hambre esta noche. En cambio, si tengo razón...

—Si tienes razón... —repitió Albert lúgubrementemente, pero de pronto su mirada se llenó de terror—. ¡Clío y Eva!

Los dos muchachos echaron a correr hacia el campamento tan rápido como podían. Entraron en el claro en tromba justo en el momento en que Clío, con gesto ansioso, recogía un cuenco lleno de guiso de las manos de un Neo. Albert se acercó al muchacho y sin mediar palabra le dio un manotazo al cuenco, que salió volando por el aire.

—¡Eeeeh! —protestó su primo—. ¡Que esa era mi cena!

—¿Qué sucede, Albert? —preguntó Nathaam tras unos interminables segundos de silencio tenso.

Tan solo se oía el crepitar de la hoguera y la respiración agitada de los dos muchachos.

—No es de buena educación comer antes que nuestros anfitriones, Clío. — Albert ignoró la pregunta del Baga mientras recogía el cuenco del suelo y lo

volvía a llenar en la tartera que colgaba sobre el fuego. Le tendió el cuenco a Nathaam mientras forzaba una sonrisa tranquila—. Come, por favor.

—No tengo apetito, muchacho. Los Bagas somos muy frugales —respondió Nathaam con un tono de voz untuoso—. Sin embargo, tus amigos sí que parecen hambrientos. ¿Por qué no les dejas cenar en paz?

—Albert, Marcus, ¿qué pasa? —preguntó Eva mirando en todas direcciones. La joven estaba tan desconcertada como Clío, que había entendido que algo no iba bien y se había puesto de pie, un paso detrás de su primo.

—Insisto, Nathaam —musitó Albert—. O tú o uno de los Neos. Comed.

Un silencio pesado siguió a estas palabras, pero el Baga no movió un solo músculo. Se limitó a quedarse sentado donde estaba, con sus córneas muertas enfocadas hacia el otro lado de la hoguera, donde se iban agrupando los jóvenes en torno a Eva. Finalmente esbozó algo parecido a una media sonrisa mientras meneaba la cabeza.

—Albert, Albert —dijo en voz baja—. ¿Por qué no podíais haber hecho las cosas fáciles? Los Antiguos y su manía de no aceptar lo inevitable. Ahora tendrá que ser de otra forma. Una mucho más dolorosa.

—¿Por qué, Nathaam? —La voz del chico temblaba por la tensión.

De pronto se había dado cuenta de que los tres Neos estaban armados con sus largos machetes y ellos no tenían nada, aparte de los cubiertos que Clío aún sostenía en la mano. Eso por no mencionar que los humanoides eran mucho más fuertes que ellos. Con el rabillo del ojo vio cómo Marcus deslizaba lentamente la mano dentro de un bolsillo de su pantalón. Tragó saliva mientras sopesaba opciones a toda velocidad.

—Hay un viejo dicho del Tiempo de Antes —murmuró Nathaam mientras se sacudía la túnica—. «El enemigo de mi enemigo es mi amigo.» Supongo que eso convierte a ese Hombre de Blanco en un aliado imprevisto y maravilloso para acabar con vosotros de una vez por todas. Para acabar con una guerra de dos siglos. Para haceros pagar por fin todo el daño que les hicisteis a nuestros antepasados.

—El Hombre de Blanco también irá a por vosotros, Baga —dijo Albert mientras daba un par de pasos cautelosos hacia atrás—. No es vuestro aliado.

—Puede ser —concedió el otro—. Pero ya nos ocuparemos de él en breve. No os necesitamos para eso. Tenemos el músculo y los recursos necesarios.

—Dijisteis que nos ayudaríais. Lo prometisteis.

—No sois los más indicados para hablar de promesas rotas, Antiguos —le espetó Nathaam—. Además, no todo el mundo en el Pueblo tiene claro cuál es el bando al que se ha de apoyar en este momento. Algunos pensamos que, si eliminamos por completo a una de las facciones, la decisión se tomará por sí

sola. Vuestra muerte es necesaria en un plan mucho más grande.

—Tu líder no te lo perdonará —le acusó Albert—. Estás desobedeciendo sus órdenes.

—Es cierto —asintió Nathaam—, pero eso no lo sabrá nunca. Incluso El que Ve en el Tiempo tiene sus limitaciones y no puede cruzar el escudo mental de un Baga. Lo único que sabrá es lo que yo le contaré más adelante. Cómo moristeis en un desgraciado accidente en el río. Cómo llegamos demasiado tarde a vuestro poblado pese a todos nuestros esfuerzos. Esa será la historia.

—¿Qué buscas, Nathaam?

—Justicia poética, supongo. Cuando mueran vuestros mayores, estaréis acabados como grupo. Acogeremos a los miembros más válidos de vuestros jóvenes en el Pueblo y los asimilaremos. En dos generaciones seréis un recuerdo, un pie de página en la historia. El mundo nos pertenecerá a nosotros, como debería haber sido hace mucho tiempo. Aceptad vuestro destino y morid, como ya habrá muerto a estas alturas el resto del equipo que dejasteis en el laboratorio.

Albert sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Mientes —susurró.

—Puede ser. —Nathaam se encogió levemente de hombros—. Pero no lo sabrás jamás. Samuel nunca me cayó bien, de todas formas.

El Baga hizo un gesto casi imperceptible y los tres Neos que habían permanecido a su espalda mirándolos recelosos dieron un paso adelante mientras desenvainaban sus largos machetes. El chirrido del metal al salir de las vainas le puso a Albert los pelos de punta.

—El de la izquierda es mío —murmuró entre dientes Marcus—. Valor y tesón, Albert.

«Valor y tesón», el viejo lema de Suministros, que no compartían con nadie excepto entre ellos mismos. Albert giró la cabeza perplejo, pero entonces comenzaron a pasar muchas cosas a un tiempo.

Marcus sacó la mano de su bolsillo a una velocidad fulgurante y en un borrón arrojó una larga daga hacia el Neo más cercano, que avanzaba confiado hacia ellos. El cuchillo giró varias veces en el aire, como sin duda había hecho infinidad de veces en innumerables entrenamientos, y se clavó con un sonido acuoso en la garganta del Neo, que se detuvo de golpe, con una mirada de incredulidad en el rostro. El humanoide se echó las manos al cuello, todavía incapaz de comprender cómo aquella hoja había llegado hasta allí, antes de derrumbarse con un gorjeo.

—¡Ahora! —gritó el chico mientras se lanzaba hacia delante.

El grito sacó a Albert de su ensimismamiento y sin pensarlo demasiado le propinó una fuerte patada al caldero que burbujeaba sobre la hoguera. La

marmita salió volando por el aire antes de estamparse contra el Neo que avanzaba por el centro. El guiso hirviente se derramó sobre la cara y los brazos del humanoide, que lanzó un alarido estremecedor al escaldarse.

Sin embargo, el tercer Neo no había perdido el tiempo. Sin preocuparse por sus compañeros, había dado un salto imposible que le hizo volar más de dos metros en el aire y cayó sobre Marcus con la hoja de su alfanje por delante. Los dos acabaron en el suelo, en un revoltijo de piernas y brazos que se sacudían sin cesar.

Albert se giró hacia ellos, pero en ese momento sintió un avispon pesado y caliente zumbando cerca de su mejilla, justo después de una detonación. Con el rabillo del ojo vio a Nathaam sujetando un revólver mientras apuntaba con sus ojos ciegos. Pese a no poder verle, el alto Baga no parecía tener el menor problema en ubicarle porque el segundo disparo mordió al muchacho en la pierna derecha. Albert sintió un dolor espantoso que subía por su muslo y por un instante estuvo a punto de perder el equilibrio. Apretó los dientes y justo entonces se quedó paralizado por el asombro.

Con un alarido salvaje, Clío se lanzó contra el Baga sujetando su tenedor como una improvisada y ridícula lanza. El chico debía de estar aterrorizado, pero sus ojos brillaban con furia mientras se colgaba del cuello del Baga y le pinchaba el brazo una y otra vez. Albert sintió una punzada de orgullo por su primo, que con más entusiasmo que acierto incordiaba al hombre. Con un golpe seco, el Baga se libró de Clío, que salió volando hacia los matorrales con un aullido. Sin dudarlo, Albert recorrió como pudo los tres metros que los separaban, sintiendo estallidos de dolor cada vez que apoyaba la pierna herida.

Con un último esfuerzo le propinó un empujón a Nathaam, que trastabilló y cayó cuan largo era. Él aprovechó aquel instante para arrebatarse el arma de la mano del Baga, que sorprendido por el doble ataque había aflojado su presa. Un destello de dolor atravesó su cara cuando la mano libre del hombre, rematada en unas largas uñas, le abrió unos profundos surcos en la mejilla. Sintiendo cómo la sangre comenzaba a brotar a borbotones en la cara, Albert se revolvió, sujetó con fuerza la pistola contra la barbilla del Baga y apretó el gatillo.

Un estallido de sangre y restos de hueso brotó en la parte superior de la cabeza de Nathaam, que se sacudió un par de veces antes de quedar petrificado para toda la eternidad con una expresión de asombro y rabia mezclados en el rostro.

Albert rodó sobre sí mismo tratando de recuperar el resuello, pero entonces una sombra enorme se proyectó sobre él. El último Neo, aquel al que había bañado con el guiso hirviente, se había recuperado y le miraba con un destello homicida en los ojos. El Neo se arrojó sobre él, arrancándole con su peso todo el

aire de los pulmones. La pistola había quedado atrapada entre su pecho y el cuerpo del Neo y no podía mover ni un dedo. Una mano enorme y llena de callos sujetó su cabeza contra el suelo como si fuera una presa hidráulica. Albert aulló de dolor cuando el Neo hizo presión, mientras la otra mano se dirigía hacia su garganta con la intención de partirla como una rama.

De súbito, la presión cesó por completo y el cuerpo del Neo se relajó encima de Albert. El muchacho, medio asfixiado, era incapaz de apartar el enorme cuerpo que le sepultaba, pero alguien lo empujó para liberarlo. Aún conmocionado y bañado en sangre, se incorporó. Lo primero que vio fue a Eva, a su lado, totalmente agotada. La muchacha se había arrastrado con los brazos hasta llegar a él y el Neo tenía clavada en la nuca la misma daga que Marcus había hecho volar con tanta maestría un minuto antes. Para llegar junto a él, Eva había pasado cerca de la hoguera y tenía las piernas terriblemente chamuscadas. La joven no había reparado en ello y jadeaba débilmente a causa del esfuerzo.

—Gracias —graznó Albert con la garganta dolorida—. Si no es por ti...

—Ayuda a Marcus —respondió ella casi desfallecida—. Date prisa.

Marcus. Albert se volvió hacia el otro lado de la hoguera y emitió un gemido. El cuerpo de Marcus y del Neo que había saltado sobre él yacían uno junto al otro, todavía enredados en un abrazo final, pero ninguno de los dos se movía. En aquel momento Clío surgió de entre los arbustos con gesto confundido y un enorme hematoma en la frente, pero por lo demás ileso.

—¡Albert! ¡Eva! ¿Estáis bien? ¡Ay, tienes un aspecto de mierda, Al!

—Tú también estás estupendo, Clío —rezongó Albert sin humor mientras le tendía un brazo—. Ayúdame a levantarme, anda.

Su primo le sujetó de manera atolondrada y le puso en pie. Albert casi se desmayó del dolor y tuvo que apoyarse en el pequeño Clío para no derrumbarse de nuevo. La cabeza le daba vueltas y la pérdida de sangre le tenía mareado. Lo único que le apetecía era dejarse caer y cerrar los ojos, pero su situación todavía era angustiada.

—Cuida de Eva —murmuró—. Mira si puedes hacer algo con sus piernas.

Sin esperar respuesta de Clío, se acercó trastabillando hasta el cuerpo de Marcus. Pasó al lado del Neo, que tenía su propio machete clavado profundamente en el esternón, atrapado en la muerte con un gesto final de odio y enseñando unos enormes caninos. A su lado, Marcus jadeaba, con el pecho subiéndolo y bajándolo a duras penas.

—Marcus, mírame. —Albert se dejó caer de rodillas y sujetó la cabeza del muchacho para incorporarla.

Un breve vistazo confirmó sus peores presagios. El joven de Suministros tenía una profunda herida en el estómago. Una mancha húmeda se extendía por

su mono desgarrado y no paraba de crecer.

Marcus abrió los ojos y trató de enfocar la mirada en Albert. El muchacho estaba blanco como el papel y su respiración sonaba como un fuelle roto. Levantó la mano derecha y cogió la de Albert, que le contemplaba demudado. Entonces la llevó hasta la manga donde estaba el gastado emblema de Suministros y tiró de él como si quisiera arrancárselo, pero estaba demasiado débil. Tosió una última vez y su cabeza cayó hacia atrás laxa.

Albert le contempló durante un largo rato, incapaz de creer que el silencioso Marcus estuviese muerto. Si habían sobrevivido había sido gracias al instinto del muchacho y a la velocidad de sus reflejos. Era una injusticia irónica que fuese el único miembro de su grupo caído en la refriega.

—Albert, tenemos un problema. —Clío se puso en cuclillas a su lado mortalmente pálido—. Ooka salió antes de que empezase todo esto y ahora no aparece por ninguna parte. Creo que ha huido.

Ooka. Con toda la confusión de la breve batalla se habían olvidado de él. Si se había escapado, ya podía estar en cualquier lugar, y de noche avanzaría mucho más rápido que ellos a través de la vegetación. Era imposible ir tras él, y además, en su estado, no podrían avanzar ni cien metros entre la maleza. Albert suspiró y arrancó el galón manchado de Marcus y se lo metió en el bolsillo. Lo llevaría de vuelta a La Lanza, para que todo el mundo supiese cómo había caído. Era lo mínimo que podía hacer.

—No me puedo creer que Ooka haya huido —balbuceó Clío conmovido, mientras sus ojos saltaban de un charco de sangre al siguiente. El crío parecía a punto de desmayarse de la impresión—. Estuve horas hablando con él en la balsa. Nos caíamos bien, nos gustaban las mismas cosas... Pensaba que era mi amigo.

—No estoy seguro de eso, Clío. Ni siquiera creo que Ooka sepa muy bien qué quiere de nosotros. Tenemos que irnos. —Se levantó a duras penas y apoyó una mano en el hombro de su primo—. Y tenemos que hacerlo ahora mismo. Este lugar no es seguro. En cuanto el nictálope encuentre una patrulla de Neos, la traerá directamente aquí, si no lo está haciendo ya.

—No lo hará. —El joven negó con la cabeza obstinado—. No nos traicionará.

Albert puso ambas manos sobre los hombros de su primo para conseguir atraer su mirada. Se sentía a punto de desfallecer, pero necesitaba que Clío viese la realidad.

—No lo puedes saber —dijo—. No vimos venir que este grupo iba a intentar acabar con nosotros. Quizá Ooka no desee nuestra muerte, quizá sí. Sea como sea, no tenemos tiempo de averiguarlo. Tenemos que salir de aquí cuanto

antes.

—¿Ahora? ¿De noche?

—No queda otro remedio, Clío. Y ahora solo quedamos nosotros tres, y tanto Eva como yo estamos heridos: no creo que podamos ayudarte a dirigir la balsa. Tendrás que hacerlo tú.

Clío tragó saliva de forma ruidosa, pero asintió.

—¿Qué hacemos con... Marcus? —preguntó mientras lo señalaba.

—Tendremos que dejarlo aquí. No tenemos tiempo para enterrarlo y tampoco podemos llevarlo con nosotros. Más adelante mandaremos a alguien a por él, te lo prometo.

Clío asintió con la mirada apagada. El rostro del muchacho transmitía tal tristeza que Albert se estremeció. El precio que estaban pagando por aquel viaje era alto, muy alto. Su primo ya no era el crío soñador y algo torpe que había salido de La Lanza. Se había vuelto más duro y amargo. Como todos los demás.

—¿Cómo está Eva? —preguntó tratando de sacar de sus pensamientos sombríos al benjamín del grupo.

—Dolorida —respondió la joven desde el lugar donde la habían dejado—. Ese Neo me dio un puñetazo en el pecho antes de morir, y creo que tengo una costilla rota.

Se calló lo de las quemaduras en las piernas. No las notaba, así que no le preocupaban de momento, aunque se le ponían los pelos de punta cada vez que las miraba.

Albert asintió tratando de ignorar que la cabeza le daba vueltas. Tendría que hacerse un torniquete en la pierna si no quería morir desangrado, pero eso podría hacerlo una vez que estuviesen en marcha. Si no se equivocaba, llevaban recorrido cerca de la mitad del camino. Si navegaban toda la noche sin cesar y no se encontraban con ningún problema, podrían estar en La Lanza al mediodía del día siguiente. Si tardaban más, sería demasiado tarde, tanto para ellos como para los habitantes del poblado.

Recogieron lo indispensable del equipo y se arrastraron penosamente hasta la balsa que se mecía en la orilla. Una vez a bordo, Clío cortó la cuerda que los sujetaba a tierra con el machete de uno de los Neos y se alejaron despacio hacia el centro de la corriente, iluminados tan solo por la luz de la luna.

La balsa volvía a navegar, esta vez con menos pasajeros que antes. Habían salido siete de La Lanza y ya solo quedaban tres. Y todos ellos se preguntaban quién sería el siguiente.

Mientras la balsa se incorporaba a la corriente del río, Clío lanzó una última mirada hacia la orilla. Quizá le engañasen sus ojos, quizá fuese solo una jugareta de su imaginación. Quién sabe. Pero lo cierto es que, por un segundo,

le pareció adivinar la silueta de Ooka encaramado en una rama, mirando con pena la barcaza que se alejaba. Con la expresión dolorida de quien ve cómo le arrebatan algo maravilloso que apenas ha podido disfrutar.

Andrea consultó por enésima vez el GPS confundida. El aparato marcaba su posición con exactitud, pero no tenía ningún tipo de mapa para situarse sobre el terreno. Lo cierto es que, aunque podía saber dónde estaba en teoría y a qué distancia de su objetivo, no tenía ni la menor idea de qué podía haber entre ambos. Había invertido más de dos horas en recorrer apenas unos centenares de metros a través de una vegetación densa, que le había hecho avanzar durante un buen rato en dirección contraria a la que tenía que seguir. Por fin y para su alivio, el bosque dio paso a una pradera cubierta de hierba que le llegaba por las rodillas.

Durante un rato, mientras cruzaba el prado y sentía el calor del sol en la piel, Andrea se sintió extrañamente en paz. El sonido de los pájaros piando y los conejos curiosos que la observaban desde el borde de sus madrigueras le daban una atmósfera irreal a aquel lugar. Por un momento se sintió ajena al carrusel de muerte, miseria y ruinas que la había envuelto durante la última semana. Si cerraba los ojos y respiraba hondo, su mente podía volar a otro momento y lugar distante, paseando por lo que dos siglos antes podría haber sido el escenario de un idílico fin de semana de pícnic.

O por el contrario, quizá estaba caminando sobre las ruinas de una ciudad convertida en un gigantesco osario y sepultada por el paso del tiempo, se corrigió con un estremecimiento. No tenía modo de saberlo.

Una larga colina se dibujaba en el horizonte. También estaba cubierta de hierba y aquí y allá se veía salpicada de árboles jóvenes sacudidos por el viento. Andrea se detuvo y frunció el ceño. Había algo en aquel promontorio que la puso inmediatamente en guardia. Durante un rato se devanó la cabeza intentando comprender qué era lo que no encajaba allí, hasta que de repente lo comprendió.

Aquella colina era demasiado larga y regular como para ser obra de la naturaleza. Se perdía en el horizonte a ambos lados, trazando una ligera curva, sin presentar alteraciones en su altura. Además, no había ningún árbol que pareciese tener más de cuatro o cinco años de antigüedad en sus laderas. Definitivamente, era una construcción humana, y además parecía bien conservada.

El sol ya estaba en lo alto cuando llegó al pie del promontorio. Empezaba a sentir hambre, pero estaba demasiado excitada como para detenerse a comer, y eso en el caso de que hubiese llevado algo consigo. Desde aquella mañana tan solo había consumido unas cuantas bayas y un montón de nueces caídas debajo de un nogal que montaba guardia entre unos viejos bancos de parque oxidados.

La ladera estaba bastante más inclinada de lo que había sospechado. De hecho, arrancaba de forma abrupta en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados, así que se vio en la necesidad de trepar con brazos y piernas para conseguir ascender de forma penosa hasta la cumbre. La muñeca dislocada le ardía cada vez que apoyaba su peso en ella, pero se mordió los labios para aguantar el dolor y continuó ascendiendo. Un metro más. Dos. Diez. Ya casi estaba arriba.

Cuando se incorporó al llegar a la parte más alta del montículo, se le escapó una exclamación de asombro, seguida casi en el acto por un reniego. Y no era para menos.

A lo lejos, a apenas unos tres o cuatro kilómetros y envuelta en una bruma ligera, se levantaba el perfil perfectamente reconocible de una ciudad. Podía distinguir con total claridad el brillo de los cristales de los edificios más altos reflejando el sol de primera hora de la tarde, así como las carreteras de acceso, limpias y sin rastros de accidentes o chatarra. Una larga avenida con la mediana decorada con árboles partía casi al pie de la colina y se dirigía rectilínea hacia las casas de las afueras. A un lado aún se podían ver, descoloridas por el tiempo, vallas publicitarias del Tiempo de Antes, pero no circulaba ni un solo coche por la cuidada línea de asfalto.

Alguien se había tomado la molestia de repintar uno de los carriles, como mucho diez o quince años atrás. La pintura, mucho más blanca que el desdibujado resabio que quedaba en el otro carril, indicaba sin duda que los habitantes de aquel lugar se habían tomado muchas molestias por conservar su entorno en condiciones, o al menos la parte de él que les interesaba.

Antes de llegar allí tendría que superar un último obstáculo y eso era lo que había provocado que maldijese mientras recuperaba el resuello. En lo alto de la colina se levantaba una gigantesca alambrada, de más de diez metros de altura. La valla se perdía de vista en el horizonte a ambos lados y Andrea sospechó que aquel obstáculo plantado encima de la colina artificial rodeaba toda la ciudad.

La alambrada también estaba en buen estado y cada quince metros un enorme pilar de hormigón se clavaba profundamente en la tierra para sostener la malla de acero entretejido. En lo alto, una concertina con hojas afiladas se cimbreaba al viento con un tintineo metálico. Pero eso no era lo que más preocupaba a la joven. En lo alto de los postes podía distinguir casquillos de vidrio templado, iguales a los que coronaban otra valla mucho más conocida por ella: la que rodeaba La Lanza. Era el mismo tipo de resistencia utilizada en los tendidos de alta tensión. Aquella muralla estaba electrificada.

Un zumbido suave le llamó la atención. Si no fuese por la quietud de aquel lugar ni siquiera lo habría oído. Levantó la mirada hacia otro poste situado un poco más lejos y vio una cámara de vigilancia motorizada que giraba hacia ella.

Permaneció de pie, sin saber muy bien qué hacer. Al final levantó una mano en dirección a la cámara y la dejó caer de nuevo a su costado. Se sentía un poco insegura sobre qué hacer a continuación. No había esperado llegar hasta allí sin ser detectada, pero tampoco contaba con que descubriesen su llegada cuando aún se encontraba a kilómetros de la ciudad, en medio de la cual estaban las coordenadas que buscaba. Suponiendo que ya la habían visto y que muy pronto mandarían a alguien a por ella, se dejó caer en la hierba con un suspiro, dispuesta a esperar.

No podía apartar la mirada de la línea de edificios que se abría en el horizonte. Aquel sitio nunca había sido una ciudad muy grande, setenta u ochenta mil habitantes a lo sumo antes del Colapso, calculó. Sin embargo, dudaba que hubiese allí tal cantidad de gente en aquel momento. No se oía ni un solo ruido desde la lejanía. Ni ruido de tráfico, ni voces, ni golpes, ni maquinaria ni nada de lo que suele delatar la presencia de un importante asentamiento. En cierta medida, era como contemplar una fotografía.

Esperó durante más de una hora. El sol seguía recorriendo su camino en el cielo, y nadie se había presentado allí. Andrea frunció el ceño inquieta. La cámara de la torre la seguía enfocando, pero no había el menor rastro de su supuesto comité de bienvenida. Observó la posición del sol y comprendió que le quedaban tres o cuatro horas de luz a lo sumo.

Si no había llegado nadie, probablemente eso significaba que no iban a ir, se dijo. No tenía sentido seguir esperando. Se levantó en un estallido de agujetas y dio un par de pasos cautelosos hasta que quedó a apenas un metro de la base de la alambrada.

Aguzó el oído y no percibió el suave zumbido de la corriente eléctrica que asociaba a la Valla. Eso podía significar que o bien no había fluido corriendo por aquel sector o bien que su tecnología era mucho más eficiente y silenciosa de la que ellos disponían. La segunda posibilidad era pavorosa, porque significaría que su viaje terminaba allí. Por más que se estrujase los sesos no veía la forma de atravesar aquel enrejado si estaba activo. Por supuesto, podía intentar cavar un paso bajo la alambrada, pero sospechaba que los constructores habían sido meticulosos en su trabajo y no le sorprendería saber que el tendido continuaba un par de metros bajo el suelo. Quizá llegaba incluso al pie de la colina artificial sobre la que estaba. Fuera como fuese, débil, sola y sin herramientas, no lo conseguiría.

La cámara emitió un par de zumbidos cuando rotó levemente sobre sí misma, adelante y atrás, como haciendo un gesto amistoso. Parecía tentarla: «Vamos, a qué esperas». Alguien, al otro lado, trataba de decirle algo.

Andrea se quitó la chaqueta y tiritó un poco al quedarse tan solo con una

camiseta de tirantes en la cima de la colina. Sostuvo la zamarra durante unos segundos en las manos y entonces la lanzó contra el vallado. La chaqueta rebotó con un *clinc* metálico y cayó al suelo indemne. Nada de estallidos, relámpagos o humo. Por si acaso, la recogió con cuidado y la arrojó una segunda vez. Ahora se quedó enganchada por uno de los botones metálicos en la malla, sin mayor reacción.

Con el corazón galopando en su garganta, estiró la mano, dudosa, y la cerró sobre la alambrada, esperando y temiendo a un tiempo la descarga mortal que la tendría que achicharrar.

No sucedió nada.

—Está bien —musitó al viento—. No quieres ponérmelo fácil, pero lo haré.

Recogió la chaqueta, se la ató a la cintura y comenzó a trepar por la alambrada. La malla estaba tensa y firme y había espacio suficiente en cada línea como para poder apoyar manos y pies con seguridad. Andrea trepó durante un buen rato, sin atreverse a mirar hacia el suelo. El ascenso era una tortura, sobre todo porque apenas podía usar la mano derecha, entablillada y con la muñeca rota. En vez de eso, introducía el brazo hasta el codo y se sujetaba como podía para auparse otro palmo. El dolor era torturante y pronto tuvo el interior del antebrazo en carne viva. Sintió el sudor resbalando por las cejas y sacudió la cabeza para despejarse. Aunque la valla no la electrocutase, una caída desde diez metros de altura sería mortal de necesidad. Aquel artefacto aún podía acabar con ella si no se andaba con cuidado.

Al llegar a la parte superior se desató la chaqueta como pudo y la lanzó sobre el rollo de concertina que coronaba la defensa. Andrea miró con angustia la tela de la chaqueta, que en aquel momento le parecía más fina que nunca. Conteniendo el aliento, se aupó una vez más y con infinito cuidado apoyó su peso sobre la chaqueta para deslizarse al otro lado. Andrea procuró repartir su peso de forma que no cargase demasiado en ninguna de las afiladas hojas que se escondían debajo de la tela, deseosas de morder su carne.

Tras una eternidad, consiguió afianzar sus pies en el otro lado. Las piernas y los brazos ya le temblaban por el esfuerzo y descender la valla le supuso un rato más de interminable agonía. Por fin, apoyó los pies en la hierba del interior del cercado y se desplomó agotada y empapada en sudor.

El sol ya había recorrido otro buen trecho en el cielo y las sombras comenzaban a ser alargadas. En un rápido cálculo mental se dio cuenta de que apenas le quedaban un par de horas de luz y necesitaría al menos una de ellas para llegar hasta las afueras de la ciudad. Una vez allí, ya vería qué se encontraba.

Obligando a sus músculos a trabajar, se puso en pie y bajó (o más bien

rodó) por el lado interior de la ladera, que ahora ya le quedaba claro que no era sino una enorme empalizada de tierra. Se preguntó cuánto tiempo habría llevado levantar aquel inmenso muro a lo largo de por lo menos veinte o treinta kilómetros de diámetro alrededor de la ciudad. Aquel era un esfuerzo solo al alcance de un nutrido grupo de personas, con maquinaria suficiente y conocimientos técnicos. A su lado, la Valla de La Lanza parecía una empalizada de ramas y basura levantada por niños que juegan a indios y vaqueros.

Alcanzó en diez minutos la amplia autovía de entrada y se echó a caminar por ella. Se le hacía raro avanzar por el centro del carril, limpio y sin obstáculos. Ahora que ya estaba allí advirtió que aquella vía había sido reasfaltada al menos un par de veces en las últimas décadas. Sin embargo, el cuidadoso mantenimiento parecía haber decaído un tanto a lo largo de los últimos tiempos, porque en las cunetas asomaban con fuerza un montón de malas hierbas e incluso tímidos brotes de árboles jóvenes que luchaban de forma obstinada por crecer entre las primeras grietas de la capa de rodamiento. La naturaleza, siempre inagotable, ganaba todas las batallas que le planteaba el hombre.

Cuando llegó a la altura de las primeras casas de los arrabales, el sol ya apenas se levantaba una cuarta sobre el horizonte. Los edificios estaban cerrados y oscuros, pero en buen estado. No se veían ventanas rotas, ni suciedad en las calles ni mucho menos amplios trozos en ruinas, como era de esperar en un lugar que llevaba doscientos años a la intemperie. En vez de eso, los edificios la contemplaban silenciosos, guardando en su interior una tonelada de secretos.

Andrea caminaba por las aceras girando la cabeza en todas las direcciones. Las tiendas tenían sus rejas bajadas y las puertas cerradas a conciencia, pero a través de los escaparates podía ver interiores en orden y estanterías bien surtidas de mercancías. Aun así, pudo distinguir que una espesa capa de polvo cubría los expositores y parecía que nadie había pisado en años el interior de los locales.

Aquel lugar era desconcertante. Sin duda alguien había estado viviendo allí durante décadas después del Colapso, o al menos un batallón de mantenimiento había evitado que la ruina y el paso del tiempo lo devorasen, pero no parecía quedar nadie en aquel momento.

Al llegar a un cruce observó que, en una esquina, una zapatería tenía expuestas en el escaparate docenas de muestras. Justo a su lado, las mesas y sillas apiladas de una terraza montaban guardia en la puerta de un café, esperando la llegada de unos clientes invisibles. Andrea echó un vistazo a sus lastimosas sandalias, que casi se habían desintegrado. Sin dudarlo, agarró una de las sillas de la terraza y levantándola a duras penas la estampó contra el escaparate. La lámina de cristal tembló y se astilló en una enorme constelación de grietas. Andrea descargó un segundo golpe, ahogando un aullido de dolor al

sentir que la muñeca dañada le crujía de nuevo. Esta vez el impacto fue lo bastante fuerte como para hacer estallar el cristal, que se deshizo en una lluvia de fragmentos brillantes.

Se coló en el interior de la tienda. Olía a cerrado y a polvo, pero por lo demás daba la sensación de que en cualquier momento podría aparecer una encargada furiosa preguntándole qué demonios le había hecho a su escaparate. La joven Anciana caminó presurosa entre filas de expositores, observando de reojo los preciosos zapatos de tacón y las sandalias llenas de pedrería, hasta llegar a uno cubierto de zapatillas deportivas. Revolvió un rato hasta que encontró un par de su talla y cuando se las puso en los pies dejó escapar un suspiro de alivio. Antes de salir, se acercó a la caja y se fijó que estaba abierta. En su interior, se podían adivinar decenas de billetes y monedas apiladas.

Cuando estuvo de nuevo en la calle se quedó sorprendida por lo rápido que se estaba yendo la luz. Los edificios proyectaban su sombra en las aceras y estaba mucho más oscuro de lo que le gustaría. Echó la mano al bolsillo para consultar el GPS y palideció. Palpó todos los recovecos de la chaqueta, pero el maldito aparato no estaba en ninguna parte. Comprendió que el bolsillo de la chaqueta debía de haberse rasgado cuando la lanzó sobre las concertinas, y el GPS, con su preciosa información, había caído. Seguramente aún estaba allí, al pie de la valla, agotando la batería, si es que todavía funcionaba después del golpe.

Ahogó un gemido de pánico. No tenía la menor idea de adónde ir. La mera posibilidad de tener que explorar a solas aquella ciudad abandonada la ponía enferma. Dio vueltas sobre sí misma, en medio de aquel cruce de cuatro carriles, furiosa y agotada hasta la extenuación.

—¡Podrías echarme una mano, joder! —aulló al aire sin saber a quién se lo decía—. ¡Dame un puto respiro!

Durante un momento, nada sucedió. Entonces, como respondiendo a su grito, lo oyó.

Era un sonido apenas audible, una música que sonaba distorsionada por la distancia y por unos altavoces demasiado viejos, pero aun así pudo reconocerla. A lo lejos, Edith Piaf cantaba *Non, je ne regrette rien* con su voz poderosa desde el pasado.

Siguiendo los acordes, dejó atrás restaurantes, tiendas, cafés, coches aparcados y portales oscuros. La grabación iba y venía, según se acercase a su origen o se alejase, pero era como un canto de sirena que no dejaba de llamarla de manera hipnótica.

... *balaye pour toujours*
Je réparas a zéro

*Non, rien de rien, non, je ne regrette rien
Ni le bien qu'on m'a fait, ni le mal
Tout ça m'est bien égal
Non, rien de rien, non, je ne regrette rien
Car ma vie, car me joies*

*Aujourd'hui ça commence avec toi...***

Andrea meneó la cabeza con una sonrisa amarga en el rostro, consciente del retorcido sentido del humor del Hombre de Blanco. Sin duda tenía que ser él.

La voz de la francesa sonaba fantasmagórica, el único rastro de vida en una urbe muerta, mientras desgranaba la letra que en aquel momento tenía una connotación mucho más siniestra que cuando la interpretaba doscientos años atrás. El sonido rebotaba en las esquinas y creaba un millón de ecos que la despistaban, pero era cada vez más potente. Se acercaba.

La oscuridad ya reptaba por las esquinas y cada vez le resultaba más difícil orientarse. De repente, un destello la sobresaltó. Las farolas de una de las bocacalles se habían encendido, todavía mortecinas mientras las bombillas se iban calentando. Sintiendo como Gretel tras las miguitas de pan, Andrea se internó en la calle pasando al lado de la curiosa escultura de un loro de bronce. Conforme las dejaba atrás, las luces se iban apagando a sus espaldas y otras nuevas se encendían más adelante.

Andrea siguió el camino de luces hasta que, al doblar una esquina, se detuvo paralizada.

Frente a ella, al otro lado de una alameda con setos cuidadosamente recortados y una enorme estatua de un grupo de soldados del siglo XIX alzando un sable en gesto heroico, vio un enorme edificio de mármol y granito brillantemente iluminado. Todas las ventanas del antiguo palacete destellaban en medio de la negrura y de unos altavoces sujetos en las cornisas salía con rotundidad la voz quebrada de Edith Piaf diciendo que no se arrepentía de nada.

Pero no era eso lo que la había detenido. En lo alto de las escaleras del edificio, recortándose contra la cálida luz que salía del interior a través de una puerta abierta, se alzaba una figura en las sombras. La figura levantó una mano para apurar una calada de un cigarrillo y Andrea casi pudo adivinar la cicatriz en la muñeca derecha. Observó el brillo de la pavesa, que como una luciérnaga traviesa se inflamó un segundo.

Aquel gesto, inocente a simple vista, volvió a disparar en su memoria un millón de recuerdos enterrados desde hacía siglos. Porque lo conocía muy bien. Sabía quién era su dueño.

El Hombre de Blanco, desde la distancia, volvió a levantar un brazo y la saludó con una sonrisa siniestra.

Los últimos metros a través del coqueto parque se le hicieron interminables. Sentía las piernas blandas, amenazando a cada paso con doblarse. Había imaginado aquel instante de un millón de formas distintas a lo largo del camino, pero ahora se daba cuenta de que en realidad no estaba preparada. No sabía qué decir ni cómo actuar. Sometida a la magnética mirada del Hombre de Blanco, se sentía anulada, como si alguien se hubiese metido en su cabeza y hubiese desenchufado de un tirón su parte consciente.

Alcanzó las escaleras y comenzó a subir los peldaños sin atreverse a levantar la mirada. Sus ojos registraban cada rasguño y cada imperfección de los escalones de manera obsesiva, toda ella aullando por estar en cualquier otro lugar. Y por fin, en su campo de visión aparecieron un par de zapatos de cuero, caros y algo gastados en las puntas por el uso.

Había llegado. Estaba a menos de un metro de él.

—Hola, querida. —Su voz sonaba ronroneante, llena de placer y confianza.

La joven no reaccionó y permaneció con la mirada baja y los puños apretados. Por primera vez reparó en que no llevaba nada con ella que le permitiese matar al Hombre de Blanco y eso que había tenido multitud de opciones en su deambular por la ciudad desierta. Se preguntó sorprendida si una parte inconsciente de su cabeza lo había decidido así.

—Mírame. —La orden sonó amable y perentoria.

Andrea alzó la mirada hasta el rostro del Hombre de Blanco, que se la devolvió.

Estaba tal y como lo recordaba. Alto, de unos aparentes sesenta años, con el pelo blanco peinado cuidadosamente hacia atrás, un par de chispeantes ojos azules acompañados de una nariz recta y esbelta. Los labios, sensuales, sonreían con un mohín cruel. Un hombre guapo, pese a su edad. Guapo y muy peligroso.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento, ¿lo sabías?

—Pues podías haber salido a buscarme. —Levantó el brazo derecho entablillado y desollado en su cara interior—. Me habría ahorrado muchos problemas.

El Hombre de Blanco rio con suavidad.

—Sabía que una valla no sería obstáculo para ti, mi querida niña. Aunque es cierto que hubo un momento en el que pensé que no te atreverías. —Estiró una mano y sujetó a Andrea por la barbilla—. Déjame verte. Estás impecable. Los años tampoco pasan por ti.

Andrea apartó la cabeza con un gesto brusco. El tono cariñoso del hombre

la ponía enferma, pero su contacto físico era mucho más de lo que podía soportar.

—Vayamos adentro. —Le hizo un gesto hacia el interior del edificio—. Hace demasiado frío y supongo que tienes hambre. He preparado la cena.

Andrea se estremeció, pero se dirigió hacia la puerta llena de una fría determinación. Ya que estaba allí, iría hasta el final, sin vacilaciones.

El interior del edificio le sorprendió. En otra vida aquel inmueble había acogido algún tipo de institución pública, un ayuntamiento o algo similar, pero a lo largo de los años alguien se había tomado la molestia de transformarlo en otra cosa muy distinta. Las paredes estaban cubiertas por innumerables cuadros de maestros de todos los tiempos. Andrea reconoció varios Picassos, unos cuantos Rubens, además de innumerables Degas, Klimts, Van Goghs e incluso un par de Goyas escoltando algo que solo podía ser un Velázquez. Pero fue al levantar la cabeza para contemplar la gigantesca araña de cristal de Murano que los iluminaba cuando se sintió realmente sobrecogida. En el techo, sobre ella, estaba algo que solo podía ser una sección de los frescos de la Capilla Sixtina.

—Es impresionante, ¿verdad? —La voz del hombre sonaba satisfecha a su espalda—. Los hice traer casi al principio de todo, cuando las pistas de los aeropuertos aún estaban transitables. La idea era instalarlos completos, pero gran parte de la carga se perdió en un accidente aéreo. Este fragmento es todo lo que queda. Una pena.

—¿Esto es lo que llevas haciendo dos siglos? ¿Expoliar todas las obras de arte del mundo para reunir las aquí?

El hombre rio de nuevo con una expresión divertida.

—Oh, por supuesto que no. Me limité a reunir aquello que consideraba imprescindible. Hay más, muchísimo más, almacenado en sótanos por toda la ciudad, pero solo son una minúscula fracción de lo que contenían los museos del mundo. —Se frotó la barbilla pensativo—. Seguramente todo lo que no esté aquí ya ha desaparecido hace tiempo, comido por la humedad, la polilla o vete tú a saber. Da igual.

—¿Da igual? —Andrea le miró entre sorprendida e indignada—. ¿Borrar milenios de arte, cultura y civilización da igual?

—Es una pena, sin duda, pero era preciso. —Se encogió de hombros—. La nueva humanidad no necesita nada de esto para empezar de nuevo. Ellos crearán sus propias tradiciones y arte, libre del influjo nocivo de la vieja mente humana.

—Y entonces, ¿todo esto?

—Lo guardo para mí. Para nosotros, Andrea. Supongo que es una pequeña indulgencia que nos podemos permitir.

Para nosotros. Aquellas dos palabras bastaron para que a la joven la

atravesase un frío espantoso, pero no se atrevió a preguntar. Primero tenía que encontrar su oportunidad.

Caminaron durante un rato atravesando salas atestadas de obras de arte apiladas como mercancía barata en un bazar chino hasta que llegaron a una pequeña sala. Había una mesa dispuesta, con un par de servicios y un candelabro con velas en el centro.

—Siéntate. —Le apartó una silla con un gesto caballeroso—. Enseguida estará la cena. —Luego salió por una pequeña puerta lateral y dejó a Andrea sola, aturdida por todo lo que la rodeaba y la cabeza convertida en un huracán.

A través de las ventanas se veía el parque, envuelto en las sombras, pero sin rastro de presencia humana. La sensación era desasosegante.

El Hombre de Blanco volvió a entrar empujando un carrito de hotel cargado de bandejas que traqueteaba con el peso. El olor de la comida logró que a Andrea se le hiciese la boca agua. Estaba famélica y todo su cuerpo rugía pidiendo alimento.

—No sabía qué preferirías —se disculpó él mientras destapaba las bandejas según las ponía en la mesa—. Así que he preparado un menú vegetariano y otro carnívoro. Espero que sea de tu agrado.

Andrea no contestó y en vez de eso atacó los platos con decisión. Al principio se sintió avergonzada de devorar con tal ansia ante el Hombre de Blanco, pero el hambre se impuso a la vergüenza. Además, se dijo, necesitaría de todas las fuerzas posibles más adelante.

Comió mientras su anfitrión la observaba fumando parsimoniosamente un cigarrillo. De vez en cuando se deshacía de la ceniza con un golpe seco en el borde de un cenicero dorado que tenía sobre la mesa, mientras sus ojos azules no dejaban de examinarla con la pasión de un antropólogo ante una tribu perdida. Cuando por fin estuvo satisfecha, Andrea se echó hacia atrás y le devolvió por fin la mirada, mucho más serena de lo que realmente se sentía.

—No sé cómo te llamas —dijo—. Recuerdo muchas cosas, pero no tu nombre.

—No hace falta que lo sepas —contestó él tras un largo silencio—. Mi nombre, con todo lo que significaba y era esa persona en el pasado, hace muchos siglos que murió, el mismo día que decidí empezar con esto. Pero puedes llamarme Doctor, Hombre de Blanco o como tú prefieras. Me da igual.

—¿Doctor?

—Así me llamabas antes, ¿no lo recuerdas?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando eras mi paciente, en el pasado.

—Puede que lo haya borrado de mi mente a propósito. Puede que fueses un

cabrón conmigo. No lo sé.

El doctor torció el gesto.

—Jamás te he maltratado ni he hecho experimentos de ningún tipo contigo, si es eso lo que te preocupa, Andrea. Siempre he respetado profundamente tu persona. Tengo una ética.

—Curiosa afirmación, viniendo de alguien que ha exterminado a la raza humana casi por completo.

Él hizo un gesto vago con la mano como desechando aquellas palabras por poco importantes.

—Si quieres, podemos dedicarnos otra vez a intercambiar comentarios mordaces o podemos hablar en serio. Tú decides.

—Tengo preguntas.

—Lo sé —contestó el otro—. Y puedo darte las respuestas.

—¿Qué hago aquí?

—La respuesta larga es que aún tienes un papel fundamental que desempeñar en este proyecto. El destino, o como lo quieras llamar, te ha marcado para que cumplas el papel que tiene diseñado para ti. —El hombre apagó su cigarrillo con energía en el cenicero, casi como si le diese un puñetazo—. ¡Hemos avanzado mucho! ¡Estamos más cerca que nunca de conseguir aquello que solo podíamos soñar hace doscientos años! ¿Es que no lo entiendes? Tenemos que cumplir el papel que nos ha reservado la evolución. Tenemos que ayudar a la raza humana a alcanzar el siguiente nivel, uno más puro y prístino. Solo nosotros tenemos la visión para conseguirlo y las energías para...

—¿Y la corta? —le preguntó de golpe.

—¿Cómo? —preguntó el doctor aparentemente confundido.

—Has dicho que tenías una respuesta larga y una corta. ¿Cuál es la corta?

El hombre guardó silencio, como sopesando lo que iba a decir. Finalmente suspiró y se apoyó en la mesa.

—La respuesta corta es que te necesito, querida. Esa es la verdad.

Andrea parpadeó un par de veces, pero si se sintió sorprendida por la confesión del hombre no hizo el menor gesto que lo revelase, aunque el corazón le palpitaba a toda velocidad.

—¿Qué es este sitio? ¿Dónde está todo el mundo?

El hombre lanzó una mirada por la ventana hacia el parque sumido en la oscuridad. Andrea se fijó por primera vez en pequeños detalles que se le habían pasado por alto. Las profundas ojeras del doctor, el codo desgastado de su chaqueta, el cuello sobado de la camisa.

—Al principio este lugar era fantástico, mucho mejor que cualquier cosa que pudiésemos haber imaginado. —La voz sonaba evocadora—. Arcadia, como

la rebautizamos. Su viejo nombre ya no significaba nada. Una ciudad pequeña, coqueta, poco extendida y con todos los servicios que podíamos necesitar. El lugar perfecto para formar la colonia.

—¿La colonia?

—En el Tiempo de Antes éramos muchos los que pensábamos igual — continuó él como si no la hubiese escuchado—. Gente comprometida con una solución al gran problema en el que se había convertido la humanidad. Al principio, cuando los primeros nos fuimos agrupando de manera casi intuitiva en congresos y universidades, la mera idea de dar el paso nos parecía algo imposible de conseguir, lejano e irrealizable. Pero a medida que nuestro número iba creciendo y nos dábamos cuenta de que el Gran Proyecto podía ser una realidad tangible, algo cambió dentro de nosotros.

—Cuando hablas del Gran Proyecto supongo que te refieres al Colapso, ¿verdad?

—Ni siquiera tenía nombre entonces. —El Hombre de Blanco se puso en pie y caminó vigorosamente hacia la ventana—. ¡Ah, si pudieses saber lo que sentíamos en aquel momento! ¡La excitación febril de los preparativos, las interminables horas de discusiones y reuniones, el temor constante a ser descubiertos antes de que pudiésemos llevarlo a cabo! Nos sentíamos más vivos que nunca, comprometidos con una misión sagrada, ¡sí, sagrada!

—No entiendo cómo conseguisteis mantener algo así en secreto. —Andrea notaba un sudor frío mientras se imaginaba la escena—. Cómo nadie tuvo en el último instante un raptó de cordura y paró el mayor asesinato en masa de la historia.

El hombre apretó los labios en un gesto seco.

—Por supuesto, hubo dudas y discrepancias. Había muchas opiniones encontradas sobre la manera de proceder y el alcance del Gran Proyecto y, llegados a un punto, hubo quien quiso abandonar. —Meneó la cabeza—. Todos sabíamos cuál era el precio que había que pagar una vez que nos embarcamos en esto. Algunos tuvieron que pagarlo, muy a nuestro pesar, por la supervivencia del plan.

—¿Los... asesinasteis? ¿A los disidentes?

—Sabían a lo que se exponían. —El doctor apartó el pensamiento como quien se sacude un mosquito molesto—. Además, nunca fueron demasiados, no más de dos o tres y solo cuando estábamos en las fases finales. Lo cierto es que solo un pequeño grupo de unas veinte personas estábamos al tanto de la totalidad del proyecto y de su alcance. El resto eran técnicos medios y personal imprescindible, a los que fuimos concentrando aquí durante las semanas previas a la Dispersión. Virólogos, médicos, biólogos, ayudantes de laboratorio,

ornitólogos..., hasta el personal de mantenimiento más elemental. Cada uno de ellos solo conocía una parte del trabajo, su propia pieza del puzle, de forma que no podían tener ni idea del gran objetivo final.

—Temíais que os delatasen. Que se diesen cuenta de la clase de lunáticos para los que trabajaban.

—Nada de eso. No estaban preparados para entenderlo, como todavía no lo estás tú. —Se acercó a ella y la sujetó por los hombros a la vez que la contemplaba con ojos llameantes—. Pero al final vieron la verdad, como te sucederá a ti.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Andrea mientras se desasía del hombre—. ¿Cómo empezó todo?

—Fue mucho más fácil de lo que parece. —El doctor parecía feliz de poder contar aquella historia. Las palabras fluían a borbotones de su boca, con el orgullo del maestro que muestra su obra—. El vector principal era una auténtica obra de arte, con una capacidad de transmisión por aerosol o por contacto directo con la piel superior al noventa y nueve por ciento, por breve que fuese. Una vez desarrollado el vector, la dispersión se hizo con una serie de pacientes cero salpicados en puntos estratégicos. La mayoría, gente sin hogar o desahuciados del sistema, que no aportaban nada a la sociedad y morirían de todas formas. Eran el tipo de personas que sabíamos que acabarían acudiendo a un centro médico por una u otra razón y entrarían en contacto con el personal sanitario. A partir de ahí, la propagación del prion sería exponencial. Alcanzar una dispersión global óptima nos llevó tan solo seis meses.

Andrea meneó la cabeza confundida.

—Recuerdo perfectamente el Colapso y no llevó tanto. Duró apenas unas semanas.

—Esa era la segunda fase —la aleccionó el doctor mientras se servía un chorro de licor en una copa—. Una vez que la totalidad de la población humana era portadora del prion, tan solo se trataba de encontrar el momento adecuado para activarlo. Era importante hacerlo en todas partes al mismo tiempo, pero no tan rápido como para que el derrumbe del sistema hiciese saltar las centrales nucleares o provocase que algún idiota decidiese llevar el mundo a un holocausto atómico en el último minuto. Así que había que hacerlo más pausado. Para ello liberamos el activador del genoma a través de un sistema escalonado... y natural.

—Los pájaros —Andrea apenas pudo pronunciar esas palabras. Estaba demasiado conmocionada como para reaccionar—. Usasteis a los pájaros.

—Las migraciones naturales de las aves tenían un patrón perfecto, y por otro lado resultaron ser unos magníficos reservorios naturales del mutágeno. —

El hombre dio un trago de su copa y chasqueó la lengua—. A medida que el exceso de población se iba regulando, de acuerdo con el Gran Proyecto, pudimos iniciar la tercera fase: la dispersión de la cura.

Andrea abrió los ojos como platos. Aquello sí que no se lo esperaba.

—¿La cura? ¿Qué quieres decir? ¿Creasteis el prion y a la vez la vacuna que eliminaba sus efectos? ¡Eso no tiene ningún sentido!

—No podíamos dejar que el mutágeno eliminase a toda la población humana, pues ese no era el objetivo del Gran Proyecto. Se trataba de reducirla a una cifra manejable y sostenible con el planeta, en torno a un par de millones de habitantes, los suficientes como para reiniciar la raza, pero no tantos como para competir por los recursos o tener que luchar entre ellos. Así que, sí, liberamos la cura en las fases finales de la propagación para mantener con vida al suficiente número de gente.

Andrea observó al hombre con repugnancia. No solo era un genocida, sino que además se sentía orgulloso de su trabajo. Sentía tanto odio bombeando en sus venas que pensaba que iba a explotar.

—Debo reconocer, sin embargo, que esa fue la parte del plan menos conseguida. Todo proceso científico tiene sus ángulos muertos y este fue uno de ellos. Los centros científicos estaban tan desesperados que aceptaban casi cualquier avance que llegaba a su puerta, sin preguntar de dónde venía. El CDP, los rusos, los alemanes..., tanto daba. Con lo que no contábamos era con que hubiese... algún problema menor.

—Las mutaciones —adivinó Andrea con un graznido. Tenía la garganta seca.

—Pudo ser un error nuestro o de los laboratorios que desarrollaban la vacuna in extremis, pero lo cierto es que sucedió. —Se encogió de hombros—. Aunque de ese error surgió un maravilloso acierto, que es el que hoy nos tiene aquí a los dos. Vi de forma clara que el destino nos daba la oportunidad de ser testigos del desarrollo del Gran Proyecto, de superar las barreras biológicas del hombre normal y corriente. Era demasiado bueno, una señal del cielo. Y ahí entraste tú.

Andrea dio un sorbo a su vaso de agua. Sentía que la cabeza le daba vueltas y se moría de calor. En aquella habitación debían de estar a por lo menos treinta grados, pero el Hombre de Blanco no parecía notarlo.

—Fue una suerte que te encontrase justo al lado de donde estábamos trabajando. —Le sonrió afectuoso—. Una niña inocente y pervertida por la sociedad a la vez. El testigo de medida perfecta para comprobar cómo el Gran Proyecto tenía éxito. Organizarlo todo fue tan estúpidamente sencillo que te sorprendería. Lo más complicado resultó conseguir un tatuador en aquellos

últimos días de locura que aceptase hacer el trabajo y te grabase las coordenadas en la piel. Debo decir que eso le salvó la vida a él y su familia, por cierto.

—Me inoculaste la vacuna —dijo Andrea—. Me salvaste la vida, pero solo por egoísmo. Como quien indulta a un ratón de laboratorio.

—Quizá al principio fuese así, pero enseguida me di cuenta de tu potencial, querida niña. —El hombre volvió a sentarse y colocó las manos sobre la mesa con delicadeza, las palmas extendidas hacia abajo, ocultando la cicatriz de la muñeca—. Y a lo largo de todos estos años, mi cariño hacia ti no ha dejado de crecer.

Andrea se asfixiaba. El aire dentro del salón parecía un caldo espeso que le costaba respirar. El sudor le corría por el pecho y la espalda, y la cabeza le zumbaba como una colmena. Docenas de preguntas se acumulaban en su mente. ¿Por qué había matado a los hombres del laboratorio si eran sus aliados? ¿Cómo había dispersado esa segunda plaga? Y sobre todo, ¿qué quería de ella? Sin embargo, cuando consiguió articular palabra, la pregunta que salió de sus labios fue otra muy distinta.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Por qué estamos solos?

El Hombre de Blanco perdió por un momento su aura de inmutabilidad y Andrea percibió un leve temblor en la comisura de su labio, casi imperceptible.

Por fin algo que no controlas —se dijo—. *Un agujero en tu plan que no sabes cómo tapar.*

—Como te decía, los primeros años aquí fueron maravillosos. Éramos apenas un par de miles de habitantes, sanos, con recursos y bien protegidos, en un entorno idílico. A lo largo de los años crecimos, prosperamos y embellecimos este lugar mientras os observábamos. Con el tiempo, llegamos a ser varias decenas de miles. Pero entonces algo sucedió. —Se interrumpió un momento, como perdido en sus propios recuerdos, y Andrea aprovechó para secarse el sudor que le caía a chorros por la frente antes de que arrancase a hablar de nuevo —: De pronto nuestra tasa de natalidad se derrumbó. No sabíamos la causa, pero no había embarazos. Al fin comprendimos que tenía algo que ver con la versión optimizada de la vacuna, que nos dotaba de longevidad, pero que a la vez provocaba esterilidad. Igual que ni tú ni ningún Anciano de tu gente podéis tener hijos, nosotros tampoco. Algo había mutado fuera de nuestro control, pero cuando nos dimos cuenta era demasiado tarde.

—Pero todos vosotros erais longevos —protestó Andrea—. Eso no...

—Eso lo cambia todo, querida —le interrumpió el doctor—. Mientras vosotros empezabais un nuevo mundo, nosotros éramos el último reducto del pasado, con la mentalidad, la cultura y la manera de entender el mundo de una civilización extinta. Tener una eternidad de vida por delante cuando sabes que

nunca más vas a ver una cara nueva, ni crecer a tus hijos, ni a los de tus amigos y conocidos, hace que la vida deje de tener sentido.

—¿Qué sucedió?

—Al principio casi ni nos dimos cuenta. Eran uno o dos casos aislados, pero pronto se convirtió en una epidemia. Muchos habitantes de este lugar, la colección de mentes científicas más brillantes que jamás se haya reunido, se vieron superados por la angustia existencial. Al cabo de cincuenta años, los primeros dijeron basta. Simplemente se dejaban morir o, en muchos casos, al llegar una mañana ya no se levantaban, como si toda necesidad vital hubiese huido de ellos. Al cabo de cien, más de la mitad se habían rendido. Hace quince años aceleramos el proceso de automatización de la ciudad, pues apenas quedábamos los suficientes para mantener todo en marcha. —Por primera vez, al Hombre de Blanco le tembló la voz—. Y desde hace dos años, estoy yo solo.

—¿Por qué?

—Una vida, larga o corta, ha de tener sentido. Pero cuando vives sin temor a la senectud, cuando sabes que no te volverás más viejo, débil o enfermo, de repente el paso del tiempo se convierte en algo infinitamente pesado. No tiene sentido disfrutar intensamente del día, porque sabes que tienes una oferta casi infinita de tiempo a tu disposición. Levantarse todas las mañanas cuando ya has cumplido tus objetivos y además no tienes a nadie detrás a quien amar, criar o educar es demasiado para la mayoría.

—Pero no para ti.

—Yo soy distinto. —Levantó el mentón orgulloso—. El último de los elegidos. El único que ha sabido ver la verdad y el futuro. Y yo solo, hasta que llegaste tú, Andrea. Juntos, el futuro nos pertenece.

Andrea le miró con los ojos entrecerrados. De pronto una risa nerviosa le crispó los labios. Trató de contener la carcajada que le subía por la garganta, pero fue incapaz. La risa, fuera de control, se le escapó de forma feroz. Andrea se dobló sobre sí misma, sacudida por las carcajadas y con lágrimas en los ojos, mientras el Hombre de Blanco la observaba entre perplejo e indignado.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó ofendido.

Por toda respuesta ella redobló sus carcajadas, hasta que por fin logró controlarse. Sofocada, se secó una vez más el sudor mientras miraba al hombre del otro lado de la mesa con los ojos entrecerrados.

—Oh, joder, es increíble. ¿Acaso no captas la inmensa ironía? Juntas a un grupo de científicos que creen ser dioses y entre todos diseñáis, construís y liberáis un bicho que obliga a la gente a quitarse la vida... ¡Y al final sois vosotros los que os suicidáis porque de repente ese mundo os parece vacío y sin sentido! —Se secó una lágrima del rabillo del ojo aún sacudida por la risa—. El

destino tiene un sentido del humor retorcido, doctor. El karma es muy cabrón.

El hombre se levantó tan rápido que Andrea se quedó sorprendida. Apenas un segundo antes estaba sentado al otro lado de la mesa mirándola con sus ojos azules fríos como el hielo, y un instante más tarde estaba a su lado sujetándola por el brazo con la mano transformada en una presa de hierro y su aliento caliente acariciándole el rostro.

—Deberías mostrar un poco más de respeto —siseó mientras apretaba con más fuerza sobre el brazo entablillado de Andrea, que contuvo un aullido de dolor—. Cuanto antes te des cuenta de que te estoy ofreciendo la más importante oportunidad de toda tu miserable vida, será mejor. Mi paciencia tiene un límite.

Andrea le observó de cerca y apreció un montón de detalles que hasta aquel momento le habían pasado inadvertidos. Volvió a fijarse en la ropa desgastada, en la barba de dos días que le empezaba a marcar con una sombra la barbilla. Vio las arrugas que surcaban su piel y las enormes ojeras que hinchaban sus párpados y le daban el aspecto de un hombre al límite de sus fuerzas. Vio los rincones sucios de la sala, la fina capa de polvo que comenzaba a cubrir los muebles, y percibió el inequívoco aire de abandono que se filtraba por las juntas de las ventanas y por debajo de las puertas, como un mal olor apenas perceptible que poco a poco va ganando intensidad.

Pero, sobre todo, lo que más le sobrecogió fue lo que descubrió en el fondo de los ojos del doctor, casi escondido entre los pliegues de su mente retorcida. Allí, debajo de su fortaleza implacable que le había mantenido con vida mientras los demás abandonaban la partida. Debajo del convencimiento mesiánico de que era el instrumento de Dios para salvar al mundo y crear una nueva raza humana. Justo entre los pilares de la fortaleza mental que le llevaba a mantenerse en marcha, implacable, brillaban pequeñas grietas, finas como cabellos de hielo. Grietas de miedo.

El Hombre de Blanco estaba aterrorizado, pero no podía reconocerlo.

—Aún tenemos una oportunidad. —El doctor soltó el brazo de Andrea, recuperando su autocontrol de nuevo. Se separó de ella y le apartó una mota de polvo imaginaria del hombro—. De hecho, la mejor oportunidad que hemos tenido hasta el momento. Todo lo sucedido me ha demostrado que no podríamos haber triunfado en nuestro empeño de no haber hecho lo que había que hacer. Si no hubiésemos liberado el nuevo prion, tan solo habríamos ganado tiempo, un tiempo breve antes de que la sociedad se reconstruyese de la misma forma que tenía antes del Gran Evento. Todos nuestros esfuerzos habrían sido en vano. Pero ahora las cosas no serán así. ¿Lo entiendes?

Andrea le miró y asintió suavemente con la cabeza. Era lo único que podía hacer frente a aquella avalancha de megalomanía y desprecio por la vida ajena.

—Hay miles de jóvenes, repartidos en distintos poblados, que necesitan una mano que los guíe, una mano sabia y recta que les indique el camino. La mano de un padre que los ayude a crecer y que arranque las malas hierbas que son esos mutantes sin control que pululan por ahí. —Miró a Andrea con una expresión fija que hizo que a la joven se le helase la sangre en las venas—. Pero también necesitan el calor maternal de una mujer que les sirva de ejemplo. Una pareja. Un dios y una diosa a los que adorar y obedecer. Tú y yo. Nosotros.

—¿Por qué yo?

—Porque solo quedamos tú y yo. Ya no queda nadie del Tiempo de Antes, excepto nosotros dos. A estas alturas, todos los Ancianos deben de haber muerto, menos nosotros. Y los mayores de veinte años pronto serán historia.

Un silencio denso como el aceite siguió a aquello. El hombre encendió otro cigarrillo y se limitó a mirarla, sin añadir una palabra más. Esperando.

Andrea temblaba por dentro mientras los minutos avanzaban perezosos. Deseaba con todas sus fuerzas salir de aquella pesadilla, abrir los ojos y encontrarse en su camastro del monasterio, abrazada a Héctor y envuelta en su olor. Deseaba levantarse, darle un beso suave en la mejilla y ver cómo sonreía en sueños, antes de peinarse la coleta para bajar a desayunar.

En vez de eso estaba allí, sentada a una enorme mesa de caoba, frente al ser más monstruoso que jamás hubiese podido imaginar. Y mientras tanto, todos sus seres queridos morían, uno tras otro. La imagen de Héctor, pálido como el mármol, tumbado en el suelo sin vida, le atravesó el pecho como una barra de acero al rojo vivo. Se preguntó si Simon habría cumplido su amenaza con Héctor o si también él estaría muerto, como aseguraba el Hombre de Blanco.

De repente Andrea se sintió invadida por una tranquilidad absoluta. Supo, sin ningún lugar a dudas, lo que debía hacer. Lo que el destino le tenía preparado. El motivo de que ella estuviese allí mientras tantos habían sucumbido en el camino.

—De acuerdo —asintió—. Lo haré. Seré tu Eva o tu Virgen María o lo que sea que pienses que debo ser. Estaré a tu lado. Te ayudaré y guiaremos juntos a la humanidad a su nuevo destino.

Él la miró con una sensación de alivio y satisfacción tan evidente en el rostro que casi resultaba física.

—Has elegido sabiamente, Andrea.

—Pero lo haré con una condición.

—¿Cuál?

—La vida de los habitantes de La Lanza mayores de veinte años. De todos ellos. Has de salvarlos.

El hombre rio quedamente mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué debería hacer eso? Además, lo más probable es que ya estén muertos a estas alturas.

—Ese es mi precio. O lo aceptas o no hay trato.

El hombre la miró en silencio, con la cabeza inclinada como si estuviese viéndola por primera vez.

—Solo a cincuenta. Ni uno más.

—Todos. Y los traeremos aquí, a esta ciudad. Sin ellos no podremos empezar de nuevo. Tú y yo solos, no. Y los demás chicos, los de menos de veinte, no podrán ayudarnos de momento. Llevará mucho tiempo conseguir que tengan las habilidades necesarias. Los necesitamos.

El doctor la miró una vez más, esta vez con algo parecido al respeto en los ojos.

—Está bien —concedió al cabo de un rato—. Sé reconocer un buen argumento cuando lo veo. Pero yo elegiré quién viene y quién no, y eso no es negociable. No llenaré Arcadia de paletos que no se merecen estar aquí.

Andrea asintió, con la camiseta de tirantes pegada a su piel por una capa de sudor frío. Se sujetó las manos para evitar que el temblor que la invadía se manifestase.

—Pues vayamos ya —murmuró—. Cada minuto cuenta y tenemos un largo camino por delante.

—No será tan largo. —El doctor sonrió con la expresión del que conoce un chiste privado que no comparte con nadie—. Ven conmigo.

Se levantaron de la mesa, y ella agradeció salir de la atmósfera asfixiante del comedor. Siguió al hombre por escaleras y pasillos del edificio, rodeando montones de obras de arte y tesoros apilados, hasta llegar a una puerta de acero. Él tecleó un código en un panel, la puerta se abrió con un chasquido. Una ráfaga de aire frío acarició la piel de Andrea, que la recibió con alivio.

Salieron a un patio rodeado de altos muros de cemento que en su día construyeron junto al viejo palacete. Andrea alzó los ojos y contempló las estrellas, que brillaban con fuerza despiadada en la noche. La temperatura era gélida, pero ella continuaba sofocada. Entonces lo vio y se le escapó un gemido de asombro.

En medio del patio descansaba un enorme helicóptero pintado de blanco, con la carlinga cubierta por unas mantas protectoras y las hélices arriostradas para evitar que las moviese el viento. Aunque parecía llevar allí mucho tiempo, no daba la sensación de hallarse en mal estado. Las partes móviles estaban pulidas y engrasadas y la chapa del fuselaje brillaba suavemente bajo la luz de la luna llena.

—Iremos en esto —dijo el hombre—. Apenas nos llevará un par de horas,

pero antes tengo que bajar al laboratorio a preparar algo para tus amigos. Saldremos al amanecer.

Andrea ni siquiera parpadeó. Era incapaz de apartar la mirada del helicóptero, que recordaba a un enorme insecto de acero y cristal dormitando a pocos metros, salido de lo más profundo del pasado. Jamás hubiese apostado por ver otro como aquel operativo y allí estaba. El billete de la salvación de su gente.

Ya tenía las respuestas que había ido a buscar. Ahora le tocaba pagar el precio, pero al menos cumpliría con aquellos que habían sido su familia y sus amigos durante tanto tiempo.

La imagen de Héctor regresó a su mente en un breve destello, la figura del anciano mezclada con la sonrisa descarada del joven apuesto que había sido años atrás. El corazón de Andrea se encogió de dolor. El amor perdido, aquel al que uno renuncia de forma voluntaria, se transforma en un enorme agujero negro que lo devora todo, comprendió de golpe.

Entendió que aquella parte de su vida llegaba a su fin. Que al firmar su pacto con el diablo renunciaba a la persona a quien amaba. Y el vacío inmenso, estéril y blanco, que sintió en su alma le hizo comprender los motivos de todos los cómplices de aquel hombre que estaba a su lado y que un día habían decidido decir basta.

Una vida sin objetivos y sin nadie a quien amar no merece la pena. Y ella caminaba hacia allí sin poder remediarlo.

Andrea se tambaleó mareada.

—¿Te sientes bien? —preguntó el doctor con amabilidad mientras la sujetaba—. Tienes mucho calor, pero eso es normal. Es tu sistema inmunitario, que está reaccionando.

—¿Mi sistema inmunitario? —Andrea notó un regusto amargo en la boca—. ¿A qué te refieres? ¿Qué me has hecho?

—Esa comida que acabas de devorar hace un momento. —El hombre la miró con condescendencia—. Me tomé la libertad de añadirle un pequeño ingrediente extra. Uno que te provocará un fallo multiorgánico en cuarenta y ocho horas, a menos que te facilite el antídoto. Y no sería una muerte agradable, créeme.

Andrea tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no derrumbarse.

—Considéralo una muestra de precaución por mi parte, Andrea. No puedo correr el riesgo de que una vez llegados a ese asqueroso villorrio decidas cambiar de opinión. Iremos allí, salvaremos a esos pobres diablos a los que llamas amigos y volveremos de nuevo a Arcadia, donde te daré el antídoto para comenzar el resto de nuestra vida.

La joven boqueó conmocionada.

—Antes dijiste que serías mi Eva. —Los ojos azules del Hombre de Blanco relampaguearon con satisfacción—. Pero yo no seré Adán, sino Dios. Y siempre siempre ganaré. No lo olvides.

Albert se despertó cuando la barcaza chocó con demasiada fuerza contra la orilla y su cabeza rebotó en la borda. Se había pasado casi toda la travesía en un estado de duermevela inquieto, devorado por la fiebre, y se desperezó tiritando. La herida de la pierna había adquirido un feo tono rojizo en los bordes y el más mínimo roce le provocaba ondas expansivas de dolor que subían hasta explotar detrás de sus ojos. Durante las últimas cinco o seis horas había sucumbido a un letargo cercano a la inconsciencia y no recordaba nada de aquel tramo del camino, así que se quedó sorprendido al ver la familiar silueta de la Bestia a pocos metros.

Clío se las había apañado para empujar la barca contra una de las esclusas de la presa de La Lanza y habían quedado encajados entre los bordes de hormigón y la vieja compuerta de acero. El muchacho se incorporó a duras penas y contempló durante un buen rato el contorno del edificio. Aunque habían pasado menos de dos semanas desde la mañana en que había ido allí de visita con los demás aprendices de Seguridad —*La mañana de los pájaros muertos, la mañana en que todo empezó*—, le daba la sensación de que aquel momento pertenecía a otra vida, una vida que no era la suya. Era otra vida, más inocente, más pura, más limpia. De aquel Albert ya no quedaba nada. El tipo sucio, herido y maloliente que yacía en el fondo de la balsa era una persona distinta.

Una que había fracasado en la misión más importante de su vida, se recordó. El que había condenado a todos los habitantes de La Lanza sin remisión.

Con el sabor desagradable del fracaso en la boca, vio cómo Clío lanzaba un cabo de manera torpe a la esclusa y ataba la balsa. Su primo tenía un aspecto tan demacrado como el suyo, pero al menos conservaba el temple nervioso de siempre, aunque teñido de un halo de tristeza inconfundible. Su mirada se detuvo en el fondo de la balsa y un gemido ahogado murió en su garganta. Un bulto lastimosamente pequeño yacía junto a los timones cubierto por una manta. Por una esquina asomaba un mechón de cabellos castaños que brillaban apagados bajo el claro sol de la mañana.

—Albert, hemos llegado. —Clío se inclinó sobre él para ayudarlo a ponerse en pie—. Ya casi estamos en casa.

—Eva... —murmuró el joven sin apartar la vista del cuerpo tapado—. Eva también, no, por favor...

Clío siguió la mirada de su primo y su expresión se veló de tristeza.

—Fue esta mañana, a primera hora —murmuró—. Tú estabas inconsciente

y yo no sabía qué hacer. Solo se acostó, me sonrió y me dijo que era un chico maravilloso y que le dijese al jefe Louis... Yo no podía hacerle caso en aquel momento porque estábamos pasando un rápido y cuando fui junto a ella había dejado de respirar. Lo siento mucho, Al.

Albert tragó saliva y su garganta protestó de dolor. Seguramente el Neo que había intentado estrangularle golpeó a Eva con mucha más fuerza de lo que la muchacha había admitido. Albert recordó la fuerza brutal de aquellos seres y sospechó que en la refriega le habían roto algo más que una costilla y eso la había ido matando poco a poco. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla mientras recordaba a la valiente Eva, su gesto concentrado al abrir la puerta con una horquilla en El Cuenco, su silencio duro mientras soportaba las penalidades del camino sin una queja sobre la espalda de Iván.

Y ahora estaba muerta, los dos estaban muertos. Igual que Marcus y seguramente Andrea, como sin duda también estarían Erika y Samuel a aquellas alturas. Estaba casi convencido de que los Neos rebeldes de Nathaam habrían asaltado el laboratorio nada más irse ellos y no abrigaba demasiadas esperanzas sobre la suerte de la joven doctora y su padre. O quizá ambos estuviesen todavía vivos, trabajando a destajo, sin saber que ya era demasiado tarde para salvar a su gente y que los caminos ya no eran seguros. No tenía manera de saberlo.

El regusto amargo de la derrota le invadió de nuevo. Había salido con otros seis expedicionarios de La Lanza, incluyendo a Clío, y solo regresaban él y su primo. A su paso solo había dejado un reguero de muerte, dolor y fracaso. Y lo más importante, volvían sin rescate y sin consuelo. Al menos esperaba poder llegar para encontrar algo más que cadáveres. Lo deseaba y lo temía al mismo tiempo, porque así, al menos, podría evitar la mirada de decepción de su padre.

Les había fallado a todos, empezando por él mismo.

—La Bestia está parada —musitó Clío mientras bajaban trabajosamente a tierra—. Y no veo a nadie.

Albert observó que su primo tenía razón. Las enormes turbinas de la central estaban detenidas y el agua corría alrededor de las palas de acero en forma de impetuosos borbotones de espuma. Además, la puerta de la sala de control estaba abierta y no se veía un alma en los alrededores. Un tenue olor a quemado flotaba en el ambiente, mezclado con el perfume de la vegetación podrida enganchada en los canales, que nadie limpiaba desde hacía días. Al lado de la puerta se veía una chaqueta abandonada, caída de cualquier manera sobre el polvo, como si su propietario hubiese tenido mucha prisa en salir de allí. El lugar tenía el aspecto desolado que esperarías encontrar en un cementerio embrujado.

Caminaron, o más bien Clío le arrastró a lo largo del camino que llevaba hacia La Lanza. Los campos estaban desiertos y llenos de malas hierbas,

abandonados. A lo lejos, unas columnas de humo manchaban el horizonte con una mezcla de ceniza gris que a Albert le dio mala espina de inmediato.

Solo cuando estuvieron a un par de cientos de metros descubrieron de dónde salía el humo. Una pira ardía lentamente con llamas gordas y perezosas que lamían unos enormes troncos, de los que de vez en cuando se escapaba una llama azul, saltarina como un duende nervioso. La pira escupía espirales negras hacia el cielo y el cielo las devolvía hacia ellos, envolviéndolos en un manto que les hizo lagrimear los ojos. Tardaron un rato en darse cuenta de que lo que habían tomado por troncos eran en realidad cuerpos humanos, colocados como haces de leña seca. Los cuerpos estaban negros como el hollín y el fuego los había reducido de tamaño de tal forma que parecían extraños muñecos deformes, pero aquí y allá asomaban las muecas sardónicas de algunas calaveras a medida que las llamas devoraban capa tras capa de tejido.

Los dos muchachos se detuvieron estupefactos, contemplando aquella escena salida del infierno. Estaban demudados, demasiado incluso como para mover una pestaña. Miraban la pira, reacios a aceptar que la pesadilla que habían visto en El Cuenco se repetía allí, en su propio hogar.

En ese momento oyeron un grito y giraron la cabeza. Un crío de no más de nueve o diez años, sucio y con aspecto famélico, los observaba a apenas veinte metros. A Albert el chiquillo le resultaba familiar, pero tardó en adivinar que el que estaba debajo de aquella capa de mugre y ropa sucia era uno de los alumnos de Héctor. No recordaba su nombre, pero sí que era un muchacho despierto cuyos padres estaban en el Servicio de Archivos y Bibliotecas, con el que había bromeado en alguna ocasión.

El muchacho los miraba con los ojos muy abiertos, con pinta de haber visto un par de fantasmas. El grito que habían oído había salido de su boca, sin duda a causa de la sorpresa, o del susto. Clío levantó un brazo para saludarle, pero el chiquillo se dio la vuelta y salió corriendo hacia La Lanza a toda la velocidad que podía imprimir a sus piernecitas huesudas. Antes de que les diese tiempo a acercarse, cruzó el portalón entreabierto y desapareció detrás de la Valla.

—¿Qué ha pasado aquí, Albert? —preguntó Clío en un susurro—. ¿Dónde se han metido todos? ¿Quién es esta gente de la hoguera?

Estos son nuestros vecinos, quiso decir Albert, pero su atención se había quedado atrapada en la Valla. Amplias secciones del muro habían desaparecido y tenía el aspecto de la boca de un anciano, con muchos dientes ausentes y otros rotos por la mitad.

—¿Crees que habrá sido el Pueblo..., los Hostiles? —preguntó Clío con voz fúnebre siguiendo la mirada de su primo—. Quizá se nos adelantaron y asaltaron La Lanza.

Albert meneó la cabeza.

—No. Los restos de la Valla están esparcidos hacia fuera. Eso significa que la explosión tuvo lugar dentro del recinto. Sea lo que sea que ha pasado aquí, no tiene que ver con ellos, o eso creo.

Ambos callaron y se quedaron mirando las ruinas de las defensas de La Lanza indecisos. Sabían que debían entrar allí, pero algo muy pesado parecía tenerlos enraizados en aquel lugar, incapaces de dar un paso hacia la devastación. Temiendo lo que podrían encontrar al otro lado.

Finalmente, Clío suspiró.

—Vamos —dijo con sencillez—. Acabemos con esto de una vez por todas.

Albert se dejó arrastrar por su primo hacia el monasterio. Si se sentía sorprendido de que Clío, el frágil Clío, pareciese ahora el más fuerte de los dos no lo exteriorizó. Su mirada saltaba de la pira a la muralla destrozada y de allí al viejo cartel del Tiempo de Antes que le había dado nombre al asentamiento. Lo único que quería era cerrar los ojos y que le dejaran morir en paz.

Cruzaron el portalón, que emitía suaves chirridos impulsado por el viento, y entraron en La Lanza. Parecía que la había arrasado un tornado. La mitad de las casas estaba en ruinas, o quemada hasta los cimientos. Torbellinos de ceniza se movían arrastrados por remolinos de aire, cubriendo los restos de los enseres personales de los que apenas unas semanas atrás habían vivido allí. Caminaron por la avenida principal, sintiendo el crujido de los restos bajo sus pies, hacia las escaleras destrozadas de la iglesia del monasterio. Las pesadas piedras milenarias habían saltado por los aires y estaban diseminadas como una enorme baraja de cartas repartida al azar. Una de ellas se había incrustado en medio del camino y la rodearon en silencio, con la mirada fija en la puerta de la iglesia, que permanecía cerrada.

Entonces la puerta empezó a abrirse muy lentamente, y una figura pequeña y delicada se recortó en el umbral. Incluso a esa distancia, Albert reconoció a Anna, la doctora de La Lanza. La hermana de Erika los observó petrificada. Un latido. Dos. Luego se lanzó hacia ellos a la carrera. Atravesó la distancia que los separaba en un segundo con una expresión ansiosa dibujada en el rostro. Tenía un aspecto agotado, con profundas bolsas bajo los ojos y el pelo sucio recogido en una coleta. Su traje blanco estaba manchado de sangre y otros fluidos, pero no parecía ser consciente de ello. Al llegar al lado de los muchachos se arrojó entre ambos y los abrazó durante un rato interminable.

Albert hundió la cara en el cuello de la mujer y aspiró su olor. Era una mezcla de humo, sudor y encierro, pero aun así le pareció el aroma más fragante y delicioso que jamás había sentido. Estaba viva. Era mayor de veinte y estaba viva.

—Albert, Clío. —La mujer se separó por fin de ellos y los observó con detenimiento—. ¡Por fin habéis llegado! ¿Dónde está el resto?

El joven la miró con una expresión de pena infinita en el rostro. Un nudo inmenso en el cuello le impedía decir una sola palabra. Toda la inmensidad de su fracaso se condensaba en la mirada de ella a medida que la verdad se iba abriendo paso en medio del silencio.

—Solo venimos nosotros —musitó Clío.

Las palabras atravesaron los centímetros que los separaban cargados de dolor. Anna los miraba, sin asimilar lo que acababa de oír.

—Solo venís... —repitió ella de forma mecánica—. ¿Erika...?

No pudo ni acabar la pregunta. Albert sollozó derrotado. Era incapaz de decirle a la mujer que su hermana probablemente también estaba muerta, al igual que su padre, desaparecido años atrás. No tenía ningún sentido contarle todo aquello. No cuando la siguiente pregunta, que aún no había sido formulada, estaba esperando en alguna parte.

—Comprendo. —La voz de Anna tembló, pero se repuso con una entereza encomiable. Había visto demasiada muerte y dolor en los últimos días y seguramente sabía que la parca tarde o temprano pasaría cerca de ella—. ¿Y la vacuna?

—No hay vacuna. —La voz de Albert sonaba como el chirrido desencajado de un juguete roto—. Nunca la ha habido. Hemos fracasado.

Esta vez fue el turno de Anna para guardar silencio. La doctora palideció y los círculos oscuros de debajo de sus ojos parecieron hacerse más grandes. El nervio que la había llevado corriendo hasta ellos pareció desconectarse de pronto y bajó los hombros. Se llevó las manos a la cara y cerró los ojos durante un rato, concentrada en su dolor. Al cabo de un instante levantó la mirada, empañada en lágrimas, pero firme pese a todo.

—Estás herido —musitó. Lo dijo con el mismo tono de voz neutro y apagado con el que uno señalaría a un bicho muerto en la cuneta.

—No es nada —murmuró Albert con voz débil, pero Anna no le prestó atención.

En vez de eso se agachó para echar un vistazo a la pierna, llevada por su reflejo profesional. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano e inspeccionó el agujero de bala que empezaba a supurar un líquido blanco maloliente.

—Tenemos que llevarte dentro, junto con los demás —dijo algo más resuelta mientras se pasaba un brazo del muchacho sobre el hombro—. Clío, ayúdame.

Pese a las protestas de Albert, se dirigieron hacia la iglesia. Trepas por las rocas desmoronadas de las escaleras les costó un rato de esfuerzo y sufrimiento,

pero por fin consiguieron llegar al viejo templo.

El interior estaba frío y apenas iluminado. Albert y Clío tardaron en adaptar su vista a la penumbra de la nave, y cuando lo hicieron, desearon no haberlo hecho.

Un par de enormes estufas de carbón arrastradas desde la escuela de Héctor calentaban a duras penas el ambiente, luchando como podían con el aire gélido del invierno que se colaba por las vidrieras destrozadas. A lo largo de la nave había cinco interminables hileras de jergones alineados como tumbas en un cementerio. Sobre cada uno de ellos yacía un paciente, en distinto grado de reposo. Se oían toses, gemidos y voces quedas aquí y allá. De vez en cuando, un aullido de furia surcaba el aire desde las camas del fondo, pero enseguida era acallado cuando una de las enfermeras aprendices se acercaba a atenderlo.

—Allí están los casos más graves —explicó Anna sin que se lo preguntasen—. Están atados y sedados para que no se hagan daño, pero eso es todo cuanto puedo hacer. Cada día mueren cuatro o cinco, de todas formas.

—¿Cuántos quedan con vida?

—Casi todos los menores de veinte años y algo más del sesenta por ciento de los adultos —respondió ella lúgubre—. Pero al menos la mitad ya empieza a mostrar síntomas de la plaga. No creo que nos quede más de una semana antes de que...

No acabó la frase, pero no hacía falta.

Albert ardía de ganas de preguntarle qué había sucedido allí, pero en vez de eso formuló en primer lugar la cuestión que le atormentaba.

—¿Y mi padre?

Anna le miró durante un par de segundos sin abrir la boca y lo que más le espantó al joven fue la compasión que adivinó en sus ojos. Supo sin ninguna duda que Richard estaba muerto.

—Está al fondo —murmuró ella para su sorpresa, y le sujetó por el brazo antes de continuar—: Pero está muy mal, Albert. No esperes que te reconozca.

Albert sintió cómo un chorro de energía le invadía. Se abrió paso como pudo a través de las filas de jergones, notando las miradas y los susurros conforme atravesaba hilera tras hilera. La noticia de que no había vacuna pronto se extendería como un incendio y solo los dioses sabían lo que sucedería después, cuando a toda aquella gente se le robase su último hilo de esperanza, pero en aquel momento nada más le importaba que llegar a la cama que ya veía al fondo.

Richard estaba tumbado, con una correa cruzada sobre el pecho y las muñecas y los tobillos atados con fuerza al somier. Alguien había puesto tiras de tela entre las sujeciones y la piel del jefe de Seguridad para evitar que se

destrozase las articulaciones al intentar liberarse. Sin embargo, en aquel instante reposaba tranquilo y con los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba rítmicamente y, si no fuese por las profundas marcas de sufrimiento en el rostro y los labios partidos y llenos de cortes, podría haberse pensado que estaba dormido.

Albert se dejó caer a su lado ignorando el dolor que le laceraba la pierna. Tomó la mano de su padre entre las suyas y recorrió con sus dedos el contorno familiar de la palma y del dorso. Conocía cada arruga, cada pliegue y cada mancha de aquellas manos que le habían acompañado desde que era un niño. Richard había sido su padre y su madre a la vez, el poste que le había guiado recto hasta las puertas de la edad adulta. Sentir aquella mano inerte y tibia entre sus dedos solo hacía que todo resultase aún peor.

—Tu padre salvó La Lanza, Albert. —El joven sintió el contacto leve de Anna sobre su hombro—. Es largo de explicar, pero, de no ser por él, estaríamos muertos ahora mismo. Es un héroe. Siempre lo ha sido.

—¿Qué le ha pasado en la boca?

Anna sonrió por primera vez, aunque era una sonrisa teñida de amargura.

—Cuando la plaga le hizo perder el juicio por completo, intentó pegarse un tiro. Se metió la pistola en la boca y apretó el gatillo, pero la bala se encasquilló. —Rio sin ganas—. ¿Te lo puedes creer? ¡A él, que siempre se preocupaba de que la munición estuviese en perfecto estado, le salva un proyectil defectuoso!

Albert no sonrió y por un aterrador instante deseó que aquella bala no hubiese fallado. Así no habría tenido que verle en aquel estado. Así no habría tenido la sensación de que su fracaso era todavía más drástico. Lo único que había conseguido era prolongar su agonía unos cuantos días más.

—Papá, os he fallado a todos —susurró. Se dio cuenta de que en algún momento había empezado a llorar y que tenía el rostro empapado. Apretó la mano flácida de Richard entre las suyas y sollozó—. No lo he conseguido. No soy como tú.

Sentía la presencia de Clío y Anna a su espalda, pero ninguno de ellos quiso interrumpir su dolor. Incluso en medio de la peor devastación, un hombre tiene derecho a encontrarse a solas con sus sentimientos, para mirarlos a la cara y decidir qué hacer después.

Un sonido casi imperceptible rompió el momento, como una pompa de jabón que estalla bajo el sol. Era un *tap-tap* apagado, que iba cogiendo más fuerza a medida que pasaban los segundos.

—¿Qué es eso? —preguntó Clío confundido.

—No tengo ni idea, pero viene de fuera. —Albert se secó las lágrimas y se apoyó en el camastro para ponerse de pie—. Vamos a ver.

El ruido era cada vez más fuerte y al joven le recordó el sonido sincopado de un fusil de asalto, solo que con un tempo más lento y más profundo que iba sacando del letargo a cada vez más personas en la iglesia. Todo aquel que podía andar y no estaba atado a una cama se iba acercando a la puerta. Albert cojeó entre la gente, apoyado en Anna y Clío, hasta salir al exterior.

El ruido rebotaba en todas las esquinas de La Lanza y no parecía tener un único origen, lo que los obligaba a todos a girar la cabeza en todas direcciones. De repente se oyó un grito de asombro.

—¡Por allí! ¡Sobre el bosque, a la derecha!

Albert concentró la mirada en aquel punto. Al principio no vio nada, pero de súbito lo divisó: un punto blanco que se movía en el horizonte mucho más rápido que cualquier pájaro que hubiese visto nunca. El sonido salía de aquel pequeño lunar móvil y era cada vez más fuerte. Se había transformado en un tableteo atronador que envolvía todo.

Asombrado, se dio cuenta de que aquello, que apenas un segundo antes era poco más grande que un insecto, crecía a toda velocidad y ya estaba casi encima de La Lanza. Con un rugido ensordecedor los sobrevoló a toda velocidad, levantando una ráfaga de viento que hizo oscilar la ceniza y provocó aullidos de pánico en la multitud, menos en Clío, que reía entusiasmado, olvidadas por un instante las penas, y señalaba al extraño objeto volador con entusiasmo. El muchacho gritaba algo, pero con el ruido Albert no podría adivinar qué era.

—¡... cóptero! —entendió por fin mientras se maravillaba con los ojos desorbitados de Clío—. ¡Es un helicóptero!

—¿Un qué?

—¡Un ingenio volador del Tiempo de Antes! —Clío aullaba y saltaba a la vez sin perder de vista el aparato, que trazaba una larga curva para dar otra pasada sobre la aldea—. ¡Son reales! ¡Lo sabía!

Albert no tenía ni la menor idea de a qué se refería Clío, pero tanto daba. De pronto el mundo se había llenado de polvo y ruido mientras aquel aparato daba una última vuelta sobre La Lanza antes de empezar un cuidadoso y lento descenso en la plaza de la aldea. Las aspas levantaban auténticos vendavales de viento que proyectaban restos, polvo y cenizas en todas direcciones. La multitud dio un paso atrás, en parte aterrada y en parte empujada por aquel súbito vendaval. El aullido bajó de intensidad a medida que las aspas se iban deteniendo. Una puerta lateral se abrió y Albert sintió cómo toda la sangre de su cuerpo parecía congelarse.

—No puede ser —musitó—. Andrea...

La Anciana había saltado del aparato antes de que las aspas se detuviesen por completo. Agachada, caminó hacia él entre las nubes de polvo, arrastrando

con ella un pesado cajón de plástico verde con un símbolo dibujado en un costado. Cuando por fin le vio, lanzó un grito de alegría.

—¡Albert! ¡Clío! —chilló con una enorme sonrisa de alivio en la boca, que se agrietó enseguida al observar con más detenimiento a los dos muchachos.

Sus ojos saltaron de la herida en la pierna de Albert al aspecto abatido de Clío, pero sobre todo a los enormes vacíos que había a ambos lados de los chicos y que resultaban aún más evidentes por el aspecto derrotado y al límite de sus fuerzas de los jóvenes. Abrió la boca para preguntar, pero no hizo falta que pronunciase una sola palabra. La comprensión de lo ocurrido se fue formando poco a poco en la mirada de Andrea, que dejó caer la caja a sus pies, como si sus dedos se hubiesen olvidado de que debían sostenerla.

—¿Todos? —fue lo único que acertó a decir. Estaba tan pálida... Su piel recordaba a una de las velas que de vez en cuando aún se encendían en la vieja iglesia.

Albert asintió de forma imperceptible. No era necesario decir más.

—¿Cómo?

—Los Hostiles nos traicionaron. Al parecer, tropezamos con una facción del Pueblo equivocada.

Andrea pareció masticar la respuesta durante un instante, sacudiendo la cabeza como si aquello pudiese ayudarla a entender lo que había sucedido. Pero no ayudaba. Nada ayudaba. Los muertos se habían ido para no volver jamás.

Cuando levantó la mirada, Albert vio que dos lágrimas calientes rodaban por las mejillas de la muchacha, pero el brillo de sus ojos no era de pena ni dolor, sino de algo distinto, algo que no pudo identificar, pero que le puso los pelos de punta. Era una mirada tan lejana e inhumana que bien podía haber nacido en un planeta a un millón de kilómetros de allí. Era una mirada dura, desapasionada y fría como un trozo de obsidiana y cargada de algo oscuro en el fondo.

Anna llegó a la carrera, seguida por el viejo Sethlas, un paso más atrás. El herrero estaba muy desmejorado y tenía un feo corte en la frente, y su respiración sonaba como la de un canario atrapado en una prensa. El resto de la multitud se mantenía un par de pasos atrás, en parte por temor al enorme aparato metálico llegado del cielo, que aún movía lentamente sus aspas, y en parte porque percibían en la atmósfera que aquel momento estaba cargado de algo íntimo y peligroso, algo de lo que convenía mantenerse apartado.

—Hola, Anna. —Andrea saludó a la doctora acompañando sus palabras de un breve parpadeo mecánico—. Lamento tu pérdida. Erika era una de las mujeres más valientes que he conocido.

—Todos hemos perdido a alguien. —La voz de la doctora se quebró—. No

puedo decir que no duela, pero tampoco que no lo esperase.

Andrea asintió, como si calibrase el contenido profundo de aquella respuesta.

—¿Dónde está el resto del Consejo?

—Somos lo que queda de él. —Anna señaló con la mano a Sethlas, que había tenido que apoyarse en un barril volcado, y después a ella misma.

—¿Y los Ancianos?

—Todos muertos. Solo quedas tú, Andrea. —Anna meneó la cabeza, como si no hubiese caído en aquello hasta aquel preciso momento—. Solo tú.

Simon. Victoria. Moses... Alphonse, su padre a ojos del resto durante tanto tiempo. *Muertos...* Andrea respiró hondo y paseó aquella mirada inhumana sobre las paredes derruidas de La Lanza, observando cada detalle con nitidez.

—¿Héctor?

El nombre quedó flotando en el aire, volando entre las nubes de polvo y los jirones de humo hasta apagarse en silencio. Por toda respuesta, Anna suspiró y miró a Andrea con los ojos enrojecidos, unos ojos que ya se habían cansado de llorar y a los que sin embargo aún les esperaban auténticas inundaciones de lágrimas en los días venideros. Negó con la cabeza con suavidad.

Los hombros de la Anciana se hundieron un poco, sacudidos por una convulsión invisible. Metió la mano en un bolsillo y sacó un viejo y gastado mechero, al que le dio vueltas entre los dedos lentamente, como si no hubiese nada más importante que hacer en el mundo en aquel instante. Cuando lo guardó de nuevo, sus manos temblaban, pero no su voz.

—Solo quedo yo —musitó sin dirigirse a nadie.

—Nosotros —le corrigió una voz a su espalda.

Había bajado del helicóptero mientras ellos hablaban, sin que se diesen cuenta. Vestía un elegante traje blanco que destacaba entre la mugre de las ruinas de La Lanza igual que lo haría un faro en medio de una noche de tormenta, atrayendo todas las miradas. Sus caros zapatos de piel pisaban distraídos los restos calcinados de una cabaña y se tapaba la cabeza con un sombrero panamá que le daba un aspecto entre elegante y fuera de lugar.

Albert supo en el acto de quién se trataba y adivinó que el hombre se había vestido de aquella manera para disipar cualquier duda que pudiese haber sobre su identidad. En homenaje burlón a ellos, incluso. Sintió cómo el vello de sus brazos se erizaba y su corazón empezó a latir con violencia. De manera inconsciente, apoyó la mano derecha sobre la empuñadura de la daga de Marcus, que colgaba de su cintura, deseando tener la velocidad suficiente para atravesar de un salto la distancia que los separaba y hundir la hoja hasta el fondo en el corazón negro de aquel individuo. En vez de eso, un gruñido ronco se escapó de

su pecho, un rugido de mastín enfadado a punto de degollar al lobo que masacraba las ovejas por diversión, pero nada más.

Andrea había captado la tensión de todo su cuerpo y le hizo una seña imperceptible con la cabeza.

No lo hagas —decían sus ojos—. *No lo hagas*.

Y Albert obedeció, aunque jamás supo por qué. Y esa pregunta le perseguiría el resto de su vida, sobre todo las noches solitarias con el color de las espirales de humo que se levantaban de entre las ruinas, aunque él aún no lo sabía.

—En esta caja hay más de mil dosis de un compuesto que detendrá el prion. —Andrea se dirigió a Anna sin prestar la menor atención al hombre que se había situado a su lado y los miraba con la frialdad de un entomólogo—. Viene en envases autoinyectables y debería hacer efecto en menos de veinticuatro horas, sin contraindicaciones ni reacciones secundarias inesperadas.

—Mil dosis —musitó Anna con un alivio en la voz tan perceptible que podría haber derretido las piedras chamuscadas de la plaza—. No necesitaremos tantas. Apenas quedamos cerca de ochocientos, contando a los jóvenes.

—Pues salva a todos los que puedas —contestó Andrea con aquella mirada antinatural clavada en la doctora, una mirada dura que ni parpadeaba. Una mirada que estaba muy lejos de allí.

—Tengo heridos de bala, quemados, traumatismos y creo que varias intoxicaciones. No tenemos electricidad ni agua potable, y la comida escasea. Muchos no sobrevivirán ni siquiera con la vacuna. —Anna paseó la mirada entre Andrea y el Hombre de Blanco ansiosa—. Necesitamos suministros de forma urgente.

No sabía quién era el hombre que los contemplaba de la forma en que se miraría a un bicho en el zapato, pero había comprendido que el poder de aquel personaje iba mucho más allá de repartir unas cuantas vacunas. Notaba el halo de arrogancia que vibraba a su alrededor, como una capa espesa de melaza, y la autoridad que emanaba. Y aquello era horrible y reconfortante a la vez, se dijo.

Anna estaba harta de muerte, estaba harta de luchar contra la sombra de la guadaña con hierbas, vendas viejas y buenas palabras. Si tenía que rogar, rogaría. Si aquel hombre le pedía que se tirase en el suelo y se arrastrase hasta él para lamerle los zapatos, lo haría sin dudar. Todo lo que fuese necesario para mantenerlos con vida.

—A partir de ahora, nosotros cuidaremos de vosotros. —El Hombre de Blanco elevó la voz para que hasta el último de los que se apiñaban al fondo de la plaza arremolinados como las púas de un erizo le escuchara—: A partir de hoy, comienza el resto de vuestras vidas, el resto de la historia de la humanidad.

Obedeced y tendréis vida. Seguid nuestra palabra y prosperaréis. Oponeos, de cualquier manera, y moriréis. Es así de sencillo.

Aquel *nosotros* chirrió en la cabeza de Albert como si alguien arrastrase un hierro oxidado en su interior levantando chispas de asombro y terror. Miró a Andrea, pero la joven simplemente los contemplaba con aquellos ojos muertos, y por primera vez en toda su vida Albert vio al ser de doscientos años que habitaba en aquel cuerpo, no la fachada de una muchacha de diecisiete años que recordaba. Por un momento logró atisbar la suma de recuerdos, de experiencias y de dolor atesorados de forma incansable, día tras día a lo largo de los siglos, y se preguntó cómo se las arreglaba para no volverse loca con aquel caudal de experiencia en su cabeza. Quizá lo estaba.

Andrea dio un par de pasos hacia ellos hasta colocarse a apenas un metro. Le dio un apretón en el brazo a Sethlas, que hizo que el viejo herrero se estremeciese, y después revolvió el pelo de Clío, que la miraba sin comprender. Luego se acercó a Anna y le puso ambas manos en los hombros, cruzando una mirada con la doctora que valía por toda una conversación.

Solo quedaba él. Andrea caminó hasta colocarse tan cerca que su aroma inundó las fosas nasales del joven. Olía a limpio, pero no al perfume que la Anciana solía usar tiempo atrás y que siempre le había encendido la sangre y le hacía soñar con besarla, pese a que sabía perfectamente que era el regalo que le hacía Héctor. Era el olor limpio y seco de un quirófano o de una cámara funeraria sellada. Albert se estremeció cuando Andrea le pasó los brazos sobre los hombros y apretó su cuerpo contra él. Sintió sus pechos apretados contra el suyo, el contacto sedoso de su piel y su pelo haciéndole cosquillas en la boca. Con gesto torpe, rodeó la cintura de la Anciana con los brazos y la acercó. De alguna manera, el contacto le resultaba reconfortante y calmaba todo el dolor que latía en su interior, disuelto como un terrón de azúcar en agua caliente.

—Eres un hombre formidable y lleno de recursos, Albert —le susurró al oído—. Tú eres el ser puro que buscaban conseguir con la plaga, aunque él no se ha dado cuenta. El auténtico triunfo de su plan estaba aquí, delante de sus narices, y no lo ha sabido ver. Eres un digno hijo de tu padre.

Albert trató de hablar, pero no consiguió articular ni una palabra.

—Ahora debes guiarlos —el susurro de Andrea le inundaba el oído—. Debes llevarlos hacia su futuro. Busca el destino marcado, condúcelos hasta su Arcadia. Vuestro futuro está allí.

—Nuestro futuro... —consiguió articular a duras penas—. ¿Y qué hay del tuyo?

Andrea le dedicó una mirada serena llena de melancolía.

—Ahora el mío está a su lado —se limitó a decir mientras daba un paso

atrás—. Adiós, Albert.

—Adiós, Andrea —susurró él con un hilo de voz.

Ella volvió sobre sus pasos y sin dedicar una mirada atrás caminó hasta el Hombre de Blanco, que la esperaba con una sonrisa de triunfo. Ambos avanzaron lentamente hasta el helicóptero y se introdujeron en la cabina sin cruzar una palabra. El motor emitió un zumbido seco y las turbinas del aparato comenzaron a silbar, cada vez con más fuerza, a medida que las aspas giraban hasta convertirse en un borrón imposible de seguir. Envuelto en un torbellino de viento y ceniza, el helicóptero se levantó del suelo y empezó a ganar altura alejándose de las ruinas de La Lanza.

Albert lo siguió con la mirada mientras las lágrimas caían por su rostro, libres por fin de ataduras. Metió la mano en el bolsillo para sacar un pañuelo y sus dedos tropezaron con un bulto que no debería estar allí. Intrigado, lo sacó y se quedó perplejo al ver un pequeño trozo de papel doblado varias veces. Lo estiró y descubrió que tenía garabateados unos números a toda prisa. Aunque algo en cómo estaban dispuestas aquellas cifras le resultaba vagamente familiar, no tenían ningún sentido para él. De repente, las palabras de Andrea resonaron en su cabeza.

Busca el último destino marcado...

Condúcelos hasta su Arcadia...

Vuestro futuro está allí...

Busca el destino marcado.

El destino marcado.

Sus ojos volvieron al papel y de golpe la comprensión se abrió paso en su mente como un fogonazo. No eran números al azar. Eran unas coordenadas GPS, como las de los mapas de Suministros. Las miró confuso y levantó la vista hacia el helicóptero que, después de ganar altura, comenzaba a alejarse.

Dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y su mano derecha tropezó con la funda de la daga de Marcus.

Y solo entonces se dio cuenta de que la vieja hoja afilada ya no estaba allí.

El grueso aislamiento acústico amortiguaba el rugido del motor dentro de la cabina, pero aun así tanto el Hombre de Blanco como Andrea tenían que llevar puestos un par de cascos para poder oírse. El aparato se levantó del suelo como un viejo dinosaurio que se despereza y comenzó a ganar altura. A través del plexiglás, la Anciana podía ver el rostro demudado de Albert. Cuando adivinó que el joven metía la mano en el bolsillo, una sonrisa trémula brilló fugaz en su rostro. Su última sonrisa, quizá.

—En dos horas estaremos en casa, querida —oyó la voz del Hombre de Blanco crepitando en sus oídos a través de los cascos—. Después de haberte dado tu antídoto, tomaremos una cena espléndida y abriremos una botella del mejor vino que hayas probado jamás. Nos espera un futuro maravilloso, ya lo verás. Pronto descubrirás lo infinitamente feliz que podrás ser a mi lado.

Andrea no respondió. Se limitó a girarse en su asiento y contempló fijamente a aquel hombre, hasta que este sintió la mirada de la muchacha clavada en él. Entonces el Hombre de Blanco desvió sus ojos hacia la joven y descubrió el puñal que ella apoyaba en su regazo de manera casi indolente.

—¿Qué pretendes hacer con eso, Andrea? —El desprecio que empapaba sus palabras estaba salpicado por unas notas de incredulidad, pero aun así sonaba tranquilo.

—Acabar lo que me prometí hacer. —Andrea sacó de su bolsillo el viejo encendedor y lo apoyó sobre el cuadro de mandos del aparato—. Como tú dijiste, hacer lo necesario para asegurarle un futuro a la humanidad.

El Hombre de Blanco rio a través de los auriculares. Era una risa fuerte, desdeñosa, segura de sí misma.

—No seas necia —dijo sonriendo como si le acabasen de contar el mejor chiste del mundo—. Si me matas, tú también morirás. No puedes hacerme nada.

Andrea meneó la cabeza y se soltó el cinturón de seguridad para acercarse hasta él. Con un gesto delicado, le levantó el auricular y pegó la boca en el oído del Hombre de Blanco, en un gesto tan íntimo y cercano que en su cara se dibujó la sorpresa.

—Claro que puedo, y lo voy a hacer. Por mí. Por ellos. Por todo lo bueno que nos has robado.

—¡No digas estupideces! —En la mirada del Hombre de Blanco brilló por fin el miedo—. ¡Somos los dioses de este nuevo mundo! ¡No podemos morir!

—Ambos estamos ya muertos —susurró ella—. Llevamos doscientos años muertos.

El Hombre de Blanco abrió la boca para replicar, pero en ese momento notó un dolor agudo en el pecho que crecía de intensidad como un incendio forestal desatado. Bajó la mirada y vio cómo una cuarta parte de la hoja ya estaba clavada en su esternón, mientras Andrea aplicaba todo su peso sobre él, fundidos ambos en un abrazo mortal.

En un gesto reflejo soltó el mando y lanzó un zarpazo furioso hacia Andrea para separarla de su cuerpo mientras con la otra mano intentaba arrancarse la hoja del pecho. Ambos comenzaron una lucha furiosa y despiadada dentro de la cabina, mientras el aparato daba giros sin control.

El viejo Zippo cayó del cuadro de mandos al suelo de la carlinga y una solitaria gota de sangre salpicó su superficie gastada, cubriendo el mensaje de amor grabado en el acero.

Desde el suelo, Albert comprendió que algo iba mal. El helicóptero se sacudió en el aire, como frenado por una mano invisible, y de pronto empezó a girar sobre sí mismo. El sonido de las turbinas se volvió más agudo a medida que los giros del aparato se hacían más descontrolados y erráticos, hasta que de repente el morro del pájaro de acero apuntó hacia el suelo. Con un crujido que le atravesó los huesos, el aparato se ladeó y cayó en picado, como una piedra hacia el fondo de un estanque.

En apenas dos segundos las aspas tocaron tierra, justo encima de la pira llena de cadáveres que ardía en el exterior de La Lanza. Trozos de aspas y jirones de metal salieron volando por los aires un segundo antes de que el fuselaje se estrellase con un sonido espantoso. El depósito de combustible se rajó con el impacto y cientos de litros de queroseno entraron en contacto con las llamas de la pira, inflamándose al instante. Una violenta bola de fuego los envolvió y, con una explosión ensordecedora, una mezcla de hierros al rojo vivo, cuerpos medio quemados y trozos de fuselaje volaron por los aires. Una espesa nube de humo negro se mezcló con la humareda de la pira y ambas, girando sobre sí mismas y mezclándose entre ellas, ascendieron al cielo hasta ser solo una.

CODA

Quince días más tarde

Albert contempló una vez más la posición del sol en el cielo y maldijo por lo bajo. Iban bastante más retrasados de lo que él había previsto y no parecía haber forma de conseguir que la gente se moviese más rápido, pese a los gritos de ánimo y la buena disposición de todo el mundo.

Subido sobre la colina de la escuela, podía ver el hervidero de actividad en que se había convertido La Lanza. Sus habitantes correteaban de aquí para allá preparando los carros y apilando los enseres necesarios para el viaje. Varios grupos se afanaban en arrancar, recoger y amontonar hasta el último material de valor del monasterio, mientras otros ayudaban a los más ancianos y a los niños a salir del recinto. Había un orden dentro del caos, pero aun así eran más de ochocientas personas a punto de emprender el camino y cierta confusión era inevitable.

La vacuna había funcionado sorprendentemente bien y apenas veinticuatro horas después de su inoculación masiva, tal y como había prometido Andrea, todos los síntomas de la plaga habían cesado por completo. La mayoría se había recuperado sin ninguna secuela, pero otros aún estaban demasiado débiles para caminar por su cuenta. Había docenas de heridos, enfermos e impedidos que trasladar, y para ellos habían preparado una serie de carretas acolchadas que avanzarían en medio del convoy.

No tenían animales de tiro, así que tendrían que ser los propios habitantes de La Lanza quienes tirasen y empujasen de ellas a lo largo del camino. Aquel desafío, que un par de meses atrás les habría parecido imposible, les resultaba ahora casi trivial, después de todo lo que habían pasado. Rezumaban confianza en el destino y en sí mismos, y no era para menos.

Después de consultar todos los planos disponibles y no pocas discusiones entre Suministros, Seguridad y los ratones de biblioteca de Archivos, habían trazado una ruta que los llevaría hasta Arcadia en menos de treinta días. Su avance sería lento y penoso a través de los bosques, y además darían un amplio rodeo para evitar las zonas más complicadas, pero Albert estaba totalmente seguro de que podrían hacerlo.

Podían hacer cualquier cosa que se propusieran.

Los exploradores que habían enviado habían vuelto con informes acerca de violentos combates entre dos facciones distintas de gente del Pueblo. Los caminos estaban sembrados de cuerpos y restos de batalla, e incluso los chiflados de El Cuenco parecían haberse sumado a la carnicería. Estaban todos

tan ocupados matándose entre ellos que podrían atravesar las zonas más lejanas del bosque sin temer ningún encuentro. Incluso si se tropezaban con alguna partida de guerra, no tenían nada que temer. Ahora no se trataba de un grupo de exploración aislado de Suministros vagando por el bosque tratando de pasar desapercibido, sino de una auténtica migración en el sentido literal de la palabra, ochocientos hombres, mujeres y niños lo bastante armados y disciplinados como para convertirse en un hueso demasiado grande de roer sin morir atragantado. A Albert le atormentaba saber que alguna de aquellas personas podía ser una infiltrada de los Hostiles, pero eso sería algo que tendría que resolver más tarde. En aquel momento tenían tareas más urgentes que afrontar.

Dejar La Lanza, después de dos siglos refugiados tras sus muros, había sido la decisión más difícil, pero era inevitable. La Valla se caía a pedazos, el monasterio estaba casi en ruinas y la Bestia se había quemado por completo con la descarga eléctrica provocada por Louis. Estaban virtualmente indefensos frente a un ataque serio y organizado por parte de cualquiera de los bandos. Eso por no contar que a nadie le apetecía vivir en un lugar que, después de tantas muertes y locura, parecía lleno de fantasmas.

Albert bajó la mirada hasta el GPS que reposaba sobre su regazo, muy parecido al que había usado Andrea. La pierna todavía le dolía, pero al menos la herida ya no tenía los bordes enrojecidos y había dejado de supurar aquella mezcla de pus y líquido viscoso. Tras extraerle la bala, Anna le había dicho que se le curaría con el tiempo, aunque podría ser que le quedase una leve cojera. Mientras tanto, permanecía sentado en la vieja silla de ruedas de Eva, rodando de aquí para allá y animando a la gente para que se apresurase.

Estaban vivos y tenían un objetivo, y eso era lo que importaba. En su camino se detendrían en el laboratorio situado en el búnker, no solo para tratar de descubrir qué había sucedido con Erika y Samuel, sino también para recoger las máquinas secuenciadoras y crear más dosis de la vacuna y después repartirlas entre los supervivientes del resto de los asentamientos, a medida que tropezasen con ellos.

La plaga acabaría por retroceder, como lo había hecho doscientos años antes, pero esta vez no volvería. No, ahora que su autor había desaparecido para siempre.

Albert echó una mirada melancólica a través de uno de los agujeros de la Valla hacia el lugar donde se había estrellado el helicóptero. Cuando se había apagado el fuego, habían intentado recuperar los cuerpos del Hombre de Blanco y de Andrea, pero las llamas alimentadas por un océano de combustible de alto octanaje habían creado tal infierno de calor que no se les podía distinguir de las docenas de cadáveres que habían estado ardiendo en la pira.

Acabaron enterrados todos juntos bajo un gran túmulo de tierra, el asesino de masas, sus últimas víctimas y su salvadora, unidos para toda la eternidad, o por lo menos sus restos. Albert estaba convencido de que había un rincón especial del infierno, uno especialmente incómodo y doloroso reservado para aquel hombre.

Su mirada se detuvo en un grupo que subía a los heridos con delicadeza a uno de los carros y en dos figuras familiares que se movían en torno a ellos. Anna revoloteaba alrededor de los transportes como una abeja reina en torno a su colmena, tratando de hacer veinte cosas distintas a la vez. A su lado, Richard dijo algo que detuvo a la doctora de golpe y le arrancó una sonrisa que brillaba incluso desde la distancia. Ahora vestía también el uniforme blanco de Sanidad y aprendía tan rápido como podía. Anna le había augurado que posiblemente, algún día, fuese un gran médico.

Su padre actuaba con la energía y determinación de siempre, como si nada hubiese sucedido, pese a haber estado a las puertas de la muerte. Se había recuperado a gran velocidad, pero la mera presencia de un arma le provocaba sudores fríos. De alguna forma, aquel viaje al otro lado de la locura le había cambiado en ciertos aspectos, aunque en otros era la misma persona que conseguía galvanizar a quienes le rodeaban, que sentían de manera inconsciente que debían dar más de sí cuando la figura larga y silenciosa de Richard estaba cerca. Observó cómo la doctora le decía algo a su padre y apoyaba la mano en su antebrazo un instante más de lo normal. Algo había pasado entre ellos dos durante aquellos días de locura y no hacía falta ser muy listo para adivinar que cada vez estaban más cerca.

Albert sonrió, sintiendo que el dolor cedía y se volvía cada vez más sordo y lejano mientras miraba a toda aquella gente.

Su gente.

Habían tenido que pagar un precio altísimo, pero lo habían conseguido. Las caras de los que no estaban no dejaban de dar vueltas a su alrededor y sospechaba que sus presencias fantasmales le perseguirían hasta el final de sus días, pero era un peaje que había abrazado sin dudar.

La ausencia de Andrea era la que más le pesaba. Había partes dentro de su alma que estaban en carne viva y que aún no podía mirar. Algún día.

Quizá.

Albert suspiró. El día era precioso y el sol le calentaba la cara. Oyó un crujido en la gravilla y pasos a su espalda. Giró la cabeza por encima del galón que ahora le identificaba como el nuevo jefe de Seguridad y vio como Clío se acercaba a él. El uniforme negro de Suministros que le habían dado al muchacho le quedaba algo grande y Albert aún no se había habituado a verle vestido de ese

color, pero Clío irradiaba felicidad. En su manga derecha llevaba cosido el gastado emblema que un día había llevado Marcus.

—Es la hora —dijo simplemente—. Tenemos que partir.

Albert asintió respirando hondo y dedicándole una última mirada a La Lanza.

Tenían un largo camino lleno de desafíos por delante, era cierto, pero no más que sus antepasados. Lo conseguirían.

El futuro, por fin, les volvía a pertenecer.

NOTA DEL AUTOR

No hace falta que aclare que todos los eventos que aparecen en *Veinte* son pura ficción... y sin embargo todos ellos tienen parte de realidad. O ya han ocurrido, o podrían suceder muy pronto.

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir una historia donde los protagonistas fuesen muchachos jóvenes enfrentados a decisiones titánicas. Desde que leí *El señor de las moscas*, de William Golding, cuando apenas era un crío, me quedé fascinado con el conflicto monumental entre la inocencia de la pubertad y los desafíos del mundo adulto. *Veinte* es mi visión personal de ese choque de trenes. Mi conclusión, al final de la experiencia, es que entre los jóvenes existe la misma proporción de héroes que entre los adultos. Y de cretinos integrales también, por supuesto. Al fin y al cabo, a adultos y jóvenes solo nos separan los años cumplidos y el número total de estupideces cometidas.

La mayoría de las novelas distópicas suelen ambientarse en un mundo donde ha habido una catástrofe nuclear o ambiental que ha devuelto al hombre a un estado primitivo y salvaje, o donde algún extraño y retorcido experimento gubernamental ha salido mal, liberando hordas de no-muertos o vampiros. Sin embargo, me preguntaba qué pasaría si ese experimento hubiese salido bien. Si el exterminio de la raza humana de manera sistemática y casi completa fuese el objetivo final y lo hubiesen logrado, como en *Veinte*. Y el resultado es estremecedor, porque es una posibilidad real.

Los avances en investigación genética han abierto un mundo de alternativas que resulta inquietante. La enfermedad de Creutzfeldt-Jakob —también conocida como el «mal de las vacas locas»—, la gripe aviar, el SARS... son solo la punta de lanza de la nueva frontera aterradora a la que se enfrenta la humanidad en un mundo cada vez más globalizado.

Un brote de cualquier enfermedad altamente infecciosa como la que se describe en *Veinte* podría cubrir prácticamente todo el globo en cuestión de horas. Saltando de aeropuerto en aeropuerto, hasta el último rincón del planeta podría estar contaminado en un plazo de un par de semanas. Por fortuna, hasta la fecha los procesos de contagio han sido lo bastante lentos como para contener estos brotes, pero solo es cuestión de tiempo que aparezca un nuevo rival, diminuto y mortal, cuya tasa de propagación sea tan rápida que suponga un desafío para las instituciones sanitarias de todo el mundo. De momento todas estas pandemias han sido accidentales, pero es cuestión de tiempo que alguien, con un objetivo claro y los recursos suficientes —en plazo, conocimientos y fondos—, piense que liberar algo de este estilo pueda ser una solución válida

para sus intereses. Vivimos momentos convulsos. Que cada uno saque sus propias conclusiones.

El CDC de Atlanta y el Instituto Mechnikov (en las páginas de esta novela, el CDP, Center for Disease Prevention, y el Instituto Mendeléiev) son reales y, junto con otra docena de laboratorios e instituciones desperdigados por el mundo, son nuestra mejor defensa y el único escudo que tenemos ante tamaño desafío. Mientras me documentaba para esta novela y hablaba con especialistas de estas instituciones, el lamento común que recibía de todos ellos era que las partidas presupuestarias de las que disponen para investigación y prevención son cada vez más exiguas. Por eso, siempre que oigo la palabra *recortes* aplicada al I+D me estremezco, porque supone retirar un trozo de madera de un escudo cada vez más frágil y, aun así, del todo necesario.

La Lanza es un lugar ficticio, pero perfectamente razonable. En la Alta Edad Media, cuando la civilización occidental estuvo a punto de derrumbarse, la población de Europa se agrupó en asentamientos como el descrito en *Veinte*, por lo general alrededor de un castillo o de un monasterio que proporcionaba homogeneidad y seguridad al asentamiento. No es descabellado pensar que en una situación similar volviésemos a recurrir a una práctica que se demostró eficaz hace más de mil años y por eso he planteado que los últimos reductos de la humanidad estuviesen así agrupados.

Si alguien piensa que una situación como la de la Guardia de Hermes es extrema e irreal, lamento tener que decirle que no es así y que ya ha pasado. En 1975, cuando Pol Pot y sus Jemeres Rojos tomaron el control de Camboya, la base de su Ejército la formaban miles de muchachos menores de veinte años, perfectamente adoctrinados y fieles hasta la muerte. La imagen de cientos de muchachos vestidos de negro, serios y robotizados, entrando en Phnom Penh en bicicleta y matando sin compasión a los habitantes de la ciudad que no aceptaban la evacuación forzosa es una de las imágenes más horrorosas que se han dado en los últimos años del siglo xx. Tengo que agradecer al señor Ung Keo, de Siam Reap, su extraordinario y vívido retrato de aquella masacre. Ha sido una de las experiencias personales más impactantes de mi vida. A quien esté interesado en esa historia fascinante y aterradora le recomiendo dos libros: *The Pol Pot Regime, Race, Power, and Genocide in Cambodia under the Khmer Rouge, 1975-1979*, de Ben Kiernan, y *The Khmer Rouge Division 703, from Victory to Self-Destruction*, de Huy Vannak. La escena de las piras ardiendo a las afueras de El Cuenco está sacada de hechos reales recogidos en este último.

En las situaciones más extremas, las soluciones mágicas en manos de líderes carismáticos pueden fagocitar las mentes de aquellos más impresionables. Y no hace falta que me refiera a los miles de niños soldado que pululan por

África siguiendo a diversos señores de la guerra. Son carne de cañón, fáciles de manipular y baratos de reponer. Como se escucha al inicio de *Platoon*, «*La primera víctima de la guerra es la inocencia*».

Los neoneandertales son una posibilidad real. En los últimos años han aparecido docenas de publicaciones y artículos que hacen referencia a las investigaciones llevadas a cabo en el ADN para recuperar e identificar las partes neandertales que la mayoría de la población humana tenemos en nuestros genes. Y digo *tenemos* porque yo soy uno de ellos (uno de mis abuelos era pelirrojo y ese es un rasgo recesivo propio del ADN neandertal, así que, querido lector, si tú o tu familia tenéis ese rasgo, ya sabéis de dónde venís, al menos en parte). El doctor George Church, un experto genetista y uno de los promotores del Proyecto Genoma Humano, ha llegado a plantear públicamente la posibilidad de traer de nuevo a la vida a un neandertal diciendo que ya tenemos la tecnología capaz de lograrlo. Para conseguir ese neoneandertal tan solo necesitaría, según sus propias palabras, «a una mujer valiente que estuviese dispuesta a ello». Dejando aparte las connotaciones morales del asunto, es una apuesta arriesgada y en todo caso absurda, ya que la cultura neandertal se extinguió hace miles de años. Pero la mera posibilidad de traer a esos remotos antepasados de vuelta entre nosotros es escalofriante. Y si algo se puede conseguir en un laboratorio, es fácil que la naturaleza se abra camino por su cuenta...

Hay demasiadas personas a las que le tengo que dar las gracias en este libro, y la lista ocuparía varias páginas, así que me voy a centrar en un puñado de ellas: en primer lugar, Antón Reixa y Borja Pena, de Vaca Films, que encendieron la mecha de este proyecto cuando me encargaron que soñase una aventura distópica para ellos. Xabi Puerta, guionista y mente brillante, que me aconsejó en momentos cruciales de la historia, consiguiendo que los protagonistas fuesen mucho más interesantes y atractivos de lo que yo los había imaginado. Antonia Kerrigan, mi agente editorial, posiblemente una de las mejores agentes europeas, por su paciencia y consejos y por saber darme la respuesta adecuada en cada momento, y Raquel Gisbert, mi editora española, que creyó en *Veinte* cuando no era más que una idea difusa hace ya varios años y me animó a escribirla en un restaurante. Todos los que no aparecen en esta breve lista y me han ayudado en un momento u otro del camino han sido igual de importantes. Vosotros sabéis quiénes sois. Gracias, de corazón.

Y por supuesto, gracias a mi familia, que siempre me sirve de ancla sólida en momentos turbulentos, y a ti, lector o lectora. Este libro es tuyo. Gracias por invertir tu tiempo, que es precioso, en compartir esta aventura conmigo. No sé de qué lado de la línea de edad estarías en *Veinte*, pero sea cual sea, confío en que sobrevivieses. Me caes bien. Y si te ha gustado esta novela, no dejes de

recomendarla. En cualquier caso, dime qué te ha parecido en Twitter, en @Manel_Loureiro o en www.manelloureiro.com

Y recuerda: el futuro nos pertenece.

Pontevedra, mayo de 2017

Notas

* *Santabárbara* es el nombre que se le da a los polvorines de los barcos, el lugar donde se acumula la munición. Es también la patrona de los artilleros.

** ... barridos para siempre / vuelvo a empezar de cero. / No, nada de nada, no, no lamento nada. / Ni el bien que me han hecho, ni el mal. / Todo eso me da igual. / No, nada de nada, no, no lamento nada. / Porque mi vida, porque mis alegrías, / hoy comienzan contigo...

Veinte

Manel Loureiro

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la portada, OpalWorks

© de las ilustraciones, Òscar Sarramia

© Virtual Publishers, S. L., 2017

© Shutterstock, logo de Biohazard

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Mapa de la ciudad](#)

[Mapa del bosque](#)

[LA PLAGA](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[LA LANZA](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[EL CAMINO](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[EL ENCUENTRO](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[ARCADIA](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[CODA](#)

[Nota del autor](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)